TODAS LAS MALDITAS VECES QUE LA TUVE DEBAJO DE MÍ

CRISTINA PRADA

zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. Bryan Adams. *On a day like today*
2. Kings of Leon. *Fans*
3. Taylor Swift. *I knew you were trouble*
4. Take That. *The Garden*
5. James Bay. *Let it go*
6. Crowded Houses. *Don't dream it's over*
7. Ronan Keating. *When you say nothing at all*
8. Miley Cyrus. *When I look at you*
9. Zayn. *Pillowtalk*
10. Snow Patrol. *Chasing cars*
11. Jess Glynne. *Take me home*
12 Bruno Mars. *Just the way you are*
13. One Direction. *Perfect*
14. James Bay. *Hold back the river*
15. Rita Ora y Liam Payne. *For you*
16. Roxette. *Sleeping in my car*
17. Charli XCX. *Boom Clap*
18. Ed Sheeran. *Happier*
19. Taylor Swift. *The moment I knew*
20. Susie Suh y Robot Koch. *Here with me*
21. James Arthur. *Safe inside*
22. No Regrets. *All the damn times I had her under me*

Epílogo. Wet Wet Wet. *Love is all around*
Agradecimientos
Biografía
Referencias de las canciones
Notas

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

¿Recuerdas cuando eras adolescente y tratabas de ir a la moda, con tu carpeta forrada de fotos de tu grupo favorito y cantando sus canciones hasta quedarte afónica? ¿Recuerdas que pensabas que era imposible que hubiera alguien más guapo que ellos?

Ava Collins era como tú.

Pero han pasado quince años desde entonces. Ya no hay pósters en las paredes de su casa y, aunque la han decepcionado sentimentalmente, sigue luchando por ser como quiere ser. El 22 de mayo decide cruzar el Eurotúnel en el destartalado Rover de su amiga Emmet para ir a un concierto de los No Regrets, y su vida cambiará para siempre.

Ava entenderá lo que es querer de verdad, a pesar de lo complicado y maravilloso que puede ser, y todo lo que el amor puede hacerte crecer. La ciudad de Londres será testigo de cada beso, de cada lágrima, de cada gemido.

La música y el amor. Todos tus sueños al alcance de tu mano, todo lo que deseaste en tu habitación cuando tenías quince años mientras escuchabas tu canción favorita.

Bienvenida al lugar donde viven los reyes del pop.

Bienvenida al lugar en el que todos tus sueños pueden hacerse realidad.

TODAS LAS MALDITAS VECES QUE LA TUVE DEBAJO DE MÍ

Cristina Prada

zafiro

Para todas las Ava Collins del mundo

1

Bryan Adams. *On a day like today*

—Vamos a ir —me amenaza Emmet, señalándome con el dedo.

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer contra el respaldo de su desvencijado sofá.

—No voy a ir a ninguna parte —me quejo— y París está algo así como a seis horas en coche desde Londres. Por lo menos, podríamos ir en avión, como las personas normales —protesto de nuevo.

En realidad, ni siquiera sé por qué lo hago. Volar no es precisamente mi actividad favorita.

Mi mejor amiga resopla, haciendo sonar sus labios como si fuera un caballo de carreras en pleno relinche.

—Y, entonces, ¿qué gracia tendría? —replica—. Mira, la cosa va así —sentencia, arrodillándose a los pies del sofá, junto a mí. Presiento que ahora viene un gran discurso o sobre la amistad... o sobre el sexo—: Vas a coger un par de bragas y el cepillo de dientes, vas a meter tu culo en mi coche y nos vamos a ir a ver a nuestro grupo favorito de cuando éramos adolescentes a su concierto en París. Podría darte muchas razones por las que en este caso me debes obligado cumplimiento, pero voy a centrarme en cinco palabras: exnovio gilipollas tirada en altar.

El gilipollas en cuestión tiene nombre, Martin, y, antes, un hueco en mi vida y mi apartamento... o debería decir su apartamento, porque, después de romper conmigo dos días antes de nuestra boda, el muy hijo de su madre me echó del piso que compartíamos en Fulham; literalmente me puso las maletas en la calle.

—Tienes que celebrar que esquivaste esa bala —añade.

Después de tres semanas llorando como una idiota en el sofá de Emmet, también empiezo a pensar que, el que me dejara, al contrario de lo que creí en un primer momento —ganas de morirme zambullida en un cubo de helado del Ben & Jerry's incluidas—, ha sido más una suerte que una desgracia. Martin no es una buena persona.

—Y yo pienso ayudarte —reañade.

La miro sopesando sus palabras y después sonrío suavemente y asiento. Tiene razón. Tengo que empezar a divertirme con urgencia. Ella me devuelve la sonrisa, se levanta y se dirige dicharachera a su habitación. Parece que al final ha sido un gran discurso sobre la amistad.

—Vamos a hartarnos de follar, Ava Collins.

No puedo evitarlo y rompo a reír al tiempo que cabeceo. Puede que también haya sido un gran discurso sobre el sexo.

Una hora después estamos saliendo de su apartamento en el centro de Islington, más concretamente en el número 12 de la calle Theberton. La idea en sencilla: montarnos en su viejo Rover, conducir una hora y cuarenta minutos hasta Folkestone, cruzar el canal de la Mancha hasta Calais y conducir otras tres hasta París. Todo para ver, en el estadio del Parque de los Príncipes (eso sí que es un nombre de los buenos para un estadio), a No Regrets, nuestro grupo de música preferido cuando éramos quinceañeras.

—No me puedo creer que nunca hayamos ido a uno de sus conciertos —comenta casi atónita Emmet mientras nos incorporamos al tráfico de la A3211 en sentido Dartford.

—Nos pasamos toda la noche en la cola para conseguir entradas para su concierto de Wembley en el 2005 —le recuerdo.

—Sí, y tu padre nos descubrió a la mañana siguiente y nos arrastró de vuelta a casa cuando sólo teníamos a diez personas delante en la fila. ¿Cómo no caímos en la cuenta de que tomaba esa calle todas las mañanas para ir al trabajo?

Rompo a reír. La verdad es que no fue nuestro plan más inteligente. Las

dos mentimos diciendo que nos quedábamos a estudiar y a dormir en casa de la otra y nos pasamos toda la noche guardando turno en la cola en una calle cualquiera del West End. Cuando mi padre nos pilló, no le importaron todas nuestras súplicas y las dos estuvimos castigadas más de un mes. Aunque, francamente, estoy convencida de que, si hubiésemos conseguido comprar las entradas, el castigo no nos habría dolido tanto. No Regrets era lo más importante para nosotras. Llevábamos las carpetas forradas con sus fotos y en nuestras paredes no había un solo centímetro libre de pósters. Nos sentíamos identificadas con sus canciones y creíamos que eran los únicos capaces de comprendernos. Supongo que éramos unas fans adolescentes en toda regla... y a mi padre nunca le hizo la más mínima gracia.

—Mira lo que he traído —anuncia Emmet sujetando el volante con una mano y rebuscando en su bolso con la otra.

—No me parece una buena idea que te distraigas en la carretera —repongo.

—*Relax*, Ava.

La miro con el ceño fruncido.

—De *relax*, nada. No quiero morir en este coche. Es viejo y muy deprimente —concluyo mirando a mi alrededor.

Dispuesta a impedirlo, le quito el bolso y empiezo a buscar en él, aunque no sé el qué. Además, aquí hay de todo.

—Por el amor de Dios —me lamento con cara de asco—. Creo que he tocado tu vibrador.

—Puede ser —replica como si no tuviera nada de raro.

—¿Cómo que puede ser? —casi grito—. ¿Para qué demonios te llevas un vibrador? Vamos a un concierto.

Ella gira la cabeza y me mira. Devuelve su vista al frente y de nuevo me observa, con una mezcla de condescendencia y sabiduría del tres al cuarto obtenida de algún canal de la tele por cable a una hora completamente intempestiva.

—Este viaje tiene un único objetivo, Ava Collins.

—Deja de llamarme por mi nombre completo. Pareces mi madre.

—¡Tienes que tener sexo! —chilla ignorando por completo mis palabras. Siempre pasa bastante de lo que digo, pienso o quiero hacer, pero, en lo que respecta a este viaje, eso está comenzando a ser alarmante—. ¿Cuánto tiempo hace que no sacas la almeja a pasear?

Cierro los ojos y cabeceo.

—¿La almeja? —demando perpleja—. ¿Qué demonios se supone que tengo que contestar a eso?

—La almeja, sí —afirma asintiendo—. Todas tenemos una y la tuya no es para nada feliz, Ava Collins. Es más, ha caído en coma profundo por aburrimiento. Así que, ¿qué vas a hacer para solucionarlo?

—Podría decir muchas cosas y demostrarte no sólo que estás equivocadísima, sino que eres lo peor —sentencio haciendo hincapié en la última frase—, pero, como necesito urgentemente que dejes de utilizar la palabra *almeja,* voy a responder a tu pregunta con «follar».

—*Meeec* —pronuncia imitando el sonido de error de los concursos de la tele—. Respuesta equivocada.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es la correcta?

—Follar con una estrella de la música —contesta veloz.

La miro a punto de resoplar. Ante mi silencio, Emmet me observa y sonríe de oreja a oreja.

—Un plan genial, ¿verdad?

—Vete a la mierda —concluyo a punto de echarme a reír—. Vamos a cruzar al continente porque tienes la idea de que vas a poder ligarte a uno de los miembros de No Regrets.

—Vamos —me corrige.

—Conmigo no cuentes.

—Connor Bay —me rebate como si el nombre de uno de los componentes de la banda fuera el equivalente al abracadabra del sexo indiscriminado—.

¿Tengo que decir algo más?

—Que estás desequilibrada y quieres que te interne en un centro sin ventanas —propongo.

Emmet me enseña el índice y el corazón, imitando a un arquero inglés de la guerra de los Cien Años indicándole a un soldado francés lo que conserva —el modo británico de hacer una peineta—, y rompo a reír de nuevo.

—Me lo voy a tirar —sentencia— y tú puedes elegir entre William, Tyler u Oliver —añade mencionando a los otros tres miembros.

—¿Sabes que Connor Bay está casado?

—Me merezco que tenga un desliz conmigo. Soy su *groupie* desde los catorce años.

—Y dejaste de serlo a los diecisiete.

—Eso él no tiene por qué saberlo —protesta.

Supongo que eso también es muy de fan adolescente. Un día se cruzó en nuestras vidas un chico del instituto, convenientemente acompañado de un amigo, y decidimos que ya éramos demasiado mayores como para quedarnos en casa de una de las dos a escuchar música. Poco a poco los pósters de No Regrets fueron desapareciendo y las carpetas se llenaron de consignas que sonaban a muy adulto, aunque no las entendíamos del todo. Mi preferida «Salgamos de la OTAN». Si a alguna de las dos no hubiesen preguntado en aquel momento qué era la OTAN, ninguna habría podido contestar, aunque teníamos clarísimo que, fuera lo que fuese, era malísimo para una sociedad justa y libre.

—¿Crees que seguirá siendo igual de guapo? —pregunto. Al fin y al cabo han pasado doce años desde aquella época.

—Claro que sí. Sólo tiene treinta y tres años.

William Hamilton y Oliver Thomson, treinta y cuatro; Tyler Evans, treinta... y nosotras, veintiséis y el inicio de unas amenazantes arrugas de expresión. El tiempo ha pasado para todos.

—Bueno —me apremia—, ¿vas a sacarlo ya del bolso?

La miro confusa.

—¿El qué?

—El cedé —responde como si resultara obvio.

Asiento cayendo en la cuenta de que antes le he robado el bolso y he tocado su vibrador (¡qué asco!) por un motivo. Rebusco y sonrío al ver la portada del primer disco de No Regrets.

—No me lo puedo creer —murmuro girándolo entre mis manos, llenándome de recuerdos.

—Ni yo, tía. ¡Nos comprábamos cedés!

Estallo en carajadas por su vehemencia.

—¿Crees que seguirán vendiéndolos?

—Deberían —replico.

—Eso explícaselo a un niño de catorce años cuando te pregunté por dónde se enchufa ese disco raro a su móvil.

Asiento. Sabias palabras.

—Somos viejas —gimotea.

Niego con la cabeza.

—De eso nada —le advierto con una sonrisa—. Tú y yo seremos *vintage*.

—Amén a eso.

Acelera. Estamos a tres horas de tierras francesas.

***

—Este sitio es la hostia —comenta Emmet mientras nos encaminamos a la puerta principal del estadio.

Giro sobre mis pies, mirando a mi alrededor sin poder dejar de sonreír. Hay muchísimas chicas de nuestra edad, pero también otras más mayores y, sobre todo, cientos y cientos de adolescentes con el nombre de No Regrets o de alguno de sus componentes escritos en la cara y aspecto de haber pasado la noche haciendo cola para conseguir el mejor lugar.

Emmet le entrega nuestras entradas al guardia de seguridad, nos cachean y, al fin, accedemos al Parque de los Príncipes. Es espectacular. No tengo ni la más remota idea de cuántas personas caben aquí, pero, si me preguntaran, sólo por el ambiente que hay, diría que millones.

El escenario es gigantesco. No se alcanza a ver lo que hay en él, ya que las luces apuntan al público, dejando las tablas en la más estricta penumbra. Creo que hay algo que lo alberga, algo sostenido por cuerdas y que se eleva más allá de las gradas del estadio. Si no fuera una estupidez, diría que es la carpa de un circo.

Mi amiga me agarra de la mano sin ninguna delicadeza y tira de mí para que deje de alucinar y acelere el paso. Se ha marcado como objetivo estar lo suficientemente cerca del escenario como para que Connor Bay la vea y se enamore al instante de ella.

—Tendremos que quedarnos aquí —se lamenta al comprobar que no podemos avanzar más. Diez filas de adolescentes cantando todas y cada una de las canciones del grupo (y eso que el concierto todavía no ha comenzado) nos lo impiden.

—Espero que Connor Bay vea bien de lejos —bromeo.

Ella me observa y tuerce los labios.

—Paso de ti —me deja claro—. Más que nada —añade con una sonrisa— porque tengo esto.

Se saca dos trozos de cartón del bolsillo trasero de los vaqueros y me los planta delante de la cara.

—¿Qué son?

Emmet resopla hastiada.

—Por Dios, ¿qué harías sin mí?

—Vivir tranquila —ratifico, y luego suelto una risilla, encantada con mi propia broma. Ha sido lo más.

—Son dos pases vip para el *backstage*.

Frunzo el ceño, incrédula.

—¿Y de dónde has sacado tú dos pases vip para acceder al *backstage*?

—Los gané en la radio —contesta mirando a todos lados menos a mí.

—Mentira.

Si Emmet Wilson hubiera ganado dos pases de *backstage* para un concierto de los No Regrets, habría llamado, además de a la propia radio, a la tele para contarlo... Todo el barrio de Islington, en particular, y el norte de Londres, en general, lo sabrían. Además, miente fatal.

—Emmet —la presiono.

Ella vuelve a soltar un bufido.

—Está bien —claudica alargando todas las vocales—. Me los ha hecho un tío, ¿contenta?

—No —respondo como si fuera obvio, y es que es obvio—. ¿Qué tío?

—Uno de confianza.

—Si fuera de confianza, no habrías dicho «un tío». Lo habrías llamado, yo qué sé, Matt.

—Pues se llama... Paul. —Otra vez sus ojos se posan en cualquier lugar menos en mí.

—Paul, ¿qué más?

—Y yo qué sé —protesta enfurruñada—. He dicho que era de confianza, no que estuviéramos enamorados. Es legal —sentencia alzando suavemente las dos manos—. Fue el que le hizo el carnet falso a mi prima Stacey.

—Oh, Dios mío. ¿Cómo he podido dudar de ti —digo apenada, y Emmet empieza a asentir con una sonrisa, convencidísima de mis palabras—, si se trata de Paul, el que le hace los carnets falsos a los adolescentes del colegio público de la calle Harris? —planteo sarcástica.

Mi amiga ya no asiente, acaba de pillar la ironía.

—Están superbién hechos.

—¿Y lo sabes, por?

—Porque lo sé.

—¿Tienes cinco años? —me quejo—. Eso no es una respuesta.

—Y esto no es una conversación y paso de ti.

—No, yo paso de ti.

—Cuando Connor Bay se enamore de mí y me pida que nos casemos, no te invitaré a mi boda llena de estrellas de la música.

—Cuando Connor Bay te denuncie por acoso y te encierren en un cuarto con las paredes acolchadas, no iré a verte.

—¿De qué vas, tía? —replica, y ahí es cuando me doy cuenta de que pasa demasiado tiempo en la calle Harris, que se parece sospechosamente al Bronx de los noventa—. No lo acoso, lo quiero.

Se lleva los dedos al pecho, hace la mitad de un corazón y estira la mano para acabar señalándome.

—Amor del bueno.

La miro muy seria, pero no soy capaz de contenerme mucho tiempo y las dos rompemos a reír. No sé si los pases de *backstage* funcionarán o no, pero está claro que esta noche vamos a divertirnos muchísimo.

Apagan las luces y todas a nuestro alrededor comienzan a gritar emocionadas. Nos giramos hacia el escenario, expectantes, casi con el corazón encogido. Se respira tensión, pero de esa bonita, de la que se te mete en el estómago y te hace sentir millones de mariposas.

El escenario se ilumina y es... sencillamente increíble.

—Emmet —murmuro admirada, sin poder dejar de contemplarlo.

No me he equivocado. Una espectacular carpa de circo, que se eleva más allá de la altura del estadio, alberga el escenario, donde hay un enorme elefante azul hecho con telas y gasas y, apoyado en él, un gigantesco soldadito de plomo a un lado y Alicia, la protagonista de *Alicia en el país de las maravillas*, al otro, como si nosotras también hubiésemos seguido al conejo blanco a través del espejo y hubiéramos caído en el mundo de los cuentos. En diferentes tamaños, por toda la escena, hay más personajes de fantasía, como caballeros y princesas; incluso los músicos van vestidos, en una versión cosmopolita y moderna, de la guardia real del príncipe de *Cenicienta*.

No Regrets ha creado esto para nosotras. Es alucinante.

Una guitarra eléctrica comienza a sonar, el inicio de una canción. Hay movimiento en el escenario. Las chicas comienzan a gritar de nuevo. Las luces se apagan... sólo un segundo. Cuando vuelven a encenderse, No Regrets está en el centro de las tablas. Los chillidos entregados toman el ambiente, rasgándolo, y no puedo evitar sonreír. Es casi hipnótico. Impresiona verlos ahí, inalcanzables y al mismo tiempo sentirlos tan tuyos porque, aunque haya cien mil personas más aquí, esta noche van a cantar sólo para ti.

Al igual que sus músicos, los cuatro componentes llevan una versión sofisticada y sexy de un traje de la guardia real. Mi sonrisa se ensancha. Parecen cuatro príncipes oscuros, como si el cuento se hubiese modernizado y los chicos malos lo protagonizaran ahora.

El rugido de guitarra se hace más intenso y las chicas se vuelven un poco más locas, pero ellos permanecen ajenos, subidos a un arrogante pedestal. Una chiquilla a nuestro lado rompe a llorar, estirando la mano, tratando de alcanzarlos, con la vista clavada en ellos.

Más guitarra.

Más luces.

Más gritos.

Y empiezan a cantar.

¡Reconozco esta canción! Fue el primer sencillo de su primer álbum. Yo también grito, contagiada del ambiente, y arranco a cantar moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Esto es una pasada! —chilla Emmet—. ¡Creo que voy a lanzarles mis bragas!

Tiene toda la razón... en lo de que es increíble, no en lanzar ropa interior.

Las siguientes canciones son aún mejores. A pesar de que llevaba años sin escucharlas, me siento increíblemente orgullosa de recordarlas a la perfección y cantarlas como si todavía tuviera quince años y estuviera en el centro de mi habitación.

Y siguen guapísimos, sin excepción.

Sin embargo, cuando llegan sus nuevos éxitos, sobre todo las canciones de su último disco, no sé por qué, pero no me provocan lo mismo. Siguen siendo buenos temas, con buenas letras, pero siento que no tienen corazón.

—Vamos —me apremia Emmet cogiéndome del brazo y tirando de mí.

—¿A dónde? Me encanta esta canción...

William Hamilton está cantando en el centro del escenario uno de los viejos éxitos del grupo, sólo con su guitarra acústica, derrochando talento puro y un atractivo casi magnético. Tiene el pelo castaño claro y los ojos sencillamente preciosos, a medio camino entre el verde y un suave marrón, como los de un animal en mitad de la sabana. Los rasgos, masculinos; el cuerpo, delgado, armónico, y las manos, grandes. Definitivamente creo que quiero seguir mirándolo el resto de mi vida.

—Tenemos que aprovechar todo el jaleo de que el concierto está a punto de terminar para...

Mi amiga sigue hablando, pero no la estoy escuchando. William Hamilton está cantando que el amor es complicado, que duele, pero que siempre habrá alguien que te cogerá de la mano cuando saltes al vacío y te hará feliz. Es una canción preciosa y su voz la vuelve todavía mejor.

—¡Ava!

—¿Qué? —respondo saliendo de mi ensoñación.

Por la manera en la que Emmet me mira, me doy cuenta de que no es la primera vez que me llama.

—Me encanta esta canción —repito, y no sé si lo gimoteo a modo de disculpa o bien protesto para que deje de interrumpirme.

—Ya, sí... a ti lo que te encanta es William Hamilton —replica burlona.

—¿Y a ti no? —me defiendo.

—Pues claro —responde veloz—, y quiero palparlo con estas manitas —añade mostrándomelas—, así que vámonos al *backstage*.

La miro durante un puñado de segundos sin decir una sola palabra,

curiosamente en un lugar atestado de gente y buena música.

—No lo veo claro —suelto al fin.

Emmet asiente y por una milésima de segundo creo que ella también ha comprendido la temeraria idea que es intentar colocarnos y va a rendirse.

—Por eso yo llevo los pases —sentencia.

Emmet Pearl Wilson, no tienes remedio.

La sigo a regañadientes, pero la sigo, las cosas como son. Si su plan funciona, va a ser fantástico. Si no, con toda probabilidad —más que nada, conociendo a mi amiga—, terminaremos en los calabozos de una comisaría del distrito dieciséis de París. Supongo que en cualquier caso tendremos una buena historia que contar.

Con bastante trabajo, logramos salir del centro del estadio y accedemos de nuevo a la galería que sirve de acceso a las distintas zonas; caminamos por ella tratando de encontrar los últimos pasillos, los que en teoría llevan a la parte de atrás del escenario.

—No podéis pasar —nos frena una voz ronca en mitad de uno de los corredores.

Yo miro la puerta, sólo a un puñado de centímetros, y trago saliva. Es imposible que esa voz pertenezca a un hombre bajito y escuchimizado al que podamos vencer físicamente para huir de los gendarmes.

Nos giramos a la vez, pero creo que yo lo hago con un poco más de resquemor que Emmet, y me encuentro exactamente con lo que me tenía; un señor afroamericano de dos metros de estatura por otros dos de anchura, con unos brazos más grandes que mis muslos, un pinganillo en la oreja y cara de pocos amigos.

—Perdone, caballero... —empieza a decir Emmet.

—No podéis pasar —repite, demostrando que le importa bastante poco lo que quiera que sea que mi amiga tiene que decir.

Emmet entorna los ojos dirigiéndolos hacia el miembro de seguridad. Suspiro. Vamos a acabar en prisión.

—¿Acaso me ha tomado por una de esas *groupies* adolescentes dispuestas a tirarle la ropa interior a Connor Bay? —inquiere indignadísima, señalándolo con el índice, como si, de repente, Elizabeth Hurley en «The Royals» no le llegara ni a la suela de los zapatos.

El hombre la mira sin saber qué decir y yo, la verdad, me aguanto para no hacer lo mismo. ¡Tirarle las bragas era exactamente lo que pensaba hacer!

—Tenemos pases vip para entrar en el *backstage* —lo informa tendiéndoselos—. No hemos llegado antes porque, con toda sinceridad, este sitio es demasiado ruidoso para mí.

El grandullón coge los pases y yo contengo la respiración. Los estudia con detenimiento y después a nosotras, para volver a mirar los trozos de cartulina plastificada.

—Se nos está haciendo tarde —lo presiona Emmet.

¡¿Acaso ha perdido el maldito juicio?!

El hombre da un paso hacia nosotras y creo que voy a sufrir un ataque en toda regla. Otro más. Emmet lo mira sin pestañear. Otro más. Contengo la respiración...

Y abre la puerta a nuestra espalda.

—Que se diviertan, señoritas —dice devolviéndonos los pases.

Sonrío nerviosa y suelto el aire que había contenido.

—Eso haremos —responde Emmet con un punto de hostilidad.

Me agarra de la mano igual de poco delicada y tira de mí. No la culpo. He estado a algo así como a una décima de segundo de disculparme y pedir clemencia.

—Cuélgatelo del cuello —me ordena dándome una de las cartulinas.

Las dos lo hacemos, pasamos la puerta y me parece que ambas sonreímos de nuevo al darnos cuenta del pasillo al que acabamos de acceder. Hay un frenético movimiento de personal del *staff* llevando ropa y cables de un lado a otro y también de bailarinas estirando o directamente corriendo desde o hacia el escenario. Algunos reciben órdenes mediante unos auriculares conectados a

un *walkie* y también de otras personas que no paran de dar palmadas y apremiar a todos los presentes para que se muevan más rápido. Está lleno de trajes preciosos, en consonancia con el escenario. ¡Estamos en el *backstage* de los reyes del pop y es aún mejor de lo que imaginábamos!

—Hemos pasado al otro lado de la cortina y hemos visto los hilos —comenta Emmet maravillada, parafraseando unas palabras acerca de *El mago de Oz*.

—Amén a eso.

Una mujer con el pelo largo a la altura del mentón, liso y rubio platino, entra en la sala y con una firme palmada, sólo una, capta la atención de todo el mundo.

—Es la última canción —les recuerda con esa clase de exigente profesionalidad que roza la tiranía, muy al estilo de Meryl Streep en *El diablo se viste de Prada*—. Ya sabéis cómo funcionamos aquí, el final del espectáculo tiene que ser perfecto.

Todos asienten de una u otra manera y aceleran el ritmo. En mitad del delirante ajetreo, me percato de que hemos llamado la atención de la señora del pelo platino. Mal asunto.

—Vamos —le digo cogiendo la mano de Emmet y obligándola a caminar —. Tenemos que movernos.

Tomamos el pasillo a nuestra derecha. La mujer no aparta su vista de nosotras hasta que desaparecemos, pero, por suerte, no nos dice nada.

—Menos mal —murmuro.

—Esa mujer da miedo —apunta Emmet.

Asiento. No le falta razón.

El pasillo se curva, el griterío se hace más intenso y las dos sonreímos al ver cómo la pared de ladrillo blanca se transforma en una enorme cristalera, lo que nos proporciona una visión inmejorable del escenario. Debemos estar en la antesala de los palcos del estadio o algo parecido.

—No me lo puedo creer —pronuncio, incapaz de dejar de sonreír—. Van a

tocarla.

Emmet da unas palmaditas y unos saltitos realmente emocionada.

—Sí —certifica, estirando esa única palabra, sonriendo también.

All the damn times I had her under me[*] era nuestra canción favorita. Nos la sabíamos de memoria. Nos la escribíamos en el brazo. La garabateábamos en todos los libros de clase. Era perfecta. Sigue siéndolo. Es un tema que habla de que el amor es lo único que importa, que querer es lo único que importa; de cómo, cuando tocas a la persona de tu vida, todas las demás, todas las que vinieron antes e incluso las que llegarán después, no significan nada.

Es increíble.

Tyler Evans comienza a cantar. Alzo las manos despacio y presiono el cristal con las palmas, pegándome a él, tratando inconscientemente de estar más cerca del escenario, de la propia canción. La primera vez que la oí, sentí algo especial. Por aquel entonces tenía quince años y nunca había estado enamorada de verdad. Sin embargo, ya sabía que el amor tenía que ser así de grande, de importante. Tenía que marcarte. No entiendo cómo después fui tan estúpida de no darme cuenta de que Martin no era así, que no sentía todo ese amor, esa pasión por mí y, desde luego, que no me quería de verdad, como todas merecemos que nos quieran.

La voz de Tyler Evans rasga el ambiente, tocando cien mil corazones y el mío. Apoyo la frente en el cristal y en el mismo instante en el que canta que ninguna sonrisa importará si no es de ella, que ningún cuerpo le calentara las manos, una lágrima cae por mi mejilla. Me pregunto si alguna vez sentiré esa clase de amor.

—¿Estás bien? —inquiere Emmet, tocándome en el hombro.

—Sí —respondo veloz, limpiándome la cara antes de que pueda verme—. Lista para el siguiente paso de tu estúpido plan —sentencio burlona.

Ella me señala y asiente una sola vez. Supongo que ha decidido ignorar la palabra *estúpido*.

—Connor Bay —me recuerda haciendo hincapié en cada sílaba.

—El guapo casado —replico señalando ahora yo—. Será fácil de encontrar.

—Eres imposible, Ava Collins.

Se queja y yo no puedo evitar sonreír, orgullosa por mi propia broma. Escuchamos las voces de los chicos despidiéndose del público que grita como nunca. La música suena más fuerte.

Avanzamos por el entramado de pasillos sin tener la más remota idea de a dónde vamos. Cada vez vemos más gente del *staff*. Eso es una buena señal. Sin embargo, cuando más convencidas estamos de que nos encontraremos con No Regrets en cualquier momento, nos topamos con la mujer del pelo platino a un pasillo de distancia. Ella nos mira y, de inmediato, entorna los ojos.

—Joder —murmura Emmet.

—Ey —nos llama visiblemente molesta, echando a andar hacia nosotras.

—Corre —nos decimos al unísono, ¡y nos obedecemos!

Echamos a correr mientras la oímos volver a llamarnos. Esquivamos a gente del *staff,* a bailarinas... y tomamos un nuevo pasillo. Maldita sea, sólo hay más gente con la que no chocarnos.

—Perdón, perdón —me disculpo sin detenerme.

—¡Por aquí! —me indica Emmet accediendo a una puerta a su derecha.

Pero, cuando voy a girar para reunirme con ella, dos hombres aparecen cargando unos burros enormes llenos de ropa, cortándome el paso. Emmet me mira con cara de susto. Apremio a los hombres, incluso al propio perchero con la mirada, pero parece interminable.

—Ey —vuelvo a oír.

Me giro. La mujer rubia platino está muy cerca.

—¡Lárgate! —le ordeno a Emmet.

Duda, pero finalmente asiente y las dos echamos a correr en direcciones opuestas. No sé cuántas veces giro, ni cuántos pasillos tomo, pero creo que me paso corriendo los cinco minutos siguientes. Completamente asfixiada —es obvio que necesito ir al gimnasio, no sólo apuntarme y comprarme unas

zapatillas de *training*—, me detengo y me llevo las palmas de las manos a las rodillas, tratando de recuperar el aliento.

Tras un par de segundos, me doy cuenta de que este corredor, sea el que sea, es mucho más tranquilo. No hay nadie del *staff* ni ninguna bailarina. Quizá he salido del *backstage* y no es más que un pasillo vacío del estadio.

Doy un suspiro, aliviada, pero entonces oigo una voz que se va acercando y todo mi cuerpo se tensa.

2

Kings of Leon. *Fans*

Estoy a punto de echar a correr de nuevo cuando una chica aparece hablando por teléfono. Me mira, pero no me presta demasiada atención.

—Sí. El concierto ha estado genial. Una auténtica locura —añade con una sonrisa.

Parece más o menos de mi edad y muy simpática. Tiene el pelo rubio y los ojos verdes, y va completamente a la moda, como una *it girl* londinense.

—Te llamo luego —se despide—. Adiós.

Da un paso hacia mí e inclina con suavidad la cabeza para ver el pase que llevo al cuello. Creo que otra vez he dejado de respirar.

—Hola. Soy Frankie Harris —se presenta tendiéndome la mano con una sonrisa.

A punto de sufrir un infarto, sonrío, con toda probabilidad más tiempo del que debería y, con una seguridad del ciento por ciento, demasiado nerviosa.

—Ava —respondo estrechándosela—. Ava Collins.

—Pase vip —comenta señalándolo—. Una chica afortunada.

Lo miro y la inquieta sonrisa que trato de contener se hace un poco más grande.

—Sí, una amiga los ganó en la radio.

¡Por Dios!

—¿Tú también eres fan de No Regrets? —inquiero, desesperada porque la atención se centre en ella y no en mí.

Ella tuerce los labios al tiempo que levanta la mirada en un gesto burlón y divertido.

—Más o menos —sentencia con una sonrisa.

Abro la boca dispuesta a seguir indagando, pero un estruendo, un ruido fortísimo, como el de un portazo o algo parecido, nos distrae a las dos. Apenas un segundo después, por el mismo extremo del pasillo por el que ha llegado Frankie, aparece William Hamilton, increíblemente cabreado, seguido de Connor Bay y un hombre de seguridad. Estoy tan alucinada que tardo un segundo de más en comprender que... ¡son ellos!, ¡y los tengo a un puñado de metros de distancia!

Mi sonrisa se ensancha, pero la expresión me dura poco cuando William Hamilton atraviesa el corredor flechado hacia una de las puertas, la abre sin ninguna delicadeza y entra como un ciclón. Tras él, lo hace el hombre de seguridad, mientras que Connor Bay se queda a unos pasos de la puerta, con las manos en las caderas y la mirada centrada en lo que quiera que esté pasando en esa habitación. Sin lugar a dudas, es uno de los hombres más guapos que he visto de cerca (¡de cerca!), pero ahora mismo parece pensativo y, sobre todo, muy preocupado.

Una discusión en toda regla se oye en la habitación. Una de las voces es la de William; la otra no consigo distinguirla, aunque me resulta muy familiar.

En mitad de los malhumorados gritos, una chica muy delgada y muy guapa sale escoltada por el miembro de seguridad, con los zapatos en la mano y poniéndose un jersey de punto blanco.

—Lo siento —se disculpa ruborizada, aunque con una sonrisa enorme al reparar en Connor Bay.

Él asiente y se obliga a fingir una sonrisa de puro trámite, dejando de mirar la puerta para mirarla a ella un único segundo, mientras que ésta sigue contemplándolo embobada hasta abandonar el pasillo guiada por el otro hombre.

Frunzo el ceño. Parecía una mujer muy joven.

Frankie parece analizar la situación al mismo tiempo que yo y, al llegar a una idéntica conclusión, me observa preocupada, pero no por la chica, por la

discusión o por ella misma, sino por mí; imagino que por ser testigo de todo esto, lo que hace que automáticamente lleve mis ojos hasta ella.

—Mmm... —pronuncia sin saber cómo seguir—. ¡Connor! —lo llama cargada de una abrumadora familiaridad.

Eso acaba de dejar claro que no es una fan. Entonces, ¿trabaja para ellos?

—Ahora no estoy de humor, Frankie —contesta sin ni siquiera mirarla.

—Connor —repite ella con insistencia, imprimiéndole a su tono una muy poco sutil urgencia.

Es precisamente esa impaciencia la que lo hace girarse y reparar en nosotras. Al verme, frunce el ceño, confundido.

—Es una fan —le explica Frankie, obligándose a sonreír.

Los dos se miran durante largos segundos, teniendo lo más parecido que he visto en toda mi vida a una conversación telepática, hasta que él sonríe, enseñando esa sonrisa perfecta de anuncio de dentífrico (literalmente, Connor Bay protagonizó un *spot* de Colgate).

Vuelvo a ponerme nerviosa, aunque no tengo claro que en algún momento haya dejado de estarlo. ¿Qué está pasando aquí?

—Permíteme presentarme —me pide con sus perfectos modales del centro de Londres—. Soy Connor Bay.

—Sé quién eres —no puedo evitar responder, «y mi amiga te está buscando para lanzarte sus bragas». Por fortuna, consigo reservarme esa información.

Él sonríe de nuevo.

—Pues lo justo es que yo sepa cómo te llamas tú, ¿no te parece?

Es amable, y guapo, muy guapo. El pelo castaño, los ojos azules y esos rasgos de locura, como si lo hubieran fabricado con mimo y sonrisas fulmina bragas. Además, es de conocimiento público que es el chico bueno del grupo, el más simpático de los No Regrets con las fans y la prensa, algo así como el hombre perfecto para abuelas, madres e hijas.

A pesar de mis nervios, vuelvo a sonreír, pero es que está muy cerca y me

está hablando a mí, ¡a mí!

—Soy Ava...

Sin embargo, no me da tiempo a pronunciar mi apellido. Los gritos desde la habitación me interrumpen.

—Estoy cansado de todo esto, joder —ruge malhumorado William Hamilton.

—Pues, entonces, déjame en paz de una maldita vez —sisean de igual forma—. No necesito nada de esto.

La voz adquiere nombre y Tyler Evans sale de lo que ahora imagino que es su camerino. Sus preciosos ojos grises se encuentran con los míos castaños y los atrapan, acelerando mi corazón por un mero segundo. Aunque lo parezca, no está enfadado; es algo más profundo, está cansado del mundo. Se echa el pelo oscuro hacia atrás con la mano y, desuniendo nuestras miradas, se marcha por el pasillo en la dirección opuesta a la que lo ha hecho la chica con el guardaespaldas. Sobra decir que, incluso en mitad de estas circunstancias, me ha parecido guapísimo, con ese tipo de atractivo que sólo tienen las estrellas de la música.

Apenas un segundo después, se oye otro ruido fortísimo y los tres volvemos a mirar hacia la habitación, justo a tiempo de ver a William Hamilton salir, pasándose las manos por su maravilloso pelo castaño claro y gruñendo un juramento ininteligible entre dientes. Es obvio que el sonido ha estado provocado por él mismo estrellando algo contra la pared. Está cabreadísimo, pero, como me ocurrió hace un momento con Tyler Evans, también tengo la sensación de que hay algo más, aunque no sepa ponerle nombre.

—Will... —trata de tranquilizarlo Connor.

—¿La has visto, joder? —prácticamente maldice, y no necesito que nadie me lo especifique para entender que se refiere a la chica—. Tiene dieciocho putos años.

Se pasa las manos por el pelo por enésima vez hasta dejarlas acomodadas

en su nuca.

—¿Por qué tiene que comportarse así? —se lamenta casi en un murmuro. Sin embargo, ni el tono ni el volumen le hacen perder una pizca de masculinidad.

—Tyler no es feliz —responde Frankie.

—Ahora no —la reprende Connor.

—¿Crees que no lo sé? —lo interrumpe William, dando un amenazante paso hacia nosotros.

—Ahora no —vuelve a repetir Connor, esta vez con más vehemencia.

William lo mira francamente mal y su compañero lleva su vista hasta mí para hacerle reparar en mi presencia.

—¿Quién coño es? —gruñe molesto.

Vaya... eso ha estado, como mínimo, fuera de lugar.

—Una fan —responde Connor fulminándolo con la mirada—. Perdona sus modales —me pide con una amable sonrisa.

—Soy Ava...

—¿De verdad eres una fan? —demanda William Hamilton con rudeza, cortándome.

—Sí —respondo nerviosa—... lo era... en vuestra primera etapa, cuando eráis un grupo para adolescentes.

Frankie, a mi lado, suelta una risita de lo más impertinente, disimulándola rápidamente mientras William Hamilton resopla, verdaderamente molesto.

—*No* éramos un grupo para adolescentes —sisea haciendo especial hincapié en la negación, otra vez sin una pizca de amabilidad.

—¿Y *no* erais —replico repitiendo la misma palabra a la que él le ha dado tanta importancia— porque, entonces, seguís siéndolo?

Sueno insolente, pero no me importa porque él está siendo un completo maleducado.

Frankie no puede evitarlo y rompe a reír.

—Tiene toda la razón —certifica entre carcajadas.

—¿Podrías callarte, Frankie? —le pide Connor.

—Poder, podría —responde ella displicente—, pero querer... —deja la frase en el aire y tuerce los labios fingiendo meditar cómo continuarla—, la verdad es que no quiero.

Connor pone los ojos en blanco, ignorándola.

William Hamilton da un paso más hacia mí con las manos en las caderas y me asesina con la mirada. No sé muy bien cómo, pero mantengo el tipo. Resulta intimidante.

—Pero ¿qué coño...? —ruge bajito, con la voz ronca, casi inaudible.

Sus ojos siguen sobre los míos y, aunque estoy enfadada, no puedo evitar fijarme en ellos, a galope entre el verde y el marrón, entre la dulzura y la firmeza. Su olor me sacude. Huele a cítricos y a él, exactamente como te imaginas que olerán los chicos guapos.

En mitad de toda esta locura, su mirada parece cambiar, sólo un segundo, y por puro instinto la mía también lo hace.

Baja la vista y se encuentra con mi pase vip. Sus ojos se tiñen de una renovada arrogancia y el inicio de una media sonrisa asoma en sus labios.

—¿Con que una fan? —gruñe, y casi suena amenazante. Sin embargo, por algún extraño motivo que ni siquiera logro entender, también muy sexy.

Alza la mano y mi cuerpo entra en una especie de tensión que tampoco comprendo.

—Este pase es falso —informa a Connor, arrancándomelo sin contemplaciones y tendiéndoselo—. Por Dios, aquí ya se cuela *cualquiera*.

—Perdona, pero yo no soy *cualquiera* —repito haciendo el mismo engreído énfasis en la última palabra que ha hecho él.

—Ah, ¿no? —replica desafiante—. ¿Y quién eres?

Le mantengo la mirada. Por muy William Hamilton que sea y por muy arrogante que se crea, no es más que un hombre y yo una mujer, puedo con él.

—Soy la que ha pagado cincuenta libras para verte cantar en un concierto canciones que claramente ya no merecen la pena.

Trago saliva. ¡¿Qué coño acabo de decir?! Supongo que soy una mujer muy cabreada.

William ladea ligeramente la cabeza sin levantar sus ojos de mí, rozando la ira termonuclear.

—Yo no canto para gente como tú —ruge con la voz suave, demasiado suave, como si fuera ese breve espacio de calma absoluta que precede a un huracán—. ¿Te queda claro?

—Clarísimo.

Por supuesto, no me amilano, aunque lo rápido que me late el corazón demuestre lo contrario.

Sin decir una sola palabra más, William Hamilton gira sobre sus talones y se larga pasillo arriba.

—Me encanta esta chica —sentencia Frankie con una sonrisa—. Me la quedo.

—No puedes quedártela —la reprende Connor, devolviéndome el pase. Está disgustado y yo me siento increíblemente culpable. Ha sido muy amable conmigo—. No es un cachorrito abandonado.

—¿Por qué? —replica ella—. Tú lo hiciste.

—Frankie...

Entran en un duelo de miradas en toda regla y, no sé por qué —supongo que es el día de las intuiciones de Ava Collins—, tengo la sensación de que, detrás de todos esos reproches y esa impertinencia, hay una historia mayor; también que ese «tú lo hiciste» no se refiere a un perro de verdad.

—Es hora de que me presente formalmente —dice ella girándose hacia mí —. Como te he dicho, soy Frankie Harris; en realidad, mi nombre es Frances, pero sólo mi madre me llama así. Soy pintora, sobre todo de murales y cuadros en gran formato. Oliver Thomson —el cuarto miembro de No Regrets — es mi marido.

—Tu prometido —la corrige Connor.

—Marido en sentido bíblico —contraataca ella—. ¿He sido lo suficiente

precisa para ti? —lo desafía.

Él la fulmina con la mirada y ella se la mantiene. Al cabo de unos segundos, Connor Bay cabecea enfadado, me atrevería a decir que también frustrado, y se marcha. Frankie lo observa alejarse y resopla abatida, pero rápidamente lo camufla en una sonrisa forzada.

Voy a abrir la boca dispuesta a decir algo, concretamente despedirme y salir antes de que alguien me delate a seguridad, cuando mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Gracias a Dios, es Emmet.

—¿Dónde estás?

—No te lo vas a creer —responde rápida.

—Si yo te contara... —replico alejándome unos pasos.

—Ahora mismo no te puedo dar más detalles —prácticamente me interrumpe—. Nos veremos mañana por la mañana en la puerta del estadio —me explica todavía más deprisa.

—¿Qué? ¡No!

¡No puede estar hablando en serio!

—Emmet —me quejo.

—Date un capricho y págate una habitación de hotel. Yo invito —continúa antes de que pueda seguir protestando—. El número de mi tarjeta es...

—No puedes dejarme tirada... ¡en París! —chillo bajito.

—*Fai l'amore!* —grita en italiano esta chalada que tengo por amiga, que, no sé por qué, cada vez que quiere darme horribles consejos sobre mi vida, utiliza otro idioma.

—Emmet —trato de frenarla.

Recita el número, la fecha de caducidad y el código de seguridad a una velocidad pasmosa, se despide y cuelga antes de que pueda decir nada más.

—No me lo puedo creer...

El móvil vibra y abro un whatsapp de mi amiga, que desde hoy ha dejado de serlo oficialmente. Es una foto de su tarjeta por delante y por detrás. Me acerco el móvil a los ojos y en la esquina puedo ver un cuerpo de escándalo,

afroamericano, y una bonita sonrisa. ¡Ha ligado con uno de los bailarines! Por eso me ha dejado tirada.

—Maldita sea —refunfuño antes de soltar un bufido.

—¿Todo bien? —pregunta Frankie.

—Mi amiga... —empiezo a decir, pero en ese mismo instante me percato de que la historia es demasiado larga y casi no nos conocemos—... es un desastre.

Creo que lo he resumido bastante bien.

Frankie sonríe.

—Definitivo, te vienes al hotel con nosotros.

—¿Qué? No —contesto por inercia—. Te lo agradezco mucho, pero no me parece una buena idea.

—Está claro que tu amiga ha pasado de ti y te has quedado tirada, y la noche se presenta muy aburrida para mí, así que favor por favor.

—Apenas nos conocemos —trato de hacerle entender—, podría ser una asesina en serie y no lo sabrías.

—¿Eres una asesina en serie?

—No, claro que no.

Las dos nos observamos en silencio un puñado de segundos.

—¿Y tú? —inquiero al fin.

No me puedo creer que me esté planteando irme a un hotel con una simpática desconocida y el grupo pop que ha vendido más discos desde los Beatles.

—Tengo mal despertar —sentencia encogiéndose de hombros—, pero todavía no me he cargado a nadie.

Lo pienso. ¿Cuáles son mis opciones? Marcharme con Frankie o salir sola a buscar un hotel en París con la fotografía de una tarjeta de crédito que, conociendo a Emmet, podría no tener fondos por estar ella en la más absoluta miseria, exactamente como mi MasterCard.

—Está bien —acepto con una sonrisa.

—Genial.

Frankie me guía por los laberínticos pasillos y accedemos a la parte de atrás del escenario. Suspiro admirada al tiempo que me cruzo con varios miembros del equipo técnico. De cerca es aún más grande y majestuoso.

—¿Ya lo están desmontando? —pregunto con el ceño fruncido. No hace ni una hora que ha terminado el concierto.

—Ajá —responde Frankie consultando algo en su móvil—. Tienen que darse prisa. Para mañana a primera hora, el estadio debe estar vacío.

Miro de nuevo el titánico escenario. ¡Sí que deben trabajar rápido! Sólo desmontar ese enorme elefante tiene que llevarles horas.

—Señorita Harris —llama a Frankie una de las mujeres con *walkie*—, el coche número dos.

—Gracias, Sandie —contesta sin detenerse, caminando hacia uno de los SUV negros, un elegante Audi.

Nos acomodamos en la parte trasera y, ya mientras lo saludamos, el chófer arranca diligente y nos saca del estadio. En el equipo de música suena una de las canciones de No Regrets. Sonrío hasta que me doy cuenta de que es una de las de su nuevo disco. Bonita, con ritmo, pero no transmite lo mismo.

Frankie, a pesar de seguir concentrada en su teléfono, parece percatarse y esboza una media sonrisa.

—Tienes razón.

La observo confusa.

—Con lo de que no suenan igual —añade a modo de explicación—. William también lo sabe. Creo que por eso lo has cabreado tanto.

—No quería cabrearlo —me disculpo—, pero él tampoco ha sido muy amable —me defiendo.

Se comportó como un auténtico maleducado y consiguió sacarme de mis casillas.

—Normalmente no es así —repone.

Trato de recordarlo en las millones de entrevistas en las que lo he visto, en

los *making of* de los videoclips y los conciertos. Es cierto que es un tío distante, como si estuviera un escalón por encima del mundo, pero nunca pensé que podría ser tan hosco, así que supongo que debo creer lo que ha dicho Frankie.

—Creo que es por las canciones —continúa—, por el grupo y también por Tyler. A William le gusta tener el control, que las cosas vayan como él quiere que vayan. Quiere ayudarlo, que vuelva a estar bien, pero no sabe cómo.

Tyler. Su nombre me hace recordar la escena que presencié, la forma en la que me miró.

—¿Y qué hay de Tyler?

Frankie levanta la cabeza de su *smartphone* y tuerce los labios.

—Tyler es diferente —sentencia—. Diferente a Connor, diferente a Oliver y, sobre todo, diferente a William. Aunque no lo parezca, tiene una sensibilidad especial. Por eso aún no ha encontrado su lugar en el mundo.

Racionalizo sus palabras y recuerdo cómo me sentí viéndolo cantar *All the damn times I had her under me.* Parecía sentir cada palabra, cada letra que pronunciaba.

—¿Y Tyler y William se llevan bien?

Automáticamente caigo en la cuenta de que, con toda probabilidad, me he pasado de fisgona, pero la curiosidad me ha ganado la partida.

—Lo de Tyler y William es complicado, pero, tenlo claro, los cuatro se quieren más que a nada, como si fueran hermanos.

Lo cierto es que eso resulta algo incluso fácil de adivinar, aunque lo más cerca que hayas estado de ellos sea la portada de uno de sus cinco discos. Llevan trabajando juntos, viajando de un lugar a otro, durante doce años. Son familia.

—Hemos llegado —anuncia cantarina, bajándose del coche al tiempo que el chófer lo hace, imagino que con la intención de abrirle la puerta.

Yo la imito y un «uau» se me escapa al alzar la mirada y contemplar el maravilloso hotel de lujo frente al que estamos.

—¿Nos quedamos aquí? —demando perpleja.

—Para los No Regrets, sólo lo mejor —contesta divertida, guiñándome un ojo.

Me espera hasta que rodeo el vehículo y entramos. El conductor nos sigue y uno de los empleados del establecimiento se hace cargo del Audi. No es hasta que se detiene a nuestra espalda, prudentemente separado, mientras esperamos el ascensor, que no me doy cuenta de que debe de ser el guardaespaldas de Frankie.

En teoría tengo que comportarme como si el gigantón fuera invisible, pero no soy capaz de ello y acabo mirándolo de reojo.

—Es por seguridad —me explica Frankie—. Cosas de Connor.

Frunzo el ceño.

—¿No deberías decir de Oliver?

Ella gira la cabeza hacia mí, explicándome sin palabras que no se ha equivocado. ¿Qué pasa entre ellos?

—Salí con Connor, rompimos hace más o menos un año —empieza a decir. Supongo que mi cara ha debido de resultar mucho más expresiva de lo que pretendía—. Él la fastidió, lo dejamos y se casó con otra dos semanas después.

—Eso se merece al menos otro «uau»... Perdona —me disculpo en cuanto pienso lo que acabo de decir.

Frankie sonríe, quitándole importancia. Las puertas se abren y entramos en el ascensor.

—No pasa nada —me tranquiliza—. Comprendo que resulte sorprendente, a mí todavía me lo parece —confiesa. Pulsa el botón de la quinta planta, el piso de las *suites* en el Shangri-La—. Hace ocho meses empecé a salir con Oliver y hace dos que nos prometimos. Estoy con quien tengo que estar —sentencia sin dudas, y diría que feliz.

Me mira y sonríe. Yo lo hago por inercia y ella clava sus ojos en las puertas de metal. ¿Me pregunto cómo me sentiría si Martin se casara con otra?

No me da tiempo a meditar mucho una posible respuesta. Las puertas se abren y Frankie echa a andar seguida del enorme guardaespaldas. Atravesamos la planta, que, como era de esperar, es puro lujo transformado en interminables pasillos con suelos de mármol y paredes de color *champagne*.

Frankie saluda a otro grandullón casi tan enorme como el que nos escolta y él le abre la puerta que flanquea. El hombre me mira con cara de pocos amigos.

—No te preocupes, Markus. Es Ava —me presenta—. Ava, él es Markus, el guardaespaldas de Oliver.

—Encantada —le digo mientras Frankie entra.

Él asiente profesional con un inicio de sonrisa y automáticamente me tranquilizo. Es demasiado grande como para no asustarse si no lo tienes de tu lado.

—Hola. —La voz de Frankie se vuelve cantarina y pizpireta.

La sigo justo a tiempo de ver cómo se tira a los brazos de Oliver Thomson, el cuarto miembro de No Regrets.

—Hola —responde él con una sonrisa contra sus labios.

El beso se alarga un poco más de lo que esperaba, lo que provoca que una sonrisa divertida y un pelín violenta se apodere de mis labios al tiempo que agacho la cabeza.

—Perdona —se disculpa Frankie, pero no parece sentirlo demasiado en realidad.

—Tú debes de ser la polizonte —me comenta Oliver.

¿Polizonte? Frunzo el ceño, confusa.

—William no está muy contento contigo, ¿sabes? —añade burlón.

Abro la boca dispuesta a disculparme, pero la cierro. Él tampoco fue el colmo de la amabilidad conmigo. Yo sólo me defendí. Además, ¿por qué le sentó tan rematadamente mal? Ser un grupo para adolescentes no es nada malo. Son las fans más leales que encontrará jamás.

—Lo siento —me obligo a pronunciar. Al fin y al cabo, me pescaron con

un pase de *backstage* falso. De alguna manera tengo que redimirme.

—No te preocupes —repone, todavía con Frankie entre sus brazos—. No es que últimamente esté de muy buen humor.

—¿Podemos pasar? —le pregunta su prometida—. Quiero que Ava conozca a los chicos.

Oliver la mira, recordándole sin palabras que eso va contra las normas, pero ella le pone ojitos, como el gato de los dibujos animados, y no tarda en ablandarlo.

—Sólo cinco minutos —le advierte Oliver con el índice alzado.

Ella asiente entusiasmada. Se libera del abrazo de su prometido y tira de mí para que la siga hacia el interior de la *suite*.

—Es algo así como una especie de tradición —me explica veloz, en voz baja para que nadie salvo yo pueda oírla—. Después de cada concierto, los chicos se encierran en una habitación y pasan la noche juntos. Lo hicieron después de la primera actuación que realizaron en un pub de mala muerte en el sur de Londres y no han fallado, ninguno, ni una sola vez.

Asiento y mi imaginación empieza a volar libre. Los dibujo a los cuatro en una fiesta interminable, en una *suite* llena de gente, buena música, *champagne* francés y las estrellas del último desfile de Victoria's Secret bailando encima de las mesas con las alas aún puestas. No sé, todo lo que se supone que deben ser las fiestas de unas estrellas de la música.

Sin embargo, lo que me encuentro me deja completamente descolocada. El salón de la *suite* está vacío salvo por ellos. Connor está sentado en el sofá, hablando a gritos con alguien en la habitación contigua y riendo por la respuesta que no logro oír. Hay un partido de fútbol en la tele, creo que del Chelsea, que roba la atención de Oliver. Sin levantar los ojos de la pantalla, se acerca a la mesita de centro, coge una cerveza y se deja caer en el sillón.

—¿Ya ha salido el penalti? —pregunta.

—No. Aún están con el resumen de la primera parte —responde Connor —. ¡¿Y cómo demonios se quitó los pantalones?! —inquiere siguiendo la

conversación a gritos en la que estaba inmerso.

Todo lo que había imaginado se desmonta en pedacitos, pero una idea todavía mejor, más real, crece hasta envolverlo todo. Son estrellas de la música, pero también son ellos, chicos de treinta y pocos, riendo y bebiendo cerveza, disfrutando de ser solamente eso y nada más, y me parecen tan auténticos que la admiración que sentía por ellos aumenta hasta el infinito.

—No dejan que nadie se quede, ni siquiera su mánager o, bueno, sus chicas —certifica señalándose—. Sólo ellos.

Tyler está sentado en el otro extremo del sofá, fumando un cigarrillo. Se deja caer contra el respaldo del tresillo, ladea la cabeza y, como nos pasó en el *backstage,* nuestras miradas vuelven a encontrarse. Sus ojos grises atrapan otra vez los míos y mi corazón se acelera de nuevo, como si la forma en la que me mira y su fuerza motriz estuviesen directamente interconectadas. Otra vez parece cansado, perdido. Tyler parece estar roto.

Él no aparta la mirada y yo tampoco y, a pesar de no conocernos, algo parecido a la intimidad va navegando entre los dos, acariciándonos. Es una completa estupidez, ni siquiera hemos cruzado una palabra, pero los segundos siguen pasando y ninguno de los dos rompe el contacto y, de pronto, lo real, lo auténtico, se vuelve también humano, en todos los sentidos.

Tomándome por sorpresa, Tyler desune nuestras miradas, se levanta y sale a la terraza. Se sienta en una de las elegantes sillas y sus botas negras contrastan, masculinas, sobre la baranda de piedra blanca donde las apoya. Echa una vez más la cabeza hacia atrás y el humo de la calada de su cigarrillo se pierde en el cielo de París.

Una sensación extraña, que nunca había experimentado, me recorre de pies a cabeza, pidiéndome a gritos que lo consuele. Lo tiene todo. Debería ser feliz. Entonces, ¿por qué siento que es justamente lo contrario?

La risa de Connor me distrae y un tenue rumor me hace apartar la mirada justo para ver cómo William sale de la habitación contigua; era él quien hacía reír a Connor y con quien éste hablaba a gritos. Ya no hay rastro de la ropa del

concierto, ahora sólo lleva unos vaqueros y una simple camiseta. Va descalzo. Parece relajado y contento. El William de los pasillos del estadio ha desaparecido.

Sólo ha recorrido un puñado de pasos cuando repara en mí y las palabras que le dedicaba a Connor se apagan en sus labios.

Aparto la vista. Es más que probable que no le haga la más mínima gracia verme aquí. Sin embargo, puedo notar sus ojos, a medio camino entre el verde y el marrón, sobre mí. Eso me pone más nerviosa y no me gusta. No quiero regalarle ese poder, así que alzo de nuevo la cabeza y dejo que su mirada atrape la mía. Es obvio que está enfadado. El William del Parque de los Príncipes no había desaparecido, sólo estaba tomándose un descanso, después de todo.

—¡Chicos! —Frankie llama su atención. Una milésima de segundo antes de que empiece a hablar, ya sé lo que va a decir y mi cuerpo se tensa. Creo que lo más apropiado sería dejar las presentaciones para otro día—. Ésta es Ava, mi amiga. Ava, ya conoces a Connor y a Oliver —ambos saludan con un amable gesto de mano—, más o menos a William y, en la terraza, Tyler —concluye señalándolo.

Me muerdo el labio inferior, nerviosa... y lo estoy en todos y más amplios sentidos de la palabra.

—Hola —los saludo.

Ni William ni Tyler responden.

—Bueno —continúa Frankie dando una suave palmada—, nosotras nos largamos ya. Vamos a montar nuestra propia fiesta postconcierto. Pensamos asaltar el minibar —anuncia orgullosa.

Oliver y Connor sonríen. Ella le guiña un ojo a su prometido y las dos nos encaminamos hacia la salida del salón principal de la *suite*.

—Vigila el alcohol que tomas, Frankie. —La voz de William atraviesa la estancia y nos detiene a las dos—. No vaya a ser una falsificación. Esta noche

hay muchas... —simula necesitar unos segundos para encontrar la palabra adecuada—... *cosas* que fingen ser lo que no son.

Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones, me giro despacio y desando un par de mis pasos. Una cosa es redimirme por haberme colado con un pase vip falso y otra muy distinta dejar que el señor William Hamilton se permita hablarme como le dé la real gana.

—Espero que con esas *cosas* no te refieras a músicos que se creen los próximos John Lennon cuando sólo están decorando carpetas de instituto —le rebato impertinente.

William me fulmina con la mirada, mientras Frankie suelta una risilla y Connor y Oliver disimulan las suyas.

—Más bien a chicas de veintitantos que se comportan como crías de quince —replica—. Por cierto, ¿dónde se compran ahora las copias baratas de los pases vip?

—Calle Harris —contesto sin amilanarme—. Pregunta por Paul. Dile que vas de parte de la prima de Stacey. Te hará descuento.

—Guardaré esa información como un tesoro —responde irónico y, sobre todo, arrogante.

—Me alegro.

¡Estoy más enfadada que antes!

—Perfecto —gruñe.

—Perfecto —siseo.

Giro sobre mis talones y me dirijo a la salida. Al pasar junto a Frankie, se une a mi paso y ambas nos marchamos.

Es la segunda vez que hablo con él y en ambas se ha comportado como un auténtico capullo.

—William te cae de cine, ¿verdad? —bromea mientras recorremos el pasillo en dirección a su *suite,* tres puertas de madera de sequoia californiana más adelante.

—Tú fuiste la que dijo que normalmente no era así.

¡No lo entiendo! No me conoce y, ya puestos, tampoco comprendo por qué le ha sentado tan mal lo que dije sobre No Regrets. Si no le gusta ser un grupo para adolescentes, debería plantearse por qué hay miles de ellas en sus conciertos.

—Y no es así —afirma—. Parece que se te da muy bien sacarlo de sus casillas.

—Sólo me estaba defendiendo —replico haciendo lo propio.

—Es que parece que a él también se le da muy bien sacarte a ti de las tuyas.

Resoplo. Me niego a seguir pensado en esta discusión o en él. Mañana regresaré a mi vida en Londres, y William Hamilton y No Regrets se esfumarán.

—¿A qué te dedicas? —inquiero de golpe.

Quiero cambiar de tema. ¿Ha sido demasiado obvio?

Frankie me mira mientras abre la puerta de la *suite* con una sonrisilla de medio lado de lo más insolente. Supongo que, en efecto, sí, ha sido demasiado obvio.

—Ya te lo conté, ¿recuerdas?

Hago memoria. Tiene razón.

Entramos en la estancia. El guardaespaldas se aposta junto a la puerta y Frankie la cierra a nuestro paso.

—Eres artista.

—Esa palabra suena un poco grande —apostilla—. Prefiero pintora. Supongo que, el día que vea uno de mis cuadros expuestos en la Tate Britain, me creeré lo de artista.

Las dos sonreímos. La Tate es uno de los mejores museos de arte contemporáneo del mundo. Me encanta almorzar con Emmet en uno de los bancos junto a la entrada y después entrar a dar una vuelta.

—¿Y siempre acompañas a Oliver en los conciertos?

Ella asiente y se deja caer en el sofá. La *suite* es prácticamente idéntica a

donde se encontraban los chicos, salvo por ser un poco más pequeña. Me hace un gesto para que la imite y lo hago. Sin embargo, apenas me he apoyado en el asiento cuando ella se levanta y, rauda, camina hasta la cocina.

—A Oliver le gusta que venga y la verdad es que a mí también. Con todo el tiempo que se pasan de gira, si no lo hiciese, apenas nos veríamos. ¿Te gustan los Manhattan? El cóctel —especifica con la cabeza metida en la nevera de diseño.

—Nunca lo he probado.

—Me lo tomaré como un sí.

Saca dos botellas heladas: una de whisky y otra de Martini Rosso y, después, una caja de plástico llena de cerezas perfectas, casi parecen dibujadas, y una naranja.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —me pregunta mientras vacía dos cubiteras sobre la isla de granito.

—Trabajo en el Cirque du Soleil.

—¿En serio? Nunca habría dicho que fueras así de flexible —comenta admirada.

Sonrío, casi río.

—Y no lo soy —le aseguro divertida—. Trabajo en logística, nada emocionante. El cuartel general del Cirque du Soleil está en Canadá, pero, independientemente del espectáculo, tienen una oficina permanente en Londres, desde la que gestionan sus actuaciones en toda Europa. Básicamente, nos encargamos de buscar alojamientos y organizarlo todo para la compañía cuando están por aquí.

—Sonaba mejor cuando creía que eras una supergimnasta —se lamenta.

Frunzo los labios, disimulando una nueva sonrisa.

—Lo imagino.

—¿Y tienes novio? —inquiere de nuevo, pasando junto a mí y tendiéndome uno de los Manhattan. La verdad es que tienen una pinta deliciosa.

Niego con la cabeza.

—Tenía, pero no salió bien.

Frankie se deja caer a mi lado.

—Eso ha sonado a historia que merece ser contada. —Le da un sorbo a su cóctel—. Quiero saber más.

Al principio dudo un poco, pero acabo contándole toda mi historia con Martin, incluido que me dejara tirada a dos días de nuestra boda y el demoledor hecho de que creo que nunca me quiso de verdad.

—Es decir, que era un cabronazo absoluto, no de los que nos gustan —resume sabiamente.

—Yo no lo habría expresado mejor.

—Soy de las que piensan que todo sucede por algo. ¿Sabes? —me explica acomodándose en el sofá—, cuando algo se acaba es porque no es así como debía ser. Aplicado a ti: Martin no era la persona de tu vida.

Supongo que tiene razón... Sé que tiene razón. La canción de Tyler resuena en mi cabeza. El amor de verdad es diferente, especial.

—Si un chico encuentra a su chica, no la deja escapar por nada del mundo —continúa—, y viceversa. Las chicas también podemos matar dragones por salvar a un príncipe. —Alza la mirada, recapacitando sobre sus propias palabras—. Sólo que somos más inteligentes y, a menudo, la solución pasa por hacerse amigo del dragón o buscarle una dragona para que sea feliz. No hace falta tanta muerte y destrucción.

Asiento y las dos sonreímos.

Es raro porque acabamos de conocernos, pero tengo la sensación de que Frankie y yo ya somos amigas.

***

Me despierta la luz del sol entrando por el inmenso ventanal. Me giro con una sonrisa y pierdo mi mirada en las vistas. Estamos a mediados de julio y hace un día precioso.

Lo primero que hago es mirar mi móvil y mandarle un mensaje a la indecente de mi amiga. En principio sólo pretendo comprobar que está sana y salva y saber cuándo nos marcharemos de vuelta a Londres, pero, después, teniendo en cuenta que me abandonó, decido levantarme, subirme a la cama y hacerme un *selfie,* asegurándome de que no se pierda un detalle de la espectacular cama, la espectacular media docena de almohadones y las espectaculares vistas.

Dejó caer mi culo contra el colchón y reboto riendo. Es la cama más cómoda del planeta.

Voy hasta el baño y me doy una ducha. Tendré que ponerme la misma ropa, pero, gracias a los consejos, normalmente bastante dudosos, de Emmet, por lo menos puedo cambiarme de bragas.

Me seco el pelo con secador mientras canto a pleno pulmón —como no puede ser de otra manera, después del día de ayer— los grandes éxitos de No Regrets; los antiguos, por supuesto.

—Chúpate ésa, William Hamilton —pronuncio impertinente con una sonrisa, mirando mi reflejo en el espejo al tiempo que dejo el cepillo del pelo de cortesía sobre el mármol del lavabo.

Es un auténtico gruñón.

Cruzo descalza la *suite* hasta llegar al otro extremo, donde está la habitación de Frankie. Me sacudo mi media melenita castaña con los dedos y me la recojo en una coleta que deja varios mechones a su aire. Lo cierto es que nunca he sido una de esas chicas con un pelo perfecto en cualquier circunstancia. Soy más de resoplar, recogérmelo con una gomilla y rezar para que esté decente.

Llamo suavemente con los nudillos y espero paciente hasta oír algo parecido a un gruñido al otro lado.

—¿Sí? —responde Frankie adormilada, abriendo la puerta.

Vaya, creo que he metido la pata.

—Lo siento —contesto veloz—. Te dejo dormir. Sólo quería despedirme.

Muchas gracias por todo.

—Espera, no hables tan rápido —me pide, y suelta un largo bostezo—. ¿Qué hora es?

—Más o menos las diez.

Ella pone los ojos en blanco y yo, definitivamente, me siento de lo más culpable.

—Lo lamento —me disculpo de nuevo.

—Aunque quisiese, ya no podría dormir más —se queja molesta—. Hoy regresamos a Londres. Además, no puedes irte sin desayunar.

—De verdad, no hace falta...

—No digas tonterías —me interrumpe—. Espérame en la *suite* contigua a ésta. El hotel habrá preparado un bufé de desayuno privado para nosotros. Yo necesito cinco minutos y una ducha.

—Frankie...

—En serio —vuelve a cortarme—. Si me robas estos cinco minutos de estar tirada en mi cama, dejo de hablarte. Nos vemos en el bufé.

Sonrío, claudicando. Es lo más rápido. No creo que haya posibilidad alguna de que me deje marcharme de aquí sin desayunar.

Salgo de la *suite* y cierro con cuidado. Al girarme, me encuentro con el guardaespaldas de Frankie y doy un respingo, aunque no entiendo por qué, pues está exactamente en el mismo sitio donde lo dejamos anoche. ¿Acaso no ha abandonado su puesto ni siquiera para dormir?

—Buenos días.

Él asiente.

—El desayuno, *suite* Gustave —me explica tan parco en gestos como en palabras.

—Gracias.

Echo a andar hacia dicha *suite,* a unos metros. No dudo de que es ésa porque otro guardaespaldas, igual de alto pero menos corpulento, aunque lo suficiente como para no querer enfadarlo, está apostado en la puerta.

—Buenos días —lo saludo.

Él también asiente, profesional.

—Buenos días, señorita Collins.

Frunzo el ceño al oír mi propio apellido, ¿cómo demonios lo sabe? Él continúa con la vista al frente y rápidamente comprendo que, por mucho que se lo preguntase, no obtendría respuesta alguna.

Entro en la *suite* y camino concentrada en revisar mi iPhone. Quizá Emmet ya haya dado señales de vida. No estaría mal. Ella tiene las llaves del coche para poder volver a casa.

Accedo al salón por inercia, pero, al alzar la cabeza, me detengo en seco. La torre Eiffel se alza majestuosa al otro lado de la terraza y la imagen dejaría sin aliento a cualquiera. Es alta, grande, mágica.

—Es preciosa —murmuro.

—No está mal.

Su voz me sobresalta y de inmediato llevo mi vista hacia él. Está sentado a una elegante mesa, dispuesta con todo lujo, con seis servicios para el desayuno.

William Hamilton me observa y, de alguna manera que ni siquiera soy capaz de comprender, sus ojos me mantienen clavada al suelo mientras con una mano rodea una hermosa taza de porcelana blanca, haciéndola girar dulcemente entre sus dedos.

—Lo siento —me disculpo dando un paso atrás—. No sabía que estabas aquí. Esperaré a Frankie abajo.

Giro sobre mis pasos y pongo rumbo hacia la puerta.

—Siéntate.

Su voz vuelve a atravesarme y, en contra de mi voluntad, me detiene de nuevo. He oído demasiadas veces esa voz en mi habitación para que simplemente me resulte indiferente.

—No vas a irte sin desayunar —me aclara con la mirada clavada en su taza.

A pesar de que no es mi persona favorita, no puedo evitar quedarme un segundo de más contemplándolo embobada. El pelo revuelto, la camisa de cuadros remangada y con los primeros botones desabrochados, la cadena de plata escondiendo algo bajo ella, ese aire, atractivo y arrogante a la vez... Empiezo a pensar que las revistas se hicieron para que él posara para sus portadas.

—Gracias —me obligo a decir, y a salir de mi ensimismamiento.

Me siento a la mesa, frente a él, que me sirve una taza de té. No es amabilidad, son modales ingleses perfectamente asimilados.

—¿Azúcar? —inquiere.

—Un poco de leche.

Cojo un *croissant* caliente de una bandejita y durante el siguiente par de minutos los dos desayunamos en silencio. No vuelve a mirarme y el aroma dulzón a mantequilla de la repostería francesa parece inundarlo todo.

—El concierto de ayer fue increíble.

—Pero imagino que sólo te gustaron las canciones antiguas.

Su respuesta me pilla por sorpresa y por un momento no sé qué responder. No parece enfadado como la noche anterior, es simple y llanamente el tipo más engreído de todo el hotel, y es el hotel más caro de todo París.

Se cruza de brazos sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia delante.

—¿No? —me presiona con una condescendiente suavidad.

Le mantengo la mirada, pensando que tengo la respuesta perfecta a esa pregunta —«sí, y tú sabes tan bien como yo por qué»—, pero después caigo en la cuenta de que estoy en París, en un hotel increíble, desayunando con una estrella de la música a la espera de que vengan otras tres y, con absoluta certeza, sé que no volveré a verlos nunca. Quizá podría relajarme y simplemente disfrutar. Él parece haberlo hecho, aunque sólo haya sido para pasar del cabrero monumental a un presuntuoso desdén. Además, técnicamente, muy muy técnicamente, puedo entender que esté molesto por haberme pillado colándome en el *backstage*.

—Siento lo que dije ayer —me disculpo—. Siento cómo lo dije —me autocorrijo. Puede que tenga derecho a estar enfadado, pero yo tengo razón en que sus canciones eran mejores antes—, pero sigo pensando que ser un grupo para adolescentes no es nada malo.

—Eso es porque tú no eres músico —me rebate sin atisbo de algo parecido a una propuesta de paz en su tono.

Entorno los ojos. Él se lo ha buscado.

—Y, quizá, a ti te pase justo lo contrario porque eres demasiado engreído.

William parece estudiar mis palabras con su mirada aún sobre mí.

—¿Vamos a empezar a discutir otra vez? Porque juraría que te estabas disculpando.

—Y lo estaba haciendo —replico, y aprieto los dientes conteniendo todas las palabras, básicamente *gilipollas* un número indefinido de veces, que venían después.

Pero, entonces, simplemente sonríe, como si mi ira le hiciera gracia o fuese eso lo que pretendía conseguir desde el principio.

Frunzo el ceño, confusa. No entiendo absolutamente nada.

—Siento haberme enfadado así anoche —suelta al fin, sin que el gesto desaparezca de sus labios.

Vaya. Si antes estaba extrañada, ahora lo estoy todavía más. Que se disculpara era lo último que esperaba.

—Yo siento haberme colado en el concierto. Fue una estupidez —añado dejándome llevar.

William asiente suavemente y vuelve a echarse hacia atrás en su silla, centrándose en su taza de té. Yo me quedo contemplándolo un segundo de más, no me culpéis, y de nuevo presto toda mi atención a mi desayuno.

—Polizonte —me llaman a mi espalda.

Me giro a tiempo de ver entrar a Oliver, esbozando una sonrisa.

—Hola —lo saludo.

Me aprieta un hombro con ternura y se sienta en la presidencia de la mesa.

Un par de segundos después entra Connor, con vaqueros y camisa negra, perfectamente remangada, y un sombrero trilby del mismo color que le otorga un aspecto sofisticado y casual a la vez.

—Señorita Collins —me saluda Connor Bay, con ese trasfondo amable y divertido que se le da tan bien imprimir a las palabras.

Se levanta el sombrero al pasar a mi lado. No puedo evitar sonreír y le devuelvo el gesto del siglo XIX con el ademán de una reverencia.

—Señor Bay.

—Me encanta eso de «señor Bay» —replica sentándose en el extremo opuesto, frente a Oliver—. Suena... elegante —sentencia después de haber meditado la palabra.

Oliver lo señala asintiendo, con la taza de café en los labios.

—Suena a personaje de «Downton Abbey» —añade devolviéndola al plato.

—A una obra de Shakespeare —contrasta Connor, orgulloso.

Oliver da una palmada, casi un brinco, llamando su atención, como si acabara de caer en la cuenta de algo realmente importante.

—Eres... —empieza a decir lentamente, estirando las manos para ganar en dramatismo— como el candelabro de *La Bella y la Bestia* —concluye socarrón.

—Ese candelabro es francés —se queja Connor, y no puedo evitar sonreír.

—Estamos en Francia —sentencia Oliver.

—¿Insinúas que sólo me pareceré al candelabro hasta que regresemos a Londres?

—Eso depende —deja Oliver en el aire.

—¿De qué?

—De si sigues llevando ese sombrero —interviene William.

Los tres se observan entre sí. Por un momento temo que sea el inicio de una discusión, pero, entonces, como si ya no pudiesen disimularlo más, los

tres estallan en risas. Dejo escapar todo el aire que había contenido hasta ver cómo reaccionaban y, antes de que pueda darme cuenta, también rompo a reír.

Frankie tenía razón. Es obvio que entre ellos existe una relación especial.

Precisamente ella entra ahora en la habitación.

—Buenos días.

—Buenos días —respondemos todos.

Oliver estira su armónico cuerpo cuando ella aún está a unos pasos, la coge de la muñeca y tira hacia sí para acercarla más deprisa, casi atropellada, lo que la hace sonreír.

—Buenos días —susurra él con una sexy sonrisa cuando ya la tiene a su lado.

—Buenos días —repite ella inclinándose sobre él.

Oliver la besa y las sonrisitas de bobos enamorados y las palabras mal susurradas llenan la habitación durante un puñado de segundos. Involuntariamente, mi mirada se cruza con la de Connor, que observa a la parejita un solo instante hasta perder la vista a su derecha.

—¿Has sabido algo de tu amiga? —me pregunta Frankie, sentándose a mi lado.

Compruebo el móvil para asegurarme.

—Nada —certifico—. Le he dejado varios mensajes, pero todavía no me ha contestado.

—¿Y qué piensas hacer?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Supongo que volveré al estadio y la esperaré allí. En algún momento verá los mensajes y regresará a recogerme.

—No me parece un plan muy bueno.

—A mí tampoco, pero no me queda otra. —Hago una pequeña pausa—. De hecho, será mejor que me marche ya —apunto levantándome—. Muchas gracias por todo.

Tan pronto como me pongo en pie, los chicos también lo hacen. Otra vez

esos innegables modales puestos sobre la mesa.

Connor Bay avanza unos pasos hacia mí y me da un cálido abrazo. Yo no puedo evitar sonreír. Hay quien diría que sólo por eso ya ha merecido la pena toda esta aventura.

—Ha sido un placer conocerte, Ava —dice separándose de mí.

—No digas tonterías. El placer ha sido mío —repongo con toda la razón cabida en el universo.

¡Son los No Regrets, por el amor de Dios!

—Que todo te vaya bien, Polizonte —apunta Oliver.

Antes de girarme hacia él ya sé que estará sonriendo.

—Lo mismo digo.

Frankie me mira con un puchero en los labios y me estrecha entre sus brazos.

—Me encantó charlar contigo —comenta apretándome aún con fuerza—. Ayer lo pasé genial.

—Yo también. —Ha sido increíblemente amable conmigo—. Muchas gracias por todo.

Tan pronto como me separo de Frankie, los ojos de William atrapan los míos. Son verdes y marrones a la vez. Son preciosos.

Me encantaría saber qué es lo que está pensando ahora mismo.

Después de un número indefinido de segundos, aparto la mirada y doy un paso atrás al tiempo que un leve suspiro se escapa de mis labios.

—Muchas gracias por todo —repito por tercera vez.

Salgo de la habitación con el corazón encogido, triste e increíblemente feliz al mismo tiempo. Independientemente de lo que la haya provocado, ha sido una de las experiencias más alucinantes de mi vida y me da pena que se haya acabado. Pienso rememorarla unas tres veces al día, dos de ellas para hacer que Emmet se muera de envidia. ¡Connor Bay me ha dado un abrazo!

—¡Ava, espera!

Me giro apenas a un metro del ascensor. Frankie camina deprisa hacia mí.

—Vuelve con nosotros —me ofrece cuando todavía está a unos pasos de distancia—. En una hora regresamos a Londres en avión privado. Hay sitio de sobra.

¿Avión privado? ¡Uau!

—No puedo —me obligo a pronunciar, y no me creo que lo esté haciendo. ¡¿Cuántas oportunidades cree mi sentido común que voy a tener de montarme en un avión privado?!—. Ya me acogiste ayer para dormir. No quiero abusar.

—No digas tonterías —bufa—. Además, ¿cuál es la alternativa? ¿Esperar a que tu amiga se despierte del polvo de su vida y te llame? Los bailarines tienen cuerda para rato, ¿sabes? —añade socarrona—. Están muy bien entrenados.

Sonrío, casi río, y me muerdo el labio inferior, indecisa. Aunque no entienda muy bien por qué, me están poniendo en bandeja pasar unas horas más con cuatro estrellas de la música y una chica muy simpática. ¡Acepta, tarada! ¿A qué esperas?

—Acepto.

Frankie sonríe.

—Genial.

Unos cuarenta minutos después estamos de camino a la terminal de vuelos privados del aeropuerto Charles de Gaulle. Voy en el Audi con Oliver y Frankie mientras William, Connor y Tyler lo hacen cada uno en un SUV.

Nada más poner un pie en el suelo gris de la pista, las piernas me flaquean un poco. La curiosidad por probar un vuelo privado es grande, y yo misma le propuse a Emmet que viniéramos a París en avión en vez de en coche, pero sigue siendo volar y no es precisamente mi actividad favorita. No soy una de esas personas que entra en pánico y necesita dos ansiolíticos antes de que el avión despegue, pero me ponen nerviosa, mucho.

Mi iPhone comienza a sonar. Es Emmet. ¡Por fin!

—¿Estás bien? —demando nada más descolgar.

Me alejo unos pasos buscando algo de privacidad y entro en la coqueta

sala de espera con vistas a los aviones.

—Me duele todo —se lamenta—. Este hombre tiene las nalgas de acero.

Sonrío, aunque es lo último que quiero. ¡Estaba preocupada! ¡Y me ha dejado tirada!

—Y tú, ¿qué? —inquiere antes de que yo pueda decir nada más—. ¿Cómo ha ido la noche de hotel que te he costeado? Soy consciente de que no habrás podido ir al Shangri-La, pero seguro que has encontrado un sitio bonito con un servicio de habitaciones decente. ¿Cómo se llama?

Callo un momento para darle dramatismo, pero ya tengo la sonrisa en los labios.

—Shangri-La.

Ahora la que guarda silencio es ella. Es más que probable que se haya desmayado.

—¿Qué? —murmura atónita—. ¿Has pasado la noche en el hotel más caro y lujoso de París? ¿Cómo lo has conseguido? ¿Has encontrado un truco para que mi MasterCard dé más dinero del que tiene? ¿Cómo? ¡Cuéntamelo! —me pide acelerada, y rompo a reír.

—Es aún mejor, pero, como me dejaste tirada por un polvo, no pienso contarte nada hasta esta noche, cenando —concreto divertida.

—¿Esta noche? ¿No vas a hablarme en todo el camino a Londres?

—Yo vuelvo ya en avión privado —replico sin una pizca de remordimiento—. Haré *spaghetti al pesto* para cenar.

Para devolvérsela un poco, cuelgo, dejándola con la curiosidad por las nubes. Ése es sin duda alguna el peor castigo que podría aplicársele a Emmet Wilson.

Lo último que oigo es «¿avión privado?» y cómo pronuncia mi nombre completo al borde del colapso. Ha sido divertido.

Sin embargo, cuando me giro de nuevo hacia los enormes ventanales, mi mirada se topa con el avión y las piernas vuelven a flaquearme. Quizá debería llamarla y regresar con ella en su Rover.

—¿Estás nerviosa?

Reconozco su voz al instante. Me vuelvo y tengo que contener el aliento al verlo delante de mí. Lleva una camisa gris de manga larga, que, por supuesto, se ha remangado, un chaleco oscuro abierto y unos vaqueros del mismo color; el pelo, echado hacia atrás con las manos, y la mirada rebelde y al mismo tiempo con ese punto de indefensión. Tyler Evans en toda su expresión.

—Volar no me gusta demasiado —confieso, y la palabra *confesar* parece la adecuada, como si Tyler fuera la persona perfecta para contarle todos tus secretos—. No te he visto en el desayuno.

Se encoge de hombros al tiempo que tuerce los labios. No sé si le está quitando importancia a la situación en general, a la pregunta en concreto o a mí.

—Tenía cosas que hacer —se explica lacónico.

Lo observo sin ser capaz de adivinar si está cómodo o no, si le apetece charlar conmigo o si preferiría que me quedará con Frankie y no volviera a dirigirle la palabra. Sé que estoy aquí de prestado y no quiero resultarle un estorbo a nadie.

Bajo la cabeza, sólo un segundo, reordenando mis ideas, y cuando la alzo, dispuesta a despedirme y volver a la pista, Tyler devora la distancia que nos separa, me toma del cuello con las dos manos y estrella sus labios con fuerza contra los míos, con decisión. Su boca, sus dientes, su lengua, todo juega un sensual papel, construyendo segundo a segundo una febril invasión.

El deseo sustituye a la sorpresa y todos mis músculos se tensan caprichosos, pidiendo más, pero, entonces, Tyler se separa y, con sus manos todavía en mi cuello, sus ojos grises atrapan los míos marrones.

—Ahora ya tienes algo en lo que pensar para distraerte —me suelta, y sin más regresa a la pista de aterrizaje

Yo me quedo de piedra, casi en *shock*.

Me ha besado.

Tyler Evans me ha besado.

Yo... yo... ni siquiera sé qué demonios pensar, qué hacer.

3

Taylor Swift. *I knew you were trouble*

Me giro hacia la pista y lo observo dirigirse al avión. Connor, junto a uno de los Audi negros, lo detiene agarrándolo del brazo y empieza a decirle algo, pero Tyler, tras unos segundos, se marcha desatendiéndolo. Connor se vuelve hacia él y lo llama un par de veces, pero éste ni siquiera parece oírlo.

—Ava, nos vamos —me avisa Frankie entrando en la sala de espera.

Yo tardo un segundo de más en levantar mi vista del avión en el que Tyler acaba de montarse y llevarla hasta ella.

—¿Estás bien? —inquiere.

Otra vez un segundo de más. Aún puedo sentir un hormigueo dulce y glotón recorrerme las piernas, las palmas de las manos, la nuca.

—Sí —me obligo a pronunciar al fin—. Sí —repito imprimiéndole más convencimiento.

Frankie me contempla un momento, creo que tratando de asegurarse de que estoy bien; le mantengo la mirada, aguantando el tipo. No tengo la más remota idea de lo que acaba de pasar, así que tampoco me veo en condiciones de poder explicarlo. ¡Me ha besado!

Creo que la convenzo, porque me hace un gesto con la mano para que la siga hasta el avión.

Por dentro la aeronave es exactamente como todos nos imaginamos que tiene que ser volar sumido en el lujo absoluto. Asientos de piel blanca enormes y confortables, mesitas inmaculadas con la prensa del día encima, suave madera lacada y azafatas escogidas en un *casting* de supermodelos, que nunca se cansan de sonreír amables y te ofrecen todo tipo de caprichos, como *champagne, macaroons* o una mantita con olor a lavanda.

Me siento junto a Frankie y, casi sin quererlo, busco a Tyler con la mirada. Está sentado a varios asientos de distancia, con la mirada perdida en la ventanilla. Parece completamente ajeno a todo, como si ni siquiera pudiera tener interés en nada de lo que hay en este avión.

Tardamos una hora y diez minutos en llegar al aeropuerto de Heathrow. En cuanto alcanzo las escalinatas de metal del avión, ya puedo distinguir otros cuatro SUV negros de la marca Audi, idénticos a los que usamos en París, esperándonos.

Apenas hemos pisado tierra firme cuando la puerta de uno de ellos se abre y una chica de unos veintitantos, con el pelo largo y liso de un color castaño cobre, casi pelirrojo, guapísima, se baja con una sonrisa enorme, desde luego mucho más grande que los *minishorts* que lleva, y se lanza a los brazos de Connor, colgándose de su cuello. Él la recibe encantado y ella no duda en darle un dilatado y apasionado beso.

—Parece que se han echado de menos —murmuro admirada.

—Ella... ¿cuándo no lo echa de menos? —replica mordaz Frankie, deteniéndose junto a mí.

Si no fuera por lo acaramelada que la he visto con Oliver desde que la conozco, juraría que está celosa y, si no fuera por la entregada bienvenida mutua que acabo de presenciar, diría que, el hecho de que a la primera persona a la que Connor ha mirado cuando se ha separado de su mujer haya sido a Frankie, significaría muchas más cosas, entre ellas, buscar una reacción en su exnovia.

—Hola, chicos —nos saluda ella, aún junto a Connor.

Al reparar en mí, sonríe y da un paso en mi dirección.

—¿Tú quién eres? —plantea divertida—. Yo soy Morgan Price-Bay —se presenta tendiéndome la mano—, la mujer de Connor.

—Lo imaginaba —respondo estrechándosela, pero ella me mira sin comprender a qué me refiero.

Tyler pasa a nuestro lado, se monta en uno de los SUV y desaparece ante la

preocupada mirada de los chicos, y la mía curiosa y, para qué negarlo, llena de preguntas. No es que me haya escapado de una tarde de verano del siglo XIX, pero un «Hola, Ava. ¿Recuerdas que te besé justo antes de coger el avión en París? Pues no te preocupes, fue un impulso repentino y no volverá a pasar, aunque quiero que sepas que me gustó tanto como a ti, porque tengo clarísimo que a ti te temblaron las rodillas», no habría estado de más.

El coche se aleja y todos, de alguna manera, volvemos al aquí y ahora.

Morgan me observa y yo recuerdo que debo explicarme.

—Quería decir que, si no fueras su mujer, seguro que iba a tener que darle muchas explicaciones a la auténtica.

La miro suponiendo que ha entendido mi broma, pero ella frunce el ceño, todavía más confundida.

—El beso —especifico—. Dios, era una broma, y malísima por lo visto —añado con una sonrisa incómoda, que ella me devuelve de inmediato, relajándose al fin al entender lo que pretendía decir—. Soy Ava Collins.

—No te preocupes —replica—. No se me da muy bien pillar esa clase de bromas.

Frankie a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonríe tirante.

—Morgan —la llama Connor, acercándose a nosotras y agarrando a su mujer de la cintura—, tenemos que irnos, cariño.

Ella asiente, se despide con un gesto de mano que le devuelvo y gira sobre sus deportivas para dirigirse al vehículo.

En ese preciso instante, Oliver se detiene junto a Frankie, con la vista clavada en su móvil.

—Ha sido un placer, Ava —se despide Connor.

Sonrío.

—Lo mismo digo.

—Ollie —llama la atención de su amigo—, nos vemos en el estudio.

—No si puedo evitarlo —responde burlón, sin levantar la vista de su *smartphone* de última generación—. Además, tengo que pasar momentos de

calidad con mi prometida.

Connor sonríe, pero parece un gesto obligado, como el de Frankie de hace tan sólo unos minutos. Conectan sus miradas y, por un instante, ninguno de los dos dice nada, inmóviles, y la situación se vuelve... ¿tensa? No sé si ésa sería la palabra adecuada.

—Nos vemos, Frankie —se despide él.

—Nos vemos.

Connor echa a andar, pero se vuelve para mirarla, otra vez sólo un segundo, y entra en el coche donde lo espera Morgan.

Giro la cabeza hacia Frankie con la sensación de que debería decir algo, aunque francamente no tengo ni la más remota idea de qué.

—¿Estás bien? —pronuncio al fin. Un clásico.

Frankie cabecea, pero el gesto no es para mí, sino para ella misma.

—¿Dónde vives? —demanda ignorando mi pregunta—. Te llevamos.

Oliver va hasta el Audi y bromea con su guardaespaldas, que lo espera apostado junto al coche.

—La calle Theberton, en Islington, pero, de verdad, no hace falta.

—Le prometiste a tu hermana que iríamos a ver a su nuevo bebé cuando regresáramos —le recuerda su prometido, con la barbilla apoyada en las manos y éstas sobre el borde superior de la puerta trasera abierta.

—Es cierto —se lamenta ella.

—No te preocupes —me apresuro a replicar—. Ya has hecho muchísimo por mí: el hotel, el avión... volveré a casa en metro.

—¿De verdad no te importa?

—¿Estás loca? —pregunto al borde de la risa—. Claro que no.

—Yo la llevo.

Su voz grave y masculina atraviesa el ambiente y hace que me gire. William está apoyado en la carrocería de su SUV, con los brazos cruzados sobre el pecho y el inicio de un precioso tatuaje asomándole en el pecho, bajo la camisa.

No pronuncia esas palabras de una manera amable, pero tampoco lo ha hecho sólo por resultar educado. Apenas lo conozco, pero creo William Hamilton es un experto en moverse en la fina línea que separa ambas cosas.

—¿Estás seguro? —inquiero.

—Es lo que he dicho, ¿no? —replica, y sus ojos se clavan en los míos, como si en cierto modo me estuviera desafiando.

Asiento manteniéndole la mirada, aceptando el reto, pero también hay una parte de mí que se niega a apartar mis ojos de los suyos, hipnotizada. Él alza suave, casi imperceptiblemente, la barbilla, como si también notase el efecto que tiene en mí, como si de alguna forma la situación lo tuviese para los dos.

—Genial —dice Frankie dándome un beso en la mejilla y liberándome del hechizo de William, para luego correr hacia el coche donde la espera Oliver —. Te llamo y quedamos —añade justo antes de montarse en el vehículo.

—Adiós, Polizonte —se despide Oliver siguiendo a su novia.

—Adiós.

Durante los siguientes segundos me limito a observar el coche alejarse y, cuando la lejanía le impide ser una excusa, suspiro discreta y llevo mi vista hasta William. ¿Por qué me resulta intimidante?

No sé la respuesta a esa pregunta, pero sí tengo claro que no pienso dejar que me afecte y echo a andar hacia el Audi bajo su atenta mirada. Él sigue apoyado en la carrocería. Su guardaespaldas me abre la puerta, pero, antes de subir, no puedo evitar ladear la cabeza y dejar que otra vez nuestros ojos vuelvan a encontrarse.

Nos acomodamos en la parte trasera y el miembro de seguridad lo hace tras el volante.

—A Islington —lo informa William.

—Al 12 de la calle Theberton —concreto.

El coche se pone en marcha y, nerviosa, pierdo mi mirada por la ventanilla. No suena música y me resulta extraño. Sin embargo, casi en ese mismo instante, mientras el coche sigue la M25 entre los frondosos árboles del

parque Harmondsworth Moor, empiezo a escuchar una voz, casi un susurro, profunda y suave a la vez, algo ronca, muy masculina.

Su voz.

Me giro hacia él y lo veo con la suela de su bota negra apoyada en el asiento y, contra la rodilla, una hoja de papel en la que escribe con un lápiz. La luz del sol se cuela por la ventanilla y juega a adivinar los preciosos tatuajes de sus antebrazos: unas elaboradas alas en uno, un árbol y las palabras «One love. One life» en el otro. Su rostro se dibuja en una perfecta contraluz mientras tararea la melodía que él mismo va creando, concentrado, dejando que el talento le salga a borbotones.

—¿Estás componiendo? —inquiero antes de que pueda controlar mis propias palabras.

Mi pregunta parece romper su burbuja. Se gira hacia mí y me observa unos segundos con el ceño levemente fruncido, observándome. Al fin asiente y vuelve a aislarse del universo en su partitura.

Sigo observándolo, incluso aunque sé que lo más lógico sería dejarle algo de intimidad. Sin embargo, no puedo evitarlo. Es William Hamilton. Está componiendo una canción que con toda probabilidad alcanzará el número uno en las listas de ventas de medio planeta y, si estiro la mano, podría tocarlo.

Me acomodo en el sillón, con el cuerpo ladeado hacia él y, tímida, incluso pequeña, deseando ser invisible para no molestarlo, me quedo muy quieta, sin levantar mis ojos de él.

El tiempo se vuelve relativo y la hora de trayecto hasta Islington parece volar como si sólo hubiesen sido unos minutos. La puerta del guardaespaldas cerrándose cuando sale y la mía abriéndose para que pueda bajar me sacan de mi ensoñación. Tengo la sensación de que a William también le pasa lo mismo, porque alza la cabeza y su mirada busca de inmediato la mía, lo que me hace sonreír y casi al mismo tiempo bajar la cabeza porque también puede que simplemente quiera que me largue de su coche, ya.

—Muchas gracias por traerme. —William asiente—. Adiós.

—Adiós —responde.

Voy a bajarme, pero en el último momento una idea me tortura.

—Siento lo que dije de tus canciones. Hablo en serio —me disculpo—. Y estoy segura de que la que estás escribiendo será increíble.

William vuelve a atrapar mi mirada y durante unos segundos parece estudiarme otra vez con ella, poder ver dentro de mí. Finalmente sus labios se curvan en un precioso ademán de sonrisa que podría cortarle la respiración a cualquier mujer. Me pregunto cómo será verla en toda su plenitud.

—Adiós, Ava.

Tiene unos ojos increíbles.

—Adiós, William.

Me apeo del Audi y, sin ni siquiera entender cómo ni por qué, me quedo clavada en la acera de losas grisáceas frente al Dafne Room, el bar bajo mi apartamento. El hombre de seguridad de William vuelve a ocupar su asiento y el vehículo desparece calle arriba. Creo que no sé cómo me siento y creo que eso nunca me había pasado en mi edad adulta.

Ya en mi casa, en mi habitación, me dejo caer en la cama y clavo los ojos en el techo. He estado en París, me he colado en un *backstage*, he pasado la noche y he desayunado con los No Regrets. He visto a uno de ellos hacer magia con la música, las notas y las palabras. Otro me ha besado... Tyler Evans me ha besado.

Me llevo la punta de los dedos a los labios y el simple recuerdo hace que vuelvan a temblarme las rodillas. Fue todo lo que un beso debe ser. Me sentí como cualquier chica debería sentirse al menos una vez en la vida.

Suelto un largo suspiro y una boba sonrisa se cuela en mis labios. Ha sido el fin de semana de mi vida.

***

Los lunes son aburridos y también un poco grises. Los lunes después del

fin de semana que he vivido lo son un poco más, aunque lo cierto es que, aunque he tratado de mostrarme tan enfurruñada como semejante ocasión merece, no he sido capaz de dejar de sonreír.

Además, me he pasado todo el camino en metro hasta las oficinas del Cirque du Soleil, en el distrito financiero de Londres, muy cerquita de Hyde Park, escuchando canciones de No Regrets. Al llegar a *All the damn times I had her under me,* he pulsado la opción de repetir y ya no he cambiado de tema. La voz de Tyler susurrando directamente a mis oídos a través de los cascos de mi iPhone ha logrado que me sintiese como si sólo me estuviera cantando a mí. No ha importado que estuviese en un vagón atestado de gente. Esa idea de que justo así es el amor, de que no puede haber nada mejor que los sentimientos que describe esa canción, vuelve a crecer en la boca de mi estómago hasta llegar a cada rincón de mi cuerpo.

—Buenos días —me saluda Crystal, la recepcionista, cuando entro en la oficina.

—Buenos días.

—¿Has hecho algo emocionante este *finde*?

—Nada —respondo con una sonrisa indisimulable mientras me dirijo a mi mesa.

Los No Regrets y París son mi secreto. Bueno, mi secreto compartido con Emmet (amenazó con matarme mientras dormía si no le contaba cómo había acabado en el Shangri-La y había regresado en avión privado). La cara que puso cuando oyó que Connor Bay me había dado un abrazo no tuvo precio.

Estoy revisando unos impresos que debemos entregar en el ayuntamiento de Amberes, la ciudad belga donde el circo continuará su gira de verano el mes próximo, cuando mi móvil comienza a sonar.

—¿Comemos juntas? —me pregunta Emmet en cuanto descuelgo—. Que sepas que no voy a aceptar un no. Me da miedo dejarte sola, que te encuentres a los U2 y te lleven a almorzar a un hotel de lujo.

Suelto una risilla maliciosa.

—Has pensado mucho en el abrazo que me dio Connor Bay, ¿verdad? —pregunto burlona.

—Te odio —sentencia sin ningún arrepentimiento.

Mi sonrisa se ensancha. ¡Llevo sonriendo toda la maldita mañana!

—Eres una malísima amiga. Yo me pedí a Connor Bay con quince años —me recuerda—. Si alguien debía recibir un abrazo, ésa era yo.

—¿Tu bailarín no te abrazó? —demando divertida.

Se hace un segundo de silencio en la línea.

—Sí —responde encantadísima—. La verdad es que sí. Supongo que por esta vez puedo perdonarte.

Quedamos para comprar unos sándwiches en el Pret a manger de la calle Dunraven y nos los comemos en Hyde Park. Hace un día genial para tomar un poco de sol. Me encanta Londres en julio; en realidad, me encanta en cualquier época del año. Siempre hay algo que hacer, un pequeño detalle de esta enorme ciudad con la que quedarte boquiabierta o simplemente sonreír.

Unos cuarenta minutos después estoy atravesando de vuelta el vestíbulo de mi oficina camino de mi mesa.

—Te han llamado al fijo —me informa Bryan, uno de mis compañeros.

—¿Han dejado recado? —inquiero sentándome.

Niega con la cabeza.

—Dijeron que volverían a llamar a las... —mira el reloj en la esquina inferior de la pantalla de su Mac—, ya.

En ese momento el teléfono sobre mi escritorio comienza a sonar y lo miro como si fuera la reencarnación de David Copperfield. Él sonríe orgulloso y agita los dedos de ambas manos a la vez que entrecierra los ojos.

—Dame un billete de cincuenta libras y lo haré desaparecer —me ofrece con voz misteriosa de mago decadente de Las Vegas.

—¿Y tú desaparecerás con él? —pregunto simulándome pensativa.

—Probablemente —responde sin variar el tono.

Los dos rompemos a reír y al fin descuelgo.

—Ava Collins, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ava —repiten con entusiasmo al otro lado.

—¿Frankie?

—¡Has dado en el clavo!

Sonrío de oreja a oreja. ¡Genial!

—Resulta que, cuando nos despedimos, no intercambiamos los números de teléfono —me explica—. Craso error, amiga. Hoy en día el WhatsApp es imprescindible en cualquier relación, independientemente de su naturaleza.

Asiento.

—Sabias palabras —comento con una sonrisa.

—Lo sé —replica orgullosa—. Por suerte, he recordado que trabajabas en las oficinas del Cirque du Soleil y he buscado el teléfono en Internet.

—Me alegra que lo hayas hecho —contesto divertida.

—Eso no lo sabía, pero lo imaginaba.

Las dos nos echamos a reír. Frankie es una tía fantástica. Me encantaría que quedáramos a tomar algo. ¡Y podría presentarle a Emmet! Apuesto a que se caerían de cine.

—El caso es que te llamaba para saber si puedes pillarte unos días libres.

La pregunta me coge fuera de juego.

—¿Días libres? ¿Cómo? ¿Para qué? —demando confusa.

—No me has preguntado cuántos. Unos veinticinco —se autorresponde—. Mañana los chicos comenzarán a preparar su nuevo disco y eso significa que se encerrarán en el estudio prácticamente día y noche. Oliver quiere que lo acompañe, pero sé que voy a aburrirme, mucho, así que he pensado que, quizá, te apetecería pasar tus vacaciones conmigo y con el grupo pop con más números uno en el Reino Unido.

¡¿Qué?!

Creo que he dejado de respirar o directamente me he desmayado sobre el teclado.

—Sí, claro que quiero —¡Es alucinante!—... pero espera... —le pido

cayendo en la cuenta de algo—. ¿Estás segura de que a los chicos les parecerá bien que te acompañe? Tal vez quieran intimidad.

—Si William puede robarme a Oliver durante más de veinte días —me interrumpe convencidísima, incluso con un punto de indignación—, yo puedo llevarme a una amiga.

Sonrío de nuevo.

—Me parece un gran argumento.

—¿Ves? Por eso quiero que vengas —pronuncia con énfasis—. Necesito una compinche. —Hace una pequeña pausa—. Nos vemos mañana a las seis de la tarde en el 31 de la calle James, en Covent Garden.

Asiento entusiasma. Covent Garden y, sobre todo, la Covent Garden Piazza son mis lugares preferidos de toda la ciudad.

Nos despedimos, cuelgo y, antes de que pueda siquiera pensar en controlarme, comienzo a dar saltitos y palmaditas. ¡Va a ser increíble! ¡Voy a pasar veinticinco días viendo trabajar a los No Regrets!

Empiezo a organizarme mentalmente. Lo primero es hablar con mi jefe y conseguir que me deje irme de vacaciones. Lo segundo, dejar todo el trabajo pendiente repartido. Lo tercero, volar a mi apartamento y preparar la maleta. Pero ¿cómo demonios voy a hacerla, si no sé a dónde vamos? Ni siquiera sé si nos quedaremos en Londres. Frankie sólo ha hablado de un estudio. Descuelgo el teléfono dispuesta a llamarla y preguntarle, pero entonces me doy cuenta de que otra vez no nos hemos intercambiado los números de móvil. Recalculando prioridades: lo primero, y urgente, pedirle el teléfono a Frankie.

Doy una última palmada. Manos a la obra.

—¿Estás bien? —me pregunta Bryan.

—Sí —respondo con una sonrisa enorme camino del despacho de mi jefe.

¡Mejor que nunca!

***

Cuando se lo cuento a Emmet, al principio piensa que bromeo, después me anuncia que definitivamente vuelve a odiarme y al final me suplica que pase de la ropa y la lleve a ella en la maleta. Desecho la idea por el motivo obvio, no puedo andar por ahí sin bragas limpias, pero a cambio le prometo muchas fotos. Su contraoferta: que al menos un setenta y cinco por ciento sean de Connor Bay y que me las apañe para que, de ese porcentaje, un diez sean de él desnudo. Prometo hacer lo que pueda.

Esa noche apenas puedo dormir. Me siento como una niña que va a marcharse de excursión.

Para cuando suena el despertador, ya llevo más de una hora despierta, sonriendo como una idiota.

Trato de tomarme la mañana con calma. Al fin y al cabo no he quedado con Frankie hasta las seis, pero es infinitamente más fácil decirlo que hacerlo y, después de darme una ducha, desayunar y pasarme casi una hora eligiendo qué ropa ponerme, a las diez ya estoy mano sobre mano y aún más nerviosa.

A las tres opto por marcharme, dar un paseo por la Covent Garden Piazza y comprarme un libro en una de las librerías que hay repartidas por todo el barrio. ¿Hay algo mejor que hacer en las vacaciones que leer? Deberían convertirlo en deporte olímpico.

También aprovecho para escribir en mi diario, sentada en una bonita terracita. Me encanta anotar todas las cosas que me pasan, apuntar letras de canciones que me gustan, frases de pelis... es como mi pequeña historia. También me sirve para dejar atrás lo que me pone triste, hacer planes de los locos y de los que impera el sentido común, e imaginarme cómo será mi futuro.

Puntual como un reloj, y nunca mejor dicho ya que he estado mirado mi Casio de pulsera, rosa, en intervalos de dos minutos, me presento en la dirección que me indicó Frankie. Es un precioso edificio de tres plantas que hace esquina con la propia plaza. La fachada la conforman enormes piedras blancas en la parte inferior y elegantes ladrillos rojos en el resto.

Me acerco a la verja de hierro forjado negro que separa la entrada del edificio de la calle y no puedo evitar mirar hacia arriba, admirada. Es realmente bonito.

—Señorita Collins.

Llevo la vista hacia la voz y veo al guardaespaldas de Frankie, vestido de negro, como siempre, aunque con un estilo más relajado, sin traje ni corbata, acercarse a mí.

—Hola, André —le devuelvo el saludo—, y puedes llamarme Ava —le recuerdo.

Él asiente, profesional y corpulento.

—Acompáñeme, Ava —me pide abriendo el enrejado—. Frankie la espera arriba.

Se encarga de mi maleta y me guía hasta el ascensor. Creo que acabo de subir un escalón en mis nervios barra absoluta expectación. ¡Todavía no me puedo creer lo que está pasando!

—¿Sabes a dónde iremos?

—Al estudio.

Dirijo la cabeza hacia él, que sigue con la suya clavada al frente.

—¿El estudio está en Londres?

André asiente.

—¿Aquí? —concreto señalando con el índice el suelo que piso.

Repite gesto.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero vuelvo a cerrarla. Si el estudio está aquí, en Covent Garden, ¿por qué me pidió Frankie que me cogiese vacaciones y preparase el equipaje? Puedo dormir en mi apartamento y seguir yendo a trabajar.

Las puertas se abren a mi espalda. Frunzo el ceño, confusa. Los ascensores en los que tienes que salir por el lado opuesto al que entraste siempre me despistan. Ni siquiera me había dado cuenta de que había unas puertas tras de mí.

Pero, al girarme, creo que me quedo sin respiración.

Un gigantesco salón de una aún más gigantesca casa se abre a mis pies. Cuatro sofás de un dulce tono a galope entre el beige y el grisáceo ocupan el centro de la estancia, formando un cuadrado perfecto, con una bonita mesa de madera en el centro. Una preciosa alfombra, una chimenea y un maravilloso cuadro de gran formato sobre ella son el epicentro de la sencilla y acogedora decoración. Además, cada pequeño detalle, incluso la propia iluminación, deja flotar en el ambiente la suave idea de que cada centímetro de este salón es un recuerdo especial, un pedacito del mundo, de una historia de los No Regrets.

Lo que más me llama la atención es la inmensa escalera hacia la planta superior. Siempre he pensado que cada escalera está llamada a cumplir un objetivo. La escalera de caracol de la estación de metro de Candem Town: que sufras un ataque de pánico pensando que has entrado en un bucle cuántico infinito y nunca van a terminarse los escalones; la del Dafne Room, el restaurante bajo nuestro apartamento, según Emmet, está tan escondida y tan mal iluminada que invita a echar un polvo. La que tengo delante me recuerda a la que ponen en las galas de los Oscar para que una actriz guapísima, con un vestido de ensueño, baje a reunirse con un actor que derrocha atractivo y la espera, caballeroso, con el pie en el último escalón.

—¡Ava! —me llama Frankie asomándose desde la barandilla.

—¡Hola! —respondo feliz.

—¡Vamos, sube! —me pide apremiándome con la mano, perdiéndose en el interior de la primera planta.

Obedezco sin dudar y, con el primer pie que pongo en el piso superior, vuelvo a quedarme sin respiración. ¡Es enorme! ¿Cuántas habitaciones hay aquí?

Sigo la voz de Frankie y llego a una habitación maravillosa. Tiene una gigantesca cama de matrimonio en el centro, cuyo cabezal se enmarca en un gran dedalero pintado en la pared que crece hasta ocupar casi todo el muro,

llenándolo de flores de color violeta y pequeñas mariposas. El resto de los muebles, incluso la propia cama, son de un delicado color vainilla, minimalistas y sobrios, dejando claro que la pieza más importante es el árbol.

—Ésta será tu habitación —me anuncia Frankie.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa, casi risa. ¡Es increíble! De pronto caigo en la cuenta de algo—. ¿Esta casa es el estudio?

Ella asiente como si no entendiera mis dudas.

—¿Cómo pensabas que era?

—No lo sé —suelto en un resoplido—. Un sitio pequeño y mal iluminado lleno de músicos, no una mansión de superlujo en el barrio más espectacular de Londres.

Frankie sonríe.

—Te gusta el barrio, ¿eh? Pues aún no has visto lo mejor —se autocontesta.

Me hace un nuevo gesto con la mano para que la siga y cruza tras las cortinas, sin llegar a descorrerlas.

—Por Dios —exclamo en un murmuro cuando mis ojos se encuentran con las vistas más bonitas del mundo. La Covent Garden Piazza se expande a nuestros pies, con centenares de londinenses y turistas abarrotándola, con sus músicos callejeros, sus cabinas rojas... Se oyen risas, canciones, copas entrechocando. Creo que se percibe hasta el sonido de los abrazos. No habría una postal mejor—. Es alucinante.

—Al principio, los chicos sólo utilizaban el estudio de grabación que hay en la planta de abajo, pequeño y mal iluminado —concreta con una sonrisa, recordando las palabras que yo misma he pronunciado hace unos minutos—; ni siquiera tenía una acústica especialmente buena, pero podían asomarse a la ventana y ver esto. Cuando se cansaban o se bloqueaban, cogían las guitarras y salían a cantar a la plaza. Aún no eran conocidos, pero conseguían que todos se parasen a escucharlos. Tenían ese algo indescriptible gracias a lo que, sólo

con oírlos unos segundos, sabías a la perfección que se convertirían en estrellas de la música.

Sonrío. No podría tener más razón. Sólo necesité escuchar una de sus canciones una única vez para enamorarme de ellos. No Regrets son especiales.

—Con el éxito del primer disco —continúa—, decidieron comprar el estudio de grabación y la casa contigua; con el segundo, las viviendas de arriba... y lo convirtieron en el Estudio, en mayúsculas, un hogar en el que poder reunirse para trabajar. No es que vivan aquí. Cada uno tiene una casa en la ciudad, por supuesto, pero, cuando tienen que preparar sus discos, sólo aceptan hacerlo aquí. Les han ofrecido trabajar en los mejores estudios de grabación de Nueva York y Los Ángeles, incluso en Abbey Road, pero nadie puede sacarlos de este sitio.

Asiento suavemente y vuelvo a perder la vista en la ciudad. Me gusta que sean así, auténticos.

Un ruido en la planta de abajo llama la atención de Frankie, que me mira entusiasmada.

—Ya están aquí. —Su sonrisa impaciente se contagia en mis labios—. Vamos.

Salimos de la habitación y nos dirigimos a la escalera. Frankie me saca ventaja. No es difícil. No puedo evitar quedarme embobada con cada detalle. Lo habría hecho en cualquier circunstancia, cada centímetro cuadrado de esta casa es una pasada, pero, ahora que sé lo que significa este lugar para el grupo, es todavía mejor.

Cuando alcanzo la escalera, casi por inercia, miro hacia el salón antes de empezar a bajar y, sin buscarlo, mis ojos se encuentran con los de Tyler. El contacto también lo sorprende a él, que se queda clavado al suelo, con el pie en el primer peldaño. Mi propio actor de Hollywood.

Tras un número de segundos indefinido, Tyler aparta su vista de la mía y empieza a subir la escalera. Otra vez esa idea de que en el fondo no existo

para él se adueña de mi estómago, como si sólo durante esos instantes en los que me mira pudiera estar segura de que me ve, en todos los sentidos.

Lo observo acercarse más y más hasta que la nula distancia me hace clavar mis ojos en cualquier otra parte, pero, entonces, al pasar junto a mí, Tyler alza la mano y las puntas de sus dedos acarician furtivamente el reverso de los míos. Ni siquiera me mira para hacerlo, ni siquiera se detiene, pero ese pequeñito gesto hace vibrar todo mi cuerpo hasta conseguir que el corazón me lata con fuerza.

Mucho menos discreta de lo que debería, me giro hacia él, pero Tyler ya ha desparecido pasillo a través. ¿Por qué me siento así cuando está cerca? Ni siquiera consigo entenderlo.

Cuando me vuelvo de nuevo hacia Frankie y Oliver, doy un suspiro de puro alivio al comprobar que están demasiado acaramelados para haberse percatado de algo.

¿Por qué Tyler se comporta así? Eso tampoco consigo entenderlo.

—Hola, Polizonte —me saluda Oliver, divertido.

—Hola —saludo con una sonrisa, bajando por fin.

Nos sentamos en el sofá y Oliver me explica que él suele encargarse de las cenas. Le encanta cocinar y, según Frankie, no se le da nada mal.

—¿Y a ti qué tal se te da cocinar, Polizonte?

—No creo que vaya a convertirme en chef —bromeo—, pero me gusta.

Se oye un ruido seco y alguien ríe escandalosamente. Frunzo el ceño, confusa, y llevo mi mirada hasta el ascensor, que se abre en ese momento. Oliver también lo hace. Frankie, en cambio, apoya la espalda en el tresillo y se cruza de brazos. Apuesto a que sabe lo que va a encontrarse y no tiene el más mínimo interés en verlo. También en ese preciso instante, Tyler desciende la escalera y cruza el salón con el paso decidido. Mi mirada se pierde tras él. Primero Morgan y después Connor salen del elevador. La que reía era ella.

Tyler saluda en un murmuro, sin detenerse, y entra en el cubículo perfectamente iluminado al tiempo que William sale de él. Sin saber por qué

—y tengo que reconocer que desde que conocí a los No Regrets en París esto me pasa muy a menudo, aunque en mi defensa debo alegar que estos días de mi vida están siendo infinitamente más emocionantes que los veintiséis años restantes—, contengo la respiración. William y Tyler cruzan la mirada sólo un par de segundos, pero en ese período de tiempo casi insignificante parecen decirse demasiadas cosas.

William sale y las puertas se cierran. Se pasa las manos por el pelo y resopla; quien no haya prestado atención a lo que acaba de pasar diría que parece arisco, pero yo sé que ese gesto muestra preocupación.

Barre el salón con la mirada, como si algo le dijese que debe hacerlo, y, al verme, su mirada atrapa de inmediato la mía. Sé que está enfadado. Sé que se siente impotente, frustrado y algo me dice que él también puede saber cómo me siento yo.

Sin levantar su vista de mí, se lleva las manos a las caderas y deja escapar todo el aire de sus pulmones. ¿Cómo es posible que esté aún más guapo que la última vez que lo vi?

Connor pasa junto a él, baja los escalones de un salto y se abalanza sobre Oliver en el sofá en algo parecido a una llave de yudo que él le devuelve, consiguiendo que los dos rueden por el suelo entre risas mientras radian todo el combate como si fueran dos reporteros de boxeo hablando de la lucha entre Bruce Lee y Hulk.

—Frankie —la llama William echando a andar hacia la cocina—, ¿podemos hablar?

—Sí, claro —responde algo extrañada y lo sigue, esquivando a su prometido y a Connor.

Sospecho que a William no le ha hecho la más mínima gracia verme aquí. Me dejo caer sobre el respaldo del sofá al tiempo que lanzo un profundo suspiro. Sé que no somos amigos, pero no creí que no soportara tenerme cerca.

—Hola —me saluda Morgan, sentándose a mi lado, con un móvil rosa chicle entre las manos.

—Hola.

—¿Te quedarás aquí mientras los chicos trabajan?

Asiento, aunque, con toda franqueza, actualmente tengo dudas. Tengo la sensación de que mi destino se está decidiendo en esa cocina.

—Tú también, ¿no?

Ella niega con la cabeza.

—Connor quiere que me quede, me ha insistido muchísimo, pero tengo una oportunidad laboral muy importante y no puedo desaprovecharla. Me quedaré a cenar, pero no dormiré aquí. Mañana por la mañana tengo que coger un avión.

Asiento de nuevo.

—Es una pena —digo por algo a medio camino entre la inercia y el compromiso—, pero el trabajo es lo primero.

Morgan empieza a contarme que le han hecho una oferta que no ha podido rechazar, algo sobre una especie de programa de viajes. Lo cierto es que suena muy interesante, pero, por mucho que lucho, no puedo evitar que mi concentración vuele una y otra vez hacia la cocina.

—Por eso quería pedirte algo. Hablaría con Frankie, pero obviamente no puedo hacerlo —sentencia enarcando las cejas.

Capto un pequeño ruido procedente de la otra habitación. Vuelvo a desconectar de la conversación y agudizo el oído. El problema es que es imposible que oiga nada desde aquí y quizá tenga mucho que decir. No quiero que Frankie se meta en un lío con William por mi culpa y... y... y tampoco quiero que William dé por hecho que sería un estorbo.

—El caso es que...

—¿Me disculpas un instante? —la interrumpo con toda la amabilidad del mundo, levantándome y dirigiéndome a la cocina—. Será sólo un segundo.

Ella asiente con una sonrisa, y mi andar decidido, paso tras paso, se vuelve un poco más dubitativo. ¿Qué voy a hacer? ¿Escuchar detrás de la

puerta? ¿Intervenir después de hacerlo para dejarles claro que los estaba espiando?

—¿Qué haces, Ava? —murmuro para mí en la soledad del pasillo.

Voy a dar media vuelta, pero entonces distingo la voz de Frankie.

—Creo que estás exagerando, William.

—No lo estoy haciendo, joder.

—¿Se puede saber por qué estás tan cabreado?

—¿Y a ti qué te importa? —replica adusto.

—Mírame —se queja ella—, claro que me importa. Estoy aquí, sufriéndote. Estás de un humor de perros.

—Yo no estoy de ningún humor —sisea.

Hay un segundo de silencio. Frases que no logro entender. Frankie pronuncia el nombre de William como protesta.

—No puede quedarse —sentencia él.

Creo que ya he tenido suficiente.

4

Take That. *The Garden*

Recupero la determinación de mi paso y entro en la cocina. Los dos reparan en mi presencia de inmediato y los dos lo hacen sorprendidos, aunque de maneras muy diferentes.

—Perdonad que os interrumpa —me disculpo por adelantado.

Imagino que a William no le habrá hecho la más mínima gracia que me presente aquí y tengo la tentación de agachar la cabeza. Sin embargo, controlo ese impulso. Soy una persona adulta, no una niña.

—Sólo quería deciros que me marcho —anuncio—. Es lo mejor. Entiendo que no quieras que esté aquí.

Frankie frunce el ceño, confusísima. Sin embargo, William no tiene ninguna duda de a qué me refiero y su expresión malhumorada así lo demuestra. Supongo que es porque he dado en el clavo.

—¿Acaso he dicho yo eso? —inquiere arisco.

—No, pero es obvio que no quieres que me quede.

—Y lo sabes por... —Deja la frase en el aire, con ese tono de voz presuntuoso que me saca de mis casillas.

—Acabas de decirlo —protesto.

Tan pronto como pronuncio esas palabras, me arrepiento. Les he dejado cristalinamente claro que los estaba espiando.

William resopla o más bien gruñe.

—Genial. Así que, aparte de colarte en conciertos con pases falsificados, también te dedicas a escuchar conversaciones ajenas.

Resoplo. Tiene razón, pero no pienso quedarme a escuchar cómo vuelve a echarme la bronca.

—Sí, me colé en el *backstage* —le espeto— y os he espiado tras la puerta y también me levanto de mal humor por las mañanas y hablo mientras veo pelis y muchas noches ceno helado... Siento no ser tan perfecta como tú —protesto, sentencio. Nunca había estado tan cabreada.

Giro mis pies y me dirijo hacia la puerta. Decisión tomada: me largo.

—¿A dónde demonios crees que vas? —se queja William saliendo tras de mí—. Estamos hablando.

—Yo no tengo nada más...

«Que decir», así terminaba mi frase, pero las palabras se evaporan en la punta de mi lengua cuando William rodea mi muñeca y me obliga a girarme, y no es por la poca amabilidad del gesto, ni siquiera por el enfado que ese detalle o todos los anteriores han despertado en mí, es por sus dedos, por su piel contra la mía, que ha provocado una corriente eléctrica dentro de mí.

Lo miro a los ojos. Los suyos ya me esperaban, confusos como los míos, como yo, y me suelta, despacio.

—No estábamos hablando de ti —me explica con la voz ronca, aún aturdido.

—¿Qué? —Mi voz es apenas un murmuro desorientado.

—William tiene tazón —concreta Frankie a su espalda, junto a la enorme isla de la cocina, a unos metros de nosotros—. No nos referíamos a ti, Ava.

¡Por Dios! ¡Soy una completa estúpida!

Doy un paso atrás sintiéndome idiota y culpable a partes iguales. Debería marcharme sin volver la vista atrás y no mirar a William Hamilton de nuevo ni siquiera en la portada de una revista. ¿Qué clase de imagen le estoy dando?

—Voy a irme a dar una vuelta —acierto a decir—. No te importa, ¿verdad, Frankie?

—¿Quieres que te acompañe?

Niego con la cabeza.

—Mejor no —añado—. Nos vemos luego.

Mis ojos vuelven a encontrarse con los de William, pero no dejo que los

atrape. No sé cómo me siento, cómo me hace sentir. Odio esa sensación.

Accedo de nuevo al salón y lo cruzo a paso ligero camino del ascensor. Estoy esperando a que las puertas se abran cuando percibo pasos a mi espalda.

—Ava.

Es Morgan. De pronto recuerdo que dejé nuestra conversación a medias.

—Perdona —me disculpo girándome.

—¿Podemos seguir hablando?

Me gustaría ser amable y decir que sí, pero deseo todavía más marcharme. No quiero que William salga y me encuentre aquí. Me he comportado como una cría estúpida.

—Seré muy rápida —me ofrece, y me siento todavía más culpable por no ser capaz de dedicarle cinco minutos.

Las puertas se abren.

—¿Podemos hablar en el ascensor?

Morgan frunce el ceño, confusa, y mira el cubículo.

—Está bien —contesta con una sonrisa.

Las dos entramos y el hombre de seguridad pulsa el botón del vestíbulo.

—Quería pedirte un favor.

—Claro —respondo.

—Como te dije, tengo que irme por trabajo —asiento recordando vagamente la conversación— y no podré estar aquí —asiento de nuevo—, así que necesito que vigiles a Connor.

Voy a asentir otra vez, pero mi sentido común interrumpe el gesto.

—¿Quieres que vigile a tu marido?

Ella asiente convencidísima.

—¿De las fans? —demando confusa.

—De las fans y de cualquier mujer... —duda un segundo y agacha la cabeza y yo comprendo que, en realidad, las *groupies* son en lo último en lo

que está pensando—... de cualquier mujer que se le acerque —se reafirma alzando la barbilla de nuevo y buscando mi mirada.

—Sí —contesto aturdida al cabo de unos segundos.

¡Estoy flipando!

Morgan sonríe de oreja a oreja y, pillándome por sorpresa, me estrecha entre sus brazos.

—Muchas gracias, Ava.

—De nada.

Se separa con la misma naturalidad con la que ha hecho todo lo demás y yo me quedo allí, absolutamente alucinada. Acaba de pedirme que vigile a su marido.

Las puertas se abren.

Morgan me mira y vuelve a sonreír, sólo que ahora es un gesto de puro trámite.

—¿No sales?

Miro a mi espalda y el gentío de la calle James aparece ante mí.

—Sí, claro.

Abandono el elevador, que se cierra prácticamente un segundo después. Ya a solas, suspiro y el viaje en ascensor más extraño de mi vida da paso a los recuerdos de lo que ha sucedido justo antes. ¿Cómo pude pensar que a William le preocuparía tenerme allí? Con toda probabilidad, ni siquiera se dio cuenta de que estaba en su salón. Tengo que dejar de dar por hecho que existo para él y eso incluye dejar de creer que, que me toque, le afecta de la misma manera que me afecta a mí. Él es una estrella de la música cuyo historial sentimental podría resumirse, entre otras muchas palabras, en «kilométrico» y «supermodelos». ¿Qué iba a interesarle de alguien como yo, de estatura y peso normales, de pelo castaño y rebelde y ojos marrones y comunes? No tengo nada de extraordinario, absolutamente nada.

Salgo a la Covent Garden Piazza y comienzo a pasear disfrutando de Londres, de todo lo que te ofrece sin pedir nada a cambio. Miles de millones

de personas han paseado por sus aceras de adoquines desde antes de que el mundo fuera como es ahora. De aquí salieron los intrépidos exploradores que conquistaron Norteamérica o los valientes soldados que nos defendieron en la segunda guerra mundial. Imagino a estos últimos bajando de un barco en el puerto, con su uniforme de color azul grisáceo, recorriendo las mismas calles por donde ahora paseo yo, buscando a su chica, encontrándola entre la multitud porque el amor les dijo dónde debían mirar. Los dibujo corriendo hacia ellas, estrechándolas entre sus brazos, besándolas. Las calles de Londres están pintadas de abrazos, de reencuentros, de amor.

Tengo mucho tiempo para pensar y, cuando me decido a volver, ya está bien entrada la noche. Hablaré con Frankie, recogeré mis cosas y me marcharé. No deseo causarle problemas con William y tampoco me gustaría que él se sintiese incómodo debido a mi presencia. Después de todo lo que ha pasado hoy, tiene todo el derecho del mundo a no quererme cerca.

—Buenas noches —saludo al guardaespaldas.

Él asiente y pulsa el botón correspondiente en el panel. No es el mismo hombre que custodiaba el ascensor cuando bajé. ¿Cuántos miembros de seguridad tendrán en total Frankie y los chicos?

Cuando las puertas del ascensor se abren, la sala está prácticamente a oscuras, sólo iluminada por la luz que llega desde la planta superior a través de la escalera. Miro a mi alrededor con el ceño fruncido. ¿Dónde están todos?

—Perdona —digo mientras me giro de nuevo hacia el ascensor.

El hombre, corpulento y fuerte, detiene el avance de las puertas con la mano y me mira diligente, esperando a que continúe.

—¿Frankie y los chicos siguen aquí?

Asiente de nuevo, pero no concreta más.

—Gracias.

Él repite el gesto, las puertas se cierran definitivamente y yo suelto un profundo suspiro. Quizá estén en el estudio de grabación o descansando ya en sus respectivas habitaciones. Miro mi reloj de pulsera. Son más de las doce.

Puede que ya estén durmiendo. Cabeceo mortificada. Necesito hablar con Frankie. No puedo irme sin explicarle antes por qué lo hago.

Bajo los escalones que separan el *hall* del salón en sí y, de repente, doy un respingo, sintiendo cómo mi respiración se evapora por el susto. ¡Hay alguien en el sofá! ¡Casi a oscuras! Cuando mis ojos se acomodan a la poca luz, consigo distinguirlo. Es Tyler. Está sentado, con la espalda recostada sobre el tresillo y la suela de las botas apoyadas en el canto de la mesa, provocando que sus rodillas se flexionen. Tiene la cabeza ladeada y sus ojos, en mitad de esta falsa oscuridad, están clavados en mí, como si llevaran así desde que salí del ascensor.

Me acerco sin ni siquiera pensar en lo que estoy haciendo, simplemente haciéndolo. Su expresión se hace más clara y me doy cuenta de la tristeza y el desahucio que anegan sus ojos grises. ¿Qué es lo que le ocurre? ¿Por qué parece estar así de roto?

El destello de la poca luz contra la botella de whisky que hay sobre la mesa la hace brillar, delatando su posición; a su lado hay un vaso vacío. La idea de que, quizá, quiere estar solo centellea con la misma fuerza que el cristal y a unos pocos pasos de él me detengo en seco.

—Será mejor que me marche —murmuro.

Muevo mis pies, pero, con el primer paso, Tyler hace un imperceptible gesto con la cabeza, señalando la porción de sofá a su lado. Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, y la realidad, que es tan guapo que casi puede llegar a doler, se hace más pesada que todo lo demás.

Me siento despacio y giro mi cuerpo hasta apoyar el costado y la cabeza contra el respaldo del tresillo y poder tenerlo de frente. Tyler recorre mi rostro con la mirada y sólo entonces me doy cuenta de que tiene los ojos vidriosos y las mejillas mojadas. Está llorando. Un suspiro ahogado se escapa de mis labios, pero no aparto mis ojos de él. ¿Qué le pasa? Algo a lo que no sé poner nombre ni color atenaza mi estómago y lo aprieta, pidiéndome que lo consuele. La sensación crece y se expande. Alzo la mano despacio y aún más

lentamente la acerco a su cara, dispuesta a secarle las lágrimas, pero Tyler la intercepta, agarrándome por la muñeca, y con ese gesto me percato de que no ha perdido un átomo de masculinidad.

Mi corazón y mi respiración se aceleran. Tyler guía mi mano y la lleva hasta su pecho. Desliza sus dedos sobre los míos, hasta que su palma cubre por completo la mía, apretándola contra la piel de su corazón.

—Por favor, dime que lo sientes —me pide en un susurro lleno de demasiadas cosas.

No necesita especificar. No necesita decirme que se trata de su corazón. Sus latidos rebotan rítmicos contra mi mano y el calor de su palma me inunda por dentro.

—Lo siento.

Tyler traga saliva sin desunir nuestras miradas y su mano se hace más posesiva sobre la mía. No necesitaba hacerlo. No me marcharía de aquí por nada del mundo.

Me acomodo despacio, casi sin hacer ruido, sobre el sofá y él pierde su vista al frente. Ninguno de los dos dice nada; aunque parezca extraño, creo que no lo necesitamos y la intimidad, suave, va comiéndose a bocados el aire entre ambos mientras seguimos sumidos en esta tenue oscuridad, mientras su mano sigue sobre la mía, mientras sigo sintiendo su corazón.

Nunca me he sentido tan cerca de nadie.

***

Me despierto sobresaltada. No reconozco dónde estoy. Me incorporo y comprendo que estoy en el sofá, en el salón del Estudio. Miro a mi alrededor, pero no hay rastro de Tyler. Con un vistazo a mi reloj de pulsera, compruebo que son las tres de la mañana. Ni siquiera recuerdo cuándo me quedé dormida.

Voy hasta mi habitación. Rebusco en la maleta procurando no deshacerla, encuentro mi pijama y me lo pongo. Mañana me levantaré temprano y hablaré

con Frankie, aunque lo cierto es que ya no tengo tan claro que quiera irme.

Suelto un largo suspiro y apago la luz antes de acurrucarme bajo la delicada colcha. He dejado la terraza abierta. No importa. Cierro los ojos y de inmediato el recuerdo de Tyler, su mirada, parece inundarlo todo. Una guitarra suena bajito desde algún punto desconocido. ¿Por qué tengo la sensación de que todo está cambiando?

***

Estoy nerviosa, así que, otra vez, al sonar el despertador, ya llevo un rato despierta, reflexionando. Sin embargo, cuando bajo la escalera descalza y en pijama, con la idea de robar un té antes de buscar a Frankie, compruebo que la casa ya está rebosante de actividad. Oliver entra en el salón con un plato en cada mano y uno sobre el antebrazo, como los camareros profesionales, todos llenos de tortitas. Los lleva hasta la pequeña mesita de centro, donde ya hay otros con fruta fresca cortada, beicon y huevos revueltos, además de una jarra con zumo de naranja. Frankie lo sigue con la tetera y una inconfundible caja de latón roja con la tapa dorada de té Twinings.

Connor, al ver el despliegue de comida, deja de hablar por teléfono y salta al sofá apoyando la palma de la mano en el respaldo del mueble, con una agilidad digna de admiración.

—Buenos días, Polizonte —me saluda Oliver al reparar en mi presencia.

—¿En pijama? —me dice Frankie sentándose en uno de los sofás—. Eres mi ídolo.

Contemplo mi atuendo al tiempo que tiro de mi camiseta blanca, acompañada por unos finos pantalones de cuadros en distintos tonos de azules. «¿Como si eso fuera lo peor?», me digo a mí misma y automáticamente visualizo el desastroso moño de bailarina que me he hecho al levantarme.

—Yo... pensaba que aún estaríais todos durmiendo —me disculpo mortificada. ¿Por qué nada me sale a derechas con ellos?—. Iba a hacerme un

té y subir a vestirme. Lo hago ahora —concluyo volviéndome y empezando a subir la escalera.

—De eso nada —me frenan.

Mi cuerpo ha aprendido a reconocer su voz y no sé si eso es una buena noticia para mí. Llevo mi mirada de nuevo al salón y veo a William caminando hasta la mesa con un plato lleno de tostadas.

En cuanto lo deja sobre la mesa, alza la mirada y ese magnetismo animal, hipnótico, reluce con fuerza. No dice nada. Creo que tampoco lo necesita. Mi cuerpo también ha aprendido a identificar sus silencios, sus miradas, incluso sus deseos, y eso tampoco sé si es una buena noticia para mí.

—Baja, Ava —me apremia Frankie.

Me hace un gesto para que me siente junto a ella, pero Oliver se me adelanta y me roba el sitio. Ella trata de echarlo y forcejean divertidos, pero al final él, con muy poca vergüenza, le dedica algo parecido a un puchero y Frankie le deja quedarse.

Miro la mesa buscando el servicio que queda libre y me contengo para no suspirar mortificada al darme cuenta de que es junto a William, que ya está acomodado.

—Entonces, ¿quién ha llamado? —pregunta Connor.

—Ha sido Richard, como el año pasado —responde Oliver con la boca llena de tortita.

Me siento en el borde del sofá; un milímetro más afuera y me caería de culo. Estoy inquieta, con un burbujeo en el estómago que va a ponerme realmente complicado eso de comer.

Me propongo no hacerlo, pero la tentación es grande y acabo ladeando la cabeza discretamente para observar a William. Por Dios, ¡qué guapo es!, casi un castigo divino. El pelo castaño claro revuelto; una camiseta gris oscura, casi negra; el inicio de una cadena plateada sobresaliendo en su nuca; la incipiente barba de pocos días; los vaqueros gastados, y los tatuajes que le cubren el antebrazo y suben bajo su camiseta: las alas, el árbol y la expresión

«One love. One life». Parece hecho con la medida exacta para bajar bragas y derretir corazones. Me pregunto si será consciente de lo que provoca en las mujeres. «Es más que obvio que sí», me respondo. Los chicos malos saben que lo son y son plenamente conscientes del reguero de chicas enamoradas que dejan a su paso.

—¿Y tenemos que ir? —inquiere Connor con desgana.

—Yo quiero ir —replica Frankie—. Será divertido.

—Tú sólo quieres asegurarte de que saldremos de aquí —replica él—. Te importa bastante poco dónde.

—Exactamente como a ti —contraataca ella sin demasiada amabilidad—. No te hagas el interesante. No tienes público.

William se inclina levemente sobre la mesa. No comprendo qué está haciendo hasta que veo una taza de té con leche delante de mí.

El gesto me pilla por sorpresa.

—Desayuna —me ordena.

Mi cuerpo decide tomar el camino fácil y sucumbir a su voz, pero mi mente se rebela. Prepararme el té ha sido de lo más caballeroso, pero no puede decirme lo que tengo que hacer. Las cosas no funcionan así.

—Te agradezco el té, ha sido un bonito gesto, pero eres muy mandón. No puedes darme órdenes —me quejo de tal manera que sólo él puede oírme.

Le doy un sorbo a mi bebida. Está caliente y deliciosa.

William sigue con la vista al frente, pero sé qué me ha oído y me lo confirma cuando, despacio, en un grácil movimiento, se inclina hacia mí, aparentemente con la atención puesta en la conversación de la mesa.

—Las chicas en pijama no tienen derecho a opinar —susurra desdeñoso.

¿Eso ha sido una broma? Sonrío, pero inmediatamente tuerzo los labios para disimular. Tengo que devolvérsela.

—¿Con cuánto tiempo tienes que levantarte para conseguir tener ese aspecto? —contraataco—. Si es más de una hora, gano yo, superestrella de la música.

William no dice nada, ni siquiera me mira, pero puedo ver cómo sus labios se curvan hacia arriba en el inicio de una sonrisa. La mía se ensancha y sencillamente no puedo evitarlo.

—Estás muy guapo cuando sonríes —digo inclinándome ligeramente sobre él, para seguir manteniendo nuestra discreta conversación—. Deberías hacerlo más a menudo.

Él ladea la cabeza y me mira abiertamente. Está claro que mi comentario lo ha pillado por sorpresa y eso hace que me sienta orgullosa. Le mantengo la mirada y la sonrisa.

—Desayuna —sentencia, pero algo en su voz ha cambiado.

Lo contemplo un segundo más, obligándome a que sea sólo uno, me estiro sobre la mesa y cojo un *muffin* de chocolate bajo su atenta mirada.

—Entonces, ¿vamos? —inquiere Frankie, devolviéndome a la conversación.

—Ya veremos —responde Connor.

—Me lo tomo como un sí —afirma victoriosa, consiguiendo que él sonría de una manera... diferente. Puede que, como se ha convertido ya en una tónica de lo más habitual para mí desde que los No Regrets irrumpieron en mi vida, no sepa describirlo, pero esa sonrisa no ha sido como las demás.

***

—¿Y qué hacemos hoy? —pregunta Frankie, dejándose caer en el sofá.

Después de desayunar, los chicos se han ido al estudio de grabación a trabajar y dos mujeres, impecablemente vestidas con delantales a juego, han recogido la mesa en cuestión de segundos.

—No lo sé —respondo con una sonrisa.

Apenas llevo en esta casa un día, pero la verdad es que la siento increíblemente acogedora; de hecho, tuve esa sensación desde el principio. Tiene... algo y no me importaría pasarme las veinticuatro horas aquí.

—Tú eres la que estás de vacaciones —contraataca—. ¿No hay nada que te apetezca hacer?

Tuerzo los labios, meditando la respuesta.

—¿De qué va esa fiesta? —inquiero recordando la conversación del desayuno. Me parece mucho más interesante.

Frankie arruga la frente un segundo, pero enseguida cae en la cuenta de a qué me refiero.

—Es de la misma institución que organiza el Red Nose Day.

Inmediatamente sonrío. El Red Nose Day es una iniciativa preciosa de la fundación caritativa Comic Relief, creada por el guionista y director Richard Curtis, responsable de uno de los hitos del cine británico, y el romántico de cualquier nacionalidad, *Love actually*. Cada 24 de marzo, con ayuda de la BBC, la fundación organiza una gala impresionante que retransmite la propia cadena con todo tipo de invitados famosos. El objetivo es recaudar el máximo dinero posible para quien más lo necesita. Este año consiguieron reunir más de ochenta y siete millones de libras.

—Es importante —añade Frankie.

—Suena muy bien.

Suena realmente bien. Hay demasiada gente en el planeta que necesita ayuda.

—Me alegra que lo pienses, porque vamos a ir.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿En serio?

Frankie asiente.

—Y ya que tú no propones nada para pasar tu primer día de vacaciones, lo haré yo —añade—. Nos vamos de compras.

La miro y ahora la que asiente soy yo.

—Me parece un plan perfecto —sentencio.

—Ésa es la actitud que quiero ver, compinche —responde señalándome—. Vamos a tu cuarto. Tienes que vestirte.

Se levanta decidida y la sigo. Me apetece mucho salir de compras. Apuesto a que con Frankie será divertidísimo.

En el pasillo, a punto de llegar a mi habitación, por inercia, echo la vista al frente. Mis ojos recorren el enorme pasillo flanqueado por la barandilla de madera y me encuentro sólo con una de las puertas cerradas. Estoy segura de que es la de Tyler. Automáticamente los recuerdos de la noche anterior acuden a mi mente, la manera en la que me preguntó si podía sentir su corazón, su mirada. Parecía estar roto de demasiadas maneras.

—Frankie —la llamo, y no sueno demasiado segura. No sé muy bien cómo abordar este tema sin parecer la mayor entrometida del mundo.

Ella, que ya había entrado en mi dormitorio, gira sobre sus pies y desanda sus pasos hasta detenerse bajo el umbral de la puerta.

—¿Qué?

—¿Tyler está con los chicos?

Frankie entorna los ojos perspicaz y, con franqueza, no sé dónde meterme.

—Lo digo porque no lo he visto a la hora del desayuno y la puerta de su habitación sigue cerrada —me apresuro a aclarar, aunque tampoco tengo la más remota idea de si estas palabras me han hecho quedar precisamente bien.

—Con toda probabilidad seguirá durmiendo —contesta tras unos segundos que se me hacen eternos—. Eso, si ha conseguido pegar ojo —añade, y no sé si lo hace para mí o para sí.

—¿A qué te refieres?

Frankie me observa, como si estuviera debatiéndose entre contármelo o no. Finalmente suelta un sintomático bufido.

—Tyler no lo está pasando muy bien últimamente. Para él todo esto es muy complicado.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Te refieres al grupo? —inquiero de la misma manera.

—No —responde— o quizá debería decir que sí. No se trata de la música, ni de los chicos, pero sí de lo que viene con ello.

Estoy completamente perdida y Frankie se da cuenta por la manera en que la miro, porque abre la boca dispuesta a continuar. Sin embargo, una décima de segundo después, la cierra. Vuelve a abrirla y vuelve a cerrarla.

—William siempre ha tenido claro que la música es su vida —me explica.

Sin quererlo, una suave sonrisa se apodera de mis labios. Sólo necesitas conocerlo durante dos segundos para saber que es así. La música es todo su universo y ha comprometido su alma con ella. Me parece auténtico y precioso y valiente. Persigue sus sueños.

—Connor y él fundaron el grupo cuando tenían veintiún y veintidós años —prosigue—. Oliver era un amigo del barrio al que la música se le daba francamente bien y se unió a ellos. Cuando se presentaron en la oficina de Hugh, él decidió que debían ser cuatro y montó una audición. Tyler acababa de cumplir los dieciocho. Se presentó porque vio el anuncio colgado en una farola y pensó que era una buena excusa para perder clase. ¿Entiendes? En realidad no era consciente del paso que estaba dando. Fue el mejor con diferencia y por eso lo escogieron, aunque francamente siempre he pensado que hubo algo más. —Frankie cabecea, reprendiéndose por estar yéndose por las ramas—. Cuando No Regrets triunfó, todos se convirtieron en estrellas mediáticas, pero la fama puede ser muy complicada. El no poder dar un paso sin que millones de personas opinen, la sensación de no saber por qué se acercan a ti y esa presión constante de seguir avanzando, de seguir mejorando para no decepcionar... William, Connor, Oliver, todos aprendieron a lidiar con eso, pero Tyler no. Empezó a relacionarse con la gente equivocada, a tomar malas decisiones y a beber, demasiado —añade compungida.

Frankie guarda silencio, pero para mí la idea de no parecer una entrometida está tan lejos que es un puntito en el horizonte.

—¿Y ahora está bien?

No sé por qué lo pregunto. Sé de sobra que la respuesta es no.

Frankie niega con la cabeza.

—Pero estoy segura de que lo estará —se rebate rápidamente a sí misma,

obligándose a sonreír—. Veinte días con los chicos en esta casa es todo lo que necesita. Estoy convencida de ello.

Me obligo a asentir y a dar por ciertas las palabras de Frankie, al fin y al cabo ella conoce a Tyler mucho mejor que yo, y me sacudo la inquietud que experimento ahora mismo, aunque no voy a negar que sea complicado.

Dejo a Frankie cotilleando mi pequeño neceser lleno de botes de laca de uñas y voy a darme una ducha.

Una hora después estamos bajando de nuevo al salón, dispuestas a darlo todo en cada tienda de Carnaby Street, cuando el ascensor abriéndose nos distrae. Sale un guardaespaldas, uno que no había visto hasta ahora, pero su inmaculado traje negro me da la pista que necesito para saber que es un miembro de seguridad. Tras él lo hace un hombre de unos cuarenta y muchos, delgado y muy elegante, con un traje gris, el pelo canoso y una cuidada barba. Lo acompaña una chica que apunta frenéticamente en un iPad todo lo que él le va murmurando. Sospecho que es su ayudante.

Accede al salón con paso seguro y una mano en el bolsillo de los pantalones. Es obvio que no es la primera vez que está aquí. Al verlo, Frankie se frena en seco en mitad de la escalera y resopla. Al vernos a nosotras, él se detiene en el centro de la estancia y, tras un segundo de concienzudo escrutinio, esboza una sonrisa.

—Buenos días, Frankie.

—Buenos días, Hugh —le devuelve la cortesía, reemprendiendo el paso —. Ella es Ava —me presenta.

—Buenos días.

—Buenos días, Ava —me saluda mostrando de nuevo una sonrisa y tendiéndome la mano. Se la estrecho—. Soy Hugh Redgrave, el mánager de los No Regrets. ¿Eres amiga de Frankie?

Asiento.

—Sí.

—¿Y fan del grupo?

—Sí —repito.

—Entonces supongo que es toda una suerte poder verlos en los ensayos.

Asiento de nuevo.

—Es increíble.

Él sonríe. Parece un tipo simpático.

—¿Necesitas que te ayudemos en algo, Hugh? —lo interrumpe Frankie y, aunque no llega a sonar desagradable, tampoco parece amistosa—. Nos marchábamos ya.

Él niega con la cabeza.

—Divertíos —se despide.

—Gracias —respondo.

Y no puedo decir mucho más. Frankie me agarra de la mano y nos dirige hacia los ascensores con el paso acelerado. En cuanto las puertas se cierran, se cruza de brazos y suelta un bufido.

—Hugh Redgrave no te cae muy bien, ¿verdad? —inquiero socarrona.

Ella ladea el cuerpo hacia mí y me observa con los ojos entrecerrados, meditando la respuesta.

—No se trata de eso —suelta al fin. Las puertas se abren y salimos. André, su guardaespaldas, se acerca diligente, pero ella niega con la mano—. No necesitamos que nos acompañes —le especifica sin llegar a detenernos.

—¿Está segura?

Frankie pone los ojos blancos.

—Estoy segura. Connor no va a echarte la bronca, no te preocupes —añade ya a unos metros.

Yo me vuelvo para observar la reacción de André. Parece más aliviado, pero creo que lo estaría más si le hubiera permitido acompañarnos.

—Hugh es un buen mánager —retoma la conversación Frankie— y demasiado listo como para no tener clarísimo que los chicos son su particular gallina de los huevos de oro, así que se esfuerza en tenerlos contentos... pero

¿sabes esa sensación cuando alguien no te da buena espina, aunque no sepas por qué?

—Sí, claro.

Avanzamos por King Street y en cuestión de segundos estamos rodeadas de teatros, en pleno West End.

—Pues así me siento con Redgrave desde la primera vez que lo vi.

Voy a asentir de nuevo, pero de pronto caigo en la cuenta de algo.

—Pero, si es el mánager de los chicos, lo conoces desde hace algo así como diez años.

Es cierto que una persona puede no inspirarte confianza, pero lo más habitual es que, al cabo de cierto tiempo, esa idea se confirme o no y ya sepas si lo odias a muerte o podréis ser amigos. Nadie se pasa en el limbo de las relaciones sociales tanto tiempo.

—Exactamente ocho años, un mes, veinticinco días y supongo que esta mañana —concreta.

—Vaya —replico abriendo mucho los ojos—, parece que has llevado muy bien la cuenta.

Las dos sonreímos.

—Lo tengo tan claro porque ése fue el día que llegué a Londres, con Connor...

Con su nombre su voz se desvanece y, con ella, su sonrisa. Frankie pierde la mirada al frente y sé que se siente muy incómoda. Tuerzo los labios. A veces creo que todavía le duele lo que le pasó con él, aunque cuando está con Oliver nadie lo diría.

—Seis días, once horas y... —echo un vistazo a mi reloj de pulsera—, supongo que tres minutos.

Ella me mira sin entender nada y yo arqueo una ceja.

—Es el tiempo exacto que hace que conocí a los No Regrets —le explico —. Es lo más normal del mundo acordarse con precisión milimétrica de cuándo nos sucedieron cosas importantes. Lo raro sería no hacerlo. Y tú

llegaste a *Londres* —sentencio haciendo hincapié en el nombre la ciudad. Frankie continúa con la vista al frente. No dice nada, pero, poco a poco, sus labios se curvan en una sonrisa aliviada—. Creo que incluso me has decepcionado un poco, no ha habido ni horas ni minutos.

—Tendré que consultar en mi agenda —responde fingiéndose burlona.

Yo la observo de reojo y sonrío. Me alegra que ya se sienta mejor.

***

—Me alegra que seas más Poppy Delevingne que Alexa Chung —comenta Frankie mientras se acomoda en uno de los sillones corredizos rojos al fondo del pub.

Hemos decidido cenar y hablar del botín conseguido en uno de los bares de Neal's Yard, muy cerca de Covent Garden y uno de los mejores y más celosamente secretos guardados por los londinenses. Es una placita donde convergen siete calles diferentes, las Seven Dials, y donde todo, absolutamente todo, está lleno de los colores más vivos: las fachadas de las casas, los bares, los bancos..., todo está pintado de violeta, verde lima, azul añil... Es precioso y diferente y siempre te hace sonreír. Además, es algo así como un imán de musas. Charles Dickens escribió sobre él, y la reina del misterio, Agatha Christie, ubicó aquí una de sus novelas.

Lo hemos pasado genial. Hemos ido al menos a una veintena de tiendas. Como nunca habíamos salido juntas de compras, Frankie creyó conveniente que nos hiciéramos una idea de los gustos de la otra utilizando a las *it girls* del momento. Creo que incluso contuvo la respiración cuando me lo preguntó.

—Si llegas a decir Alexa Chung, habría tenido que dejar de hablarte.

—Está sobrevalorada —comento con una sonrisa para darle cuerda.

—Gracias —replica extendiendo las manos por encima de la mesa.

—¿Qué vais a tomar? —nos pregunta el camarero, acercándose a nuestra mesa.

El local está de bote en bote.

—Una pinta —respondo—, nada de Guinness.

Frankie me mira alarmada.

—¿Cómo que nada de Guinness? —repone—. Creo que me he precipitado con eso de no hablarte.

—¿Una Abbot? —inquiere el camarero.

—Perfecto.

—Para mí una Guinness.

»Eres lo peor —añade divertida cuando nos quedamos solas.

—Y tú no sabes elegir cerveza —contraataco—, así que supongo que estamos en paz.

Las dos sonreímos. Alguien suelta un chillido de puro júbilo al fondo del bar e inmediatamente media decena de personas lo vitorean y aplauden.

—¡Ha dicho que sí! —grita robando la atención de los presentes—. Esta hermosa señorita —anuncia señalando a la chica que tiene bajo el brazo y que no puede parar de sonreír— ha aceptado convertirse en mi esposa.

Todo el bar rompe en aplausos. Por supuesto nosotras también.

—Londres está lleno de locos enamorados —conviene Frankie con una sonrisa.

Mi sonrisa se ensancha y asiento convencidísima. Por eso es fantástico vivir aquí.

En ese preciso instante su móvil comienza a sonar. Lo saca del bolso con un resoplido y mira la pantalla.

—Es trabajo —me explica torciendo los labios—. Tengo que cogerlo.

—No te preocupes.

Frankie se desliza por el asiento y sale del pub, con el teléfono pegado a una oreja y tapándose la otra con la mano.

El camarero deja las cervezas sobre la mesa. Le doy un sorbo a la mía y, sin proponérmelo, echo un vistazo a mi alrededor. La feliz pareja de recién prometidos entra en mi campo de visión y sus sonrisas vuelven a contagiarse

en mis labios. Están rodeados de una veintena de personas, con toda probabilidad sus amigos y familia, pero cada pocos segundos no pueden evitar quedarse mirando embobados, como si no hubiese nadie más en el mundo. Hace poco menos de un mes ver algo así me habría destrozado, porque no era, en ningún sentido, lo que yo tenía con Martin. Sin embargo, ahora es... diferente. Parece que las heridas están sanando, aunque no sepa cómo ni por qué.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —se disculpa Frankie devolviéndome a la realidad, plantándose frente a mí.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué pasa?

—Sé que te he prometido que cenaríamos juntas, pero tengo que irme ahora mismo a la galería. Hay una posible compradora muy interesada en conocerme en persona. Quiere hacerse con una serie completa de mi última exposición. Es una gran oportunidad. ¿Te enfadas? —pregunta subiendo los hombros y manteniendo el gesto culpable.

Yo finjo un larguísimo suspiro con el fin de torturarla un poco.

—No —digo al fin estirando la vocal, pero ya no puedo más y acabo sonriendo; automáticamente ella también lo hace—. ¿Cómo iba a enfadarme? Supone una gran oportunidad para ti... pero me debes una —añado señalándola con el índice.

—Enorme —sentencia imitando mi gesto—. Y estas cervezas ya están pagadas, para compensar.

Recoge sus bolsas (y las mías), explicándome que las dejará en el Estudio camino de la galería, y su bolso, me da un beso en la mejilla y sale disparada del local.

A solas, no sé muy bien qué hacer. Bebo un poco de mi pinta y doy una bocanada de aire. Empiezo a tamborilear con los dedos sobre la mesa de madera barnizada unas cien veces. Antes de que el pensamiento cristalice en el fondo de mi mente, cojo mi *smartphone* y abro el hilo de mensajes con

Emmet. Me muero de risa cuando me amenaza con que dejaremos de ser amigas si no le consigo ropa interior de Connor Bay. Me niego, pensando que bromea, aunque una parte de mí está un pelín preocupada por si ha cambiado la cerradura de nuestro piso y sólo va a darme las llaves nuevas a cambio de unos bóxers del músico.

Tras una media hora hablando con ella, me doy cuenta de que lo mejor será que pida algo de comer para que no parezca que estoy bebiendo sola. Eso es demasiado irlandés incluso para un pub irlandés.

Reviso el menú y me decido. Me giro buscando al camarero, pero mi mirada se cruza con la puerta principal y lo veo entrar, a Tyler.

5

James Bay. *Let it go*

Sin saber por qué, mi cuerpo se tensa y mis ojos, avariciosos, lo recorren de arriba abajo, fijándose en sus botas, en sus vaqueros gastados y en su camiseta blanca. Lleva el pelo echado hacia atrás de cualquier manera, con toda probabilidad con un golpe de sus propias manos, y sus ojos grises eluden la atención de todos los que se posan en él, dibujando una suave sensación de autosuficiencia y muchísimo atractivo, aunque algo me dice que la primera parte de esa afirmación es sólo una verdad a medias.

Llega hasta la barra y, sin necesitar decir nada, el camarero camina presto hasta él. Tyler deja descansar su mano sobre el mostrador de madera maciza y puedo ver los tatuajes que le cubren el brazo: una visión artística de la Boca de la Verdad y la palabra *courage* se entrelazan con los pies de un samurái que sube hasta perderse bajo su camiseta.

Tyler desprende algo diferente a los demás, como si lo rodeara una especie de halo, como si pudieras saber que es una persona especial antes incluso de hablar con él, con sólo mirarlo.

Él alza la cabeza y aparto la mirada justo a tiempo, clavándola prudentemente en la mesa. Mi respiración se acelera. Debería hablar con él, ¿no? Me estoy quedando en su casa, me estoy comiendo su comida, ¿qué clase de invitada desagradecida sería si lo viera en un bar y no fuera a decirle, no sé, hola?

Asiento para infundirme valor, me cuelgo mi pequeño bolso del hombro y me levanto despacio. Me aliso los vaqueros con las palmas de las manos para ganar confianza y echo a andar hacia él.

Sin embargo, a un par de pasos de Tyler, no puedo evitar quedarme

inmóvil, observándolo una vez más. ¿Por qué me siento así cuando está cerca? ¿Por qué parece estar perdido, pedir a gritos que alguien le tienda la mano y lo traiga de vuelta?

Deja de dar rítmicos golpecitos con la punta de los dedos sobre la barra y su cuerpo, de golpe, parece entrar en una sutil tensión. Ladea la cabeza y sus preciosos ojos se encuentran con los míos.

—Hola —acierto a decir casi en un murmuro.

El bar, el aire a nuestro alrededor en realidad, parece aliarse con él y me siento como si su cuerpo llamara al mío, como si el espacio entre los dos vibrara, como si me quemara en la punta de los dedos la idea de que entiendo cómo se siente.

—Estaba ahí sentada con Frankie —continúo, señalando a mi espalda con torpeza. Él desvía la mirada de mis ojos para observar dónde le indico, sólo un segundo—, pero ella se ha marchado.

Mi voz se evapora en mis labios, porque mis palabras automáticamente se traducen en otras: «estamos solos», pero Tyler no me da opción a pensar con claridad, ni siquiera a saber si es eso lo que quiero. Con un paso lleno de determinación, cubre la distancia entre los dos, enmarca mi cara con sus manos y me roba un beso lleno de fuerza, casi siendo brusco, anegándolo todo de atractivo.

Su boca juega con la mía, cogiendo lo que quiere, sustituyéndolo por un deseo sin límites, pero, antes de que todas mis defensas caigan, lo empujo, zafándome de él.

—¿Crees que soy una de tus *groupies* que caen rendidas a tus pies sin que tengas que decir una sola palabra? —le espeto con rabia.

Ha sido un beso increíble. ¡Por Dios, me tiemblan las rodillas! ¡Otra vez! Y me he sentido... me he sentido como nunca me había sentido. El beso que me dio en la sala de espera del aeropuerto irrumpe como un ciclón y me doy cuenta de que es la segunda vez que tambalea todo mi mundo con un beso, pero

no puedo permitir que se comporte así, por muy rápido que me lata el corazón ahora mismo.

Tyler tensa la mandíbula, malhumorado, todavía con la mirada sobre mí, pero no dice nada y mi enfado y yo consideramos que ya tenemos suficiente. Me giro dispuesta a marcharme, pero, con el primer paso, Tyler me agarra de la muñeca y me obliga a girarme.

—Ava —pronuncia mi nombre y todas esas sensaciones vuelven, esa especie de conexión, de complicidad, incluso si es la primera vez que lo pronuncia.

Tira suavemente de mí y me giro siguiendo el movimiento. Volvemos a estar frente a frente y sus dedos siguen sobre mi piel.

—Quédate, por favor —me pide.

Es tan guapo que podría cortar el aliento, como Connor, como Oliver, como William, pero ninguno de ellos parece un niño roto como él. Tyler frunce ligeramente el ceño, como si acabara de comprender que puedo leer en él.

—Su copa.

La voz del camarero nos distrae a los dos. Mis ojos viajan hasta el vaso bajo con hielo y un licor ambarino que seguramente sea whisky.

—Los chicos están muy preocupados por ti... todos lo estamos.

Aparto la mirada de sus ojos porque me siento avergonzada. Apenas nos conocemos, pero no puedo evitarlo, realmente me preocupa, no es un sentimiento frívolo ni oportunista. Esa misma incómoda sensación me hace armarme de valor y volver a alzar la cabeza.

—Podrías no beber esta noche —le pido.

Su respiración se acelera y una batalla más antigua que yo comienza a hacerse con el control de su mirada. No lo pienso. Mi piel se desliza bajo sus dedos, y los míos, tímidos, se entrelazan con los suyos.

—Por favor —le suplico.

No sé cuánto tiempo pasamos así. No nos soltamos la mano y una sensación de familiaridad mezclada con una suave efervescencia va naciendo

de la punta de nuestros dedos hasta cubrirlo todo. Tyler no pronuncia una palabra y la verdad es que a veces ni siquiera me atrevo a mirarlo. Es él, es Tyler Evans, la estrella de la música que veía en la televisión de mi habitación, y al mismo tiempo es él, el chico de los ojos grises más bonitos que he visto jamás, el chico que parece perdido, el chico al que necesito ayudar.

Tyler tampoco me mira, pero una parte de mí sabe que, si intentara soltarme, volvería a entrelazar nuestras manos.

Todo es complicado y fácil a la vez.

Tyler frunce el ceño levemente, como si él también se sintiera así y, de pronto, rompe el momento, soltándose y saliendo del pub sin devolver la vista atrás.

Emito un suspiro e intento volver al aquí y ahora. Miro a mi alrededor y vuelvo a dar una bocanada de aire. Sólo espero que no haya ido a otro bar. No quiero que vaya a otro bar.

Cuando regreso al Estudio, todo vuelve a estar en silencio y casi en penumbra, exactamente como ayer. Busco en el sofá, pero Tyler no está. Me detengo un segundo, pensativa, pero enseguida reemprendo mi camino.

Entro en la habitación con los pies cansados. Dejo mi bolso sobre la cama y corro las cortinas. La Covent Garden Piazza se abre ante mí y no puedo evitar sonreír, es un lugar maravilloso. Doy un paso al exterior y contemplo cada rincón despacio.

Entonces una guitarra comienza a sonar. La reconozco de inmediato. Es la misma que oí anoche. Miro hacia donde mis oídos identifican que procede el sonido y me doy cuenta de que viene de la terraza contigua a la mía, perfectamente separada por un muro blanco unos centímetros más alto que yo.

La guitarra se llena de palabras y la voz de William toma el ambiente, cálida, íntima, perfecta. Me agazapo tras la pared con una sonrisa de oreja a oreja y otra vez las mariposas brincan en mi estómago. Es obvio que piensa que está solo, que está cantando para él, y el momento es casi mágico. La

canción, que nunca había oído antes, habla de sentir, de sonreír; habla de no estar solo, de que la lucha por fin tiene una razón.

Me acomodo en el suelo sin hacer ruido y sé que no me equivoco al imaginarlo sentando también sobre la tarima de la terraza, con sus largas piernas estiradas sobre ella y la espalda apoyada contra el muro, con el pelo revuelto, sus tatuajes al descubierto bajo su camisa remangada y una guitarra acústica entre sus manos.

Suena como Johnny Cash, como Dylan, como sólo William Hamilton sabe sonar.

La canción me atraviesa y me muerdo el labio inferior disfrutándola a ella y a él. Lo siento tan cerca... Sabía que Frankie tenía razón cuando dijo que la vida de William era la música, pero ahora mismo no podría negarlo aunque quisiera; se expresa con ella, es parte de él, de lo que es en realidad, de lo único que le importa.

Su voz se apaga lentamente y con ellas las notas de su guitarra, hasta que el silencio y Londres tres plantas más abajo me devuelven a la realidad.

—Es una canción preciosa. —Las palabras se escapan de mis labios antes de que pueda controlarlas.

—¿Ava?

6

Crowded Houses. *Don't dream it's over*

SOY-I-DIO-TA.

Cierro los ojos como si mágicamente pudiese conseguir que la tierra me tragase.

—Sí —respondo, porque no me queda otro remedio, separándome de la pared como si de pronto estuviese en llamas—. Lo siento —me disculpo rápidamente—. No quería escucharte a escondidas.

Lo siento, no quería colarme en tu *backstage*. Lo siento, no quería escuchar tus conversaciones privadas. Lo siento, no quería espiarte en tu terraza. Parezco un disco rayado.

—¿Tendría que empezar a preocuparme que siempre estés al acecho?

—No estaba al acecho —me defiendo.

—¿Y cómo llamarías a estar escuchándome agazapada detrás de un muro?

Sin lugar a dudas: estar al acecho.

Tuerzo los labios y pronuncio un *touché* a regañadientes.

—Ha sido completamente accidental.

—¿Tan accidental como colarte en la zona de camerinos del concierto o como espiar mis conversaciones con Frankie?

—Accidental, simplemente —sentencio malhumorada.

Y en cuanto pronuncio la última palabra, William rompe a reír burlón al otro lado. ¡Sólo estaba fastidiándome!

Suelto todo el aire que había contenido en mis pulmones y vuelvo a dejarme caer contra el muro.

—Me has hecho pasar un rato horrible —protesto, pero una sonrisa también inunda mis labios. Creo que la culpa la tiene el haber imaginado la

suya—. Creí que había vuelto a meter la pata contigo.

—¿Cómo sabes que no la has metido? —me pincha.

—El hecho de que no me estés gritando como un gruñón malhumorado —replico impertinente.

—Eso es porque eres como Oliver Twist robando en la plaza —se queja —. No dejo de pillarte con las manos donde no debes.

Mi sonrisa se ensancha. El siguiente puñado de segundos nos quedamos en silencio, pero sabiendo perfectamente que el otro sigue ahí.

—La canción era preciosa —repito.

—Gracias.

—No la había oído antes.

—La estoy componiendo y la mitad de la letra la he improvisado —confiesa, y noto de nuevo su bonita sonrisa—. Espero recordarla para poder escribirla.

—Pues no deberías cambiar ni una sola coma. Ha sido genial.

—¿Como las de antes?

Mis labios se curvan hacia arriba en un gesto tenue, pero auténtico.

—Ha sido aún mejor, señor Hamilton.

—Ha sido un placer, señorita Collins.

Me quedo un momento callada, pero en el fondo no sé por qué lo hago. Sé perfectamente lo que quiero decir.

—¿Podrías tocarla de nuevo?

Otra vez el perfecto silencio y las risas y los ruidos y las palabras felices lo son un poco más cuando atraviesan el cielo de Covent Garden y llegan hasta nosotros.

—Claro.

Los primeros acordes empiezan a sonar.

—Espera —le pido—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué?

—¿Estás sentado en el suelo?

—Sí —contesta con un deje de confusión.

—¿Con la espalda apoyada contra la pared y las piernas estiradas sobre la tarima?

—Sí.

—¿Y estás tocando tu guitarra acústica?

—Sí.

Mi imagen perfecta.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Porque así era cómo te había imaginado.

No responde, pero ya sabía que no lo haría. Los mismos acordes vuelven a sonar. William habla a través de la música. Ésa es su verdadera voz.

La canción vuelve a transportarme a un mundo maravilloso del que él tiene la llave y sólo nos ha dejado entrar a nosotros. Es íntimo y al mismo tiempo te expone, te abre más a la otra persona, porque, a pesar de que ni siquiera nos estemos viendo, de que él cante y yo escuche, aquí no caben las mentiras ni las corazas.

—¿Te ha gustado? —inquiere al terminar.

—Es preciosa.

—Nunca pensé que te escucharía tantas veces decir eso de mis canciones —comenta socarrón.

Tuerzo los labios, pero no puedo evitar sonreír divertida. Claramente me lo merezco.

—Todas tus canciones me encantan, aunque claramente seas un engreído que no se merece oír eso —replico, pero dejando que mi voz refleje mi buen humor.

—Ah, ¿sí? —me reta burlón—. ¿Cuál es tu preferida?

—Ésa es una pregunta demasiado fácil. Mi favorita es *All the damn times I had her under me.*

Soy plenamente consciente de que es Tyler quien canta esa canción, pero

también que fue William quien la compuso.

—¿Sabe una cosa, señorita Collins?

Sus palabras me hacen volver a sonreír. William Hamilton tiene todo lo que le presupones a un británico: una caballerosa elegancia y una elegante malicia.

—También es mi canción favorita.

—¿Y por qué no la cantas tú?

Es un tema increíble; cualquier cantante que se precie lo daría todo por poder tenerla en uno de sus discos.

—Porque me siento como un estafador.

Su respuesta me hace fruncir el ceño.

—Habla del amor de verdad —continúa—, de lo que imaginé que se debe de sentir cuando lo experimentas. Yo nunca lo he hecho, así que subirme a un escenario y cantar sobre él, de esa manera en la que lo hace la canción, me parecía una mentira y no quiero mentir sobre eso.

Me descubro boquiabierta siguiendo el hilo de sus pensamientos. Suena tan sincero que resulta abrumador. El silencio regresa y otra vez nos sume en la suave sensación de que no hay nada más.

—Hubo un momento en el que pensé que me había enamorado —empiezo a decir con la mirada clavada en mis propias manos. Es ridículo. Sé que él ni siquiera puede verme, pero lo siento cerca, muy cerca, en todos los sentidos —, pero me di cuenta de que era imposible que fuera amor. Él no era la persona para mí.

—¿Y cómo lo descubriste?

—No voy a contártelo —replico veloz—. No quiero que te rías de mí.

—¿Qué te hace pensar que me reiría de ti? —Y la socarronería de su voz se mezcla con el valor de parecer indignado ante mi acusación.

—Vale, pues entonces no quiero inflar más ese ego —apostillo.

Le oigo reír y yo también lo hago.

—Eso no puedo prometértelo —comenta risueño—, pero también te digo

que has conseguido que quiera saberlo, así que tienes que decírmelo.

Suelto un divertido resoplido por respuesta.

—Como apuesto a que ya imaginas, no soy de la clase de hombres que aceptan un no por respuesta.

—¿De verdad? —Vuelvo a sonar insolente, pero no puedo evitarlo. Me lo estoy pasando genial—. El señor William Hamilton no lleva muy bien no tener el control... Diría que no me sorprende, pero es que no me sorprende —sentencio, y una sonrisilla se escapa de mis labios.

—Ava Collins siendo una sabelotodo impertinente. Diría que no me sorprende —me imita—, pero es que ya tengo calada a Ava Collins.

—Ey —me quejo.

Y ahora es él quien ríe satisfecho.

—Está bien —claudico cuando sus carcajadas se calman—. Fue con tu canción, con *All the damn times I had her under me.*

Él guarda silencio y las mariposas vuelan desbocadas en mi estómago.

—Supongo que lo hiciste realmente bien, porque me convenciste de que eso es lo que tiene que ser el amor.

—Estoy completamente seguro de que alguna vez sentirás esa clase de amor, Ava.

Su voz suena más grave y mi corazón escucha atento.

—¿Por qué? —pregunto antes siquiera de racionalizar esas dos palabras concretas.

No lo veo, pero puedo sentirlo sonreír dulcemente.

—Porque has preguntado por qué.

Mi corazón comienza a latir deprisa, grande, sintiendo sin miedo.

—Buenas noches, Ava.

Oigo cómo se levanta, el rumor de sus pasos y la puerta de cristal de su terraza cerrándose tras él.

—Buenas noches, William —susurro, y ya lo hago para mí.

Estoy colada por William Hamilton. Es una locura, lo sé, pero no he

podido evitarlo.

Me quedo un momento más dejando que la tenue brisa de finales de julio atempere mi cuerpo, tratando de asimilar esta especie de secreto a voces. Sonrío. Me gusta cómo es. Me gusta que cuando toca una guitarra el mundo deje de existir para él. Me gusta que sea tan firme en sus principios, que se preocupe por los chicos. Incluso me gusta que a veces sea un gruñón. Mi sonrisa se ensancha. Me gusta él.

De vuelta en mi habitación me cepillo los dientes, me recojo mi pelo castaño de cualquier manera y me pongo el pijama. Me agacho frente a mi maleta y rescato mi diario. Hoy tengo muchísimo que contar.

Estoy a punto de meterme en la cama cuando un ruido brusco me hace dar un respingo. Supongo que debe de haberse caído cualquier cosa, o alguien ha cerrado con más fuerza de la debida. Nada importante.

Sin embargo, un segundo después, un estruendo aún mayor que el anterior vuelve a cortar el ambiente. Miro hacia la puerta con cautela. ¿De dónde viene todo ese ruido?

No me lo pienso mucho más. Supongo que podría decirse que soy una persona curiosa. Aunque ese puñado de sentimientos que no soy capaz de calificar, y que siempre acabo definiendo con un «no sé», también tienen algo que ver.

Abro la puerta y mi mirada, como si ya supiese hacia dónde tiene que ir, vuela hasta el otro lado del pasillo. La puerta de Tyler está entreabierta. Un nuevo ruido más débil que los dos anteriores sale de la habitación y, a pesar de esperarlo, tensa mi cuerpo otra vez.

Sus pies se detienen pesados sólo a unos pasos de la puerta y sus ojos grises de inmediato buscan los míos. Creo que él también sabía que estaría justo aquí y esa suave sensación que se creó a nuestro alrededor en el bar crece hasta inundarlo todo. ¿Por qué está tan triste? ¿Por qué parece tan perdido?

No lo dudo y echo a andar hacia él. Sin embargo, otra idea comienza a

dibujarse en mi mente: todo esto es algo muy peligroso para mí. Una voz en mi interior no para de gritarme que Tyler me hará daño, precisamente por toda esa necesidad de ayudarlo que me despierta. No es bueno para mí.

Pero no me concedo más tiempo para pensar en esa idea, creo que tampoco quiero, y continúo caminando. Tyler no levanta sus ojos de mí mientras recorro el pasillo y, a pesar de estar segura de desear hacer esto, de saber por qué lo hago, los nervios burbujean en la boca de mi estómago.

Cuando me detengo frente a él, necesito una bocanada de aire. Es una sensación casi febril, y extraña, como si de alguna manera estuviera poniendo una parte de mí en sus manos.

Su respiración también se acelera. Tyler alza lentamente la mano y la entrelaza con la mía. El contacto, como pasó con el ruido, a pesar de verlo, me sorprende y me gusta y me asusta, porque nunca me había sentido así.

Sin pronunciar una sola palabra, tira de mi mano y me hace entrar en su habitación. Los ruidos toman forma y veo la lámpara hecha pedazos, la silla y el escritorio volcados, sus guitarras y medio centenar de papeles esparcidos por el suelo.

Tyler está roto.

Tyler me hará daño.

Lo sé.

—¿Por qué te sientes así? —le pregunto buscando otra vez su mirada.

Él me deja ver, me deja buscar en sus ojos, pero guarda silencio. Sin desunir nuestras miradas, separa nuestras manos y alza las suyas para, despacio, acariciar mi cadera. Por una décima de segundo mi respiración se acelera y la adrenalina se vuelve más pesada que el aire.

Pero esta situación no es más que una prolongación de lo que pasó en el bar, en el aeropuerto; para él no significa nada y yo no quiero ser el «nada» de nadie.

—Tyler, para, por favor —le pido con la voz trémula.

Es guapo. Es él. He fantaseado demasiadas veces con este momento, pero

no así. No es lo que quiero.

No dice nada. Detiene sus manos, pero no se separa de mí. Bajo la mirada aturdida y mis ojos se clavan en sus labios. Mi respiración se acelera un poco más y Tyler sonríe satisfecho, arrogante.

Me toma de las caderas con fuerza y me estrecha contra él. Mi cuerpo despierta, ¡joder, creo que está a punto de arder! Pongo las palmas de las manos en su pecho tratando de poner un poco de cordura en todo esto.

—Tyler, no puedo —susurro.

No quiero no poder. Odio no poder.

Sus manos se deslizan por mis costados.

—Tyler...

Me odio por no poder.

No se detiene.

—¡Tyler, no! —sentencio empujándolo.

Se separa de mala gala y me alejo un par de pasos más, haciendo más grande la distancia entre los dos.

—¿Qué demonios pasa contigo? —le espeto—. Te lo dije en el bar y te lo repito ahora: no soy una de tus *groupies*. No tienes carta blanca conmigo para hacer lo que te dé la gana.

Tyler me mantiene la mirada, pero sigue en silencio. Se lleva las manos a las caderas y todo su cuerpo parece tensarse un poco más. Está lleno de rabia, de impotencia, de tristeza, lo sé, pero también soy plenamente consciente de que no es por mí, es por él mismo, incluso por esta situación, como si enmarcara algo más profundo y contundente.

—¿Por qué lo haces? —le pregunto.

Él aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Porque es lo que todo el mundo espera que haga.

—Tyler.

Pretendía que su nombre en mis labios sonara como un reproche, pero no he sido capaz. Su respuesta encierra muchas cosas y tengo la sensación de que

para él todas duelen.

Vuelve a mantenerme la mirada, vuelve a dejarme que vea en él y todo se confirma. Sin embargo, en cuanto se da cuenta de la conclusión a la que he llegado, Tyler aparta sus ojos de los míos al tiempo que cabecea y endurece su mandíbula y, antes de que pueda decir nada, se marcha de su propia habitación.

Yo observo la puerta, confundida, y sus palabras, su mirada, resuenan en mi cabeza. ¿Qué es lo que le ocurre? ¿Por qué se siente así?

No podría explicar por qué lo hago, pero, antes de marcharme, recojo sus guitarras del suelo y levanto el escritorio y la silla. Algo me dice que Tyler odia comportarse así, que sólo lo hace porque es la única salida que tiene. Si eso me ocurriese a mí, el regresar y ver lo que he hecho sólo me haría sentirme aún más perdido. Necesito ayudarlo, de la manera que sea.

De vuelta en mi habitación, estoy a punto de meterme en la cama cuando oigo un rumor en el baño. Extrañada, me encamino hacia allí. No es que sea la chica más valiente del mundo, pero el ruido ha sido demasiado pequeño como para ser un loco con un hacha, así que, sea lo que sea, podré hacerle frente.

Entro y echo un vistazo. No hay nada. La ventana está abierta; con toda probabilidad no ha sido más que el viento. Me acerco a cerrarla y, cuando el bastidor encaja en la parte inferior, otro ruido, mayor, suena a mi espalda, haciéndome dar un respingo. Me giro cerrando los ojos con fuerza y con el corazón en la garganta. No se oye nada más. Los abro... y, entonces, lo veo, un gato.

Me yergo sorprendida y observo al animal con el pelaje atigrado en distintos tonos de gris y unos enormes ojos verdes. Es precioso.

—¿De dónde has salido? —demando confusa.

Nadie me dijo que en el Estudio hubiera una mascota, y además el felino no tiene collar.

—Te has colado por la ventana, ¿verdad? —reformulo mi pregunta mucho

más condescendiente.

El gato maúlla como si me estuviese respondiendo y yo sonrío. Me agacho y de inmediato se acerca, refregando su cabecita contra mis manos al mismo tiempo que comienza a ronronear. Realmente es precioso y supongo que nadie se enfadará si le doy un platito de leche y dejo que pase aquí la noche.

***

Música.

Abro los ojos. El sol entra radiante por la ventana, adueñándose de esta mañana de julio. La música sigue sonando y sonrío al comprender que proviene de la Covent Garden Piazza. Me levanto de un salto y corro hasta llegar a la baranda de la terraza, cogiéndome a ella con las dos manos y recostando el cuerpo hacia delante.

Tres pisos más abajo un grupo de tres chicos y dos chicas, con instrumentos típicos irlandeses, están tocando una canción folk preciosa, divertida y llena de ritmo, mientras otras tres chicas y un chico bailan a unos pocos metros de ellos.

Al terminar, todos los que los observaban estallan en aplausos y no dudo en hacer lo mismo desde arriba, incluso los vitoreo. Ha sido un despertar fantástico.

Ya no hay rastro del gato.

Me doy una ducha. Me pongo unos vaqueros y una camiseta y bajo haciendo resonar mis botas marrones contra cada peldaño como si fuera una niña estrenando zapatos. No puedo evitarlo, la música siempre me pone de buen humor y esta mañana...

—¿Dónde demonios has pasado la noche?

La voz de Connor me detiene en seco en mitad de la escalera. Está enfadado, pero, más que nada, preocupado, y al ver a su interlocutor esa sensación se contagia en la boca de mi estómago.

Las manos de Tyler descansan en sus caderas. Lleva la ropa del día anterior y el pelo, como cada vez, echado hacia atrás con la mano, demostrando que, aunque consigue el efecto radicalmente opuesto y el atractivo siempre lo embadurna, su aspecto no le importa absolutamente nada.

Al reparar en mi presencia, me barre con la mirada hasta detenerse en mi rostro, en mis ojos marrones, y tras un segundo aparta la vista definitivamente.

—¿Qué más te da? —le responde, pero en sus palabras también hay una especie de desafío—. Estoy aquí, ¿no?

—Tyler, ¿dónde te has metido? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué lo haces? —reformula la pregunta, haciéndose eco de un temor mucho más hondo y profundo.

Tyler cabecea hastiado, dejando que la idea de que él no puede comprender cómo se siente le cale hasta los huesos.

—Déjame en paz, Connor —ruge con la voz amenazadoramente suave y echa a andar hacia la escalera.

No lo he hecho de manera consciente, pero sigo aquí, de pie, presenciando una conversación que claramente no es asunto mío.

Tyler enfila los primeros peldaños decidido, pero a unos cuantos de mí se detiene en seco. Por un momento sólo nos miramos y esa sensación de absoluta incomprensión, por un instante también, se desvanece, aunque ninguno de los dos pueda entender cómo ni por qué.

Alza la mano despacio, casi con miedo. Todo se llena de una sola palabra, de un solo sentimiento: intensidad, pero, cuando está a punto de tocar la mía, la aparta y la cierra en un puño, junto a su costado. Yo vuelvo a buscar sus ojos, pero no me da esa opción y sale disparado escaleras arriba sin decir una sola palabra.

Dejo escapar el aire de mis pulmones sin darme cuenta de que lo había contenido y me obligo a terminar de bajar los escalones. Connor sigue en medio de la enorme sala, pensando. Por suerte, no nos ha prestado la más mínima atención.

—¿Quieres que te deje solo? —le ofrezco.

Él me mira un mero segundo y finalmente cabecea, con la mirada al frente, en ningún punto en concreto.

—Connor, Tyler...

No sé muy bien qué es lo que pretendo decir, ni siquiera estoy segura de si es consuelo para él o una pregunta para poder entender todo esto un poco mejor, pero Connor me interrumpe.

—Vamos a desayunar —me informa, y por inercia mis ojos vuelan a la mesa entre los sofás en la que ya están los servicios colocados y, decorándola, un pequeño jarrón cuadrado y transparente lleno de margaritas blancas—. Oliver ya lo tiene todo listo.

Apesadumbrado y también enfadado con su amigo, con la situación en general, Connor echa a andar hacia la cocina.

—Buenos días, Polizonte —me saluda Ollie.

—Buenos días —respondo.

Frankie sonríe y me entrega uno de los dos platos de tortitas que lleva.

—Hoy tendré que pasar toda la mañana en la galería —me informa—, pero presiento que no vas a aburrirte —añade socarrona.

¿A qué ha venido eso? Frunzo el ceño, confusa.

—Buenos días.

Su voz derrite partes de mi cuerpo que ni siquiera era consciente que existían.

—Hola, William —le devuelvo el saludo, girándome hacia él, obligándome a sonar como una persona normal y no como una quinceañera.

En cuanto su cuerpo entra en mi campo de visión, el mío se acerca peligrosamente al infarto de miocardio. Sí, chicas, ésta es mi vida en la actualidad: vivo en una supermansión, en el barrio más bonito de una de las ciudades más bonitas del planeta, y tengo que contenerme unas doscientas veces al día por no lamer a uno de sus inquilinos. Mi vida es de lo más dura, maldita sea.

—No hagas planes para hoy —me ordena lleno de esa prepotente y sexy seguridad.

—Qué engreído por tu parte —le rebato—. Quizá ya los he hecho.

—Pues deshaz esos planes que seguro que no merecen la pena —replica sin ningún remordimiento, inclinándose de paso sobre mí, por si a la pobre ingenua de Ava Collins le quedaban dudas de que iba a aceptar.

—¿Qué me propones? —He tenido que toser antes de pronunciar la frase para que no sonara con la voz más aguda y entregada del mundo.

—Después de desayunar —sentencia enigmático.

Maldito cabronazo, esto se le da demasiado bien.

Yo lo observo y, aunque lo he decidido prácticamente desde que ha dicho buenos días, me hago un poco la interesante.

—Lo pensaré. —Que me tenga conquistada no es algo que tenga por qué saber.

William sonríe de esa manera engreída y atractiva y desdeñosa y sensual. ¡Dios mío, deberían prohibirle sonreír así!

—¿Quieres hacerte la dura? —repone con la voz un poco más grave—. Por mí, perfecto, pero los dos sabemos que estás deseándolo.

Entorno los ojos al tiempo que frunzo los labios, provocándole una nueva sonrisa justo antes de que eche a andar. No puedo evitar quedarme mirándolo, mal disimulando su mismo gesto en mis labios. William es como te imaginas que deben ser los reyes del pop, guapo hasta decir basta, atractivo hasta decir basta y con todas esas cualidades que te ponen de los nervios y te vuelven loca al mismo tiempo. El condenado sabe que tiene el universo a sus pies y le encanta.

Nos acomodamos en el sofá y Oliver pone las noticias de fondo. El presentador de BBC News está explicando los últimos cambios en la bolsa cuando Frankie comienza a contarnos que está un poco agobiada por su próxima exposición en la galería.

—Todo está yendo increíblemente rápido.

—No te preocupes —le pide Oliver con una sonrisa—. Seguro que saldrá de cine.

—Siempre te pones nerviosa —le recuerda William deslizando una bolsa de Twinings en una taza de exquisita porcelana blanca y vertiendo agua de la tetera a continuación— y después siempre vendes hasta el último cuadro. Te irá genial.

Corona el té con un poco de leche y lo desliza hasta mí. Yo sonrío por su gesto.

—Gracias —murmuro.

Él me observa con un inicio de sonrisa asomando en sus labios y vuelve a la conversación.

—Seguro que es un éxito —añado mirando a Frankie.

Ella sonríe inquieta, pero parece que los ánimos le están sirviendo de mucho y se siente mejor. Sin embargo, juraría que, de manera inconsciente, los ojos de Frankie viajan hasta Connor. Creo que está esperando a que él también la anime, pero Connor sigue pensativo; aún continúa preocupado por Tyler.

Al sentirse observado, Connor alza la cabeza, pero, cuando su mirada se encuentra con la de Frankie, se limita precisamente a eso, a mirarla, sin darse cuenta de lo que ella quiere. Con toda probabilidad, ni siquiera haya estado siguiendo la conversación. Frankie acaba cabeceando, a medio camino entre la decepción y el enfado, y se levanta de un salto.

—Tengo que marcharme —masculla rodeando el sofá, recogiendo su bolso del mueble de la entrada y llamando al ascensor, que se abre de inmediato, con Hugh Redgrave, el mánager de los chicos, dentro.

Connor la observa con el ceño fruncido, sin comprender nada de lo que ha pasado, hasta que finalmente, enfadado, lanza su servilleta contra la mesita y se deja caer contra el respaldo del sofá.

—Buenos días —nos saluda Hugh, adentrándose en el salón.

—Buenos días —respondemos al unísono. Sólo yo añado «señor Redgrave» a esas dos palabras.

—Ava, llámame Hugh, por favor —me pide con una sonrisa.

Le devuelvo el gesto y asiento.

—Deberíamos irnos ya —dice Oliver levantándose, con la mirada fija en las noticias.

A mi lado, William mira su reloj de pulsera. Se termina su té y también se incorpora.

Yo lo imito y, un par de segundos después, Connor.

Nos dirigimos al ascensor, aunque sigo sin tener la más remota idea de a dónde vamos.

—¿Dónde está Tyler? —inquiere Hugh.

Es obvio que las palabras del mánager preocupan a los tres, que ralentizan el ritmo.

—En su habitación —responde Connor, colocándose un pañuelo de un elegante tono grisáceo al cuello.

Mira hacia la escalera y suspira. Tengo la sensación de que acaba de recordar la conversación que mantuvieron cuando llegué.

—Debería subir a buscarlo —añade, y de nuevo su voz deja patente toda esa inquietud.

—Ya lo haré yo —le rebate Hugh, dirigiéndose al piso superior—. Iremos juntos en mi coche. Tengo algunas cosas que hablar con él.

Connor asiente y, ahora sí, todos entramos en el ascensor.

—¿Cómo nos repartimos? —plantea Oliver tras saludar al hombre de seguridad. Imagino que se refiere a los coches.

—Yo me llevo a Ava —contesta William sin dudar, pero también sin darle ninguna importancia, mientras apoya el costado en la pared del elevador, como si sencillamente no existiese ninguna posibilidad de que me incluyese en los coches de Oliver o de Connor.

—Pues tú te vienes conmigo —informa Ollie a su compañero con una sonrisa enorme.

Creo que nunca había visto sonreír tanto a una persona. Sé que también

está preocupado por Tyler, que lo quiere como lo quieren Connor o William, pero Oliver Thomson es un espíritu libre, uno de esos seres optimistas por naturaleza y que nunca jamás, independientemente de la situación en la que se viese envuelto, dejaría de verle el lado positivo. Sabe fluir con la vida.

Salimos a la calle y de inmediato distingo dos SUV negros aparcados, con dos miembros de seguridad junto a las puertas traseras. Un poco más adelante está el coche de Hugh. Tengo claro que es el suyo porque su ayudante, la misma chica que vi en el Estudio con él cuando Frankie nos presentó, está deambulando junto al vehículo, dando pequeños paseos mientras habla por teléfono.

El guardaespaldas de William nos abre la puerta y nos acomodamos en la parte trasera.

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —inquiero curiosa, pero creo que también sueno un poco pizpireta, incluso risueña.

William me observa y sonríe.

—Estoy pensando si mantenerte intrigada un poco más.

El hombre de seguridad reconvertido en chófer arranca y se incorpora al tráfico en dirección a Drury Lane.

Entorno la mirada tratando de resultarle intimidante a la estrella de la música.

—¿Debería sentirme amenazado? —pregunta burlón.

—Claro que sí —replico—. No sabes de lo que soy capaz —afirmo orgullosa.

William ladea la cabeza sin levantar sus ojos verdes y marrones de mí y se inclina, consiguiendo que nuestras sienes casi se toquen.

—La pregunta es: ¿tú quieres que lo sepa?

Voy a saltarme algunos detalles porque no quiero que penséis que me tiene obnubilada, pero es que ¡el aire del coche ha cambiado!, como si también fuese capaz de controlar el ambiente a nuestro alrededor. De pronto tengo la boca seca, la sangre me martillea los oídos y sólo puedo pensar en sus labios,

en sus grandes manos, en cómo me sentiría si esos labios y esas manos me tumbaran en la parte de atrás de este elegante Audi.

Quiero hablar, porque es lo que cualquier adulto haría, pero no tengo la más mínima idea de qué decir. No me culpéis. ¿Recordáis esa pregunta que todas nos hemos hecho sobre qué haríamos si nos encontramos con nuestro actor o cantante o modelo favorito en un ascensor? Todas, valientes y venidas arriba, respondemos que abalanzarnos sobre él, pero, cuando ese hombre guapo hasta el infinito cobra vida frente a ti, no hay ningún plan que valga y simplemente lo miras con cara de idiota pensando en el nombre de los tres niños que tendréis. Pues ahora imaginaos mi situación, ¡cuando el condenado encima me dice esas cosas!

—Vamos a Wembley —me explica con una sonrisa, apiadándose de mí y dándome un tema de conversación.

Racionalizo sus palabras.

—¿Al estadio?

Asiente.

—Tenemos el último concierto de la gira en unos días y vamos a hacer un primer ensayo. Ya no hay Premier, ni va a jugarse allí ningún otro partido, así que podemos permitirnos que se monte el escenario con tiempo y ensayar en él con bastante antelación.

—¿Normalmente no es así?

William sonríe con ternura por mi curiosidad.

—Lo más normal es que terminemos una actuación, cojamos un avión a la mañana siguiente y esa misma noche volvamos a tocar.

Abro los ojos como platos. Eso suena, cuando menos, agotador.

—No me malinterpretes —me corrige—. Me encanta. Estar siempre sobre un escenario. Tocar para miles de personas. No lo cambiaría por nada del mundo.

No puedo evitar sonreír y hacerlo admirada. Es fascinante verlo entregarse a su sueño con todo lo que es.

William parece notar lo que estoy pensando y una media sonrisa vuelve a apoderarse de sus labios.

Durante el siguiente segundo, ninguno de los dos dice nada más y noto otra vez los latidos febriles de mi corazón, cómo reacciona mi cuerpo al suyo.

—Está bien tener un poco de tiempo alguna vez —añade.

Su voz se agrava y se vuelve más trémula. Él también ha notado ese segundo entre los dos.

«Tener tiempo contigo, aunque sólo sea un paseo en un coche, es alucinante», pienso para mí.

Escondo un labio en otro para evitar decirlo y mis ojos recorren su armónico rostro hasta pararme, tímida, en su boca.

La sonrisa, que nunca se marchó del todo, vuelve a sus labios.

—Gracias por dejarme ver los ensayos —me obligo a decir.

Porque tengo la necesidad de hacerlo, de llenar toda esta suave electricidad con palabras.

William frunce el ceño ligeramente. Por Dios, sólo puedo pensar en cómo sería besarlo.

—¿Ver? —repone desdeñoso—. ¿Quién ha dicho ver? Pensaba dejarte en el coche con la ventanilla un poco bajada.

En cuanto sus palabras pasan el velo de corazones que estaba sobre mis neuronas, abro la boca ofendidísima.

—Se puede ser más... —protesto, pero soy incapaz de encontrar las palabras.

William rompe a reír y al cabo de un instante, sin poder evitarlo, yo también lo hago.

—Oficialmente —anuncio grandilocuente, dejándome caer contra la tapicería—, eres el peor caballero del mundo.

—Y oficialmente tu risa acaba de entrar entre mis sonidos favoritos —replica con la mirada al frente y la cabeza apoyada en el asiento.

Me giro hacia él sin saber qué decir, con un sinfín de emociones galopando

en mi interior. ¿De verdad ha dicho lo que creo que ha dicho?

William ladea la cabeza y sus preciosos ojos atrapan de inmediato los míos.

—Gracias —murmuro.

Siento cómo mis mejillas se tiñen de un rojo intenso.

—Un placer —contesta obligándome con su mirada a mantener la mía arriba.

Nunca había conocido a un hombre como William Hamilton.

El resto del camino lo pasamos en silencio y unos veinte minutos después llegamos al Wembley Arena. Bajamos de los coches y los chicos se encuentran en la puerta para entrar juntos, comentando algo. He estado un par de veces en los alrededores del estadio, pero lo cierto es que nunca he entrado. Lo sé. Soy una londinense lamentable, pero el fútbol no me va mucho y, aunque he ido a multitud de conciertos, ninguno ha sido en este legendario lugar.

Atravieso las puertas siguiendo a los No Regrets y accedemos a unos pasillos aún más laberínticos que en el Parque de los Príncipes. Varios técnicos se acercan a los músicos y comienzan a hablar acerca del sonido, los amplificadores, las luces... Seguimos avanzando y los burros llenos de ropa empiezan a multiplicarse, como las cajas de metal que contienen cableado especializado o mesas de mezclas. Sonrío al reconocer cuatro de los trajes, una versión moderna de los de los guardias reales de *Cenicienta*. Son los que los No Regrets llevaron en el concierto de París.

Cada pequeño detalle me parece increíble. Hay varios bailarines estirando, dispuestos a ensayar; más vestuario, más personas, más trocitos de toda la magia que reparten por el escenario.

—Ava —me llama William al ver que me quedo atrás.

Salgo de mi ensoñación, sonrío y acelero el paso. Él me devuelve el gesto, mirándome un segundo de más, y se vuelve para continuar atendiendo a la conversación con uno de los jefes del *staff*.

Los enrevesados pasillos dan paso a un corredor más amplio. Miro a mi alrededor extrañada de que, justo aquí, donde hay más espacio, no haya nada.

Los chicos continúan caminando. Los sigo. Subimos una escalera de metal algo rudimentaria, alzo la cabeza y de pronto...

—Uau —murmuro absolutamente maravillada.

El Wembley Arena se expande a mis pies y de golpe acabo de comprender por qué tocar aquí, para un músico, es completamente diferente a tocar en cualquier otro lugar.

Avanzo unos metros más sobre el escenario y giro sobre mis pies observándolo absolutamente todo: las gradas casi infinitas, el césped camuflado con una lona que se extiende bajo nosotros, el cielo pugnando con las alas de la cubierta, con las luces artificiales entrando triunfales e iluminando el centro del estadio, provocando el reflejo del postmoderno arco que lo cruza de punta a punta. Es sencillamente espectacular.

Me pregunto cómo será lleno de cientos de miles de personas, oír sus gritos, sus palmadas, sentir que tu música llega más y más lejos. Sonrío sólo con imaginar esa sensación tan increíble y, al bajar la mirada, vuelvo a toparme con los ojos verdes y marrones de William, la otra sensación increíble.

No puedo evitar que mi sonrisa se haga un poco más grande. Él parece calibrarlo todo, estudiándome, la manera en la que el estadio me ha impresionado, la manera en la que lo hace él. Finalmente se muerde el labio inferior y con los brazos cruzados sobre el pecho se gira para prestarles toda su atención a los chicos.

En ese momento oigo pasos a mi espalda y dos técnicos pasan a mi lado, flechados hacia Oliver, con lo que creo que es un pedal distorsionador para una guitarra eléctrica. Sin embargo, nada puede distraerme mucho tiempo y vuelvo a alzar la vista, maravillada.

—Resulta emocionante, ¿verdad? —La voz de Hugh Redgrave me saca de mi ensoñación.

Llevo la vista hacia el origen del sonido y lo veo atravesar el escenario con el paso tranquilo y su elegante traje azul con corbata a juego.

—Sí, este estadio es especial.

El mánager sonríe. A unos pasos tras él, aparece Tyler. Mira hacia todos lados sin fijar la vista en ningún lugar, como si en el fondo no quisiera estar aquí. En uno de esos movimientos, sus ojos grises reparan en mí y volvemos a conectar.

Tyler traga saliva. Está enfadado, lo sé, y creo que lo está un poco más por el hecho de que yo esté aquí. Cabecea fugaz, se pasa la mano por el pelo y se dirige hacia los demás, adelantando a Hugh y pasando a mi lado sin detenerse.

Al verlo llegar, todos lo miran, sólo una décima de segundo, y tengo la sensación de que en ese período de tiempo tan diminuto los tres han decidido tácitamente que no importa que haya llegado tarde o dónde se metió anoche. Lo importante es que ahora está aquí, con ellos, donde pueden conseguir que la música cure todas las heridas de Tyler.

—Por aquí, Ava —me indica Hugh amable, extendiendo el brazo para que pase primero—. El ensayo va a empezar.

Asiento decepcionada, pensando que no me dejarán ver el ensayo, pero me he precipitado. Hugh simplemente nos aleja del centro del escenario.

—Toma asiento, por favor —me pide señalando una enorme caja negra con las esquinas y los bordes protegidos por metal.

Asiento de nuevo y materializo su ofrecimiento.

—Lamento que no sea una silla más apropiada —se disculpa con una sonrisa, quedándose de pie junto a mí.

—Voy a ver un ensayo de los No Regrets —pronuncio ilusionada—. Me pasaría el resto del día sobre las puntas de los pies si así me dejasen quedarme.

Su sonrisa se ensancha y se cruza de brazos. La voz de Connor probando el micrófono toma el ambiente y roba la atención de los dos. ¡No me lo puedo creer! ¡Voy a verlos ensayar! Ahora entiendo las palabras de Frankie cuando

me ha dicho que presentía que no me importaría que ella tuviera que ir a la galería.

Empieza con *You*. Fue el primer single del primer disco de la banda. Emmet se pasó todo el tercer curso de secundaria amenazando con que se la tatuaría en el brazo; según ella, su padre podía enfadarse tanto como quisiera, esa canción merecía pasar a la posteridad en la piel de la gente.

A pesar de ser sólo cuatro personas en un escenario inmenso, se lo comen por completo y no puedes ver a los músicos, ni los instrumentos, ni los cables, ni los focos. No Regrets se lleva toda tu atención.

Cantan varías canciones más. Mis preferidas son aquellas en las que la guitarra tiene más protagonismo. Oliver es un guitarrista increíble, a la altura de grandes como Keith Richards. No en vano, la revista *Rolling Stones* lo declaró el mejor guitarrista de su generación.

Terminan *Around my hands* y no puedo evitar aplaudir. Ha sido increíble. William sonríe sin mirarme y ese gesto tiene un eco en la boca de mi estómago, porque de alguna manera sé que es por mí.

—Un público entregado, sin duda alguna —comenta Connor burlón, anclando su micrófono en el pie y llevándoselo a un lado del escenario—. Muchas gracias, señorita Collins —añade dirigiendo sus bonitos ojos azules hasta mí e inclinando la cabeza a modo de reverencia.

—Gracias a usted, señor Bay —respondo imitando su gesto y mi sonrisa se ensancha.

¡Esto es un sueño hecho realidad!

Los chicos se recolocan y Tyler ocupa el centro del escenario. El corazón se me acelera cuando empiezan a sonar los primeros acordes de *All the damn times I had her under me*. ¡No me lo puedo creer! ¡Van a cantar mi canción!

Los observo expectante. La guitarra eléctrica suena, inundándolo todo. Tyler se acerca al micro y empieza a cantar. Sin embargo, sólo lleva dos palabras cuando se calla de golpe, consiguiendo que los músicos lo hagan

precipitados tras él. No sé si ha olvidado la letra o simplemente ha perdido el ritmo.

—Comenzamos de nuevo —comenta Connor mirando al batería.

Éste asiente, se recoloca sobre su taburete, hace chocar las baquetas cuatro veces y la música vuelve a empezar. Sonrío. Tienen un repertorio de canciones enorme. Es normal confundirse.

Tyler agarra el micrófono con fuerza. La primera frase sale de sus labios modulando su preciosa voz, rasgándola apenas una milésima de segundo antes de sonar clara, alta, firme, perfecta... pero una estrofa después vuelve a trabarse y detenerse.

—Tyler —lo llama Oliver, dando un paso hacia él—, ¿estás bien?

—¿Qué tal si cambiáis de canción? —sugiere Hugh, aún junto a mí, llamando la atención de todos antes de que Tyler pueda contestar—. Dejemos ésta para dentro de un rato, ¿os parece?

Tan pronto como termina su frase, William, Oliver y Connor se giran hacia Tyler, esperando la respuesta a la pregunta de Ollie, dejando claro que, por encima de lo que Hugh proponga, está cómo se sienta Tyler.

Finalmente asiente y los chicos vuelven a recolocarse en el escenario.

—*Everyday I can think* —informa William a los músicos.

Se adelanta al batería y hace rugir su fantástica guitarra de un intenso rojo oscuro. Oliver asiente y las notas musicales toman forma en su Fender Stratocaster.

Miro a Hugh, tratando de dar forma a los pensamientos que se conjugan en mi mente.

—Señor Redgrave... Hugh —rectifico veloz, y él lleva su amable mirada hasta mí—. Tyler, ¿está bien?

El mánager me observa durante unos segundos, creo que tratando de averiguar mi motivación para hacerle esa pregunta, supongo que no puedo culparlo, y suspira llenándose los pulmones de una sensación a medio camino

entre la condescendencia y el alivio. Con total franqueza, no entiendo el porqué de ninguna de las dos cosas.

—Tyler estará bien —afirma—. Sólo necesita a los chicos y recordar que adora la música.

Otra vez pienso en las palabras de Frankie, también en esa vocecita dentro de mí que me dice que conozco a Tyler, aunque no sepa cómo ni cuándo: Tyler está perdido.

El ensayo termina un par de horas después. Ver trabajar a los chicos es increíble. Están más que compenetrados y se conocen lo suficiente como para, con una simple mirada o una sonrisa, sustituir conversaciones enteras. No puedo evitar morirme de risa cuando William y Connor le advierten a Oliver que se equivocará en la segunda línea de la tercera estrofa de una canción. Él se pavonea con una de sus sonrisas y responde que lo tiene todo bajo control... pero, cuando llega el momento, Oliver se traba, los dedos pierden el ritmo y falla estrepitosamente. Entonces son Connor y William los que empiezan a sonreír imitándolo, cada vez más alto para desoír las protestas de su amigo, quien, al final, aunque intenta fulminarlos con la mirada, acaba rompiendo a reír, consiguiendo que en ese mismo instante todos los hagan; Tyler, que se había mantenido en silencio, observando la escena, incluido.

Hugh me mira y sonríe, diciéndome sin palabras que esta escena certifica sus palabras. No puedo negar que oírlo reír es genial.

De vuelta a los coches. Los chicos caminan a unos pasos de mí, charlando y riendo. William y Tyler caminan juntos, flanqueados por Connor y Oliver. Tyler apenas abre la boca, pero, cuando estamos atravesando los enrevesados pasillos del estadio, se gira sin dejar de caminar, sólo un segundo, pero lo suficiente como para que sus ojos grises se encuentren con los míos.

—Sólo acudirán a Radio 1. —La voz de Hugh, al teléfono, me llega a unos metros de distancia—. Me da igual cómo de generosas sean las otras ofertas.

Parece uno de esos mánagers que pelean a muerte por sus chicos. Me cae bien. Me parece... un buen tipo, e imagino que dentro de este mundillo, donde

cualquiera te rebanaría el pescuezo por su propio minuto de gloria, eso ya es mucho decir. No entiendo por qué Frankie no confía en él.

Llegamos a la zona de aparcamiento y los dos SUV y un resplandeciente Jaguar destacan como si acabasen de sacarlos de fábrica.

Los chicos continúan caminado hacia los vehículos y, por simple inercia, se separan en dos: William y Connor hacia un Audi, Tyler y Oliver hacia el otro. Yo no dudo y, nerviosa, sigo a William en el mismo instante en el que se gira buscándome. Los dos sonreímos, pero Connor nos observa sin hacerlo. Qué extraño. Quizá quería aprovechar el viaje para hablar con su amigo en privado.

—Ava —me llama Hugh, lleno de amabilidad—, ¿me permites llevarte de vuelta al Estudio? Los chicos tienen una sesión de fotos para su entrevista con *Esquire*.

—Claro —respondo echando a andar hacia su Jaguar, recordándome que parecer decepcionada se parece sospechosamente a ser una desagradecida.

Mientras me acerco a la puerta que el chófer del señor Redgrave mantiene abierta para mí, puedo sentir la mirada de William seguirme a cada paso que doy. Justo antes de montarme, doy una bocanada de aire y me giro hacia él. Por Dios, es demasiado guapo para ser real. William sonríe, un gesto pequeño y comedido, casi imperceptible, pero logra que esté a punto de empezar a dar saltitos.

—Gracias —le digo.

Estamos lejos y no estoy del todo segura de que me haya oído, pero algo me dice que sí.

William me observa unos segundos más y vuelve a prestarle toda su atención a Connor. Entro en el coche con mi nivel de felicidad peligrosamente parecido al de un Oso amoroso. ¡Es William Hamilton y me estaba sonriendo a mí!

Regreso al Estudio, pero no paso mucho tiempo allí. He quedado con Emmet para comer. Me están pasando cosas más emocionantes que en el resto

de mi vida y echo de menos poder compartirlas con ella.

A la vuelta me paso a ver a Frankie a la galería y me convence para que cenemos juntas y nos tomemos un par de pintas en un pub cerca de su trabajo. Nos atiende el camarero más viejo del mundo. Cada vez que se acerca para preguntar si necesitamos algo, me siento tentada de ofrecerle mi asiento y terminar su turno.

Cuando por fin regresamos a Covent Garden, ya hace algún rato que ha dado la media noche.

Subimos la escalera a la vez, pero al dar el primer paso en el enorme pasillo que contiene las habitaciones, Frankie se frena en seco. Yo avanzo un par de metros por inercia antes de darme cuenta de que se ha detenido.

—¿Qué pasa? —inquiero girándome y volviendo junto a ella.

Frankie no responde. Tiene la mirada perdida al frente. De pronto parece la chica más triste del universo.

—Pero ¿qué...?

Dirijo mi vista hacia donde apunta la de ella, pero antes de que averigüe qué es lo que está contemplando, Frankie la aparta.

—Buenas noches, Ava —se despide dirigiéndose a su dormitorio.

—Frankie...

Es más que obvio que necesita hablar.

—Buenas noches, Ava —repite sin detenerse ni volverse.

La observo hasta que su puerta se cierra tras ella y hundo los hombros, sintiéndome un poco impotente. Puede que no la conozca desde hace mucho, pero somos amigas y sé que me necesita. Entorno los ojos y trato de adivinar qué es lo que miraba. Quizá me equivoque, y espero con todo el corazón hacerlo, pero justo frente a mí la que está es la habitación de Connor.

Vuelvo, cabizbaja, hacia mi dormitorio. Estoy a punto de hacer girar el pomo cuando un ruido me sorprende. Esperanzada, pienso que es Frankie, que ha comprendido que necesita hablar.

No podría estar más equivocada.

Es Tyler.

7

Ronan Keating. *When you say nothing at all*

Oigo un ruido que no consigo identificar y de inmediato le sigue uno aún mayor, exactamente como ayer. Soy consciente de que debería pensar que, con toda probabilidad, hay opciones mejores, como avisar a Connor o a uno de los chicos o simplemente meterme en mis asuntos, pero es que ese algo dentro de mí que no para de pedirme que lo ayude, de alguna manera, siente que Tyler ya es parte de mis asuntos.

Echo a andar hacia su habitación con el paso cauteloso y los nervios se mezclan con la expectación. No sé si el pasillo mide mil millas o sólo diez pulgadas. No sé si quiero llegar a esa puerta o tener más tiempo para reflexionar.

Me detengo bajo el umbral, y mis ojos, de inmediato, lo buscan a él. Está de pie, en el centro de la estancia, con el cuerpo tenso y cansado, y, aunque no la vea, sé que la mirada triste. Hay restos de algo de cristal en el suelo, junto a la pared, y el suelo es una maraña de almohadones, guitarras, partituras, muebles...

Sin embargo, nada de eso parece existir para él.

De alguna manera repara en mi presencia y gira la cabeza hasta que sus ojos grises se encuentran con los míos por encima de su hombro. Me estremezco y un gemido al galope de un aullido me cruza el pecho. Ahora mismo Tyler es como la portada de un disco de los ochenta: es Springsteen, es Jagger, es cada uno de los Guns N' Roses, es los Beatles, es Queen.

Tyler devuelve su vista al frente y sólo entonces me doy cuenta de que lo que miraba era una botella de whisky, sin abrir, sobre la cómoda.

—Es lo primero que he querido lanzar contra la pared, pero no he sido

capaz.

Algo aprieta mi corazón, con fuerza. Tyler no quiere hacer esto. No quiere preocuparlos a todos. No es un capricho para él.

De pronto tengo una especie de revelación y de pronto también todo tiene más valor.

—Pero no has bebido —digo.

Tyler frunce el ceño, sin poder distinguir si esas cuatro palabras han sido un salvavidas o lo han hundido del todo.

—Podrías habértela bebido, pero no lo has hecho. —Despacio, una tenue sonrisa se cuela en mis labios—. No tenemos que ganar todas las batallas esta noche —sentencio encogiéndome suavemente de hombros.

Sus ojos grises se vuelven más fuertes sobre mí. Tengo la sensación de que va a decir algo, pero no lo hace, aunque eso no impide que otra vez me sienta extrañamente cerca de él.

Tyler camina hasta mí, alza su mano despacio y la entrelaza con la mía. Una parte de mí se prepara para otro beso robado, pero otra parte más grande tiene claro que no lo hará, que esta noche los dos vamos a ser mejores.

—Me siento diferente cuando estoy contigo —susurra sin levantar sus ojos del punto en el que su piel toca la mía.

—Yo también me siento diferente.

—Pero no me conoces —me rebate veloz, buscando mi mirada.

Esa misma sonrisa pequeña y auténtica inunda mis labios otra vez.

—Creo que sí.

Y no hablo de la estrella de la música, ese Tyler Evans ni siquiera me interesa, hablo de él. Desde que coincidimos en el sofá, desde que Frankie me contó por qué le preocupaba, creo que desde que nuestras miradas se encontraron por primera vez en el *backstage,* sé cómo se siente y creo que él también sabe cómo me siento yo.

Su agarre se hace más fuerte y traga saliva, conteniéndose, aunque no sé en qué sentido ni por qué. Me muerdo el labio inferior tratando de controlar los

nervios, preparándome mentalmente para girar sobre mis pies y salir de la habitación, pero lo cierto es que, a pesar de las señales de peligro, de todo lo que no logro entender, no quiero marcharme.

—No te vayas —me pide con la voz áspera, casi en un rugido. Cuando alzo la cabeza, su mirada ya está esperando para atrapar la mía—. Ava, te necesito.

Sus palabras suenan como tienen que sonar esas palabras. Son sinceras, son auténticas; hay miedo en ellas porque es imposible descubrirte de esa manera y no estar asustado. En esta habitación, entre los dos, hay algo diferente a lo que no puedo ponerle forma ni nombre ni color.

—No voy a irme a ninguna parte —sentencio.

No lo haría por nada del mundo y sé que no estamos hablando de sexo. No quiere que me quede para enredarnos en su cama. Es algo diferente.

Ahora soy yo la que tira suavemente de nuestras manos entrelazadas y, despacio, nos llevo hasta los pies de la cama, donde media docena de almohadones han ido a parar. Sin soltarnos, me siento en el suelo y Tyler lo hace junto a mí. Él deja caer su espalda contra el mueble y extiende sus largas piernas sobre la moqueta, perdiendo la vista al frente. Yo me acomodo de lado, apoyando el antebrazo en el colchón y mi mejilla en él para poder mirarlo. Nuestras manos siguen unidas.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Tampoco necesito saberlo.

—Echo de menos mi ciudad —dice, casi susurra.

—¿De dónde eres?

—De Dover.

Automáticamente pienso en acantilados blancos, en el agua más cristalina que se pueda imaginar, en un solitario faro en mitad del mar.

—Sólo he estado en Dover para cruzar a Francia, pero me pareció una ciudad preciosa.

Puede que no tenga el encanto cosmopolita de Londres ni la belleza atemporal de Edimburgo, pero es especial. Se respira una dulce nostalgia,

como si todavía estuviera anclada en un tiempo donde todo era más sencillo, con las calles empinadas llenas de casas de ladrillo oscuro y el castillo al fondo dominándolo todo, sobrio e inglés, como los edificios del centro con sus preciosos arcos y pequeñas torres en punta. Cada vez que llueve, los acantilados y el mar están muy cerca, para recordarte que algún día dejará de hacerlo y volverá a salir el sol, animándote siempre a que nunca dejes de sonreír.

—Sí, lo es.

Sonrío.

—De críos —continúa—, vivíamos en un piso muy pequeño. Mi madre a veces no tenía suficiente dinero para pagar la calefacción, así que lo solucionaba sentándonos a mi hermana y a mí en la cocina y haciendo galletas. El calor del horno nos mantenía calientes, y nos dejaba comer todas las que quisiéramos.

Mi sonrisa se ensancha y, sin que ni siquiera se dé cuenta, otra aparece en sus labios.

—Suena a infancia feliz.

—Lo fue —sentencia sin asomo de dudas.

—¿Tu madre y tu hermana aún viven allí?

Tyler asiente.

—Estuvieron aquí una temporada, pero regresaron. Es mejor así.

—¿Las echas de menos?

Aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea y pierde su mirada en nuestras manos.

—Echo de menos lo que sentía —pronuncia apoyando la nuca también en el colchón y ladeando la cabeza en mi dirección.

Tiene unos ojos increíbles.

—¿El qué?

—La sensación de saber qué suelo estaba pisando.

De pronto vuelvo a recordar las palabras de Frankie. El ser una estrella ha

provocado que no sepa por qué las personas se acercan a él, si puede o no confiar en ellas.

Impulsada por la misma sensación por la que he hecho todo lo demás, alzo la mano y le acaricio lentamente la mejilla. Al notar el contacto, Tyler cierra los ojos y se tensa, pero al segundo siguiente esa sensación se transforma en otra, levanta su mano y la coloca sobre la mía, pidiéndome en silencio que no la aparte. Vuelve a abrir los ojos y vuelve a buscar mi mirada. Mi corazón late convencido, retumbándome contra el pecho, porque sabe que está donde tiene que estar. Me necesita cerca y yo no quiero marcharme por nada del mundo.

—Las cosas pueden ser diferentes —murmuro.

Y no sé muy bien si me refiero a que de verdad pueda confiar en alguien, a que dejará de sentirse roto o a que por fin podrá estrellar contra la pared esa maldita botella... Puede que sea un poco de todo.

—Cuéntame más cosas —le pido.

No tengo ni la más remota idea de qué estamos haciendo, pero quiero seguir sintiéndolo cerca.

***

Abro los ojos y parpadeo un par de veces ante la luz suave y clara del sol. Londres en verano es increíble. Sé que la mayoría de la gente piensa que en esta época del año aún llueve y nos morimos de frío, pero la verdad es muy diferente: vivimos en una eterna primavera de calidez y agradables brisas nocturnas, de disfrutar del sol en cada rincón y una temperatura de veinticinco grados. Es cierto que ocasionalmente llueve, pero también es cierto que, sin lluvia, por ejemplo, no habría besos bajo el agua con el chico intentando convencer a la chica, con ese gesto tan romántico, de que es el amor de su vida. La lluvia es terapéutica para el corazón.

Me estiro bajo las sábanas y me coloco boca arriba al tiempo que me froto los ojos con las palmas de las manos y me incorporo hasta quedar sentada

sobre el colchón.

Tardo un segundo de más en entender que, si estoy en mi habitación, es porque Tyler me trajo hasta aquí. Lo último que recuerdo es estar sentada en el suelo, a los pies de su cama. Me sentí muy cómoda con él, escuchándolo, mirando cómo sus labios se curvaban en el asomo de una tímida sonrisa, cómo movía las manos. Estaba tan relajada que, sin darme cuenta, me dormí.

Creo que deberíamos hablar. No es que yo sea una de esas personas que considera que todo debe hablarse... Bueno, sí, soy una de esas personas que consideran que todo debe hablarse, pero, en nuestro caso en concreto, no puedo evitar pensar que llevo razón. Tyler me besó dos veces prácticamente sin que hubiéramos intercambiado un par de palabras, discutimos, y ayer, por fin, hablamos... ¡y funcionó! Por eso necesitamos darle voz a cómo nos sentimos.

No lo dudo un segundo más.

Me recojo el pelo en una cola de caballo algo destartalada, bajo de la cama y camino descalza hasta la puerta. Ni siquiera me molesto en localizar mis zapatillas.

Abro la puerta y sonrío sorprendida al ver a Tyler a punto de llamar.

—Hola —me saluda sonriendo.

—Hola. Iba a buscarte —añado, porque las palabras se niegan a quedarse en la punta de mi lengua.

—Yo también. —Tan pronto como lo dice, vuelve a sonreír y señala vagamente la puerta—. Supongo que es obvio.

Mi gesto se ensancha. Tyler es diferente. Cumple todas las condiciones de una estrella: atractivo, una apariencia salvaje, pero, debajo de todo eso, despierta ternura, como si constantemente tratara de dejar su lado vulnerable al margen, pero no fuese capaz.

—Creo que debemos hablar.

Tyler asiente.

—Lo de anoche fue... —Tuerzo los labios disimulando una sonrisa,

tratando de encontrar la palabra adecuada.

—Genial —elige por mí.

—Genial —repito, dejando que mi sonrisa campe a sus anchas, hasta casi reír—. Hablamos. Ya sé que puede sonar como una tontería, pero creo que fue exactamente lo que debíamos hacer. Además, se nos dio realmente bien.

Ahora es Tyler quien sonríe hasta que unas tenues carcajadas inundan sus labios.

—Se nos da muy bien ser amigos —sentencia, y esas carcajadas se traducen en una genuina felicidad.

Lo miro. Disfruto de la sensación de un momento perfecto.

—Amigos —repito. Mi sonrisa crece, como la suya, y toda la suave intimidad de ayer, la complicidad, adquiere un nombre y me encanta cómo suena—. Me gusta.

—Me gusta —concluye.

Con la mirada risueña, gira sobre sus pies y se dirige a la escalera. Bajando los primeros peldaños, alza la cabeza sin detenerse y nuestras miradas vuelven a encontrarse. Ninguno de los dos ha dejado de sonreír.

—Buenos días, Ava.

—Buenos días, Tyler.

Tyler Evans y yo, amigos. Demonios, suena realmente bien.

Cuando entro en el baño para darme una ducha, veo al gato curvar el lomo, estirando sus cuatro patas al máximo. Otro que acaba de despertarse.

—Has encontrado tu propio hotel, ¿verdad?

Él maúlla, se refriega por mis piernas y, sin más, se marcha, saltando por la ventana del baño. Sonrío. Este felino es un descarado.

Después de la ducha me pongo un vestido y me calzo unas sandalias. Me apetece salir a dar una vuelta, ir a Hyde Park y pasarme toda la mañana al sol en una de sus tumbonas, leyendo un libro. Sin duda alguna, un gran plan.

Nada más poner un pie en la escalera, ya puedo percibir el murmullo de Frankie y los chicos desayunando en el salón.

Aún me faltan unos peldaños para llegar cuando llevo mi vista hasta ellos y me encuentro con los ojos de William, que ya me esperaban. Sonrío y ni siquiera sé por qué. No necesitáis que os diga lo guapísimo que está, ¿no es cierto? Creo que por eso he sonreído. Él me observa unos segundos más y finalmente vuelve a prestarle atención a lo que quiera que esté diciendo Connor. Tuerzo los labios. ¿Dónde está mi sonrisa de vuelta?

—Buenos días, Polizonte —me saluda Oliver divertido, de pie junto a uno de los enormes sofás, hablando con uno de los técnicos de sonido del estudio de grabación.

—Buenos días.

—Deja de llamarla así —me defiende Frankie.

—A ella le encanta —alega él, agachándose para coger un puñado de fresas del plato de su prometida.

—¡Ey! —protesta—. Maldito ladrón descarado.

Pero Oliver prefiere fingir no haber oído ninguna de esas tres palabras y le sonríe mientras se dirige de regreso al trabajo.

—¡Vuelve aquí con mis fresas!

—¡No puedo! —responde sin un gramo de arrepentimiento—. ¡Tyler me está esperando para repasar la canción de ayer!

—Buenos días —me saluda Connor.

—Buenos días —digo sentándome junto a él, exactamente frente a William.

Estoy nerviosa, pero en el buen sentido, con las mariposas revoloteando en el estómago. Ayer me llevó con ellos al estadio y todo el tiempo que estuve con las chicas no pude dejar de pensar en él. William. William. William. Ya no queda una mísera duda. Me gusta. Me gusta muchísimo. Y cada vez que lo veo, esa idea se graba a fuego un poco más en todo mi cuerpo.

Lo observo tratando de resultar discreta para los demás, esperando a que él también me mire y me dedique un saludo, una sonrisa, un pedacito de intimidad entre los dos... pero no lo hace. Tampoco me ha preparado el té. No

es que necesite que lo haga, pero desde que desayunamos juntos en París siempre había tenido ese precioso gesto conmigo. Supongo que estoy siendo un poco melodramática..., aunque, en realidad, creo que no. Ni siquiera me dicho hola. ¿Qué le ocurre?

Me estiro para coger unas tostadas, y mi mirada, ahora con más curiosidad que lascivia, lo recorre de arriba abajo. Las botas marrones, los vaqueros negros, la camisa gris remangada. Me fijo en el inicio del tatuaje en su torso. ¿Qué será? ¿Algún símbolo maorí? ¿Una nota musical? ¿El nombre de una chica? Frunzo el ceño, enfadada. No quiero que lleve el nombre de ninguna chica.

En ese momento William alza la mirada y me pilla de lleno. Aparto la vista y me incorporo, dejando caer una de las tostadas y provocando un pequeño terremoto en la mesa del desayuno.

—¿Estás bien? —pregunta Connor al borde de la risa, sujetando el vaso de zumo de naranja que he estado a punto de dejar caer también.

—Sí —respondo aturdida—. Sí —repito más convencida.

Veloz, me sirvo un té y le doy un sorbo, pero entonces me percato de que no le he echado leche. Dejo la taza, me estiro de nuevo para alcanzar la elegante jarrita y, no sé cómo, vuelco mi té y el vaso de zumo que Connor había conseguido salvar.

—Lo siento —me disculpo martirizada—. Soy un desastre.

Me arrodillo y empiezo a recoger los trozos del suelo y limpiar semejante estropicio. En serio, ¿por qué estoy tan atacada?

—No te preocupes —replica Connor.

—Avisaré a la señora Donaghue —añade Frankie, levantándose.

Tengo la vista clavada en el suelo para escapar de semejante bochorno cuando veo las manos de William entrar en mi campo de visión y ayudarme a recoger.

—¿De verdad estás bien? —pregunta en cuanto nuestras miradas se encuentran.

Algo me dice que el muy cabronazo tiene clarísimo qué me pasa. Entonces, ¿por qué este cambio de actitud? Pensé que le gustaba, aunque sólo fuera un poco. Aunque todas las señales también podrían significar que le encanta tener a las chicas contemplándolo con ojitos cándidos, esa posibilidad le pega bastante.

—Sí —miento, porque no quiero inflarle más ese ego.

William sigue observándome, yo pierdo el hilo y, al coger uno de los cristales, me corto.

—¡Joder! —mascullo.

Cierro el puño. ¡Duele! ¡Duele mucho! Rápidamente William me toma de la mano y suavemente tira de ella, examinándome, preocupado, la herida.

—¡Frankie! —la llama—, trae el botiquín.

Se hace cargo de la situación.

—¿Te duele? —inquiere limpiándome la sangre con cuidado con una servilleta de tela, sin levantar los ojos de mi palma.

Quiero decir que no, lo que haría cualquier persona con más de cinco años en esta situación, pero mi avaricioso cerebro se niega a colaborar porque no quiere perder un solo segundo de su atención.

William alza la mirada y vuelve a encontrarse con la mía. Creo que podría mirarlo el resto de mi vida.

—El corte es pequeño —asegura con el ánimo de tranquilizarme. Sus dedos acarician dulcemente el reverso de mi mano y un brote eléctrico se prende en ese pedazo exacto de mi cuerpo hasta correr por todos lados—, pero preferiría que tuvieras más cuidado en el futuro.

Su voz se oscurece al pronunciar la segunda parte de la frase, como si una parte de él viviese más tranquila sabiéndome a salvo.

—Aquí está —anuncia Frankie, dejando una de esas latas redondas de galletas de mantequilla danesas sobre la mesa—. ¿Qué ha pasado? —inquiere confusa al verme.

—Se ha cortado —le explica Connor.

William coge una gasa y un bote de antiséptico. No puedo evitar mirar la medicina con cara de susto. Soy una miedica médica de manual... La sangre, las agujas, los puntos, el desinfectante, todo me da un miedo horrible. Creo que una tirita que fuese lo suficientemente grande podría conseguir que me temblasen las rodillas.

William parece darse cuenta, porque me toma de la barbilla y me obliga a mirarlo.

—No va a dolerte —me deja claro con una seguridad casi infinita y una preciosa sonrisa.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y su gesto se cuela, tenue, en mis labios.

—Por lo menos no más de lo que te mereces —añade divertido.

—Ey —me quejo, pero no aparto la mano.

Ahora mismo me siento protegida.

La gasa empapada en el antiséptico entra en contacto con la herida y no puedo evitar resoplar a la vez que cierro los ojos con fuerza. ¡Duele! ¡Duele! ¡Duele!

William se inclina y sopla sobre la herida. Sus labios están muy cerca y el ardor del antiséptico se transforma en otra cosa. Si los moviera sólo un par de centímetros, podría notarlos en mi piel.

Creo que ya no siento el dolor... pero entonces William se separa y vuelve a aplicarme un poco de antiséptico.

¡Joder!

—¿Te duele? —pregunta Frankie, sentándose junto a Connor y asomándose igual que él, por encima del brazo del sofá, para ver cómo va todo.

Me obligo a negar con la cabeza.

—No —resoplo.

—¿Y ahora?

—No.

William mueve la gasa. Joder. Joder. Joder.

—¿Y ahora?

Entrecierro los ojos, fulminándola con ellos.

—No —resoplo.

—¿Y ahora? —inquiere Connor, socarrón.

Quiero gritar, pero acabo echándome a reír y entonces me doy cuenta de que era su único objetivo.

Cuando mis carcajadas se calman, los tres están sonriendo mientras William abre el envoltorio de un apósito.

—¿Estás mejor? —inquiere Frankie.

Asiento.

—Sí.

Mi amiga se deja caer en el sofá y en el mismo movimiento coge la prensa que alguien ha dejado sobre el otro brazo del tresillo. Descarta el *The Guardian* y se centra en la revista de cotilleos *InTouch*. La abre y comienza a pasar las páginas con desgana, hasta que abre los ojos como platos y se incorpora de un salto.

—¿Qué demonios es esto? —vocifera con una sonrisa mitad incrédula, juraría que mitad satisfecha.

—¿A qué te refieres? —demando confusa, frunciendo el ceño.

Frankie no responde, se limita a girar la revista, sosteniéndola con las dos manos y ahí, pillándome fuera de juego por completo, aparece el beso que Tyler me dio en el pub hace dos noches.

Mi amiga me mira con una sonrisa de oreja a oreja mientras Connor lo hace boquiabierto. Sin embargo, no son sus reacciones las que me preocupan. William deja escapar algo a medio camino entre un bufido y un gruñido, termina de ponerme el apósito y se levanta prácticamente de un salto. Está enfadado, mucho, y cada centímetro de su cuerpo es una muestra de ello.

8

Miley Cyrus. *When I look at you*

—¿Te has liado con Tyler, perra? —inquiere Frankie, divertida.

—Claro que no —me apresuro a responder, esforzándome para que quede cristalinamente claro—. Esa foto está sacada de contexto.

Pero William ni siquiera se vuelve a mirarme y se dirige con el paso acelerado al estudio de grabación.

—William, espera —le pido levantándome y saliendo tras él.

Finge no oírme.

—William —repito.

Prácticamente echo a correr. Entra en el estudio y lo sigo. Sin embargo, con el primer paso que doy en él, por un momento el lugar roba mi atención; es pequeño y mal iluminado, como lo imaginé, pero también tiene algo especial. Sólo necesitas un segundo para comprobarlo.

—Podrías escucharme... —trato de hacerle entender.

William, malhumorado, me ignora por completo y se pasa las manos por el pelo mientras camina hasta la mesa de sonido que hay al fondo.

—Las cosas no son como tú crees —digo. Tiene que comprender lo que pasó—. Hace dos noches estaba con Frankie en un pub, pero ella tuvo que marcharse y entonces llegó Tyler y...

Podría decirle que me robó el beso, que yo le pedí que parara, pero no quiero poner a su amigo en esa posición. Es lo último que necesita ahora mismo.

—Entre Tyler y yo no hay nada. Sólo somos amigos —sentencio.

Ni siquiera se vuelve para mirarme, pero puedo notar cómo su cuerpo va tensándose más y más.

—Sólo somos amigos —repito, con la esperanza de que lo entienda.

William estrella las palmas de las manos contra la mesa. A pesar de estar viéndolo, el gesto me sorprende y me hace contener el aire.

—¿Y eso fue antes o después de decirme que mis canciones eran preciosas? —ruge girándose.

Está dolido. Eso es lo último que quiero.

—William...

—Joder, Ava —me interrumpe, dando un paso hacia mí—. Haz lo que te dé la gana. ¿Quieres besarlo? Hazlo. ¿Quieres tirártelo? Por mí, de lujo, porque tú y yo no somos nada.

No es la rabia de esas últimas seis palabras lo que hace que duelan tanto, es el desdén con el que las pronuncia, como si realmente ya no significara nada para él.

—Perfecto —replico guardándome todos mis sentimientos para mí—. Haré lo que quiera. Gracias por ponérmelo tan fácil —afirmo, y yo también sueno dolida. Lo estoy.

En el fondo del estudio de grabación Oliver y Tyler contemplan toda la escena.

Salgo de la estancia con el paso acelerado y los ojos llenos de lágrimas. Ahora mismo ni siquiera podría encontrar las palabras exactas para describir cómo me siento. Todo esto es nuevo y complicado. Soy como uno de esos concursantes de Gran Hermano que no paran de decir que en la casa todo se magnifica, ¡pero es que es verdad! He conocido al grupo de música de mi adolescencia; me han invitado a pasar mis vacaciones en su guarida, en el Estudio; me tratan como si fuera una más de ellos, pero yo no puedo dejar de mirarlos embobada porque es como si de pronto hubiese dado el salto a uno de los pósters de mi habitación con quince años. Y por si todo eso no fuera ya lo suficientemente intenso, está William. Quiero estar cerca de él y me hace sonreír y me acelera el corazón, pero a veces tengo ganas de mandarlo todo al diablo y darle una bofetada. He estado colada por otros chicos, he tenido otras

relaciones. ¡He estado a punto de casarme! Pero lo que sentía por Martin no se parece ni remotamente a lo que me arrasa el corazón ahora mismo. ¡Joder!

—¡Joder! —gritan.

Me freno en seco y alzo la cabeza. Iba tan concentrada en mis pensamientos que no me he dado cuenta de que ya he llegado al salón.

—¿Cómo puedes siquiera insinuar que estoy contenta con esto? —continúa Frankie, la dueña de la palabrota anterior.

—Se llama ironía, cariño —replica Connor, sardónico.

Ella alza amenazante el dedo. Está verdaderamente enfadada.

—No se te ocurra volver a llamarme así —le deja clarísimo.

Él se lleva las manos a las caderas y aprieta los dientes. Está claro que está enfadado como ella.

Pero entonces, en lugar de seguir discutiendo, los dos se quedan callados, mirándose, y no hace falta ser ningún lince del comportamiento humano para darse cuenta de que ahora mismo en este salón hay mucho más que rabia.

Frankie ladea la cabeza por inercia. Se encuentra conmigo y suelta un profundo suspiro sin apartar la mirada. Puede que la conozca desde hace poco, pero sé de sobra que no es de las que se esconde.

—Estoy cansada de esto —le dice a Connor.

Él aguanta el golpe, mirándola a los ojos como sólo los chicos de las pelis saben mirar a las chicas, y ella se marcha escaleras arriba.

En cuanto sus pasos resuenan contra los escalones, Connor agacha la cabeza y aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

Yo doy un titubeante paso al frente. Lo más probable es que prefiera estar solo o, quizá, con los chicos.

—Será mejor que vaya a ver cómo está —me excuso.

Connor asiente sin mirarme y me dirijo al piso superior.

No tardo en encontrar a Frankie en su habitación, maldiciendo entre dientes. Me detengo bajo el umbral de su puerta y la observo ir de un lado a

otro sin mucho sentido, colocando el pijama en la mesa, para volver a dejarlo en la cama, después en la cómoda y otra vez en la mesa.

—¿Estás bien? —pregunto.

Frankie se detiene y se gira hacia mí.

—Yo... —empieza a decir acercándose a mí, como si necesitara desahogarse más que nada en el mundo, pero se frena y cabecea antes de pronunciar nada más—. Es complicado, Ava, y nunca he sido de las que se sientan a charlar de sus problemas. Lo entiendes, ¿verdad?

Me mira sosteniendo la puerta, dispuesta a cerrarla. Es obvio que me está mintiendo.

—Pues creo que te vendría muy bien hablar.

Frankie se revuelve, nerviosa.

—No te conozco mucho —continúo—, pero entre Connor y tú...

—Entre Connor y yo no pasa nada.

Y precisamente por cómo lo dice, acelerada, molesta y asustada al mismo tiempo, comprendo que he metido los dedos en una herida que aún sigue abierta.

—Me gustaría descansar un rato —añade—. ¿Tú estás bien?

No.

Estoy enfadada y triste y aún más cabreada por sentirme así por alguien que ni siquiera ha querido escuchar mis explicaciones. Además, ¿de dónde ha salido esa foto? Supongo que cualquiera de las personas que había allí debió de reconocer a Tyler y saco la fotografía con su teléfono móvil. Bienvenidos a la era en la que todo ser viviente puede ser *paparazzi*.

Opto por encogerme de hombros. Es una respuesta mucho más sencilla.

—Nos vemos después —me pide con la voz triste.

—Está bien —claudico.

¿Qué demonios pasará entre Connor y Frankie? ¿Y dónde queda Morgan? ¿Y Oliver?

Regreso a mi habitación y, antes de que el pensamiento cristalice en mi

mente, estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, escribiendo en mi diario, explicándole todo lo que ha pasado hoy, que estoy feliz por haber encajado a Tyler en mi vida, pero decepcionada por cómo William ha reaccionado. Entiendo que ese beso no ha sido un plato de buen gusto para él, pero ¡tengo una explicación!

Sin embargo, escribir no me resulta tan terapéutico como siempre, y otra vez, antes de que pueda darme cuenta, estoy dando vueltas de un extremo a otro de la estancia, pensando y repensando y cada vez más enfadada y más triste. ¡Dios! ¿Por qué no me dejó explicarme? ¡Tyler y yo sólo somos amigos! El odio llega a borbotones y por un segundo me siento mejor. Estar furiosa es mejor que estar triste.

Salgo dispuesta a hablar con William. ¡Sí, señor! Si no quiere escucharme... ¡lo obligaré a hacerlo! Y después creo que lo mandaré al cuerno, aunque sólo sea un rato; se está comportando como un gruñón testarudo.

Bajo decidida, pero a mitad de la escalera me freno en seco. ¡Hay al menos una veintena de personas en el salón! Todas van frenéticas y diligentes de un lado a otro. Los muebles han desaparecido y una pesada pantalla de vinilo blanco cubre la pared principal del techo al suelo, alargándose varios metros sobre éste a modo de alfombra. Hay focos, reflectores para redirigir la luz, una mesa con uno de esos espejos de camerino circundado de bombillas y un hombre vestido como si se acabara de escapar de una *rave* no deja de dar instrucciones a todos los presentes.

Los chicos aparecen desde el pasillo que conduce a la cocina. Están... increíbles, más aún, ¡¡¡increíbles!!! La ropa que llevan, los peinados. Son más ellos y al mismo tiempo más estrellas de la música, y en ese preciso instante lo comprendo todo: por eso son los mejores, porque es algo innato en ellos. Nacieron para ser los reyes del pop.

El hombre de la *rave* los saluda y la imponente cámara de fotos que lleva en las manos me da la pista que necesito para entender que es el fotógrafo que dirigirá la sesión en la que acabo de colarme. Les sonríe solicito una docena

de veces y los sigue con la mirada mientras ellos caminan hasta el enorme vinilo.

Hugh, desde el mismo pasillo, entra en la sala. De inmediato una chica morena muy guapa se acerca a él. Se saludan y charlan unos minutos antes de que él le haga un caballeroso gesto para que pase delante y van hasta los No Regrets.

—Hola —se presenta nerviosa cuando llega hasta los chicos—. Me llamo Chloé Montigny —añade con un marcado acento francés.

—Es la enviada de la edición francesa de *Vanity Fair* para haceros la entrevista —interviene el mánager.

Connor, William y Oliver la saludan amables y la chica va sonrojándose por momentos. Al hacerlo Tyler, que no les prestaba atención concentrado en una preciosa guitarra, la chica sonríe más que nerviosa y acaba apartando la mirada cuando él le estrecha la mano, como si la combinación de tacto y ojos grises la hubiese dejado inevitablemente al borde del desmayo.

Él también sonríe y, antes de que pueda controlarlo, yo también lo hago. Creo que esa chica le gusta y ella parece muy simpática.

Nadie me dice que no pueda hacerlo, así que me siento en la escalera y soy testigo de toda la sesión. Como era de esperar, cada persona de la sala tiene una misión muy concreta..., maquilladoras, técnicos de iluminación, fotógrafos auxiliares y el epicentro de todo el ajetreo: los chicos, espectaculares.

—¡Hemos terminado! —grita el fotógrafo, haciéndoles una reverencia al tiempo que rompe en aplausos.

Rápidamente todos los presentes se unen, incluidos los No Regrets.

—Un trabajo increíble —apunta Hugh, acercándose.

—Ha sido alucinante —comenta Chloé caminando también hasta ellos, aunque con el paso mucho más tímido.

Vuelvo a sonreír. No puede apartar la mirada de Tyler. Quizá una chica sea todo lo que necesite para sentirse mejor. Si tuviera a alguien que le importase

de verdad, se olvidaría de beber, dejaría de echar de menos su hogar y por fin se sentiría bien. Ella sonríe de nuevo. Él le devuelve el gesto. Esto promete.

—Al final va a ser verdad que te encanta espiar en los sitios más insospechados.

La voz de Connor, a dos escalones frente a mí, provoca que dé un respingo y me lleve la mano al pecho, lo que consigue a su vez hacerlo reír.

—No os espiaba. He bajado por casualidad y me he topado con una sesión de fotos. Soy una persona curiosa —me justifico.

—Eso ya lo sospechaba —añade socarrón.

Me tiende la mano, caballeroso, y me ayuda a levantarme. Ya en el salón, saludo a los chicos y todos me devuelven el gesto..., todos menos William. Ahora recuerdo que bajé enfadada, sólo que hacerle escuchar a la fuerza mis explicaciones ya no parece tan fácil de hacer. Está muy cabreado y yo cada vez más triste. Gruñe una excusa entre dientes y, sin mirarme una sola vez, se marcha al estudio de grabación. Suspiro abatida y me meto las manos en los bolsillos de atrás de mis vaqueros. ¿Es una locura que ya lo eche de menos? Sé que físicamente sigue estando ahí, pero hace sólo veinticuatro horas se habría acercado a mí, habría bromeado conmigo, me habría hablado.

—Dale un poco de tiempo —murmura Connor inclinándose discretamente a mi lado.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —me lamento.

—Creía que, aparte de curiosa, eras una persona valiente.

Me mira desafiándome y no puedo evitar sonreír, aceptando su reto. No voy a rendirme.

Connor me devuelve la sonrisa, como si mágicamente hubiese entendido cada palabra que he pensado, y asiente satisfecho.

A unos pasos de mí, Tyler y la periodista continúan hablando, pero Hugh le comenta algo, él responde escueto y poco después los chicos también desaparecen en dirección al estudio de grabación.

Vuelvo a suspirar y me riño mentalmente por estar reaccionando así. No

soy ninguna damisela en apuros; tengo que dejar de comportarme como una, aunque, ¡maldita sea!, eso también es más fácil decirlo que hacerlo.

El maremágnum regresa, esta vez con el objetivo de limpiar y dejar el salón en perfecto estado de revista, y yo decido volver a mi habitación.

***

No deben de ser más de las ocho cuando llaman a la puerta. Miro el trozo de madera y me bajo de la cama donde estaba escribiendo, para arrastrar los pies, pero... ¿y si es William? Quizá quiere que hablemos o incluso disculparse... Está bien, lo de disculparse no suena muy probable, pero nunca se sabe.

Abro la puerta, esperanzada, pero mi sonrisa se diluye cuando veo a Tyler.

—Hola —lo saludo obligándome a sonreír de nuevo, pero no es un gesto de verdad.

—Hola.

Tyler me mira un par de segundos, tratando de leer en mí y, sin mediar palabra, me toma de la mano y tira de mí, sacándome de mi dormitorio.

—¿A dónde vamos? —pregunto confusa, pero, para qué negarlo, también divertida.

—A disfrutar de Londres.

Gira la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos, adornados por una sonrisa traviesa que acalla cualquier pregunta que pensara hacerle.

Cruzamos el Estudio y salimos a la calle. Frunzo el ceño al comprobar que no nos dirigimos al elegante SUV, aparcado junto a la entrada, y nos encaminamos hacia la estación de Covent Garden.

—¿Cogeremos el metro? —demando sorprendida.

Tyler asiente misterioso.

Sacamos los billetes, cruzamos el torno y, sin soltarnos de la mano, accedemos a la estación. Al llegar al pie de la escalera, vemos el tren

entrando.

—¡Vamos! —me pide sin que esa sonrisa tierna y traviesa lo abandone.

Asiento contagiada de su humor. Él aprieta un poco más nuestros dedos entrelazados y echamos a correr, esquivando a londinenses y turistas, entrando en el vagón entre risas, justo antes de que se cierren las puertas.

Tyler nos guía hasta una de las gruesas barras de metal del suelo al techo para que podamos sostenernos. Nuestras respiraciones aceleradas por la carrera inundan poco a poco el espacio vacío entre los dos. Despacio, van relajándose, acentuando esa suave sensación de intimidad, como si, con el aire en calma, nuestras miradas ya no tuvieran escudos, pero no importara porque juntos nos sentimos muy cómodos.

Nuestras manos siguen unidas y nos agarramos con las que nos quedan libres. Cada uno tiene la mirada perdida en la oscuridad que ofrece la ventanilla como único paisaje, en el resto de las personas del vagón. No tardo en reparar en un grupo de chicas junto a las siguientes *puertas* del tren. No paran de mirar hacia nosotros, cuchichear y sonreír nerviosas. Está claro que han reconocido a Tyler, pero él no parece darse cuenta y, si lo hace, creo que no le importa.

Observo nuestras manos entrelazadas y me siento orgullosa. No porque esas chicas piensen que es mi novio, sino porque este gesto significa que formo parte de su vida.

Al alzar la cabeza, sus ojos grises me están esperando y me llenan de una chispeante calidez, haciéndome sentir sencillamente bien. *Bien,* una palabra pequeñita que en el fondo quiere decir muchas cosas bonitas. *Precioso, espectacular, maravilloso* son palabras grandes, casi grandilocuentes, pero *bien* es como un pequeño regalo hecho a mano frente a algo carísimo comprado en un centro comercial; es como alguien que te compra un *cupcake* sólo porque sí, porque se ha acordado de ti, como un abrazo de una persona que te importa. *Bien* es una palabra pequeñita que vale por muchas otras.

Nos bajamos en Leicester Square, en la calle Cranbourn, en pleno corazón

del West End, el barrio de los teatros y los musicales por excelencia de Londres. Mirando a mi alrededor, no puedo evitar sonreír. La gente pasea llenando las calles, saliendo de los teatros, de los restaurantes, sonriendo, comentando, viviendo una noche especial sólo por estar aquí. Los carteles de neón, los árboles decorados con un centenar de pequeñas lucecitas y el cielo de color azul oscuro, como si lo hubiesen pintado con un rotulador, saturado de estrellas hacen el resto para que el ambiente sea increíble.

—¿Vamos al teatro? —pregunto entusiasmada.

Tyler frunce el ceño, divertido.

—Casi.

Giramos tomando la calle del teatro Wyndham's, hacemos lo mismo por otra menos transitada y después por un par de callejones, hasta llegar a una calzada casi desierta donde se levanta un edificio precioso, antiguo y algo ajado, pero lleno de encanto. Me fijo en la marquesina que cubre gran parte de la fachada y abro la boca, asombrada.

—Es un cine —murmuro deteniéndome frente a él.

De inmediato me vienen a la mente esos cines de los años cincuenta donde se estrenaban películas en blanco y negro con estrellas de Hollywood.

—El West End es el barrio de los teatros —comenta Tyler—. Ya casi nadie recuerda que en los años cuarenta y cincuenta también estaban los mejores cines aquí. Éste es prácticamente el único que ha sobrevivido. No tiene imagen 4K ni sonido envolvente, pero sí algo especial. Además, creo que es uno de los edificios más bonitos que he visto nunca —sentencia con una tenue sonrisa, contemplándolo.

Mis ojos viajan de los suyos al cine y mi sonrisa se ensancha. Tiene razón. Es especial. Sin quererlo vuelvo a mirar a Tyler. Él también es especial. No sé en qué ni cómo ni por qué, pero no es como los demás.

—¿Y qué peli ponen? —pregunto apartando la vista, volviendo a la realidad.

—*La gata sobre el tejado de zinc*.

—¿Proyectan pelis clásicas? —replico, emocionada como una niña—. Me encantan —añado sin poder contenerme.

Soy la fan número uno del canal de pelis clásicas de la tele por cable.

Tyler se inclina sobre mí al tiempo que tuerce los labios en una sonrisa.

—Pues estás en el lugar perfecto —pronuncia desdeñoso y divertido a la vez.

Sin darme opción a responder, tira de mí y entramos. El vestíbulo es aún más impresionante que el exterior. Una lámpara de araña pende del techo y un imponente mostrador de azulejos pintados a mano preside la sala desde un lateral. Otra vez no puedo evitar pensar en Los Ángeles de la edad de oro del celuloide. Si Lauren Bacall apareciera bajando la escalera con un sinuoso vestido del brazo de Humphrey Bogart, no me sorprendería lo más mínimo.

Mientras estoy perdida en cada detalle, Tyler se acerca a un quiosquito dorado que sirve de taquilla y compra dos entradas.

—¿Palomitas? —inquiere acercándose de nuevo a mí.

Asiento.

—Dulces, por favor.

Tyler frunce el ceño.

—Eso no son palomitas —se queja.

—Qué poco sabe usted de la vida, señor Evans —me burlo, y voy hasta el mostrador en busca de mi botín.

Subimos al primer piso. Sin embargo, cuando llegamos a la puerta de la sala, Tyler me hace un gesto para que lo siga y subamos una planta más.

—Creía que íbamos a ver la película —comento mientras cruzamos una puerta de metal que nada tiene que ver con la nostálgica belleza con la que nos hemos topado hasta ahora.

—Y ése es el plan —repone—. Estás impaciente, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco como respuesta, pero no puedo contener mi sonrisa. Es cierto, estoy impaciente. Este sitio parece increíble y me muero de ganas de saber más.

Dejamos atrás una estancia espartana y de pronto lo veo: un inmenso proyector. Es viejo, pero está impoluto, casi inmaculado, y es grande, mucho, más de lo que imaginas que será un proyector.

—¿Vamos a ver la peli desde la sala de proyección?

Tyler niega con la cabeza sin dejar de caminar hasta toparse con una pequeña puerta.

—Ten cuidado —me advierte doblando grácil su metro ochenta para pasar por el pequeño acceso.

Yo lo imito, con toda probabilidad con mucha menos habilidad, y eso que mido veinte centímetros menos...

—Uau —exclamo asombrada.

Es maravilloso.

El cine, inmenso, casi colosal, se extiende a nuestros pies. La pantalla forma un rectángulo gigantesco, en honor a los años del cinemascope. Doy un paso más y el anfiteatro donde nos encontramos entre penumbras deja ver tres enormes hileras de sillones tapizados en terciopelo rojo. Sin embargo, Tyler los ignora por completo, baja cada peldaño y se sienta en una zona sin la ornamentada baranda, dejando que sus piernas cuelguen al piso inferior, a más de cinco metros de distancia.

—No te quedes ahí —me llama, haciendo un gesto con la mano.

Tardo un segundo de más en salir de mi ensoñación y camino hasta sentarme a su lado. El piso de abajo entra por completo en mi campo de visión, pero sólo tengo ojos para la enorme pantalla.

—Es increíble —murmuro.

—Te dije que era un sitio especial.

—¿Cómo lo descubriste?

Tyler se encoge de hombros al tiempo que pilla una solitaria palomita de su paquete y se la come.

—A veces necesito estar solo, pero también necesito tener gente a mi alrededor. —Ladea la cabeza y nuestras miradas se encuentran—. Sé que

suena complicado y raro, pero...

—No suena raro —lo interrumpo.

No lo digo por decir, lo entiendo de verdad. Todos necesitamos desconectar alguna vez. Estar solo sienta bien, pero también puede llegar a asustar. Saber que alguien está cerca, aunque estés metido en tu propia burbuja, resulta reconfortante, la red de seguridad que necesitas para encerrarte en ti mismo.

Tyler aparta su mirada de la mía y la pierde al frente, en la enorme pantalla.

—Complicado... puede que sí sea un poco —añado exclusivamente para hacerlo sonreír.

Lo consigo. Vuelve a mirarme y sus ojos grises vuelven a conectar con los míos.

En ese preciso instante, un chasquido resuena a nuestra espalda y un halo de luz cruza el aire sobre nosotros e ilumina la pantalla.

—La película va a empezar —me anuncia Tyler.

Sonrío. Estar con él es muy fácil.

—Sí —murmuro.

Y, sin más, los dos nos centramos en los títulos de crédito.

Al principio, estamos en silencio, pero no tardamos en empezar a charlar. Primero inocentes comentarios sobre la peli: lo guapa que está Elisabeth Taylor, lo espectacular que era Paul Newman... Poco después, los comentarios dejan de ser tan inocentes y empezamos a especular sobre la verdadera relación que tenían Brick y Skipper o cómo Gopper era muy mala persona por pretender quedarse con toda la herencia de los Pollitt. No llevamos más de media hora, cuando *La gata sobre el tejado de zinc* se convierte en nuestro telón de fondo mientras hablamos otra vez de su familia, de Dover, de cuánto quiere a los chicos, de lo bien que se siente estando con ellos, aunque a veces sea más fácil venir a estar solo en un cine antiguo.

—¿Y qué pasa con Chloé? —inquiero divertida.

—¿Chloé? —responde fingiendo que debe hacer memoria.

Lo golpeo en el hombro.

—No cuela, Tyler Evans —replico—. Vi cómo le sonreías.

—Es simpática —dice sin más, llevándose una palomita a los labios.

—Y... —lo animo.

—Y guapa.

—Y...

No me lo puedo creer. ¡Se está haciendo el interesante!

—Y yo qué sé —protesta burlón—. ¿Qué quieres que te diga?

—Que vas a llamarla para ir a tomar algo —contesto convencida.

—¿Y por qué crees que voy a hacerlo?

—Porque, quizá, sea lo que necesitas. —Sigo estando segura de cada palabra que pronuncio. Sólo quiero que Tyler se sienta mejor—. He pensado que salir con alguien podría ayudar. Ya sabes, tener a alguien que te haga sonreír y que te ayude a que todo sea un poco más sencillo.

Tyler me observa en mi improvisado minidiscurso. Al terminar, sus ojos grises siguen un poco más sobre los míos, en silencio, hasta que finalmente asiente despacio, una sola vez, y su mirada se llena de algo que no sé distinguir.

—¿La llamarás?

Tyler me dedica una tierna y tenue sonrisa que tengo la sensación de que también está salpicada con algo de condescendencia.

—Todo lo que te dije es verdad —responde lleno de una abrumadora sinceridad—. No quiero más historias vacías y creo que, para conseguirlo, tengo que parar con todo lo referente a chicas durante un tiempo.

Me mira y sus ojos vuelven a llenarse de algo que no sé distinguir, pero que al mismo tiempo lo pinta todo con la palabra *auténtico*. Tyler está roto y lo sabemos los dos, pero Tyler quiere curarse y unas burbujitas glotonas y felices juguetean en la boca de mi estómago.

Sé que él sabe lo que estoy pensando. Lo feliz que me siento por él, cuánto

me importa.

—Así que nada de periodistas —concluyo con una media sonrisa, sólo para romper el momento, porque, si no, voy a darle un abrazo de oso en toda regla.

—Sólo por un tiempo —añade marcando una pequeña distancia entre el índice y el pulgar.

Sonrío. Las burbujitas se hacen más fuertes. Tyler me guiña un ojo y tácitamente damos la conversación por zanjada y los dos prestamos de nuevo toda nuestra atención a Paul Newman y Lizz Taylor.

***

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? —le pregunto mientras ponemos los pies de nuevo en una calle cualquiera al sur del West End—. Podrías volver a Dover una temporada.

Tyler asiente con la mirada clavada en sus propios pasos.

—Mi hermana está embarazada. He pensado que, quizá, podría ir a verla cuando nazca el bebé. Me ha dicho que va a ser una niña.

Sonrío.

—Es un buen motivo para tomarse unas vacaciones.

—Estaría bien.

Avanzamos unos pasos más y, en un gesto lleno de familiaridad, Tyler estira el brazo y entrelaza nuestros dedos. Yo observo nuestras manos y sonrío.

—¿Volvemos en metro?

Tyler se yergue sobre su metro ochenta y asiente. El flequillo negro le cae desordenado sobre la frente hasta casi taparle los ojos; alza la mano que tiene libre y se lo echa hacia atrás, dejándome ver sus tatuajes: la Boca de la Verdad, la palabra *courage* y los pies del samurái.

—¿Por qué te tatuaste *courage* y no *bravery?* —inquiero de pronto—. Quiero decir, *courage* es un galicismo, en inglés es más común definir valentía

con *bravery*.

—Mi madre es francesa.

Abro los ojos, sorprendida. ¡No me lo esperaba!

—El verano que cumplió los dieciocho —me explica—, fue a Dover, a aprender el idioma. Conoció a mi padre, se enamoraron y nunca más regresó a Francia.

—Suena a una historia de amor de las buenas.

Tyler se detiene al borde de la acera, mira a ambos lados y nos guía hasta el otro lado de la calzada.

—Supongo que lo fue.

De pronto recuerdo que siempre me ha hablado de su madre y de su hermana, pero nunca ha mencionado a su padre.

—¿Y tu padre?

—Murió cuando yo era pequeño.

Bajo la cabeza, sintiéndome como una reverenda idiota.

—Lo siento mucho.

Tyler se encoge de hombros.

—No pasa nada. Fue hace mucho.

Supongo que tiene razón, que al final aprendes a asumir que tu padre ya no está, pero también creo que, por mucho que el dolor se calme, nunca dejas de echarlo de menos. Yo nunca dejaría de echar de menos al mío.

Asiento, pero a la vez aprieto nuestros dedos con fuerza, tratando de reconfortarlo de alguna manera.

Al notarlo, Tyler se detiene en mitad de la acera. Por inercia lo hago junto a él y me giro con un «¿qué?» que se diluye en la punta de mi lengua. Me está mirando, comprendiendo mi pequeño gesto a la perfección y sintiéndose precisamente así, reconfortado, y, sin saber cómo ni por qué, que él se sienta mejor, automáticamente hace que yo también lo haga.

Tyler no dice nada, pero su mirada lo dice todo por él y una suave sonrisa se cuela en mi rostro.

—¿Dónde llevas escondida toda mi vida? —Y la pregunta suena tan sincera que por un momento parece que se ha escapado de sus labios.

—En el 317 de la calle Bath, en Saint Luke, y desde hace cinco semanas en un apartamento diminuto pero con encanto en el sur de Islington —replico sin que la sonrisa me abandone, fingiéndome un poco impertinente y, en el fondo, sonando dulce porque Tyler me hace sentir bien. ¿Recordáis? El poder de las palabras pequeñitas—. Es un gran barrio. Si nunca has estado, te lo recomiendo.

Tyler sonríe, como si no pudiese creer lo que está oyendo, y mi sonrisa se ensancha, mitad por haberlo sorprendido, mitad porque me gusta verlo sonreír.

—¿Vamos? —le pregunto tirando de su mano.

Él continúa observándome en silencio un puñado de segundos más y finalmente echa a andar, conduciéndonos hasta la parada de metro.

Atravesamos la Covent Garden Piazza y llegamos a la calle James.

—Buenas noches —nos saluda uno de los hombres de seguridad.

—Buenas noches —respondemos al unísono.

Me muerdo el labio inferior, nerviosa al sentir la mano de Tyler aún contra la mía. Me gusta que lo haga, pero ahora no sé si es lo correcto. No quiero empeorar más la situación con William. Da igual que esté enfadada con él, y mucho, pero no me gustaría darle más motivos para pensar que hay algo entre Tyler y yo cuando no es cierto.

Llama al ascensor y las puertas se abren mostrando el cubículo iluminado. El corazón comienza a latirme más deprisa de lo que el elevador sube y, antes de que pueda pensarlo con claridad, finjo que necesito buscar algo en mi bolso para soltarme de su mano.

Él ni siquiera repara en el gesto, pero no puedo evitar suspirar y sentirme culpable. Y encima ha sido una estupidez, porque no hay nadie en el salón ni oímos que suene música procedente del estudio de grabación. Parece que todos han subido ya a las habitaciones.

Tomamos la escalera, juntos, pero ya prudentemente separados.

—Gracias por acompañarme hasta la puerta. Este barrio es un poco peligroso —bromeo señalando vagamente a mi alrededor.

Tyler sonríe displicente.

—No tenía nada mejor que hacer —replica—, así que...

—Así que te da por hacer de caballero andante en tus ratos libres —continúo por él, fingiéndome sorprendida ante semejante hecho.

—Más o menos. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

Asiente para afianzar sus palabras de que ir por ahí con un caballo blanco y armadura es infinitamente más complicado de lo que parece.

—¿Y te debo algo por los servicios prestados?

—Cortesía de los No Regrets, lady Collins —responde con una reverencia.

Aplaudo al tiempo que rompo a reír.

—Vaya, ese gesto ha sido, cuando menos, sorprendente.

Tyler tuerce los labios, restándole importancia.

—Ya sabes, en la última gira nos vestimos de guardias reales de... —hace memoria tratando de recordar a qué historia pertenecen los uniformes que llevan—... de algún condenado cuento —acuerda rascándose la cabeza—, y todo lo malo se pega.

Ahora soy yo la que asiente.

—Vais vestidos de una versión moderna de los guardias reales de *Cenicienta* —le explico.

Él me señala con el índice y mi sonrisa se ensancha.

Me muerdo el labio inferior, pensando otra vez lo fácil que me resulta estar con Tyler.

—Buenas noches —me despido girándome hacia la puerta.

—En realidad, sí hay algo que puedes darme por los servicios prestados —pronuncia tomándome por sorpresa.

—Claro. —Me giro con el ceño fruncido.

Y no se me escapa lo rápido que he respondido.

—Tal vez —empieza a decir mientras se mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre sus pies. Me recuerda a un niño pidiendo galletas para cenar— podrías no irte a la cama todavía y, no sé, pasar un rato más juntos.

Una sonrisa acelerada, casi arisca, se esconde en un bufido al tiempo que aparta la mirada y se pasa la mano por el pelo, inquieto. Otra vez sin saber por qué, tengo la sensación de qué sé cómo se siente. No quiere estar solo. No quiere tener que enfrentarse a eso todavía.

—Olvídalo —se apresura a decir antes de que pueda contestar, echando a andar hacia su habitación.

Pienso en William. Pienso en Tyler. Pienso en mí.

—Espera —le pido dando un paso hacia él, y mi única palabra lo detiene y lo hace girarse—, pensaba ver una peli —miento—. ¿Te apetece?

Sólo somos amigos y me importa. Si me necesita, siempre voy a estar para él. Sólo espero, y deseo con todas mis fuerzas, que William pueda entenderlo.

Tyler busca mi mirada. Sus ojos grises se encuentran con los míos marrones y yo sonrío, ni siquiera sé por qué.

—Sí —responde.

Mi gesto se ensancha, le pido que me siga con la mano y camino perezosa hasta mi habitación, esperando a que él lo haga detrás.

—¿Pones el canal de cine clásico? —le pido dirigiéndome al baño, escuchando la puerta encajar en el marco.

Sin embargo, una vez que estoy dentro, tampoco tengo muy claro por qué he entrado. Abro la pequeña ventana, me subo al inodoro y me asomo en busca de *Gato*. Ya no queda leche en el plato, así que doy por hecho que ha cenado y se ha ido de fiesta.

Me bajo de un salto y regreso a la habitación. De golpe, otra vez sin tener la más remota idea de por qué, me quedo estúpidamente petrificada al ver a Tyler, en el centro de mi dormitorio, buscando TCM en mi televisión, y lo que me abruma no es que sea guapísimo o una estrella de la música, es la

complicidad, la que hay en sus movimientos, en él, en lo que siento. No estoy incómoda, ni violenta. Quiero que esté aquí.

—Va a empezar *Dulce pájaro de juventud* —me informa girándose hacia mí y dando un paso en dirección a la cama.

—Genial —respondo con una sonrisa, contagiando a mis labios de todo lo que siento—. Doble sesión con Tennessee Williams y Paul Newman.

Tyler sonríe. Los créditos comienzan y el sonido de la grandilocuente banda sonora inunda la estancia.

Me descalzo bajo su atenta y divertida mirada, haciendo que mis sandalias resuenen contra el parquet, y me subo a la cama de un salto.

Al ver que no se mueve, achino la mirada y bajo el tono, como si estuviera a punto de contarle un secreto.

—En este cine —susurro—, éstos son los mejores asientos, señor Evans.

Tyler trata de disimular, pero sus labios acaban curvándose hacia arriba y ya sé que he ganado. Camina la poca distancia que le quedaba hasta la cama, se quita las botas y los calcetines y se sienta a mi lado, con la espalda apoyada en el cabecero, como yo, y sus largas piernas estiradas sobre el colchón.

Los dos vemos la peli en silencio. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en cómo Tyler me pidió que no me fuera a dormir todavía. Bajo la mirada y la centro en mis dedos, que juguetean de manera errática con el bajo de mi camiseta.

—¿No quieres estar solo? —inquiero al fin.

Sé que lo más lógico habría sido guardarme esa pregunta para mí, pero no he querido hacerlo. Quiero que hablemos.

—Las noches son complicadas —responde.

Asiento y vuelvo a clavar mi mirada en el televisor. Hace un puñado de noches, la emprendió a golpes con su habitación y veinticuatro horas después volvió a repetirlo.

—Creo que por eso Dios inventó la tele por cable —sentencio.

Tyler no dice nada, pero de reojo lo veo sonreír y no puedo evitar hacer lo

mismo.

***

Aprieto los ojos tratando de huir de la luz del sol. Cabeceo suavemente. Quiero seguir durmiendo. Muevo la cara, buscando hundirla contra la almohada, y lo hago. Todo se llena de una dulce calidez y mis fosas nasales se abren instintivas, persiguiendo su olor.

Abro los ojos despacio y me descubro con la cabeza apoyada en el pecho de Tyler, que sigue dormido. Doy una larga bocanada de aire absolutamente inmóvil, sin poder dejar de mirarlo, pero entonces mis dedos cobran vida propia y, despacio, se deslizan sobre su duro estómago y suben por su torso, dibujando la línea de sus armónicos músculos.

Hemos dormido juntos otra vez. Los amigos duermen juntos, ¿no? No es algo tan extraño.

Tyler hace un ruidito, algo a medio camino entre un resoplido y un gemido. Lo miro un segundo con cara de susto, aparto los dedos y me finjo dormida. ¿Y por qué demonios lo hago?

Él se mueve debajo de mí e intuyo cómo se pasa la palma de la mano por la cara al tiempo que el resoplido vuelve, pero, entonces, se queda muy quieto y puedo notar cómo su cuerpo se tensa debajo del mío, sólo un instante, antes de relajarse por completo.

Alza la mano y cariñosamente pierde los dedos en mi pelo, dejando que los mechones pasen entre ellos y jugando con las puntas al final. Yo tengo que recordarme algo así como una docena de veces que estoy fingiendo dormir para no sonreír.

No sé cuánto tiempo pasamos así.

Tyler desliza su mano y el contacto de sus dedos, efímero, casi perezoso, avanza por mi cuello, por mi hombro, propagando una reacción en cadena que, una a una, va despertando todas mis terminaciones nerviosas.

Sus dedos pasan de mi brazo a mi costado. Mi cuerpo reacciona y ya no tengo tan claro que esté fingiendo demasiado bien que sigo dormida.

Voy a abrir los ojos. Voy a hablar. Voy a decir algo, pero un estruendo, algo cayendo, nos hace dar un bote a los dos, incorporándonos de golpe. Sus dedos se separan de mi piel y por un segundo me siento huérfana.

Ambos nos giramos hacia donde procede el sonido y vemos a *Gato* pasearse tan campante, con el rabo en alto, por mi habitación, como si fuesen sus dominios.

—¿Tienes un gato? —inquiere Tyler al borde de la risa.

—No —me defiendo—. Aparece por aquí cuando quiere —protesto—. La mayor parte del tiempo está ligoteando por ahí.

—¿De dónde ha salido?

—No tengo ni la más remota idea.

Tyler asimila la respuesta mientras observa a *Gato* subirse a una silla y acomodarse en ella, sin importarle lo más mínimo que mi libro y mi jersey estén allí.

—¿Tiene nombre?

—Lo llamo *Gato*. Estoy siguiendo la teoría de Holly Golightly en *Desayuno con diamantes*: como no estoy segura de que sea mi mascota, no puedo ponerle nombre.

—Creo que él sí tiene claro que tú eres la suya —sentencia.

Me giro hacia él boquiabierta e indignadísima por semejante comentario... pero es que tiene razón.

—Lo sé —claudico, torciendo los labios, mirando a *Gato*.

La suave sonrisa de Tyler inunda la habitación.

—Tengo que marcharme —me anuncia sentándose en el borde de la cama y poniéndose las botas—. Tenemos ensayo en menos de una hora.

Asiento. Estoy un poco inquieta y no sé por qué.

—Hemos dormido juntos otra vez —dejo en el aire.

Tyler ladea su cuerpo hasta que su mirada gris se encuentra con la mía y

apoya la palma de la mano en el colchón.

—Me gusta dormir contigo —se sincera sin ambigüedades.

Puede que a veces no le guste hablar, pero, cuando lo hace, jamás miente. Tyler no es de la clase de tíos que te dicen lo que quieres oír.

—Me siento bien —añade.

Sonrío y los nervios se esfuman.

—Por eso somos amigos.

Ahora es él quien sonríe. Se levanta y camina hasta la puerta.

—Buenos días, Ava —dice justo antes de salir.

—Buenos días, Tyler.

Definitivamente me gusta estar con él.

***

Salgo de la habitación y me giro para asegurarme de que la puerta se queda cerrada. No quiero que *Gato* aproveche para pasearse por toda la casa, aunque, con toda franqueza, creo que ya la considera suya. A veces me parece que es la reencarnación del duque de Norfolk. Quizá piense que éste es su castillo... Un momento, entonces yo soy algo así como la criada que le sirve la comida. Achino los ojos sobre la puerta, pretendiendo fulminar a *Gato*. «Hablaremos cuando vuelva», le amenazo mentalmente.

Sin embargo, esa idea se diluye cuando, al girarme, veo a William al otro lado del pasillo, mirándome. Está guapísimo, como cada día —la camiseta, los vaqueros, las botas, los tatuajes...—, pero también parece decepcionado y el alma se me cae a los pies. Algo me dice que sabe que Tyler ha pasado la noche en mi habitación. Tengo ganas de correr hacia él y tratar de convencerlo de nuevo de que no me estoy acostando con su amigo, aunque también recuerdo cómo me gruñó que no tenía que darle explicaciones porque no éramos nada. Él tiene tanta culpa como yo de que nos encontremos en esta situación. Le mantengo la mirada, aguantándome las ganas de ir hasta él y al

mismo tiempo rezando para que él venga hasta mí o me sonría o haga algo que me diga que no me odia ahora mismo, pero, en lugar de todo eso, William aparta sus preciosos ojos a medio camino entre el marrón y el verde y cabecea malhumorado antes de dirigirse con paso determinado a la escalera. Lo sigo con la mirada hasta que desaparece de mi campo de visión y un peso sordo cae en el fondo de mi estómago.

Cuando llego al salón, sólo está Oliver, de pie frente a la tele, mirando las noticias en la BBC con el mando en la mano.

—Buenos días.

—Buenos días —responde.

Acto seguido se pasa la palma de la mano que tiene libre varias veces por la cara, tratando de despertarse.

—He dormido fatal —se queja.

Tuerzo los labios y de inmediato pienso en Frankie.

—Oye —pronuncio llamando su atención—, ¿dónde se han metido todos?

—Los chicos, en el estudio de grabación con Hugh. Frankie se ha marchado temprano a la galería.

—Oliver —lo llama uno de los técnicos de sonido desde el pasillo que conduce al estudio—, ¿puedes venir? Necesitamos calibrar los ajustes.

—Claro —responde, y deja el mando sobre la mesita de centro.

El técnico se gira, pero cuando tan sólo ha recorrido un metro escaso, se vuelve otra vez.

—¿Qué guitarra quieres tocar para el tema nuevo? —le pregunta—. ¿La Fender o la Gibson?

—La Gibson —responde sin dudar—, la Dark Fire —especifica.

El hombre asiente y se marcha.

—Quiero a mis Fender como si fueran mis hijas —me explica—, pero ayer probé el tema con todas y nunca salía como William quería. Va a volverme completamente loco con esta canción —se lamenta, pero un segundo después sonríe divertido—. Por favor, podrías entrar ahí y decirle que te

parece el próximo Bob Dylan o algo parecido. Creo que eso le haría aflojar un poco.

Yo niego risueña, contagiada de su humor.

—¿No?

—No —repito aguantándome una sonrisa y fracasando estrepitosamente.

Oliver me devuelve el gesto, me da un beso en la mejilla y finalmente se marcha.

—Nos vemos esta noche, Polizonte —se despide burlón.

—No lo dudes.

La verdad, me muero de ganas de entrar en el estudio, pero no creo que a William le hiciera ninguna gracia verme allí.

Cabeceo dispuesta a quitarme esos pensamientos de la cabeza, rescato el mando y me dejo caer en el sofá. Cambio de canal sin mucho sentido y, antes de que pueda siquiera verlo venir, estoy pensando de nuevo en William. Creo que me siento así porque lo echo de menos. Sé que es una estupidez, porque apenas lo conozco y todo eso, pero es como una sensación de esas que se te meten en el estómago y ni siquiera puedes explicar. Bufo exasperada y me tapo los ojos con las palmas de las manos. ¡Se suponía que la idea era sacármelo de la cabeza!

—¡No! ¡Joder! —gritan a mi espalda.

Automáticamente me tenso. Es la voz de William. No tardo en verlo aparecer por el pasillo que conduce al estudio de grabación, pero, en cuanto pone un pie en el salón, se gira hacia atrás, hacia su interlocutor.

—No puedes ser tan exigente, William —responde Hugh, caminando hasta él, alzando suavemente las manos.

—Estoy cansado —ruge—. Estoy cansado de cantar canciones que están vacías y no pienso volver a hacerlo —le deja cristalinamente claro.

—No eres el primer músico con el que trabajo y te aseguro que nadie, ni siquiera Dylan o McCartney, pueden escribir como lo hacían al principio de su carrera. Es imposible.

—Pues para mí tendrá que funcionar —replica—, y no te estoy pidiendo permiso, Hugh. Me da igual si nos tenemos que quedar en el Estudio un año entero. No voy a escribir diez canciones sólo para sacar un nuevo disco y seguir ganando dinero. Las personas que nos escuchan se merecen algo mejor.

William lleva la mirada a un lado y repara en mi presencia. Por un momento, no aparta sus ojos de mí y yo me embebo de ellos. William, su espíritu, es indomable. Nunca va a dejar que nadie le diga lo que tiene que hacer.

—Y nosotros también, joder —sentencia dando la conversación por terminada.

Sonrío orgullosa como nunca lo había estado. William es su música, pone todo su corazón en ella, y no va a dejar que nadie la convierta en una máquina de fabricar libras y nada más. Él habla de amor, de emocionarse, de todas las cosas que una persona puede sentir.

El mánager se da media vuelta con la expresión seria. Al percatarse de que estoy aquí, rápidamente esboza una sonrisa.

—Buenos días, Ava.

—Buenos días, señor Redgrave.

—Llámame Hugh, por favor —me recuerda cortés.

Asiento.

—Será mejor que suba —me disculpo levantándome, sintiendo los ojos de William abrasarme cada centímetro de piel donde se posan—. No quiero interrumpirlos mientras trabajan.

Él sonríe de nuevo como respuesta y yo me encamino a la escalera.

—Ava, espera —me llama acercándose a mí.

Me giro exactamente a un paso del primer peldaño.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué canciones de No Regrets te gustaban más? ¿Las del principio o las últimas?

Sonrío. No lo dudo.

—Las del principio.

Hugh Redgrave recapacita un segundo sobre mi respuesta y finalmente vuelve a sonreír, dando la conversación por acabada.

—Muchas gracias.

Asiento de nuevo y me marcho escaleras arriba. Mi sonrisa es indisimulable y no lucho por contenerla. William es como es y no va a permitir que nadie lo cambie. Además, de alguna manera, el hecho de que haya defendido sus primeras canciones me hace pensar que también tiene un poco que ver conmigo, que yo también soy un poco parte de todo esto, aunque sea la mitad de un grano de arena en medio de una enorme montaña, y es una sensación increíble.

Precisamente esa sensación es la que me envalentona lo suficiente como para darme media vuelta y atravesar decidida el salón en busca de William. Él no levanta sus ojos de mí y poco a poco su cuerpo va tensándose, como si estuviese preparándose para contenerse.

Frente a frente, mi valor flaquea un poco, pero no me rindo y me digo a mí misma que es de valientes enfrentar las situaciones en lugar de hacer como los avestruces. Se está comportando como un cabezota, cierto, pero me gusta este cabezota y quiero arreglar las cosas.

—William, ¿podemos hablar?

Mi voz suena fuerte y eso también me gusta.

Él me observa durante unos segundos que se me hacen eternos. Aprieta los dientes y puedo ver cómo su mandíbula se tensa, sexy y masculina, hasta que finalmente cabecea.

—No —susurra, ruge.

¡Vaya, el que acaba de meter la cabeza bajo tierra es él!

Y sin darme la posibilidad de responder, se marcha al estudio de grabación.

Yo me quedo de pie, sintiéndome como una soberana idiota y también

triste, otra vez. ¿Nunca va a perdonarme?

Hundo los hombros, abatida, y giro sobre mis talones, dispuesta a encerrarme en mi habitación y no salir de allí hasta que inventen el teletransporte y pueda aparecer en Islington directamente. Pero, al girarme, recuerdo que el mánager sigue aquí y toda la escena ha tenido un espectador.

—Buenos días, señor Redgrave —me despido.

—Buenos días, Ava.

No me corrige. Sólo me observa, tratando de estudiarme hasta que desaparezco escaleras arriba.

Todo ha salido genial, ironía modo *on*.

***

Decido salir a dar una vuelta. Como con Emmet y me cuenta un chiste tan increíblemente malo a la par que innecesariamente erótico que acabo echando la Coca-Cola por la nariz.

Le escribo mensajes a Frankie algo así como una docena de veces, preguntándole si está bien, pero todo lo que obtengo son un montón de emoticonos eludiendo el tema.

Cuando regreso al Estudio, ya es la hora de cenar y todo huele a salsa de tomate y mantequilla.

—Hola —saludo al aire al entrar.

El salón está vacío.

—Señorita Collins —me saluda Connor con una sonrisa, saliendo del pasillo que conduce al estudio de grabación.

—Señor Bay —le respondo, quitándome con grandilocuencia un sombrero imaginario.

Su sonrisa se ensancha y se imita en mis labios.

—¿Qué tal te ha ido el día? —inquiere dejándose caer en el sofá.

Me encojo de hombros. La mañana empezó bien y se torció. La tarde no ha

estado mal.

—Supongo que el promedio es positivo.

Connor vuelve a sonreír al tiempo que enciende la tele y la voz de Graham Norton, desde la pantalla, irrumpe en el salón.

—«Promedio positivo» suena a una manera inteligente de no pensar en lo que ha ido mal.

Entorno los ojos sobre él, recapacitando sobre sus palabras.

—Eres muy listo, Connor Bay.

Él vuelve a sonreír. Colgate lo contrató por algún motivo.

—Ven a sentarte —me dice señalando el trozo de sofá a su lado con un golpe de cabeza—. Te enseñaré un poco más de mi sabiduría.

Obedezco y me dejo caer a su lado.

—Eso ha sonado a película porno.

Connor suelta una carcajada incrédula y se gira para mirarme.

Yo asiento insolente como repuesta.

—Tengo la sabiduría más grande de todo Londres —replica—. Eso sí que suena a porno.

Estoy tan alucinada que rompo a reír. Connor no tarda más de un segundo en seguirme.

—Ahora en serio —me pide cuando nuestras risotadas se calman—. ¿Estás bien?

Lo pienso un momento.

—¿Crees que William me odia? —demando a bocajarro.

Connor vuelve a sonreír, pero su gesto se transforma en uno más tierno, casi condescendiente.

—William lleva diez años centrado exclusivamente en la música. Tú eres una novedad y no sabe cómo manejarlo.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero vuelvo a cerrarla. Vuelvo a abrirla y la cierro de nuevo. Si no sabe cómo manejarlo, ¿por qué no se deja llevar? ¿Ser, no sé, un poco más flexible? Eso facilitaría muchísimo las cosas.

—Me gustaría que entendiera que Tyler y yo sólo somos amigos.

Connor resopla divertido.

—Lo entenderá —sentencia—. Sólo dale un poco más de tiempo.

De pronto reparo en algo que ha dicho. William lleva diez años centrado en la música. Imagino lo complicado que es mantener el grupo en los primeros puestos de las listas de éxito, las giras, el no perder calidad ni quedar sepultado entre grupos de moda o canciones pegadizas que tarareas durante meses y después no vuelves a escuchar. Sin embargo, Connor se ha casado y Oliver está con Frankie. ¿Cómo es posible que él no encontrara a nadie?

—Diez años es mucho tiempo —comento con la boca pequeña, mirándolo de reojo. No quiero parecerle una desagradecida cotilla, pero tengo demasiada curiosidad. ¡Y estamos hablando de William!

Connor sonríe con un poco de malicia, con la mirada clavada en el televisor. Graham Norton está entrevistando a Liam Neeson y a los actores estrellas de la HBO: Hudson Racer y Sally Berry.

—Y eso que no sabes lo que pasó —responde enigmático.

Lo miro expectante, esperando a que continúe, pero él se queda... ¡callado!

—¡Connor! —protesto.

Y sin poder contenerse más, rompe a reír. Lo golpeo en el hombro al tiempo que lo asesino con la mirada.

—Eres un amigo horrible —me quejo, pero acto seguido no puedo evitar sonreír, así que es obvio que mis palabras no tienen ningún valor.

Su sonrisa se ensancha.

—Quiero a William como si fuera mi hermano. Sólo quiero que sea feliz.

Asiento.

—Yo también.

Su sonrisa vuelve a llenarse de toda esa ternura.

—Perfecto, entonces —sentencia.

Durante el siguiente par de minutos, miramos la tele en silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asiento.

—Claro —ratifico.

—¿Cómo está Frankie?

Por un momento lo observo sopesando mi respuesta. Debería ser sincera y decirle que está hecha polvo, pero una parte de mí tiene el convencimiento de que Connor es el responsable y creo que pronunciando esas palabras traicionaría a mi amiga. Sin embargo, si él es quien le ha hecho daño, también está en su mano arreglarlo.

Lo pienso un segundo más y otras muchas ideas acuden a mi mente.

—¿Cómo está Morgan?

Connor suelta una carcajada nerviosa y acto seguido un silbido, prueba de que he metido los dedos en la herida. Me cae bien. Es un gran tío, pero, si está jugando con mi amiga, no pienso allanarle el camino. Frankie no se lo merece.

—Está bien —murmura y su sonrisa vuelve a transformarse, esta vez en una más tenue, pero también más triste y más sincera. Hay personas que se comunican con los ojos, con las manos, incluso con el sexo. Connor lo hace con su forma de sonreír—. Todo es más complicado de lo que crees —añade, y suena a disculpa, pero tengo la sensación de que no es para mí.

—Sólo quiero que mi amiga sea feliz —le digo imitando sus propias palabras.

—Yo también.

Sonrío, transmitiéndole que de alguna manera que ni siquiera entiendo ahora sé que Frankie le importa de verdad.

—Perfecto, entonces —concluyo.

El presentador dice algo y el público rompe a reír, llenando el aire a nuestro alrededor.

—Le pedí a Morgan que se quedara —me explica, entrelazando los dedos de las manos al tiempo que se echa hacia delante—, pero la llamaron para participar en un documental de cocinas del mundo y se marchó. No me malinterpretes, entiendo que era una oportunidad para ella, pero necesito que

esté aquí. —Chasquea la lengua contra el paladar—. Me siento como un egoísta de mierda.

Tuerzo los labios. Entiendo a Morgan, pero creo que para Connor, justo aquí, justo en este momento, es demasiado importante sentirla cerca.

—Cuando la veas en la televisión presentando, apuesto a que te sentirás muy orgulloso —replico con una sonrisa, tratando de animarlo.

Connor me devuelve el gesto, pero es más que obvio que sólo lo ha hecho por cortesía.

—¡Polizonte! —me llama Oliver, alegre—. ¿Me ayudas con la ensalada?

Me dispongo a asentir, pero antes me giro para observar a Connor. Tiene pinta de necesitar un poco más de charla terapéutica.

—Ve con él —me pide como si hubiese sido capaz de leerme la mente.

—¿Estás seguro?

Asiente.

Entorno los ojos tratando de arrancarle una sonrisa y, aunque lo consigo, creo que otra vez lo ha hecho sólo por ser cortés.

Oliver me recibe feliz y nos encaminamos hacia la cocina. En el trayecto me explica el menú y me declara responsable oficial de la ensalada. Me lo tomo muy en serio y hago memoria para recordar el aliño que mi abuela elaboraba con las hierbas que crecían en los parterres de la parte trasera de su casa en las Highlands.

***

—¡Ya está todo listo! —anuncia Oliver saliendo al salón con una suculenta lasaña de verduras entre sus guantes de cocina de la tienda Divertimenti.

Yo lo sigo con los platos, cada uno de un vivo color, formando un extraño y divertido conjunto.

—Llevo lavando y pelando verduras toda la tarde, pero ha merecido la pena —sentencia orgulloso, dejándola en el centro de la mesa.

En ese momento el ascensor se abre y salen Frankie y Tyler.

—¿Has hecho lasaña? —inquiere él, buscándola con la mirada, como si llevase oliéndola desde dos pisos más abajo.

—Sí —responde Oliver, satisfecho.

—Termino de traer las cosas —replica Tyler, saliendo flechado hacia la cocina.

Una sonrisa se cuela en mis labios. Me encanta verlo así, siendo el chico de treinta años que es, jovial y sin preocupaciones.

Al pasar por mi lado, Tyler me devuelve la sonrisa y, sin detenerse, me acaricia fugaz el reverso de la mano con la punta de sus dedos. Su gesto mantiene mi expresión risueña un puñado de segundos más.

—¡William! —grita Connor, sentándose de nuevo en uno de los sofás—. ¡Es hora de cenar!

No tarda más de unos segundos en aparecer. Se revuelve el pelo con la mano sin dejar de caminar, observando la estancia e imagino que maldiciendo porque el único sitio que queda libre en la mesa sea junto a mí. No puedo evitar que esa idea me entristezca. William me gusta mucho y lo único que quiero que haga es que me tome de las manos sin previo aviso, me levante del sofá y me bese con fuerza. Suelto un profundo suspiro y sin darme cuenta lo hago con los ojos aún posados en él.

William me recorre con la mirada, deteniéndose un instante de más en mi boca. Yo me muerdo el labio inferior, nerviosa, y sonrío tratando de simular que no lo estoy. Él me observa, un segundo más, y por un momento algo en sus ojos me dice que tiene tantas ganas como yo de cumplir mi fantasía. Sin embargo, tomándome por sorpresa, aparta su vista visiblemente molesto y toma asiento.

¿Qué es lo que le ocurre? ¿Qué es lo que le impide hacer lo que quiere hacer? Tengo ganas de gritarle. ¡Tyler y yo sólo somos amigos! ¡Me gustas tú, maldito idiota malhumorado!

Lo miro con el corazón latiéndome con fuerza contra el pecho. ¿Por qué no

puede entenderlo? ¿Por qué no puede, al menos, escucharme?

Y entonces, simplemente sucede, William deja de mirar al frente y ladea la cabeza suavemente hacia mí. Sus ojos se topan con los míos y su frialdad rebosa el verde y el marrón y se desvanece lo suficiente como para permitirme ver que él también tiene la respiración acelerada, que también le afecta esto como me afecta a mí.

De pronto me hago consciente de mi mano, de lo cerca que está de la suya. Oigo a los chicos hablar de fondo, a Oliver decir algo de la comida, a Connor, palabras sueltas que caen fulminadas antes de llegar a mis oídos porque ahora mismo para mí, juraría que para nosotros, no importan.

Me armo de valor, ni siquiera sé cómo, y muevo la mano. Me hago hiperconsciente de cómo mi cerebro manda el impulso eléctrico, de cómo viaja por todo mi cuerpo hasta llegar a mis dedos, de cómo éstos se mueven perezosos y avanzan por el sofá haciendo que mi corazón lata más y más deprisa hasta que al fin, como si fueran un tuareg encontrando un oasis en mitad del desierto, tocan su mano.

William aparta la mirada y todo se resquebraja al pensar que va a levantarse y marcharse, que va a rechazarme, pero, en ese mismo segundo, veo el atisbo de una lucha inmensa que sólo le concierne a él y aprieta mi mano con fuerza, posesivo y primario a la vez, sexy, sensual.

Lo contemplo perdida en este momento y todo lo que siento por él desde que llegué a esta casa, desde que lo vi en el *backstage,* desde que escuché su voz por primera vez con quince años, brilla dentro de mí hasta cegarlo todo.

William, con la vista fija en la mesa, abre la boca dispuesto a decir algo y yo sonrío nerviosa porque sé lo que será: «Si nos perdonáis, Ava y yo tenemos que hablar», y, por fin, podré explicárselo todo y él me besará y todos los malentendidos se acabarán y voy a ser más feliz que en todos los días de mi vida.

—¿Alguien ha hablado con Richard para confirmarle que iremos a la fiesta benéfica? —demanda Oliver, interrumpiéndolo.

—Deberíamos avisarlo lo antes posible —responde Connor—. ¿Te encargas tú, Frankie?

Ella, al otro lado de la mesa, alza la mirada y lo observa un puñado de segundos, callada, ataviada con un montón de emociones más que no sé distinguir.

Me preocupo al instante y no soy la única.

—Sí —responde lacónica.

—Estaría bien que le sonsacaras qué tiene preparado para este año.

Frankie asiente.

—¿Tienes ganas de que llegue la fiesta? —continúa él, esforzándose sobremanera por mantener una conversación con ella—. Es tu evento favorito.

Frankie lo observa y todos esos sentimientos que inundan sus ojos verdes van tomando forma: está dolida, está herida, está enfadada.

—¿Recuerdas cuando Richard montó un circo y dejo sueltos a todos aquellos suricatos?

Frankie no pronuncia una palabra y la situación se vuelve muy tensa. Es como si Connor, de alguna manera, necesitara a Frankie y a ella le gustase, odiase y le asustase, toda a la vez, esa idea.

Connor la mira y ahora son sus ojos los que se llenan de muchísimas emociones que no sé distinguir. Parece a punto de estirar la mano sólo para poder tocarla. La respiración de mi amiga se acelera y sé que, si Connor la presiona un poco más, saltará y, para bien o para mal, sólo conseguirán hacerse más daño. Además, está Oliver. Es imposible que no esté percibiendo algo raro.

Por inercia, William y yo nos soltamos y, por puro instinto, no lo sé, mi mirada se cruza con la de Tyler. Él frunce el ceño sólo un segundo y esboza una media sonrisa como si hubiese encontrado la solución a esta situación.

—El rey Julien, de esas pelis de *Madagascar*, es un suricato, ¿no? —suelta de pronto.

Arrugo la frente completamente perdida, ¿a qué viene hablar de eso

ahora?, pero él me mira con los ojos muy abiertos, nuestra complicidad sale a flote y, sin más, entiendo lo que está haciendo.

—Es un lémur —protesto—. Y si estuviera aquí, estaría enfadadísimo contigo, porque no sólo sale en las pelis, tiene su propia serie en Netflix.

Tyler, siguiendo la estrategia, me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Deberías hablar menos y ver más la tele —se queja fingidamente displicente—: *a)* es un suricato y *b)* los que tienen su propia serie son los pingüinos.

Yo resoplo sonoramente.

—¿Me estás discutiendo la programación de Netflix, Tyler Evans? —demando achinando los ojos.

—Te estoy diciendo que no tienes ni idea —replica sin un mísero gramo de arrepentimiento. Yo abro la boca indignadísima como respuesta—, pero, si quieres, puedo hacerte un dibujo.

—Tú te lo has buscado —lo amenazo con el índice.

Me levanto, carraspeo y, antes de pensármelo dos veces, empiezo a cantar la canción de los créditos de *Larga vida al rey Julien*. Los cinco primeros segundos todos me miran como si acabara de perder los pocos tornillos que me quedaban, pero entonces Frankie y Connor sonríen, al principio tímidamente y después de verdad, para acabar jaleándome como Oliver y Tyler. Cuando termino, hago una reverencia a mi entregado público y vuelvo a sentarme.

—Y es un lémur —sentencio con una sonrisa.

Tyler me devuelve el gesto. Espera a que todos dejen de prestarme atención y vocaliza un «gracias» sin emitir sonido alguno, con sus ojos grises aún embadurnados de su sonrisa. Yo respondo con un «de nada». Connor y Frankie nos necesitaban y me da igual si hace muy poco que nos conocemos, tenía que hacerlo por ellos.

Pero, en ese preciso instante, noto cómo William deja caer la servilleta con brusquedad sobre la mesa y prácticamente se levanta de un salto.

—Tengo cosas que hacer —gruñe.

Y en ese preciso instante también un peso sordo se hunde otra vez en el fondo de mi estómago. Él no ha escuchado una estúpida canción, él ha visto la complicidad entre Tyler y yo, cómo sólo hemos necesitado un par de miradas para ponernos de acuerdo. Me pregunto cómo hubiera reaccionado yo si la situación hubiese sido al contrario. Por Dios, habría montado un espectáculo en toda regla.

No lo dudo y salgo tras él, prácticamente echo a correr. Sin embargo, al llegar al estudio de grabación, ralentizo el paso, como si estuviese pisando suelo sagrado.

No tardo en verlo... otra vez con las manos apoyadas en la mesa de sonido, con el cuerpo tenso, luchando.

—William —murmuro.

Y no necesita más.

9

Zayn. *Pillowtalk*

Se gira con la misma lucha fabricando sus pasos, cada uno de sus movimientos. Destruye la distancia que nos separa y, tomándome de la cadera, estrechándome contra él, me besa con fuerza. Me pierdo en su beso, en su abrazo, en él. Llevo deseando esto tanto tiempo que casi duele. Sus labios son aún mejor de lo que imaginaba y su anhelo incendia el mío. Sin control.

William se separa y su batalla refulge. Con sus ojos clavados en los míos, se pasa la lengua por el labio inferior, reviviendo mi sabor, pero hay algo en su mirada, algo más además del deseo voraz... Sigue enfadado, conmigo, con los dos, con la situación.

—William —lo llamo de nuevo.

Alzo la mano dispuesta a coger la suya, pero él cabecea y, con un juramento entre dientes, sale del estudio de grabación sin mirar atrás.

Salgo tras él, pero con el segundo paso me detengo. No puedo hacer eso, no puedo correr siempre tras él. No me lo merezco. Estoy convencida de que tiene que haber algo más, algo diferente a esa maldita fotografía. Los ojos se me llenan de lágrimas, pero resoplo con fuerza para retenerlas. Quiero que confíe en mí y me lo cuente. Si no puede dar ese paso, ¿por qué clase de relación se supone que estoy luchando?

Salgo del estudio y no tardo en toparme con Connor y Oliver, que están recogiendo diligentes la mesa. Me dicen que Frankie ha subido a su dormitorio, estaba muy cansada y quería dormir. No hay rastro de Tyler.

Uso la misma excusa que mi amiga y me encierro en mi dormitorio. Tengo muchas ganas de llorar y una parte de mí está increíblemente enfadada ante esa perspectiva. ¡No es justo! ¡No he hecho nada malo!

Me siento a los pies de la cama, pero no tardo más que unos segundos en dejarme caer por completo hasta hundir la espalda en el colchón y la mirada en el techo. Me ha besado. Me llevo los dedos a los labios, y el recuerdo, esa perfecta sensación, se apodera de mí. Habría sido genial que hubiese sido capaz de mirarme a la cara durante más de un minuto después de hacerlo.

Decido pensar, poner las cosas en perspectiva. Cojo mi diario y empiezo a escribir todo lo que se me pasa por la cabeza, lo que ha ocurrido, cómo me siento y, antes de que me dé cuenta, también sé cómo quiero afrontarlo. La clave para que Tyler y yo entendiéramos qué hueco ocupamos en la vida del otro fue hablar, ¿por qué no hacer lo mismo con William? ¿Por qué no hacerlo ahora? Hablar. Conocerse de verdad. Confiar. Ésas son las claves de mi plan.

Salgo decidida de mi habitación y me dirijo a la suya. Reconozco que las piernas me tiemblan un poco y parte de mi determinación se esfuma cuando tengo mi estrategia a un golpe de nudillo, pero no importa. Soy valiente. Puedo con esto.

Llamo y espero unos segundos que se me hacen eternos hasta que percibo pasos al otro lado. Tengo la boca seca, el estómago lleno de mariposas y el corazón me late al ritmo de las canciones de amor. Con toda probabilidad, necesito una bombona de oxígeno.

La puerta al fin se abre, William aparece frente a mí y yo tengo la sensación de que uno de los pósters de mi habitación ha cobrado vida en mi presencia. Guapo. Guapo. Guapo. No puedo pensar en otra cosa.

—Hola —murmuro.

—¿Qué quieres, Ava? —responde distante, incluso malhumorado.

Frunzo el ceño molesta. ¿Por qué nunca puede ser amable?

—Quería que hablásemos.

—Hablar, ¿de qué?

—¿Cómo que hablar de qué? —replico, y también empiezo a sonar enfadada, pero es que lo estoy. ¡Me ha besado!—. Me has besado.

William me observa con esa mezcla de frialdad y la idea de estar por

encima de todo tan suya y tan sexy. Estoy enfadada, pero otros sentimientos comienzan a tirar de mí en la dirección opuesta. Lo echo de menos. ¿Él no me echa de menos a mí? ¿Ni siquiera un poquito?

—Ese beso ha sido un error —dice, y su voz se agrava y sus ojos se llenan de muchas más emociones y algo dentro de mí, idiota y kamikaze, no para de gritarme que lo que ha dicho no es lo que siente en realidad.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? —lo presiono.

—Ava —me reprende.

—No puedes besarme y después marcharte y no querer hablar conmigo. No es justo, William.

—Vete, Ava.

—¡No! —protesto.

No va a apartarme de él porque sé que no es lo que quiere.

William aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Sé que está ocurriendo algo que no me estás contando. Cuéntamelo, confía en mí.

Sigue observándome. Sigo contemplándolo. Y el aire cambia entre los dos.

William me agarra otra vez de las caderas, me estrella contra su puerta y me besa con la misma fuerza con la que defiende todo lo demás, con pasión, posesivo, casi violento, haciendo estallar todo el deseo a nuestro alrededor.

Clava sus manos en mi culo con ansia y me levanta, acomodándome a la forma de su cuerpo.

Los dos gemimos para tomar aire. William vuelve a buscar mis labios. El beso se alarga, despierta nuestros cuerpos, me afianza en la idea de que lo que siente por mí es real... pero, cuando estoy a punto de sonreír pensando que lo hemos superado, se separa, dejándome de nuevo en el suelo, alejándome otra vez de él.

—No, por favor —murmuro.

William se mantiene en silencio y pierde su mirada en el interior de su habitación. De pronto ya no estoy enfadada, ahora estoy triste, demasiado

triste.

—Ha sido otro error, ¿no? —Mi voz se llena de lágrimas y una de ellas cae por mí mejilla.

Sus ojos atrapan los míos. Están llenos de deseo, de rabia y de muchas palabras que sé que van a hacerme daño.

—Sí —sentencia.

Me equivoqué. Sólo ha necesitado una.

Asiento sin saber qué otra cosa hacer. Puede que esté colada por él como una idiota, pero hay cosas que no puedo permitir; no las quiero en mi vida y tampoco me las merezco.

—Esto, sea lo que sea, se ha acabado, William.

Duele, duele muchísimo.

Él me mantiene la mirada, pero no pronuncia una sola palabra y eso duele todavía más.

Me marcho prácticamente corriendo de vuelta a mi habitación. En cuanto la puerta se cierra, esta vez no puedo evitarlo y rompo a llorar. Me siento estúpida y tonta e insignificante. Está jugando conmigo. No tratas así a una persona que te importa.

Me acurruco en la cama, abrazando mi propia almohada. Puede que le suceda algo, algo realmente importante, pero, sea lo que sea, es William quien está eligiendo dejarme al margen. ¿Qué se supone que debería hacer? ¿Qué demonios quiere de mí?

Tres horas después todavía no consigo dormir. Quizá un vaso de leche caliente me ayude a conciliar el sueño. Además, me apetece salir de aquí, aunque sólo sea al piso de abajo, y ver otras paredes diferentes.

Me levanto y cierro con cuidado la puerta al salir. La casa está en el más absoluto silencio. Mis pies descalzos sobre el impoluto mármol resultan imperceptibles, como los de un ninja. Bajo la escalera con cuidado y apenas me he separado un paso de ella cuando una guitarra, prestándole su voz más suave a una canción, irrumpe en el ambiente.

Miro en dirección al estudio de grabación. Es obvio que el sonido procede de allí. Me muerdo el labio inferior, pensativa y nerviosa a la vez. Recuerdo cuando escuché a William tocar en la terraza; puede que esté haciéndolo otra vez, puede que él tampoco sea capaz de dormir, que también esté pensando en nosotros.

Ralentizo mi paso; debería odiarlo, olvidarme de él. Si no se tratara de mí, si Emmet me dijera «Me está ocurriendo todo esto, ¿qué hago?», no tendría ni una mísera duda: «Aléjate de ese tío», le ordenaría, pero es que estamos hablando de William y algo dentro de mí me lleva a él una y otra vez como si las palabras *inexorable* y *corazón* se hubieran entrelazado.

La guitarra se detiene y yo entro definitivamente en el estudio.

10

Snow Patrol. *Chasing cars*

—Hola —me saluda Tyler, sentado en el sofá de la parte exterior del estudio, en la pared frente al enorme cristal que da a la zona de grabación.

Tiene una preciosa guitarra acústica de una madera muy clara entre las manos.

—Hola —respondo, y no puedo evitar sonar decepcionada. Tenía tantas ganas de que fuera William...

—¿Qué haces aquí? —inquiere inclinándose un poco más sobre su guitarra.

¿Qué se supone que debería contestar? ¿He bajado porque no podía dormir porque estoy demasiado enfadada con William y, sin embargo, deseaba fervientemente que fuera él quien estuviese aquí tocando, solo y también pensando en mí?

A falta de una respuesta mejor, me encojo de hombros.

—¿Y tú? —contraataco.

—Me apetecía tocar un rato, estar un poco a mi aire.

En cuanto racionalizo sus palabras, suelto un pequeño suspiro y giro sobre mis pies. A veces puedo llegar a ser reverendamente idiota. Que seamos amigos no significa que cada vez que me vea aparecer quiera que me quede a charlar.

—Lo siento —me apresuro a pronunciar, encaminándome de vuelta a la puerta—. Ya me marcho.

—No —me frena estirando la mano hacia mí—. Quédate.

Sé que está siendo sincero. Tyler siempre lo es. Y yo deseo quedarme porque no quiero estar sola y seguir pensando en William.

Me vuelvo y camino remolona hasta él.

—¿Qué canción era ésa?

—Ninguna en especial.

—No sabía que tocaras la guitarra —añado sentándome.

—Y no la tocaba —afirma, y los dos sonreímos.

Todo está sumido en un suave y reconfortante silencio. Esta casa es especial. Lo supe desde el primer momento que puse mis pies en ella, pero cada día que paso aquí y, sobre todo, cada noche, esa idea va afianzándose más y más.

—Hace algo menos de un año mostré un poco de interés y Hugh se lanzó a contratar a los profesores de guitarra más reputados de todo Londres —me explica con una sonrisa—, pero yo prefiero que me enseñe Oliver cuando estamos juntos. Es divertido.

—Hugh te quiere mucho.

Las palabras me salen sin ni siquiera pensarlas. No es algo que pueda afirmar porque haya tenido largas conversaciones con el mánager, más bien es algo que noto, por cómo lo mira, por cómo siempre parece estar cuidando de él.

—Supongo que es lo normal —contesta Tyler restándole importancia, centrándose otra vez en su guitarra—. Cuando me uní al grupo, acababa de cumplir los dieciocho. Debí parecerle un crío sin mucho en la cabeza —añade sonriendo de nuevo.

Acaricia ligeramente el mástil y coloca los dedos en la posición correcta.

—¿Por qué te presentaste al *casting*? —inquiero.

—Para librarme de las clases —responde con una sinceridad absoluta.

Lo miro tratando de disimular una sonrisa, pero, antes de que uno de los dos pronuncie cualquier otra palabra, rompemos a reír.

Mientras mis carcajadas se calman, Tyler comienza a tocar la guitarra, suavemente.

—Debían de ser algo así como las ocho de la mañana. Estaba yendo hacia

el instituto cuando vi a un chico colgar carteles a toda velocidad en cada farola que se encontraba. Decían que había una audición en las oficinas del teatro Roundhouse, que no hacía falta tocar un instrumento ni experiencia previa de ningún tipo. Sólo había un requisito: tener como mínimo dieciocho años. —Por un momento pierde su mirada al frente, cayendo en un recuerdo en concreto, aunque no deja de tocar—. Yo los había cumplido dos días antes.

—¿Y allí conociste a los chicos? —pregunto acomodándome en el sofá.

Tyler niega con la cabeza.

—No, estaban un productor y Hugh. Me pidieron que cantara una canción y... lo hice —concluye.

La manera en la que pronuncia las dos últimas palabras llama de inmediato mi atención.

—¿Qué pasó? —demando incorporándome de nuevo.

—No recordaba ninguna canción —se justifica divertido—, así que probé con la única que se me ocurrió: el *God save the Queen*.

Lo miro boquiabierta. ¡No puede ser verdad!

—¿Cantaste el himno nacional? —inquiero al borde de la risa.

Tyler asiente, fingiéndose serio, tratando de no estallar en carcajadas.

—¿Y qué te dijeron?

—Que les interesaba, que volviera al día siguiente con una canción preparada y que fuera un poco menos patriótica.

Ya no puedo más, y él tampoco, y los dos rompemos a reír de nuevo.

Despacio, nuestras risas van calmándose hasta que el delicado silencio vuelve. Tyler comienza a tocar otra vez y el ambiente se llena de tenues notas musicales. Está tocando con tanto mimo que creo que, si me esfuerzo lo suficiente, podré ver chispitas, estrellas, luz y color saliendo de su guitarra.

No sé cuántos minutos pasamos así. Me gusta estar aquí, con él.

—¿Y qué canción cantaste la segunda vez?

Tyler alza la cabeza con la sonrisa en los labios sin dejar de tocar, de pronto las notas empiezan a cambiar, despacio, casi como si fuera un juego, y

el inicio de *Miracle drugs,* de U2, se forma delante de mí.

Suspiro y mi mirada se llena de admiración.

—¿Elegiste *Miracle drugs*?

Tyler me mira y vuelve a sonreírme justo antes de, con la misma sexy ternura, comenzar a cantar bajito, con su voz atemperando las notas, sonando áspera en los susurros y demasiado perfecta para ser real justo después.

No puedo levantar mis ojos de él, sintiendo cada palabra que pronuncia. Es como si, nota a nota, estuviera construyendo un mundo diferente, sólo para esta fracción de tiempo y espacio, sólo para nosotros.

Tyler nunca miente, no se esconde tras una coraza, y esa idea parece brillar aún con más fuerza cuando canta. Es sólo su guitarra, él... y yo.

Creo que nunca una canción me había parecido tan bonita.

***

Abro los ojos. Todo está sumido en una tenue penumbra. De inmediato reconozco la guitarra de Tyler apoyada contra la mesa de sonido; sus brazos, rodeándome; su pausada respiración, hinchando y vaciando su pecho pegado a mi espalda.

Ayer sencillamente me sentí bien. Tyler consiguió que lo hiciera, que me olvidara de todo lo que me preocupaba, y ni siquiera tuvimos que hablar de ello. Sólo necesite tenerlo cerca.

Murmura algo en sueños y me estrecha un poco más contra él. Yo sonrío y me dejo hacer al tiempo que cierro los ojos. Me siento bien, mejor. Me siento un montón de palabras bonitas.

A los pocos minutos, Tyler suelta algo parecido a un gruñido y sé que se ha despertado. Hunde la nariz en mi pelo y aspira suavemente. Una sonrisa se escapa de mis labios y un millón de glotonas cosquillitas despiertan cada centímetro de mi cuerpo. El sol empieza a filtrarse por las persianas y nos calienta a los dos.

—¿Estás despierta?

Asiento al tiempo que me giro entre sus brazos. Tyler no me suelta, sólo afloja lo justo su atadura para permitir el movimiento. Mejor. Yo tampoco quiero que me suelte.

Frente a frente, me encuentro con sus preciosos ojos grises. El pelo negro le cae alborotado sobre la frente y la barba de unos pocos días cruza sexy su mandíbula. Tyler es de esa clase de hombres con una belleza aniñada, con esa extraña mezcla de rasgos dulces y al mismo tiempo masculinos, con la expresión traviesa y pícara, con la mirada desnuda, clara, como si te dijera sin palabras que nunca te mentirá.

—Gracias por cantar ayer para mí —murmuro sin que la sonrisa me abandone y sin que yo misma abandone esos preciosos ojos del color de un cielo de tormenta.

—Un placer —responde.

El mundo que construyó anoche para nosotros sigue intacto. Todo lo demás, ahí fuera, sigue sin importar.

—Creo que debería irme. A los chicos no les hará mucha gracia que me hayas dejado dormir en el estudio.

Tyler tuerce los labios con desgana.

—¿Es posible que te maten lentamente? —apunto como si el doctor Watson fuese mi antepasado directo (siempre me ha parecido que el noventa por ciento del éxito de Sherlock Holmes se debía a él).

—Probablemente.

Asiente convencido y, como nos pasó ayer una decena de veces, los dos rompemos a reír.

Sus ojos vuelven a buscar los míos y poco a poco dejo de reír. Tyler alza la mano y con dulzura me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—Me ha gustado dormir contigo otra vez —dice, y su voz suena áspera y profunda.

—A mí también.

Anoche bajé porque no podía dormir, pero quizá fue una de esas veces en la que los planetas se alinean y las estrellas están en las casas de quienes deben estar porque fue justo lo que necesitaba.

—Debería marcharme —repito con la boca pequeña.

Tyler asiente, pero ninguno de los dos se mueve.

Desliza su mano buscando la mía y nuestros dedos se entrelazan, se sueltan y se acarician perezosos, cómodos y contentos. Bajo la vista y durante un par de minutos simplemente me dedico a contemplar nuestras manos. Al levantar la cabeza y buscar de nuevo sus ojos, Tyler ya me esperaba con una suave sonrisa en los labios.

—Tengo que irme —me parafraseo por tercera vez.

—Sí —contesta, y su voz vuelve a sonar grave, como si esta mañana hablara desde el fondo de sus costillas.

Se muerde el labio inferior aún contemplándome. Yo también lo miro y, ¿recordáis la frase «un penique por tus pensamientos»?, pues estoy a punto de pronunciarla en voz alta.

Me obligo a separar nuestras manos y el gesto me deja aturdida..., así que me levanto y recojo mis zapatos mientras oigo cómo él también se incorpora. Apenas me he alejado un metro del sofá cuando siento su mano rodear de nuevo la mía y esas cosquillitas vuelven en tropel.

Salimos al pasillo y después al salón prácticamente caminando de puntillas. Tyler mira a su espalda oteando el terreno. Todo parece despejado. Sin embargo, a un mísero centímetro de la escalera, captamos un ruido en la cocina y pasos demasiado cerca. Los dos contenemos la risa milagrosamente y yo me agacho veloz, escondiéndome tras el ancho pilar de madera donde reposa el final del pasamano.

—Tyler —pronuncia sorprendido Connor, accediendo al salón—, ¿qué haces ya aquí? Es tempranísimo.

Tyler cabecea sin saber muy bien qué contestar.

—Estaba ensayando —miente—. Quería repasar algunas canciones con la

guitarra.

Connor sonríe feliz y sé que no es porque estuviese ensayando, sino porque eso implica que ayer no acabó borracho en un bar.

Observa a Connor sin saber qué más decir mientras él camina hasta los sofás y rescata el periódico. Tyler me mira y yo le hago un gesto impaciente con las manos para que continúe hablando con él y, no sé, trate de distraerlo de alguna forma. Tyler se encoge de hombros y no lo pienso y lo pellizco en el muslo. Él aguanta un resoplido y se frota la piel herida mientras yo tengo que taparme la boca con la mano para no romper a reír.

Tyler me dedica una sonrisa maliciosa y me amenaza vocalizando sin emitir sonido alguno «me las vas a pagar».

Insolente, vuelvo a señalarle a Connor, que tiene la vista perdida en el *The Guardian*. Tyler mira a su amigo y, tomándome por sorpresa, me pellizca en el brazo. ¡Duele!

—¡Ay! —se me escapa, y acto seguido vuelvo a taparme la boca con la palma de la mano, como si ése fuese el gesto universal para retroceder en el tiempo.

Connor deja de prestarle atención al diario y mira hacia nosotros, extrañado.

—¿Y qué haces despierto tú? —pregunta Tyler tratando de distraerlo, fingiendo que no ha ocurrido absolutamente nada.

—No podía dormir —contesta volviendo a mirar a Tyler—. Además, Oliver se ha marchado tempranísimo con William a hacer unos recados y me ha dejado encargado del desayuno.

Al oír su nombre, el corazón se me encoge un poco. Ayer me besó dos veces y también me dijo que las dos habían sido un error.

—¿Y no deberías empezar ya? —replica Tyler.

Su voz me saca de mi ensoñación.

—Todavía es temprano.

—¿Seguro? Frankie se pone de un humor de perros si no hay café recién

hecho cuando se levanta.

Suena tan convencido que incluso consigue que Connor se lo replantee y mire su reloj de pulsera.

—No tiene pinta de que vaya a darte mucha más cuerda —le recuerda achinando la mirada.

Lo observo boquiabierta. ¡Qué cabronazo!

—Supongo que podría ir empezando —claudica Connor, rascándose la nuca.

—Bien visto —sentencia Tyler.

Connor deja caer el periódico sobre el sofá y echa a andar hacia la cocina.

Tyler me mira veloz y me hace un gesto para que suba la escalera. Yo me pongo manos a la obra rápidamente, como si estuviéramos en una peli de espías. Cuando ya estoy sana y salva en el piso de arriba, no puedo evitar volverme y simplemente sonreír. Mi gesto encuentra el eco en los labios de Tyler y toda esa complicidad, esa intimidad, nuestro mundo, vuelve a pesar de que nos separen veintidós peldaños.

—Buenos días, Ava —me saluda sin pronunciar sonido alguno.

—Buenos días, Tyler —respondo de la misma manera.

Y nos quedamos mirándonos un poco más, divertidos y felices por estar justamente así, justamente aquí.

—Tyler —lo llama Connor regresando a la sala principal.

Él me hace un gesto para que me vaya sin perder la sonrisa y yo salgo corriendo de la misma forma.

—¿Te apetece un té? —oigo que le pregunta.

Entro en mi habitación, saludo a *Gato*, que está tumbado en mi cama encima de todos los cojines, y me meto en la ducha. Cuarenta minutos después estoy saliendo con mi vestido favorito (y más bonito). No sé por qué, hoy me apetecía ponérmelo.

Bajo la escalera prácticamente saltando sobre cada escalón, con la mano sobre el pasamano. Creo que no he dejado de sonreír desde que me he

levantado.

Salto el último peldaño con los pies juntos al tiempo que la puerta del ascensor se abre y Connor corre precipitado hacia ella desde la cocina. Le da un par de billetes a quien quiera que esté en el ascensor y va hasta la mesa con una sonrisa satisfecha y una caja de Sainte Anne, la mejor pastelería francesa de todo Londres.

—Creí que tú harías el desayuno —comento divertida, y de pronto me doy cuenta de que soy una bocazas, pues adquirí esa información escondida detrás del pilar de madera. Por suerte, Connor no parece percatarse de ello.

—Y lo he hecho —repone—, pero digamos que tengo otro estilo.

Deposita con cuidado la caja en la mesita de centro y la abre, dejando al descubierto un espectacular montón de *macaroons*. Los hay de todos los sabores inimaginables: mora, pistacho, limón, chocolate negro, blanco, frambuesas... ¡Quiero comérmelos todos!

Antes de que mi cerebro se decida, mi mano toma vida propia y se lanza a por uno de naranja. Connor me mira con una sonrisa y le devuelvo el gesto. Me ha pillado con las manos en la masa, nunca mejor dicho.

—Ya está el té —anuncia Tyler entrando con una bandeja con una tetera y varias tazas apiladas.

—Eso es —lo jalea Connor tras engullir un dulce—. Trabajo en equipo, pequeño saltamontes.

Tyler pone los ojos en blanco, fingidamente displicente, al tiempo que llega hasta la mesita. Creo que aún no ha dejado la bandeja del todo cuando se abalanza sobre la caja de Sainte Anne.

Los dos se sientan a mi lado, flanqueándome en el cómodo tresillo. Yo sostengo mi *macaroon* entre los dientes y sirvo tres tés. Si Oliver nos viera, creo que le daría un pasmo. La mesa no tiene ni una sola de las florituras que tanto le gustan. Las tazas ni siquiera hacen juego o tienen platito debajo y las elegantes servilletas de tela han sido sustituidas por un número indefinido de las de papel. Sin embargo, para qué negarlo, todo está riquísimo.

Estamos comiendo, interrumpiendo el silencio sólo con algún gruñidito, cuando Stephen, el guardaespaldas de Connor, entra en la sala.

—Buenos días —lo saludamos al unísono.

Él asiente.

—Señor Bay, ¿podría acompañarme?

Connor se levanta y va hasta él. En ese preciso momento, Tyler ladea la cabeza en mi dirección y simplemente nos quedamos mirándonos.

—Me gusta tu vestido.

Vuelvo a sonreír.

—Muy amable, señor Evans.

Él me devuelve el gesto.

—Los caballeros reales, ¿recuerdas? —pronuncia sin que esa media y preciosa sonrisa abandone sus labios—. Todo lo malo se pega.

De inmediato, recuerdo la conversación en la que me dijo esas palabras por primera vez. Apenas han pasado unos días desde entonces, pero todo parece haber cambiado vidas enteras. Tyler ya no es el mismo y creo que yo tampoco.

—Tyler —lo llama Connor, sacándonos del momento.

Él tarda un segundo de más en volverse, como si nada que fuese a contarle pudiese interesarle más que esto.

—Chloé Montigny está aquí —continúa Connor cuando al fin lo hace—. Quiere verte —añade con una sonrisa socarrona.

Ahora soy yo la que tarda un segundo de más en racionalizar quién es Chloé Montigny —la periodista de la edición francesa del *Vanity Fair* que entrevistó a los chicos en la sesión de fotos—, qué hace aquí —ver a Tyler, ¡a Tyler!—, y en recordar todo lo que, curiosamente, hace dos días no me puso al borde de la histeria, sino que me hizo sonreír —cómo lo miraba, cómo le sonreía—. ¿Qué está haciendo aquí?

Antes de que pueda contestarme a esta última pregunta, oigo una voz, guiada por un dulce acento, saludar. Tyler se levanta y yo lo hago casi por

inercia. Él le tiende la mano, ella se la estrecha y yo bendigo que los británicos seamos muchos más fríos que los mediterráneos y no acostumbremos a darnos dos besos.

—Siento presentarme así —se excusa—, pero he estado revisando las notas para mi artículo y me han surgido algunas dudas.

Chloé Montigny sonríe nerviosa y yo achino los ojos. ¡Valiente excusa! Estuvo grabándolo todo con su teléfono móvil además de tomar notas, e hizo algo así como un millón de preguntas. ¿Qué dudas podría tener?

—William y Oliver no están —lo informa Connor— y lamento no saber cuándo volverán.

—No te preocupes —responde ella veloz—. La verdad es que con quien quería hablar un poco más es con Tyler.

Ella sonríe otra vez. ¡Otra vez! ¿Acaso no sabe hacer otra cosa? ¿Y por qué me cae tal mal ahora? Me obligo a respirar hondo mentalmente y a tranquilizar esta especie de furia shakesperiana que me está recorriendo por dentro. Además, a Tyler no le interesan las chicas en este momento. Él mismo lo dijo.

Los tres lo miramos, esperando su respuesta. «Gracias, pero no, gracias», es mi preferida.

—Claro —contesta al fin, y tengo que contenerme para no cabecear indignada—. Toma asiento, por favor —le pide señalando el tresillo.

—Os dejaremos solos —sentencia Connor, y a continuación me mira y yo me quedo como clavada al suelo con cemento. No quiero irme.

Pero que me comporte como una chiflada de manera interna no significa que pueda permitirme serlo de forma externa. Además, *¿qué-me-pa-sa?*

Connor recoge la tetera. Yo observo a Tyler, pero él ya está hablando con Chloé y no parece darse cuenta. Eso me enfada más, porque eso es lo que me pasa. ¡Estoy enfadada! Supongo que me ha molestado que nos haya interrumpido el desayuno. Todo este tiempo ha sido tiempo en el que no he

podido comerme *macaroons*. Cojo un puñado, cuando menos, poco juicioso y, con los labios apretados en una fina línea, sigo a Connor hasta la cocina.

—Prepararé más té —me informa, dándome la espalda para estar de cara a los fogones mientras me siento en uno de los taburetes de la isla y dejo caer sobre el granito todos los dulces.

Le doy un bocado a uno de pistacho, con desgana.

Nos pasamos los siguientes minutos en un silencio sólo interrumpido por el trastear de Connor: el grifo, la tetera sobre el fuego... y la sonrisita de Chloé Montigny. Pongo los ojos en blanco.

Percibo pasos acercándose y suspiro aliviada. Seguro que es Tyler para decirnos que ya se ha deshecho de ella. Me vuelvo esperanzada, pero en el mismo segundo hundo los hombros.

—Buenos días —nos saluda Frankie.

—Buenos días —respondo sin demasiado ánimo.

Se sienta a mi lado con cara de pocos amigos y me roba un *macaroon*. Está claro que el fuerte de mi amiga no son las mañanas.

—¿Qué hace esa periodista otra vez aquí? —pregunta sin ningún interés en sonar amable—. Debería dedicarse un poco más a escribir y un poco menos a intentar ligar con la gente a la que entrevista, ¿no?

¡Gracias!

Connor suelta una risilla maliciosa, aún de espaldas a nosotras.

—Tenía unas dudas —responde burlón sin girarse.

—Y apuesto a que todas tienen que ver con Tyler desnudo.

Aprieto los labios, aunque en el fondo no tengo por qué. Tyler puede hacer lo que quiera.

Ella vuelve a reírse. ¿Cómo no?

—¿Oliver aún no ha vuelto? —inquiere Frankie.

Los hombros de Connor se tensan un momento, es algo casi imperceptible, antes de responder.

—No, William y él tenían que solucionar un par de asuntos con Hugh. No

creo que lleguen antes de la hora de comer.

La mirada de Frankie también parece cambiar, también sólo un segundo y también de forma casi imperceptible, justo antes de asentir.

—Gracias.

Connor deja una taza humeante de café frente a ella.

—Gracias —repite.

Él sonríe, pero parece nervioso, incluso, en cierta manera, disgustado, y se gira de nuevo hacia los fogones. Frankie coge la taza entre las palmas de sus manos y lentamente le da un sorbo. Yo le pego un bocado a otro *macaroon*.

—¡Eso sería fantástico! —prácticamente grita Chloé desde el salón.

Giro el torso sin mucha discreción y los busco con la mirada. La periodista parece estar más feliz que en todos los días de su vida. A Tyler, de espaldas, no consigo verle la expresión.

—Me encantaría —responde ella a lo que sea que él dice, comiéndoselo con los ojos.

Me echo hacia atrás un poco más. ¿Qué le está diciendo él? ¿De qué va todo esto?

—Ava —me llama Frankie.

Tyler se mueve. Casi puedo verle la cara. Chloé susurra algo.

—¡Ava! —repite con más insistencia.

Oigo la risa de Tyler. ¡Esa risa es mía!

Y lo siguiente que adivino como mío es el suelo, sobre todo, en mi culo, mi cadera, mi codo y mi mejilla, mientras el taburete rueda por el pavimento enlosado de la cocina. ¡Mierda! ¡Me he caído! ¡Y duele!

—Pero ¿qué coño? —murmura atónita Frankie, observándome desde su silla.

—Ava, ¿estás bien? —demanda Connor aguantándose la risa y ayudándome a levantarme—. Con cuidado —me pide cortés.

—¿Sabes? Lo de caballero británico no funciona muy bien si te estás partiendo de risa —me quejo.

Obviamente, sólo consigo que se ría todavía más. Me muevo ortopédica, tratando de verme el codo. Joder, cómo duele.

—¿Estás bien?

Ahora es otra voz y mi cuerpo la distingue de inmediato. Tyler me toma de la cadera y me obliga a girarme suavemente hacia él. Su mano se desliza perfecta por mi costado hasta tomarme con dulzura del antebrazo y estirármelo despacio para examinar mi codo. Lo contemplo con sus ojos grises sobre mi piel y ya ni siquiera recuerdo qué parte me dolía tanto.

Levanta la cabeza y su mirada atrapa la mía esperando una respuesta.

—Estoy bien —murmuro.

—¿Qué demonios te ha pasado? —inquiere Frankie caminando hasta mí, atravesando el momento.

Aparto mis ojos de Tyler nerviosa, con la horrible sensación de que podrá leer en ellos y lo descubrirá todo. De soslayo, observo a Chloé a unos pasos de nosotros. Es guapa y simpática, y si recuerdo justamente esas dos palabras es porque son las que Tyler usó para describirla.

—No lo sé —miento.

Pero en el fondo sí lo sé. Mi particular tragedia shakesperiana ha tomado nombre. Soy Yago, de *Otelo*, y los celos son un monstruo de ojos verdes que se burla del pan que lo alimenta.

***

Pongo la primera excusa que se me ocurre, una no muy buena, la verdad, y me marcho del Estudio. Llamo a Emmet y quedamos para vernos en nuestro rincón favorito de todo Londres: las tumbonas de Hyde Park. Me ha prometido llevar sándwiches del Pret a manger a cambio de que yo compré lo más parecido a mojitos que encuentre.

—En contra, diré que los he adquirido en un puesto en el metro sin nada remotamente parecido a una licencia —la informo, deteniéndome frente a ella,

que ya se ha tumbado, armada con unas gafas de sol. El parque está hasta los topes. Los londinenses tenemos muy buen gusto—. A favor, llevan hierbabuena.

Emmet me mira sopesando mis palabras.

—Acepto —sentencia al fin.

—Genial —replico dejándolos en el suelo y dejándome caer yo misma en la tumbona vecina a la suya.

—¿Y por qué me has llamado? ¿Problemas en el reino del pop? —demanda socarrona.

Finjo no oír esa última parte, aunque sea verdad, y mucho.

—William me besó ayer, dos veces.

Emmet sonríe, satisfecha.

—*C'est magnifique, chère amie* —replica.

Me muerdo el labio inferior y me pierdo en el recuerdo de esos besos. No fueron magníficos... fueron deliciosos, increíbles, espectaculares, pero después lloré como una idiota. Sigo sintiéndome confusa y también triste y enfadada.

—Después me dijo que habían sido un error y terminé con él y me pasé llorando no sé cuántas horas. Tengo la sensación de que pasa algo que no me está contando, aunque, con toda franqueza, también podría ser que simplemente me odiase.

Cabeceo exasperada y siento cómo la pena se hace un poco mayor.

—No te odia.

—Sí, sí lo hace. —Ahora es mi enfado lo que se hace un poco (mucho) mayor—. Tendrías que ver lo frío que fue conmigo. No quiso hablar. Ni siquiera pronunció una palabra cuando le dije que habíamos acabado.

—¿Crees que ha dado por hecho que Tyler y tú estáis liado?

Me encojo de hombros esquivando la idea de que la respuesta más probable a esa pregunta sea un sí.

—No lo sé —miento.

—No me puedo creer que esté defendiendo a un tío —se lamenta—, pero, por todas las buenas horas de música y fantasías eróticas que me ha dado, lo haré. —No quiero, pero me veo obligada a sonreír—. Si piensa que estás liada con Tyler, para él también tiene que ser muy complicado. Los No Regrets se quieren como hermanos, lo hemos leído un millón de veces en las revistas y tú has podido comprobar que es cierto. ¿Imagínate cómo tiene que sentirse William deseando a la supuesta chica de uno de sus mejores amigos? Dicho esto —añade veloz, índice en alto, incorporándose y girándose para tenerme de frente—, hiciste bien en pararle los pies. No podías dejar que te tratase así. Ningún tío, por muy guapo que sea y por muchos número uno en las listas que tenga, puede jugar con una mujer. Entiendo que esté enfadado, dolido, lo que sea —concluye moviendo las dos manos—, pero eso no le da ningún derecho a besarte primero y alejarte después.

Cuando termina su discurso, se deja caer de nuevo en su tumbona y se recoloca las gafas de sol.

—¿Crees que debería volver a intentar hablar con él?

Emmet medita su respuesta.

—No lo sé —contesta al fin—, pero de lo que sí estoy segura es de que Ava Collins debería empezar a preocuparse por Ava Collins, al menos la mitad de lo que se preocupa por lo demás, lo que ya equivale a un porcentaje altísimo.

Vuelvo a morderme el labio inferior, pensativa. Me gustan esas palabras.

—Sólo usas mi nombre completo cuando me das consejos importantes. ¿Así que he de entender que éste lo es? —comento divertida.

—Obvio —replica—. Soy la caja de la sabiduría de Londres.

De inmediato pienso en que esa broma se parece mucho a la que me hizo Connor sobre tener o no grande la sabiduría. Al final va a ser verdad lo que Emmet lleva defendiendo desde los catorce años y realmente son almas gemelas.

Pasamos un rato más al sol y damos buena cuenta de nuestros mojitos de

metro. Sin embargo, sigo dándole vueltas a muchas muchas (incómodas) cosas.

—¿Puedo preguntarte algo?

Emmet gruñe un sí, tostando su cara y sus gafas moradas al sol.

—¿Alguna vez te has sentido celosa?

Emmet bufa.

—Claro que sí. Soy escorpio, por el amor de Dios —añade como si eso lo justificase todo—. Somos muy pasionales.

—¿Y qué haces cuando te sientes así?

—Eso depende —dice justo antes de beber de su cañita—. Aprobado —añade refiriéndose al mojito—. Normalmente me enfado muchísimo y maquino una venganza contra el chico en cuestión, la chica o ambos.

—¿Una venganza? —inquiero preocupada.

—Sí —responde con una sonrisilla malvada y la mirada en el cielo—. Una vez un chico con el que estaba saliendo se pasó toda una noche tonteando con una de mis compañeras de trabajo, ni siquiera parecía importarle que yo estuviera allí. Así que, al día siguiente, me planté en su casa, tienes que saber que era de una familia irlandesa, muy católica, y le dije a su madre que me había dejado embarazada a mí y a mi hermana pequeña para acabar pasando de nosotras y que, para colmo, todo era porque había conocido a una chica judía.

Emmet rompe a reír encantada y yo lo hago con ella.

—Nada más llegar, su madre le soltó una bofetada de las buenas y su abuela otra, lo cogió de la oreja y se lo llevó directo a la iglesia mientras no paraba de repetir que no se preocupase, que ella misma lo circuncidaría con el cuchillo del pan.

No puedo negar que es una gran venganza.

Pienso. Pienso mucho.

—¿Yo qué signo soy? —inquiero jugueteando con la costura de la tela de la tumbona a rayas blancas y algo que nunca he tenido muy claro si es azul turquesa o verde agua.

—Piscis —responde Emmet, hastiada de que nunca lo recuerde, prueba inequívoca de que no creo mucho en esto del zodiaco, pero a los segundos parece recapacitar sobre mi pregunta y se incorpora de un salto.

—¿Estás celosa?

Me sonrojo en una milésima de segundo.

—¿De qué color crees que son las líneas de las tumbonas? —demando a mi vez en un pobre, pobrísimo, intento de desviar la atención—. Nunca he sabido sin son de un tipo de azul o de un tipo de verde.

—Déjate de tonterías —me riñe—. ¿De quién estás celosa y por qué?

La miro. En el fondo no quiero explicarme, porque ni siquiera yo lo entiendo del todo, pero Emmet me mira inmisericorde y a mí acaba pudiéndome la presión.

—De una periodista —respondo en un bufido, alargando todas las letras —. Vino a hacerles una entrevista a los chicos y hoy ha vuelto porque le quedaban algunas dudas que hablar con Tyler —me explico, y no puedo evitar poner los ojos en blanco. ¡Es la peor excusa del mundo!

Emmet asiente, pero acto seguido cabecea.

—Espera... ¿Tyler? —pregunta sorprendida, casi anonadada.

—Tyler y yo sólo somos amigos —replico sin dudar.

La miro y ella me mira a mí. Lo sé (y mentalmente he alargado esa «e» unos dos minutos). Soy consciente de cómo suena, pero es la verdad. Aunque hayamos terminado, William me gusta, estoy completamente colada por él. Sin embargo, cuando ayer no podía dejar de llorar, Tyler me hizo sentir bien sin ni siquiera proponérselo, sólo con estar ahí, y no quiero perder eso por nada del mundo.

—Es complicado —sentencio.

—Pues yo creo que no —repone moviéndose hasta quedar sentada en el lateral de la tumbona para tenerme de frente, con las piernas colgándole a unos centímetros del suelo y sus manos cruzadas sobre su rodilla. ¿Lo que tiene en

la derecha es un raspón? Debería preguntar, pero me da miedo la respuesta—. Es de lo más normal que te sientas atraída por Tyler.

—Yo no me siento atraída por Tyler.

—Es guapo, interesante, con esa mirada tan sexy de niño roto —continúa ignorando mis palabras—. ¡Y, por el amor de Dios, es una jodida estrella de la música!

—No me gusta Tyler —me parafraseo.

—El problema es que te conozco y tú no eres de la clase de chicas que se sienten cómodas ante una situación así, porque William todavía te gusta muchísimo y sigues esperando a que cambie de actitud y haga algo superromántico como pedirte matrimonio después de cantarte una canción que ha compuesto sólo para ti subido a una azotea. —La sonrisa se me escapa de los labios. Eso sería alucinante—. Y, por si fuera poco, lo que más te asusta, más incluso que romper todos los lazos con William, es arriesgarte con Tyler, que salga mal otra vez y perderlo a él también.

Amén, hermana.

Quiero seguir defendiendo mi teoría, pero la suya me ha descrito de pies a cabeza mejor que si hubiese posado para ella. Tiene razón, me conoce muy bien, pero yo también la tengo. Salió mal con Martin. Salió mal con William. Y, por si eso no es suficiente, da igual lo poco que nos conocemos, está siendo demasiado intenso, estoy llorando demasiado. Creo que me ha cambiado por dentro y sigo conectada a él de una manera que ni siquiera entiendo.

No voy a negarlo porque es verdad: todavía espero que cambie, que me diga que se equivocó y nos deje darnos una auténtica oportunidad.

Tyler se ha convertido en una persona crucial en mi vida, ¿cómo voy a sumarlo a toda esa locura? ¿Cómo voy a admitir que me gusta, dar rienda suelta a mis sentimientos y que vuelva a salir mal? ¿Y si lo pierdo? No quiero perderlo por nada del mundo. Además, él no necesita nada de esto ahora. Se está recuperando. El propio Tyler lo dijo: «Tengo que parar con todo lo

referente a chicas durante un tiempo». ¿Por qué iba a ser diferente al tratarse de mí?

Miro a Emmet. Ella ya me observaba y tengo la sensación de que está esperando una especie de relevación.

—Tyler no me gusta —sentencio, y vuelvo a llevar mi vista al frente.

¿Mentira? Enorme. Pero la verdad, actualmente, es demasiado complicada.

Emmet resopla y, melodramática, se deja caer de nuevo sobre su tumbona. Yo pienso cuidadosamente mis palabras porque puede que haya algo más a lo que estoy dándole vueltas y puede que, quizá, sólo quizá, sea un poco de mala persona.

—¿Suena demasiado mal si digo que, aunque no quiero estar con Tyler, no quiero que él esté con ninguna otra chica?

Emmet le sonríe al cielo de Londres.

—Suenas un poco egoísta y malcriada, pero nada grave —se burla.

—Soy una persona horrible —me lamento—. ¿Por qué me haces sentir así, caja de la sabiduría andante? Voy a tener que dejar de quedar contigo —protesto.

Mi amiga rompe a reír.

—Nadie quiere que el chico que la calienta por las noches tenga más amiguitas por ahí.

—Tyler no me calienta nada por las noches.

—Mentirosa —replica con una sonrisilla.

Por Dios, ¿ha cosido una cámara espía a uno de mis botones? ¿O es que lo llevo escrito en la maldita frente?

—Tómame en serio —me quejo.

—Está bien —replica incorporándose de nuevo—. Lo haré. Contéstame a una pregunta: ¿por qué no quieres que Tyler esté con ninguna otra chica?

«Porque es mío.» Respuesta mental, gracias a Dios.

—Porque es lo mejor para él. Tyler se está recuperando. No le conviene estar con nadie ahora mismo. —Y es totalmente cierto.

—¿Excepto contigo?

Asiento.

—Sí —contesto veloz y convencidísima—, excepto conmigo.

En cuanto pronuncio esas palabras, dejo escapar un profundo suspiro. Emmet sonríe y la fulmino con la mirada.

—Ava Collins, experta en autoengañarse —apunta riéndose claramente de mí, justo antes de volver a disfrutar de su mojito.

—Tyler y yo sólo somos amigos —farfullo— y así es como vamos a seguir.

—Si tú lo tienes claro.

—Lo tengo claro —sentencio.

Tengo que tenerlo.

—¿Por qué no me explicas cómo te has hecho ese raspón en la rodilla?

Es hora de que le devuelva un poco de «me río de mi amiga sin ningún remordimiento».

Emmet sonríe orgullosa.

—No sé si estás preparada, joven padawan.

¿Por qué con ella siempre me sale el tiro por la culata?

Que no quiera seguir hablando de lo que me está pasando no implica que quiera regresar a casa. Convenzo a Emmet para que vayamos al cine y después para que perdamos el tiempo en nuestro apartamento. Valoro incluso la posibilidad de quedarme a dormir, pero una parte de mí está deseando volver y comprobar cómo ha ido «todo».

Cojo el metro y a eso de las ocho estoy atravesando la Covent Garden Piazza, reuniendo fuerzas, tratando de pensar y nerviosa, todo a la vez. Un excelente cóctel de emociones, sin duda alguna.

—Buenas noches, Tittus —saludo a uno de los miembros del equipo de seguridad, apostado a unos pasos del portal, en plena calle James.

—Buenas noches, señorita Collins.

Camino tan concentrada en el pavimento que no me doy cuenta de que está sentado en los escalones de la entrada principal, tras la elegante verja de hierro forjado.

—Buenas noches, señorita Collins —repite socarrón.

Alzo la cabeza y me freno en seco al tiempo que mis ojos se clavan en los suyos grises como si fuéramos dos partes del mismo imán. Tyler me dedica esa sonrisa tan suya, sexy y un poco triste a la vez, y se echa el pelo negro hacia atrás con una mano mientras con la otra se quita el cigarrillo de los labios.

—No sabía que fumabas —digo tratando de dejar a un lado lo guapo que me parece ahora mismo. Sólo somos amigos y más me vale recordarlo.

—Y no lo hago—responde travieso.

Sonrío, no puedo evitarlo, y simplemente sucede que me relajo. Mi corazón sabe que estar con Tyler le hace sentirse bien.

Me acomodo a su lado y él lanza el cigarrillo. No sé por qué, el gesto me recuerda que también lo vi fumando en la habitación del hotel de París... y hablando de cosas francesas...

—¿Qué tal con Chloé?

—Se marchó poco después de que lo hicieras tú —comenta restándole importancia.

—Parecía tener muchas ganas de hablar contigo.

Se encoge de hombros.

—Creo que no se ha dado cuenta de que ahora mismo no te interesan las periodistas. —Consigo que mi voz suene con el toque justo de desdén para que parezca que bromeo.

Tyler sonríe.

—Supongo que podría hacerle un dibujo.

—Estoy segura de que cruzaría Londres en monociclo con tal de venir a buscarlo.

Aunque intenta disimularlo, su sonrisa se ensancha. Creo que no estoy siendo tan sutil como pretendo.

—¿Por eso te has marchado esta mañana?

Ahora la que se encoge de hombros soy yo. No quiero mentirle, pero tampoco puedo decirle con una sonrisa que, aunque yo no quiera estar con él, no quiero que él esté con nadie.

—No —digo al fin y, aunque se me ocurren muchas excusas que añadir, no quiero pronunciar ninguna. Con él quiero ser sincera—. He estado con Emmet.

Tyler asiente.

Un grupo de chicos y chicas accede a la calle desde la plaza. No deben de tener más de dieciséis o diecisiete años. Traen consigo un murmullo de risas y charlas. Sin embargo, uno de los chicos, con las manos en los bolsillos, se va quedando rezagado completamente a propósito al tiempo que una de las chicas, metiéndose un mechón de pelo tras la oreja, hace lo mismo. Ya a unos pasos del grupo, sin mirarse, fingiendo no pretenderlo, se acercan el uno al otro hasta quedarse separados por una distancia muy pequeña. Ella sonríe nerviosa y él suspira tratando de contener el mismo gesto y a la vez armarse de valor para acercarse un poco más a ella. Continúan caminando hasta que el chico se detiene, fija su mirada en la chica, que ha seguido andando, toma aire, reemprende el paso decidido y, sin pararse, la coge de la mano, con la vista clavada al frente. Ella da un suave respingo, pero entonces lo mira y sonríe completamente enamorada, acomodando su mano contra la de él, y continúan andando hasta desaparecer, tras su pandilla, calle arriba.

Tyler y yo, que hemos observado toda la escena con una sonrisa en los labios, nos miramos, nuestros gestos se ensanchan y los dos volvemos a perder nuestros ojos al frente. Es muy fácil reconocer los sentimientos, sean los que sean, cuando ves la situación desde fuera, pero, cuando se trata de ti misma, todo parece complicado y extraño y confuso.

—¿Has cenado?

Su pregunta me pilla fuera de juego. Niego con la cabeza.

—No —añado.

Tyler asiente y se levanta.

—Vamos —me llama—. Será mejor que te prepare algo.

En el ascensor ninguno de los dos dice nada y así caminamos hasta la cocina. Tengo la sensación de que la mente me está funcionando deprisa, sin control, haciéndome consciente de cada gesto de Tyler, de cada rasgo, de cada centímetro de su piel atractiva y sexy. La camiseta blanca, los vaqueros rotos, los tatuajes, las pulseras de cuero. Su pelo, su incipiente barba, sus ojos... y de pronto parezco haber llegado al epicentro de mi propia vida. Connor se comunica a través de sus sonrisas, ¿recordáis?; Tyler lo hace con los ojos, con su preciosa ventana al alma.

Me quedo prudencialmente separada de él, al otro lado de la isla, y lo observo mientras rebusca en la nevera y los muebles y me prepara un sándwich. Lo coloca en un plato azul y se gira para dejarlo sobre el granito, justo frente a mí.

La suave intimidad, la dulce familiaridad, todo vuelve a establecerse entre los dos como un código secreto que se activa cada vez que estamos juntos.

Me siento en el taburete y le doy el primer bocado. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que he visto la comida. Tyler guarda todo lo que ha ido sacando y empieza a fregar el cuchillo que ha usado.

—Quiero dormir contigo, Ava —dice aún de espaldas.

11

Jess Glynne. *Take me home*

Todos los músculos de mi cuerpo se contraen y se relajan en un segundo para tensarse de nuevo al instante siguiente de una forma completamente diferente.

—Sólo puedo dormir si estoy contigo —añade.

El agua fría, helada, le recorre las manos aclarándolo todo. Se las seca con un trapo y lo deja caer contra la encimera.

Se gira y sus ojos buscan los míos por puro instinto.

—Sí —pronuncio, y eso también ocurre de manera instintiva.

Tyler sonríe aliviado, como si la posibilidad de que pudiera decirle que no lo estuviese ahogando. No sabe hasta qué punto está equivocado. Haría cualquier cosa por él.

Se apoya en la pila, frente a mí, y se cruza de brazos mientras me termino la cena. No decimos nada más, pero las miradas, las sonrisas, todo habla por nosotros.

Al terminar, me levanto con la intención de dejar el plato vacío en el fregadero. Me detengo al lado de Tyler. Un gesto inocente en todos los sentidos que, sin embargo, parece estar envuelto de muchas otras cosas. ¿Qué me está pasando? Debería seguir preguntándome, ¿verdad? Sólo somos amigos. Debería quedarme sólo con eso, ¿no? Nuestros hombros casi se rozan, nuestras caderas. Tyler está roto. Tyler me hará daño. ¿Debería dejar esas advertencias atrás? Todas sabemos que, que te destrocen el corazón, duele demasiado como para contestar que sí a esa pregunta. Dejo el plato con cuidado y el sonido restalla por todo el aire de la habitación. Él ladea la cabeza, yo alzo la mía y volvemos a encontrarnos. Pero Tyler hace que me

sienta bien, cómoda, especial, hace que todo sea fácil y bonito. Las palabras pequeñas, ¿recordáis?

—¿Vamos? —pregunto, y mi voz suena ronca y un poco trémula.

Me toma de la mano como respuesta y nuestros dedos se entrelazan al instante. La casa está silenciosa, pero los ruidos de la Covent Garden Piazza se cuelan por mi terraza, llenando mi habitación del choque de dos copas de vino, de un músico callejero y risas.

Me disculpo con manos torpes y entro en el baño. Me lavo los dientes y me pongo mi pijama. Por algún extraño motivo, estoy más nerviosa. Hemos dormido juntos tres veces, pero todas han sido improvisadas; ahora sé que está ahí, que va a estarlo toda la noche, que si alargo la mano podré tocarlo.

Regreso a la habitación soltándome el pelo. Me aliso mi camiseta de tirantes blanca y agarro el bajo que toca mis pantalones cortos con estampado de estrellitas. Tyler está sólo a unos pasos, frente a mí, y por un momento únicamente nos miramos. No me está desafiando, no está esperando a que me comporte de determinada manera ni que dé el primer paso hacia cualquier dirección. Me está dejando que sea como soy, que me sienta como necesite sentirme, y eso me gusta.

—Estoy nerviosa —confieso con una sonrisa que de inmediato se contagia en sus labios.

Tyler camina hacia mí y agacho la mirada como he hecho todo lo demás: sin tener muy claro por qué. Sin embargo, al ver su mano irrumpir en mi campo de visión y entrelazar de nuevo nuestros dedos, levanto la cabeza guiada por una fuerza más potente que la de la gravedad y me topo de frente con sus ojos grises.

Aza la mano despacio y me mete un mechón de pelo tras la oreja, dejando que sus dedos acaricien mi mejilla un poco más.

—Métete en la cama —me pide, y su voz se come a bocados el aire a mi alrededor.

Asiento y obedezco, deslizándome bajo las sábanas bajo su mirada, que se

ha llenado de más emociones que no consigo distinguir.

Tyler rodea la cama, se deshace de los zapatos y los calcetines y se tumba sobre la colcha. Toma una bocanada de aire y clava su mirada en el techo. Yo sigo nerviosa, pero también sé lo que quiero hacer. Me giro despacio hasta acurrucarme a su lado sin tocarlo. Meto las manos bajo la almohada y dejo que mi mirada dibuje una y otra vez su armónico rostro.

La Piazza vuelve a inundarlo todo de sonidos felices. Mis ojos se deslizan por su cuello, sus brazos, y se pierden en cada línea de tinta de sus tatuajes.

—¿Son los pies de un samurái? —inquiero.

No necesito explicarle a qué me refiero. Él asiente suavemente.

—Tengo dos —responde, y de inmediato roba toda mi atención—. El del brazo lleva una armadura milenaria y una catana entre las manos. Está luchando. El otro, el de la espalda, es el mismo hombre, pero ya no lleva casco, tiene la cabeza gacha y la mirada perdida porque se ha rendido. De alguna manera sigue siendo majestuoso, pero ha dejado de luchar.

—¿Por qué te los tatuaste? —murmuro.

Tyler traga saliva con sus ojos grises todavía clavados en el techo.

—El samurái guerrero es lo que querría ser y el otro, el que se ha rendido, es cómo soy.

Suena tan sincero que duele.

—Con la armadura y el casco nadie sabe cómo es en realidad el samurái —añade—, pero cuando se los quita, ya no tiene nada y es jodidamente triste, porque al final da igual cuánto luche, siempre va a sentirse solo.

Son las mismas palabras de Frankie sobre la fama, sobre la gente interesada que se acerca a los No Regrets, sobre la imagen que algunos les imponen sin ni siquiera molestarse en conocerlos y cómo se sienten los chicos al respecto, sólo que llenas de poesía.

No merece sentirse así.

—Pues yo creo que el samurái es valiente —replico.

Tyler ladea la cabeza buscando mi mirada, tratando de leer en ella. Me

dejo hechizar por sus ojos y, esa pizca de valor que sentí para demostrarle que estaba equivocado, se esfuma justo antes de reaparecer con fuerza.

—Elige seguir luchando —continúo, y mi voz se vuelve más bajita, pero también más íntima. Se vuelve más fuerte, aunque dentro de mí, ahora, reine un delicioso caos—. Elige que su vida y sus acciones le sigan perteneciendo. No está solo. Incluso si al final pierde, no pasa nada porque no lo está. Nunca va a estarlo.

Su mirada se intensifica sobre la mía y de pronto me hago hiperconsciente de su cuerpo, de lo cerca que está, de lo bien que huele, de cómo su respiración se está acelerando suavemente.

—Ava —y mi nombre en sus labios suena como un mantra—, cuando te dije que te necesitaba, creo que no tenía ni idea de cuánto de verdad había en esas palabras.

Siento sus ojos grises, siento cómo marcan el ritmo de mi corazón.

—¿Y cuánta hay?

—Todo lo que soy —sentencia.

Despacio, como si alguien lo hubiese decidido por mí, bajo mi mano, deslizándola por la cama hasta encontrarme con la suya y, aún más lentamente, entrelazo nuestros dedos. Ahora mismo yo también tengo todo lo que necesito.

Tyler me gusta más de lo que podría imaginar.

***

Un sonido. Algo. Ruido. Molesto. No logro identificarlo.

Me incorporo al tiempo que abro los ojos y frunzo el ceño. ¿De dónde ha venido ese sonido? Miro a mi alrededor y la confusión aumenta. Tyler no está. El ruido regresa. Parece venir del salón. Echo a un lado la colcha y salgo de la cama. No hay rastro de Tyler. El rumor vuelve, más alto, seguido de muchos más pequeños. La curiosidad me puede.

En pijama, salgo de la habitación y, descalza, me dirijo a la escalera. Sólo

necesito bajar un par de peldaños para que el salón entre en mi campo de visión y, con él, el trasiego de una decena de personas. Automáticamente pienso en una sesión de fotos, pero cuando veo a Frankie en el centro de la sala dirigiendo lo que parece la colocación de una barra de coctelería, me doy cuenta de que se trata de algo completamente diferente.

—¡Fiesta! —grita alzando las manos en cuanto repara en mi presencia—. ¡Esta noche vamos a darlo todo, queridísima Ava!

Termino de bajar y me encuentro con ella. Está muy sonriente y eso me alegra, haciendo que por un momento me olvide de William, de Tyler y de que estoy en pijama en una sala llena de gente a la que no he visto en mi vida.

—¿Y qué celebramos? —inquiero mirando a mi alrededor, al tiempo que me llevo las manos a las caderas.

Frankie se encoge de hombros.

—Elige tú —sentencia.

La miro y enarco las cejas, sorprendida.

—Me gusta esta política de celebrar fiestas simplemente porque sí —comento divertida.

Frankie sonríe.

—Sabía que no me equivoqué contigo —concluye.

Sonrío mientras continúo observando cómo la casa, poco a poco, puede que incluso minuto a minuto, va convirtiéndose en la sala principal de la discoteca más *cool* de todo Londres.

—¿Dónde están los chicos?

—Ensayando en Wembley. Después se marcharán a comer con los mandamases de la discográfica. No te preocupes, llegarán a tiempo para la fiesta.

Asiento, pero no puedo dejar de preguntarme algo. Es cierto que la veo más contenta, incluso de buen humor, pero también tengo la sensación de que sólo es una pose.

—¿Tú estás bien?

Frankie me observa como si no comprendiese mi pregunta.

—Claro que sí, ¿por qué no iba a estarlo?

La contemplo planteándome si enumerar todos los motivos por los que sé que no ha estado bien. Necesita desahogarse. Es lo más sano.

—Últimamente... —me cuesta encontrar las palabras adecuadas—... con Connor...

—Con Connor no pasa nada —me interrumpe— y nunca más va a pasar —se esfuerza en sentenciar y en hacerlo de manera vehemente.

Justamente por esa intención de dejarlo cristalinamente claro, sé que algo no acaba de encajar.

—Tiene que ser complicado —comento como quien no quiere la cosa.

Frankie devuelve su vista hacia mí y por un instante creo que va a bajar la guardia y contarme lo que quiera que le esté pasando, pero finalmente bufa y fuerza una sonrisa.

—Sería complicado si pasara algo, pero, de verdad, Ava, entre Connor y yo no sucede nada y estoy bien. Créeme.

Algo en sus ojos me está suplicando que la crea. Me es tan fácil identificarlo porque se parece mucho a la mirada que yo le pongo a Emmet cuando necesito que pare de interrogarme y me deje regodearme en mi autoengaño. Todos lo necesitamos alguna vez.

—Deberíamos decidir qué ponernos —propongo cambiando sustancialmente de tema.

Frankie me mira y sonríe, dándome las gracias en silencio. Sólo espero estar haciendo lo mejor para ella.

—Mañana de chicas —repone.

—Me has leído el pensamiento —afirmo divertida.

Después de dejar cada detalle de la fiesta preparado, incluidos unos chupitos llamados kamikazes, revisamos minuciosamente el armario de Frankie, la ropa que traje y la que nos compramos hace un par de semanas. Nos pasamos el día viendo capítulos de «The Royals», escuchando música y

probándonos ropa. Una vez que elegimos qué ponernos, los siguientes pasos son clave: pintarnos las uñas y decidir qué demonios nos haremos en el pelo.

No puedo dejar de pensar en William y en Tyler y me siento muy tentada de abrir la boca y soltarlo todo, pero me contengo. No tengo ni la más remota idea de qué hacer y, hasta que lo descubra, prefiero que todo siga en el más estricto secreto.

***

—¡Ava! —grita Emmet emocionadísima en el centro del salón.

Ha sido la primera invitada en llegar. No sé por qué, sospechaba que sería así.

Bajo la escalera deprisa y nos damos un abrazo.

—Te he echado mucho de menos —le digo estrujándola, con toda probabilidad un poco más de la cuenta.

—Nos vimos ayer.

—Será entonces que tengo muchas cosas que contarte —suelto sin pensar.

Emmet me obliga a separarme y me observa con los ojos entrecerrados. Ahora mismo es algo así como una señora Fletcher del sexo poco conveniente y las relaciones truculentas. ¿Os imagináis si la señora Fletcher, además de crímenes, hubiera ido por ahí investigando las relaciones sexuales de la gente, tipo «el señor Crawford no fue asesinado, murió por asfixia autoerótica viendo cómo su mujer se acostaba con el criado en un columpio sexual»? Si hubiera sido así, sin duda alguna, la seguirían emitiendo.

—¿Qué tal si primero nos tomamos una copa? —inquiero achinando también la mirada.

Emmet se toma unos segundos para sopesar mis palabras.

—Me parece bien. Borracha eres más sincera —conviene— y, si me vas a contar algo doloroso, como que has pillado a Connor Bay untándole aceite

corporal a un hombre alto y vigoroso, prefiero estar bajo los efectos del alcohol para asumirlo.

Supongo que éste sería un gran momento para decirle que es heterosexual, pero prefiero mantenerla un poco más con la intriga. Sin embargo, hablando del rey de Roma...

—Hola, señorita Collins —me saluda Connor acercándose a nosotras, remangándose su camisa negra hasta los antebrazos.

—Hola, señor Bay —respondo con una sonrisa, y de reojo veo cómo Emmet se ha quedado boquiabierta.

Connor se detiene frente a nosotras y esboza su mejor sonrisa (la de las entrevistas y anuncios de Colgate, para más señas).

—Hola —saluda a mi amiga tendiéndole la mano—; permíteme presentarme, soy Connor Bay.

Emmet guarda silencio y Connor recoge su mano sin que se la haya estrechado.

Los modales van en el *pack* de inicio de cualquier inglés. La diferencia está en si los ahogas en alcohol, como los *hooligans,* o si los embadurnas de gomina y ropa de Karl Lagerfeld, como los Beckham. Estar, siempre están. Y si os cuento esto es porque mi amiga Emmet los tiene, su madre siempre nos hace sentarnos con la espalda recta para tomar el té, pero ahora, simplemente, está patidifusa.

Connor ladea la cabeza suavemente, con los ojos fijos en ella, y su sonrisa se vuelve un poquito maliciosa y mucho más sexy, algo que claramente no va a ayudar.

—Se llama Emmet —la ayudo, aunque no voy a negar que también estoy disfrutando un poco— y es una gran fan de los No Regrets. Fuimos juntas a vuestro concierto en París.

—Perfecto —replica Connor—. Un placer conocerte, Emmet.

Vuelve a tenderle la mano, pero mi amiga sale de su ensoñación por la puerta grande y se tira a sus brazos, colgándose de su cuello.

—Dios mío, creo que te quiero —le dice absolutamente convencida.

Connor rompe a reír, pero un segundo después, como buen caballero británico, se frena en sus carcajadas y, cortés, espera a que Emmet decida soltarlo. La conozco. Eso no va a pasar.

—Emmet —la llamo—, hora de soltar a Connor Bay.

—No quiero —murmura contra su cuello.

Connor le da unos amables golpecitos en la espalda, conteniendo la risa de nuevo.

Me doy cuenta de que esta situación reclama medidas excepcionales, así que me inclino sobre ella y tiro para obligarla a separarse. Emmet opone resistencia, pero consigo mi objetivo mientras mi amiga gimotea y estira los brazos tratando de prolongar el abrazo.

—Me llamo Emmet —le dice— y soy algo así como supersimpática y divertida e inteligente. A mi lado, Ava va a parecerte un topo con el sentido del humor de una trucha.

—Ey —me quejo soltándola a unos prudenciales metros de Connor.

Ella me ignora estoicamente.

—En esta fiesta —le dice señalándolo—, soy tu chica.

Como si eso no hubiese sido lo suficientemente sutil, Emmet enarca las cejas un par de veces y yo tengo que toser para no reírme. Connor se humedece el labio inferior, una estrategia con el mismo fin que la mía, y finalmente asiente.

—Muchas gracias. Lo tendré en cuenta.

Ella asiente entusiasmada.

—¿Puedo abrazarte otra vez? —le pide.

Connor abre la boca sin saber qué contestar.

—Mejor después —responde.

—Vamos —intervengo, tirando de ella y de su precioso minivestido negro en dirección a la barra.

Cada dos pasos, Emmet se vuelve entusiasmada.

—Era Connor Bay —murmura alucinada—. Creo que jamás podré olvidar este momento.

—Creo que él tampoco —sentencio.

Está tan maravillada que ni siquiera se da cuenta de mi broma y me libro de un manotazo en el hombro.

Mientras nos tomamos la primera copa, los invitados empiezan a llegar, la música comienza a sonar y, no sé si es por estar con mi mejor amiga o porque está sonando una canción de Ellie Goulding, pero me siento mucho mejor. Además, me encanta mi vestido; es entallado, blanco, y tiene unas flores chulísimas de colores muy vivos difuminadas por toda la tela.

Tres copas después, no podemos dejar de sonreír. Frankie se ha unido a nosotras y nuestra única meta es bailar. Está sonando *Found what I've been looking for,* de Tom Grennan.

—Entonces, ¿puedes asegurarme que Connor Bay no es gay? —le pregunta Emmet a Frankie, señalándola con el índice de la misma mano con la que sostiene su cuarto Manhattan.

Frankie asiente unas dos o siete veces más de las necesarias.

—Te lo aseguro —sentencia, y se traba con la erre de la última palabra.

—Deberíais dejar de beber —les digo seria, incluso solemne. No son unas crías. Si no toleran el alcohol, que no lo tomen. Hay que controlarse como adultos responsables y entender que... que... que... ¿Qué demonios estaba diciendo?—. ¿Queréis otra copa? —pregunto con la sonrisilla más estúpida del mundo en los labios.

Creo que mi discurso se ha tergiversado un poco. Seguro que con el quinto cóctel lo veo todo mucho más claro.

Las dos gritan que sí al ritmo de la música y me ofrezco voluntaria para ir a buscar las bebidas.

—Hola, Ollie —lo saludo, pero justo a un paso tropiezo con mis propios pies. No me caigo, por suerte.

Él tuerce los labios divertido, observándome.

—¿Todo bien, Ava?

—Todo de cine, Oliver Thomson, mejor guitarrista de tu generación. —Alzo el vaso, convirtiendo mis halagos en un brindis, pero al llevarme la copa a los labios, me doy cuenta de que ya no me queda nada. ¿Quién demonios se lo ha bebido?—. Está vacío —certifico—. Voy a pedir otra.

Doy un paso hacia la barra.

—Nos vemos luego —le dice una voz a Oliver, y no necesito más para saber a quién pertenece: William.

Decido olvidarme un segundo de mi copa y me vuelvo para mirarlo. No me puedo creer que vaya a largarse sólo porque yo estoy aquí. Estoy muy enfadada. Ésa es la razón oficial por la que aún lo contemplo. La no oficial gira más en torno a la idea de que, cuando lo miro, no puedo evitar que todos los músculos del cuerpo se me tensen deliciosamente y, cuando él me mira a mí, consiga que se me ocurran un montón de cosas superpervertidas.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir comportándote como un adolescente enfurruñado? —le espeto dando un paso hacia él.

¿Os acordáis? Borracha soy mucho más sincera.

Oliver rompe a reír, atragantándose con su gintónic, de esos de una ginebra carísima a la que no se le puede echar limón y hay que ponerle pepino y semillas de flores raras... ¿Flores? ¿En serio? Estos ricos están empezando a desvariar.

William se detiene y en el segundo en el que tarda en girarse puedo sentir cómo todo su cuerpo se tensa. *Tiene-que-aprender-a-relajarse.* Cuando al fin se vuelve, clava sus ojos, a medio camino entre el marrón y el verde, en los míos, simplemente castaños, pero no dice una sola palabra.

—¿Piensas quedarte toda la noche ahí quieto, mirándome en plan «qué guapo soy»? —inquiero—. Porque no tengo ningún problema.

Lo observo de arriba abajo para demostrar mi teoría. Sus vaqueros oscuros, la camisa remangada, los tatuajes de sus antebrazos, el que le asoma en el pecho. Por Dios, quiero lamerle ese tatuaje. Me llevo la copa a los

labios, pero los tuerzo al darme cuenta de que otra vez está vacía. En serio, ¿quién se está bebiendo mis copas?

—Algún desalmado se está bebiendo mis copas —le digo a Oliver, que me mira divertido, dándole mi vaso vacío—, ¿puedes pedirme otra?

—¿Cuánto has bebido? —pregunta William.

—Tú no suenas divertido —me quejo.

Aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea, armándose de paciencia.

—¿Ya vuelves a hablarme? Porque, si es así, yo también tengo muchas cosas que decirte. Espera —digo apuntándolo con los dos índices—, tengo la boca seca.

Me giro hacia la barra y localizo con la mirada a la camarera.

—¿Puedes ponerme un Manhattan?

Ella asiente, pero, casi en el mismo segundo, niega con la cabeza.

—Lo siento, se han acabado.

¿En serio?

Resoplo.

—¿Ponme un *gin lemon*?

Ella mira a mi espalda, una milésima de segundo, y vuelve a negar.

—También se han terminado.

La estudio con la mirada, tratando de concentrarme en la idea de que algo no me cuadra aquí.

—Gintónic, entonces.

—También se ha acabado —replica veloz.

—¿La ginebra? ¿En Londres? ¿Eso es legal?

Oliver rompe a reír a mi lado y una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro lleno de cócteles y cerezas.

Me giro enfadada y me topo de nuevo con la mirada de William. Las piezas por fin encajan y le dedico mi peor mohín (increíblemente amenazante, por si os quedan dudas) antes de volverme de nuevo hacia la camarera.

—Sé que es como superguapo —le digo a la chica señalándolo a él torpemente—, pero precisamente por eso tienes que ayudarme. Es corporativismo femenino, ¿sabes?... O laboral, porque yo no vivo en este casoplón, en realidad. Mi piso está en Islington y ni siquiera es mi apartamento. Mi amiga me alquila una habitación. —Lo pienso un instante y de pronto abro mucho los ojos—. ¿Alguna vez has metido la pata delante de un chico guapo? Porque yo sí —sentencio, y una sonrisilla se me escapa—, constantemente —añado alargando cada vocal. Me parece oír cómo William le dice algo a Oliver y de reojo creo ver que el segundo se marcha—... y hoy pensaba beber mucho para dejarme llevar y olvidarme de todo, porque siempre está como superenfadado conmigo y encima hay otro chico, que también es asquerosamente guapo, qué castigo —me lamento ¿por qué no pueden ser feos, horrendos, rollo teleñecos?—, pero estoy superconfusa porque sólo somos amigos, pero me hace sentir como si yo fuese lo más importante de su mundo y creo que él es lo más importante del mío, y encima me dice cosas muy bonitas como que me necesita y siento algo aquí —puntualizo llevándome la mano al corazón— cuando me las dice y...

La camarera pone una mano sobre la mía para frenarme y se inclina ligeramente sobre mí.

—Creo que es mejor que dejes de hablar —me aconseja mirándome a los ojos—. Te lo digo por corporativismo de chica que sabe lo que es cagarla delante de un tío así.

La señalo con el índice y el pulgar estirados. Mensaje captado.

La chica me sonríe con empatía y se marcha.

—Yo también me marcho —anuncio volviéndome.

Ya no hay rastro de Oliver. William me mira, pero no dice nada. Aprovecho para contemplarlo otra vez a él y pensar muchas cosas que, con toda probabilidad, no debería pensar: como las ganas que tengo de que me abrace, de olerlo, de sentir el peso de su cuerpo sobre el mío. Sin embargo, básicamente, él me odia y yo he roto con él, así que no tengo nada que hacer.

—Me marcho —repito.

Pero cuando voy a hacerlo, él me agarra de la muñeca, deteniéndome, y yo no dudo porque el alcohol me da las fuerzas necesarias y porque puede que nunca tenga una oportunidad mejor. Doy un paso hacia él y apoyo las dos palmas de las manos y la cabeza en su pecho. Su olor, su calor, me envuelven, y algún tipo de reacción química se produce dentro de mí y estalla y el aire huele mejor, la música suena más alto, mi saliva sabe mejor. Ya ni siquiera tengo sed.

—Ava —me llama o me reprende, ¿quién sabe?

—Sólo quería saber qué sentiría tan cerca de ti una vez más —me defiendo sin separarme—. Te prometo que no volveré a hacerlo. Ya sé que me odias.

Su cuerpo se tensa de una manera completamente diferente y un rugido atraviesa su torso.

—Joder, Ava. Yo no te odio.

Sus palabras tambalean todo mi universo. No es lo que ha dicho, que obviamente también, es cómo lo ha dicho. Necesita que lo crea.

Me separo y busco su mirada, que ya me esperaba. La música suena a nuestro alrededor. Se oyen las risas, las palmas febriles de los que bailan, el rumor de la felicidad entre canciones.

—Entonces, ¿por qué te comportas así conmigo?

—No quiero tener esta conversación contigo ahora ni tampoco así.

—Sé que pasa algo, pero tú no quieres decírmelo. Yo sí quise hablar, intenté explicarte lo que ocurre con Tyler, pero tú no me dejaste... —De pronto caigo en la cuenta de algo y el estómago se me encoge de golpe—. ¿Dónde está Tyler? Hace más de una hora que no lo veo y esto está lleno de alcohol.

—Tyler está bien —replica, y parece molesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco mucho mejor que tú —gruñe malhumorado.

—No me hables así —me quejo separándome un paso más, frunciendo el

ceño enfadada.

William niega con la cabeza a la vez que un resoplido se escapa de sus labios y, despacio, se inclina sobre mí.

—Creí que te ibas —sentencia.

Le mantengo la mirada. ¡No me puedo creer que me haya dicho eso!

—Estás enfadado. ¡Genial! —le espeto alzando las manos—, porque yo lo estoy mucho más contigo. No soy tu juguete, William Hamilton.

Antes de que pueda decir o hacer nada, giro sobre mis talones y me alejo de él, entremezclándome con el centenar de personas que bailan en el salón del Estudio.

—¿Dónde te habías metido? —me pregunta Frankie al verme llegar.

Emmet, a nuestro lado, baila entregada.

—Necesito encontrar a Tyler. ¿Lo has visto?

Frankie echa un vistazo a su alrededor y se encoge de hombros.

—Préstame tu copa.

Sin dejarla contestar, se la robo, chica poco precavida, y le doy un sorbo mientras me marcho en dirección opuesta a la que vine.

Me muevo entre la gente sin dejar de buscar. No tardo en verlo, sentado en la escalera, hablando con un par de chicos y una chica con el pelo rosa chicle.

—Hola —lo saludo veloz, creo que interrumpiendo su conversación—. ¿Estás bien? —demando preocupada.

Tyler sonríe.

—¿Y tú?

Pregunta justificada. Me he trabado al decir «bien».

Asiento, aunque me cuesta más trabajo del que debería. Al ver que no ha ocurrido nada, la preocupación se esfuma y con ella la adrenalina y de pronto me siento... cansada.

—¿Por qué no salimos a tomar un poco el aire? —inquiere levantándose grácil, buscando de nuevo mi mirada.

Me quita la copa de la mano, la deja sobre uno de los escalones y me toma

de la cintura. Sospecho que teme que vaya a perder el equilibrio. Los tacones son altos, pero me veo capaz de andar con ellos. Además, el no debería cogerme de la cintura porque sólo somos amigos y los amigos no hacen eso y me gusta que lo haga y me siento bien sólo porque él está cerca.

—Sí. —Mi voz suena más baja de lo que pretendía y, algo torpe, me zafo de su agarre.

Tyler sonríe, concediéndome la huida. Espera, ¿está siendo condescendiente conmigo?

El aire fresco me golpea la cara y lo agradezco. Creo que no sabía cuánto lo necesitaba hasta que lo he sentido.

Tyler me indica la ornamentada y gruesísima baranda de piedra con la palma de la mano, cediéndome el paso. Yo asiento otra vez y camino hasta ella, apoyando las dos palmas sobre la piedra blanca cuando llego. La observo un segundo y no puedo evitar sonreír. Esta baranda marca la frontera entre el reino del pop y el cielo de Covent Garden.

—¿Cuánto has bebido? —plantea observándome.

—No estoy borracha —me defiendo.

Tyler sonríe socarrón. ¿A qué ha venido eso?

—¿Quién lo duda? —responde como si hubiese adivinado en qué estaba pensando.

—Estaba preocupada por ti, porque...

Aparto la mirada. No sé cómo seguir sin mencionar la palabra *alcohol* y no me parece una buena idea. Sería como llevar la soga a la casa del ahorcado. Aunque esta fiesta es algo así como una barra libre gigante. Supongo que el ahorcado está de juerga en el patíbulo.

—¿Porque estamos en una fiesta llena de alcohol y gente bebiendo?

Lo miro de reojo.

—Sí.

—Estoy bien, Ava —afirma—. Puede que a veces me comporte como un gilipollas inconsciente, pero nunca lo haría en una fiesta así. Sería la próxima

portada de todas las revistas y le haría daño a la gente que me importa.

El alcohol se disipa el tiempo suficiente para recordar lo que me contó sobre su familia, como ha dado por hecho que es mejor que estén en Dover.

—¿Hablas de tu madre y de tu hermana?

Tyler me observa y otra vez vuelvo a tener la sensación de que va a decir algo, aunque finalmente decide guardar silencio.

—Gracias por preocuparte —declara.

Me muerdo el labio inferior, sintiendo cómo sus palabras me calientan por dentro.

—Haces que me sienta especial —suelto a bocajarro—, como si tu mundo fuese un poquito mejor porque yo estoy en él. Tenía un novio, ¿sabes? Y creo firmemente que, si una noche no hubiese ido a casa para dormir, no se habría dado cuenta hasta el día siguiente, cuando nadie hubiese apagado el despertador.

Tyler vuelve a sonreír de una manera dulce y preciosa.

—Pues entonces creo firmemente que era un gilipollas.

Ahora la que sonríe soy yo. Mi mirada se queda en la suya y esa familiar sensación de una perfecta intimidad se instala entre los dos. Alzo la mano para meterme un mechón tras la oreja, pero, entonces, me pica la nariz y después la mejilla y acabo pasándome la palma por toda la cara.

Tyler atrapa mi mano con suavidad y la bajo, conservándola en la suya.

—Creo que deberías dejar de beber.

Niego con la cabeza.

—Te he dicho que no estoy borracha.

—Y te creo —repone veloz—, pero ¿qué tal si vamos a buscar una botella de agua y después te acompaño arriba?

Vuelvo a negar con la cabeza, y con el movimiento, por un segundo, todo me da vueltas.

—Aún es temprano —digo separándome de la enorme baranda de piedra y de su mano..., me gusta su mano—. Quiero bailar un poco más.

—Ava... —me reprende.

—Tyler... —lo imito y me río porque ha sido gracioso, pero acto seguido arrugo la frente, enfadada. Soy adulta. No tiene ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer.

Tyler suspira divertido, recorriendo mi rostro con sus ojos grises increíbles, preciosos, espectaculares...

—Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca —me sincero.

Contiene una sonrisa, tratando, como un perfecto caballero, de no darle importancia a mi brote de sinceridad provocado por el alcohol... Por cierto, ¿dónde está mi copa?

—Gracias.

—Cuando tenía quince años, estaba tan enamorada de ti... —confieso arrastrando las vocales de alguna que otra palabra—. Mi preferido siempre ha sido William, pero cuando te miraba, sentía que... sentía esa cosa que... esa cosa que hace que no puedas dejar de mirar... a lo que sea que estuvieses mirando.

La sonrisa de Tyler se ensancha llena de una dulce condescendencia y apoya las palmas de las manos en la baranda, tensando sus perfectos antebrazos bajo su camisa vaquera gastada y remangada... y otra vez esos tatuajes. Señor, ¡qué cruz!

«Estaba intentando explicar algo», me recuerdo.

—Eres tan guapo y tienes esa voz... Siempre conseguías que pensara que cantabas para mí. —Frunzo el ceño recordando algo—. Incluso en el concierto donde os conocí, ¿sabes? Yo estaba viéndote y tú estabas cantando mi canción preferida y no pude evitar pensar que lo hacías para mí, como si estuvieses llamándome, como si sólo estuviésemos tú y yo en el mundo —me muerdo el labio inferior, porque esa visión me resulta de lo más tentadora—; sería un mundo genial.

—¿Cuál es tu canción preferida?

—*All the damn times I had her under me.*

Tyler me observa un puñado de segundos, en silencio.

—Siempre he odiado esa canción.

Frunzo el ceño. ¿Cómo puede odiarla? Es una canción preciosa.

—Y no fui quien la escribió —interrumpe mi línea de pensamientos.

—Ya lo sé —replico encogiéndome de hombros—, pero tú la cantas... para mí.

Él me mantiene la mirada y otra vez siento cómo un millón de emociones la cruzan, cómo crecen en el fondo de sus ojos grises. Me siento como si acabara de confesar muchas cosas con sólo dos palabras y de pronto estoy asustada. Asustada de todo lo que Tyler puede hacerme sentir si lo dejo, de todo lo que ya me hace sentir, porque con las mariposas y el latir de corazón también pueden llegar las lágrimas y puedo perderlo.

—Pero entonces esa chica joven y delgada y guapísima salió de tu camerino —añado enfadada. El mecanismo de defensa más viejo del mundo —. ¿Por qué lo haces?

—Porque es lo que todo el mundo espera que haga.

Frunzo el ceño. El alcohol está poniéndome realmente complicado enfocarlo con claridad, pero esa frase es importante y no es la primera vez que la pronuncia.

—Ya me dijiste eso una vez y no lo entiendo. Olvídate del mundo, Tyler. No tienes que hacer lo que los demás deseen que hagas. Quédate sólo con lo que te quieras quedar.

Tyler vuelve a sonreír. Lo hace lleno de ternura, pero también está lleno de condescendencia, otra vez.

—Dime una cosa —me envalentono—, ¿qué te parezco, inocente o idiota?

—Ninguna de las dos cosas.

—Pues deja de sonreírme de esa manera.

Tyler se muerde el labio inferior, a punto de sonreír ¡precisamente así!

—Tyler —me quejo.

Él agacha la cabeza, sin duda alguna para no dejarme ver cómo sonríe.

Cuando la alza, su mirada busca de nuevo la mía y la encuentra y me hace sentir un montón de cosas bonitas y yo suelto un profundo suspiro porque no quiero estar en ningún otro lugar, no quiero alejarme de él un mísero paso.

—A veces tengo miedo —me sincero.

Oh, alcohol, *mon ami*.

—¿De qué?

—De haber perdido la oportunidad de estar contigo. Nunca tendría que haberte dicho que no quería que me besaras porque sí quería, pero no quería que tú lo quisieras así, sólo porque sea lo que haces, y ahora estoy muerta de miedo porque cada vez me cuesta más trabajo pensar en algo que no seas tú y quiero que me beses. —Niego con la cabeza suavemente, aunque es el gesto equivocado. Decir todo esto en voz alta está siendo liberador—. Tengo tantas ganas, pero tú no vas a hacerlo porque estás en mitad de un viaje de autodescubrimiento de la hostia y me alegro mucho por ti, pero ya no besas a chicas.

Vuelvo a encogerme de hombros, más torpe que la última vez.

Tyler vuelve a tomarse un número de momentos indefinido para observarme, para tratar de leer en mí. Finalmente ladea la cabeza hasta perder su preciosa mirada en el cielo de Londres. Noto su cuerpo tensarse casi imperceptiblemente, como si se estuviese conteniendo. Me permito observarlo sin restricciones y sigo con la vista el perfil de su armónico rostro. Esa extraña y atractivísima mezcla aniñada y dura a la vez, un punto de dulzura, toneladas de tentación y esa suave sensación de estar roto que siempre reflejan los ojos grises más bonitos del mundo.

—Deberías subir y descansar —dice al fin, mirándome de nuevo.

La idea de que se está conteniendo se hace aún mayor.

Niego con la cabeza.

—Tenía un plan —replico—: Beber y olvidarme de todo, y el plan no está saliendo como esperaba y es porque creo que no he bebido todo lo que debería.

—Tienes que subir.

Achino la mirada.

—Si ya no me besas como si fuese tu *groupie*, no puedes darme órdenes como si fuera una.

Tyler vuelve a sonreír de esa manera tan edulcoradamente condescendiente... ¡Qué cabronazo!

—Estás acostumbrado a que todas se enamoren de ti, ¿verdad? —me quejo, y ahora que lo estoy haciendo, no estoy segura de si es un reproche por sonreírme así o por dejar que todas esas chicas se enamoren de él cuando yo estoy aquí, ¡viéndolo!, ¿acaso no se da cuenta?—. Pobre Tyler Evans, tiene que ser tan duro.

—Ava —me reprende.

Doy un paso hacia atrás algo torpe.

—Me voy —sentencio.

Tyler también se separa de la baranda, la frontera del reino, preparado para atraparme si decido ser fiel a mis palabras. Miro a mi alrededor. ¿Por qué todos los hombres guapísimos de mi vida han decidido ponérmelo difícil esta noche? Veo a un grupo de personas que sale a la terraza. Sonrío. *Perfectro*. Serpenteo entre ellas y accedo al salón antes de que Tyler pueda atraparme. Acelero el paso y me mezclo con todos en la pista de baile. ¡Me he librado!

—¿Dónde te has metido? —vuelve a preguntarme Frankie al verme.

Emmet, a su lado, se mueve con más tesón que don. Creo que está imitando a ese tipo de «Britain's Got Talent» que inventó el *rapbells*: mitad canciones de 50 Cents, mitad villancicos. Aquello no era una mezcla, era una fechoría; te pasabas toda la canción esperando que Baltasar atracara una tienda de licores.

—Creo que me gustan dos chicos —le digo.

—A mí me gustan muchos chicos —contesta Emmet. Debí imaginarlo.

—No, idiota, hablo de gustarme de verdad, de algo profundo y sincero y sexual y agotador.

Muuuuy agotador.

—¿Y así te gustan los dos? —inquiere Frankie.

Asiento con cara de pena.

—¿Están buenos? —demanda miss Islington.

—Son el de la derecha del póster que tenías sobre tu cama cuando tenías quince años y el segundo por la izquierda de ese mismo póster.

Emmet hace memoria. Emmet abre mucho los ojos al comprender a quiénes me refiero. Emmet asiente con la boca torcida y un gesto de satisfacción.

—*Ya znal eto* —responde, y la miro sin entender una sola palabra—. Significa «lo sabía», en ruso.

—¿Sólo sabes decir cosas en otros idiomas para sentenciar acerca de mi vida sentimental? —protesto.

—Y sexual —añade satisfecha—. Soy una persona muy cosmopolita.

—No pueden gustarte los dos —me corrige Frankie y, aunque el alcohol me lo pone complicado, creo que está enfadada—. Tienes que elegir entre Tyler y William y tienes que hacerlo ya.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo sabes que son Tyler y William?

—Vivo aquí, ¿recuerdas? —replica—. Y tú tienes que elegir.

—Guapísimo número uno o guapísimo número dos —irrumpe Emmet haciendo una personal adaptación de *Hamlet* de Shakespeare—, ésa es la cuestión.

La miro. Confusión. Alcohol... Creo que necesito más alcohol.

—Hombres guapos, grandes problemas —siento cátedra, como si de repente fuera la Confucio de las relaciones sentimentales.

—Grandes folladores, grandes problemas —me corrige Emmet.

Lo pienso un instante.

—Mentira —replico—, porque no sé cómo follan ninguno de estos dos, pero ya me están dando problemas.

—¿Y tú cómo crees que follan? —contraataca como si fuera obvio y, para mi desgracia, creo que lo es—. De escáándalooo —sentencia.

Observo su copa.

—¿Me la das? —le pregunto señalándola.

Ella frunce el ceño sin entender a qué me refiero, pero entonces recuerda que tiene un cóctel en la mano derecha.

—Te la presto —me ofrece, tendiéndomela.

Me vale.

Le doy un trago y decido que se acabó el pensar en hombres atractivísimos porque pensar en hombres atractivísimos nunca trae nada bueno, y si no que se lo pregunten a Madona o a las que siempre eligen a los hombres sin camiseta en Tinder. Lo mejor es volver a mi plan original: beber, bailar y olvidarme de todo. Pero, entonces, la habitación empieza a girar, deprisa. Doy un paso atrás y cierro un ojo tratando de que el otro, al verse solo, espabile y consiga que la casa deje de dar vueltas.

—Chicas... —murmuro.

Y el horizonte se inclina.

Abro los ojos y observo a mi alrededor. Todo está borroso. Estoy boca abajo, nos estamos moviendo. Mis manos se agarran por inercia a un cinturón... ¿A un cinturón? Alguien me está llevando en su hombro. Alguien me mira. Lo miro. Reconozco el cinturón.

—¿Tyler? —murmuro.

Y los ojos se me cierran.

12

Bruno Mars. *Just the way you are*

Me levanto sobresaltada. No estoy en mi habitación. Meto la cabeza bajo las sábanas y suspiro aliviadísima al ver que llevo puestas las bragas, pero esta camiseta... Regreso de debajo de las sábanas y la observó tirando de ella con las dos manos. ¿De quién coño es? Miro a mi alrededor con más detenimiento y cada detalle empieza a darme pistas en el mismo sentido. El olor de la almohada. Huelo la camiseta y cierro los ojos casi como si me hubiera vuelto adicta a este olor, cosa que, con toda probabilidad, sea verdad, pero ya ahondaremos en ese problema más tarde... ¡Demonios! ¡Estoy en la habitación de William!

—Buenos días —me saluda saliendo en ese preciso instante del baño.

Ya se ha vestido. Lleva unos vaqueros y una camisa de cuadros remangada y con un botón de más de los de arriba desabrochado y, como siempre, le queda de lujo.

—¿Qué hago aquí, William?

—Dormir la borrachera —contesta sin mirarme, dirigiéndose a la cómoda para recoger su teléfono y revisar algo en él.

Los recuerdos de la noche anterior van luchando contra mi resaca hasta aparecer en el fondo de mi mente. Bebí muchísimo y estoy segura de que fui más sincera de lo que debería. ¡Santo cielo! ¡Me apoyé en su pecho y le dije que quería sentirlo así de cerca al menos una vez más! ¡Y después me fui a buscar a Tyler! ¡Dios, le dije que quería besarlo! ¡Tierra, trágame, por favor!

—¿Dónde está mi ropa?

Me esfuerzo en sonar muy digna para compensar todo lo que hice ayer.

¿Me dediqué a pedir copas prestadas?

—Tuve que quitártela —responde todavía concentrado en su móvil—. Te vomitaste encima.

Genial.

No te hundas.

Mantén el tipo.

—¿Y por qué no me llevaste a mi cama?

—Lo hice —replica. Se mete el *smartphone* en el bolsillo de los vaqueros, rescata dos púas que había sobre el mueble y se las guarda también. Por fin se gira para mirarme—, pero también vomitaste allí.

Como colofón, su media sonrisa más socarrona.

Tierra, en serio, ¿a qué estás esperando para tragarme?

—Lo siento —digo con la boca pequeña, muerta de la vergüenza— y te lo agradezco, pero Emmet podría haberse encargado de mí.

William da un paso más hacia la cama al tiempo que se cruza de brazos.

—Emmet... —repite fingiendo hacer memoria—. La última vez que la vi estaba comprobando una a una todas las habitaciones, buscando una libre mientras tiraba de la mano de un chico con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién sonreía?

William tuerce los labios, conteniendo una sonrisa.

—El chico.

—Menos mal —sentencio aliviada, cerrando los ojos—. Siempre me ha preocupado que un día me llamen de una comisaría diciéndome que la han detenido por seguir a un chico guapo hasta los lavabos de una gasolinera o algo así.

Abro los ojos y doy una larga bocanada de aire, tratando de controlar el bochorno. Hago cuentas mentales bajo su atenta mirada: borracha hasta decir basta en una fiesta alucinante, vomité, quiero pensar que sólo una vez, manché mi ropa y mi cama, y acabé durmiendo en el cuarto del mismo chico con el que terminé porque considera que besarme es un error y yo considero que me merezco algo mejor porque mi amiga, que en un futuro acabará en una reunión

de adictos al sexo presidida por Michael Fassbender, había ligado... Perfecto. Voy a mudarme a vivir con los esquimales, donde no haya posibilidad de que vuelva a encontrarme con nadie que conozco ni siquiera por fotografía.

—¿Y por qué te ocupaste de mí? —inquiero.

La mirada de William cambia, pero yo se la mantengo. Después de nuestra breve pero intensa historia, tengo derecho a saber por qué se comporta así conmigo.

—¿Habrías querido que lo hiciera otro? —ruge.

—Habría querido lo mismo que quiero ahora, que me respondas. ¿Por qué lo has hecho?

Él no aparta sus ojos de los míos, pero guarda silencio y estoy empezando a cansarme de esto. Se lo dejé muy claro y lo mantengo: no puede hacer conmigo lo que quiera.

Voy a marcharme, pero, pillándome desprevenida, en un rápido movimiento, me agarra la mano y tira de mí hasta arrodillarme al borde de la cama, justo frente a él. Gimo por la sorpresa y sus ojos verdes y marrones se clavan en mi boca como si fuera Ulises siguiendo un canto de sirena. Está cerca, muy cerca, y, tal y como pasó ayer, su calor, su olor, me sacuden, me marean, me dejan al borde de muchas cosas.

—No te habría llevado a la cama de ninguna otra persona por nada del mundo —ruge con la voz ronca, masculina, casi malhumorada, casi intimidante, clavando sus ojos de nuevo en los míos.

Sus dedos siguen rodeando mi muñeca y el aire entre los dos parece cambiar otra vez. Mi pecho se infla acelerado bajo su camiseta. Su mano, junto a su pierna, también está muy cerca de la mía desnuda.

—No podemos seguir así —murmuro, y reconozco que no sueno todo lo convencida que debería—. No puedes pasar de mí y luego comportarte así, William. Me haces daño.

Levanto la mirada y mi voz casi se evapora al final de la frase. Es William Hamilton, es él, y creo que mi mundo dejó de girar cuando lo vi en el

backstage de París.

William alza la mano despacio y me mete un mechón de pelo tras la oreja. Prolonga el gesto y sus dedos se posan sobre mi mejilla, perdiéndose bajo mi pelo, bajando provocadores hasta mi cuello mientras sus ojos siguen el movimiento.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Creo que ni siquiera controlo mi propia respiración.

—¿De verdad crees que te odio? —inquiere casi contra mis labios.

Dudo, pero en el fondo no sé por qué lo hago. Ni siquiera fue capaz de dedicarme una palabra cuando le dije que habíamos terminado.

—Ava —susurra, y hay un punto de frustración en la manera en la que pronuncia mi nombre—, mi vida sería mucho más sencilla si pudiese odiarte.

—Yo sólo quiero que me cuentes qué ocurre, que entiendas la relación que tengo con Tyler.

—¿Y qué relación tienes?

No me lo pregunta, me desafía, y en el fondo, aunque quisiese, tampoco podría definirla. Me importa. Me gusta. No quiero que ninguna chica se le acerque. Lo necesito.

—No lo sé —confieso.

Y me siento la persona más mezquina del planeta, porque son sólo tres palabras y una horrible verdad a medias. Aun así, le mantengo la mirada porque, a pesar de todo, no tengo nada por lo que esconderme. William y yo hemos terminado.

—¿Te das cuenta de lo jodidamente complicado que me lo pones?

—¿Alguna vez te has preguntado cómo de complicado me lo has puesto tú a mí? —replico.

William me observa unos segundos más y, esa cruenta batalla interna, regresa. Finalmente niega con la cabeza, otra vez frustrado, y traga saliva.

—Por eso enredarse con una fan nunca trae nada bueno para nadie.

Esa frase duele. Duele mucho.

—¿Eso es lo que soy para ti? —pregunto alejándome de él a través de la enorme cama—. ¿Una fan?

Puede que así empezara todo esto, pero él es mucho más para mí que William Hamilton.

Frunce el ceño sólo un segundo, como si no lograse entender por qué estoy reaccionando así.

—Sí —contesta manteniéndome la mirada.

No me lo puedo creer. Asiento varias veces, aturdida y enfadada. ¿Eso es lo único que soy para él? Aunque en realidad no sé de qué me sorprendo, supongo que no soy la primera chica que ha dormido en esta cama después de una fiesta, ni la única a la que han invitado al Estudio mientras preparan un disco.

Me levanto molesta y miro a mi alrededor en busca de mi ropa, pero obviamente, dado el estado en el que debió de acabar anoche, no está aquí. Me da igual y, tal y como estoy, echo a andar hacia la puerta. Sólo quiero largarme de este cuarto.

—Ava —me llama, y tiene el valor de sonar condescendiente.

—No te preocupes, William —replico sin volverme—. Lo has dejado todo muy claro.

—Ava... —repite.

Pero no le doy opción a que diga lo que pensase decir y salgo de su estancia, despidiéndome con un sonoro portazo.

¡Estoy cabreadísima! ¡Una fan! ¡Sólo me ve como a una fan!

Estoy sólo a unos pasos de mi dormitorio cuando oigo un ruido a mi espalda y unos pasos acelerados acercarse a mí.

—Ava.

Me vuelvo y me encuentro con los ojos grises de Tyler, que me recorren de arriba abajo. En cuanto se topa con mis bragas y con la camiseta de su amigo, tensa la mandíbula. Yo trato inútilmente de que la prenda de pronto mida dos metros y me tape hasta los dedos de los pies. Está claro que no le ha hecho la

más mínima gracia y que está enfadado y automáticamente eso me pone en guardia, como si estuviese preparándome para entrar en el segundo asalto de un combate.

—¿Has dormido con William? —me espeta malhumorado.

—Estaba borracha, casi inconsciente, y vomité en mi cama.

Tyler no es capaz de levantar los ojos de mi camiseta, cada vez más cabreado por que no sea mía y porque es más que obvio que no fui yo quien me la puse.

—Y también en mi ropa —añado tirando de la camiseta, tratando de que entienda que mi cambio de vestuario tuvo un único objetivo.

Gruñe un juramento entre dientes al tiempo que se pasa las manos por el pelo.

—Si hubieses subido cuando te lo dije, nada de esto habría pasado.

Recuerdo vagamente que Tyler me ofreció agua y acompañarme arriba, pero yo quería bailar. ¡Era una fiesta! ¡Estaba en todo mi derecho! También recuerdo que lo vi a unos pasos, observando cómo William me llevaba escaleras arriba.

Oigo otro ruido y nuevos pasos, pero no les presto atención.

Además, ¿qué demonios le pasa? Sólo somos amigos, ¿no? Se supone que soy yo la única que siente algo más en esta espiral de amistad, ojos grises y tatuajes.

—Estaba en una fiesta. Sólo quería bailar y olvidarme de todo.

—¿Así es cómo te olvidas de todo? —ruge cabreadísimo—. ¿Con otro tío? ¿A él también le vas a echar la bronca cada vez que te bese?

¿Acaso está celoso? Un millón de ideas atraviesan mi mente y todo se vuelve aún más confuso.

—¿Cada vez? ¿Cuántas jodidas veces te ha besado?

La voz atónita y con una ira nivel termonuclear pertenece a la misma persona cuyos pies percibí antes, William, y me parece absolutamente

increíble que se comporte como si estuviera celoso ¡cuando para él sólo soy una fan!

—Tú no eres mi novio —respondo y, como no sé muy bien a cuál de los dos se lo estoy gritando, concreto—: Ninguno de los dos lo sois, así que no tengo por qué daros explicaciones de lo que hago en una fiesta cuando decido emborracharme porque... —la verdad: porque me están volviendo completamente loca, pero me niego en rotundo a darles ese poder—... porque... —piensa, piensa, piensa—... porque sí, joder.

Tyler niega con la cabeza, con los labios apretados, sin poderse creer lo que está oyendo. William se cruza de brazos, conteniéndose, fulminándome con la mirada, pero yo ya he pillado carrerilla y no pienso parar. Además, que me miren como si estuvieran poco menos que ultrajados, ¡es el maldito colmo!

—Los dos os comportáis como si pudierais hacer y deshacer conmigo a vuestro antojo. Tú —digo señalando a Tyler—, al principio me tratabas como si fuera tu juguete, sin molestarte siquiera en dedicarme una mísera palabra. Después, me dices que somos amigos, que me necesitas, pero nunca te has molestado en saber qué necesito yo, qué quiero. Si... —«Si, ser sólo amigos, me vale. Si puedo permitirme dormir cada noche contigo y arriesgarme a sentir todo lo que siento.» Cabeceo. No quiero pronunciar esas palabras—. Y tú —añado girándome hacia William—, te enfadas y te comportas como un auténtico capullo conmigo y me besas y me echas y después tienes el valor de ponerte celoso, y lo cierto es que no sé por qué, si sólo soy una fan para ti.

William tuerce un segundo los labios. Parece que recordar sus propias palabras no ha sido un plato de buen gusto para él.

—Ninguno de los dos se ha molestado en conocerme lo más mínimo o preguntarme cómo me siento —continúo, demasiado enfadada para controlarme—. Para mí toda esta situación, todo lo que ha pasado, incluso el hecho de estar aquí, en esta casa, con los No Regrets, es grande y alucinante y duele y a veces me sobrepasa un poco y sería genial que alguno de los dos, en

algún momento, me preguntase «ey, Ava, ¿cómo vas?», pero supongo que eso es mucho pedir —sentencio decepcionada.

Resoplo. ¡Dios! ¡Tengo tantas ganas de gritar!

—¡Joder! —me desahogo, y entro en mi habitación cerrando con otro portazo bajo la furiosa mirada de ambos.

Sola, trato de calmarme un poco, pero es una tarea bastante complicada. Salgo a la terraza, pensando en relajarme con las vistas, con el rumor del trasiego de la gente abarrotando la plaza, pero no funciona y acabo entrando al cabo de un par de minutos. Cojo mi diario y empiezo a escribir, pero estoy tan cabreada que las palabras brotan más rápido de lo que mi mano es capaz de asimilar y acabo lanzándolo a la cama y dejándome caer sobre ella.

Las sábanas limpias huelen a jabón de Marsella. Cierro los ojos, mortificada. Esto es un asco; quiero decir, sé que he hecho lo que tenía que hacer... Tenía razón en lo que he dicho, pero odio estar enfadada, nunca ha sido algo que fuera conmigo y sí algo que le ha venido muy bien a impresentables que he tenido a mi alrededor, como Martin, pero es que, además, odio mucho más estar enfadada con ellos, aunque claramente ninguno de los dos se merezca semejante pleitesía y yo sea una completa idiota por sentirme así. Vuelvo a resoplar. ¿Veis como es un completo asco?

Llaman a la puerta y me levanto de golpe. Quizá sean ellos, dispuestos a pedir disculpas. Puede que una canción a dúo. Eso sería un gran comienzo para conseguir que los perdonara.

Aún no he dado un paso cuando abren desde el otro lado y Frankie aparece con una bandeja y tres vasos con un líquido de un color verde que, con total franqueza, no debería ser nada que se beba.

—¿Cómo llevas la resaca? —me pregunta.

Tuerzo los labios. Había olvidado que la tenía.

—Mal —miento, porque lo que llevo fatal es otra cosa, pero no quiero hablar de ellos.

—Esta cosa con pinta de vertido químico —me explica caminando hasta

una de las mesitas de noche y dejando la bandeja— es el mejor remedio conocido por la humanidad contra las postfiestas.

Se sienta en la cama, apoyando la espalda en el cabecero y estirando las piernas a lo largo del colchón. Me pasa uno de los vasos y coge otro para ella.

—No lo huelas —me advierte.

Miro el potingue con una mezcla de asco y aversión y, a continuación, la miro a ella.

—No quiero.

—No seas cría —protesta.

Empieza a beber y la imito. ¡Por Dios, sabe a rayos mezclado con centellas y una nube negra de lluvia ácida!

—No puedo. —Me rindo con el segundo sorbo, me abro paso a través del colchón hasta la bandeja y dejo el vaso antes de colocarme al lado de Frankie, imitando su postura.

—Te hacía más valiente, Ava.

Arrugo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que no creí que te achantarías ante un remedio contra la resaca casero después de haberles gritado a Tyler y a William que son dos gilipollas, en bragas —añade—, en el pasillo de su propia casa —reañade.

Cierro los ojos al tiempo que frunzo los labios.

—¿Me has oído? —inquiero avergonzadísima.

—Te he oído —certifica.

—¿Y crees que estoy loca? —demando abriéndolos de nuevo.

—No, creo que les has dejado claro a los dos que no eres ninguna *groupie* que va a darles carta blanca. Están demasiado mal acostumbrados.

—Ésa no era mi intención —digo separándome del cabecero y extendiendo suavemente las manos—, pero necesito que ellos entiendan que... —¿por qué no soy capaz de encontrar las palabras adecuadas?—... que...

—¿Que tú también tienes algo que decir?

—¡Sí!, gracias. Es tan frustrante...

—¿Y qué piensas hacer para solucionarlo?

—No lo sé —me quejo enfurruñada, dejándome caer de nuevo— y me encantaría saberlo.

—Pues, si quieres mi opinión —la miro. Claro que la quiero—, deberías hacerle caso a tu corazón. Él sabe lo que quiere, aunque tú no puedas ponerle nombre.

Y de inmediato pienso en Tyler.

La puerta vuelve a sonar. Frankie y yo nos miramos. Creo que las dos hemos tenido la misma idea. Me incorporo de nuevo, pensando que pueden ser ellos, pero otra vez, antes de que pueda dar un paso, la puerta se abre. Es Emmet, y su resaca puede notarse desde aquí.

—Hola —gruñe antes de tirarse en plancha en mi cama, boca abajo—. Quiero morirme.

—¿Remedio casero contra la resaca? —le ofrece Frankie, cogiendo uno de los vasos—. No lo huelas —le advierte.

—Gracias —responde Emmet sin levantar la cabeza del colchón—, pero no me meto nada en la boca que antes no pueda oler. Es mi regla de oro.

Ladeo la cabeza y acabo asintiendo. Es una gran regla.

Quiero dejar de pensar, pero no puedo.

—William me ha dicho que sólo soy una fan para él —murmuro triste.

Las chicas me observan con empatía.

—Creo que nada me había dolido tanto —continúo—, ni siquiera cuando descubrí que Martin me estaba engañando.

Creí que significaba algo para William, que detrás de todo ese enfado había algo más. Recuerdo cuando me llevó al estadio, cómo me curó la mano; llegué a pensar que le gustaba de verdad.

Resoplo y me tapo los ojos con las palmas de las manos.

—Soy una completa idiota.

—No te tortures —me pide Emmet agarrándome del pie, la única parte de

mi cuerpo al que llega desde donde está.

Gimoteo. Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Por qué no nos vamos de marcha? —propone Frankie—. La mejor manera de estabilizar el nivel de alcohol en sangre es seguir bebiendo.

—¿Eso es cierto? —demanda Emmet, realmente interesada.

Frankie se encoge de hombros.

—No lo sé —contesta sin remordimientos—, pero es una excusa para irnos de fiesta otra vez.

Emmet asiente y se levanta demasiado rápido, olvidando que tiene resaca y recordándolo de golpe.

—Me apunto —concreta en un quejido.

—Genial —responde Frankie—. Vamos, Ava.

Niego con la cabeza.

—No me apetece.

—Que te crees que vamos a dejarte aquí —me advierte Emmet, quien echa a andar hacia mí... pero sólo ha dado un paso cuando se ve obligada a estirar los brazos para mantener el equilibrio—. Ponte algo encima de esas bragas y vámonos.

Pienso en seguir discutiendo para mantener mi postura, pero, si con Emmet ya sería una ardua tarea, con Emmet y Frankie creo que resultará algo imposible.

Me doy una ducha rápida, me pongo lo primero que saco del cajón y nos marchamos.

No somos capaces de llegar muy lejos y acabamos en un pub irlandés a dos calles de la Piazza. Comida grasienta, te necesito.

Evito hablar de lo que pasó ayer y de los chicos, pero pensar es otro cantar y, como podréis imaginar, soy incapaz de dejar de darle vueltas a la discusión que hemos tenido.

Las chicas insisten en continuar la fiesta y vamos a Candem, pero yo, después de negarme algo así como siete veces y aguantar que me llamen «reina

de las insulsas cobardicas», regreso al Estudio. Sólo quiero meterme en la cama y ver una peli.

—Buenas noches, Brandon —saludo a uno de los guardaespaldas.

Él me dedica una profesional sonrisa y me mantiene la verja de hierro forjado abierta para que pueda pasar.

—Gracias —murmuro.

En el ascensor no puedo dejar de pensar que, quizá, debería recoger mis cosas y marcharme de nuevo a Islington. Se lo he insinuado a Frankie, pero me ha echado una auténtica bronca, manteniendo que fue ella quien me invitó a pasar mis vacaciones aquí. Sin embargo, no deja de ser la casa de los chicos y no tengo del todo claro que dos de ellos quieran tenerme bajo su mismo techo ahora mismo.

Subo la escalera con los pies pesados, pero todo cambia cuando llevo mi mirada hacia la puerta y encuentro a Tyler. Está sentado en mitad del pasillo, apoyado en la madera. Tiene las plantas de sus Converse en el suelo, las rodillas dobladas y sobre ellas, sus antebrazos, dejando que sus manos, casi entrelazadas, cuelguen en el centro. Tiene la mirada al frente y parece enfadado o puede que sólo serio.

—Hola —murmuro deteniéndome a unos pasos de él.

Al reparar en mi presencia, se levanta grácil.

—Hola —responde dando un paso hacia mí.

Sigo sintiéndome confusa y también enfadada, pero él está aquí y, aunque eso no cambia las cosas, sucede exactamente lo mismo que cuando lo encontré en el estudio de grabación, como cada vez que lo he tenido cerca en realidad: me siento mejor, y esa idea sencillamente eclipsa todo lo demás.

—¿Qué haces aquí? —Que me haga sentir mejor no significa que podamos hacer borrón y cuenta nueva sin más.

—¿Podemos hablar?

Asiento.

—Pasa —respondo abriendo la puerta y entrando.

Tyler me sigue y yo me detengo en el centro de la estancia. Me tiemblan las rodillas.

—¿Te parece bien que cierre? —inquiere.

Vuelvo a asentir.

—Sí.

El sonido de la puerta encajando en el marco atraviesa la habitación sólo para hacer más evidente el silencio que reina después.

Tyler gira sobre sus talones al tiempo que se pasa las palmas de las manos por los muslos. Es obvio que está nervioso, como si estuviera pisando terreno desconocido, y eso hace que, sea lo que sea lo que haya venido a decirme, tenga más valor, porque no resulta algo fácil para él.

—Te he estado esperando porque creo que debemos hablar.

Lo miro esperando a que continúe.

—Tenías razón —añade—. Me siento tan bien estando contigo, abriéndome a ti, que no me paré a pensar en cómo te sentías tú. Creo que es una de las cosas más desconsideradas que he hecho.

Atrapo un labio con otro y noto cómo mi corazón va despertándose feliz. Son las palabras exactas que necesitaba escuchar.

—Muchas gracias.

—He hecho una lista —prácticamente me interrumpe.

Está siendo tierno y torpe, haciendo algo que nunca ha hecho, que no sabe hacer, pero intentándolo por mí con el único objetivo de hacer que me sienta mejor. Nunca nadie había hecho algo así por mí.

—¿Una lista? —pregunto arrugando la frente.

—Llevo toda la tarde pensándolo y he anotado las preguntas que debería haberte hecho y quiero hacerte —me deja claro— para conocerte mejor.

Con la última palabra, sonríe y no puedo evitar hacerlo con él.

—¿Empezamos? —me pide divertido.

Asiento sin dejar de sonreír y los dos nos sentamos a los pies de la cama. En el camino hasta el mueble, Tyler se saca un papel del bolsillo de los

traseros, redoblado y algo manoseado, y lo abre. Puedo ver que está escrito a mano. Me gusta su letra.

—La primera es fácil —me anuncia—. ¿Naciste en Londres?

Lo miro con la misma sonrisa en los labios. No me puedo creer que esté haciendo esto.

—Sí, en el barrio de Saint Luke's. Mis padres llevan viviendo allí toda la vida.

Tyler asiente.

—Sospecho la respuesta, pero quiero ser minucioso —añade socarrón—, ¿y te gusta?

—¿Londres?

Vuelve a asentir una sola vez, con sus ojos grises fijos en mí.

—Me encanta. Creo seriamente que es el amor de mi vida.

—Es una ciudad con suerte.

Su sonrisa se transforma y todo a nuestro alrededor parece cambiar con ella, suavemente, despacio. Mi corazón acelera el ritmo otra vez, como si sus ojos le enseñaran a latir mejor, más rápido, a sentir más y más.

Bajo la cabeza, un poco sobrepasada, y una sonrisa nerviosa y feliz al mismo tiempo se cuela en mis labios.

—Siguiente pregunta —murmuro buscando de nuevo su mirada.

Tyler se muerde el labio inferior y lleva la vista al papel.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, una hermana. Es más pequeña que yo. Se llama Scarlett.

—¿Así que Ava y Scarlett Collins?

—En realidad es Ava Rose.

Tyler enarca las cejas. Está claro que no se lo esperaba.

—¿Tú no tienes segundo nombre? —replico.

—No, y creo que me siento incluso un poco ofendido de que no lo sepas —se queja fingidamente disgustado.

Abro la boca, indignadísima.

—No es justo —protesto—. Es sólo un detalle. Sé que mides seis pies, que tu talla de zapatos es la diez —la cuarenta y cinco en Europa, un pie muy grande—, que tienes treinta años y que, cuando tenías veintidós, después de un concierto en Hamburgo, saliste solo a dar una vuelta y a cenar, pero olvidaste el teléfono y la cartera y no tenías dinero para pagar; intentaste explicarle a la dueña del restaurante quién eras, pero no te creyó y te tuvo fregando platos hasta la una de la mañana.

Tyler esboza una media sonrisa.

—Así que ahora la cosa va de anécdotas bochornosas, ¿no? —me amenaza entornando los ojos con una malicia supersexy—, pues quiero algunas de Ava Rose Collins.

Niego con la cabeza antes de que pueda terminar la frase.

—No pienso contarte ninguna —le dejo clarísimo.

—Oh, sí —sentencia.

—Oh, no —replico, a punto de echarme a reír de puros nervios y mariposas—. No te las mereces, Tyler Evans.

—No me puedo creer que hayas dicho eso.

Y antes siquiera de pronunciar su última palabra, tomándome completamente por sorpresa, se abalanza sobre mí, agarrándome de las caderas en el mismo movimiento y tumbándome sobre la cama para inmovilizarme y tenerme a su diabólica merced mientras empieza a hacerme cosquillas.

—¡Para! —me quejo entre risas.

Todas mis súplicas caen en saco roto, aunque creo que no me importa demasiado.

—¡Para! —repito, revolviéndome entre sus manos—. Para, por favor —gimoteo.

Tyler se apiada de mí. Deja de hacerme cosquillas y mis carcajadas se detienen. Abro los ojos con una sonrisa en los labios y me encuentro con los suyos, muy cerca. Mi respiración sigue acelerada por la risa y poco a poco va

estabilizándose en un ritmo suave y sensual, como si supiera que no debe calmarse, no mientras su cuerpo esté casi sobre el mío, mientras su mano siga sobre mi costado, furtiva y posesiva a la vez.

Su mirada dibuja mi rostro, deteniéndose un segundo de más en mis labios antes de volver hasta mis ojos. Desde esta perspectiva lo siento más y también más mío. La dulce intimidad hecha postura.

—No recuerdo cuál era la próxima pregunta de la lista —susurra.

—No la necesitas.

No necesitamos nada más para mejorar este momento.

—Puedes preguntarme lo que quieras —añado.

—Cuéntame algo que quieras que sepa.

Vuelvo a buscar sus ojos grises y en este momento me doy cuenta de que, además de muchas otras cosas, son mi refugio.

—Martin y yo no lo dejamos porque los dos lo decidiéramos —empiezo a decir bajito—. Eso es lo que cree todo el mundo, porque fue lo que les conté. En realidad, me dejó él a mí. —Mi voz vuelve a descender un puñado de decibelios, pero eso no significa que no desee seguir hablando. Otra vez no entiendo el motivo y otra vez no me importa, pero quiero que lo sepa—. Me dijo que yo era la clase de chica con la que quieres estar cuando ya has cumplido los cincuenta y lo has vivido todo, que era buena persona, pero que no tenía nada de extraordinario.

Aparto la mirada y algo a medio camino entre un resoplido y un quejido triste se escapa de mis labios.

—Ni siquiera sé por qué te estoy contando todo esto —me sincero con una tenue sonrisa—. Nunca se lo había contado a nadie. Me siento vulnerable.

—¿Y te gusta? —inquiere con la voz áspera.

Asiento. Ni siquiera he tenido que pensarlo.

—Sí.

Me gusta no tener que levantar barreras, poder ser como soy, ni siquiera como quiero ser. Todos, incluso sin elegirlo, nos ponemos una máscara para

protegernos. Da igual si a quien tenemos delante es amable o una buena persona. El corazón es un órgano muy poderoso, pero también muy frágil, y poder entregarlo sin condiciones, sin promesas, nos llena y nos hace brillar. Nos hace ser por fin nosotros mismos.

La mano de Tyler se cierra sobre mi costado y me hago aún más consciente de su cuerpo, de cómo su pecho se hincha y se vacía, de su olor, de él.

—Ese Martin era un completo gilipollas y va a arrepentirse cada día de haberte dejado escapar —sentencia.

No quiero estar en ningún otro lugar.

Tyler se inclina despacio sobre mí, su cuerpo va cubriendo el mío. Alza despacio su mano y la acomoda en mi cuello, dejando que las puntas de sus dedos se pierdan en mi pelo esparcido en el colchón.

—Tú no eres extraordinaria, Ava —susurra con una seguridad infinita—. Tú eres más que eso. Podrías iluminar una habitación entera sólo con estar en ella.

Mi corazón estalla y sus labios se estrellan contra los míos llenos de sensualidad, de fuerza, de pasión. Alzo las manos buscando su cuerpo porque lo necesito de todas las maneras posibles. Tyler ladea la cabeza haciendo el beso más profundo. Me dejo llevar y me arqueo y siento la luz, el calor, la electricidad, la música.

Tyler se separa apenas unos centímetros y cubre mis labios con pequeños besos codiciosos que me arrancan más placer, que me preparan para una nueva invasión, para sentir todo lo que un beso puede darte.

Pero, de golpe, se aleja unos centímetros más.

—Esto no es una buena idea —pronuncia.

Y cuando abro los ojos, me doy cuenta de que él aún tiene los suyos cerrados.

—Somos amigos.

Yo asiento algo torpe. Puede que tenga cada célula embargada de placer, pero sé que tiene razón. Hemos construido algo maravilloso y no podemos

arriesgarnos a estropearlo. No puedo arriesgarme a perderlo.

—Tienes razón —coincido.

Sin embargo, antes de que pueda terminar mi frase, Tyler vuelve a besarme. Yo gimo contra sus labios y le devuelvo cada beso hasta que los dos nos separamos con la respiración trabajosa y el corazón latiéndonos con fuerza.

—Será mejor que me vaya —me anuncia con una sonrisa, llena de la suave frustración que sientes cuando luchas para volver a rendirte porque en el fondo es lo único que deseas.

Vuelvo a asentir sintiéndome exactamente igual, pero nuestras bocas parecen tener otros planes y vuelven a buscarse y volvemos a besarnos y después de un largo, glotón y absolutamente increíble beso, estallamos en risas porque comprendemos al unísono que ninguno de los dos tiene ningún control sobre la situación.

—Definitivamente tengo que irme —sentencia.

—Está claro que sí —contesto socarrona.

Antes de que volvamos a cambiar de opinión, los dos procuramos levantarnos. Tyler es el primero en ponerse en pie y me ayuda, cogiéndome de las manos, para que haga lo mismo.

Ya el uno frente al otro, el deseo es tan grande que se convierte en algo tangible, así que opto por alejarme unos pasos e incluso girar sobre mis talones en dirección a la terraza mientras Tyler también se aleja al tiempo que se rasca la nuca. Aunque es lo último que deberíamos hacer, volvemos a sonreír, casi reír. ¡Deberíamos poder controlarnos!, pero lo cierto es que no nos importa lo más mínimo.

Me vuelvo de nuevo.

—Me gusta que seamos amigos. Es genial y no quiero estropearlo.

—Yo tampoco —añado veloz y nerviosa, muchísimo—, y no sé si puedo tener algo nuevo... ahora. —Cabeceo acelerada. Las ideas se cruzan y

entremezclan. Es demasiado complicado—. Creo que no estoy preparada y creo que estoy asustada y no... no quiero perderte.

Nos miramos directamente a los ojos... un segundo más de lo necesario, dos, tres... Tyler echa a andar en mi dirección; me muerdo el labio inferior, mi respiración vuelve a ser un caos, pero al tercer paso se detiene en seco usando todo su autocontrol. Deshace lo andado y ahoga una carcajada frustrada en un resoplido.

—Joder —murmura entre dientes a punto sonreír otra vez—. No puede volver a pasar —me advierte.

Niego con la cabeza.

—No —certifico.

Pero ni nuestras palabras ni mi gesto han sonado todo lo convencidos que deberían.

Soy plenamente consciente de que no puede volver a pasar, ¡pero es que ha sido alucinante!

—Te veo después —se despide acelerado y también algo confuso, señalando vagamente la puerta a su espalda.

—Claro —respondo de igual forma, incluso balanceo los brazos inquieta y acabo dando una palmada antes de llevarlos de nuevo a mis costados.

Tyler echa a andar hacia la puerta. Sin embargo, cuando ya la ha abierto, ladea la cabeza y su mirada conecta con la mía por encima de su hombro. El nerviosísimo desaparece y sus ojos grises brillan sexis y traviesos, sin un solo átomo de arrepentimiento, exactamente como su preciosa media sonrisa y toda mi expresión.

—Buenos días, Ava.

—Buenos días, Tyler.

Ya sé que son casi las nueve y ha anochecido, pero no importa. No se trata de un saludo convencional. Con esas tres palabras me ha pedido que para nosotros el día comience ahora y la discusión de esta mañana quede atrás y, con las tres mías, he aceptado.

Sale de mi habitación y doy la bocanada de aire más larga de mi vida sin poder dejar de sonreír. ¿Qué ha pasado?, mejor dicho, ¡¡¡¿qué ha pasado?!!! Nos hemos besado y ha sido espectacular, pero también ha sido más que eso, mejor que eso. He sentido que no había nada entre los dos, ni un mísero secreto ni una mísera duda.

Un par de horas después estoy acurrucada bajo las sábanas, tratando de dormir, pero algo me dice que me será muy difícil. No puedo dejar de pensar, sentirme confusa y, prácticamente en el mismo segundo, sonreír. No puedo dejar de darle vueltas a todo.

***

Otro ruido. Me incorporo en la cama, pero entrecierro los ojos por culpa del sol. Ya es de día, aunque juraría que muy temprano. El ruido vuelve y de inmediato lo identifico. Alguien está llamando a la puerta.

Me bajo de la cama un poco malhumorada, no voy a negarlo, y voy hasta la puerta.

—Hola, Ava.

Es la última persona que esperaba.

13

One Direction. *Perfect*

—Hola, William.

Me agarro a la puerta sin saber qué otra cosa hacer. De pronto estoy muy nerviosa.

—Tenemos que hablar.

Asiento.

—Claro —añado—. Pasa.

Cierro la puerta tras él y me giro tratando de controlar mi respiración. Está en el centro de la estancia y mi habitación se ve extraña con él dentro, como si fuera demasiado pequeña para contenerlo. William es de esa clase de hombres a los que es imposible no mirar, que sobresalen, que dicen a gritos que nacieron para ser los mejores en lo que pretendan hacer.

—Las cosas ayer no salieron como quería —dice.

Asiento de nuevo y me cruzo de brazos a la vez que doy un paso al frente, aunque no tengo muy claro a dónde quiero ir.

—¿Y cómo querías que salieran?

—No lo sé, pero no así —responde sin apartar sus ojos de mí.

También he aprendido que William nunca, jamás, va a decirme algo si no es lo que quiere hacer. Sin embargo, él ya debería saber que esas respuestas no me valen.

—Creo que puedes esforzarte un poco más.

—Ava... —me reprende tensando la mandíbula.

Finjo no oírlo.

—Por ejemplo, ¿te refieres a cuando dijiste que sólo era una fan para ti? —Sin quererlo sueno esperanzada y también vulnerable, y no sé si puedo

permitirme serlo delante de él.

William continúa mirándome y sus ojos se llenan de muchas emociones. Sin embargo, no son las que me gustaría ver ahora mismo: hay decisión, no arrepentimiento; hay seguridad, no empatía.

—Así fue cómo nos conocimos —trata de hacerme entender, y su voz se llena de una firme condescendencia.

—Pero después pasaron muchas más cosas —replico molesta—. Sentimos más cosas —Ahora no estoy molesta, estoy enfadada—. Yo...

—¡Tú me gustas, Ava! —me interrumpe.

Esas cuatro palabras nos dejan en silencio a los dos.

—Es la primera vez que me lo dices —murmuro.

Ya no sé si estoy enfadada.

—¿Me estás hablando en serio? —resopla exasperado—. ¿Cómo no pudiste darte cuenta? ¡Te besé!

—¡Me dijiste que hiciera lo que quisiera con Tyler! —protesto contagiada de su humor. Acabo de recordarlo: sí, estoy enfadada y mucho. William aprieta con rabia los puños junto a los costados. Está claro que a él tampoco le gusta recordar sus palabras—. Y me alejaste y te negaste a escucharme. Ni siquiera dijiste una palabra cuando rompí contigo.

—¿Y qué esperabas que hiciera? Cuando vi esa maldita foto en el periódico, me volví loco. Estaba demasiado cabreado y...

Esa pequeña conjunción puede dar pie a muchas cosas, pero sé que no va a decir ninguna porque nunca va a compartir conmigo ese «algo» que ocurrió. No soy tonta. Entiendo que la foto lo complicó todo, pero la solución a esos dos problemas siempre ha pasado por la palabra *confianza,* y William no la tiene en mí.

—... Y decidiste por los dos —termino la frase por él, porque eso fue exactamente lo que hizo.

Su mirada cambia. Ahora sé que también le duele, pero al final fue él quien nos puso en esa situación.

—Y me hiciste daño —añado.

William aparta la vista y por unos segundos la pierde en la inmensa terraza. Finalmente la lleva de vuelta a mis pies descalzos y sube despacio, recorriéndome entera hasta llegar a mis labios y mis ojos.

—Olvidémonos de lo de Tyler —dice sin dudar—. Ahora sé que sólo sois amigos.

Mi corazón se hincha de esperanza y empieza a golpearme con fuerza en el pecho. Llevo queriendo escucharle decir eso muchos días, pero tan pronto como quiero sonreír, la confusión vuelve. ¿Qué ha cambiado? ¿Llega demasiado tarde?

—¿Me crees? —inquiero.

—Lo sé —sentencia.

Cabeceo confusa.

—Pero ¿cómo lo sabes?

William destruye la distancia que nos separa con un único paso y su cuerpo, su calidez, me traicionan. Él lo sabe y lo usa en mi contra. Alza la mano y despacio, torturándome, acaricia mi cintura con la punta de los dedos. Mi respiración se acelera sin remedio, como si mi propia anatomía, al margen de mí misma, hubiese decidido simplemente sentir.

—Empecemos de nuevo —me susurra—. Quiero hacer las cosas de otra manera.

Eso es lo que quería, ¿no?, que William volviera, que me pidiera estar en el punto en el que estábamos. Agacho la cabeza y la concentro en mis propios pies. Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que ya no me vale? ¡Maldita confusión! Cómo me gustaría que todo estuviera clarísimo o, aún mejor, tener un hada madrina que se presentara en este tipo de momentos y me dijera: «Di que sí, querida, soy capaz de ver el futuro y va a salir de cine». Podría parecerse a Julie Walters, siempre me ha caído bien.

Me muerdo el labio tratando de pensar más rápido al tiempo que alzo la mirada. Mis ojos vuelan a sus labios y todo se complica un poco más. William

sonríe de medio lado, un gesto sexy y con un punto de arrogancia, como si me dijera sin palabras que sabe cómo hace sentir a mi cuerpo, pero que esta vez también va a ser un buen chico.

—Tengo que pensármelo —pronuncio al fin.

Su sonrisa se ensancha aún más, presuntuosa, y asiente.

—Me parece justo, pero, para ayudarte un poco, te he traído algo.

Se mete la mano en el bolsillo de atrás de sus vaqueros y deja algo entre las mías al mismo tiempo que se inclina sobre mí.

—No quiero que tengas que ir a la calle Harris —vuelve a susurrar con su cálido aliento bañando mi oreja—. Es peligroso.

Y «peligroso» suena precisamente así, peligroso en sus labios, pero también sexy, primitivo y animal.

Se separa de mí sin esperar respuesta y de la misma manera sale de mi habitación. Miro mis manos y me topo con un pase vip de *backstage* para el concierto de mañana en Wembley.

Sin dejar de contemplarlo, doy el suspiro más grande de la historia. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué quiero hacer? ¡Julie Walters, te necesito!

Me dejo caer en la cama y, casi en el mismo movimiento, cojo mi diario y comienzo a escribir. Quizá ponerlo todo en palabras me ayude a ordenarme las ideas.

En ésas estoy, o por lo menos lo intento, cuando alguien llama a la puerta. Miro el reloj de mi móvil y automáticamente después la madera, confusa. Sigue siendo tempranísimo. ¿Quién podrá ser?

Sin embargo, tan rápido como abro, llega la sonrisa.

—Buenos días, Ava.

—Buenos días, Tyler.

Él también sonríe. Nuestro código.

—Vístete —me pide divertido—. Tenemos mucho que hacer.

Frunzo el ceño, contagiada de su humor.

—¿Qué hora es?

—Temprano —responde sin una pizca de arrepentimiento.

Sin decir nada más, ni dejar que yo lo diga, gira sobre sus pies y se dirige a la escalera.

—Date prisa —se despide—. Te espero abajo.

Lo observo mientras se aleja y cierro la puerta con una sonrisa aún mayor.

Me doy una ducha rápida. Me pongo un bonito vestido, unas sandalias y, como todavía es muy pronto, la cazadora vaquera. Bajo la escalera recogiéndome el pelo en un moño algo desenfadado. Al terminar, me doy cuenta de que algunos mechones se me han soltado. Es lo que tiene prescindir de los espejos para peinarse porque no quieres perder un solo minuto.

—¿A dónde vamos? —pregunto divertida cuando mis pies entran en contacto con el suelo del salón.

Tyler, sentado en la escalera que separa la estancia principal del *hall,* se levanta con una sonrisa en los labios.

—He tenido una idea —me informa.

—Me alegra —respondo impertinente—; con el tiempo, si te esfuerzas, irás teniendo más.

Él tuerce los labios conteniendo una sonrisa y no puedo evitar enseñarle la mía con todos los dientes antes de romper a reír de verdad.

—Tu risa me pone muy complicado no volver a besarte, ¿lo sabías?

Mis carcajadas se frenan de repente y el corazón comienza a latirme fuerte, muy fuerte.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero acabo cerrándola sin saber qué decir. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla, hasta que agacho la cabeza tratando de reordenar mis ideas y controlar las ganas que tengo de seguir riendo sólo para que él cumpla esa perfecta amenaza y me bese.

—Dijiste que Londres era el amor de tu vida —me explica. Sus palabras me hacen volver a mirarlo, cómoda e impaciente de nuevo, como si de alguna manera Tyler tuviera la habilidad de hacerme sentir abrumada y reconfortada

al mismo tiempo—. He pensado que podríamos pasar el día juntos: la ciudad, tú y yo.

—¿Algo así como un *ménage à trois*, Tyler Evans? —bromeo.

Alza la mirada al tiempo que ladea la cabeza, fingiendo sopesar mis palabras.

—Supongo que sí —replica.

—En tal caso, acepto —respondo echando a andar hacia él muy convencida y también simulando un poco de altivez, como si lo estuviera honrando con mi presencia (tengo que dejar de ver «The Crown», es demasiado divertido fingir ser de la realeza)—, pero no soy una chica fácil. La ciudad y tú tendréis que invitarme a desayunar.

Tyler asiente. Espera a que pase junto a él y, mientras lo hago, se inclina sobre mí. Su cálido aliento baña el lóbulo de mi oreja el segundo antes de que comience a hablar y mis pies se frenan hechizados.

—Espero que a Londres y a ti se os dé muy bien eso del *ménage à trois* —susurra demasiado tentador—, porque sé dónde preparan las mejores galletas de chocolate de todo el Reino Unido.

Sin esperar respuesta por mi parte, y la verdad es que tampoco creo que pueda dársela en los próximos minutos o ¿tal vez semanas?, Tyler echa a andar hacia el ascensor.

—Ava —me llama socarrón desde el cubículo perfectamente iluminado.

Quiero decir algo interesante, pero no se me ocurre nada, creo que casi me desmayo con la manera en la que ha pronunciado *ménage à trois*, así que simplemente sonrío y echo a andar.

En cuanto atravesamos la verga negra, Tyler se pone sus gafas de sol, su disfraz para pasar desapercibido, que, además, le quedan francamente bien, y me coge de la mano. Nuestros dedos se entrelazan como si estuvieran genéticamente formulados para hacerlo y la corriente eléctrica, la implosión, la intimidad, la familiaridad vuelven.

Caminamos hasta la estación de Covent Garden, apenas tres minutos,

mezclándonos con los londinenses más madrugadores y los que, como es prácticamente una ley no escrita en las mañanas de sábado, están regresando a casa.

Guardando un malicioso secreto acerca de nuestro destino, Tyler nos lleva hasta el andén del tren de la Piccadilly Line, dirección Northfields.

—¿Vas a decirme ya a dónde vamos? —pregunto.

Tyler me observa y finalmente niega con la cabeza.

Asiento algo así como diez veces, tratando de resultarle intimidante, pero supongo que fracaso porque vuelve a sonreír. Me suelto de su mano como represalia por no querer contarme a dónde nos dirigimos, no por su sonrisa; su sonrisa me hace sentir cosas muy concretas en lugares muy concretos, y doy un par de pasos distraídos por la estación, hasta fijarme en un cartel publicitario en la pared opuesta. Hay quien dice que el diseño del metro de Londres es viejo, pero a mí me parece de lo más funcional. Las paredes frente al andén son curvadas porque los túneles son redondos. ¿Para qué agrandarlas y darles forma recta? Si el tren pasa, el túnel tiene el tamaño perfecto.

Siento unos pasos detenerse a mi espalda y su olor me inunda, haciéndome sonreír por adelantado.

—¿Impaciente? —inquiere siguiendo esa estela de sexy malicia que propaga su silencio.

Ladeo la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Me topo con sus ojos grises, pero aguanto el tirón.

—Ah, ah —replico—. Sólo espero que esas galletas valgan de verdad la pena, Tyler Evans.

—No lo dudes —sentencia.

Quiero seguir jugando, pero es complicado porque, a cada segundo que pasa, Tyler me gusta más y más y ni siquiera sé cómo ha pasado. Me robó tres besos, me enfadé. Decidimos ser amigos y empezó a ser más y más importante para mí, hasta que comprendí que un día horrible podía convertirse en fantástico sólo porque él estaba allí. Una periodista, una piscis celosa y una

fiesta hicieron el resto y ahora, aunque la teoría sigue girando única y exclusivamente en torno a la amistad, en lo único en lo que puedo pensar es en que vuelva a besarme.

El tren irrumpe en la estación, pero ninguno de los dos parece tener prisa por moverse.

Tyler vuelve a cogerme de la mano, me adelanta y al tiempo que se gira, caminando de espaldas, para no desunir nuestras miradas, tira de mí para que también empiece a moverme. Lo hago, lo hacemos. Tyler se vuelve, acelera el paso y entramos en el vagón.

A pesar de que hay asientos libres, nos detiene en el centro del vestíbulo de entrada. Suelta mi mano para que pueda agarrarme a la barra que nace en el suelo y va hasta el techo. Él se coloca frente a mí, agarrado al mismo trozo de metal, con su rodilla rozando la mía, con sus dedos casi tocando los míos... con sus labios muy cerca, con sus ojos aún más.

La barra es nuestro apoyo y nuestra frontera, como si lo que hacemos fuera menos peligroso porque está entre los dos.

Dos estaciones después llegamos a Piccadilly Circus, donde hacemos trasbordo a Bakerloo Line, dirección Queen's Park. Siete paradas y once minutos después nos bajamos en Warwick Avenue y, si antes sentía curiosidad, ahora apenas puedo contenerme.

—¿Qué hacemos en Maida Vale? —inquiero perdiendo mi vista en cada icónico detalle del barrio: sus calles arboladas, sus imponentes mansiones transformadas en edificios de apartamentos, sus preciosos cafés—. ¿Aquí es donde desayunaremos?

Sin dejar de caminar ni soltarme la mano, Tyler vuelve a mirarme de esa manera sexy y traviesa a la vez, como si fuera un adolescente saltándose las clases.

Giramos por la calle Blomfield y voy tan distraída, observando las grandilocuentes fachadas, que no me doy cuenta de lo que tengo a unos pasos

hasta que Tyler nos hace bajar una escalera de piedra gris. ¡Estamos en la Pequeña Venecia!

—¿Es aquí? —pregunto emocionada—. Por favor, dime que es aquí —añado antes de que Tyler pueda contestar.

Mi vehemencia lo hace sonreír.

—Hay una pequeña cafetería un poco más adelante —me explica señalando al frente con nuestras manos unidas—. Hacen *cookies* caseras. Son una pasada.

Sonrío ilusionada, aunque creo que las galletas ya no me importan, podría sacarlas de una máquina de *vending* que las disfrutaría igual si puedo comérmelas en este lugar.

—Espérame aquí —me pide deteniéndose a unos cien metros.

La diminuta acera junto al canal se ha ensanchado, elevándose con un par de escalones.

Asiento y me acomodo en el suelo, aprovechando uno de los peldaños. Frente a mí, las barcazas de colores vivos se mecen en las aguas del Regent's Canal, albergadas bajo la calle Blomfield y la avenida Maida, una británica verja de hierro negro que ha perdido el lustro con los años y los mismos árboles que se han convertido en una seña de identidad de todo el barrio. Huele a pan recién hecho y a clorofila. Se oye el ruido del agua y el piar de los pájaros. La Pequeña Venecia es uno de los rincones más bonitos de Londres.

—Tu té —dice Tyler sentándose a mi lado y entregándome un vaso para llevar.

Lo cojo, retiro con cuidado la tapa y soplo para poder darle un sorbo. Teniendo en cuenta que aún sigue saliendo una cantidad indecente de humo, decido dejarlo para más adelante.

Tyler se coloca entre las piernas, en el escalón de abajo, una bolsa de papel blanco, que abre diligente. En cuanto lo hace, el olor a pan recién hecho

queda eclipsado por el de la mantequilla y el chocolate fundido. Saca una *cookie* de chocolate negro de un tamaño considerable y la parte en dos.

—Prueba y verás —me reta, tendiéndome una de las mitades.

Le doy un bocado y lo siguiente que soy capaz de pronunciar es un gemido feliz y satisfecho. ¡Está increíble!

—Creo que he muerto y he subido al cielo de las galletas —parloteo sin dejar de comer.

Tyler sonríe orgulloso.

—Te dije que eran las mejores de la ciudad.

Asiento. A ese comentario no le falta un átomo de razón.

Nos comemos las galletas en silencio con la mirada clavada en los barquitos. Cuando terminamos, el té ya ha adquirido una temperatura perfecta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo tras dar un sorbo.

—Dispara.

—¿Qué pasó entre Connor y Frankie?

Tyler sonríe sin mirarme. Vaya, quizá he sido muy directa, demostrando que soy demasiado curiosa.

—He sido demasiado curiosa, ¿no? —pregunto con un mohín. Su sonrisa se ensancha hasta casi reír—. No es culpa mía —me defiendo—. Los dos se comportan como si se amasen y se odiasen con la misma fuerza, ¡y a la vez! Y encima, cada vez que he intentado hablar con alguno de los dos, me responden supermisteriosos. Son algo así como la pareja protagonista de un capítulo de «Dinastía».

Tyler asiente sin dejar de sonreír.

—Tienes razón —certifica al fin. Ahora la que asiente soy yo—. Eres demasiado curiosa.

Aprieto los labios, ladeo la cabeza y le doy un manotazo en el hombro, lo que, como he imaginado, le hace volver a sonreír.

—Pero, si te sirve de consuelo —añade—, no es culpa tuya. —Ahora sonreímos los dos—. Y, en realidad, creo que tampoco de ellos.

Lo miro realmente interesada. ¿Cómo no estarlo?

—Si estás intentando aliviar mi insana curiosidad sobre este tema —empiezo a decir cabeceando—, estás fracasando estrepitosamente.

Mi comentario lo pilla por sorpresa y acaba sonriendo, casi riendo, de nuevo.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—¿Quieres saber la historia o no, patosa impertinente?

—Ey —protesto—, no soy ninguna patosa.

—Pero veo que estás de acuerdo en lo de impertinente.

—Pues tú eres... eres... —busco un insulto a la altura del suyo, pero no se me ocurre ninguno—... un metomentodo de... Dover —sentencio, y me obligo a alzar la barbilla, altanera, mientras le mantengo la mirada, porque soy plenamente consciente de que no ha sido mi mejor replica.

Tyler suelta un silbido fingiendo que mis palabras han sido insoportablemente dolorosas.

—Vaya, ha sido realmente —hace una pausa para ganar en dramatismo—... duro.

—Bueno, eres de Dover —replico encogiéndome de hombros.

—Creo que ha sido lo peor de todo.

Nos miramos, sólo un segundo, y en el siguiente los dos estallamos en risas.

—Ahora de verdad —le digo cuando nuestras carcajadas se calman—, cuéntamelo.

Tyler asiente y le da un nuevo sorbo a su té.

—Connor y Frankie son de Liverpool —comienza a explicar—. Se conocían desde que eran unos críos y, desde la primera vez que la vio, Connor trató de convencerla para que saliera con él, pero Frankie, chica lista, siempre decía que no. Connor se mudó a Londres, montó el grupo y después de grabar nuestro primer disco, volvió a Liverpool, se presentó en casa de Frankie y,

tras llamarla a gritos para que se asomara a la ventana, le dijo: «He grabado un disco. Voy a ser una estrella de la música. Ya no puedes decirme que no», pero Frankie le respondió: «Vete a la mierda», le sonrió y cerró la ventana. Esa misma noche se encontraron en una fiesta y empezaron a salir. —Los dos sonreímos. Sabía que su comienzo tuvo que ser intenso. Con ellos dos como protagonistas, no podría ser de otra manera—. En los siete años siguientes no se separaron ni un solo día. Frankie venía con nosotros a todas las actuaciones, los conciertos, nos ayudaba en todo. Creo que nunca he visto a dos personas tan felices como lo eran ellos.

»Hará cosa de un año, Hugh nos organizó una pequeña gira por Estados Unidos. Sólo fueron tres ciudades. Frankie tenía que terminar su exposición como proyecto final en la escuela de arte y se quedó en Londres. Nueva York fue realmente bien. La segunda ciudad era Las Vegas y, bueno, digamos que lo que pasó en Las Vegas, en esta ocasión, no se quedó allí.

—¿La engañó?

Tyler tuerce el gesto y guarda un momento de silencio. Está claro que a él tampoco le gusta recordar ese momento.

—En una cafetería, una de las camareras nos reconoció. Era irlandesa y se acababa de mudar a Estados Unidos. Nos dijo que le encantaba nuestra música y que desde que había llegado no podía parar de escucharla porque le recordaba a sus amigas. Connor se comportó como una idiota, bebió de más y se le fue de las manos. Se acostó con ella y a la mañana siguiente no era capaz ni de recordar su nombre. —Tyler chasquea la lengua contra el paladar—. Lo conozco desde hace doce años, Connor no es así, pero metió la pata. Cuando regresó al hotel, todos estábamos en el vestíbulo. Lo primero que dijo fue «Soy un cabrón de mierda y voy a perderla»; lo segundo, «Me he acostado con otra». William lo tumbó de un puñetazo. Estaba cabreadísimo, todos lo estábamos. Le dijo que Frankie no sólo era su novia, también era nuestra amiga, que llevaba siete años a nuestro lado y que todos la queríamos. Un

hombre los fotografió y Hugh tuvo que pagar doscientas mil libras para que no se publicara la foto.

—¿Y qué pasó cuando volvisteis?

—Frankie nos estaba esperando en el aeropuerto. Connor nos prometió que se lo contaría, que elegiría el mejor momento, pero, cuando la vio, no sé en qué demonios pensó, pero la abrazó como si la vida le fuera en ello. Frankie incluso bromeó con que no la estaba dejando respirar. Él le dijo que la quería y se lo soltó todo de golpe. Ella le dio una bofetada y se marchó llorando. En las dos semanas siguientes no supimos nada de ninguno de los dos; habíamos decidido que serían una especie de vacaciones antes de encerrarnos en el Estudio a preparar el siguiente disco. Cuando nos reencontramos, Frankie se presentó en la casa; tenía pinta de haberse pasado las dos semanas enteras llorando. Nos dijo que lo había pensado mucho y que quería perdonar a Connor. Él llegó quince minutos después, con pinta de haberlo pasado tan mal como ella, casado y con Morgan de la mano.

Me llevo la palma de la mano a la boca para ahogar un suspiro de sorpresa. Ya sabía que Connor se había casado con Morgan poco después de romper con ella, la propia Frankie me lo había contado, pero nunca me imaginé que todo se hubiera desarrollado así.

—Pero tuvo que ser... —Ni siquiera se me ocurre una palabra con la que definirlo.

—¿Recuerdas que te dije que nunca había visto a dos personas tan felices? —Asiento—. Pues tampoco he visto a dos personas más tristes que a ellos dos en ese momento. Frankie se marchó y Connor no dijo una maldita palabra en tres días.

—¿Y por qué no se divorció de Morgan? —demando como si pudiésemos volver mágicamente a aquel momento y convencerlo.

—Te lo he dicho. Connor no es así. No es el típico tío que juega con las mujeres ni al que no le importa hacerles daño. Con toda probabilidad, se arrepintió de casarse con Morgan el mismo día que lo hizo, pero no podía dar

marcha atrás. Se equivocó y cargar con su error es su manera de demostrarse que no volvió a ser el gilipollas que se acostó con la camarera porque estaba demasiado borracho y, sobre todo, para intentar convencerse de que no había perdido a Frankie por nada.

—¿Y Oliver?

—Todos queríamos y queremos a Frankie. Es la tocapelotas más cabrona que he conocido en mi vida —los dos sonreímos, es imposible describirla mejor—, pero también es una de las mejores personas y una amiga de verdad. No queríamos que pasara por eso sola y nos turnábamos para quedar con ella, obligarla a salir de casa, llevarla a tomar un café, al cine, a cenar. El primer día le tocó a William. Él le dijo que, si no entraba en la ducha, la metería él mismo y ella le tiró una tetera a la cabeza justo antes de romper a llorar. Pero, poco a poco, fue sintiéndose mejor y Oliver empezó a presentarse voluntario para ir a verla, a llamarla... y una noche le pidió salir y ella aceptó.

—¿Y Connor? ¿Cómo reaccionó? Porque, si hubiese sido yo, con toda franqueza, creo que me habría vuelto loca y habría tirado alguna que otra tetera —continúo, enarcando las cejas para apoyar mi mensaje.

Tyler sonríe.

—He descubierto hace poco que soy celosa —las palabras salen tan rápido de mis labios que ni siquiera estoy segura de haberlas pensado— y por lo visto soy una celosa con tendencia a la agresividad —añado al recapacitar sobre mis propias palabras—, siempre que haya una tetera delante, también parece.

—¿Y lo has descubierto hace poco?

—Muy poco, en realidad.

Los labios de Tyler se curvan hacia arriba y comprendo que acabo de confirmarle lo que ya sospechaba: que la mañana que me marché del Estudio para verme con Emmet en las tumbonas de Hyde Park lo hice porque estaba celosa de que la periodista de *Vanity Fair* hubiese venido a verlo.

—Volvamos al tema que nos ocupa —le pido enderezando la espalda y

fingiendo que el último minuto y medio de conversación no ha existido—. Creo que todo sería más fácil si Morgan estuviera aquí, aunque entiendo que presentar un documental para la televisión es una gran oportunidad.

Tyler bufa.

—¿Quién te ha dicho que es un documental para la televisión?

Hago memoria.

—Nadie, en realidad. Lo he supuesto.

La sonrisa de Tyler vuelve.

—Es un documental, sí, pero para un videoblog de viajes, y Morgan ni siquiera lo presenta, es una especie de azafata que prueba comida y se hace *selfies* frente a los monumentos de cada país.

—¿Qué? —pregunto casi en un grito—. Cuando me habló de su gran oportunidad, parecía que saldría en la BBC en horario de máxima audiencia.

Tyler abre la boca dispuesto a decir algo, pero finalmente la cierra.

—Morgan es así —sentencia—... y no me malinterpretes, no es una mala persona, pero no es...

—Frankie —termino la frase por él.

Tyler asiente.

—Pero la situación es mucho más complicada, ¿verdad? —añado detectando dónde está realmente el problema. Tyler permanece callado, con la vista al frente un segundo más antes de volver a asentir—, porque Oliver sí es Oliver.

—Todo por lo que hemos pasado lo hemos hecho juntos. No sólo se trata de ser amigos durante doce años, es mucho más. Somos hermanos. Connor y Oliver quieren a la misma chica y eso lo vuelve todo demasiado difícil.

Bajo la cabeza y la concentro en mis propios dedos, que juguetean con mi vaso blanco de polietileno. No quiero, pero de pronto me siento aludida. Siento cosas por William y por Tyler y los dos me han besado. ¿Qué va a pasar? Me da un miedo horrible que ellos decidan que, antes de verse

involucrados en la misma situación que Connor y Oliver, lo mejor es cortar por lo sano y olvidarse de mí.

—¡Ey! —Tyler me llama al tiempo que me sujeta por la barbilla y me obliga a levantar la cabeza—. La situación no es la misma —sentencia como si hubiese conseguido leerme la mente—. Tú y yo somos amigos. Puede que hayamos metido la pata una... —se muerde el labio inferior conteniendo una sonrisa y su gesto, aunque es lo último que quiero, se contagia en mis labios —... puede que un par de veces —rectifica—, pero nunca vas a dejar de ser importante en mi vida y nunca voy a alejarte de mí.

—Tú también me importas —alzo las manos con vehemencia porque a veces creo que ese sentimiento llena mi corazón con tanta fuerza que apenas puedo contenerlo y es incluso frustrante, como si me hubiesen robado el control sobre el centro de mi cuerpo— mucho.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, como nos ha pasado multitud de veces en realidad. Siento que tengo un montón de palabras en la punta de la lengua, en la punta de mis dedos, de mi estómago, de mi corazón, pero no me atrevo a pronunciarlas y, en lugar de eso, me lanzo a sus brazos, rodeando su cuello con los míos y hundiendo mi cara en ellos.

La reacción de Tyler es instantánea y la suave tensión de su cuerpo se disipa mientras me rodea por la cintura y me estrecha con fuerza contra él, acabando con cualquier centímetro de aire entre los dos.

Los minutos pasan y ninguno de los dos tiene intención de soltarse. Tyler me acomoda en su regazo y nos mueve hasta apoyar la espalda en la pared de ladrillos marrón oscuro que flanquea la acera del canal. Tengo la cabeza apoyada en su pecho y al ruido del agua y los pájaros se suma su latido tranquilo.

Una de sus manos descansa pesada sobre mi cadera y los dedos de la otra suben y bajan por mi espalda, rítmicos y perezosos a la vez, acariciando siempre mi nuca un par de segundos antes de volver a descender.

—¿Podemos quedarnos así todo el día?

Aunque no lo veo, puedo notar sus labios curvarse hacia arriba.

—¿De verdad no quieres ver el resto de lo que tengo preparado?

—Mmm... —respondo con los labios fruncidos—, eso depende, ¿qué has preparado?

—¿E impedir que tu insana curiosidad juegue un papel en esto? —se burla —, no.

Le doy un pellizco en el costado como venganza y él me lo devuelve haciéndome soltar un lastimero «ay».

—Deberías contármelo —le advierto incorporándome para tenerlo de frente, aunque sin bajarme de su regazo—, si no mi insana curiosidad me generará unas expectativas muy altas que no vas a poder cumplir.

Tyler me mantiene la mirada disimulando una sonrisa hasta que se inclina suavemente hacia delante, dejándonos otra vez muy cerca.

—Eso ya lo veremos —me amenaza.

Mis ojos se pierden en sus perfectos labios y por un instante sólo puedo recordar cuántas ganas tengo de volver a sentirlos.

—No te quepa duda —replico volviendo al juego y obligándome a olvidar todo lo demás.

Tyler nos pone en pie, recoge la bolsa y los vasos para llevar y me coge de la mano.

No volvemos a entrar en el metro. Bordeamos los jardines Rembrandt y atravesamos el barrio de Paddington hasta llegar a Hyde Park. Me paso todo el camino, mientras lo cruzamos, encandilada con las ardillas, tratando de conseguir con una nuez como soborno que una se acerque lo suficiente como para poder acariciarla. Sobra decir que no lo consigo.

Abandonamos el parque por la salida junto a la casa Apsley y la estación de metro. Debo reconocer que no tengo ni la más remota idea de a dónde vamos, mucho menos cuando cruzamos Piccadilly y nos metemos en Green Park.

—La cosa va de parques, ¿eh? —bromeo mientras pasamos junto al, nunca

mejor dicho, monumental Arco Wellington.

Tyler finge no oírme.

—No te creas —responde sin darle importancia—, en realidad, estoy dándote vueltas sin sentido por la ciudad, tratando de desconcertarte para que no encuentres el camino de vuelta a casa.

Contengo la sonrisa. ¡Qué cabronazo!

—Podría apañármelas muy bien —replico.

—Podrías alimentarte de nueces, siempre que aprendas a ser más rápida que las ardillas.

—Parece una tarea sencilla —protesto—, pero tienen esas manitas diminutas para coger frutos secos y, además, siempre he pensado que su cola tiene que ser aerodinámica...

Tyler nos detiene en seco, interrumpiéndome, y de un paso se coloca frente a mí.

—Eres adorable —dice con la sonrisa más bonita que he visto en todos los días de mi vida.

Abro mucho los ojos conteniéndome para no sonreír y saltar a sus brazos. ¡Piensa que soy adorable!

—Gracias —me obligo a responder, manteniendo la compostura—. Eso ha sido... ha sido muy agradable. —Quiero subirme a su regazo y no bajarme jamás—. Gracias de nuevo.

Tyler sonríe, sabiendo perfectamente lo que ha provocado en mí.

—Un placer.

Sin más, echa a andar de nuevo y tira de mí para que, a pesar del estado de mis piernas, plastilina caliente, lo siga.

Nos adentramos un poco más en Apsley Way y entonces lo veo. ¡Sé exactamente a dónde vamos!

—¿Me has traído a ver el cambio de la guardia al palacio de Buckingham? —inquiero entusiasmada.

—Una vez leí que, aunque es una visita obligada para los turistas, más de

la mitad de los londinenses nunca han venido a ver el cambio de la guardia —se explica rascándose la nuca— y pensé que, si era tu caso, debíamos ponerle remedio de inmediato y, si no, seguro que te gustaría repetir.

—Nunca lo he visto —confieso con mi sonrisa aún más grande. ¡Es genial! — y me encantará hacerlo.

No lo dudo. Esta vez soy yo quien tira de su mano, caminando de espaldas los primeros pasos para ver cómo me devuelve la sonrisa hasta que me giro y prácticamente nos obligo a correr para llegar a las inmediaciones del palacio, que ya están atestadas de turistas esperando a que comience el espectáculo.

Me acerco todo lo que puedo y Tyler se queda a mi espalda.

—El horario de las once es el mejor —nos explica una ancianita ataviada con un jersey con la bandera del Reino Unido y dos banderitas: una con la cara de la reina Isabel II y otra con la de Lady Di—, porque también hace el cambio la guardia a caballo. Es impresionante —nos asegura sin resquicio de duda—. Yo vengo a verlo todos los días.

—Muchas gracias por informarnos —respondo.

—De nada, querida. Siempre me gusta ayudar a los turistas. ¿De dónde sois?

—En realidad... —empiezo a responder.

La ancianita frunce el ceño, interesada.

—Somos de Dover —me interrumpe Tyler, con ese destello de travesura en la mirada.

—¡Qué feliz coincidencia! —exclama la mujer—. Mi Robert, que en paz descanse, también era de Dover. ¿Y qué os ha traído a Londres? —Repara en nuestras manos entrelazadas—. No me digáis más, estáis de luna de miel, ¿verdad?

Los dos nos soltamos y vamos a decir que no, pero la mujer nos chista y se gira hacia el palacio. Dos policías abren las enormes cancelas de hierro negro y adornos dorados y la multitud comienza a murmurar expectante.

—Ya va a comenzar —nos anuncia ladeando la cabeza para volver a

mirarnos.

Nuestros ojos también se encuentran y de alguna tácita manera los dos acordamos no sacarla de su error, al menos no por ahora.

El sonido de los caballos al paso desde el camino que lleva al palacio de Saint James roba la atención de todos los presentes hasta acallarlos por completo. Elegantes y perfectamente sincronizados, la veintena de animales negros pasan delante de nosotros y entran en el palacio.

Apenas un minuto después, la banda de la guardia real se aposta en el umbral de la entrada al palacio y se mantienen firmes, muy quietos.

Tyler da un paso más y siento cómo su perfecto calor me inunda y me calienta y me hace sentir bien.

El capitán da una enérgica orden y todos permanecen inmóviles, con la vista al frente y el rostro serio, casi impenetrable.

Tyler alza la mano y la coloca en mi cadera. Mi piel se eriza y cada músculo de mi cuerpo se tensa deliciosamente. No me muevo, no lo haría por nada del mundo, y disfruto de sus dedos moviéndose despacio hasta alcanzar mi cintura y después deslizarse hasta el centro de mi vientre. De la misma manera que elegimos no sacar a la mujer de su error, decidimos que queremos estar un poco más cerca, que así no es suficiente para ninguno de los dos.

Cojo su otra mano y, despacio y titubeando y segura y todo el resto de cosas a las que ni siquiera soy capaz de ponerle nombre, la llevo hasta mi piel, hasta sus otros cinco dedos. Y al mismo tiempo que doy un tímido paso hacia atrás, para encajar mi espalda en su pecho, él me aprieta con fuerza contra su cuerpo y entrelaza nuestras manos sobre el mío.

El capitán alza su bastón y todo el mundo aguanta la respiración durante una milésima de segundo hasta que vuelve a bajarlo al tiempo que da el primer paso y la banda empieza a tocar y caminar, desfilando con sus uniformes rojos y sus brillantes botones dorados.

Dejo caer la cabeza sobre el hombro de Tyler, él ladea la suya y hunde su nariz en mi pelo. Mientras, los guardias salientes, en perfecta formación,

siguen a los músicos; los nuevos se adelantan, saludan y, tras una orden de su capitán, que corta el ambiente marcial y perfecta, ocupan sus posiciones. Las puertas vuelven a cerrarse.

La gente empieza a dispersarse, pero Tyler y yo nos quedamos muy quietos. Los dos sabemos que el momento tiene que acabar, pero ninguno quiere tener que ser el primero que mueva la mano, que dé un paso y nos separe, aunque sea lo que debamos hacer.

—Hasta luego, parejita —se despide la ancianita agitando la mano—. Buen viaje de vuelta a Dover.

Los dos le devolvemos el saludo y nos obligamos a separarnos. Frente a frente y sin que ninguna parte de su cuerpo toque el mío, me siento... extraña y no entiendo por qué; hemos elegido ser amigos, ¿no? Debería empezar a acostumbrarme a tenerlo cerca sin desear tenerlo más cerca aún. Creo que lo peor de todo es que, por algún motivo, sé que él se siente igual.

—¿Lista para la siguiente parada? —inquiere divertido.

Sonrío y asiento.

—¿Otro parque? —replico socarrona.

Tyler entrecierra los ojos.

—Casi aciertas —sentencia.

Sin decirlo en voz alta, los dos decidimos que es mejor guardar las distancias y caminamos el uno junto al otro, pero prudencialmente separados.

—William vino a verme esta mañana —digo, y tengo la sensación de que lo hago para colocar una especie de barrera imaginaria entre los dos y ayudar a mi corazón a entender cuál es el sitio que tiene cada uno en mi vida.

Tyler asiente sin mirarme.

—¿Y qué quería?

—Hablar de lo que había pasado e invitarme a ir al concierto de Wembley. Fue muy bonito. Me dio un pase vip para el *backstage*.

—Genial. Era lo que querías, ¿no?

Ahora la que asiente soy yo.

—Sí.

¿Por qué no estoy segura de no estar mintiendo?

—Dime una cosa —le pido—, ¿hablaste con él?

—¿De qué?

—Me refiero a si le explicaste que sólo somos amigos, porque de pronto no parecía tener ninguna duda al respecto.

Tyler guarda silencio un número indefinido de segundos mientras continuamos caminando.

—Hablé con William ayer por la noche.

—¿Cuando te marchaste de mi habitación?

—Era lo mejor.

Quiero protestar, incluso siento el principio de un vertiginoso enfado asomando la cabeza. Se fue a sacar a William de su error justo después de que nos besáramos, pero tan pronto como lo pienso, me doy cuenta de que no tengo ningún derecho a sentirme molesta. Sólo hizo lo mismo que yo acabo de hacer: utilizar a William para ponernos a cada uno en nuestro lugar.

—Te lo agradezco.

—No hay de qué —replica.

Pero todas las palabras que pronunciamos suenan raras, como si sólo fuesen pura cortesía.

Durante el siguiente par de minutos esta extraña sensación parece hacerse un poco más grande y no me gusta. Odio estar así con él.

Me detengo en seco y me giro hacia él. Tyler da un paso más, pero al darse cuenta de mis movimientos, se frena también y se vuelve para que estemos frente a frente.

—Somos amigos —empiezo a decir algo acelerada— y se supone que los amigos pueden hablar de todo, ¿no?

Tyler asiente.

—Claro que sí.

—Pues si es así, también deberíamos poder no hablar de un tema del que

no queramos hablar.

Tyler no dice nada, pero me mantiene la mirada. Tiene clarísimo a qué me refiero.

—No quiero hablar contigo de William —suelto de un tirón.

Nuestros ojos siguen conectados, mi respiración se ha acelerado con mis palabras y todos esos sentimientos, los que sé identificar y los que no, me golpean en dos direcciones completamente opuestas.

—Antes contéstame a una cosa —me pide—. William te gusta mucho, ¿verdad?

Sus ojos se vuelven un poco más grises y de repente todo parece haberse intensificado un poco más.

Necesito un segundo para reordenar mis ideas.

—Cuando lo vi por primera vez en el *backstage* del concierto de París, quise estrangularlo, hablo en serio —certifico—, pero el corazón me latía tan fuerte cada vez que estaba cerca que pensaba seriamente que acabaría desmayándome o algo parecido. Después empezó a ser amable conmigo, a enseñarme algo más, pero esa foto en la revista, besándonos en aquel bar, lo cambió todo. —Mi voz se apaga, duele, pero aguanto el tipo—. Decidió por los dos sin dejar que le explicara que tú y yo sólo somos amigos. Fue frío e injusto y me dejó claro que no confía en mí. Me hizo daño y después de la fiesta no mejoró mucho, pero esta mañana parecía otra vez el William de antes.

Una sonrisa triste y nerviosa se apodera de mis labios porque no sé cómo continuar, y no se trata de que no quiera hacerlo o evite pronunciar tal o cual cosa, es que sencillamente no sé cómo seguir. No sé cómo me siento respecto a William, a Tyler, a esta situación en general. Se supone que ahora cada uno está en la casilla que le corresponde en mi vida, pero es que estoy empezando a pensar que la vida es más grande de lo que nos empeñamos en creer y desde luego no cabe en una casilla.

—No me has respondido —me recuerda, y su voz suena más áspera.

Me encojo de hombros suavemente, manteniéndole la mirada, y no es un gesto insolente, es uno que concuerda con cómo me siento ahora mismo.

—No tengo otra respuesta que darte.

Tyler asiente antes de desviar su mirada al fondo de la enorme explanada frente a Buckingham Palace.

—Vamos —dice al fin, señalándome el camino con un gesto de cabeza.

Dudo, pero él da un paso adelante y alza despacio la mano, dejando que el reverso de sus dedos acaricie mi palma.

—Somos amigos, podemos hablar de lo que sea y dejar al margen de nosotros todo lo que queramos, porque, cuando estoy contigo, lo único que me importa eres tú. —Sus ojos vuelven a hacerse más profundos, más bonitos, más grises—. Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo.

Ya no dudo.

Tyler sonríe, de verdad, y su gesto se contagia de inmediato en mi expresión.

—Pues entonces es hora de seguir con nuestro día.

Deja que nuestros dedos se entrelacen una vez más y echamos a andar de nuevo.

Spur Road, Lower Grosvenor, Belgrave, Chesham, Hans Cres. Recorremos esas calles sin dejar de hablar, de sonreír contándonos cosas que después ni siquiera recuerdas haber comentado, pero que son los pequeños detalles que te hacen conocer de verdad a una persona. «De pequeña me rompí el brazo jugando con nuestro vecino.» «Me expulsaron del colegio dos días por romper un cristal con un balón de fútbol.» «Me teñí de pelirroja al cumplir los dieciséis.»

Cuando accedemos al barrio de Knightsbridge, una vez más ni siquiera soy capaz de sospechar a dónde vamos hasta que uno de los edificios más icónicos de todo Londres aparece frente a mí, en mitad de Brompton Road.

—¿Vamos a Harrods? —inquiero sorprendida y también con una sonrisa.

No me lo esperaba.

Tyler niega con la cabeza.

—Vamos a un lugar mágico, señorita Collins —responde entrecerrando los ojos, tiñendo sus palabras de un grandilocuente misterio—. El único sitio donde una chica y un chico pueden perderse, explorar otros mundos y cazar una criatura exótica como recuerdo.

Frunzo el ceño, divertida. No tengo ni la más remota idea de a qué se refiere, pero no dudo en apuntarme y seguirle el juego.

Nada más entrar en los grandes almacenes, todo llama mi atención como nunca lo había hecho. Las cajas llenas de chocolatinas, las figuritas de cristal... Nos probamos bufandas, corbatas, sombreros.

—Creo sinceramente que, si te compras ese sombrero, Connor se sentirá muy ofendido —le explico mientras Tyler, con el índice, se echa el sombrero negro estilo gánster de los años cuarenta hacia atrás—. Son su territorio.

Él asiente, se lo quita y vuelve a dejarlo en el expositor.

—Incluso nos hizo firmar un contrato —bromea burlón—. Todos los sombreros del mundo me pertenecen —añade con voz grave, como si se hubiera convertido en el monstruo de las galletas de los trilbies.

Rompo a reír y cojo una enorme pamela. Estamos frente a frente, separados por el mueble expositor. Murmuros y una risa un tanto histérica se oyen a unos metros. Me giro y veo a cuatro chicas con la mirada clavada en Tyler. Es obvio que lo han reconocido. Él frunce el ceño un segundo, con la mirada distraída en los sombreros. También es más que obvio que se ha dado cuenta. Recuerdo las palabras de Frankie, las que dijo él mismo. Tiene que ser complicado que cualquier persona en cualquier parte del planeta esté pendiente de tus movimientos.

Sin dudar, me pongo la pamela.

—¿Qué tal éste? —pregunto sólo para hacerlo sonreír, inclinando el hombro como las modelos.

Tyler alza la cabeza y, observándome, aprieta los labios conteniendo una

sonrisa.

—Connor es demasiado bajito para ese sombrero —sentencia.

Trato de reprenderlo con la mirada, pero me es muy complicado porque a duras penas contengo una sonrisa.

—Me refería para mí —le aclaro—. Si alguna vez me invitan a las carreras de Ascot, quiero estar preparada.

Tyler me mira, evaluando mi pamela, y finalmente asiente.

—Desde luego, si llueve, podrás darle refugio a tu acompañante.

Abro la boca fingidamente indignada.

—Eso ha sido poco caballeroso, Tyler Evans —le recrimino divertida con los ojos entrecerrados—. No puedes meterte con el sombrero de una señorita.

—No me estaba metiendo con él —me quito la pamela y la dejo de nuevo en el expositor, cojo otro, más al estilo «Downtown Abbey», y me lo pongo. Tuerzo los labios. Creo que no va conmigo—, más bien estaba alabando una de sus innumerables virtudes —replica encogiéndose de hombros.

—Ah, ¿sí? Dime otra de esas virtudes —lo reto.

Tyler lo piensa un momento. Encuentro un sombrero de pastorcita, y él, uno de copa.

—Si llega un huracán, podrás usarlo como paracaídas —dice probándose el suyo.

—Si no vas a sacar un conejo de ahí —replico señalando su chistera, poniéndome mi sombrero de «La casa de la pradera» y anudándomelo al cuello—, no tienes derecho a opinar.

Sólo necesito sentarme en un risco rodeada de ovejitas para parecer que me he escapado de una película de Julie Andrews. Me lo quito y me revuelvo el pelo. ¿A saber cómo estará?

Veo una boina francesa. Me la endoso y automáticamente me siento como una espía de la resistencia francesa en territorio nazi. Nuestra telepatía parece estar en plena forma porque Tyler se pone una *ivy cup*, una de esas gorras que los hombres llevaban en los cuarenta.

—Creo que nos han descubierto —empiezo a decir inclinándome hacia delante—. Los alemanes saben que somos espías.

Tyler me observa. Sus labios se curvan hacia arriba, pero rápidamente lo camufla en un gesto más serio.

—Tenemos que huir —replica—. Sal tú primero. Yo los distraeré.

—Eso jamás —sentencio—. Además, el mayor Strasser está demasiado concentrado tratando de atrapar a Victor Laszlo —añado jugando con los personajes de *Casablanca*—. Podremos escapar

—Fuguémonos a Francia —me propone, ajustándose la gorra.

—¿Crees que seríamos felices allí?

Tyler sonríe.

—Podríamos ser felices en cualquier parte —por un momento nos miramos y, por un kamikaze momento también, nos imagino en ese «cualquier parte»—, pero Francia suena bien —continúa—. Además, ya tienes una boina.

A pesar del tono travieso de su voz, sus ojos brillan y sé que él también ha dejado volar libre su imaginación.

—Me apunto —concluyo con una sonrisa.

—Hay un ferry desde Dover a Calais cada dos horas.

—No necesito esa información, yo también soy de Dover, ¿recuerdas?

La sonrisa de Tyler se ensancha y un segundo después, sin poder disimularlo más, los dos rompemos a reír.

***

—¿Qué nos queda por hacer en este lugar mágico, señor Evans? —pregunto mientras atravesamos uno de los pasillos centrales de Harrods.

—Como te prometí, vamos a cazar una criatura exótica —contesta misterioso.

Dos minutos después estoy tratando de no sonreír mientras Tyler y yo observamos una pared llena de ositos de peluche.

—Tengo que darte la razón —digo sorprendida y divertida—. Realmente son unas criaturas sumamente exóticas.

Tyler me da las gracias con una elegante reverencia.

—¿Y cuál de ellos quieres que te consiga como recuerdo?

Tomo aire, revisándolos.

—Es una elección muy difícil —anuncio—, pero creo que lo tengo claro...

Me inclino y cojo un osito Paddington con su chubasquero azul y su gorro rojo.

—¿Te quedas con ése? —inquiere Tyler con el ceño fruncido.

Entiendo su pregunta. Aquí hay algo así como un centenar de peluches diferentes, desde todas las formas y colores inimaginables hasta los que sirven de perfecto suvenir vestidos de guardias reales o de la Torre de Londres.

—¿Qué puedo decir? Soy una chica que adora los clásicos.

Los dos sonreímos.

—Perfecto —sentencia.

—¿Cuál es nuestra siguiente parada? —demando saliendo de Harrods con mi osito entre las manos.

—He pensado que, como son casi la una, deberíamos comer algo.

—¿Y qué me ofreces? —inquiero pizpireta.

—El mundo.

Sonrío. Esta vez sé exactamente a dónde va a llevarme.

—¿Cuál es tu barrio preferido? —le pregunto mientras salimos de la estación de Candem Town y giramos a la derecha en la calle principal del vecindario—. Tienes que elegir —le advierto con el índice.

—¿Crees que tengo dudas? ¡Candem! —responde convencido—. Es el mejor maldito barrio del mundo. Es increíble y diferente y te ofrece un millón de posibilidades. Puedes ir vestido como quieras, comportarte como quieras, y nadie va a dedicarte una sola mirada. Es una especie de utopía con el lema «puedes ser tú mismo» grabado en letras doradas.

Como si el propio barrio se aliara con él, una chica vestida de conejita —

literalmente lleva una pasada de orejas de conejo y un pompón blanco en el culo, sobre su falda vaquera— pasa a nuestro lado sin que nadie repare en ella.

Tyler me guiña un ojo con una sexy media sonrisa, encantado de haber demostrado su teoría.

—Pero tú no vives aquí —le recuerdo.

—Vivo en Kensington —se lamenta—, con todos los esnobs de la ciudad.

Sonrío por su vehemencia.

—¿Y por qué no te mudas?

Tyler se detiene, provocando que yo también lo haga. Me observa un puñado de segundos y me dedica una edulcorada y condescendiente sonrisa.

—¿Cuánto crees que duraría en un barrio como éste?

Por un momento no sé a qué se refiere, pero entonces miro a mi alrededor. Candem es un barrio increíble, pero por la noche también un lugar complicado. Alcohol, drogas y estrellas de la música en portadas de la prensa más sensacionalista. Alcohol, drogas y estrellas de la música que dejaron de brillar y que ya nadie recuerda en el mejor de los casos, porque, en el peor, han muerto y tienen una estatua en el centro del mercado de Candem.

Soy una completa idiota y, la idea de que cualquiera de esas posibilidades se haga realidad con respecto a Tyler, duele demasiado.

—Lo siento —digo avergonzada.

Resopla.

—No estoy enfadado, Ava —replica Tyler con la mirada perdida a su izquierda—, pero necesito tener algunas cosas lo más lejos posible.

—Pero tú no eres el mismo Tyler que conocí en el *backstage* del concierto de París —trato de hacerle entender y, sin querer, las palabras salen atropelladas de mis labios. Está creciendo, está evitando cometer los mismos errores. ¿Cómo es posible que no sea capaz de verlo, de darse cuenta de la persona tan maravillosa que es?—. Estás haciendo las cosas de forma diferente, mejor. Y estoy muy orgullosa de ti.

Sus labios vuelven a curvarse hacia arriba y la condescendencia sigue ahí.

—Vas a ponérmelo siempre así de complicado, ¿verdad? —me pregunta mirándome a los ojos.

Frunzo el ceño. Otra vez no sé a qué se refiere, pero creo que ni siquiera es una pregunta o al menos no espera una respuesta, porque echa a andar, entremezclándose con los centenares de personas que inundan Camden High Street.

Comemos en el Stables Market, como ya imaginé cuando dijo que me ofrecería el mundo. Es un mercado ubicado en unas antiguas caballerizas y puede encontrarse comida de cualquier rincón del planeta. Acabo decidiéndome por el *tandoori* de pollo indio y delicias turcas de pistacho, además de un plato iraní, cuyo nombre soy incapaz de entender, pero que se parece al cuscús y sólo con el olor ya alimenta.

La siguiente parada de nuestro día me hace dar palmaditas. ¡Nos vamos a Notting Hill!

Treinta y dos minutos, once paradas de metro y un transbordo después estamos en Portobello Road. Soy plenamente consciente de que ya resulta casi un cliché, pero es imposible pasear por este barrio, por esta calle en concreto, y no enamorarse.

Después de dar una vuelta y curiosear en un par de tiendas, Tyler nos lleva hasta nuestro verdadero destino: un negocio pequeño, con una puerta de cristal y madera azul que lo es aún más, separada del suelo por al menos tres escalones.

Y cuando entramos, ¡uau!, me quedo sin palabras.

Hay al menos medio centenar de expositores de madera llenos de vinilos. Acelero el paso, casi hechizada, hasta uno de ellos y con cada ejemplar que paso, en realidad, estoy pasando una joya de la música: Queen, David Bowie, U2... ¡Es alucinante!

—Esta tienda es una pasada —murmuro concentrada en el siguiente expositor, bajo la atenta y divertida mirada de Tyler—. Creo que nunca había

revisado tantos discos tan rápido, pero es que no puedo parar —confieso antes de echarme a reír—. Quiero saber qué más me voy a encontrar aquí. ¡Suede! —exclamo sacando uno de los vinilos y girándolo entre mis manos—. Es la mejor tienda de discos del mundo.

La sonrisa de Tyler se ensancha y sólo levanta los ojos de mí cuando alguien lo llama a unos metros de nosotros.

Yo también llevo la vista hasta la voz en cuestión, preocupada porque alguien lo haya reconocido, pero Tyler sonríe abiertamente, se acerca al chico, que sale de detrás del mostrador para acudir a su encuentro, y se saludan efusivamente. Deben de ser amigos.

El dependiente, rubio, con el pelo rizado y unas gafas de pasta negra, regresa al otro lado de la repisa. Tyler lo sigue, se apoya en el mueble y charlan un poco más. No puedo oír lo que dicen, pero definitivamente parecen conocerse muy bien.

Tyler ladea la cabeza y nuestras miradas se encuentran a través de la tienda. Sonríe. Sonrío. Me encanta verlo sonreír.

—¡Tyler! —grita el dependiente, sacándonos a los dos de nuestra ensoñación. Por la manera en la que lo hace es obvio que no es la primera vez que lo llama.

Tyler frunce los labios y se incorpora, aguantando cómo lo está riñendo con la mirada.

—Vienes a mi tienda y tengo que soportar que no me hagas caso —le recrimina divertido.

—Lo siento —se disculpa Tyler.

Se gira hacia mí y me hace un gesto para que me acerque a ellos.

—Duke, ella es Ava —me presenta—. Ava, éste es Duke.

—Encantado —dice tendiéndome la mano y forzando una educada sonrisa. Creo que es de esas personas a las que no les gusta demasiado la gente.

—Igualmente —respondo estrechándosela.

—Duke es el dueño —me explica Tyler—. Montó esta tienda hace unos

cinco años y desde entonces no hay un sitio mejor para encontrar buena música.

—Se hace lo que se puede —replica algo avergonzado.

—Tiene razón —continúo—. Apenas he echado un vistazo, pero parece un sitio alucinante.

—Parad ya o vais a hacer que me sonroje y no tengo ningún interés en parecer una de tus *groupies* —le advierte a Tyler señalándolo con el dedo—. Ya sacas por ahí más colores de los que te mereces.

Tyler se yergue y lo observa tratando de resultar intimidante, pero no puede evitar que sus labios se curven hacia arriba. Duke es de esa clase de personas en absoluto simpáticas, con un sentido del humor bastante particular, pero que, por algún motivo que ni siquiera ellos se logran explicar, acaban resultando agradables, como el camarero de *Deadpool* o el propio Deadpool.

—¿Y tú eres? —pregunta el dependiente desconfiado, señalándome ahora a mí, como si la asociación de ideas le hubiera hecho vislumbrar la posibilidad de que yo fuera precisamente eso: una *groupie*.

—¿Sabes? —repongo frunciendo los labios—, voy a dejar que Tyler conteste a esa pregunta.

—Ava no es ninguna fan —le deja claro—. Es una amiga.

Vuelve a mirarme y a sonreír y yo vuelvo a hacerlo con él.

—¿Una amiga? —le rebate incrédulo—. ¿De verdad? ¿Nada más? ¿No habláis de vuestros cursis sentimientos acurrucados? ¿No has tocado la guitarra para ella mientras cantas con esa voz de baja bragas?

Tyler, que aún me mira, tiene serios problemas para fingir que no lo está oyendo y disimular su sonrisa, casi risa. No sé si lo hace por la cuidadosa elección de palabras de Duke o porque se parece bastante a lo que, en realidad, hemos estado haciendo cada noche.

—No —responde al fin.

—¿En serio? ¿No os habéis revolcado?

—No —respondemos los dos al unísono, girándonos hacia él, y más que

una contestación ha sonado como una queja.

Él nos observa sin ningún pudor por turnos.

—Sí, ya... —deja en el aire—. Tengo algo para ti —le dice a él.

Entra en la trastienda y un par de minutos después sale con una funda grande, rectangular y algo gastada. La coloca sobre el mostrador y sonríe justo antes de inclinarse para abrirla. La tapa no nos deja ver lo que hay dentro y la expectación empieza a crecer, mucho, hasta que saca una reluciente guitarra eléctrica de un imponente azul marino.

—No —murmura Tyler sorprendido y acto seguido se echa a reír tapándose un momento los ojos con las palmas de las manos y acariciándose las mejillas después hasta dejarlas finalmente en su nuca, todo sin dejar de mirar el impresionante instrumento.

—Oliver vino por aquí —le explica Duke— y me contó que te ha enseñado a tocar. Te lo tenías muy calladito —le recrimina divertido—. ¿Vas a hacerlo en el próximo disco?

Tyler asiente.

—Ésa es la idea. Ya estamos con los ensayos.

El dependiente asiente orgulloso y le ofrece la guitarra. Tyler duda, pero acaba cogiéndola.

—Es una Suhr clásica de 1992 —sentencia su amigo sin poder dejar de mirarla—, con toda probabilidad la mejor guitarra que ha existido nunca.

—Creía que las mejores guitarras del mundo eran las Gibson y las Fender —comento.

—Otra neófita a la que tengo que poner al día —refunfuña Duke meneando la cabeza—. Las Gibson y las Fender son grandes instrumentos, pero una Suhr de 1992 es una Suhr de 1992. John Suhr es algo así como el Antonio Stradivarius de las guitarras eléctricas. Fundó su primera compañía con Rudy Pensa en el 84 en Nueva York, pero en 1991 decidió regresar a Los Ángeles y, desde ese año hasta el 94, apenas fabricó cincuenta guitarras, todas personalizadas para sus clientes. Ésta es muy especial, porque no la fabricó

para ningún otro guitarrista, sino con sus propias especificaciones. Es una obra de arte.

Vuelvo a mirar el instrumento, en manos de Tyler. Mentiría si dijera que conocía algo de la historia que acaba de contarme Duke, pero es cierto que tiene algo especial...; aunque no tuvieras la más mínima idea de guitarras, incluso si jamás hubieses visto una de cerca, si la tuvieras delante sabrías que tiene algo que las demás no tienen.

—¿Puedo...? —inquiere Tyler.

—Toca todo lo que quieras —lo interrumpe—. Estaré ahí atrás, ordenando unas cajas.

—Gracias.

Su amigo, ya de camino a la trastienda, alza una mano como respuesta y desaparece definitivamente.

Tyler camina hasta una silla, colocada al lado de un amplificador negro con la palabra *Fender* en una esquina. No es como los que he visto en el estudio de grabación de los chicos, éste tiene un aire clásico, como si hubiese salido de un concierto de los años setenta.

Se sienta, se coloca la guitarra en las rodillas y, tras conectarla al amplificador, regula el sonido. Tyler toma una bocanada de aire con una sonrisa en los labios. Está ansioso y feliz a la vez, como un niño la mañana de Navidad.

Sus dedos rasgan la guitarra una sola vez.

El sonido es increíble e irrumpe en la tienda armónico, rotundo, lleno de un puñado de preciosos matices.

Tyler busca mi mirada, pero yo ya lo observaba a él con una sonrisa en los labios. El corazón me retumba con fuerza en el pecho. Verlo exactamente así, feliz, dejándose llevar, disfrutando con una guitarra entre las manos, lo vuelve aún más guapo, más rebelde, más sexy. Lo vuelve más él.

Se muerde el labio inferior con una sonrisa y vuelve a rasgar la guitarra, empezando a tocar el inicio de una canción.

Me obligo a apartar la mirada de él y empiezo a pasearme por la tienda, fingiendo que estoy prestándole toda mi atención a los discos, pero en realidad es para él.

Tyler simplemente toca, nada en concreto, hasta que tras unos minutos la música toma forma y empieza a sonar *All the damn times I had her under me.* Mi canción favorita de los No Regrets.

Mi sonrisa se ensancha y, aunque trato de contenerla, no tengo más remedio que acabar agachando la cabeza para ocultarla.

—Creí que odiabas esa canción —inquiero levantándola de nuevo.

—Y la odio —responde con una sonrisa, sin dejar de tocar.

—Deja de hacer eso —me quejo entre risas—. No puedes contestar dándome la razón cuando dármela me deja aún con más dudas. —Su sonrisa se ensancha ante mi enérgica protesta—. Mi curiosidad insana, ¿recuerdas? —Me cobro una pequeña pausa y la uso para seguir sonriendo—. Así que, ¿la odias o no?

Tyler deja de tocar. Me observa durante unos segundos que se me hacen eternos y finalmente da una profunda bocanada de aire.

—Antes la odiaba porque significaba cantar cosas que nunca había sentido. —No está enfadado ni incómodo, pero la sonrisa ha desaparecido de sus labios—. Ahora estoy en un extraño momento de mi vida en el que mi cuerpo no para de gritarme que estoy equivocado, que la cante un millón de veces, que la disfrute, pero sé que, más tarde o más temprano, volveré a odiarla porque significará cantar cosas que nunca podré permitirme volver a sentir. Sólo espero que sea lo más tarde posible.

Estoy perdida por completo en sus ojos grises, en cada palabra que ha pronunciado. Muchas, demasiadas cosas, cruzan mi corazón demasiado rápido. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero acabo cerrándola. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla.

Tyler sonríe, pero no le llega a los ojos, concentra su mirada en la guitarra y comienza a tocar de nuevo. La misma canción.

Yo sigo contemplándolo, tratando de reordenar mis ideas, pero no soy capaz. Las casillas, las elecciones. Tenía muy claro cómo quería que fueran las cosas, ¿por qué todo parece estar desvaneciéndose ahora?

—Las canciones tampoco van a ser lo mismo para mí, ¿sabes? —Las palabras salen de mis labios antes de que pueda controlarlas—. Ni las tiendas de discos —añado echando un vago vistazo a mi alrededor—, ni el metro, ni las pelis clásicas. Creo que ni siquiera el cambio de la guardia... o Londres.

Tyler levanta la cabeza de su guitarra y nuestras miradas vuelven a encontrarse. Puede que no haya pensado lo que decía, pero no he mentido. Tyler ha cambiado algo dentro de mí.

—Ven —susurra.

Dudo, pero echo a andar.

En cuanto me detengo frente a él, Tyler toma mi mano al tiempo que baja la guitarra de sus rodillas. Tira, suavemente, y en un fluido movimiento me sienta en su regazo. Mi espalda se amolda a su pecho, mi cuerpo se estremece junto al suyo y mi corazón late con tanta fuerza que temo que pueda llegar a oírlo.

Tyler coloca la guitarra en mis rodillas, sosteniéndola desde atrás.

—¿Vas... vas a enseñarme a tocar la guitarra? —pregunto buscando desesperadamente cualquier otro punto de atención al que agarrarme—. ¿Por qué?

—Porque tú tienes pinta de querer aprender... y porque, yo, justo ahora, necesito tenerte cerca.

Mi corazón se tambalea por cada una de sus palabras. Quiero girarme, decir algo. Quiero besarlo.

—Pon la mano izquierda en el mástil —me pide.

Alzo la mano y la coloco junto a la suya.

—Ésta —dice dándome un segundo para que me fije en sus dedos—, es la posición del sol.

Asiento y lo imito algo torpe.

—Tu otra mano —demanda.

Levanto la derecha y la coloco tímida sobre el cuerpo de la guitarra. Tyler la agarra y la guarda en la suya. Otra vez siento todo ese calor naciendo donde nuestros dedos se tocan y abrasando todo mi cuerpo. Mi respiración se acelera. Mi corazón ya late desbocado.

Tyler mueve mi mano haciendo sonar las cuerdas, pero creo que ya no oigo nada que no sea su voz.

—Ésta —continúa, y su tono se vuelve trémulo, está lleno de más cosas— es la posición del do.

Muevo los dedos buscando la nueva postura. Tyler apoya su frente en mi nuca y siento su cuerpo tensarse y destensarse, caer y levantarse con cada respiración, como si odiara y deseara esto a partes iguales, como si un huracán estuviera arrasándolo todo dentro de él.

—Por Dios, Ava —gruñe entre dientes, conteniéndose, casi rindiéndose.

Pero yo sólo quiero que lo haga, hacerlo yo.

Volvemos a hacer sonar la guitarra.

No voy a ser capaz de seguir aquí sin derretirme entre sus brazos.

—Necesito un segundo —murmuro acelerada, levantándome y caminando hasta el otro lado de la tienda.

Tyler me sigue con la mirada hasta emitir un largo resoplido. Esta situación es difícil para los dos y los dos lo sabemos. Estoy a punto de romper a gritar cuando oigo sus carcajadas inundar la habitación. Alzo la cabeza sorprendida y lo veo riendo, pero no es una burla, es algo más profundo, catártico. De pronto, no sé por qué, pues la situación no tiene la más mínima gracia, yo también empiezo a reír.

Cuando mis carcajadas se calman, busco su mirada que ya me esperaba y dos sonrisas de verdad se cuelan en nuestros labios.

—¿Nos vamos a dar una vuelta? —propone.

—Sí, por favor —respondo soltando una larga bocanada de aire, sin dejar de sonreír.

Tyler se levanta, deja la Shur sobre el mostrador y por un momento se

queda así, muy quieto y muy callado, pensativo. Finalmente, gira sobre sus pies y se apoya sobre el expositor, agarrando el borde con las dos manos.

—Las cosas pueden complicarse o no —me deja claro—, pero tú nunca vas a dejar de ser la chica más especial que he conocido.

Contengo mi corazón, mis pies, para no salir corriendo hacia él.

—¿Eso es una declaración de intenciones, Tyler Evans? —inquiero socarrona, tratando de que el humor me ayude a no caer fulminantemente enamorada.

—No lo dudes, Ava Rose Collins.

Sonríe diciéndome sin palabras que no necesitamos seguir hablando de este tema porque no tengo que dudar ni por un solo segundo de cuánto significo para él.

Nos despedimos de Duke y las siguientes horas las pasamos deambulando por Notting Hill, entrando en tiendecitas, disfrutando de sus calles, de todo lo que tiene que ofrecer.

—He perdido la cuenta de cuántas veces te he preguntado esto hoy, pero ¿a dónde vamos ahora?

Tyler sonríe mientras bajamos por Lancaster Road en dirección a Ladbroke Grove. Lleva las manos en los bolsillos de su cazadora de cuero negra y yo no sé qué hacer con las mías.

—Creo que este día lleno de cosas típicas y aventuras se merece un broche final a la altura —lo pincho—. No quiero recordarte que estás en mitad de un *ménage à trois* y las dos otras partes piensan ponerte nota.

Suelta un silbido y rompe a reír sincero. Sin lugar a dudas no se esperaba mi comentario.

—Qué presión —bromea.

—¿Y bien?

—Te llevo a cenar —contesta convencidísimo.

Nos detenemos en el cruce. Miro a mi alrededor tratando de adivinar a dónde nos dirigimos y una parada de metro entra en mi campo de visión.

—Vamos en metro —sentencio orgullosa por haber descubierto sus planes.

Tyler me dedica esa media sonrisa suya tan bonita y tan sexy.

—Esta vez vamos a coger algo más londinense —susurra con aire travieso.

Como si el servicio metropolitano de transportes se hubiera aliado con él, en el mismo instante en el que pronuncia la última palabra, un autobús rojo de dos pisos aparece en mitad del tráfico.

Sonrío atónita. ¡No hay nada más londinense!

El vehículo público se para frente a nosotros y me subo sin que la sonrisa haya abandonado mis labios. Pasamos a la planta de arriba y Tyler nos guía hasta el fondo. Nos sentamos y de inmediato clavo mis ojos al otro lado de la ventanilla. Me encantan estos autobuses y me encanta Londres.

—¿Tienes planeado dejar de sonreír en algún momento? —inquiere socarrón.

—¿Por qué? Tienes una cara muy chistosa y cada vez que te miro me apetece sonreír —replico.

Tyler frunce los labios sopesando mis palabras.

—¿Así que mi cara te parece chistosa?

—Del uno al diez... un veinte.

—Eso ha dolido —protesta simulándose compungido—, pero no pasa nada. Llamaré a Chloé y quedaré con ella esta noche, ya sabes, para tener una segunda opinión.

¡Qué cabronazo!

Abro la boca súper-mega-indignada. Tyler me observa y asiente convencidísimo.

—Ahora entiendo lo del veinte —comenta—, la tuya en este instante es un treinta y cinco.

Lo golpeo en el hombro y los dos rompemos a reír.

—Y estás adorable cuando te pones celosa.

Veloz, voy a responder que no estoy celosa ahora y que no lo estaba antes,

pero no sería más que una burda mentira y no quiero mentir, a él no, así que finalmente opto por encogerme de hombros, un gesto que empleo mucho últimamente.

—Puede que me pusiera un poco celosa de Chloé —confieso.

—¿Un poco? Estaba allí, ¿recuerdas? Te caíste de un taburete.

—¡Le sonreíste! —protesto divertida.

Tyler rompe a reír de nuevo.

—Sólo estaba siendo amable.

Cabeceo melodramática.

—Mi vida era infinitamente más sencilla antes de las estrellas de la música y las periodistas de *Vanity Fair*.

—Eso es sin duda alguna por culpa de las periodistas del *Vanity Fair* —replica sin ningún remordimiento—. Deberías escribirle una carta a la revista.

Lo fulmino con la mirada, pero no tengo más remedio que acabar sonriendo. Es rematadamente encantador y sexy y guapo y atractivo y consigue hacerme reír. Dios, cuando lo creaste, te luciste.

Seguimos en el bus hablando de todo, como, en realidad, llevamos haciendo todo el día, hasta llegar a Covent Garden.

—¿Ya nos vamos a casa? —inquiero al ver cómo nos encaminamos hacia la Piazza. No puedo evitar que mi voz suene decepcionada y creo que Tyler se da cuenta porque sus labios se curvan hacia arriba.

Sin embargo, las mariposas vuelven a mi estómago cuando compruebo cómo dejamos atrás el imponente edificio del Estudio y cruzamos la plaza atestada de gente hacia el lado opuesto.

Pronto los sobrios edificios en tonos blancos, marrones o de ladrillo visto son sustituidos por los colores más vivos: naranjas chillones, azules añiles, verdes limas... estamos en Neal's Yard.

—No podemos desayunar té y *cookies* —se explica Tyler grandilocuente —, ver el cambio de la guardia, comprar en Harrods y pasear en un autobús de dos plantas y no acabar cenando *fish and chips*.

Asiento.

—No podrías tener más razón.

Nos cruzamos con un grupo de chicas. Dos de ellas se quedan embobadas con Tyler, no porque lo reconozcan, es algo más básico: simplemente es guapísimo. Cuando reparan en nuestras manos entrelazadas, una le comenta algo a la otra y ambas sonríen antes de que todas sigan su camino.

Que ellas se hayan quedado observando cómo me lleva de la mano hace que por un momento yo también me fije en esas partes concretas de nuestros cuerpos.

—Me gusta que me cojas la mano —comento con una sonrisa.

—A mí también.

Y otra vez es algo más básico que un deseo desmesurado o la confusión por no saber dónde colocar lo que sentimos. Simplemente me gusta que lo haga y me da igual si está motivado por costumbre, porque somos amigos o porque nos gustamos en secreto. Hay familiaridad e intimidad en ese gesto, como si fuese algo para lo que hemos nacido, y me hace sentir más que bien.

—Espérame aquí —me pide Tyler mientras otea los distintos pubs frente a nosotros.

Asiento y me acomodo en una de las mesas de madera del centro de la pequeña plaza; también están inundadas de colores y rodean viejos barriles de metal pintados de azul eléctrico que sirven de gigantescos maceteros.

Es sábado por la noche y este pequeño rinconcito de la ciudad está de bote en bote. Desde el Neal's Yard Remedies, el pub más grande de la plaza, se oye música, una canción de U2, y todo el mundo charla y ríe divertido.

Tyler regresa a los pocos minutos con un cono enorme de papel de periódico y dos botellines de cerveza Carling heladas. Soy plenamente consciente de que todo el mundo cree que los británicos bebemos la cerveza caliente, pero esa idea tiene dos enormes peros: uno, no la bebemos caliente, la bebemos a temperatura ambiente, y dos, sólo hacemos eso con las pintas, no con los botellines.

—Está buenísimo —gruño con el primer bocado—. No sé si es porque estaba hambrienta o porque realmente lo está, pero pienso terminármelo todo.

Tyler sonríe.

—Es la tienda más diminuta de toda la plaza, y con toda probabilidad del país, pero hacen un *fish and chips* increíble.

De pronto caigo en la cuenta de algo.

—¿Recuerdas ese pub? —digo señalando el local del que proviene la música.

Tyler ladea la cabeza y, cuando sus ojos se encuentran con el bar en cuestión, su sonrisa se transforma en otra más rebelde, pero también más sensual.

—¿Y tú lo recuerdas? —demanda a su vez.

—Yo he preguntado primero.

—Y yo he preguntado después.

—Eres imposible —me quejo con una sonrisa.

Es el bar donde me robó el beso que después se convirtió en la foto de las páginas centrales de la revista *InTouch*. Me pregunto cómo habrían sido las cosas si lo hubiera dejado besarme aquel día, llegar hasta el final. Quizá ahora no seríamos amigos y Tyler ni siquiera recordaría cómo me llamo o quizá, sólo quizá, estaríamos juntos y las cosas ya no serían complicadas. La idea se extiende como un bálsamo y una corriente eléctrica al mismo tiempo, saturándolo todo, llenándolo de color, como los edificios de Neal's Yard.

—Ava —me llama—. Ava —repite con una sonrisa y, por la manera en la que lo hace, me doy cuenta de que no eran las primeras veces que buscaba mi atención.

—¿Sí? —inquiero algo aturdida.

Tyler me observa y tengo la sensación de que sabe exactamente en qué pensaba.

—Come —me ordena divertido, señalando el pescado con un golpe de cabeza.

Respondo cogiendo un par de patatas y otra vez tengo una especie de revelación.

—¿No deberías estar ensayando? —pregunto—. Mañana es vuestro concierto en Wembley.

Tyler niega con la cabeza al tiempo que le da un trago a su cerveza.

—Nunca ensayamos el día antes del concierto. Así llegamos más despejados y más en forma.

Tiene sentido, es como con los exámenes: la noche anterior no se debe estudiar.

Seguimos comiendo y nos bebemos otra cerveza. La música continúa sonando. Reconozco varias canciones y cuando empieza a sonar *Beautiful to me,* de Olly Murs, empiezo a tararearla, casi sin darme cuenta.

Al oírme, Tyler, con los brazos cruzados sobre la mesa, deja de contemplar el bullicio de la plaza y me mira a mí. Yo quiero disfrutar de este cambio de papeles, ser como los No Regrets y cantar para él, pero esos ojos y la presión me pueden y acabo echándome a reír, apoyando la frente en su hombro.

—Cantar no es lo mío —me defiendo entre risas.

—Ahora entiendo muchas cosas.

Levanto la cabeza con el ceño fruncido. ¿A qué se refiere?

—Como por qué te hiciste oficinista en lugar de dedicarte al mundo de la canción profesional.

—Ja, ja —replico irónica—, muy gracioso, señor Evans.

—Gracias.

—Puede que no haya ganado un número casi ridículo de Brit Awards como vosotros, pero tampoco lo hago tan mal —miento, miento bochornosamente. Tengo voz de pato y oído de... pato también.

Pero entonces, los elementos otra vez se conjugan en mi contra y una gota de lluvia se estrella contra la mesa. Tyler la observa y después me mira a mí, luchando por contener la risa, sin esforzarse demasiado.

—Ha sido una casualidad —me defiendo, pero no puedo evitarlo y también estoy a punto de echarme a reír.

—¿Quién lo duda?

—Estamos en Londres. Llueve muchísimo.

—No tanto como la gente cree —replica burlón.

Maldita sea, eso es cierto.

—No va a llover por mi culpa.

Dios, Buda... Thor, el que sea, no me hagáis esto, por favor.

Las gotas se multiplican y un par de segundos después comienza a llover en toda regla.

—Claro que no —responde Tyler con una sonrisa, tirando de mí para que eche a correr.

Todos hacen lo mismo, buscando resguardarse dentro de los bares o en sus toldos. Tyler se quita la cazadora y nos cobija a los dos con ella.

La canción que sonaba en el pub se mezcla con los músicos callejeros que no han dejado de tocar en la Piazza, sólo se han resguardado en los soportales. Caminamos la calle Neal entre risas y nos detenemos en el cruce con la calle Floral, esperando a que los coches se detengan y podamos cruzar. Todo parece suceder a cámara lenta, como en una de esas películas. El vestido se me pega a la piel, la música se mezcla con las gotas de lluvia y, sobre todo, siento el calor de Tyler resguardándome del agua fría, protegiéndome.

Alzo la cabeza y mis ojos siguen el camino de su rostro, de su pelo negro, de su flequillo desordenado y de sus ojos grises. Tyler ladea la cabeza y nuestras miradas se encuentran, nosotros nos encontramos.

Despacio, deja caer su cazadora, como el soldado deponiendo las armas, el agua nos aísla del mundo, nos demuestra sin palabras que lo demás ha dejado de importar, y ninguno de los dos sentimos frío. ¿Recordáis? Todo lo que sentimos es más grande.

Tyler toma mi cara entre sus manos y me besa. La gente pasa a nuestro alrededor, todos siguen corriendo de un lado a otro, pero nosotros no, no

queremos.

El momento es perfecto, es nuestro.

—Ava —murmura cuando nos separamos, conservando sus manos en mis mejillas.

—Creí que no ibas a volver a besarme —susurro sin poder apartar mis ojos de los suyos.

—Llevo conteniéndome todo el día —replica, y su voz suena diferente, suena más fuerte, más clara, mejor; suena como sólo suena cuando me habla a mí—. Haberte besado sólo una vez lo considero un triunfo.

—Pero no podemos...

Mi obligado discurso provocado por esa parte de mí que se aferra desesperada al sentido común es interrumpido por Tyler, por los labios de Tyler estrellándose de nuevo contra los míos, por Tyler cogiéndolo todo, devorándolo en silencio, ofreciéndome mucho más.

—Lo sé —responde dejando caer su frente contra la mía—, pero necesitaba dejar de luchar un segundo.

—Yo también lo necesitaba —confieso. Porque es injusto que piense que está solo en esto, que yo no lo deseo tanto como lo desea él —, pero no puedo seguir. Estoy hecha un lío, Tyler. Se supone que tú y yo somos amigos, que quiero estar con William, que tú necesitas estar solo, aprender a estar bien.

Me agarro a su camiseta, desesperada, porque esta confusión, el no saber qué camino escoger, me está matando. Tyler necesita alejarse de las chicas, crecer, y yo no puedo comportarme como si William y Tyler fueran intercambiables, porque no lo son, ¡no lo son!

Al principio, sólo quería ayudar a Tyler. No planeé que nos hiciéramos amigos. No planeé que William me hiciese demasiado daño y, desde luego, no planeé que Tyler me hiciese sentir tan bien sólo con estar a mi lado, que consiguiese que ya sólo me valga estar a su lado.

—Tyler, no sé qué hacer. No puedo dar este paso.

No puedo olvidarme de William y saltar al vacío con Tyler. Da demasiado

miedo. Y ni siquiera sé si es lo que él necesita.

Tyler me abraza con fuerza, consolándome, y me besa con ternura en la cabeza.

—Vamos —dice—. Volvamos a casa.

Nos hace echar a andar hacia el Estudio. Ya no corremos. Somos las únicas personas que no lo hacen. Creo que ya ni siquiera siento la lluvia.

—Buenas noches —saludo a Stephen, uno de los guardias de seguridad.

En cuanto pronuncio esas palabras, Tyler se separa y, en cierta manera, vuelvo a sentirme vacía.

Él nos hace un gesto con la cabeza que Tyler le devuelve casi imperceptiblemente, como si, en cierta manera, se sintiera tan vacío como yo.

Nada más abrirse las puertas del ascensor en la primera planta, *Wannabe,* de las Spice Girls, lo inunda todo. Connor está cantando a voz en grito mientras Oliver se muere de risa en el sofá. Aún no hemos bajado los escalones que separan el recibidor de la sala principal cuando Connor se sube a la mesita de centro y continúa cantando aún más entregado. Sin embargo, a pesar de ser una estrella de la música, no aguanta la presión de que los tres lo estemos mirando y se echa a reír, consiguiendo que unos pocos segundos después todos lo sigamos y acabemos aplaudiendo y vitoreándolo.

—Gracias —responde mientras saluda al público.

Se baja de la mesa de un salto y recupera un paquete de malvaviscos de fresa del brazo del sillón antes de dejarse caer en el mismo mueble.

—Polizonte —me llama Oliver—, Frankie te estaba buscando. Ahora está en la cocina.

Me permito mirar a Tyler, sólo un segundo, y automáticamente decido que lo mejor es darnos un poco de espacio.

—Voy con ella —anuncio.

Me encamino a la cocina y no tardo mucho en verla al otro lado de la isla, preparándose un helado doble de chocolate con sirope de chocolate y pepitas de chocolate.

—Hola.

Alza la cabeza al tiempo que protege su tazón de helado, pero, al ver que soy yo, se relaja.

—Hola.

—¿Quién creías que era? —demando divertida.

—Oliver —responde con los ojos entrecerrados—. Es un ladrón de comida profesional.

Sonrío. No la culpo. En el noventa por ciento de las comidas, le roba algo y siempre lo que suele estar más rico, como las frambuesas del desayuno o las patatas fritas de la cena.

—¿Dónde has pasado el día?

—He estado por ahí —contesto pretendiendo que la conversación termine lo antes posible, pero Frankie me contempla en silencio, esperando a que continúe. Debí imaginarlo. Ha sido una respuesta demasiado vaga—. Con Tyler —añado cogiendo un par de pepitas de chocolate y comiéndomelas.

Frankie me mantiene la mirada y una impertinente sonrisa va colándose en sus labios.

—No ha pasado nada —me quejo, miento.

—No he dicho nada —replica alzando las manos.

Pero, lo que en un principio era «fastidiar a Ava», acaba convirtiéndose en «fastidiar a Frankie», porque Oliver entra en la cocina y, aprovechando el descuido de su prometida, se acerca por detrás y le roba el tazón de helado.

—¡Ey! —protesta, pero no hay nada que hacer. Oliver ya ha cogido una cuchara y está empezando a comer.

Frankie lo fulmina con la mirada hasta que resopla claudicando, se dirige a uno de los muebles y saca otro bol.

—¿Quieres uno? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—Bueno, ¿y qué has hecho con Tyler? —vuelve a la carga mi amiga.

—Nada importante —respondo con la boca pequeña, porque tengo la

incómoda sensación de estar mintiendo otra vez—. Fuimos a desayunar... —de pronto caigo en la cuenta de algo que puede desviar la atención de Tyler y de mí—. Me contó que le tiraste una tetera a William.

Frankie se queda de piedra, con la cuchara suspendida sobre el bote de helado de Ben & Jerry's. Oliver, al otro lado de la cocina, rompe a reír y no tardo en imitarlo.

—No le di —se defiende Frankie—, el cabrón es muy rápido —se lamenta —, y a mi favor añadiré, no sé si Tyler te lo explico, que William me amenazó con meterme vestida en la ducha.

—Sé toda la historia —añado burlona.

—Sabía que no tenía que ser el primero en ir a verte —continúa, socarrón, Oliver.

Frankie le dedica un mohín y él le devuelve el gesto, encantador, logrando que ella claudique y sonría.

—¿Recuerdas esa cafetería tan bonita a la que me llevaste la primera vez? —inquiere Frankie llevándose una cucharada de helado a la boca.

—Sí, estaba en Hampstead, cerca de los Primrose Gardens. Habías ido a ver a tu hermana Mary y yo te recogí. —La sonrisa de Oliver se ensancha como si estuviera rememorando muchísimos otros recuerdos—. Puedo describirlo todo de aquella época. Incluso el día en que... —se interrumpe acelerado, lleno de chispa, exactamente como es él. Deja el tazón sobre la encimera y da un paso hacia nosotras—. Estábamos en esta cocina —explica vehemente, ayudándose de las manos— y yo estaba allí, justo donde Ava está ahora. Estaba muy nervioso —añade entre risas y las dos sonreímos, contagiadas de su humor—, pero no me importó, tenía claro lo que quería hacer. Sacudí los hombros, erguí la espalda —imita cada gesto que describe —, miré a Connor a los ojos y le pregunté si me daba permiso para salir contigo. Él dijo que sí, sólo una palabra, y yo sonreí más feliz que en todos los días de mi vida.

Oliver termina su anécdota y la cocina cae en el más absoluto silencio.

Miro a Frankie. Está inmóvil. El color ha abandonado por completo su rostro y tiene la mirada perdida al frente. El corazón se me encoge de golpe. Es más que obvio que ella no tenía ni idea de que Connor y Oliver habían mantenido esa conversación.

Ollie nos mira a las dos con el ceño fruncido y la confusión va apagando su sonrisa.

14

James Bay. *Hold back the river*

—¿Qué? —pregunta Oliver sin comprender nada.

—Si me perdonáis un momento —murmura Frankie.

Se levanta sin hacer el más mínimo ruido y se dirige decidida al salón. Yo también me bajo del taburete, dispuesta a seguirla. Mi mirada se cruza un segundo con la de su prometido, pero lo único que se me ocurre es forzar una sonrisa que no engaña a nadie.

—¿Cómo pudiste? —le espeta a Connor irrumpiendo en el salón.

Su comentario me frena en seco en la entrada de la estancia principal.

Connor sólo necesita mirarla un segundo para darse cuenta de que no está bromeando ni tampoco se trata de una rabieta sin importancia.

—¿De qué estás hablando, Frankie? —inquiere levantándose, sereno, tratando de transmitirle esa tranquilidad a ella.

Frankie lo mira como si Connor hubiese traspasado una especie de barrera imaginaria y ahora pudiese odiarlo un poco más porque él ha conseguido hacerle un poco más de daño.

—Oliver te pidió permiso para salir conmigo y tú le dijiste que sí —le escupe con rabia.

Connor le mantiene la mirada, pero sus bonitos ojos azules se llenan con una punzada de genuino dolor.

—Frankie... —la llama, alzando los brazos suavemente, intentando consolarla, pero ella da un veloz paso atrás.

—¿Cómo pudiste? —le recrimina con las lágrimas bañando sus mejillas.

—Frankie...

—¡¿Tan poco te importaba?! —grita desesperada.

—¡¿Y qué querías que hiciera?!

—¡Que le hubieras dicho que no!

Un silencio sepulcral vuelve a hacerse en la sala. Connor agacha la cabeza como si acabase de recibir el puñetazo más certero de su vida.

Tyler y yo nos miramos, pero sus ojos de inmediato vuelan a Oliver, que acaba de detenerse a mi espalda.

—Yo tenía que querer salir con Oliver, pero tú no —le reprocha, y su voz se va apagando letra a letra, como si las heridas fuesen tan grandes que casi no le dejasen respirar. Creo que nunca había visto a una persona tan dolida ni tampoco tan triste.

Connor da un paso hacia ella, pero Frankie vuelve a darlo hacia atrás.

—Lo único que quería —empieza a decirle con la respiración acelerada, como si una parte de él, puede que todo Connor, odiara recordar cada segundo de aquellos días— era cuidar de ti, que fueras feliz...

—Tú deberías haber querido arreglar las cosas, recuperarme —lo interrumpe ella.

Connor se humedece el labio inferior manteniéndole la mirada, con las manos en las caderas, luchando, conteniéndose.

—Pero en lugar de eso, me tiraste a los brazos de uno de tus amigos para sentirte menos culpable mientras te acostabas con tu mujer —sentencia con el corazón hecho pedazos.

—Lo siento.

—Yo siento haberte conocido —replica mirándolo a los ojos.

Frankie sale disparada al piso de arriba. No lo dudo y corro tras ella.

—¡Frankie! —la llamo.

Alcanzo el pasillo de la planta superior justo cuando va a entrar en su cuarto.

—Ava —murmura con la voz llena de lágrimas.

—No se te ocurra decirme que no necesitas hablar ni ninguna estupidez parecida —la freno.

Ella no dice nada y se queda mirando fijamente el pomo de su puerta. Su pecho se hincha violentamente con cada sollozo. Está destrozada.

—No quiero estar en mi habitación —dice al fin.

—Pues entonces es una suerte que esta casa tenga algo así como doce dormitorios —bromeo sólo para hacerla sonreír—. Ven —añado—. Iremos al mío.

La cojo de la mano antes de que pueda protestar y la llevo hasta mi cuarto. Camina despacio hasta los pies de la cama y, abatida, se sienta en el borde del colchón. Yo cierro la puerta y voy hasta ella, acomodándome a su lado.

—Frankie, ¿qué es lo que está pasando con Connor?

Podría darle más tiempo, incluso empezar hablando de cualquier estupidez, pero eso ya lo he hecho otras veces, ya le ha dado cuerda, convencida de que era lo que necesitaba, y es más que obvio, a las pruebas me remito, que no ha funcionado.

No me mira y por un momento creo que va a ignorarme o, en el mejor de los casos, a soltarme un «no pasa nada» que no engaña a nadie, pero me equivoco.

—No lo sé —responde hundiendo los hombros, rindiéndose.

Arrugo la frente sin saber qué contestar.

—¿No lo sabes?

Frankie niega con la cabeza.

—Se suponía que estar aquí, preparar el disco nuevo, sería como otras veces. Connor y yo rompimos hace casi un año, hace ocho meses que salgo con Oliver, hemos coincido muchas veces antes, pero ahora... —Se ha tranquilizado, pero su voz sigue llena de lágrimas, de esas que se lloran en silencio y duelen muchísimo más.

—¿Es por Morgan? —me aventuro a preguntar.

Recuerdo cómo la miró cuando la vio en el aeropuerto, cómo se miraron Connor y Frankie.

—No —responde, y sé que no me está mintiendo.

—Entonces, ¿es por Oliver, porque vas a casarte con él?

Frankie vuelve a negar con la cabeza.

—Quiero casarme con Oliver.

La miro y, aunque sea una situación muy diferente, reconozco en ella una cosa: confusión, la amiga de viaje más complicada.

—Conocí a Connor cuando teníamos diecisiete años —empieza a decir—. Creo que me colé por él el primer segundo que lo vi, pero el muy creído sabía demasiado bien que una sonrisa era todo lo que necesitaba para que las chicas cayeran a sus pies —añade con una sonrisa auténtica y débil, triste y bonita a la vez—, así que decidí que no iba a ser como las demás e iba a ponérselo difícil.

Yo también sonrío. No dudo de que lo hiciera.

—La noche antes de marcharse a Londres, me prometió que vendría a buscarme y, aun así, me pasé dos semanas llorando. Cuando al fin volvió y lo vi debajo de mi ventana, el corazón me latía tan deprisa que creí que iba a rompérseme. Ya estaba enamorada de él antes de que empezáramos a salir, lo quería, y cuando pasó todo aquello, la camarera, Morgan, al principio me sentí como si fuera una broma, como si le estuviera pasando a otra persona y no a mí, y al final se fue igual que la noche que se marchó, sólo que esta vez no me había prometido que volvería. ¿Por qué no pudo luchar un poco más por mí? ¿Por qué tuvo que dejarle el camino libre a Oliver? Dios —se lamenta dejándose caer hacia atrás—. No me he vuelto loca. No desearía no haber empezado con Oliver. No deseo terminar con él, lo quiero, pero también necesito saber que Connor sufrió por mí, que no fue fácil para él.

No puedo estar con Tyler, pero no quiero que esté con ninguna otra chica. No sabes cómo te entiendo.

—Si te sirve de algo —digo dejándome caer también a su lado—, creo que Connor no lo pasó bien en aquella época. Creo que ni siquiera lo pasa bien ahora.

Frankie ladea la cabeza y me mira furtiva un segundo antes de clavar la

mirada de nuevo en el techo.

—Yo tampoco —sentencia, y suena todavía más triste que antes.

Frankie me coge la mano y me la aprieta con fuerza.

—¿Puedo quedarme a dormir? —me pide—. No quiero salir y encontrarme con ninguno de los dos.

—Por supuesto —afirmo.

***

Abro los ojos. La luz es suave, casi como en una película, y mis pupilas apenas necesitan acostumbrarse. De inmediato, suspiro dejando que mis pulmones se llenen de aire, hinchándose por completo mientras miro a mi alrededor. El pase de *backstage* del concierto de Wembley sobre mi mesita, Frankie durmiendo a mi lado, todo entra poco a poco en mi campo de visión y con ello un montón de pensamientos cruzados; cuatro, en realidad: Connor, Oliver, William y Tyler. ¿Quién dijo que la vida en el reino del pop sería sencilla?

Me levanto con cuidado de no despertarla y me voy al baño. Me pongo una camiseta y una bonita falda. Me deshago del vapor del espejo con una toalla y trato de hacer algo decente con mi pelo mojado. Después de una ducha confiaba en ver las cosas un poco más claras, pero no estoy segura de que haya funcionado del todo.

—Buenos días —me saluda Frankie con la voz pastosa cuando regreso al dormitorio.

Me acerco y me siento en la cama.

—Buenos días —respondo—. ¿Qué tal estás?

—Mejor... creo —añade con la mirada fija al frente.

Pienso muy bien las palabras que quiero pronunciar.

—Frankie —capto su atención.

Ella gruñe un «¿sí?»

—¿Qué pasa con Oliver? Quiero decir, con todo lo de ayer, él...

Da igual cuánto las haya pensado, no tengo ni la más remota idea de cómo seguir.

—Oliver está bien —repone.

Frankie me mantiene la mirada, pero la conozco lo suficiente como para saber que, por mucho que pretenda que esa frase sea verdad, en el fondo es consciente de que no lo es o, al menos, no del todo.

—Oliver está por encima de estas cosas —empieza a decir, y su voz suena un poco más triste—. Apuesto a que fue el primero en ir a consolar a Connor.

Frunzo el ceño, confusa.

—Lo pasó muy mal de crío —continúa, refiriéndose a su prometido— y desde entonces decidió que siempre iba a buscarle el lado positivo a todo, que no iba a dejar que los problemas, por muy complicados que fueran, lo hicieran hundirse o rendirse.

—No es difícil darse cuenta de que nunca deja de sonreír.

—Por nada —sentencia.

De repente caigo en la cuenta de algo y con ese «algo», otras muchas piezas empiezan a encajar.

—Te gustaría que todo esto lo afectara un poco más, ¿verdad?

Frankie busca mi mirada, pero inmediatamente la aparta, avergonzada.

—No tiene nada de malo querer sentirse valorada —trato de hacerle entender.

—A veces me siento como si Oliver se hubiese presentado voluntario para ser mi premio de consolación, como si, el día que Connor me dejó, los No Regrets se hubieran sentado y hubieran dicho: «Queremos a Frankie y, ahora que Connor le ha dado la patada, tenemos que buscarle un hueco. ¿Algún voluntario?».

Con las últimas palabras suelta un enorme resoplido.

—Estoy casi convencida de que las cosas no fueron así —bromeo sólo para hacerla sonreír. Lo consigo a medias—. Apuesto a que los chicos se

sentaron y le echaron una auténtica bronca a Connor y después, claro que sí, hablaron de ti y sí, se organizaron para ir a verte, pero no con la idea de reubicarte, sino porque realmente se preocupan por ti y te quieren.

Frankie me mira deseando creerse mis palabras y más le vale hacerlo porque no me queda un átomo de duda de que son verdad.

—Oliver te quiere —sentencio.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Esta situación no tiene que ser fácil para ella, con dos flancos abiertos y demasiado implicada en ambos.

—Ojalá todo fuera tan sencillo.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero, justo cuando voy a pronunciar la primera palabra, llaman a la puerta. Le pido un segundo mostrándole el índice y voy a abrir.

Oliver está en el pasillo, con la mirada clavada en la escalera. Apenas un segundo después la lleva hasta mí.

—Hola —me saluda.

—Hola.

—Yo... —Se rasca la barbilla sin saber muy bien cómo continuar—. ¿Puedo hablar con Frankie?

La miro y ella, que al oír su voz se ha incorporado hasta sentarse, asiente.

—Claro, pasa —contesto haciéndome a un lado con la puerta.

Oliver entra y con el paso torpe camina hasta detenerse frente a la cama. Los dos se miran y a continuación me observan a mí. Tardo unos segundos de más en darme cuenta de que están esperando a que me vaya.

—Oh, sí —digo activándome.

Voy hasta el otro lado de la cama, para coger del suelo las botas y, de la mesita, mi móvil. Junto a él, entra en mi campo de visión el pase de *backstage*. Lo miro un momento y, antes de darme oportunidad a pensarlo, lo cojo y me lo guardo en el bolsillo de mi falda.

—Tomaos el tiempo que necesitéis —me despido dirigiéndome de vuelta a la puerta.

—Gracias, Ava —oigo decir a Oliver justo antes de salir.

Ya en el pasillo, doy una bocanada de aire. Sólo espero que puedan solucionarlo.

Me siento en uno de los primeros peldaños de la escalera, me calzo mis botas de media caña y por un momento, simplemente, me quedo pensando. Me he dado cuenta de que últimamente hago mucho eso: sólo pensar. No debería ser tan complicado, ¿no? Eliges un tema, lo sopesas, decides... decides. Recuerdo el pase de *backstage* en mi bolsillo. Nunca siete letras fueron tan difíciles.

Cabeceo y me levanto sacudiéndome las palmas de las manos, una clara metáfora, porque, en realidad, lo que quiero sacudirme es esta indecisión. No me gustaría acabar convirtiéndome en uno de esos personajes de telenovela hispanoamericana que piensa en voz alta mientras pierde la mirada al vacío. Además, necesito un té. Prohibido martirizarse sin un té.

Bajo al salón y lo cruzo hasta llegar a la cocina. Apenas he dado un paso en ella cuando alzo la cabeza y lo veo. Tyler está de pie, al otro lado de la isla. Lleva unos vaqueros y una camiseta gris que hace resaltar sus tatuajes, su cadena plateada, sus ojos, los ojos más increíbles del mundo.

Él me recorre de arriba abajo con la mirada.

—Hola —me saluda, pero algo en su voz me dice que él tampoco está contento, que también ha estado pensando demasiado y, exactamente como me sucede a mí, no ha encontrado una solución.

—Hola —respondo.

Este saludo se me queda demasiado pequeño. Quiero ir hasta él, darle un abrazo, olerlo.

—¿Un té?

Asiento.

—Sí —certifico.

Tyler se gira hacia los fogones donde descansa la tetera. Rodeo la isla y ocupo su posición para alcanzar las rebanadas de pan tostado y untarme una

con mermelada. El silencio es tangible y raro porque entre nosotros siempre ha sido fácil hablar, contárnoslo todo. Incluso antes de ser amigos, yo me sentí lo bastante valiente como para pedirle que dejara de beber y él para contarme que echaba de menos su vida en Dover.

Ahora mismo me siento un poco sobrepasada y un poco triste. No quiero perder a Tyler y me da muchísimo miedo que esto, esta mañana, esta situación, sea sólo el principio de lo que inexorablemente acabará pasando. Y lo que más me desconcierta de todo es la vehemente sensación de que a él le pasa lo mismo.

—Ava —me llama.

—¿Sí? —Prácticamente lo interrumpo, y sueno esperanzada, impaciente, expectante, exactamente como me siento.

Tyler deja el trapo que tenía entre las manos en la encimera y se vuelve despacio hacia mí. Yo lo imito nerviosa, tímida, y nos quedamos frente a frente. Nuestras respiraciones van transformándose en un suave caos, despacio. Sea lo que sea lo que piensa decirme, quiero escucharlo.

—Ava... —repite mi nombre.

—Buenos días —nos interrumpe Connor entrando en la cocina.

Los dos nos separamos como si acabásemos de quemarnos y cada uno vuelve a su porción original de granito. El corazón me bombea con fuerza en el pecho. Tyler deja una taza de té frente a mí y nuestras miradas vuelven a conectarse en esa décima de segundo. ¿Qué es lo que iba a decirme? Me sorprendo a mí misma a punto de preguntarlo en voz alta cuando Tyler aparta sus ojos de los míos y le pasa a Connor otra taza.

—Gracias.

Esa única palabra me hace prestarle atención. Parece cansado, mucho, y también parece estar pasándolo francamente mal. Mi primer impulso es soltar un «¿qué te pasa?», pero me doy cuenta de que ya sé la respuesta: está así por Frankie, por todo lo que ocurrió ayer.

Seguimos comiendo en silencio y así pasa al menos media hora hasta que

la actividad toma el salón y Hugh Redgrave entra en la cocina.

—Buenos días —saluda—. Ava —añade amable.

—Buenos días, señor Redgrave... quiero decir, Hugh.

Él sonríe como respuesta y da un paso en dirección a los chicos.

—Sería envidiable que pudiésemos salir ya —nos explica—. Nos esperan en los estudios de Radio 1 para la entrevista.

—No podemos irnos —lo interrumpe Connor, preocupado—. Frankie aún no ha bajado.

—Frankie está aquí —lo corta ella misma, entrando en la cocina y deteniéndose junto a mí.

Connor la mira como el chico guapo de la peli de los ochenta miraba a la chica que casi al final de la cinta decidía abandonarlo porque él no había sido capaz de darlo todo por ella. La diferencia es que en esas pelis ése era justo el momento en el que el chico guapo comprendía que quería a la chica y apuesto a que Connor lo ha sabido siempre.

—Perfecto —sentencia Hugh—. Los coches están esperándonos abajo.

El mánager es el primero en poner rumbo a la puerta. Miro a Tyler, otra vez sólo un segundo y otra vez ni siquiera sé por qué. Él ya me mira a mí. Los nervios en la boca de mi estómago se hacen más patentes. ¿Qué es lo que iba a decirme?

Frankie me agarra de la mano con fuerza y tira de mí para que sigamos a Hugh hasta el salón.

—Hola, Ava.

Reconozco la voz. Creo que podría hacerlo en cualquier circunstancia. Es William.

—Hola.

Él me observa y esboza su media sonrisa. Yo le mantengo la mirada, nerviosa, sin saber qué otra cosa hacer. William da un paso hacia mí y sus botas negras entran en mi campo de visión. Trato de respirar, de pensar, de decidir. Todo batallas perdidas.

Sin embargo, Frankie no deja que el momento se alargue y vuelve a tirar a mí.

—Os esperamos abajo —anuncia mientras entramos en el ascensor.

En cuanto las puertas se cierran, me suelta y se deja caer contra la pared lateral del ascensor, apoyando su hombro en ella.

—¿Por qué tengo la sensación de que te he librado de un balazo?

Me encojo de hombros, tratando de restarle importancia a sus palabras.

—¿Por qué lo dices?

—Porque creo que, si no te hubiera arrastrado conmigo y hubieras tenido que decidir en qué coche irías —prosigue impertinente—, te habrías desmayado.

Niego con la cabeza, inquieta, obviando que tiene razón.

—No sé a qué te refieres —sentencio.

—Ya —deja en el aire.

Salimos del elevador y nos montamos en uno de los SUV, escoltadas por André, el guardaespaldas de Frankie, que ocupa el asiento del piloto.

Unos minutos después bajan los chicos y nos ponemos en marcha camino de Portland Place, donde están los estudios de la BBC y, por tanto, los de Radio 1, la emisora más importante del Reino Unido en lo referente a música pop rock.

Estamos a poco más de una calle cuando se percibe un profundo murmullo, como si muy cerca, en dirección desconocida, hubiese cientos de personas aguardando. Al girar desde la calle New Cavendish, el murmullo toma forma, color, y un gentío de adolescentes y veinteañeras corre hacia los vehículos con fotos de los chicos, carteles y revistas con ellos en las portadas entre las manos. Están nerviosas, aceleradísimas, sin dejar de sonreír, sin dejar de llamarlos, enamoradas, por sus nombres.

El coche disminuye la marcha tratando de no tener que detenerse por completo o de lo contrario será tarea imposible llegar hasta los estudios. El

sonido seco de las palmas de las chicas contra los cristales inunda el interior del Audi y me hace sonreír.

—¿Siempre es así? —inquiero admirada.

—Los cristales están tintados, así que no saben en qué coche va cada uno —me explica Frankie—. Y en respuesta a tu pregunta, sí, siempre es así.

No quiere, prefiere mantener su pose de mujer dura, pero ella también acaba sonriendo. Es imposible no hacerlo. Ésta es la prueba más contundente de amor incondicional que se puede presenciar: llevan aquí horas, ni siquiera saben si los chicos están en este coche y, aun así, dan todo lo que son en cada grito, sin esperar nada a cambio, sólo que ellos las vean, que sepan cómo de especiales son en sus vidas.

Llegamos a la puerta de Radio 1. André nos ordena que esperemos y él se baja primero. Rodea el vehículo y nos abre la puerta, haciéndonos un gesto rápido para que salgamos. En cuanto las dos estamos fuera, alberga nuestros hombros con firmeza y sus dos metros y nos conduce hacia el edificio.

Al cruzar las puertas, se separa profesional, pero sigue pendiente de nuestros pasos.

Frankie y yo nos detenemos en mitad de la recepción. Mientras mi amiga atiende a la solícita chica de prensa que se nos acerca, me giro para ver la entrada de los chicos. No me la perdería por nada del mundo. Los cuatro avanzan por un pasillo improvisado, creado por la gente de seguridad de la propia emisora, porque, a diferencia de André, sus guardaespaldas se mantienen en un segundo plano, dándoles libertad de movimiento. Saludan a las fans y firman autógrafos sin detenerse con ninguna. Las chicas gritan aún más enfervorecidas, algunas incluso lloran y todas, absolutamente todas, quieren tocarlos. Son estrellas. Son auténticas estrellas del firmamento de la música.

—Vamos, Ava —me llama Frankie.

Asiento y me obligo a dejar de mirarlos y a girarme.

La chica de prensa nos conduce por el edificio hasta una coqueta sala, con

unos sofás con pinta de ser lo más cómodos del planeta y un elegante *catering* a base de *macaroons* y *champagne*.

—Pueden esperar aquí a que los No Regrets terminen la entrevista. Si necesitan algo, llámenme —se ofrece.

Frankie asiente mirando a su alrededor, pero yo ya he visto la habitación y, sin ánimo de sonar desagradecida, no me interesa lo más mínimo.

—Perdone —la llamo dando un paso en su dirección cuando ya estaba a punto de marcharse—, ¿sería posible presenciar la entrevista?

Ella me mira confusa, con la frente arrugada. Imagino que no será lo más común rechazar una habitación así, pero me hace verdadera ilusión verlos.

Finalmente asiente, la profesionalidad ha ganado a la confusión.

—Sí —añade—, síganme.

—¿De verdad vamos a ver la entrevista? —gruñe Frankie.

Asiento divertida y tiro de su mano para que deje de arrastrarse a regañadientes y me siga.

La chica nos conduce hasta la sala de control y nos presenta al técnico de sonido. Nos pide encarecidamente que tratemos de no hacer ruido y, aunque Frankie frunce los labios pensando qué lindeza contestarle, yo lo hago por las dos, prometiéndole que no tiene nada de que preocuparse.

Nuestra acompañante se marcha y empiezo a curiosear sin molestar demasiado. El estudio es espectacular, o quizá sea como todos los estudios de radio, no tengo la más mínima referencia, pero me hace muchísima ilusión estar aquí.

La puerta del estudio se abre ¡y entra Scott Mills! ¡Es un locutor increíble! Un chico le entrega una carpeta, que él deja sobre la mesa, y a continuación se gira hacia el control. Scott Mills le hace un gesto al técnico y él asiente. Al reparar en nosotras, frunce el ceño, confuso.

—Vienen con los No Regrets —lo informa.

Ahora es Mills quien asiente y nos saluda cortés con la mano.

—Bienvenidas —nos dice, pero al no estar abiertos los micrófonos

todavía, tenemos que conformarnos con leerlo en sus labios.

Sonrío como respuesta, esta vez también por las dos.

El responsable del control llama su atención, el locutor se sienta y se pone unos enormes cascos negros. Una canción que no reconozco empieza a sonar por los altavoces y, tras unos segundos, con los últimos acordes, se integra la sintonía del programa.

El técnico le indica a Scott Mills el número tres con los dedos y empieza una cuenta atrás hasta bajar suavemente la mano al tiempo que se enciende una luz roja con las letras «on air» y el presentador comienza a hablar.

—Hoy nos espera una mañana alucinante —explica a los oyentes— porque, en exclusiva aquí en Radio 1, unas horas antes de su concierto en Wembley, ¡tendremos a los No Regrets!

Mi sonrisa se ensancha orgullosa. Son los mejores.

Tras hablar un poco más del resto del programa y prometer que dejará a la audiencia elegir por Internet la última canción, anuncia el *Sky full of stars,* de Coldplay.

En cuanto el técnico le indica que están fuera, Scott Mills se levanta y, nervioso, espera junto a la puerta, que se abre unos instantes después.

La del control también lo hace y Hugh se acerca a nosotras con una sonrisa al tiempo que los chicos entran en el estudio.

—Es una pasada que estéis aquí —dice el presentador, estrechándole la mano a Connor.

—Es una placer —responde éste con su habitual amabilidad, pero algo me dice que lo único que ha hecho ha sido poner el piloto automático—. Muchas gracias por invitarnos.

Observo a Frankie buscando una reacción que me dé alguna pista, pero ella tiene la mirada perdida en cualquier otro lugar.

Después de los pertinentes saludos y de que Mills se deshaga en elogios, todos toman asiento. *Sky full of stars* se mezcla con *An animal land*, una de

las primeras canciones de los No Regrets. La luz roja vuelve a encenderse y se abren los micrófonos.

A pesar de todo lo que pasó ayer, esta mañana, incluso de cómo ha llegado Connor al estudio, la entrevista va sobre ruedas. Se respiran risas, buen rollo y una complicidad absoluta. Como siempre, estar los cuatro juntos es todo lo que necesitan para estar bien.

—Esperad un momento —les pide el presentador a punto de echarse a reír —, ¿me estáis diciendo que os encanta versionar canciones de Dua Lipa?

Sonrío. Dua Lipa es alucinante, pero sus canciones son de chicas para chicas. Imaginar a un grupo de cuatro tíos cantando que sabes que te despertarás en su cama y, si estás debajo de él, nunca te lo quitarás de encima, resulta, cuando menos, curioso.

—Empezó Oliver —lo tira Tyler a los leones con una sonrisa, sin ningún remordimiento.

—¿El mejor guitarrista de su generación? —continúa, incrédulo, el locutor.

Todos menos Oliver asienten mitad grandilocuentes, mitad impertinentes.

—Sí, señor —sentencia Connor, divertido—. El mejor guitarrista de su generación.

Oliver bufa a punto de echarse a reír.

—Al menos yo no me subí el otro día a un tresillo mientras cantaba a voz en grito *Bitches broken hearts*.

—Eso es un éxito atemporal —se defiende Connor— y no era un tresillo, era un sillón.

—¿Y qué más da? —replica William, burlón—. Te encanta subirte a cualquier cosa.

—Eso es porque eres bajito —añade Tyler, socarrón—. Por eso te gustan tanto los sombreros.

—Usa uno de copa, así podrás olvidarte de subirte a cosas —sigue pinchándolo Oliver.

—Además, debajo de él podrás guardarte un sándwich —le hace ver William.

—De mermelada —añade Tyler a punto de echarse a reír, en una clara referencia al osito Paddington.

—Sí, lo hare —sentencia Connor— y no pienso compartirlo con vosotros, pandilla de sin modales.

Tan pronto como pronuncia semejante «insulto», los cuatro se echan a reír, contagiando al locutor e incluso a todos los que estamos al otro lado del cristal.

***

La misma chica nos acompaña a la salida, donde nos espera André para escoltarnos hasta el coche. Las fans continúan en la puerta, expectantes, cantando canciones y vitoreando a los chicos.

Al montarnos en el Audi, no puedo evitar sonreír como una idiota: las ventanillas están llenas de pintadas con rotuladores. Desde los típicos «Te quiero, No Regrets» hasta mensajes de admiración, trozos de sus canciones, corazones o números de teléfono.

Paso mis dedos por una de ellas y me imagino a mí misma hace doce años. Habría estado ahí fuera con Emmet tratando de acercarme a ellos. Mi amiga, con toda probabilidad, habría intentado colarnos. Aunque ¿a quién pretendo engañar?, mi padre habría descubierto nuestros planes unas horas antes y nos habría confinado en casa. Nunca le gustó que estuviésemos tan coladas por un grupo de música. Vuelvo a sonreír. De haber acabado así, también habría estado genial. Nos habríamos quedado en mi habitación y habríamos imaginado que conocíamos a los No Regrets, que se enamoraban de nosotras y nos casábamos en la catedral de Saint Paul's, con la reina de Inglaterra y Justin Timberlake como invitados.

Vuelvo a repasar las pintadas. Puede que hayan pasado doce años, pero

estoy viviendo mi sueño.

Los chicos no tardan en llegar y nos vamos a Wembley. Mientras realizan la última prueba de sonido, Frankie y yo almorzamos en el camerino de Oliver.

—¿Tú no deberías estar hablando con William? —inquiere Frankie mientras se recoloca en el sofá, apoyando las plantas de los pies en él.

Me encojo de hombros, nerviosa y culpable.

—No.

—Mientes fatal —replica con una sonrisita.

—En realidad, miento muy bien. Supongo que no me estoy esforzando lo suficiente.

—¿Y he de entender, entonces, que no lo estás haciendo porque en el fondo quieres que te pille?

Frunzo el ceño.

—¿Y por qué iba a querer que me pillaras?

—No sé —responde restándole importancia—, ¿para que, por ejemplo, te diga que estás siendo una completa idiota por no encarar las cosas?

—Muy aguda. ¿Qué tal con Oliver esta mañana?

—Los chicos de No Regrets de uno en uno, por favor —protesta impertinente, apuntándome con su tenedor—, y ahora estamos con William.

La observo un momento antes de centrar mis ojos en mi ensalada, claudicando.

—William me ha pedido que empecemos de nuevo y yo no tengo ni la más remota idea de qué hacer. Estoy hecha un lío —confieso mirándola al fin—. Es William, estoy colada por él; volver a intentarlo es lo que tendría que querer, ¿no?

Frankie ladea la cabeza de un lado a otro, meditando su respuesta.

—Deberías querer lo que quieras querer. —Calla un segundo—. Cuando dices una palabra muchas veces, suena rara, ¿verdad?

Yo me centro en la parte importante de su argumento. «Querer lo que

quieres querer.» Es una buena reflexión.

Estoy a punto de empezar a darle vueltas cuando una idea todavía más clarividente irrumpe en mi cerebro: no estoy haciendo las cosas de la manera correcta. Tengo que dejar de pensar y tengo que empezar a actuar. Da igual que tenga dudas o esté confusa. Tengo que empezar a arriesgarme, a tomar decisiones.

—¿Dónde está William? —demando tras levantarme como un resorte.

Frankie se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿En su camerino?

Salgo al pasillo y empiezo a caminar sin saber exactamente a dónde voy, pero sabiendo exactamente dónde debo ir. Me cruzo con una veintena de bailarines estirando, técnicos, personal del propio estadio. Giro por el primer corredor que me da la oportunidad y me topo con la misma mujer de pelo corto y platino con la que Emmet y yo nos encontramos en el concierto de París y de inmediato nos descubrió.

La empleada entorna los ojos. Creo que otra vez, con un único golpe de vista, tiene clarísimo que no trabajo aquí. Deberían ponerla al frente de la seguridad. Lo tiene todo controladísimo.

Antes de que pueda decir nada, rápida, saco el pase de *backstage* de mi bolsillo y me lo cuelgo del cuello. La mujer lo estudia un segundo con cara de pocos amigos y finalmente continúa su camino. Suspiro. Ha faltado poco.

Deambulo un poco más hasta llegar a un ancho pasillo que conduce a una de las entradas laterales del escenario. No tardo en ver a los chicos. Oliver y Tyler están tocando la guitarra, sentados el uno frente al otro en sendas fundas de amplificadores, de ésas negras con las esquinas y los rebordes de un reluciente metal.

Connor, a unos pasos, con un par de partituras en la mano, está repasando unas canciones, muy concentrado.

Todo, bajo la atenta mirada de Hugh, con las manos en los bolsillos y el hombro apoyado en la pared.

Mi primera reacción es acercarme a ellos y quedarme embobada mirándolos, sólo para disfrutar un poco más de sentirme parte de todo esto. Sin embargo, me recuerdo que tengo algo que hacer. Sin embargo, también, ¿qué posibilidades tengo de volver a contemplar algo así?

Doy el primer paso hacia los No Regrets cuando unos dedos rodeando mi antebrazo me distraen. Me hace girarme y yo sigo el movimiento, confusa.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta un chico afroamericano.

Abro la boca dispuesta a contestar, pero una voz demasiado familiar en demasiados sentidos lo hace por mí.

—Está con nosotros —responde William, acercándose a mí desde el mismo pasillo que yo he tomado hace tan sólo unos minutos—. Puede hacer lo que quiera.

El empleado asiente y sonríe algo incómodo.

—Lo siento —se disculpa.

—No te preocupes —respondo con una sonrisa. No quiero que piense que ha metido la pata.

En el momento en el que William llega hasta a mí, el chico se marcha.

—Hola —me saluda.

—Hola —respondo.

William me dedica esa media sonrisa tan peligrosa y da un paso hacia mí.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —inquiere—. ¿Lista para el concierto?

Asiento y, no sé si es su proximidad, la palabra *concierto* y la posibilidad de verlo desde esta posición privilegiada o qué, pero empiezo a darme cuenta de lo nerviosa que estoy.

—Estoy segura de que va a ser increíble.

—Por lo menos espero que las personas que pagan cincuenta libras por su entrada lo pasen bien —añade socarrón.

Sonrío y bajo la cabeza tratando de controlar mi gesto. Recuerdo esas palabras. Se las grité, puede que un poco enfadada, el día que nos conocimos en París. Cuando vuelvo a alzar la mirada, la suya me está esperando.

—Disfrutarán de cada penique —sentencio.

Sonríe y yo lo hago con él.

—¿Has pensado lo que hablamos en tu habitación ayer? —suelta a bocajarro.

William Hamilton, natural del norte de Londres, de treinta y cuatro años, cinco pies y once pulgadas de estatura y diez de talla de zapatos (el cuarenta y cinco en Europa, por si lo habíais olvidado... sí, un número muy grande), no es el tipo de tío que espera si no es lo que quiere hacer.

Mi sonrisa cae en una especie de agujero negro de confusión. Arriesgarse. Decidir. El plan sonaba mejor cuando sólo era es eso, un plan. Opto por ser pragmática o, lo que es lo mismo, sincerarme.

—William, no sé qué hacer. Me gustas, pero me hiciste daño, mucho.

Aparto la mirada tratando de reordenar mis ideas. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

—Y aunque parezca imposible porque sólo hace quince días que os conozco —continúo—, han pasado muchas cosas y he sentido muchas cosas.

Pienso en autobuses de dos plantas, en Portobello Road, en el cambio de la guardia, en besos bajo la lluvia... Una guitarra a mi espalda deja de sonar.

—No sé qué...

Pero William no me deja terminar. Me toma de la cintura, me estrecha contra su cuerpo y me besa. Y sucede que el beso es precioso, lleno de deseo, de pasión, de todo lo que deberían estar llenos los besos, pero sucede también que yo no siento nada de eso. Aparto la cara y agacho la cabeza porque me siento como si estuviese engañando a Tyler... y no quiero.

De pronto la confusión se disipa, las ideas se asientan y mi corazón empieza a latir con fuerza.

15

Rita Ora y Liam Payne. *For you*

—Lo siento, William —digo apartándome—, pero no puedo.

Él me mira confuso, pero es un sentimiento que sólo dura un segundo en sus ojos. Sin embargo, antes de que diga nada, tomo aire y vuelvo a hablar. Necesito decir todo lo que tengo que decir.

—No puedo volver a intentarlo contigo —continúo—, ni tampoco regresar al punto en el que estábamos antes.

William se asegura de que haya terminado y por un momento sólo me estudia, tratando de encontrar en mis ojos marrones más pistas, más palabras, más respuestas.

—¿Todo esto es por Tyler? —inquiere al fin.

Niego con la cabeza y no tengo ni una mísera duda de por qué lo hago.

—No, todo esto es por mí —sentencio—, por lo que necesito, por lo que sé que merezco, por lo que quiero.

Quiero. La palabra rebota en mi mente. No es una palabra cualquiera, ¿verdad? No suena rara aunque la digas muchas veces, porque es especial. William es un hombre increíble, pero no se portó bien conmigo, decidió por los dos y no confió en mí cuando más lo necesitaba. Por eso sé que merezco más que lo que él está dispuesto a ofrecerme, por eso sé que quiero más. Y otra vez está ahí esa maravillosa palabra: *querer*. Querer que te hagan sonreír, que te necesiten, necesitar. Querer que te hagan sentir bien sólo con estar ahí, que su corazón forme parte del tuyo, que el tuyo esté en el de él. Querer sentirte vulnerable y protegida al mismo tiempo. Sólo querer... querer con todo lo que eres hasta que no queda sitio para nada más.

—Lo siento, William.

Me alzo sobre la punta de mis pies y le doy un beso en la mejilla.

Así se cierra este capítulo de mi vida.

Me giro con una sonrisa tímida y torpe en los labios buscando a Tyler, pero no hay rastro de él.

—Nos ha visto —pronuncia William, inmóvil, aún a mi espalda—. Lo más probable es que se haya marchado a su camerino.

—Gracias —le digo volviéndome y saliendo corriendo hacia el pasillo principal.

Sabía que era un buen tipo.

No sé cuántos corredores atravieso ni con cuántas personas me cruzo, pero finalmente encuentro la zona de camerinos y, entre ellos, el de Tyler. Nerviosa como lo he estado pocas veces en mi vida, me detengo frente a su puerta y tomo aire un par de veces tratando de controlar mi respiración, mi corazón, todo mi cuerpo, antes de atreverme a llamar.

Cuando por fin lo hago, espero a que me dé paso, pero, como no sucede, me armo de valor autoinfligido y abro la puerta. No tardo en verlo. Está apoyado, casi sentado, sobre la mesa, con los brazos cruzados y el cuerpo tenso. Ya lleva la ropa de la primera canción, el traje negro con una doble abotonadura plateada sobre el pecho, como una versión moderna de un guardia real de cuento, pero no ha terminado de abrochárselo y la parte superior le cae abierta, dándole esa pizca de rebeldía que siempre formará parte de él.

El atuendo me hace sonreír como una tonta enamorada y lo observo un par de segundos más de los necesarios.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

Mis palabras le hacen fruncir el ceño, extrañado de que esté aquí, pero no me mira y tras unos segundos que se me hacen eternos, simplemente asiente.

Entro, cierro a mi paso y camino titubeante hasta colocarme frente a él.

—Creía que estarías con William —dice.

—Yo también —contesto en un brote de sinceridad.

Tyler alza la cabeza sorprendido y también me parece que un poco

enfadado por lo que acabo de decir. No lo culpo.

—Creí que quería estar con él, pero he comprendido que no.

Tyler continúa observándome y entiendo que ahora me toca a mí poner mis cartas sobre la mesa.

—Estaba asustada de volver a dejarme llevar. No es culpa tuya —le aclaro—, pero me sentía así. —Las dudas, la confusión, el pensar que acabaría pasándolo mal de nuevo—. Con Martin todo se había ido al traste y también con William y me daba miedo volver a arriesgarme... y perderte —añado en un murmuro. Ésa era la peor sensación de todas.

Su mirada cambia y se llena de ese sentimiento pequeño y grande a la vez, bonito, que sólo nos incumbe a él y a mí porque es sólo nuestro.

—Y en mitad de todo aquello, William me pidió volver a intentarlo y por un momento pensé que era lo que debía hacer, pero ahora sé que no. —Sé que no. No hay dudas. No quiero dar un solo paso atrás—. Y en este momento —continúo nerviosa, porque lo cierto es que Tyler no me ha pedido que haga esto por él y la mera idea de que todo acabe con un «lo siento mucho, Ava, pero no puede ser» da demasiado miedo... Sin embargo, la posibilidad de que salga bien, de que me bese, que me quiera, brilla demasiado, eclipsando todo lo demás—, me siento como Julia Roberts en aquella película, pidiéndole a Hugh Grant que la quiera, pero no me importa. No me importa porque eres tú —sentencio dejando que mi voz se llene de todo lo que siento por él, de lo valiente que me hace ser—. Yo no quiero estar con William. Quiero estar contigo, Tyler. Quiero estar con la única persona que me hace sentir como tú me haces sentir.

Tyler sigue mirándome con sus preciosos ojos grises hasta que cabecea, como si luchara, como si se contuviera... pero fracasara. Alza la vista al techo con mi nombre en los labios.

—Ava —repite incorporándose y destruyendo la distancia que nos separa.

Toma mi cara entre sus manos.

Me besa con fuerza.

Exactamente como todas las chicas merecemos que nos besen.

—Tú —dice separándose lo justo para atrapar mi mirada, con una seguridad infinita, con sus manos aún en mis mejillas— marcas la diferencia en mi vida. La haces mejor. Me haces mejor. Y no voy a dejarte escapar.

Sonrío, como antes, como una tonta enamorada, y Tyler me devuelve el gesto justo antes de volver a besarme.

Sus manos se deslizan por mis costados hasta llegar a mi cintura, mis caderas, mientras mis brazos rodean su cuello, mientras Tyler nos hace caminar hasta llevarme contra la puerta.

El contacto no me sorprende, no me importa, y como recompensa lo siento más cerca, estrechándome entre su cuerpo y la madera.

—Deberíamos tomárnoslo con calma —me pide con la voz trabajosa, separándose apenas un centímetro y clavando sus ojos en mis labios.

Sin embargo, no ha pasado un segundo completo cuando vuelve a besarme.

Se aparta de nuevo y tengo que concentrar todas mis neuronas en un gesto tan sencillo como asentir.

—Sí —añado con la respiración desordenada—, es lo mejor. ¿Tú...? —Otra vez necesito cada gramo de concentración disponible—. ¿Tú estás bien? Porque dijiste que necesitabas tiempo para recuperarte y no saber nada de chicas en una temporada y...

Tyler me besa interrumpiendo mi discurso y siento que me derrito lentamente, como si consiguiese que mi vida fuera deseo y caramelo fundido.

—Estoy genial —susurra separándose esa mínima distancia de nuevo.

Los dos sonreímos y es un gesto grande, fugaz, nervioso y trémulo. Todo a la vez.

—Es sólo que no quiero arruinarlo por ir demasiado rápido —continúa—. Quiero disfrutar de ti.

Sé que se refiere a nuestra relación, a seguir hablando hasta quedarnos dormidos, a compartir cosas más allá del sexo, pero, involuntariamente, su voz

se ha vuelto más áspera al pronunciar esa última frase y esas cuatro palabras se han quedado flotando entre los dos.

—Yo también quiero disfrutar de ti —murmuro, y sueno como no había sonado nunca antes, llena de anhelo, de ganas.

—Ava —me reprende o me llama, no lo sé.

Alza la mano y recorre mi labio con su pulgar. Todo mi cuerpo recibe el movimiento saboreando la electricidad que nace entre nosotros cada vez que nos tocamos. Tengo que contenerme para no arquearme, buscando más de él, pero Tyler parece leer mis pensamientos, o quizá, simplemente, se está dejando guiar por los suyos, y vuelve a besarme aún con más fuerza, empotrándome contra la puerta.

—¡Tyler, cinco minutos! —lo avisa una voz golpeando la madera.

Doy un respingo, pero me mantiene sujeta al tiempo que sonríe contra mi boca.

—Tengo que salir —me explica—. El concierto va a empezar.

Asiento. Tyler se separa despacio, pero, como la primera vez que nos besamos, vuelve a abalanzarse sobre mí y yo vuelvo a disfrutarlo una vez más.

—Calma —se pide a sí mismo entre risas por su falta de voluntad.

—Parece que no se nos da demasiado bien —comento contra sus labios, contagiándome de su humor.

Tyler vuelve a besarme, un beso más corto, divertido y glotón, y se separa lo necesario para que otra vez podamos volver a mirarnos directamente a los ojos.

—Hay algo que tengo que hacer antes de subir a cantar —dice, y sé que esta vez habla en serio—. Nos veremos dentro de dos horas y media.

—Enamóralas a todas —replico impertinente, apartándome de la puerta.

—Es lo que mejor se me da —contesta descarado, guiñándome un ojo y abriendo por fin.

Sonrío como respuesta y a cambio obtengo la suya justo antes de que se marche. Ya a solas, mi clara intención es dejar de sonreír, pero no puedo. Me

encuentro con mi reflejo en el espejo y mi gesto se ensancha hasta casi partirme la cara en dos. ¡Estoy feliz!

Me muerdo el labio inferior recordando cada milésima de segundo de lo que acaba de pasar y finalmente opto por salir antes de empezar a dar saltitos y palmaditas.

Vuelvo al pasillo que conduce al escenario, donde imagino que ya debe de estar Frankie. Sin embargo, cuando sólo he recorrido unos metros, me detengo en seco. Tyler y William están hablando junto a la escalera de metal que conduce a las tablas. No habría nada fuera de lo común si no fuese porque los dos están muy serios, William incluso enfadado. Tyler trata de hacerle entender algo, pero él ni siquiera parece escucharlo y le da la espalda, alejándose. Tyler no se rinde, camina hacia él, sigue hablando, pero no obtiene ninguna reacción de William, salvo, con toda probabilidad, más rabia. Pero entonces, Tyler se queda callado, pensativo, inmóvil, con las manos en las caderas y, tras un puñado de significativos segundos, dice algo que no consigo entender, sólo una frase. William deja de trastear con su guitarra de golpe y se gira buscando los ojos de Tyler. Ninguno de los dos habla, pero con su mirada parecen sustituir una conversación entera, hasta que William vuelve hasta Tyler y lo abraza con fuerza. Tyler le devuelve el gesto y simplemente se quedan así.

Suelto todo el aire que sin darme cuenta había contenido y una lágrima se escapa por mi mejilla, mezclándose con una nueva sonrisa. Me preocupaba, y mucho, que esta especie de triángulo amoroso afectara a su amistad. Ahora me doy cuenta de que no podía estar más equivocada. Connor, Oliver, William y Tyler son hermanos y nada ni nadie podrá cambiar eso.

Connor pasa junto a Tyler y William, que se han separado, y los llama a los dos. Los No Regrets se juntan y, a su alrededor, la banda de músicos que siempre los acompaña. De pronto, a pesar de estar en un estadio abarrotado de gente, el silencio se hace sepulcral. Los contemplo y tengo la sensación de ser

una auténtica privilegiada, de estar presenciando algo casi místico. Ahora mismo están en comunión.

—Esto es lo que hacemos —dice Connor con una seguridad absoluta—. Esto es lo que queremos hacer y es increíble vivirlo con vosotros, tíos. ¡Vamos a conseguir que el estadio tiemble!

Todos gritan, aplauden y vitorean respondiendo al grito y los músicos suben deprisa al escenario.

—Creo que voy a desmayarme.

Me giro hacia la voz y veo a Emmet con la mano en el pecho y los ojos clavados en los chicos.

Sonrío. La verdad es que ha sido impactante.

Mi amiga se acerca y se cuelga de mi brazo.

—Bonito pase —le digo socarrona, mirando su tarjeta de *backstage,* idéntica a la mía.

—No es de la calle Harris, pero no está mal —replica burlona.

Las luces se apagan en el estadio y la música empieza a sonar. Unos técnicos se acercan a los chicos. Revisan que sus auriculares estén bien y hacen unas últimas comprobaciones. Los cuatro parecen muy concentrados ahora mismo. Están disfrutando de la calma que precede a la tormenta.

—No Regrets, a escena —avisa uno de los miembros del personal.

Los chicos suben. Emmet y yo nos miramos y, sin dudarlo, echamos a correr dispuestas a no perdernos un detalle del concierto.

Llegamos a tiempo de ver a los cuatro envidiablemente quietos, en el centro de la escena. El elefante, el soldadito y Alicia de cerca son aún más impactantes, igual que la carpa.

Incluso desde aquí, pueden sentirse los nervios a flor de piel de las más de ciento sesenta mil fans.

La música termina. La carpa cae. Las luces se encienden... y Wembley arde.

Las chicas gritan, tratando de alcanzar de la manera que sea el escenario, a

los No Regrets, mientras ellos permanecen quietos, torturándolas, haciendo más grande su leyenda, permitiendo que, como dije antes, cualquier persona que los observe en este momento caiga rendida a sus pies.

Un golpe de guitarra, solo uno, y el espectáculo comienza.

***

—¿Llego tarde? —inquiere Frankie en la cuarta canción, acercándose a nosotras.

—Es casi ofensivo que nos lo preguntes —replico socarrona.

Ella me ofrece algo parecido a una sonrisa y se cruza de brazos apoyándose en una de las paredes laterales.

—Esta noche nos vamos de marcha —dice Emmet de pronto y, como si pudiera adivinar mis inminentes reticencias, añade—: de obligado cumplimiento.

Sonrío, no puedo dejar de hacerlo desde que salí del camerino de Tyler, pero, en el fondo, no quiero. Necesito que me tome en serio cuando le diga que no voy a ir.

—Por mí, de cine —se apunta Frankie.

Voy a pensar una excusa cuando recuerdo que los chicos, después de cada concierto, pasan la noche juntos sin mánager y sin novias... De repente estoy a punto de sufrir un desmayo mental. ¿Es eso lo que soy? ¿Su novia? La verdad es que sonar, suena de maravilla, pero antes de que una parte de mí empiece a imaginar toallas bordadas con nuestros nombres, creo que debería preguntárselo... En cualquier caso, esta noche es de los No Regrets.

—Creí que esta noche te irías con el bailarín por el que me abandonaste en París.

—Sí, te dejé en manos de la banda de pop ganadora del último premio EMA al mejor directo —se burla—. Mátame, lo merezco.

Sonrío, ya sabéis por qué, bueno, y la broma ha tenido gracia.

—Fue muy duro —replico impertinente—, pero dime, ¿quién es tu bailarín?

Emmet aprieta los labios, observando al cuerpo de baile.

—No lo sé —se lamenta.

—¿No lo reconoces? —repongo a punto de echarme a reír.

—¿Cómo se llama? —inquiere Frankie, dispuesta a echar una mano.

Emmet arruga la nariz.

—Tampoco me acuerdo.

Sonrío, casi río. ¡Es imposible no hacerlo!

—Eres una devoradora sexual —le digo.

—Si es de hombres con cuerpos de infarto y cara de muñeco, culpable —confiesa alzando la mano sin remordimientos.

Y las tres nos desternillamos.

El concierto sigue avanzado y cada canción es aún más increíble que la anterior. No me importa si ya las he escuchado un millón de veces o si lo hice en el concierto de París. Me siento como si sonaran más alto, mejor, y entonces llega *All the damn times I had her under me.*

Tyler se queda solo sobre el escenario, con una preciosa Fender Stratocaster de un increíble rojo oscuro colgada al cuello. Es la primera vez que la canta acompañado de una guitarra en un concierto.

La música empieza a sonar y las palabras brotan de sus labios hasta llegar directas al corazón de cada una de las chicas que lo escuchan embobadas, al mío. «Tengo muchas cosas dentro que necesito ver crecer, que necesito tocar, que necesito saber que son verdad...» Todas y cada una de las personas de este estadio tararean la letra con él, sintiéndola con él, viviéndola con él.

La música irrumpe con fuerza en el estribillo, todo se vuelve más intenso. Tyler suelta la guitarra y se agarra con fuerza al micrófono, casi desesperado, como si necesitara llegar más lejos, sentir, volar.

Una vez oí a un crítico de cine decir que, si le concediesen un deseo, pediría ver su película favorita por primera vez para volver a sentir todo lo

que sintió entonces. Yo creo que esta noche he tenido esa indescriptible suerte y he vuelto a escuchar mi canción favorita por primera vez. Tyler la ha dibujado de una manera completamente nueva, sólo para mí.

—¿Tyler sabe que *All the damn times I had her under me* es tu canción favorita? —pregunta Frankie cuando termina y el público explota en aplausos.

Finjo no oírla durante unos segundos para que la poca importancia que pretendo insuflarle a mi respuesta suene real.

Los bailarines salen al escenario y comienzan a moverse al ritmo de la nueva canción.

—No lo sé —digo al fin.

—Claro —sentencia sardónica.

—¡Es ése! —grita de pronto Emmet, entusiasmada, señalando a uno de los miembros del cuerpo de baile.

Achino la mirada, en parte porque tengo curiosidad y, en parte, porque me viene de perlas para escapar de las indirectas, bastante directas, de Frankie.

—El de los vaqueros rotos —concreta mi amiga al ver que no sé a cuál se refiere.

—Todos tienen los vaqueros rotos —me quejo.

—El tercero por la derecha.

Cuento visualmente. Repito la operación con el índice para asegurarme.

—Está de espaldas —comento.

Emmet asiente feliz un número muy alto de veces. De repente caigo en la cuenta de algo.

—¿Lo has reconocido por el culo? —casi grito.

—Ey —se queja—. Soy una persona con unos modales impecables. Cuando veo un culo desnudo, tengo la deferencia de recordarlo.

La miro. Sólo se puede contestar una cosa a esa afirmación.

—*Touché* —sentencio asintiendo.

***

Los No Regrets se están despidiendo en el escenario, con los músicos alargando la melodía del último tema, cuando el equipo del *backstage* se pone en marcha. Sandy nos conduce hasta el coche que nos llevará a Frankie y a mí. Emmet en teoría también venía, pero le ha puesto cara al increíble culo y nombre, Louis, y van a salir a tomar algo.

Al ser las primeras en salir, somos las primeras en llegar al Estudio. Frankie tiene la idea de cenar helado viendo la tele y la secundo porque me parece un plan genial. Los chicos aparecen más o menos una hora después, cuando ya casi nos hemos terminado el bote de Chocolate Fudge Brownie del Ben & Jerry's.

—Conocemos el protocolo —dice Frankie ceremoniosa en cuanto las puertas del ascensor se abren, levantándose y llevándose con ella el helado. Qué infame.

Los chicos aparecen agotados, pero con unas sonrisas llenas de felicidad. Es obvio que en cada concierto lo dan todo, pero también les recarga las pilas.

—Esta noche nada de novias, ni de amigos —añade—. Sólo vosotros.

Ellos la miran divertidos, pero unos ojos grises me buscan a mí y me encuentran. Automáticamente una sonrisa se cuela en mis labios y otra se dibuja en los suyos.

—Me alegra que lo tengas claro —sentencia William, burlón.

Frankie le enseña el índice y el corazón, pero lo cierto es que no les estoy prestando demasiada atención. No puedo. Estoy a diez pasos de Tyler.

—Pues que sepáis que éste es nuestro momento preferido, porque os perdemos de vista, ¿verdad, Ava?

Si los recorriera, no tardaría más de un par de segundos en poder tocarlo, olerlo...

—Apóyame un poco —se queja Frankie al ver que no respondo—. Nos estoy defendiendo.

Me obligo a volver a la realidad y asiento varias veces.

—Tienes toda la razón —digo sin mucho convencimiento.

Frankie se humedece el labio inferior con la vista sobre mí.

—No me estás ayudando mucho —replica socarrona.

Todos sonríen, casi ríen, y no tengo más remedio que hacer lo mismo mientras lucho porque las mejillas no se me enciendan.

Nos vamos a arriba, a mi habitación, y dejamos a los flamantes No Regrets abajo. Nos terminamos el helado y vemos una peli en Netflix de una chica que le escribe una carta a cada chico del que se ha enamorado, pero nunca las envía. Es demasiado tímida, jamás se atrevería. Sin embargo, con el objetivo de mejorar su vida social, su hermana pequeña se las roba y las envía, dejando a Lara Jean, la protagonista, en una situación, cuando menos, complicada.

—Me voy a dormir —anuncia Frankie saliendo de la maraña de sábanas, colchas, y almohadas que hemos creado entre las dos.

—Puedes quedarte, si quieres.

—No, pienso dormir en diagonal. Me estorbarías.

—Si lo que pasa es que quieres llorar a solas por la emoción de la peli, lo entenderé —me burlo.

Ella finge una risilla irónica y se encamina hacia la puerta.

—Es la última vez que eliges lo que vemos en la tele —protesta—. Eres una cursi.

—Di lo que quieras, pero no me la das. Sé que te marchas de aquí enamorada de Peter Kavinsky.

Frankie ni siquiera se molesta en contestarme y se va, pero yo sonrío satisfecha con mi acusación. Peter Kavinsky es lo más.

Recoloco la decena de almohadas, apago la tele y cojo mi diario. Hoy tengo mucho, ¡¡¡muchísimo!!!, que contar. Ver un concierto de mi grupo favorito desde el *backstage*: hecho (con pases auténticos: hecho); plantarle cara a toda mi confusión y tomar decisiones: hecho; decirle a Tyler lo que siento: hecho; ser feliz: hecho, hecho, ¡hecho!

***

Abro los ojos adormilada, creo que he oído un ruido, pero vuelvo a cerrarlos. Tengo demasiado sueño. Me acurruco y estoy a punto de dormirme de nuevo cuando el suave sonido vuelve y la puerta de mi habitación se abre.

—Ava —susurra asomando la cabeza.

Sonrío incluso antes de abrir los ojos, es la voz de Tyler.

—¿Estabas dormida?

Niego con la cabeza, incorporándome despacio.

—No —miento con la voz ronca por el sueño.

Tyler sonríe, supongo que es obvio que lo hacía.

—Pasa —le pido.

Su sonrisa se ensancha. Entra, cierra tras de sí y cruza mi habitación hasta sentarse en la cama.

—No quería despertarte —me explica—. Sólo quería darte las buenas noches aprovechando que los chicos se han quedado fritos.

Mi sonrisa regresa al tiempo que asiento varias veces para contenerla, fingiéndome dura y que, el hecho de que se haya escapado a verme, no ha provocado que las mariposas lo inunden todo.

—Muchas gracias por el detalle —replico alzando la barbilla—. Ha sido un gesto muy...

Como pasó en su camerino, no soy capaz de terminar mi frase. Tyler apoya el peso de su cuerpo en las palmas de sus manos sobre mi colchón y se inclina sobre mí, estrellando sus labios contra los míos.

A pesar del aturdimiento obra del sueño, mi cuerpo reacciona enseguida y me entrego al beso por completo.

—Te juro que no era mi intención —susurra separándose apenas unos centímetros, aún con los ojos cerrados.

Cuando los abre, pretendo sonreír pero soy incapaz porque me hechizan por completo.

—Será mejor que me vaya.

—Sí, será lo mejor.

Pero ninguno de los dos se mueve. Tyler alza suavemente la mano y la enreda con la mía con los ojos fijos en el movimiento. Nuestros dedos se entrelazan, fingiendo ser inocentes y sólo jugar.

El tenue silencio se carga de muchas cosas y otros movimientos fingidamente inocentes se unen al de nuestras manos y nos acercan hasta casi tocarnos, hasta estar tumbados el uno frente al otro, yo con mi pijama de algodón blanco y él con su ropa de estrella del pop.

Tyler desune nuestras manos y me deja huérfana el segundo que tarda en viajar a través del aire y tomarme de la cintura. Nos miramos directamente a los ojos como si nada ni nadie que no seamos nosotros contase. Nuestras respiraciones se aceleran. Su mano se hace más fuerte, más posesiva.

Tira de mí y apoya mi frente en la suya. Cierra los ojos, luchando. Baja por mi cadera, por mi trasero, hasta la parte de atrás de mi rodilla. No es delicado, ha bajado apretando, con fuerza, dibujando el contorno de mi cuerpo, consiguiendo que su calor traspase mi ropa y tatúe mi piel.

Levanta mi pierna y la deja sobre su cadera, enredándonos un poco más.

—No quiero volver a hacer las cosas por inercia —susurra contra mis labios—. No quiero nada más que esté vacío.

Y yo lo siento tan cerca que duele. No quiere cosas que sean superficiales, que en el fondo sean mentira. No quiere más besos que dan igual ni más sexo que no lo marque.

—Quieres volver a sentir —respondo con la voz entrecortada por las mariposas, por el deseo.

—Para que mi corazón vuelva a latir desesperado.

Sus dedos se anclan de nuevo a mi cintura como si su vida pendiese de ello y nos acoplamos un poco más, un poco más cerca, un poco mejor, un poco más adentro del otro.

Alzo las manos, las coloco sobre su pecho y la intimidad crece hasta

desbordarlo todo.

Tyler no dice nada más y yo tampoco. No lo necesitamos. Aquí las palabras sobran.

***

La luz del sol me despierta y estiro los brazos por encima de mi cabeza. En realidad, ya no tengo sueño. Miro al otro lado de la cama. Tyler ya no está. Debió de marcharse cuando me quedé dormida. Sonrío. Lo de ayer fue, con toda probabilidad, una de las cosas más íntimas que he hecho jamás y ni siquiera nos desnudamos. Empiezo a pensar que estoy conectada a Tyler de una manera diferente y, aunque a veces asusta, es la mejor sensación del mundo.

Me doy una ducha rápida, me visto y bajo tarareando una de las canciones del concierto mientras me recojo el pelo en una coleta.

Cuando desciendo para llegar al salón, la situación gana enteros para mí. Los chicos están en esa estancia, William paseándose de un lado a otro con un montón de partituras en las manos y un lápiz entre los dientes, chasqueando los dedos para seguir el ritmo mientras las repasa una y otra vez.

—Desde arriba —le pide a Tyler.

Éste, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y sus largas piernas enfundadas en unos vaqueros extendidas sobre el suelo de mármol, empieza a cantar un estribillo que habla de guerreros y gigantes, de amor y de valor.

Cerca, también sentado en el suelo, también con la espalda contra el muro, en perpendicular, Connor lo acompaña con una preciosa Telecaster en suaves tonos verdes.

En el sillón, Oliver está muy concentrado en su guitarra, tarareando muy bajito lo que creo que es otra parte de la misma canción, leyendo una partitura apoyada en la mesita de centro.

Podría saludar, acabar de bajar, pero opto por algo mucho mejor. Me siento en la escalera y simplemente los observo, codiciosa de que no paren y me dejen estar aquí, contemplándolos durante días enteros.

Y he de reconocer que, en parte, se cumple mi deseo, ya que se pasan ensayando toda la mañana y continúan por la tarde tras un brevísimo descanso para comer. Sin embargo, cuando ya ha anochecido, todos, incluida yo, que no me he perdido detalle, comprendemos que no están haciendo progresos. Las canciones suenan bien, pero también mecánicas, fruto del esfuerzo, no de una chispa especial y, con las que no están terminadas, no consiguen avanzar. En definitiva, están estancados.

—No suena como debería sonar —se queja Connor.

—Ya lo sé —claudica William, molesto.

Llevan encerrados todo el día, probando una y otra vez y los ánimos, como es comprensible, empiezan a estar un poco tensos.

—¿Por qué no bajáis a la Piazza? —propongo desde el sofá, de rodillas sobre el cojín y con los brazos y la barbilla apoyados en el respaldo.

Los chicos y Frankie se quedan callados, observándome, y ya no tengo nada claro que sea una buena idea.

Un poco nerviosa, carraspeo y me enderezo para ganar en seguridad.

—Frankie me explicó que cuando estabais aquí, grabando vuestro primer disco y nadie os conocía todavía, a veces bajabais a la calle y cantabais sólo para relajaros y pasarlo bien. Quizá sea eso lo que necesitáis —agrego.

Los siguientes minutos se me hacen eternos porque siguen mirándome en el más absoluto silencio, pero entonces Connor da una palmada y suelta una carcajada.

—Me parece una idea genial —sentencia levantándose, guitarra en mano.

Al ver que los demás ahora lo miran a él como me miraban a mí, se detiene en seco y los observa con actitud condescendiente.

—Vamos —les pide.

No sé si lo pronuncia como un quejido lastimero o como un grito de ánimo,

pero, en cualquier caso, surte efecto y los chicos, y también Frankie, se levantan, recogen sus instrumentos y lo siguen. Por supuesto yo también lo hago. No me perdería esto por nada del mundo.

En cuanto ponemos un pie en la calle, los guardaespaldas se miran entre sí y avanza dispuestos a escoltarnos.

—No —les indica William—. Quedaos aquí. Estaremos en la Piazza. No necesitamos que nos acompañéis.

La idea base de este plan es sencilla: no los reconocerán porque nadie espera encontrarlos allí cantando, pero cinco hombretones de dos por dos serían la pista definitiva para adivinar que, en efecto, son los No Regrets.

Nos detenemos a unos pasos de la entrada de la calle James, junto a los soportales. La gente pasa a nuestro alrededor sin prestarnos atención. Tyler ayuda a Oliver a montar los amplificadores y Frankie y yo ponemos cara de niñas buenas mientras le servimos de pantalla a William, que truca el cableado de la farola más próxima para poder enchufarnos.

—¿Qué canción vais a tocar? —inquiero cuando nos reunimos de nuevo—. No deberíais cantar ningún tema vuestro —les recuerdo. Sería otra pista enorme acerca de quiénes son en realidad.

Los chicos asienten, dándome la razón.

—¿Qué tal si cantamos *Let in the sun,* de Take That? —propone Oliver.

Sonrío y no puedo evitar dar unas palmaditas. Me encanta ese tema.

—Parece que tenemos una ganadora —sentencia, socarrón, Connor.

Ellos se colocan y nosotras nos alejamos un par de pasos. Van a empezar, pero entonces caigo en la cuenta de algo.

—¡Esperad! —les pido.

Saco mi iPhone del bolsillo, lo coloco apaisado y pulso el botón de grabar.

—Cuando queráis.

William da una leve bocanada de aire antes de dar un paso adelante y empezar a cantar. Sólo una frase, *a capella*, y las personas que nos rodean

comienzan a volverse, curiosas. Sólo dos frases y las guitarras comienzan a sonar.

Connor se balancea suavemente, tocando la guitarra mientras su voz se acompasa a la de Oliver y Tyler en los coros.

El estribillo irrumpe con fuerza y los cuatro se transforman. Sus guitarras suenan mejor, más audaces, y la música se les mete dentro, los atraviesa y llena la Covent Garden Piazza de electricidad pura.

Sonrío. Ya no hay rastro de frustración. La música, lo que son, está hablando por ellos y los está haciendo libres.

Más y más personas se acercan, creando un círculo en torno a ellos. Los miran admiradas, maravilladas.

La canción se suaviza y la voz de Tyler toma el ambiente. Oliver levanta el mástil de su guitarra, tocándola, mientras vuelven los coros, a la vez que Frankie, y la gente, empieza a dar palmadas, siguiendo el ritmo.

Y entonces...

Otra vez la electricidad, la música, todo lo que transmite, todo lo que te hace sentir, ser, soñar. El estribillo. Guitarras. Pisadas en el suelo llevando el tempo.

Oliver rasga su Fender y el final se acerca, todo se ralentiza, envolviéndose de magia. Connor cierra los ojos y disfruta de las últimas notas. Tyler emprende el último solo y, con sus notas, William se agarra al micrófono y canta las últimas palabras.

Covent Garden, Londres, cada uno de nosotros, somos todos suyos.

Los chicos terminan, un segundo de silencio toma la Piazza y, de inmediato, todos los presentes que los observaban explotan en aplausos. Los jalean pidiendo más.

Los chicos se miran y sonríen satisfechos. Connor lo dijo antes del concierto en Wembley. Esto es lo que hacen, lo que quieren hacer. Esto es No Regrets.

Después de casi una hora tocando, regresamos al Estudio con una actitud

completamente renovada. Son incapaces de dejar de sonreír.

—Os dejamos solos —digo cuando llegamos al salón.

Los cuatro sonríen y asienten entusiasmados. Ahora mismo sólo pueden pensar en meterse en el estudio de grabación y empezar a tocar.

—Estaré arriba —me avisa Frankie echando a andar hacia la escalera.

Tyler me busca con la mirada y, al encontrarme, me pide «un segundo» con los labios, sin pronunciar sonido alguno. Connor, Oliver y William se dirigen al estudio, comentando todas las ideas que se les han ocurrido. Mi chico (pero qué bien suena) se queda rezagado a propósito y, rascándose la nuca, con esa mirada de niño travieso y hombre sexy, camina hasta mí.

—¿Me esperarás en tu habitación? —me pregunta cerca, muy cerca.

Trago saliva tratando de no quedarme contemplándolo embobada, cosa harto difícil. Tyler es guapo de una manera que consigue que me duela el espacio entre mis muslos, que sienta físicamente que podría mirarlo todos los días de mi vida.

Se acerca un poco más y me da un beso en la punta de la nariz para, sin llegar a separarse del todo, bajar por mi mejilla, la comisura de mis labios y detenerse a una distancia tan ínfima de mis labios que siento su cálido aliento bañando el mío.

Por Dios, voy a desmayarme. Es un hecho.

—Te dejo que te vayas al estudio —susurro luchando por no tartamudear, como si fuera la que lo está reteniendo y no al revés—. Tienes que trabajar.

—Eso dicen —bromea sin moverse un ápice.

El corazón me late tan fuerte que va a salírseme del pecho. Estoy nerviosa, acelerada. Quiero colgarme de su cuello y pedirle que nos encerremos en mi dormitorio.

—Nos vemos en un rato —me tortura.

Sella sus palabras con un beso, en teoría algo corto, rápido, pero a los dos nos traiciona el deseo. Tyler me rodea con sus brazos, yo doy rienda suelta a

mi libido y, como quería, me pego a él. Él se inclina para hacer el beso más profundo, más largo, y me pongo de puntillas para ayudarlo.

—Espérame en tu habitación —repite con la respiración trabajosa, separándose, olvidándose de la interrogación.

Asiento aturdida y observo cómo se dirige al estudio, pasándose las manos por el pelo y recolocándose la polla, dura, dentro de los pantalones. Me alegra comprobar que no soy la única a la que estos besos espectaculares la afectan.

Ya a solas, una sonrisa se cuela en mis labios y me obligo a subir a mi dormitorio. En el camino no puedo evitarlo y cojo mi móvil para poder volver a ver a los chicos cantando en la Piazza.

—Tú por aquí, ¿eh? —le pregunto a *Gato* cuando entro en mi cuarto y lo veo pavonearse con la cola en alto por mi cama—. ¿Se puede saber dónde has estado? Llevas ni se sabe cuánto sin dar señales de vida.

Él maúlla para recordarme que me parece monísimo y me tiene ganada y yo decido asumirlo. Me siento junto a él y le acaricio la cabecita atigrada en distintos tonos de gris.

Gato ronronea y vuelvo a sonreír.

—Han pasado muchas cosas, ¿sabes?

Se mueve para que le acaricie el lomo y yo obedezco. ¿Quién duda sobre quién es la mascota de quién?

—¿Tienes hambre? —Imagino que la respuesta es sí, al fin y al cabo lleva cinco días fuera—. Voy a buscarte un poco de leche —anuncio levantándome.

Bajo la escalera rebotando contra cada escalón, tarareando. El salón está en silencio y sonrío al imaginar a los No Regrets en su estudio de grabación.

Me dirijo a la cocina, entro y Dios, Dios, ¡Dios!

16

Roxette. *Sleeping in my car*

—Lo siento —me disculpo veloz, pero algo se cortocircuita en mi cerebro y soy incapaz de girarme y marcharme. ¡Estoy alucinando!

Connor y Frankie se separan rápidamente y ella agacha la cabeza al tiempo que Connor se gira y se pasa las manos por el pelo. ¡Se estaban besando! ¡Aquí! ¡En la cocina!

—Lo siento de verdad —repito, porque no se me ocurre otra cosa que decir y por fin consigo mandar el impulso a mis piernas y salir de aquí.

¡No puedo creerlo! ¡¿Están liados?! ¡¿En serio?!

—No me lo puedo creer —murmuro para mí, concentrada en mis pies.

—¿Ava?

La voz de Tyler me hace dar un respingo que lo hace sonreír.

—¿Estás bien? —inquiere al ver mi cara de susto.

—Claro que estoy bien —respondo más rápido de lo que debería, con una sonrisa torpe e inquieta en los labios—. Ni que hubiera visto algo raro —añado antes de que pueda controlar mis propias palabras y la sonrisa nerviosa se transforma en una risa nerviosa.

Tyler frunce el ceño sin levantar sus ojos de mí.

—Hola, Polizonte.

Otro respingo.

—Oliver —lo saludo aún más acelerada—. ¡Oliver! —repito en un grito, con la esperanza de que Connor y Frankie me oigan y poder ayudarlos, aunque no se lo merezcan. ¿Qué demonios están haciendo?—. ¡Estás aquí!

Ahora son dos los que me miran como si me hubiese equivocado con la medicación.

—Sí —contesta confuso—. He venido a por algo de beber.

—¿A la cocina?

Mi pregunta es tan increíblemente absurda que incluso tarda unos segundos en responder buscando un posible significado oculto.

—Sí.

—¿Seguro?

Oliver me observa tratando de comprenderme y finalmente rompe a reír.

—Necesitas descansar, Polizonte —sentencia con una sonrisa, dirigiéndose a la cocina. ¡A la cocina!

—¿De verdad que estás bien? —demanda Tyler, agarrándome de las caderas y acercándome a él.

El gesto me tranquiliza un poco y automáticamente coloco mis manos sobre sus antebrazos buscando más de su cálido contacto.

—Sí —miento.

Tyler entorna la mirada, tratando de estudiar la mía.

—En serio, estoy bien —me obligo a pronunciar para tranquilizarlo—. Oliver tiene razón, sólo estoy cansada.

Me mete un mechón de pelo tras la oreja y deja su mano en mi mejilla. Yo disfruto de su gesto y ladeo la cabeza para que dure más. Tyler sonríe.

—¿Necesitas algo?

Niego con la cabeza, pero entonces recuerdo para qué había bajado.

—Un platito de leche. *Gato* ha vuelto y creo que tiene hambre.

Tyler asiente, desliza su mano por mi cuerpo hasta atrapar la mía y nos lleva a la cocina, también conocida como el epicentro del adulterio del reino del pop (dramático pero efectivo).

—¿Eres consciente de que un día una gata embarazada llamará a esa puerta y tendremos que buscarle un trabajo a *Gato*?

Sonrío. Lo necesito.

—Es bueno domesticando humanos —replico—. Quizá, en el mundo felino, eso sea un trabajo de alto ejecutivo.

Su sonrisa se ensancha y con esa agradable visión entramos en la cocina, donde, no sé si es sólo cosa mía, se respira auténtica tensión.

Connor está en un extremo, con una taza de café y la mirada clavada en el suelo. Frankie en el otro, sirviéndose un helado, de espaldas. Oliver, en mitad de los dos, bebiéndose un refresco completamente ajeno a todo.

Los miro por turnos y las mismas preguntas vuelven a mi mente. ¿Cómo? ¿Por qué? Que me ahorre el dónde no lo hace parecer menos una canción triste de Olivia Newton John.

Tyler coge un cuenco pequeño de una de las estanterías y lo llena de leche.

Como si ya no pudiese soportarlo más, Frankie cierra de golpe el bote de helado y sale disparada de la cocina. La sigo con la vista y, rápida, me acerco a Tyler para recoger la comida de *Gato*.

—Tengo que subir ya —digo a modo de lacónica explicación justo antes de darle un beso en la mejilla—. Gracias —añado saliendo de la estancia y notando cómo Tyler me mira sin entender absolutamente nada.

Subo veloz, sin derramar ni una gota de leche, lo cual es todo un mérito, y enfilo el pasillo con una clara intención.

—¡Frankie! —la llamo corriendo tras ella y alcanzándola en mitad de la planta superior.

Me agacho y dejo el cuenquito con leche en el suelo.

Ella se detiene y se gira con la expresión de (falsa) indiferencia preparada.

—No... —empieza a decir.

—No se te ocurra decirme que no tenemos nada de que hablar —le advierto.

Puedo ver el segundo exacto en el que la dureza de sus ojos desaparece y se llenan de culpa, remordimiento y una dolorosa confusión. Me doy cuenta de que, a pesar de haber metido la pata, y hasta el fondo, también está sufriendo y eso me ablanda un poco.

—¿Por qué lo has hecho? —inquiero, y acto seguido resoplo. Creo que

ninguna respuesta que me diese me valdría... y sospecho que a ella tampoco—. ¿En qué estabais pensando?

Frankie da una bocanada de aire inmensa.

—No lo sé —murmura.

—¡Frankie!

—¡Ava, no quería hacerlo! —estalla, desesperada—. No me he sentido peor en toda mi vida, pero es que no puedo, no puedo hacerlo, no puedo ver a Connor y no sentir nada.

Tan pronto como pronuncia la última palabra, Frankie rompe a llorar con el corazón completamente destrozado. La observo y por una décima de segundo pienso en cómo lo debe de estar pasando, en cuánto tiene que doler. Quería tanto a Connor... y de la noche a la mañana lo perdió en demasiados sentidos. Supongo que, sobre el papel, era buena idea ser amigos, verse, pero, en la práctica, ver al amor de tu vida sin que ya no sea tu vida tiene que hacer todas las heridas más grandes y complicadas.

Podría hacer muchas preguntas, una sobre todo, ¿qué pasa con Oliver?, pero, con toda franqueza, aunque parezca incluso mezquino, no creo que sea el momento.

Doy un paso hacia Frankie y la abrazo con fuerza. Ella suelta un hipido y continúa llorando, dejando salir lo que, con toda probabilidad, sean meses de absoluto dolor.

—Hoy hace un año —murmura entre lágrimas.

—¿Un año? —pregunto confusa.

Frankie se separa y trata de controlar el llanto el tiempo suficiente para poder responder.

—Hoy hace un año que me besó por última vez.

La miró sin saber qué contestar. Ella agacha la cabeza, negando con ella y, antes de que pueda consolarla de alguna manera, sale despedida.

—¡Frankie! —la llamo.

—Quiero estar sola —responde con la voz tomada, sin girarse ni

detenerse.

Hundo los hombros preocupada, sin saber qué hacer. ¿Cómo puedo ayudarla? Lo pienso un instante. Tengo que hablar con Connor. Él tiene que saber cuánto está sufriendo Frankie, solucionarlo. Asiento convencida y me giro decidida, pero con el primer paso me doy de bruces contra un torso perfecto que huele como deberían oler todos y cada uno de los libros de autoayuda si realmente quieren sacar a alguien del pozo.

—Señorita Collins —pronuncia Tyler.

Su voz, amén de ese cuerpazo tan cerquita, es todo lo que el mío necesita para zambullirse en la cálida sensación de tenerlo cerca; sin embargo...

—Tengo que hablar con Connor —consigo decir, para que luego Emmet me diga que no tengo fuerza de voluntad.

Tyler ladea la cabeza, perspicaz.

—Connor se ha marchado hará cosa de cinco minutos.

Tuerzo los labios, contrariada.

—Maldita sea —gruño bajito.

Tyler resopla con los ojos sobre mí, me coge de la muñeca y, deteniéndose ágil para recoger la leche, nos encamina hacia mi habitación. Me deja en el centro de la estancia, coloca el cuenco en el suelo y cierra la puerta moviéndose grácil, como si formar parte de mi universo fuera algo natural en él. Me gusta cómo esa idea me hace sentir.

—Ava, ¿qué está pasando? —demanda deteniéndose a dos pasos de mí.

Voy a contestar, pero él alza el dedo índice a la vez que enarca las cejas en una pose de profesor sexy, muy sexy... Nota mental: conseguir que vuelva a hacerlo cuando estemos sin ropa.

—No me digas que no pasa nada porque, por si no lo recuerdas, te conozco muy bien —al pronunciar las últimas palabras, sin quererlo, se muerde el labio inferior canalla y sensual y yo recuerdo sus manos en mis caderas mientras me besaba con fuerza contra la puerta de su camerino— y sé que te ocurre algo —añade.

Lo observo tratando de discernir qué debería hacer. Es complicado.

—No puedo contártelo —claudico acelerada—. No es algo mío, es de Frankie y, aunque me vendría de perlas hablarlo contigo y escuchar tu opinión, no puedo traicionar su confianza y la verdad es que tampoco quiero. Es mi amiga.

Lo miro a los ojos suplicando que no se haya enfadado; al fin y al cabo, también es su amiga. Sin embargo, lo que me encuentro es una suave sonrisa llena de complicidad.

—Eres la persona más leal que conozco, Ava Collins.

Me encojo de hombros.

—Supongo que eso es algo que no se elige —respondo—. Una vez oí a un ejecutivo norteamericano que se parecía al actor que hace de Almirante Pike en *Star Trek* decir que por eso es la mejor cualidad.

Su sonrisa se ensancha y, con dos pasos, se come la distancia que nos separa. Alza una mano y deja que el reverso de sus dedos acaricie mi mejilla.

—Estás preocupada, ¿verdad?

Asiento.

—Frankie lo está pasando mal —confieso.

—Ya te dije que era una historia complicada.

Automáticamente frunzo el ceño. ¿Acaso sabe lo que ha ocurrido?

—Tú...

—No —me interrumpe—. No sé lo que ha pasado, pero tampoco me hace falta. Tendrías que ver cómo se ha marchado Connor. Estaba hecho polvo.

Suspiro. Estaba tan concentrada en Frankie que no me había parado a pensar en cómo lo estaría pasando Connor.

—¿Y qué pasa con Oliver?

Tyler niega con la cabeza, sincero.

—No lo sé.

Vuelvo a suspirar, más alto.

—Quiero poder arreglarlo, pero no sé cómo.

Tyler vuelve a sonreír lleno de ternura y enmarca mi rostro con sus manos.

—Depende de ellos, Ava.

—Ya lo sé, pero, aun así, me gustaría hacer algo para ayudarlos.

Como si ya no pudiese resistirse más, Tyler se inclina sobre mí y me besa.

—Eres preciosa por dentro y por fuera —susurra contra mis labios, y lo que en principio era un único e inocente beso, se alarga, cada vez lleno de más anhelo.

Tyler da un paso hacia delante, obligándome a mí a darlo hacia atrás, y nos tumba sobre la cama, sin dejar de besarme un solo segundo.

Sus manos se deslizan hasta enmarcar mi cuello, arquea su cuerpo, y su polla, dura bajo sus pantalones, choca en un punto muy exacto, muy concreto, en el maravilloso y delicioso punto perfecto.

Me aprieto contra él, un gemido atolondrado se escapa de mis labios y Tyler hace más desesperado el beso, como si tratara de saborearlo.

—Esto es una tortura —ruge contra mi boca.

—Ni que lo digas —certifico quejumbrosa.

Tyler se levanta de golpe y se pasa las manos por el pelo, conteniéndose de nuevo.

—Yo... —empieza a decir, pero creo que, con la sangre concentrada en una parte de su anatomía y la libido al mando, tratando de convertirlo en un coche cuesta abajo y sin frenos, se lo están poniendo muy complicado.

Empieza a dar pequeños e inconexos paseos por la habitación, intenta reordenar sus ideas. Ahora soy yo quien lo mira con ternura mientras me muevo por el colchón hasta arrodillarme en uno de los laterales, frente a él. Comprendo qué es lo que le pasa y también por qué lo hace y, aunque no pueda dejar de imaginármelo desnudo, también hace que lo quiera todavía más.

—Te entiendo —susurro, e inconscientemente mi voz se llena de dulzura —. Sé por qué haces esto. No tienes que explicármelo.

Mis palabras parecen tener un eco en él, que se detiene y se gira despacio, atrapando mi mirada en el mismo movimiento y caminando despacio, con una

seguridad impecable, en mitad de este huracán de deseo y contención, hasta colocarse frente a mí.

—Sólo quiero hacer las cosas bien contigo —afirma dejando que las ganas e incluso esa pizca de frustración por desearlo tanto como lo deseo yo hablen por él.

Al contrario de lo que pueda parecer, también suena dulce y caballeroso y auténtico.

Alza de nuevo la mano y vuelve a buscar mi mejilla. El contacto me estremece y mi cuerpo aúlla su nombre.

—Te lo mereces —sentencia mirándome a los ojos tan de verdad que siento que ha mirado al fondo de mi corazón.

Yo no puedo más y debería poder, pero es que creo que en realidad tampoco quiero. Me enderezo y, cogiéndolo por sorpresa, encuentro su boca con la mía. Tyler se tensa, sólo un segundo, antes de dejarse llevar y perseguir mis labios.

Al separarme, busco su mirada. Tyler deja escapar controlado todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos de mí.

—Ava. —Es lo único que dice y su voz suena áspera, llamándome como si fuera mi propio canto de sirena, como si tatuara en mis venas la palabra *más*.

—Tú me robaste tres besos —prácticamente murmuro.

Alzo las manos, temblorosas, con los ojos fijos en su cuello para escapar de los suyos, y las poso sobre su pecho. Estoy demasiado nerviosa, pensando demasiado, pero al mismo tiempo tengo muy claro lo que quiero, lo único que deseo.

Reúno valor, el que siempre sospeché que tenía pero que nunca supe muy bien dónde había guardado hasta que Tyler apareció, alzo la cabeza y rozo sus labios con los míos, sólo eso, sólo un roce, y creo que el oxígeno a mi alrededor se ha extinguido, que todo es simplemente eléctrico.

Tyler no responde al beso, pero todo su cuerpo vuelve a tensarse, luchando por contenerse. Lo miro directo a sus ojos grises, en pos de una reacción, y

obtengo exactamente lo que esperaba, ese reflejo mágico y perfecto, ese deseo tan grande que casi puede llegar a doler comiéndose a zancadas todo lo demás.

—Voy a cobrarme el tercero —le anuncio, y mi voz suena aún más baja, pero también más segura.

—Ava —me advierte sin retirarse un solo centímetro, cerrando las manos en dos puños junto a sus costados. Me está diciendo muchas cosas sin palabras... que no va a poder contenerse mucho más; que, si es sólo un juego, debería parar; que, si no tengo claro que esto es lo que quiero, debería parar... pero es que sí sé lo que deseo. Lo deseo a él.

De nuevo levanto las manos, torpe, acelerada y trémula a la vez. Su corazón retumba bajo mis palmas cuando vuelvo a apoyarlas en su pecho. Mi respiración se torna inconstante, entrecortada. Busco sus ojos. Él atrapa los míos. Los cierro. Lo beso. Y la subida empieza de nuevo, como si estuviésemos en la montaña rusa más alta del mundo. Las mariposas danzan en mi estómago, todas las terminaciones de mi cuerpo se despiertan, mi propio cuerpo lo hace lleno de millones de cosas bonitas, emocionantes, repleto de un anhelo tan vivo que no hay espacio para nada más.

Tyler alarga el beso. Sabe aún mejor que hace sólo unos segundos. Mueve la cabeza, abre la boca, conquista la mía. Su corazón late más y más fuerte bajo mi palma, acompasándose al mío.

Nos separamos despacio y de inmediato buscamos la mirada del otro, como si supiésemos por adelanto que ahí es donde vamos a encontrar todas las respuestas que nuestros labios no van a querer darnos. «Por favor, te deseo», estoy segura de que dicen los míos; en los suyos, el fuego más abrasador inundando el gris, mi nombre.

Tyler exhala una vez más con fuerza, casi un resoplido. Me mira un segundo más. «Tócame», le suplico.

—Tyler —murmuro con las ganas saliéndome a borbotones.

Y ya no necesita nada más.

Me besa con ahínco y me tumba sobre la cama, haciéndolo él inmediatamente sobre mí. Sus manos se posan en mis costados y bajan dibujando sus dedos en mi piel. Mi cuerpo se acomoda al suyo, como si hace veintiséis años lo hubiesen fabricado sólo para él.

Sus besos se hacen más y más ávidos, los míos lo siguen. Pierdo las manos en su pelo y las deslizo por su cuello, sus hombros. Necesito tocarlo. Necesito disfrutar de él.

Se deshace de mi camiseta, mis zapatos, mis pantalones, mis calcetines. Sus besos suben de nivel y, hambriento como ellos, como sus manos, se separa apenas unos centímetros, con su mirada encendida y la respiración jadeante, mientras sus dedos acarician mi estómago. Siento que todo lo que quiere es disfrutar de la caricia, de este momento, contar hasta diez para no devorarme.

Pongo mi mano sobre la suya y lo acompaño en su caricia. La comunión es casi mística, aunque no entienda ni cómo ni por qué, y Tyler vuelve a besarme.

Torpe, le saco la camiseta por la cabeza con su ayuda y, aún con menos habilidad, una mezcla de dedos desabrochan su cinturón, su pantalón y los bajan demasiado poco.

Tyler me empuja contra el colchón y me obliga a rodear su cintura con mis piernas, guiando una de ellas con su mano en la parte de atrás de mi rodilla, casi de mi muslo.

Vuelve a besarme y se balancea con una maestría brutal. Gimo conteniéndome, tratando de no llegar al orgasmo simplemente ya. Estiro mi cuerpo, buscando oxígeno, control, sentido común, pero no encuentro ninguna de las tres cosas.

Aprovecha mi postura y pierde su boca en mi cuello, besando cada centímetro, mordiéndolo, lamiéndolo, chupándolo. Cada mísero átomo de mí arde, pero a él no parece importarle y continúa bajando, dejando en llamas mi clavícula, el inicio de mis pechos.

Me baja el sujetador y su boca, la mejor jodida boca del mundo, se encarga de mi pezón. Otra vez sus dientes. Otra vez el orgasmo

concentrándose entre mis piernas mientras él endurece ese pedacito de mi anatomía mientras me hace brillar.

Su mano toma el relevo y su boca busca mi otro pezón. Las caricias adquieren el nombre del placer y mi cuerpo se derrite despacio entre sus dedos y su lengua.

—Tyler —gimo.

Pero no me libera y continúa saboreándome hasta que empieza a bajar despacio. Esparce suaves besos por mi estómago, que, a pesar de ser pequeños y delicados, me excitan aún más, con sus dedos flanqueando mis caderas.

Alzo las manos y las paseo, incoherentes, por el colchón sin saber qué otra cosa hacer mientras él sigue torturándome, despacio.

Tyler desliza sus dedos entre mis bragas y mi piel y me las baja despacio, arañando mis muslos con la tela, con sus dedos.

Su siguiente beso es justo bajo mi ombligo. El siguiente, en el centro de mi pelvis.

Mi cuerpo se arquea salvaje condensado de placer, pero Tyler simplemente espera. Me observa hasta que me relajo mínimamente sobre la cama y una media sonrisa sexy, con ese baño de rebeldía, inunda sus labios mientras sus ojos se pierden entre mis piernas.

—Eres muy dulce, Ava.

Sus palabras no son banales y van acompañadas de placer. Levanta la mano y pasea despacio su dedo índice por mi sexo rítmicamente, subiendo y bajando para volver a subir, sin llegar a entrar.

—Tyler, por favor —gimo.

Es demasiado bueno y necesito esto o más o las dos cosas o todo. Ni siquiera puedo formular un pensamiento coherente ahora mismo.

Entra en mí y el alivio se impregna de deseo demasiado rápido. Une un segundo dedo y su palma se frota contra mi clítoris. Gimo de nuevo y me convulsiono suavemente.

—Muy muy dulce —repite, y noto su cálido aliento bañar mis muslos.

Me preparo para lo que viene, pero es imposible porque es imposible prepararse para el placer puro. Su boca se pasea por mi sexo como si le perteneciese y mis dedos se hunden en su pelo, confirmándoselo entre jadeos y gemidos.

—Santo cielo. Santo cielo. Santo cielo —murmuro sin sentido, tan bajito que ni siquiera yo soy capaz de oírme.

Esto. Más. Todo. Esto es más. Lo quiero todo. Lo quiero así.

—¡Tyler! —grito.

El placer se arremolina y estalla en el centro de mi sexo tomando el control de mi cuerpo, alzando mis caderas, echando mi cabeza hacia atrás, haciéndome gemir más y más alto.

Tyler no se detiene y el placer se multiplica, crece, me desborda, inunda la habitación.

¡Dios!

Mis piernas caen como una madeja caliente mientras él se yergue triunfal. Se limpia la boca con el antebrazo y juro que es lo más sexy que he visto en todos los días de mi vida. Se inclina sobre mí hasta que las palmas de sus manos flanquean mi cabeza y sus brazos, perfectamente estirados, sostienen el peso de su cuerpo, dejando sus increíbles ojos, lleno de deseo y presuntuosa satisfacción, justo frente a los míos.

—¿Has tenido suficiente? —pregunta con su desdeñosa rebeldía dominando cada centímetro de su cuerpo.

El pelo negro e indomable le cuelga sobre la frente y yo dibujo su rostro con mi mirada avariciosa, como si algo dentro de mí ya tuviese claro que nunca, jamás, permitiría que otra chica disfrutase de la visión de la que estoy disfrutando yo.

Niego con la cabeza.

—No —susurro con la voz entregada.

Tyler me dedica su media sonrisa, se incorpora sobre sus rodillas y se

saca un condón del bolsillo de sus vaqueros. Acaricia mis labios con el envoltorio y baja despacio, dejando que la punta de aluminio gris marque un camino por mi cuello, la tierra entre mis pechos, hasta llegar a mi estómago y dejarlo allí. Su otra palma sigue el mismo camino, calmando mi piel y encendiéndome aún más.

Se levanta y, con los ojos clavados en mí, en mi cuerpo, en la promesa en forma de preservativo que él mismo ha creado, se deshace de los pantalones y los bóxers, y su cuerpo, armónico, perfecto, se levanta ante mí como si con él lo hicieran todos y cada uno de los escultores griegos. Se pasa la mano por la polla, igualmente armónica y perfecta, y sus ojos grises se llenan de fuego puro.

Busca despacio el condón, pero la promesa de tocarme se desvanece y me impacienta y me frustra porque se las apaña para no rozarme cuando lo recoge. Gimo frustrada y su sonrisa se ensancha.

Se lo pone hábil, vuelve a estar entre mis piernas, vuelve a estar suspendido sobre mí.

—¿Es lo que quieres?

—Sí —jadeo.

Tyler toma su miembro y comienza a jugar en mi sexo, haciendo resbalar la punta pero sin llegar a entrar. Mi cuerpo se subleva y se arquea, tratando de provocar algo que no llega.

—Te estás derritiendo —susurra, y me muerde el lóbulo de la oreja— y yo podría aguantar horas enteras sólo para ver cómo lo haces despacio.

Sus palabras me calientan, me excitan. Busco su mirada. Él reacciona agarrando mi barbilla y besándome con fuerza sólo una vez.

—Pareces vulnerable, casi desvalida. Estás entregada —sentencia mirándome a los ojos—. No necesito preguntar si es de verdad, porque lo sé. Contigo siempre va a ser de verdad, Ava.

Vuelve a besarme y al fin entra en mí. El colapso es inmediato: la electricidad me recorre entera, enredada con mi sangre en cada una de mis

venas; la respiración, descontrolada, y el corazón desbocado más allá de lo puramente físico para entrar en el plano en el que lo que cuenta es sentir.

Y con su primera embestida, todo estalla.

Me llena por completo. Sus palmas en mis muslos me abren para él.

—Tyler —gimo.

Y él acelera el ritmo. Se mueve entre mis piernas como si, hace treinta años, él también hubiera nacido sólo para encajar en este momento.

Me cuelgo de su cuello y me acerco más a él, pidiéndole en silencio más de cualquier cosa que quiera darme.

Esto. Más. Todo. Todo esto. Toda la vida. Por favor.

Sus embestidas se vuelven más imprecisas y al mismo tiempo más frenéticas, más ávidas. Él está hambriento de mí y eso me hace sentirme viva, deseada, especial.

—Ava —gruñe.

Apoya su frente en la mía, con los ojos cerrados. Sus brazos reflejan la sensual tensión de su cuerpo. Vuelve a gemir y el sonido sale masculino de sus labios, casi como un aullido.

Me obliga a rodear de nuevo su cintura con mis piernas. Su mano viaja desde detrás de mi rodilla hasta mi muslo, mi culo, apretándolo con fuerza.

El placer empieza adquirir una forma, un nombre, empieza a pertenecernos.

—Joder —jadea, y estrella sus labios contra los míos con rudeza.

Y entonces me doy cuenta de que, cuando folla, Tyler no es sólo posesión y control, también disfruta, también gime, también parece superado por la situación, como si sentir tanto, sentir de esa manera tan cruda, lo abrumase.

Me desea, tanto como yo a él, lo excito tanto como él a mí, y también es dominante y travieso. Son muchas caras del mismo hombre, de los mismos ojos grises. Por eso sé que acabo de entregarle las llaves de todo mi placer.

—¡Tyler!

Mi cuerpo empieza a temblar suavemente, el febril deseo lo desborda todo

en el tiempo que dura una ráfaga de un millón de latidos y caigo de cabeza en un maravilloso, eufórico, delicioso orgasmo, lleno de más sabores, de más color, de más él y yo, de más música y corazón.

Tyler clava el puño en el colchón, me besa salvaje, llega más lejos y se pierde dentro de mí con un alarido.

***

Durante los siguientes minutos simplemente no estoy en el mundo real. Me he mudado a un lugar de ensueño donde todo lo que siento es su cálido cuerpo protegiéndome de todo lo demás y su olor impregnando el aire.

Tyler se separa un poco, apenas un centímetro, y me aparta el pelo de la cara.

—¿Estás bien? —pregunta, y su mirada me dice que no lo está haciendo por puro trámite—. No habré sido demasiado duro contigo, ¿verdad?

Me apresuro a negar con la cabeza mientras una tonta sonrisa va, poco a poco, adueñándose de mis labios.

—Ha estado genial.

Mi gesto se contagia en los suyos.

—Ha sido increíble —contesta—, pero, Ava —dice acariciando mi labio inferior con el pulgar—, no puede volver a pasar, al menos en un tiempo. Tenemos que...

—Tomárnoslo con calma —termino la frase por él, asintiendo—. Lo pillo —añado y, sin quererlo, una sonrisilla vuelve a apropiarse de mi rostro.

Tyler se muerde la punta de la lengua en un gesto muy sexy y con un punto de malicia y mi sonrisa se ensancha.

—Ah, ¿sí?, ¿pues por qué no da esa impresión? —inquiere socarrón.

Me encojo de hombros fingiéndome inocente.

—No tengo ni la más remota idea —respondo.

—Claro que no.

Tyler me pellizca el costado, provocando que rompa a reír, y empieza a hacerme cosquillas mientras me revuelvo feliz bajo su cuerpo. Tras unos segundos de tortura, vuelve a apartarme el pelo de la cara para que nuestros ojos se encuentren de nuevo y, dulce, me da un beso en la punta de la nariz.

—Nunca imaginé cómo ibas a cambiar todo mi mundo —sentencia.

Yo tampoco pensé que le entregaría el mío sin condiciones.

***

A la mañana siguiente me levanto con una sonrisa que, por ejemplo, podría haberse utilizado como antorcha gigantesca en el apagón de Nueva York del setenta y siete.

Me doy una ducha, me pongo un vestido y voy a desayunar. Mientras bajo la escalera, mi dicha postorgásmica múltiple unida a mi dicha post «mi chico me dice cosas preciosas» se disipa un poco y recuerdo a Frankie. Quizá podría llamar a Emmet y salir las tres por ahí. Sonrío y asiento a la vez. Me parece un buen plan.

—Buenos días —digo saltando el último escalón con una sonrisa.

—Buenos días —responde William desde el sofá.

Sólo entonces me doy cuenta de que es el único que está en el salón y por un momento esa circunstancia me hace detenerme. La verdad es que no sé hasta qué punto quiere tenerme cerca.

—¿Dónde están todos? —pregunto.

—Tyler y Connor, en el estudio de grabación —responde—. Oliver, con Hugh, y Frankie aún no ha bajado.

Asiento. Con toda probabilidad debería subir y robarle la leche a *Gato* para desayunar. William ni siquiera me ha mirado.

—Voy a comprar *cupcakes* —le anuncio dirigiéndome al ascensor—. Me apetecen *cupcakes* —miento.

—Siéntate —replica William, deteniéndome en seco.

Resoplo a un paso del elevador y me giro despacio. ¿Por qué tengo la sensación de que me estoy comportando como una niña?

Deshago el camino andado y, nerviosa, no voy a negarlo, me siento en el tresillo, en perpendicular a William. Durante los primeros minutos nos mantenemos en un exquisito y británico silencio, pero algo así como un millón de ideas me saturan el cerebro.

—No sabía si querrías desayunar conmigo —me sincero—. No sé si quieres que seamos amigos.

—¿Tú quieres? —prácticamente me interrumpe sin mirarme.

Lo observo y me tomo un segundo para pensarlo, aunque no lo necesito.

—Sí —respondo sin dudar—. Eres una persona muy importante en mi vida.

Y en la de Tyler.

William asiente, pero no dice nada y continúa concentrado en lo que sus manos hacen. A los pocos segundos, deja una taza con un té y un poco de leche frente a mí.

—¿Me has preparado el té? —inquiero francamente atónita.

—Bueno —responde y por fin me mira—, algunas costumbres tardan en perderse.

Sé que no estamos hablando sólo del té, pero sonrío porque esas palabras han sido como dejar una puerta abierta. Lo que pasó entre nosotros todavía está reciente, pero en un futuro seremos amigos y la verdad es que eso me hace muy feliz.

—Hola —murmuran sin mucho entusiasmo a nuestra espalda.

Me giro a tiempo de ver a Frankie acercarse al sofá y sentarse a mi lado. Es obvio que no ha dormido y también que no ha dejado de pensar.

—¿Un café? —le pregunto.

—Por favor —responde.

En ese momento Tyler sale del estudio. Al verme, sus labios se curvan hacia arriba, pero lo disimula rápido, convirtiendo su inicio de sonrisa en un

gesto de lo más sexy.

—Buenos días, Ava —me saluda vocalizando, sin emitir sonido alguno, aprovechando que nadie nos presta atención.

—Buenos días, Tyler —respondo de igual forma.

Connor aparece tras él y, en cuanto Frankie entra en su campo de visión, sus ojos se clavan en ella, buscando una mirada de vuelta que nunca llega. Se detiene y se pasa las manos por el pelo, nervioso, al tiempo que agacha la cabeza, como si estuviera buscando una palabra, un gesto, lo que fuera, con lo que poder solucionar esto. Es obvio que la inspiración no llega, porque resopla malhumorado al tiempo que alza la cabeza. Sin embargo, la determinación sí lo hace y es lo que refulge en sus ojos cuando da un paso hacia Frankie.

La boca se me seca. ¿Qué va a hacer? A mi lado noto cómo mi amiga se tensa y a la vez, en cierta manera, vuelve a respirar.

—Frankie —la llama alzando la mano para tocar su hombro—, tenemos...

—Buenos días —nos saluda cantarín Oliver, saliendo desde la cocina.

Connor cierra la mano en un puño cuando estaba a punto de tocarla y la aparta rápido. Hay muchas emociones escondidas en ese gesto: hay frustración, ira, impaciencia, y la tristeza que veo en sus ojos azules es la misma que veo en los de Frankie justo antes de que los cierre y apriete con fuerza, apuesto a que conteniendo las ganas de llorar.

Tyler y William se miran y el segundo traga saliva, con la mirada preocupada clavada en un punto indeterminado al frente. ¿Cómo va a acabar todo esto?

Los que no están ya sentados lo hacen alrededor de la mesita y una especie de tregua implícita toma la estancia.

Empezamos a desayunar y, a pesar de todo, conseguimos llevarlo por buen camino, incluso salen dos o tres temas de conversación que ayudan a destensar el ambiente y a alargar la comida en forma de sobremesa un poco más.

—Señorita Collins —me llama Markus, uno de los guardaespaldas,

entrando en el salón—, han venido a verla.

Automáticamente frunzo el ceño y no debo de ser la única que se extraña, porque todos me miran. ¿Han venido a verme? ¿A mí? ¿Quién?

—¿Emmet? —doy por hecho. ¿Quién iba a ser si no?

—El señor Wright —me informa.

—¿Martin? —replico alucinada—. ¿Mi ex?

17

Charli XCX. *Boom Clap*

Definitivamente eso sí que no me lo esperaba.

Las miradas de los chicos siguen sobre mí y una en particular, la de Tyler.

—Dile... —carraspeo. Estoy nerviosa y no debería—. Dile que suba, por favor.

Markus asiente y se marcha.

—¿Tu exnovio está aquí? —inquiere Frankie, extrañada.

Asiento porque no sé qué otra cosa hacer. La última vez que nos vimos me dijo que rompía conmigo. No dejó de ser una situación curiosa, teniendo en cuenta que yo llevaba la bolsa con mi traje de novia en las manos.

Busco la mirada de Tyler. Está tan sorprendido como yo, pero hay algo más que no sé identificar.

—Hola. —La voz de Martin irrumpe en el salón y todos nos giramos hacia él.

Había olvidado cómo era; no su cara, claro, pero sí su aspecto, la estela de ejecutivo júnior orgulloso de serlo, independientemente de lo vacío que esté, que deja a su paso. Lleva uno de sus trajes, una corbata y una camisa, y en la mano derecha el maletín de piel que sus padres le regalaron la Navidad pasada. Es la antítesis de los No Regrets, de esta casa en realidad, y ahora que lo miro desde otra perspectiva, fuera de su círculo de alcance, ya no me parece algo legítimo ni auténtico. Él no lo es. El mejor trabajo, aunque lo odies; la mejor casa en el mejor barrio, aunque toda tu familia y tus amigos estén a un número casi interminable de paradas de metro; la mejor mujer, aunque no la quieras. Todo lo que tiene es una fachada y todo lo que pretende construir, también.

—Hola —respondo—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Quería hablar contigo.

«¿De qué?», pienso en el mismo segundo en el que contesta, pero, por fortuna, mis modales sirven de cortafuego. Mi madre estaría muy orgullosa.

—Está bien —acepto—. Subamos a mi habitación —le indico echando a andar hacia la escalera.

Justo antes de subir el primer peldaño, miro a Tyler y eso que no sé identificar en sus ojos grises se hace más grande.

Martin me sigue y, para mantener una distancia prudencial, acelero el paso.

Abro, entro y me cruzo de brazos, deteniéndome en el centro de la estancia.

—¿Qué quieres? —demando sin paños calientes.

—¿Así que tienes tu propia habitación? —pregunta a su vez, con esa malicia disfrazada de falsa cortesía, entrando y cerrando a su paso.

No sé si quiero estar encerrada con él, pero decido obviar ese detalle, centrarme en lo que sea que tiene que decir y terminar lo antes posible con esto.

—¿A qué has venido, Martin?

—Te lo he dicho —replica con su habitual condescendencia—, tenemos que hablar.

—Tú y yo ya nos lo dijimos todo, ¿no crees?

Estoy a la defensiva, es obvio, y, aunque no se merece que esté de otra manera con él, yo sí que me lo merezco. La defensiva implica un esfuerzo por la otra persona, incluso una deferencia que él no se ha ganado. Indiferencia es todo lo que pienso darle.

—¿Te has mudado aquí definitivamente? —inquiere de nuevo, mirando a su alrededor con una combinación de envidia y desprecio obligado—. Creía que te habías ido a Islington con Emmet. Todo esto ha sido idea suya, ¿verdad?

Sobra decir que Martin y Emmet nunca se llevaron bien, pero yo me negué a todas las insinuaciones, al principio, y claras peticiones, después, de que

dejara de verla. Es mi mejor amiga y el tiempo le ha dado la razón a cada una de las veces que lo llamó o trató como un capullo.

—Estoy de vacaciones.

—¿Con un grupo de música?

—Sí.

—¿En su mansión de Covent Garden?

—Martin, ¿has venido a decir algo o sólo a recalcar lo evidente?

Por dentro sonrío. Me gusta cómo he sonado.

Él me observa unos segundos. Supongo que dio por hecho que estaría hundida, llorando. Finalmente resopla apartando la vista y se pellizca el puente de la nariz con el índice y el pulgar en ese gesto tan suyo.

—Me gustaría que volviésemos —suelta de pronto.

—¿Qué? —replico alucinada—. No —respondo sin dudar.

Me fulmina con la mirada.

—¿Cómo que no? —protesta molesto.

—No pienso volver contigo, Martin.

—Me equivoqué —prácticamente me interrumpe, y no está siendo una muestra de arrepentimiento, más bien una excusa por la cual yo, de forma automática y sin protestar, debería entender que debo regresar con él.

—¿Y exactamente en qué te equivocaste? ¿En dejarme dos días antes de nuestra boda? ¿En echarme de nuestro apartamento porque eras tú el que salía en el contrato de alquiler? ¿O en decirme que no tengo nada de extraordinario?

Tengo presente lo de la indiferencia, ¡pero es que estoy muy cabreada! y verlo, recordar todo lo que pasó, sólo sirve para que lo esté todavía más.

—Tenía dudas —se queja—. Era lógico que parara con todo.

—Eso podría incluso entenderlo —repongo apuntándolo con el índice y dando un paso hacia él—, pero no de la manera en la que lo hiciste. Fuiste ruin y un cobarde, y no volvería contigo jamás.

—Tienes razón —contraataca con ese tono de voz cínico embadurnado de maldad. El tono que siempre usaba cuando hablaba de sus compañeros de

oficina—. Olvídate de casarte y formar una familia. Es mucho mejor quedarte aquí y ser una *groupie*.

Entorno los ojos. No tiene ni la más mínima idea, pero, como siempre, eso no le ha supuesto el más mínimo problema para juzgar.

Mi móvil empieza a sonar.

—No sabes de lo que hablas —le dejo claro yendo hasta la mesita para recuperar mi teléfono—, y no pienso permitir que digas una palabra más.

Miro la pantalla. Es mi padre. ¡Maldita sea! Había olvidado que habíamos quedado para comer.

—Tu padre —comenta satisfecho mirando mi iPhone por encima de mi hombro.

Me vuelvo y clavo otra vez mis ojos en él. ¿Por qué no se larga de una condenada vez?

—¿Por qué no se lo coges, Ava? —continúa con la única intención de hacerme ver que él tiene razón y yo me equivoco y, por lo tanto, que tengo que tirar mis planes a la basura. Una técnica que se le dio bastante bien durante el tiempo que estuvimos juntos—. He hablado con él y está muy preocupado. ¿Qué clase de vida es ésta? ¿Qué clase de vida pretendes llevar? Son estrellas de la música, tú no pintas nada aquí.

Quiero responderle o, mejor dicho, ¡pegarle!, pero el teléfono sigue sonando y no necesito tomarme ni un solo segundo para darme cuenta de que mi padre es mucho más importante que sacar a Martin de su error. Además, si es cierto que han hablado, me preocupa demasiado lo que éste haya podido contarle.

—Hola, papá —respondo encaminándome hacia la terraza. No quiero que escuche mi conversación.

—Ava, tesoro, ¿a qué hora vendrás a comer?

—¿Qué tal a la una?

—Ven un poco antes —me pide—. Me gustaría que habláramos.

Cierro los ojos, apretándolos con fuerza.

—Papá —contesto apesadumbrada—, si es porque Martin ha ido a verte...

—¿Martin? —replica, y parece incluso extrañado de que aparezca en esta conversación—. Es cierto que vino a vernos, pero también que es un completo idiota —añade con vehemencia—. Por Dios, no estarás pensando en volver con ese cretino, ¿verdad?

Sonrío sincera. No sé cómo he podido siquiera llegar a preocuparme. Mi padre es demasiado listo como para dejarse embaucar por Martin.

—Claro que no.

—Perfecto. Nos vemos a las doce.

—Nos vemos a las doce —sentencio a modo de despedida.

Cuelgo y me giro dispuesta a poner fin a esta conversación y a esta etapa de mi vida en general. No existe ninguna posibilidad de que vuelva con él y me alegra no haber mencionado a Tyler ni una sola vez, porque, en el fondo, esto no tiene nada que ver con él. No me alejo de Martin porque esté cerca de Tyler. No se trata de sustituir ni de reemplazar. Jamás volvería con Martin por mí. Por mí... *Yo,* una palabra a la que he aprendido a darle valor en esta casa.

—Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar —afirmo entrando de nuevo en la habitación—. Será mejor que te vayas.

Martin me observa, no sé si simplemente estudiándome o tratando de intimidarme; en cualquier caso no le funciona.

—Te vas a arrepentir —me amenaza.

—Así estaremos en paz, ¿no te parece?

—Yo no tengo nada de que arrepentirme.

—Pues demuéstratelo largándote de aquí.

Martin cabecea furioso, gira sobre sus pies y, al fin, se marcha.

En cuanto me veo sola, lanzo un profundísimo suspiro, pero sé que he hecho lo que tenía que hacer. Tenemos que luchar por tener en nuestra vida sólo a personas que sumen, y Martin restaba demasiado.

Bajo al salón, pero no hay nadie. Frunzo el ceño algo contrariada. No me apetece estar sola. Voy hasta la cocina y me sirvo un vaso de zumo. Apenas le

he dado un sorbo cuando oigo pasos acercándose. Sonrío. Sé que es Tyler. Sin embargo, la expresión que me devuelve cuando repara en mí hace que disimule mi gesto. ¿Está enfadado?

—¿Ya se ha marchado? —pregunta apoyando las manos en la encimera a unos metros de mí.

Asiento.

—¿Y estás bien?

—Sí —respondo. Suena preocupado, de verdad, y eso me despierta mucha ternura—. Quería que volviéramos, pero obviamente le he dicho que no.

Ahora es él quien asiente, con la mirada perdida al frente y todo el cuerpo tenso. No está enfadado, ¡está celoso! Tengo que contener una nueva sonrisa ante este hecho, sobre todo porque es mi venganza después de que se riera de mí por lo de la periodista del *Vanity Fair* francés.

—Y ha sido complicado —continúo, fingiendo que me ha supuesto un mundo negarme, sólo para pincharlo un poco más—. Hemos estado años juntos, ¿sabes?

Tyler asiente de nuevo, pero no tarda más de una milésima de segundo en removerse en el sitio y acaba pasándose las manos por el pelo.

—Martin me ha marcado —añado con voz lastimera.

No puede reprimirse y acaba soltando un resoplido.

—Quizá debería volver con él.

—Ava —me llama impaciente, dando un paso hacia mí, conteniendo un montón de palabras en mi nombre.

Sin embargo, cuando sus ojos se encuentran con los míos, algo lo desconcierta, con toda probabilidad el hecho de que no siento una sola de las palabras que he dicho y la chispa divertida que brilla al fondo.

—Estás muy mono cuando te pones celoso —le digo, y no puedo evitar que una sonrisa inunde mis labios.

Tyler suelta algo a medio camino entre una carcajada y un bufido y niega enérgico con la cabeza a la vez que retrocede y regresa a la encimera.

—No estaba celoso.

—Ah, ¿no?

—No —miente.

Me muerdo el labio inferior, conteniendo una nueva sonrisa.

—Ha sido muy bonito —le digo.

—No quiero que te hagan daño —casi me interrumpe, girándose hacia mí y clavando su mirada en la mía—. La verdad es que últimamente no puedo pensar en otra cosa.

Sus ojos grises me dicen que está siendo sincero, que está dejando que hable su corazón.

—Sólo quiero que estés a salvo, feliz —continúa diciendo acelerado, hablando con las manos, dejando que las palabras, que sus sentimientos, tomen el control—, que tengas todo lo que desees... y quiero ser yo quien consiga todas esas cosas para ti. Nunca me había sentido así —y hay una pizca de protesta mezclada con frustración en su voz— y ni siquiera sé cómo lidiar con ello.

No dudo. ¿Por qué demonios iba a dudar? Sonrío y me lanzo a sus brazos, todo a la vez.

—Tú me haces feliz —afirmo con la cara escondida en su cuello—. Tú haces que me sienta a salvo y tú eres todo lo que necesito, Tyler Evans.

Noto cómo su cuerpo se relaja de una manera perfecta y me estrecha contra su cuerpo, con fuerza.

Las palabras «te quiero» se dibujan en mi lengua, pero no me atrevo a pronunciarlas y cierro los ojos, disfrutando de toda su calidez.

***

Desoigo todas las veces que Tyler se ofrece a llevarme a Saint Luke’s y voy en metro. Puntual como un reloj, llamo a la puerta de casa de mis padres.

—Hola, cariño —me saluda mi madre.

—Hola —respondo con una sonrisa inmensa.

Nos abrazamos con fuerza y mi gesto se ensancha. No es por presumir, pero tengo la mejor madre del mundo.

—He preparado rosbif —me anuncia.

—¿Con patatas al horno? —inquiero entusiasmada.

—Claro que sí. ¿Por quién me tomas? —me desafía divertida.

Entramos y nos dirigimos a la cocina, donde mi padre está leyendo el periódico.

—Hola, viejo —lo saludo.

Él gruñe bajando el *The Guardian*.

—¿Cómo estás? —me pregunta mientras me acerco a darle un beso.

Voy a responder, pero mi hermana aparece de la nada y me da un beso superbaboso en la mejilla.

—Me vuelvo a mi cuarto —informa sin posibilidad de réplica, caminando ya de regreso a la escalera—, los jóvenes adultos estamos muy ocupados. La sociedad no nos prepara para la sociedad.

—¿Y quién prepara a la sociedad para vosotros? —responde papá.

—¡Neoburgués! —grita mi hermana desde arriba.

Frunzo el ceño.

—¿Se puede ser neoburgués? —planteo socarrona.

—Nunca debí dejar que estudiara ciencias políticas teniendo en cuenta que no la he visto leer un periódico ni una sola vez —se lamenta burlón mi padre.

Mi madre lo mira mal.

—Uno puede informarse por el móvil o Internet. Ésos son los comentarios que te hacen ser un neoburgués —lo pincha.

Mi padre bufa y dobla su periódico como si fuera su tesoro, y en cierta manera creo que lo es; sólo le he visto dejarlo sin leer dos veces en veintiséis años.

—Tengo el enemigo en casa —protesta divertido.

Mi madre y yo sonreímos. Él nos devuelve el gesto y entonces centra sus

bonitos ojos azules en mí.

—¿Me acompañas?

Asiento.

—Claro —certifico.

Salimos de la cocina y cruzamos el ancho pasillo para entrar en el salón. Mi madre ha corrido un poco las cortinas y la claridad del verano se filtra en la estancia, llenándola por completo de una suave luz naranja.

Papá me indica un extremo del tresillo para que me siente y, mientras obedezco, él lo hace en un sillón orejero que mi madre heredó de una de sus tías de Essex y del que mi padre está perdidamente enamorado.

—¿Qué tal en Islington? —pregunta abriendo de nuevo su periódico y centrándose en un artículo sobre una eventual reforma en la City.

Coloco un labio sobre otro, pensando. Lo lógico sería contarle a mi padre, que nunca ha visto con buenos ojos que me guste la música o el fenómeno fan en general, que actualmente resido en Covent Garden con el grupo de música pop más famoso del planeta... pero lo cierto es que sólo estoy de vacaciones y, de cara al Gobierno, por ejemplo, sigo viviendo en Islington.

Excusas pobres, sí, pero vosotros no tenéis que plantarle cara al cura que prohíbe bailar en *Footlose*.

—Bien; normal, supongo.

—¿Y Emmet?

—Bien —mi voz suena más aguda de lo que debería. «Voz, cálmate»—, como siempre

—¿Y el trabajo?

—Estoy de vacaciones —respondo con una sonrisa por no tener que mentir.

Mi padre baja el periódico y lleva su vista hacia mí.

—¿De vacaciones? —Demonios. Debí imaginar que esa respuesta acarrearía más preguntas—. Creí que pensabas cogerlas en septiembre para irte a Escocia con Emmet.

Sí, mi amiga me hizo prometer que la ayudaría a buscar *highlanders*.

—Sí, pero me apetecía tomármelas ahora —contesto tratando de disimular que empiezo a ponerme más y más nerviosa.

—¿Y qué vas a hacer?

Niego con la cabeza a la vez que tuerzo los labios.

—No lo sé, quedarme en Londres.

Mi padre arruga el ceño.

—¿En Londres?

—Sí, en Londres —murmuro.

—Ava. —Por la forma en la que pronuncia mi nombre, sé que me ha pillado.

—¿Qué? —refunfuño.

—¿Tú qué crees?

Hundo los hombros, claudicando.

—De acuerdo, te lo contaré —empiezo a decir enderezándome de nuevo —, pero tienes que prometerme que no te enfadarás.

Mi padre intensifica su mirada sobre mí, esperando a que continúe. Tendría que haber respondido: «El trabajo bien, gracias».

—Emmet y yo fuimos al concierto de los No Regrets en París y pude conocerlos en persona. Frankie, la prometida de Oliver Thomson, me ofreció pasar las vacaciones juntas mientras preparaban su nuevo disco y ahora vivo con el grupo en su mansión de Covent Garden.

Hay cosas que interiorizas de cría, como que más te vale correr si tu madre te llama por tu nombre completo o que tu padre puede dejarte clavada al suelo con una sola mirada. Mi padre no es ningún ogro, pero sí sabe ser severo cuando la ocasión lo merece, y ahora me está mirando de la misma forma que cuando rompí su primera edición de *El corsario*, de Lord Byron, por utilizarlo de tipi para mis muñecas y escondí las pruebas detrás de este mismo sofá.

—No es una buena idea —sentencia.

—¿Por qué? —replico y, aunque sabía que no le haría gracia, lo cierto es que no entiendo dónde está realmente el problema—. Hace dos días estuve en el *backstage* de su concierto de Wembley, papá —añado con una ilusión sin límites, como si aún estuviese allí—. ¡Fue increíble! Uno de los mejores momentos de mi vida.

Sin embargo, mi entusiasmo no parece contagiarlo, más bien todo lo contrario, y cabecea todavía más preocupado.

—Tienes que salir de allí —trata de hacerme ver, y ese resquemor mezclado con un enfado *in crescendo* se hace aún más patente—. Tienes que regresar a Islington, recuperar tu vida.

—Voy a regresar a Islington. Sólo estoy de vacaciones. Ni siquiera ellos viven allí todo el año. En unos días volveré al trabajo —conforme voy pronunciando palabras, el rostro de mi padre va relajándose y tengo la sensación de que incluso suelta el aire que había contenido; eso hace que me sienta culpable, porque mi discurso no ha acabado todavía—, pero —su expresión vuelve a contraerse— los No Regrets van a seguir formando parte de mi vida y no es sólo porque seamos amigos. Tyler Evans y yo estamos juntos.

—¿Tyler Evans? —repite como si no pudiese creerlo del todo—. Uno de los miembros del grupo —sentencia, y su malestar vuelve.

—Papá, ya no tengo quince años. Comprendo que en aquella época te diera miedo que acabara convirtiéndome en una *groupie* descerebrada, pero ahora soy adulta. Tyler y yo sólo éramos amigos, pero las cosas han cambiado.

Entre todas las combinaciones posibles de palabras, por algún motivo que escapa por completo a mi razón, parezco haber elegido la peor. Mi padre se echa hacia delante y traga saliva antes de empezar a hablar. Sigue enfadado, sigue preocupado, pero todo parece haberse multiplicado por mil.

—Quiero que me prometas ahora mismo que, en cuanto termines tus vacaciones, saldrás de esa casa, te olvidarás de los No Regrets y no volverás a verlos jamás.

—Pero papá...

—Prométemelo, Ava —repite con vehemencia.

Le mantengo la mirada. Adoro a mi padre. Si fuera cualquier otra cosa, dado lo importante que parece ser para él, se lo prometería, renunciando a lo que fuera sólo para poder tranquilizarlo. Sin embargo, estamos hablando de Tyler y no puedo perderlo, así que tomo el único camino que me queda.

—Sí, papá. Lo haré.

Mentir.

Mi padre asiente y, tomándome por sorpresa, me abraza, besándome el pelo. Cuando nos separamos, sonríe tratando de trasmitirme serenidad, pero el gesto no le llega a los ojos.

—Sé que va a ser duro —me dice—, pero créeme cuando te digo que es lo mejor para ti.

Sin darme oportunidad a responder, se levanta y se marcha, y eso tampoco es nada habitual en él, el hombre que piensa que la comunicación y la información son la base de todo. Aunque no voy a negar que lo agradezco. No quiero seguir mintiendo, ergo la mejor solución es no seguir hablando.

Deambulo unos minutos más por el salón. Le ofrezco mi ayuda a mi madre, pero, como no la necesita, subo a mi antigua habitación, la cual, dado que mi madre no tiene ningún interés en tener su propio gimnasio, sigue como el día en que me marché.

Abro la puerta, asomo la cabeza y de inmediato sonrío. La cama con las luces de Navidad reliadas en los barrotes de hierro forjado del cabecero. Mis pósters. Todas mis fotos con Emmet en el espejo. También había con Martin, pero, lógicamente, ésas acabaron, gracias a una noche con mi amiga y la botella de licor de menta de mi madre, en la trituradora de papel de mi padre.

Acaricio mi peluche en forma de león y el bajo del único trofeo que he ganado en mi vida. Fue en el club de francés, en un concurso de deletreo.

Más recuerdos empiezan a llegar en tromba. Todos en esta habitación: cuando Emmet y yo, con catorce años, decidimos que podríamos aprender

ballet por nuestra cuenta y tres años después, yoga, con idéntico desastroso resultado. Las veces que dejé que Martin viniera a casa cuando mis padres salían a cenar. Todas las que canté a voz en grito, que bailé, que reí, que lloré.

Me siento en la cama sonriendo al pensar en cada segundo de mi vida en este cuarto, pero tan rápido como lo hago, me levanto y voy flechada al armario. Me desvío para coger la silla de mi escritorio y, subida en ella, rescato la caja que guardé en la balda más alta de todas.

La dejo sobre el colchón y, sentándome, la abro impaciente. Me da igual saber lo que contiene. Es mi pequeño tesoro. Hay más fotos, mi primer diario, la camiseta que Paul Alexandre, el chico más guapo del instituto, se dejó olvidada en el patio y que Emmet y yo robamos y acordamos conservar por turnos y, cómo no, mis cedés de los No Regrets y la foto de ellos que tenía en el espejo junto a las mías, como si fueran parte de mi vida. Sonrío y el gesto tarda en ensancharse algo así como dos segundos porque ahora verdaderamente lo son.

—Hola, *coventgardiana* —me saluda mi hermana Scarlett, irrumpiendo en mi habitación y sentándose en mi cama.

La miro con una sonrisa.

—¿Mola vivir en el centro de esta enorme urbe posmoderna?

—Vives en Saint Luke's. Estás a veinte minutos en metro —protesto.

—La sociedad ha virado y se ha estancado en una situación de globalización irreversible —replica tumbándose y entrelazando las manos detrás de la nuca, clavando su vista en el techo. Entorno los ojos tratando de seguir su argumento—. El ser humano queda dividido entre el hombre total patriótico y el hombre acuciado por el azote cultural transilustrado.

—La última palabra te la has inventado, ¿verdad? —replico socarrona.

—Sabía que ser una *groupie* te freiría las neuronas —repone aún con la vista al frente—. Demasiado sexo te ha nublado el raciocinio.

—No digas «sexo» aquí —me quejo con una mueca de asco. Es mi hermana pequeña—, ni en ningún sitio.

—¿Cómo es acostarse con una estrella de la música? —pregunta girándose para tenerme de frente—. ¿Y con dos? Espera, ¿con qué dos? Yo creo que me quedaría con Connor Bay, es guapísimo, pero Tyler tiene ese aspecto de rebelde torturado que es como un sueño. ¿Follando llevará también ese rollo de sexy melancólico?

—¡Scarlett! —la reprendo.

—¡Cuéntamelo! —protesta ella, arrodillándose sobre el colchón—. He hablado con Emmet, pero quiero más detalles.

Cuando éramos adolescentes, Scarlett era la típica hermana pequeña que quería hacer todo lo que hacíamos nosotras y que, cuando le decíamos que no porque era una cría, nos espiaba para acabar haciéndonos un montón de preguntas. Conforme fuimos creciendo, las preguntas fueron haciéndose más incómodas, pero, a pesar de todo, creo que siempre, o casi siempre, y eso siendo hermanas ya es una especie de récord, nos hemos llevado bastante bien.

—En primer lugar, deja de hablar con Emmet y, en segundo, lárgate de mi cuarto.

Ella me da un manotazo en el hombro y se lo devuelvo. Otro más. Un tirón de pelo. Me quejo. ¡Duele! Y la empujo haciendo que se levante por el otro lado.

—Mi cuerpo es mi templo, y mi cerebro, su alimento —me amenaza índice en alto—. El alma es conocimiento y sexo, y ni vosotros ni vuestros líderes del pasado podréis amedrentar a mi generación —afirma saliendo.

—¡Nos llevamos cuatro años —le recuerdo—, somos de la misma generación, idiota postmoderna!

Suelto una risilla, encantada con mi propia broma.

—¡Ava! —me riñe mi madre desde la cocina.

Y la risilla se me corta de golpe.

Después de la comida y un par de partidas al Scrabble, regreso al Estudio.

—¿Dónde están todos? —le pregunto a Brandon, uno de los guardaespaldas, antes de que el ascensor vuelva a cerrarse. Todo está a

oscuras.

—En el estudio de grabación —responde lacónico.

Asiento y él me devuelve el gesto mientras las puertas se cierran definitivamente.

Tuerzo los labios como una niña que se ha quedado sin galletas, pero es que tenía muchas ganas de ver a Tyler. Lo pienso un instante y, mientras me dirijo a mi habitación, saco el móvil. Que no pueda verlo ahora no significa que no pueda proponerle que venga a mi habitación cuando termine de grabar un futuro premio Brit.

En casa sana y salva. Iba a decirte que te espero en mi cama, pero creo que prefiero esperarte en la tuya.

Envío el mensaje. La respuesta tarda poco menos de un minuto.

Me gusta lo de sana y salva y me gusta lo de mi cama. Añade «con uno de esos pijamitas que me ponen como una moto».

Me muerdo el labio inferior. Juro que ésta no era mi intención, pero no pienso desaprovechar la oportunidad.

Creí que nuestro lema era «con calma», pero, puestos a añadir, añade «sólo con unas braguitas y una de tus camisetas».

Añade «desnuda».

Me detengo en seco en mitad del pasillo; ahora mismo la sangre me recorre el cuerpo tan deprisa que me martillea en los oídos. Mi móvil vuelve a sonar. Abro el mensaje.

Si ahora mismo no escribo la canción de mi vida, no la escribiré nunca. La inspiración es perfecta.

Sonrío como una auténtica idiota y me dirijo decidida a su habitación.

Al pasar por delante de la de Frankie, teniendo en cuenta que Oliver estará en el estudio, me decido a llamar. Quizá le apetezca hablar un poco.

Golpeo la puerta con los nudillos un par de veces, pero no responde.

—Frankie —la llamo. Silencio—. Soy Ava, ábreme.

Nada.

Con toda probabilidad estará dormida, pero prefiero asegurarme, porque también cabe la posibilidad de que esté llorando como una Magdalena y, si es el caso, no quiero dejarla sola.

—Voy a entrar —anuncio rodeando el pomo con mis dedos.

Pero cuando lo hago, compruebo que la habitación está... vacía; muy vacía, de hecho. La cama hecha, ni una sola prenda en la silla o la percha. Miro a mi alrededor con la sensación de que pasa algo raro, aunque no logro averiguar el qué.

Mi primera idea es ponerme a rebuscar tras alguna pista, pero me doy cuenta de que es mucho más sencillo. Vuelvo a sacar el móvil. Responde al tercer tono.

—¿Dónde estás? —le pregunto—. Estoy en tu habitación. Pensé que a lo mejor te apetecía charlar o ver una peli.

—Estoy en el cuarto de invitados —responde Frankie—, pero ya estoy metida en la cama. Voy a dormir.

Salgo al pasillo y observo las puertas de las habitaciones que no están asignadas.

—¿En cuál estás? —demando perspicaz.

—Yo qué sé —responde con su habitual tono—, en la primera que he encontrado. Antes de que se me olvide, el gilipollas de tu exnovio ha traído una caja con cosas tuyas. André la ha dejado en el salón.

Ignoro lo de Martin. Habrá encontrado dos jerséis viejos en el fondo de un cajón. Sólo ha venido para molestarme.

—¿Qué se ve desde tu terraza? —inquiero centrándome en lo que verdaderamente me interesa.

—Yo qué sé —repite—. ¿Londres?

Buena respuesta, pero eso no resuelve mis dudas.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Llorando?

—No.

—¿Me necesitas?

—Buenas noches, Ava.

—Buenas noches —me despido a regañadientes.

Sigo teniendo la incómoda sensación de que me oculta algo.

Sin embargo, en la habitación de Tyler hay demasiadas cosas que me distraen. He de confesar que lo toqueteo todo. Abro los cajones. Miro en el baño. Huelo sus camisetas y acaricio sus guitarras. Es la misma, pero la estancia que veo ahora no tiene nada que ver con aquella que me encontré con todo destrozado o desperdigado por el suelo. Tyler está enderezando su vida y no podría estar más orgullosa de él.

Lo de desnuda me parece que no encaja muy bien con el espíritu de «tenemos que ir poco a poco», así que decido ponérselo un poco más fácil y finalmente le robo una camiseta. Abro el cajón con dicha intención y entonces la veo... la misma botella de whisky que no fue capaz de romper. La sonrisa desaparece de mis labios y mi corazón se encoge. ¿Por qué no se ha deshecho aún de ella? ¿Por qué la sigue necesitando cerca?

Preocupada y también triste, me siento en el borde de la cama. Sé que las batallas no se ganan de la noche a la mañana y que no ha vuelto a beber, pero la botella está ahí, a un golpe de mano. Doy una bocanada de aire tratando de buscarle cualquier otra explicación, pero es obvio que no la hay. Quizá sólo necesita ganar un poco más de confianza en sí mismo, estar un poco más seguro del suelo que pisa.

Me meto en la cama y busco una peli con la idea de esperarlo y que hablemos, pero cada vez estoy más cansada y los párpados parecen pesarme toneladas. La última vez que consigo mantener los ojos abiertos son las dos de la madrugada.

***

Me despierta mi móvil. Me incorporo, sentándome en la cama, y me doy cuenta de que no he abierto los ojos. ¿Por qué los tengo aún cerrados? ¿Por qué tengo tanto sueño?

Estiro el brazo y golpeo el tablero de la mesita varias veces con la mano hasta alcanzar el teléfono. Descuelgo sin ni siquiera mirar la pantalla.

—¿Diga?

—Hola, dormilona.

Su voz me hace sonreír.

—Hola, señor Evans. ¿En qué puedo ayudarlo? —sueno ronca y deduzco que eso le hace sonreír a él.

—Sólo llamaba para despertarte y decirte que leas la nota.

—¿La nota? —demando confusa.

—Sí, eso he dicho —replica socarrón y, sin más, cuelga.

Miro curiosa a mi alrededor y no tardo en toparme con un trozo de papel escrito a mano sobre la almohada. Lo cojo, es la letra de Tyler, la reconozco de las partituras que hay por la habitación.

Te espero a las nueve en la estación Victoria.

PS: Buenos días, Ava

Mi sonrisa se ensancha y me levanto de un salto. Miro el reloj. ¡No tengo mucho tiempo! Me doy una ducha rápida y me pongo un bonito vestido, pero al pasar por decimocuarta vez por la terraza, me doy cuenta de que es muy probable que el viento sople un poco frío, así que cojo mi cazadora vaquera.

Voy hasta la parada de Embankment y cojo el metro hasta la estación Victoria; tres paradas, quince minutos en total.

Me encanta esta estación, aquí confluyen trenes, autobuses y el metro. Es grande y siempre está llena de gente yendo hacia todos lados. Teniendo en cuenta que desde aquí prácticamente puedes ir a cualquier lugar de Gran Bretaña, me gusta pensar que todos tienen algo superimportante que hacer, desde recuperar a su gran amor impidiendo su boda en una pequeña iglesia de Manchester hasta llevar a cabo su sueño y vivir como un *highlander* en las costas del norte de Escocia, con un *kilt* y partiendo troncos con sus propias

manos mientras una mujer guapísima cae perdidamente enamorada. Además, tienen un puesto de *cookies* de chocolate increíble. Todo ayuda.

Miro a mi alrededor buscando a Tyler, pero no lo encuentro. Estoy tratando de recuperar mi teléfono de las profundidades de mi pequeño bolso cuando unas manos rodean mi cintura y me levantan en el aire. Suelto un gritito por la sorpresa y sigo el fluido movimiento con el que me gira, dispuesta a colgarme de su cuello y plantarle un beso en mayúsculas.

—Deduzco que me has echado de menos —comenta burlón.

—Qué gran apunte, señor Evans. Debería dejar la canción y dedicarse al mundo científico.

—¿Y que dejen de pagarme por contonearme encima de un escenario?

—«Contonear» ha sonado a bailarina exótica.

—Bailarina exótica —repite meditando las dos palabras—. Eso sí que es algo que me plantearía como futuro profesional.

Ha resultado tan convincente que no me queda otra que echarme a reír. Tyler lo hace conmigo y vuelve a besarme, haciendo que el beso dure más de lo necesario. Yo gimo contra sus labios, encantada, y él se separa apenas un centímetro, mirando a su alrededor.

—¿Te preocupa que alguien nos vea? —inquiero.

—Estoy buscando un cuartucho mal iluminado donde meternos —responde con una sinceridad condenadamente sexy y brutal—. Me importa muy poco que alguien nos vea.

Sonrío de nuevo y Tyler me besa otra vez.

—¿Qué hacemos aquí? —planteo con mis brazos todavía en su cuello y sus manos rodeando mis caderas.

—Cuando ayer subí y te vi dormida en mi cama, decidí que hoy nada ni nadie iba a distraerme de ti. —Me muerdo el labio inferior, conteniendo una sonrisa de tonta enamorada. Esa frase ha revolucionado todas mis mariposas —. Así que te estoy raptando —sentencia levantando las cejas.

Achino la mirada y tuerzo los labios, siguiéndole el juego.

—¿Y dónde piensa llevarme para perpetrar tal hecho?

—A Brighton.

Otra vez tengo ganas de sonreír. ¡Brighton es genial!

—Me parece bien —replico alzando la barbilla, altanera.

Tyler aprieta los labios porque también quiere sonreír, pero también se contiene para seguir jugando. El resultado no podría ser más sexy. Me estrecha un poco más contra su cuerpo y se inclina un poco más sobre mí.

Va a besarme y todo mi cuerpo se revoluciona.

—Disimulas de pena —sentencia a escasos, escasísimos, centímetros de mis labios.

Yo suelto un bufido, indignadísima, pero Tyler no me da opción y vuelve a besarme, tomándome en brazos y levantando mis pies del suelo.

***

Nos pasamos todo el trayecto hablando. Tyler no deja de hacerme preguntas sobre mi infancia, mi relación con Emmet y mi vida en general, y yo también tengo muchas dudas, en concreto, estoy deseando saber si todas las cosas que he leído sobre él en las revistas a lo largo de todos estos años son ciertas.

—¿Entonces no os detuvieron a ti y a Oliver en Copenhague por escándalo público y Connor os libró ligándose a la policía? —demando decepcionada. ¡Esa historia es buenísima!

Tyler rompe a reír.

—¿De dónde te has sacado eso?

—De la revista *Shout* —contesto un pelín, sólo un pelín, avergonzada.

Tyler me observa con esa mirada de profesor de escuela sexy, reprendiéndome y burlándose de mí al mismo tiempo sin usar una sola palabra.

—Ya sé que no tengo que creerme todo lo que digan las revistas y que en

la mayoría de los casos...

—Me detuvieron con William —me interrumpe, inclinándose sobre mí, transformando la historia en un atractivísimo secreto— por estar bañándonos desnudos en una fuente a las dos de la mañana, y es cierto que Connor nos salvó. Era el único que podía hacerlo, Oliver estaba borrachísimo tratando de ligarse la escultura de *La Sirenita.*

Lo miro boquiabierta y al final no tengo más remedio que echarme a reír.

—Es decir —replico divertida, entornando los ojos cuando nuestras carcajadas se calman—, que os comportáis como auténticas estrellas de la música.

Tyler tuerce los labios y se deja caer de nuevo en su asiento.

—Nos divertimos, eso es todo —afirma con la mirada al frente y una sonrisa de lo más traviesa.

—Supongo que por eso mi padre prácticamente me ha ordenado que vuelva a casa con Emmet.

Al oír mis palabras, Tyler ladea la cabeza para tenerme de frente, pidiéndome en silencio que continúe.

—No le hace la más mínima gracia que viva en el Estudio con vosotros, aunque sólo sean unas vacaciones —le explico. Involuntariamente agacho la mirada y la centro en mis dedos, que juguetean nerviosos entre sí— y tampoco quiere que salga contigo.

Alzo la cabeza para calibrar su reacción. Él me mantiene la mirada sin esconderse. Exactamente como es Tyler.

—¿Y qué piensas hacer?

—Le he mentido —me sincero.

—Ava —me reprocha, chasqueando luego la lengua contra el paladar.

—Lo sé —me apresuro a replicar—. Soy consciente de que así no se hacen las cosas, pero encontraré la manera de hacerle entender que —pienso en callarme lo que estoy a punto de decir, pero no quiero— yo sólo quiero estar contigo.

Tyler continúa mirándome a los ojos y poco a poco sus labios van curvándose hacia arriba. Me toma por el cuello con una de sus manos, dejando que la punta de sus dedos se pierdan en mi pelo, y me besa.

—Hablaré con él —sentencia separándose lo justo para volver a atrapar mis ojos marrones—. Esto no va de un músico y su *groupie*. Lo que sentimos es de verdad —añade, sabiendo perfectamente cuáles son las inquietudes de mi padre—. Haremos que lo entienda.

Su seguridad se contagia en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo. Sé que nuestra relación es auténtica y sé que papá acabará aceptándolo, sólo necesita un poco más de tiempo.

Tyler me besa de nuevo y, cuando se separa, me acomodo contra su cuerpo, dejando que mi espalda descanse en su pecho, colocando mis manos sobre su brazo, que rodea mis hombros, y perdiendo mi vista en la campiña inglesa, llena con todos los tonos inimaginables de verde.

¡Brighton es una pasada! No hay una manera mejor de describirlo. Vamos al palacio de la Marina, en el muelle, y pierdo la cuenta de cuántos «oh» admirados se me escapan mientras paseamos bajo su enorme cúpula. Convenzo a Tyler de que visitemos el acuario y después damos un paseo hasta las Lanes, el centro cultural de la ciudad. Son calles llenas de preciosos edificios del siglo XVI, que contienen maravillosos cafés, tiendas *vintages* de discos y algunas de las mejores librerías del planeta en forma de pequeños pasadizos, con estanterías del suelo al techo, donde perderse y acabar regresando al mundo real a regañadientes después de haberte sumergido en una y mil historias diferentes y, con toda probabilidad, con una primera edición de Wordsworth o Hardy bajo el brazo.

El tiempo no acompaña. El viento gélido recorre las calles y parece que va a llover en cualquier momento, pero, aun así, vamos hasta la playa. Estamos demasiado cerca del mar como para no disfrutarlo.

—¿Tienes frío? —me pregunta Tyler.

Niego con la cabeza, enterrando los pies en la arena. En realidad, sí lo

tengo, y mucho, pero no quiero moverme de aquí por nada del mundo. Estamos sentados a unos metros de la orilla, prácticamente solos, contemplando el mar. Todo huele a sal y se respira paz.

Me doy cuenta de que con este ambiente tan zen es el momento perfecto para hablar de algo en lo que no he podido dejar de pensar.

—Tyler —lo llamo arrodillándome sobre la arena para tenerlo de frente.

Él ladea la cabeza y me mira, indicándome que tengo toda su atención.

—Necesito preguntarte algo —continúo— y necesito que seas sincero conmigo.

El viento me revuelve el pelo y yo intento domarlo metiéndomelo tras las orejas; él me ayuda a conseguirlo y los dos sonreímos.

—Pregunta lo que quieras.

Lo miro, pero no dudo. Necesito que lo hablemos.

—Ayer encontré la botella de whisky en tu cuarto —suelto de un tirón—. No quiero que te enfades —añado rápidamente al darme cuenta de que existe la más que probable posibilidad de que se moleste al caer en la cuenta de que anduve registrando sus cosas—, pero me gustaría saber por qué no te deshiciste de ella. ¿Todavía la necesitas? —inquiero en un susurro, porque oír un sí me da demasiado miedo.

Tyler me mantiene la mirada. Ése es su superpoder, seguir con sus ojos grises clavados en los míos, diciéndome sin palabras que, pase lo que pase, no va a esconderse, ni va a mentirme. Tardé tiempo en darme cuenta, pero, incluso cuando me robó el primer beso, puede que hasta cuando nos vimos en el *backstage* de París, su mirada fue el espejo de su alma.

—Tú haces que las cosas sean mucho más fáciles, pero algunos días…, algunas noches —especifica con una triste vehemencia— siguen siendo complicadas. Sé que te debo algo mejor, Ava, pero no puedo desprenderme de ella porque no estoy completamente seguro de no volver a necesitarla.

—Lo entiendo —respondo.

Aunque haga que se me encoja el corazoncito, lo entiendo. Nadie supera

una etapa difícil rápidamente. El tiempo es la clave.

Tyler lleva su mirada al mar y una sonrisa tenue y un poco triste inunda sus labios. Sé que no duda de que lo comprenda, pero esta especie de empatía o complicidad o lo que sea que hay entre nosotros a veces lo sorprende, igual que me sorprende a mí. He tenido amigos, he salido con chicos, me colé por William, pero nada se ha parecido ni remotamente a esto.

—¿Echas de menos Dover?

—Sí, supongo que sí.

—¿Aún piensas ir a visitar a tu familia cuando nazca tu sobrina?

Asiente.

—Sí. ¿Te gustaría venir?

Me muerdo el labio inferior para contener la sonrisa que amenaza con partirme la cara en dos. ¡¿Quiere que conozca a su familia?!

—Me encantaría —respondo.

Su sonrisa se ensancha y por un momento sólo nos miramos con el sonido de las olas de fondo. El viento sopla un poco más frío.

—Cuando cantamos en la Piazza —dice de pronto—, fue increíble. Fue genial fingir ser... nadie —sentencia a falta de una palabra mejor—. Si ese Tyler que cantaba en el centro de Londres después se hubiese metido en un lío, hubiese bebido o hubiese acabado casado con una chica a la que ni siquiera conoce, no habría sido la portada de ningún periódico a la mañana siguiente.

Es demasiado complicado. Todos hemos metido la pata alguna vez. Todos hemos tomado la peor decisión posible. Ya es duro tener que convivir con ello o darle explicaciones a tu familia o a tus amigos, pero, al fin y al cabo, ellos te quieren y no te juzgan. Que tu vida esté continuamente sujeta al escrutinio público no es fácil ni sano ni tampoco justo. Los chicos sólo quieren tocar y hacer felices a los demás con su música. La presión que reciben a cambio por una parte de la prensa es juego sucio.

Tyler aparta su mirada y vuelve a concentrarla en el mar.

Yo también miro el agua y de pronto recuerdo algo.

—De adolescente yo también quería ser otra persona: una princesa —Tyler no me mira, pero puedo ver una sonrisa asomar despacio en sus labios y eso me envalentona para continuar—, pero no una de esas princesas que se pasan todo el día en el castillo peinándose o haciendo bordados. Quería ser una de esas que luchan en el campo de batalla y salvan a su pueblo. Como Aria de «Juego de tronos», pero sin toda esa infancia tortuosa... y sin ver morir a mi padre —añado al recordarlo—... y sin que me persiga con el único objetivo de matarme un hombre apodado La Montaña —eso también es importante—... y sin tener que limpiar máscaras de gente muerta. Definitivamente no quería ser como Aria —sentencio.

Tyler, todavía sin mirarme, pretende disimular, pero no puede más y rompe a reír, y yo, encantada de haber logrado mi objetivo de hacer que se sintiera mejor, lo hago con él.

Estamos en ésas cuando una gota se estrella en el reverso de mi mano.

—Tyler...

—¿Sí?

Otra gota en la punta de la nariz. Inmediatamente otra en mi rodilla.

—Creo que vamos a tener que...

No he terminado la frase cuando un relámpago refulge en el cielo a lo lejos, un trueno ensordecedor lo sigue ¡y empieza a diluviar!

—¡Marcharnos! —grito mientras los dos nos levantamos y echamos a correr.

Tyler es más rápido, pero se detiene a unos pasos y me espera con la mano tendida para agarrar la mía y ayudarme a llegar hasta el paseo y poder encontrar algún lugar donde resguardarnos.

—Si no fuera porque me he pasado todo el día contigo —dice Tyler sacudiéndose la chaqueta y mirando la tormenta que cae al otro lado del cristal de la oficina de correos donde nos hemos resguardado—, diría que has estado cantando, mínimo, tres canciones seguidas.

Tuerzo los labios y lo golpeo en el hombro. Él me dedica una sonrisa

burlona como respuesta y, como premio, un beso. Sus brazos rodean mi cuerpo, estrechándome contra el suyo y consiguiendo que la tela empapada de mi vestido se pegue más a mi piel. Los labios le saben a lluvia y el perfecto olor de su cuello es aún mejor mezclado con el aroma fresco de la tormenta.

—Será mejor que volvamos a Londres —dice separándose apenas un centímetro.

—Sí. Me muero por estar de lo más calentita metida en tu cama.

—Cama y calentita, un juego de palabras de lo más apropiado.

—Soy un hacha al Scrabble —sentencio achinando la mirada—. Siempre gano las partidas en casa de mis padres.

—Mi chica es guapa e inteligente, ¿qué más se puede pedir? —rebate—. Y ahora, vámonos a casa.

Tira de mí en dirección a las puertas, pero todo mi cuerpo entra en alerta de «tonta enamorada».

—¿Has dicho *mi chica*? —pregunto.

Tyler se gira con una media sonrisa de lo más sexy y niega socarrón.

—No he dicho absolutamente nada —afirma burlón, y me guiña un ojo justo antes de dirigir su vista al frente.

«Mi chica», ha sonado realmente bien.

Por suerte la estación está cerca y sólo nos lleva una pequeña carrera bajo la lluvia llegar a ella.

—Dos billetes para el próximo tren a Londres, por favor —pide Tyler en la primera ventanilla que encontramos abierta.

Sin embargo, el hombre de unos sesenta años tras el mostrador niega amable con la cabeza.

—A Londres, no lo creo, hijo. En realidad, a ningún otro sitio.

Los dos arrugamos la frente, confundidos.

—Una vaca se ha escapado de una granja esta mañana —empieza a decir, y ya me suena un poco difícil de creer. Al fin y al cabo, es una vaca, no uno de los animales fantásticos de J. K. Rowling— y ha acabado en la carretera. Se

ha cruzado en el camino de una furgoneta de reparto y el conductor, para no atropellarla, ha virado, se ha salido de la carretera y se ha empotrado contra un cuadro de luces del servicio de ferrocarriles. El hombre ha salido ileso, pero ha dejado sin circulación cualquier tren al sur de Crawley. Le recomendaría ir a la estación de autobús, pero, entre el accidente, la reparación del tendido eléctrico y esta lluvia, no saldrá ninguno hasta mañana. Además, la vaca continúa suelta —añade a modo de recordatorio.

Tyler y yo nos miramos. ¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Está diluviando —me dice Tyler—, lo mejor será que esperemos aquí hasta que amaine un poco.

—Siento decir otra vez que no, hijo —interviene el hombre—. La estación cerrará en diez minutos. Sin trenes que salir ni que llegar, no tiene mucho sentido seguir abiertos.

Tyler se pasa las manos por el pelo, un poco exasperado.

—Cuando veníamos hacia aquí, he visto un hotel, una pensión o algo parecido —comento.

—Sí —responde el taquillero—. La pensión de Maggie. Un sitio tranquilo y muy agradable. Además, podréis comer el mejor pastel de carne de todo Brighton.

Sonrío.

—Suena bien —añado.

Tyler me devuelve el gesto.

—Parece que ya tenemos plan —sentencia—. Muchas gracias —nos despedimos del empleado.

—A mandar —contesta.

Mientras caminamos hacia la salida, Tyler me pasa el brazo por los hombros y me lleva hasta él para poder darme un beso en la coronilla.

—En el hotel podrás secarte —me dice—. Estás empapada. No quiero que caigas enferma.

Asiento. Este vestidito es precioso, pero no abriga absolutamente nada.

Corremos de nuevo bajo la lluvia. Afortunadamente el hotel está bastante cerca y no nos mojamos mucho más de lo que estábamos antes.

En la pequeña recepción, Tyler se echa el pelo mojado hacia atrás con la mano mientras me observa tratar de despegarme la tela del vestido de mis piernas. Cuando alzo la vista, sus ojos grises se han oscurecido y su sonrisa más rebelde y más sensual inunda sus perfectos labios.

—¿Qué? —murmuro, y mi voz, involuntariamente, suena trémula. Es la forma en la que me mira, la manera en la que sus labios se curvan hacia arriba o cómo su pelo, gracias a la lluvia, parece más oscuro y ahora mismo todo Tyler, más peligroso.

Da un paso hacia mí y todo mi cuerpo se hace hiperconsciente del suyo.

—Eres un sueño, Ava, y sólo puedo pensar en follarte como un animal —suelta con la voz perfecta y sus ojos devorándome despacio. No hay dudas—. No te haces una idea de cuánto trabajo me va a costar contenerme.

Abro la boca dispuesta a decir algo, luego la cierro, para volver a abrirla y volver a cerrarla. La verdad es que sus palabras, aliadas con sus ojos, me han hechizado y no tengo la más mínima posibilidad de decir algo coherente.

—Gracias —murmuro casi en un tartamudeo.

La sonrisa de Tyler se ensancha, maliciosa.

—Un placer.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Una mujer algo más joven que el taquillero, con el pelo castaño oscuro, corto y ondulado, sale de una de las puertas que dan al pequeño vestíbulo y de inmediato se coloca tras un viejo mostrador de madera maciza.

—Queríamos una habitación.

Ella sonríe amable.

—Por supuesto, ¿sólo para esta noche?

Tyler asiente. La señora le devuelve el gesto y comprueba el grueso libro de huéspedes. No hay nada remotamente parecido a un ordenador.

—Podría decirme su nombre.

Miro a Tyler y una sonrisa se cuela en mis labios.

—Thomas Stone —lo interrumpo dando un paso hacia el mostrador.

La señora asiente y comienza a anotarlo en el libro.

Tyler me mira y otra vez toda esa complicidad sale a jugar entre los dos. Sabe perfectamente por qué lo he hecho. Él dijo que le gustó ser «nadie» y yo sólo he aprovechado la oportunidad para que en este pequeño rinconcito de Brighton pueda volver a serlo.

—¿Y usted es? —me pregunta alzando la cabeza de nuevo.

Abro la boca dispuesta a responder, pero ahora es él quien se adelanta.

—Adeline Stone —contesta por mí—. Mi mujer.

Tyler me observa un segundo justo antes de dirigir de nuevo su vista hacia la dueña. Tengo que agachar la cabeza para contener mi sonrisa y el hecho, más que probable, de que tenga las mejillas sonrojadas.

Al oírlo, la señora sonríe realmente encantada, como si el hecho de que seamos un matrimonio, instantáneamente, nos otorgase más confianza.

—Soy Margaret Segfried, la propietaria del establecimiento —se presenta — y no se hable más —añade girándose y cogiendo de una pequeña estantería a su espalda una llave con el número catorce grabado en un llavero dorado—. Necesitan quitarse esa ropa mojada, darse una ducha caliente y entrar en calor —concluye saliendo de detrás del mostrador y encaminándose a la puerta opuesta por la que entró—. Síganme.

El hostal es pequeño, pero increíblemente cuidado. Dudo que haya una mota de polvo en ninguna estantería y todos los muebles son de una cálida madera de más de cincuenta años perfectamente conservada. En cada rincón hay pequeños adornitos de porcelana y, sobre cada mesa, jarrones de cristal con flores naturales.

Subimos a la primera planta y nos detenemos en la segunda puerta. Margaret abre y una preciosa habitación, modesta pero muy acogedora, se extiende ante nosotros.

—Dense una ducha —nos propone—, en un rato les subiré algo de ropa de

mi marido y mi hija Claudia para que podamos meter la suya en la secadora.

—Muchas gracias, Margaret —contesto—. Es usted muy amable.

—Es lo mínimo que puedo hacer. No pienso permitir que dos de mis huéspedes pillen una pulmonía.

Los tres sonreímos. Es una mujer verdaderamente agradable.

—Muchas gracias —repite Tyler.

Margaret nos da la llave y, mientras entro y giro sobre mis talones observándolo todo, Tyler cierra la puerta.

—¿Te gusta? —inquiere.

—Es muy acogedora —respondo con una sonrisa que él me devuelve.

Por un momento, otra vez, parece que con nosotros el tiempo se mide por instantes; nos quedamos en silencio, mirándonos. Las sonrisas se vuelven más tenues, pero caminan desde el fondo del estómago, desde las costillas.

—Será mejor que hagamos caso a Margaret, nos quitemos la ropa mojada y nos demos esa ducha.

Asiento y me quito la cazadora. La prenda está mojada y la tarea se complica un poco. Cuando ya la tengo entre las manos, camino hasta el pequeño sillón junto a la ventana de doble hoja y la dejó allí. Sigue lloviendo, pero el sol ha hecho acto de presencia, tímido, consiguiendo infiltrarse hasta llenar la habitación de suaves y cálidos halos de luz.

Agito el bajo de mi vestido con suavidad, ligeramente inclinada, tratando de nuevo de despegarlo de mi piel. No me doy cuenta de que Tyler está a unos pasos de mí, contemplándome, hasta que lo noto caminar haciendo crujir las piezas de parquet del suelo y detenerse junto a mí. Su respiración se acelera, con sus ojos posados en mis labios. Toda su masculinidad, su sensual rebeldía, refulgen. Alza la mano y la coloca en mi mejilla. Mi corazón. Las mariposas. Mi sangre se reaviva húmeda y veloz. La tibia luz del sol dibuja nuestros cuerpos, dejándonos en penumbra, aislándonos del mundo.

—Hay tantas cosas que quiero hacer contigo, Ava, pero te prometí que no cometería los mismos errores de siempre y quiero cumplir mi palabra.

Lo pronuncia con los ojos cerrados, como si el hecho de tenerlos así lo ayudara a contenerse, a mantenerse fiel a su propia promesa de hacer las cosas de otra manera, tomárselas con calma y dejar que nuestra relación crezca en todos los sentidos.

—Pero yo sí puedo hacerlas —replico.

Sueno dulce y segura al mismo tiempo, en una combinación que me hace sentir muy orgullosa porque quiero que Tyler vea esas partes de mí. Él me mira directo a los ojos y en los suyos puedo ver sorpresa, incluso una pizca de confusión, deseo y algo mucho más fuerte que todas esas cosas.

Me arrodillo despacio y alzo de nuevo la cabeza. Su mirada atrapa de inmediato la mía. Levanto las manos lentamente y le desabrocho el cinturón y los pantalones mojados. Los nervios me traicionan y mis manos se vuelven más torpes cuando intento bajárselos, junto a los bóxers, a la altura de las caderas.

—Ava, no tienes que hacer esto —me recuerda con la voz trabajosa.

Podría contestar que es lo que quiero, pero, en lugar de eso, descubro su grandiosa erección y le doy un beso en la punta. Tyler no levanta sus ojos de mí y eso es lo único que necesito para continuar.

La acaricio con la mano y paso varias veces la lengua por toda su longitud hasta que la dejo entrar por completo.

Tyler deja escapar el aire entre los dientes y yo me siento poderosa.

Empiezo a moverme como creo que debo hacerlo. Uno la mano a mis labios y lo recorro una y otra vez, humedeciéndolo, dejando que llegue cada vez más lejos, dándole un beso y disfrutando de su sabor a limpio y salado cada vez.

—Ava —gruñe—, si sigues así, te juro por Dios que no voy a poder controlarme.

Gime y clava la palma de su mano en el cristal, que empieza a llenarse de vaho por nuestra proximidad. Su postura me excita más que ninguna otra cosa, cómo su brazo está tenso aunque no está extendido del todo, cómo tiene la

cabeza inclinada ligeramente hacia delante..., sus ojos cerrados, su respiración agitada.

Le dejo salir y me detengo despacio. Tyler abre los ojos y busco su mirada.

—No quiero que te controles —susurro, y otra vez noto esa dulzura, esa seguridad, porque no hay una sola duda en mi cuerpo. Quiero que se derrita, quiero que se deje llevar y quiero ser yo la única responsable.

—Joder —ruge sin dejar de mirarme.

Le doy un nuevo beso. Tyler se separa del cristal y, despacio, se yergue frente a mí. Hunde sus manos en mi pelo y sus ojos se llenan del más hambriento de los anhelos, de fuego puro, de deseo puro.

Empiezo a moverme de nuevo, pero sus manos toman el control. Me detienen y son sus caderas las que empiezan a embestirme.

Ya no cierra los ojos, ya no los separa de los míos, como si el porcentaje más alto de placer proviniera de esa conexión.

Con un tirón del pelo me obliga a ladear la cabeza, colocándome a su gusto, y, con la mirada más sensual que he visto en todos los días de mi vida, me pide que no use las manos, que sólo quiere mi boca.

Sus envites se hacen más fuertes. Me roza el velo del paladar y trago con él dentro. El gesto lo hace gemir y una sacudida de placer líquido se extiende en la parte baja de mi vientre.

Tyler desliza la mano por mi cuello. Acelera el ritmo. Nuestros gemidos se entremezclan. Me pierdo en él, en su placer que agranda el mío.

Sus dedos avanzan hasta mantenerme sujeta de la barbilla. Mientras, con la otra mano se agarra la polla y se acaricia varias veces. La palabra *posesión* se dibuja en el aire, la palabra *sensualidad* también y, como me pasó con sus ojos grises, hay una tercera palabra aún más grande que siento, pero a la que no puedo ponerle nombre.

Me acaricia los labios y otra vez no necesita decir «abre la boca», «trágatelo», porque yo también lo deseo y obedezco porque es lo que quiero,

porque ahora mismo, para las dos siluetas que el sol está pintando al trasluz, placer y obediencia van de la mano, pero también poder, sensualidad, seguridad, y esas tres últimas pertenecen a la figura arrodillada.

—Ava —gime, balancea las caderas y se corre en mi boca, en mis labios.

Deslizo su esencia por mi garganta y me paso la lengua, despacio y tímida, por los labios, limpiándolos, bajo su atenta mirada.

Sin dudarlo, Tyler me toma de los hombros, me pone en pie y me besa con fuerza, estrechándome entre sus brazos.

—Ava —murmura con auténtica adoración, dejando caer su frente contra la mía.

Sonrío y todo mi cuerpo se llena de una suave y cálida sensación, de algo que directamente me alimenta el alma, y me doy cuenta de que todas esas veces que no he podido ponerle nombre a lo que sentía, a lo que vivía, a lo que respiraba, todas y cada una de ellas eran amor.

Me besa de nuevo y, tras devolverle el beso, me separo despacio. Muevo las manos y lentamente le subo los bóxers y los pantalones, dejándole claro que no espero nada de él, que entiendo por qué quiere hacer las cosas despacio y que no pienso presionarlo. Lo que acaba de pasar lo he hecho porque he querido y no tiene que darme nada a cambio.

—Será mejor que nos demos esa ducha —le propongo con una sonrisa.

Tyler asiente, pero cuando apenas me he alejado un paso, tira de mi mano, me lleva de nuevo hasta él y, con una incrédula sonrisa en sus labios, me besa otra vez. Yo le devuelvo el gesto y disfruto de sus manos, de él, de sentirlo así de cerca.

Esa idea se extiende a la ducha y pierdo la noción de cuánto tiempo nos pasamos bajo el chorro de agua caliente abrazados, sólo besándonos y acariciándonos despacio. Muchas veces he dicho que nunca me he sentido tan cerca con nadie como de él, pero con Tyler todas y cada una de ellas han sido verdad. Es como subir un escalón tras otro, como crecer un poco más por dentro.

Estoy envolviéndome en una toalla de lo más calentita cuando llaman a la puerta. Tyler acelera sus movimientos, se envuelve una más pequeña a la cintura y, echándose el pelo húmedo hacia atrás con la mano, sale a abrir.

Percibo murmurios y, cuando oigo la puerta principal cerrarse de nuevo, salgo.

—Margaret se ha llevado nuestra ropa mojada —me explica Tyler—. Ha dicho que mañana a primera hora estará lista. Mientras, nos ha dejado algo de ropa. Ah, y la cena estará a punto en quince minutos —añade con una sonrisa.

—Genial.

Tyler me pasa la ropa y comienzo a curiosear: unos vaqueros y una sudadera gris. Perfecto. No necesito nada más.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero el móvil de Tyler sonando en algún punto de la habitación me distrae.

Él mira a su alrededor y finalmente lo localiza en el suelo, junto a la mesita. ¿Cómo habrá llegado hasta allí?

Se agacha para recogerlo y, al hacerlo, su mirada busca la mía. Cuando obtiene una sonrisa pícara por respuesta, cabecea divertido, sabiendo perfectamente en qué estoy pensando.

—¿Cómo va eso? —descuelga. Escucha atentamente lo que quiera que le estén contando al otro lado y frunce el ceño—. Connor dice que te está llamando, pero que tienes el móvil apagado —me explica apartándose un segundo el *smartphone* de los labios.

Yo lo observo tratando de recordar dónde puede estar mi teléfono. Me levanto de un salto y rodeo la cama siguiendo la dirección de mis zapatos tirados en el suelo. Cuando veo mi bolso, sonrío, lo rescato y saco mi móvil. Como sospechaba, está sin batería.

—Ha muerto —certifico mostrándoselo.

Tyler sonríe como respuesta y vuelve a centrarse en su amigo.

Aprovecho para comprobar si he traído algo de maquillaje en el bolso. Tuerzo los labios. Está mañana tenía prisa y lo he olvidado (¿por qué sería?).

Voy a tener que pellizcarme las mejillas como las criadas de «Downtown Abbey».

—¿Sabes por casualidad dónde está Frankie? —me pregunta Tyler apartándose otra vez unos centímetros el móvil de los labios—. Para eso te llamaba Connor.

Arrugo la frente. Hago memoria.

—¿Frankie? —demando a mi vez—. Hoy no he hablado con ella. Quizá aún esté en la galería.

Tyler asiente y le transmite mis palabras a Connor. Apenas un segundo después, se despide y tira su teléfono sobre la cama, despreocupándose de él.

—Le queda un cuatro por ciento —anuncia—, le hará compañía al tuyo en cuestión de minutos.

—¿Todo bien? —inquiero.

—Sí, Connor quería hablar con Frankie, pero no estaba en el Estudio —me explica volviendo a su tarea de curiosear su ropa.

Yo, por mi parte, asiento tratando de convencerme de que no tiene importancia, pero lo cierto es que estoy preocupada.

—¿A esta hora? —replico—. Es un poco tarde.

Tyler alza la cabeza, me observa un par de segundos y finalmente sonríe con ternura. Tiene clarísimo cuál es el verdadero trasfondo de mis palabras.

—Sí, es un poco tarde —responde sin que el gesto lo abandone.

Aparto la mirada algo avergonzada. Supongo que estoy haciendo una montaña de un grano de arena y no es para tanto, pero, después de todo lo que ha pasado estos días, es difícil no pensar que haya ocurrido algo más.

Tyler parece darse cuenta, porque rodea la cama imitando el camino que yo misma emprendí hace unos minutos y se sienta junto a mí.

—Frankie está bien —pronuncia sin asomo de dudas.

Suelto un pequeño suspiro, jugueteando inquieta con mis propios dedos.

—Eso suena genial, pero después de todo lo que ha pasado. No sé... —dejo en el aire.

Tyler me coge de la barbilla y me obliga a levantar la cabeza para conectar nuestras miradas.

—Me encanta cómo eres —sentencia, y no puedo evitar sonreír como una tonta enamorada—. Eres preciosa y esa cabecita no para de preocuparse por los demás.

Me muerdo el labio inferior porque no sé qué otra cosa hacer. ¿Acaba de decir que le encanta como soy? Creo que algo dentro de mí está suspirando al borde del desmayo. Tyler me sonríe, una sonrisa tenue y auténtica y maravillosa, pequeña y grande a la vez, una sonrisa que conecta directamente con las mariposas de mi estómago y que también tengo la sensación de que es la prueba de que algo dentro de él también se mueve cuando estamos juntos.

—Sólo quiero que la gente que me importa esté bien —le explico tratando de regresar al tema que nos ocupa y, a ser posible, dejar de ver corazoncitos a su alrededor.

—Connor y Oliver quieren a Frankie más que a su vida. Ninguno de los dos permitiría que le pasara nada malo.

Asiento. Eso no lo dudaría jamás. Nadie que los conozca podría hacerlo.

—Y ahora vistámonos —me propone divertido—. La señora Segfried tiene pinta de ser muy estricta con la puntualidad a la mesa.

Sonrío. Eso también lo tengo claro.

Cojo la ropa y me voy hasta el baño. A falta de colorete, como aventuré, me pellizco las mejillas, pero estoy segura de que lo que realmente me da color es mi radiante sonrisa. Estoy feliz.

Bajamos al comedor y, a pesar de tener varias mesas dispuestas por toda la estancia, nos topamos con una grande y coqueta, preparada para seis comensales.

—Qué bien que ya estén aquí —dice la señora Segfried apareciendo a nuestra espalda con una enorme fuente entre las manos—. Paul, mi marido, debe de estar a punto de bajar. Nos gusta cenar con nuestros huéspedes más

antiguos. Somos como una familia —añade dejando la comida en la mesa—. Hemos contado con ustedes. Espero que no les parezca inapropiado.

—Claro que no —respondo sonriendo también—. Será un placer.

—No lo dude —replica mientras su sonrisa se ensancha.

—Buenas tardes —nos saludan.

Ambos nos giramos y vemos a un adorable ancianito entrar en el comedor. Tiene el pelo blanco y los ojos de un marrón muy claro. Se ajusta su chaleco de punto color vino tino y da un paso decidido hacia mí.

—Buenas tardes —repite—. Soy Darwin Smith, encantado de conocerla.

Me tiende la mano con una sonrisa que no puedo evitar devolverle.

—Lo mismo digo —respondo estrechándosela—. Yo soy Av... Adeline Stone —me reconduzco a tiempo, provocando que Tyler tenga que fruncir los labios para contener una sonrisa—. Él es mi marido, Thomas Stone.

Tyler le tiende la mano, el hombre duda y ahora soy yo la que tiene que contenerse para no romper a reír; finalmente le devuelve el saludo mirándolo con cara de pocos amigos y, sin soltarlo, se inclina sobre mí y dice.

—Las chicas como tú no deberían tener marido. Piénsalo la próxima vez.

Asiento luchando otra vez por no reír.

—Lo tendré en cuenta —respondo.

—Harás bien.

Otra vez mira mal a Tyler, le suelta la mano y va hasta la mesa. «Mi marido» enarca las cejas, divertido, y yo ya no puedo más y sonrío.

Un par de minutos después nos sentamos a disfrutar, como bien dijo el taquillero, del mejor pastel de carne de todo Brighton, acompañado de judías asadas. Los huéspedes más antiguos resultan ser Darwin y otro hombre más o menos de su edad, Fred Johnston, igual de adorable que él.

—¿Así que habéis venido desde Londres? —pregunta Paul, el marido de Margaret—. ¿Y puedo preguntar a qué os dedicáis allí? —continúa amable.

No hemos parado de charlar durante toda la cena. Darwin, por ejemplo, lleva viviendo en este hostal casi diez años. La primera vez que vino a

Brighton y a este lugar fue hace cuarenta y dos años, a la boda de su hermano Angus. Aquella noche su prometida lo dejó y él se marchó a Edimburgo, buscando dejarlo todo atrás. Sin embargo, volvieron a encontrarse en la segunda boda de su hermano, diecinueve años después, y retomaron su relación. Supongo que lo que no imaginaba es que, en una tercera boda, ella volviera a abandonarlo. Sospecho que por eso no le gustan demasiado los matrimonios. Por aquel entonces, Darwin ya tenía sesenta y cuatro años, estaba jubilado y decidió volver al único lugar donde se recordaba feliz, antes de que todo se torciese, y se quedó a vivir en él.

—Yo soy enfermera —respondo por los dos—, en una pequeña clínica en Notting Hill, y Tyler es profesor.

—¿Enfermera? —repite Margaret, admirada—. Ésa es una labor encomiable. Eres una buena persona —sentencia cogiendo mi mano y dándome un entrañable apretón.

—Es extraordinaria —añade Tyler.

Esas dos palabras me hacen buscar de inmediato su mirada. Los dos sabemos que no es algo que haya dicho por decir y también cuánto significa para mí. Una sonrisa directa desde el corazón toma mis labios y otra curva los suyos.

—Yo no podría ser profesor —replica Paul, sacándonos de nuestra burbuja—. Desde joven siempre he tenido problemas para acatar la autoridad.

Margaret lo reprende con la mirada, consiguiendo que todos sonriamos, pero él parece no darse por enterado.

—Aún recuerdo cuando tuve que presentar mi tesis doctoral en Oxford, en 1977 —nos explica inclinándose sobre la mesa para ganar en dramatismo—. Todos esperaban un estudio grandilocuente sobre Beethoven, Mozart o cualquier otro compositor clásico del siglo XVIII, pero mi trabajo versó sobre Luther Vandross, Aretha Franklin y los grandes artistas del soul y cómo su música contribuyó a forjar el ideal cultural negro en el imaginario

norteamericano —sentencia satisfecho, golpeando la mesa con el índice al tiempo que pronuncia cada una de las últimas palabras.

—Estos chicos ni siquiera habían nacido cuando tú presentaste esa tesis, deja de vanagloriarte —replica Margaret levantándose, pero es obvio que sólo bromea y realmente está muy orgullosa de él. En aquellos años debió de ser prácticamente un hito que alguien hablase de esos temas en una universidad tan clásica como Oxford.

—Es importante sublevarse contra el orden social establecido —sentencia él.

Mi hermana Scarlett estaría totalmente de acuerdo.

Margaret trae el postre, *pudding* de pan y mantequilla, y, como toda la comida, está delicioso.

Estamos recogiendo la mesa cuando veo a Paul escabullirse hasta uno de los muebles del comedor, abrirlo y trastear en él. A los segundos, *(Sittin' on) The dock of the bay,* del rey del soul, Otis Redding, empieza a sonar desde un viejo tocadiscos.

—Deja eso —me riñe Paul acercándose a mí e instándome con la mirada a que vuelva a dejar los platos en la mesa—, esta música hay que bailarla. ¿Me permite? —me pregunta cortés, haciendo el amago de una reverencia.

Sonrío y asiento. Tomo la mano que me tiende y me lleva hasta el centro del comedor. Empezamos a bailar y Paul me guía con maestría entre las mesas. Es más que obvio que ha bailado en esta habitación con Margaret muchas veces.

Tyler entra en la estancia en ese momento. Nuestras miradas se encuentran y los dos sonreímos. Camina despacio hasta apoyarse, casi sentarse, en la mesa y, sin que el gesto lo abandone, nos observa bailar. Ahora mismo me siento como si estuviera en una de esas pelis ambientadas en la Inglaterra de los años cuarenta, con los chicos con camisas de color tierra y tirantes y las chicas llevando bonitos vestidos de algodón hasta la rodilla y los labios de un rojo intenso.

—¡Paul! —lo llama Margaret desde la cocina.

El hombre se detiene y, mirando a su alrededor, nos acerca de un paso hasta Tyler.

—Su turno —dice tendiéndole mi mano con una sonrisa.

Paul desaparece y Tyler y yo nos quedamos solos, con las manos entrelazadas y, por un segundo, quietos, dejando que la perfecta melodía recorra todo el espacio entre los dos, a nosotros mismos.

Tyler me estrecha contra su cuerpo y empieza a movernos despacio, saboreándonos lentamente. Su mano se desliza hasta el final de mi espalda al tiempo que apoyo mi mejilla en su hombro. Siento su corazón latir pausado, cómodo, feliz, como estoy segura de que él puede oír el mío.

Apenas nos movemos del mismo metro cuadrado, pero no importa. Estamos en el aeropuerto, esperando que el avión privado que nos lleve de regreso a Londres, en el pub de Neal's Yard, en su habitación, en la mía. Estamos en todos y cada uno de los lugares donde hemos estado demasiado cerca. Estamos en todos los sitios donde he sentido que Tyler era diferente a todos lo demás.

Otis Redding está cantando que nada va a cambiar y yo sólo soy capaz de desear que, por favor, sea así, porque no cambiaría este momento por nada del mundo.

—Me haces feliz —murmuro bajito, con los ojos cerrados.

Ni siquiera estoy segura de haberlo dicho en voz alta, pero entonces él me aprieta con más fuerza y me doy cuenta de que sí, lo he hecho, y él se siente exactamente como me siento yo.

—¿Una partida de bridge? —nos propone Darwin, agitando una raída baraja frente a nosotros, sacándonos de nuestra burbuja.

Tyler y yo nos miramos algo aturdidos, pero no tardamos más que unos segundos en sonreír.

—Claro —responde mi chico—, ¿por qué no?

Nos sentamos a una de las mesas pequeñas, Darwin y yo contra Fred y

Tyler. Margaret se sienta en uno de los sillones a leer *El gran Gatsby* y, cuando termina de fregar los platos, Paul lo hace junto a ella con un ejemplar de *The hawk and the sea*.

—¡Darwin Smith, eres un cochino tramposo! —grita Fred tirando las cartas al centro de la mesa. Tyler y yo rompemos a reír, incluso Margaret y Paul, en teoría ajenos al juego, sonríen—. ¡Te he visto robar un tres del mazo!

—Ese tres era mío —replica el anciano sin ningún atisbo de arrepentimiento—. Me pertenecía desde hace tres partidas.

—Tienes que respetar las reglas —lo amenaza.

—Y tú tienes que aprender a jugar mejor... o a callarte —añade resoplando—. Lo que ocurra antes.

—Se acabó —sentencia Fred, levantándose—. No pienso volver a jugar con este hombre. ¡Maldigo a todos los hombres de Exeter!

—Pues entonces estás maldiciendo a mi hermano Angus. Bien hecho —certifica asintiendo.

Se hace un segundo de silencio y todos menos Fred y el propio Darwin estallamos en carcajadas de nuevo.

—Fred, no le hagas caso —le pide Tyler cuando deja de reír, haciéndole gestos con la mano para que vuelva a sentarse—. Vamos a jugar la revancha. Te necesito para darles una paliza.

—Thomas Fitzpatrick Stone —repongo, inventándome un segundo nombre de lo más rimbombante para hacer más dramática mi intervención—, no te lo crees ni tú. Darwin, estoy contigo. Ese tres era tuyo —concluyo guiñándole un ojo.

El anciano me sonríe e insta a su amigo, no de la manera más amable del mundo, a que se siente de nuevo.

***

—No me lo puedo creer —comenta Tyler entre risas, cerrando la puerta de

nuestra habitación—. Darwin es el tramposo más descarado que he visto jamás.

Asiento girándome para tenerlo de frente.

—Fred no paraba de decir que por eso lo dejó su mujer por tercera vez —añado divertida, sentándome en la cama y dejándome caer hasta que mi mirada se encuentra con el techo—, porque las cartas son un juego de honor y él demuestra no tener ninguno.

—Bueno —replica Tyler sentándose en el lado opuesto de la cama y dejándose caer también hasta que su cabeza queda junto a la mía—, la verdad es que, si se le da tan mal mentir como hacer trampas a las cartas, seguro que no pudo colársela a su mujer jamás.

Los dos rompemos a reír. Ha sido una noche divertidísima.

Sin levantarla del colchón, Tyler ladea la cabeza para mirarme y yo lo imito. Nos quedamos frente a frente.

—El viaje no ha salido como tenía planeado —dice sincero.

—Lo sé —murmuro—. Es aún mejor —añado con una sonrisa, y mi gesto rápidamente se contagia en sus labios.

—Es aún mejor —repite en un ronco susurro.

Lo quiero, es así de simple.

Tyler alza una mano despacio; sus dedos se pierden en mi pelo y me besa lentamente, igual que bailamos, saboreando el momento. Yo también muevo la mano y mis dedos se esconden en su cabello oscuro.

Los besos despiertan nuestros cuerpos y se convierten en preludio. Tyler se mueve ágil por la cama hasta tenerme debajo de él.

—Sé que debería parar, pero no soy capaz —pronuncia contra mis labios.

—Ahora no tienes de qué preocuparte —le digo con la respiración entrecortada—, porque quienes están en esta cama son el señor y la señora Stone.

Tyler se separa despacio, buscando mi mirada. Yo alzo las manos y acarició sus mejillas hasta llegar a su cuello, hasta pasear mis dedos por sus

hombros. En sus ojos vuelvo a ver ese sentimiento al que no sé ponerle nombre, como si estuviese perdido y acabase de encontrar el camino de vuelta a casa, y esa sensación me calienta por dentro de más maneras de las que ni siquiera puedo imaginar.

Con su mirada fija en la mía, abre la boca dispuesto a decir algo, pero finalmente la cierra. Vuelve a abrirla y vuelve a cerrarla. No encuentra las palabras, y a falta de una guitarra, se expresa como hemos aprendido a expresarnos, en un lugar sin condiciones, estrellando sus labios con fuerza contra los míos, poniendo en gestos todos los sentimientos, dejándome vacía para volver a llenarme, permitiendo que me lleve todo lo que quiera de él, entregándonos a los dos por completo.

Tyler pierde sus manos bajo mi camiseta y su contacto con mi piel despierta electricidad, las mariposas, lo despierta todo. Los besos se hacen más intensos; la respiración, más trabajosa. Sólo deseo desear, sólo quiero tenerlo más y más cerca.

Se deshace de mis pantalones y mis bragas. Toma el bajo de mi sudadera y me la quita sacándomela por la cabeza. Desnuda, debajo de él me siento excitada, vulnerable, amada, deseada..., cosas bonitas que me llenan por dentro, que hinchan mi corazón.

Entre los dos desabrochamos su cinturón, bajamos sus vaqueros y sus bóxers.

Tyler no levanta sus ojos de mí y el placer anticipado estalla hasta cegarlo todo. El corazón me late con tanta fuerza que temo que pueda partirme las costillas, como si no pudiera contener todo lo que ahora mismo hay dentro de él. Trago saliva, sobrepasada. Trato de calmarme, pero es una empresa absolutamente inútil.

—¿Cómo crees que el señor Stone le hace el amor a la señora Stone? —pregunto casi en un murmuro, casi en un tartamudeo.

El gris de sus ojos se oscurece y cada músculo de su cuerpo se tensa de la más sensual de las maneras.

—Le hace el amor con todo lo que siente por ella hablando por él —contesta sin dudar.

Me derrito y ardo al mismo tiempo.

Tyler se agarra al cabecero de la cama con las dos manos al tiempo que se recoloca entre mis muslos y, de una sola embestida, entra en mí.

Gimo y todo mi cuerpo se arquea persiguiendo el suyo. Acaricio su pecho con mi frente con la respiración agitada y vuelvo a caer. He saltado del precipicio más alto. Soy placer y nada más.

Tyler espera a que vuelva a caer sobre el colchón y se mueve de nuevo. Otra vez sólo un envite brutal, que me empuja al paraíso justo antes de que comience a embestirme a un ritmo constante, profundo, espectacular, que cada entrada me acerque más a él, que lo eche de menos con cada salida. No hay preservativo. No hay nada entre nosotros, y lo siento más vivo, más fuerte, mejor.

Gimo. Grito. ¿Qué más da? Me siento en comunión con él. Siento que ha creado el Edén para mí. Siento que no hay nada más, que nunca habrá nada más que no sea él, porque no se trata de follar, ni de hacer el amor, se trata de sentir, al final siempre ha sido eso. Se trata de saltar al vacío con miedos y dudas y confiar. Se trata de que, con cada embestida, derrumba mi mundo y lo construye más alto. Se trata de que, cuando sus ojos me miran, sé que nunca habrá nadie más.

Rodeo sus caderas con mis piernas y la fricción se multiplica. Tyler gruñe, cierra los ojos, gime. Me revuelvo bajo él. Tiemblo. Todo mi cuerpo se tensa y ¡grito! ¡Grito porque no existe nada mejor!

El orgasmo es eléctrico y traspasa con euforia pura cada uno de mis músculos, de mis huesos, cada poro de mi piel. Tyler continúa moviéndose, haciendo más grande el placer, las ganas de decirle «te quiero», las ganas de volar a cualquier lugar donde él quiera llevarme.

—Tyler —gimo embargada de excitación, de deseo, de él—. Tyler, Tyler, Tyler.

Mueve la mano y la pierde en mi mejilla, en mi pelo, mientras el otro brazo, tenso y sexy, sostiene su peso contra el cabecero. Baja la cabeza y une nuestras frentes. Cierra los ojos de nuevo, procesando todo esto, a nosotros, todas y cada una de las emociones a las que ni siquiera podemos poner nombre, pero que nos están cambiando por dentro.

—Tú —susurra contra mis labios—, tú... sólo tú.

Y esas dos palabras son la mecha que hace que mi cuerpo vuelva a explotar. Me corro entre gemidos con la piel sudorosa y la espalda arqueada, odiando cada centímetro de entrometido aire que está entre los dos.

Las llamas no se apagan, se extienden con cada uno de sus movimientos y el placer aumenta y restalla y crece.

—¡Tyler! —chillo eufórica.

—¡Dios, Ava!

Y alcanzamos el clímax al unísono. Yo, por tercera vez; él, por primera.

Sólo se oyen nuestras respiraciones tratando de calmarse.

Tyler busca de nuevo mi mirada y, despacio, me acaricia el labio inferior con el pulgar. Todas esas emociones sin nombre vuelven a sus ojos, anegándolos por completo.

Vuelvo a perderme en ellos y, sin quererlo, una punzada de miedo se abre paso en mi pecho porque acabo de comprender que sería incapaz de renunciar a él.

—Apuesto a que no tenías planeado que fuera así, ¿verdad? —murmuro recordando sus palabras acerca de nuestro día en Brighton.

De alguna manera necesito bromear sobre lo que está pasando, sobre cómo me siento ahora mismo.

Tyler niega con la cabeza sin desunir nuestras miradas.

—Ha sido aún mejor —responde.

Y esa seguridad puede conmigo. Simplemente nos pertenecemos.

***

—Despierta, dormilona —oigo vagamente.

Noto el peso de su cuerpo al sentarse en la cama, junto a mí, y un ruido seco, como metal contra madera.

—Es injusto que me llames dormilona cuando nunca me dejas dormir hasta tarde —me quejo.

Percibo su risa y es todo lo que necesito para abrir los ojos. No pienso perderme ese espectáculo.

Tyler está sentado en la cama, como intuí; ya está vestido con su ropa y tiene el pelo húmedo peinado hacia atrás, como siempre con un golpe de sus propias manos, indicativo de que acaba de ducharse. Está guapísimo, lo cual no es ninguna novedad, pero me gusta recordármelo mentalmente de vez en cuando en plan discurso de los Oscar. «Gracias a la Academia por haberme concedido este maravilloso ejemplar del sexo masculino como novio. Prometo ser generosa y, de vez en cuando, subir una foto suya a mi Instagram en toalla o bañador, y juro solemnemente hacerlo sin demora en todas mis redes sociales si algún día decide partir leña sin camiseta al estilo Capitán América.»

Él me dedica su media sonrisa y me señala con un gesto de cabeza algo que hay en la mesita. Lanzo un murmuro como respuesta mientras me embebo de él un poco más y me imagino un par de veces más la susodicha escena de la leña.

Su gesto se ensancha y decido dejar de relamerme y mirar hacia el mueble.

Oh, un té recién hecho. Definitivamente, estoy en el paraíso.

Me incorporo y Tyler me pasa la taza.

—Podemos volver a Londres —me informa—. Margaret ha llamado a la estación y los trenes ya funcionan con normalidad. Esta noche consiguieron arreglar el problema eléctrico... y atrapar la vaca —sentencia impertinente con una sonrisa.

Asiento al tiempo que me bebo mi exquisito té.

—La señora Stone está preparada para abandonar Brighton. —Tyler sonríe

—. ¿Tendría la amabilidad de decirme dónde está mi ropa, señor Stone?

—Seca, planchada y doblada sobre la silla.

Vuelvo a asentir grandilocuente y, saliendo de debajo de la colcha, sólo con las bragas y la camiseta que Margaret le prestó ayer a Tyler, me muevo por la cama hasta bajarme por los pies.

—Voy a darme una ducha —anuncio recogiendo mi ropa.

Tyler se levanta y da un paso hacia mí.

—Darme —repite fingiéndose dolido—, qué desconsiderado por tu parte. Tendrías que haber dicho darnos.

—¿Voy a... *darnos*? Para ser un profesor de pega, conjugas muy mal los verbos —replico tan divertida como insolente.

Tyler me mantiene la mirada intimidante, tratando de disimular que los labios se le están curvando en una sonrisa.

—Además, tú ya te has duchado...

—¿Y supongo que te has dado cuenta mientras me estabas desnudando con la mirada hace unos minutos? —me interrumpe.

—Te imaginaba en poses de lo más sexis —rebato—. No llevabas camiseta, pero sí pantalones o una toalla en su defecto.

—Bueno es saberlo. —Y ahora el que suena travieso e insolente es él.

—Como te estaba diciendo antes de que me interrumpieras, dado que ya te has duchado, el que estaría siendo desconsiderado al pretender ducharte otra vez serías tú, con el medioambiente —aclaro.

—Estoy convencido de que el medioambiente entenderá mis motivos —me comunica echando a andar hacia mí con pasos cadenciosos y sensuales.

—No estoy tan segura —contraataco achinando la mirada, disimulando la sonrisa de boba enamorada.

Pero no tengo nada que hacer cuando, cogiéndome por sorpresa, se come los últimos metros que nos separan, me carga sobre su hombro y se dirige sin preámbulos al baño. Yo rompo a reír y Tyler me da una palmada en el culo.

—Buenos días, Ava —sentencia socarrón.

—Buenos días, Tyler —repito entre risas.

***

Nos despedimos de Margaret, Paul y los huéspedes y tomamos un tren a Londres. Estoy agotada de la noche anterior y creo que no nos hemos adentrado en la campiña más que unas millas cuando me quedo dormida.

Me despierta la megafonía de los andenes de la estación Victoria.

Alzo la cabeza y miro a mi alrededor, desorientada.

—¿Ya hemos llegado? —inquiero, y a mitad de la frase tengo que alzar los brazos para estirarme. De pronto caigo en la cuenta de algo—. ¿He vuelto a quedarme dormida en tu hombro? —demando mortificada mientras el resto de viajeros se levantan y comienzan a abandonar el tren—. ¿Cómo es posible que cada vez que cierro los ojos amanezca acurrucada contra ti? Tengo que hacérmelo mirar.

Tyler sonríe encantado, pero no dice nada. Se levanta, me toma de la mano y me saca del tren.

Unos quince minutos después estamos atravesando la cancela de hierro forjado negro del Estudio.

—Buenos días —saludo al miembro de seguridad del ascensor.

Él y Tyler intercambian un gesto de cabeza.

Los gritos se oyen antes de que se abran las puertas.

18

Ed Sheeran. *Happier*

—¿Qué está pasando? —inquiere Tyler entrando en el salón. Aún vamos de la mano.

Nada más reparar en nuestra presencia, Connor, William, Oliver y Hugh clavan sus miradas en nosotros y me asusta pensar que especialmente en mí.

—¿Por qué no has respondido a las llamadas? —le pregunta Hugh acercándose.

Es obvio que está enfadado, y mucho.

—Ayer, después de hablar con Connor, me quedé sin batería.

—¿De dónde venís?

—De Brighton —contesta Tyler.

—¿Fue idea tuya marcharos ayer allí? —demanda Hugh.

—Sí.

—¿Y regresar hoy? —continúa sin darle tregua.

—Sí —responde Tyler, molesto—. ¿Alguien va a contarme de una vez qué es lo que está pasando?

Nadie contesta y eso me pone aún más nerviosa.

William pilla un periódico de encima de la mesita, un ejemplar de *The Sun*, para ser exactos, y se lo tiende. Tyler me suelta y camina hasta él para cogerlo.

Durante los siguientes segundos nadie dice nada y el silencio es ensordecedor, casi angustioso. Al ver la portada, la expresión de Tyler cambia. Su mandíbula se tensa, sus ojos se endurecen. ¿Qué demonios han publicado? ¿Algo sobre su madre?, ¿su hermana?, ¿el grupo?, ¿nosotros? No aguanto más y voy hasta él.

—¿Qué? —murmuro atónita en cuanto el asqueroso tabloide entra en mi campo de visión.

No puede ser verdad.

Hay una foto de William y yo, besándonos en el *backstage* del concierto. Junto a ella, la foto que nos robaron a Tyler y a mí en el pub. Y, repartidos por toda la portada, insertos de trozos de papel imitando la letra manuscrita, con frases del tipo «la mejor manera de decidirme era acostarme con los dos» o «es muy difícil elegir a un solo rey del pop». En el centro puede leerse en letras gigantescas «Diario de una *groupie*: averigua lo que se siente acostándote con dos estrellas de la música», y bajo el horrible titular, lo peor de todo, una foto de mi diario. Sé que es el mío. Lo reconocería en cualquier parte.

Los ojos se me llenan de lágrimas y el estómago se me cierra de golpe. Ni siquiera sé qué pensar. ¿Cómo demonios tienen mi diario?

—¿Qué tienes que decirnos, Ava? —me presiona Hugh, y por primera vez desde que lo conozco no hay rastro de su amabilidad.

Connor, Oliver y William me miran enfadados, sintiéndose traicionados. Tyler sigue con los ojos clavados en algún punto del suelo.

—No tengo nada que ver con esto —me defiendo.

—¿No hablaste con el periódico? —demanda el mánager.

—No —respondo sin dudar.

—¿Y no te diste cuenta de que te estaban haciendo una foto?

—No —contesto. Mi voz comienza a sonar desesperada.

—¿Ni en el pub? ¿Ni el *backstage*? ¿En ninguna de esas dos ocasiones percibiste que alguien os fotografiaba? —añade sin dejarme responder a ninguna de las cuestiones anteriores.

—No, claro que no —sentencio—. Tanto en el bar como en el *backstage* había muchísimas personas y no presté atención. No sabía que nos harían una foto.

—Pero el diario es tuyo. —La voz de Tyler es casi inaudible y no porque

esté abatido, es de pura rabia y decepción.

Alza la cabeza y sus ojos atrapan de inmediato los míos. Creo que nunca lo había visto así de enfadado y de triste, ni siquiera cuando destrozó a golpes su habitación.

—El diario... —empiezo a decir.

—Reconocería ese libro en cualquier parte —me interrumpe—. Lo he visto un millón de veces en tu cuarto —añade señalando la escalera, como si de alguna manera así señalara mi dormitorio.

—Sí, es mi diario, pero no sé qué hace ahí. Yo no se lo he dado a la prensa.

Tyler gira sobre sí mismo, pasándose las manos por el pelo, como si, en realidad, a pesar de todo, eso no fuera lo que realmente le hace daño.

—Nos estás diciendo que es tu diario, que lo has tenido todo este tiempo aquí en el Estudio, donde la seguridad es máxima, y que no entiendes cómo ha llegado al periódico más sensacionalista de todo el Reino Unido —recapitula William—. ¿Te das cuenta de lo difícil que nos lo pones, Ava?

Voy a asentir, pero de pronto caigo en la cuenta de algo y salgo disparada. Como, en realidad, no sé dónde se encuentra lo que necesito, miro a mi alrededor tratando de localizarlo. ¿Dónde demonios está?

—La caja —murmuro—. La caja —repito nerviosa.

De pronto la veo, junto a la escalera, y corro hasta ella.

—Martin trajo la caja anteayer, ¿verdad? —inquiero frenética, destapándola.

Nadie me contesta, pero sé que me han oído. Puedo notar sus miradas furibundas abrasándome la nuca. Saco un jersey, una vieja camiseta que usaba como pijama, un par de revistas y entonces lo veo, sobre mi cedé de los Blur: mi diario.

Doy una bocanada de aire, aún nerviosa, pero contenta por poder aclararlo todo y saco el libro.

—Fue Martin —digo caminando hasta ellos—. Esa rata miserable debió

aprovechar para robármelo cuando vino a verme, cuando me distraje hablando con mi padre por teléfono. Quería que volviéramos —me explico acelerada— y le dije que no. Ésta debe de ser su manera de vengarse.

Durante los siguientes interminables segundos vuelve a hacerse el silencio, pero puedo ver cómo algo en la mirada de los chicos cambia. Siguen enfadados, y mucho, pero ahora saben que yo no los he traicionado... La mirada de todos cambia, menos la de Tyler.

—Tienes que creerme —le suplico, caminando hasta él, tendiéndole el diario.

Tyler no lo coge. Yo vuelvo a ofrecérselo casi desesperada.

—Por favor... —le pido, pero él sigue inmóvil. Las lágrimas me queman detrás de los ojos—. Por favor, que alguien lea el maldito diario —prácticamente grito; siento que me estoy rompiendo por dentro. Necesito que alguien lo lea y me ayude a convencerlo de que no he tenido nada que ver, que no es verdad lo que pone en esa mezquina portada.

Oliver agarra el diario y, despacio, tira de él. Lo miro y asiento, agradeciéndoselo, sólo una milésima de segundo antes de llevar de nuevo mi vista hasta Tyler. Estamos separados sólo por la mesita de centro, pero lo siento a miles de millas de aquí.

—No me importa quién le diera el diario a esa gentuza —ruge, y su voz suena llena de las mismas cosas que su mirada, de toda esa rabia, de todo ese dolor—. ¡Sólo dime si es verdad!

—¿El qué? —pregunto confusa. Estoy a punto de echarme a llorar.

—¿No podías decidirte entre William y yo y por eso probaste con los dos? —Niego con la cabeza—. ¿Somos una especie de fantasía? —añade sin dejarme contestar, señalando a su amigo y luego a sí mismo.

William traga saliva con la mirada sobre mí. Él también está dolido, porque también cree que hay algo de verdad en eso de la chica enamorada de las estrellas de la música. Todavía recuerdo sus palabras: «Por eso enredarse con una fan nunca trae nada bueno para nadie».

—Te gustábamos los dos cuando eras una cría que escuchaba nuestras canciones en tu habitación y querías cumplir ese sueño —sentencia Tyler, dolido.

—No —murmuro.

Quiero que mi voz suene firme y segura, pero las palabras se niegan a cruzar el nudo de mi garganta. Hace menos de tres horas estábamos en Brighton.

—Pero ¿tenías claro que te haría daño?

Esa pregunta me deja fuera de juego y entonces me doy cuenta de que mi mente pasó de largo una frase en la portada del periódico: «Tyler me hará daño». Recuerdo cuándo la escribí y por qué lo hice, pero también cómo de equivocada estaba. Fue un error.

Lo miro sin saber qué contestar.

El ascensor suena, pero nadie le presta la más mínima atención.

—¡Contéstame! —grita furioso, desesperado.

—¡Sí! —respondo de igual forma, y las lágrimas empiezan a bañar mis mejillas—. Yo lo escribí, pero está sacado de contexto.

Tyler cabecea, apartando su mirada de mí, ni siquiera me escucha.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, confusa, Frankie.

En el momento en el que oyen su voz, Connor y Oliver se levantan como un resorte.

—¿Se puede saber dónde demonios te has metido? —demanda Connor, llevándose las manos a las caderas.

—No es asunto tuyo —replica Frankie a la defensiva, cruzándose de brazos.

—¿Y mío? —replica Oliver—. Porque llevas dos días sin dormir aquí. Metiste tus cosas en una maleta y ni siquiera te has dignado responderme el teléfono —añade y, por primera vez desde que lo conozco, lo veo enfadado.

Frankie guarda silencio, pero las palabras de Oliver atraviesan la bruma que siento que me rodea.

—Me mentiste cuando me dijiste que estabas en la habitación de invitados, ¿verdad? —hago memoria.

Mi amiga clava su mirada en el suelo, avergonzada e inquieta.

—¿Qué está pasando? —planteo preocupada.

—¿Y tú me lo preguntas? —demanda a su vez—. Estás llorando como una Magdalena. ¿Qué ha ocurrido?

—Que no tendríamos que haberte hecho caso —le responde William, levantándose también.

Frankie lo fulmina con la mirada, ordenándole sin palabras que se calle, pero si William es arrogante (y tiene un claro problema para recibir órdenes) en circunstancias normales, ahora parece serlo más que nunca.

—Ni siquiera entiendo en qué condenado momento pudo parecerme buena idea que metieras a Ava en casa sólo para que Tyler se fijara en ella —gruñe con rabia.

—¡¿Qué?! —murmuro atónita.

Me niego a creerlo, pero hay dos verdades inquebrantables puestas sobre la mesa ahora mismo. Por un lado, sé que William no mentiría. No es de esa clase de tíos y cualquiera que lo conozca durante sólo unos segundos lo sabe, y, por otro, sólo tengo que repasar nuestra historia, cómo insistió para que durmiera con ella, para que viajara con ellos y, aunque eso hubiese sido algo espontáneo, pedirme que pasara las vacaciones en el Estudio seguro que no lo fue.

—Me utilizaste —añado aturdida.

Mi mirada se encuentra con la de Tyler y creo que los dos nos preguntamos a la vez cuánto hay de verdad en nuestra historia o, por lo menos, en la manera en la que nos conocimos. Sin embargo, no soy capaz de ver eso en sus ojos grises, no puedo, y aparto los míos.

—Las cosas suenan peor de lo que son —trata de defenderse Frankie—. Tyler lo estaba pasando mal y estaba segura de que la chica adecuada lo ayudaría a superarlo. Todos estábamos preocupados por él.

—No hables de mí como si no estuviera aquí —le advierte Tyler en un amenazador susurro—. No tenías ningún derecho a jugar con nosotros.

—Sabía que os gustaríais —replica ella, convencidísima de que hizo lo mejor para ambos— y que os enamoraríais.

Esa palabra se queda flotando en el aire, pesada y llamativa, incluso luminosa. Kamikaze, cometo el peligroso error de volver a buscar la mirada de Tyler. Sé lo que siento por él y sé que es amor, pero resulta demasiado extraño que sea una tercera persona la que lo ponga encima de la mesa por primera vez.

La expresión de Tyler se tensa un poco más y en este preciso instante también parece sufrir un poco más. ¿Él también se ha enamorado de mí? ¿También siente lo mismo?

—No lo hice con mala intención —añade Frankie.

La mente me funciona a mil millas por hora y muchas piezas del puzle comienzan a encajar y una en particular duele más de lo que esperaba.

—¿Por eso me trataste así? —pregunto.

Y aunque Frankie, Oliver y Connor me miran sin comprender nada, William me mantiene la mirada porque sabe, sin asomo de dudas, a qué me refiero y que esta parte de la conversación va con él.

—Tú me gustabas de verdad, Ava —responde lleno de una abrumadora sinceridad—, pero, tras el ensayo en el estadio, Connor me contó la idea de Frankie y todo se complicó. Después vino la foto de *InTouch* y empecé a pensar que, quizá, tenían razón, que Tyler se había fijado en ti, que eras lo que él necesitaba y luché por mantenerme alejado de ti... sólo que no era capaz de ello —sentencia con una sonrisa triste y fugaz— y cada vez que la jodía y me acercaba, lo único que podía hacer después era...

—Tratarme como a un perro para que me marchara —termino la frase por él.

—Yo no he dicho eso, Ava —me reprende—. Sólo quería alejarte de mí.

—Haciéndome daño —replico. ¡Dios, ahora mismo estoy tan enfadada!—.

Todo este tiempo había pensado que tú no querías que las cosas fueran así, que no querías hacerme sufrir, y en el fondo era exactamente eso...

—Ava —ruge.

El pitidito del ascensor vuelve a abrirse paso, pero otra vez nadie parece oírlo.

—Ya habíais decidido con quién tenía que estar la idiota de Ava y os importaba bastante poco lo que ella tuviera que decir —casi grito.

—Pero no nos equivocamos, ¿no? —sisea William con rabia—. Porque, si no recuerdo mal, fui yo quien te pidió que lo intentáramos otra vez, ¿o ya lo has olvidado?

—Claro que no lo he olvidado.

—Me pediste tiempo y te lo di —contraataca, dando un paso hacia mí—. Y cuando te besé, tú me rechazaste.

—Tú me hiciste daño —me defiendo.

—Intenté arreglarlo.

—Fue demasiado tarde.

—¿Por qué?

No contesto. No quiero y él no se lo merece. ¡Jugaron conmigo!

—¡¿Por qué?! —grita.

—¡Porque me enamoré de Tyler! —chillo como respuesta. El salón vuelve a enmudecer y puedo sentir físicamente cómo los ojos de Tyler se clavan sobre mí—. Me enamoré, ¿vale? —repito. Las lágrimas vuelven a salir descontroladas, pero no quiero seguir llorando y me las seco con furia con la manga de mi cazadora—. No lo planeé, pero pasó. Yo quería estar contigo —digo mirando a William— y también quería ayudarte a ti —continúo llevando mi vista hasta Tyler—, que fuéramos amigos, pero cada vez que hablábamos, que pasábamos un rato juntos, sentía cosas. Al principio ni siquiera lo entendía, pero sabía que no quería separarme de ti por nada de mundo... y un día me di cuenta de que lo que en realidad quería era sentirme siempre como me siento estando contigo, porque es la mejor sensación que existe. Nunca

dudé entre vosotros dos, lo que me daba miedo era intentarlo contigo y perderte porque ya me había salido mal con Martin y con William, con los que se supone que estaba escrito que saliese bien.

Lo contemplo, suplicando que me crea. Tyler me mantiene la mirada, inmóvil, hasta que pierde su vista a un lado, sólo un segundo, como si necesitara recobrar las fuerzas, y vuelve a llevarla hasta mí. Algo me dice que, sea lo que sea lo que vaya a decir, me hará daño.

—Y tenías demasiado claro que conmigo podía salir mal, ¿no? —pronuncia dolido—. Al fin y al cabo, sólo soy un niño roto que necesita beber para no destrozar su habitación cada noche.

Niego con la cabeza.

—No quería perderte —repito, y mi voz apenas resulta audible.

Tyler aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea y una lágrima cae por su mejilla, confiriendo a ese gesto una masculinidad sin límites.

—¡Hola a todos!

El tono cantarín de Morgan lo vuelve todo todavía más confuso.

—¿Qué haces aquí? —inquiere Connor, y su voz no suena como debería sonar. No contenta a Morgan, porque está claro que no es la de un amante esposo deseando ver a su mujer; no contenta a Frankie, porque ni una sola palabra que Connor le dedicase a su esposa la contentaría, y no contenta al propio Connor, porque, haya pasado lo que haya pasado, es un buen tío y no quiere hacerle daño a nadie, aunque conseguirlo implique que él sea el único que sufra.

—La grabación del documental ha terminado antes de lo que esperábamos —responde acercándose a él—. Me he hecho un montón de fotos —añade con una sonrisa de oreja a oreja, lanzándose a sus brazos.

Connor le devuelve el beso por pura inercia, pero, cuando la abraza, cierra los ojos, tratando de aguantar el tirón y no estallar aquí mismo.

—¿Os besasteis? —murmura Oliver.

La situación es tan surrealista que ninguno recordaba que Oliver estaba

leyendo mi diario.

Alza la cabeza y la mirada que refulge en sus ojos marrones es devastadora. Los centra en Frankie y la adoración, sencillamente, se desvanece.

—¿A qué te refieres? —Le tiembla la voz cuando lo pregunta y eso sólo deja claro que en el fondo no necesita la respuesta.

—Aquí dice que Connor y tú os besasteis en la cocina y obviamente es verdad. Nadie mentiría en un diario.

Frankie lo mira sin saber qué responder. Está a punto de romper a llorar, pero, antes de agachar la cabeza, sus ojos se cruzan con los de Connor. Ese gesto, casi insignificante, hace que Oliver también lo mire a él.

—Ollie...

—Sabía que seguías sintiendo cosas por ella —lo interrumpe—, no soy idiota, pero pensé que después de toda vuestra historia sólo necesitabas tiempo para superarlo. Ahora me doy cuenta de que sí lo he sido por pensar que a uno de mis mejores amigos le importaría lo suficiente como para dejar en paz a mi prometida. —Su tono ha ido subiendo hasta casi gritar.

Deja caer con rabia el diario sobre la mesita y el sonido restalla por toda la estancia.

—Las cosas no pasaron como crees, Oliver —replica Connor.

—¿Y cómo demonios pasaron? —prácticamente chilla.

—¡Es Frankie, joder! —replica vociferando Connor, y esas tres palabras acallan todo lo demás—. ¡Es demasiado complicado!

—No. —Oliver niega con la cabeza—. No lo es.

—¿Qué está pasando? —pregunta Morgan, realmente confusa—. ¿Por qué estáis tan enfadados por un viejo diario?

Todas la miramos, pero ninguno le responde. Ha dado por hecho que el diario es antiguo y, por lo tanto, el beso entre Connor y Frankie también lo es.

—Morgan —la llama Connor, cogiéndola de la cintura para obligarla a girarse y centrar toda su atención en él—, escúchame, ¿vale? —Ella asiente y

él traga saliva—. Ese diario no es viejo. Es de Ava. Su diario.

—¿Cómo se te ocurrió escribirlo? —me recrimina Frankie, estallando.

—Es mi diario —me defiendo enfadadísima—. Es personal. Se supone que nadie debe leerlo.

—Pues te felicito —repone aplaudiendo con ironía—. Esa parte se te ha dado bastante bien.

—Si no te gusta que escriba un diario, deberías haberte informado mejor antes de traerme aquí de cebo para uno de tus amigos —contraataco.

—Oh, sí —me rebate—, hice que te enamoraras de Tyler Evans, una estrella de la música. Perdóname por esta afrenta tan cruel.

—¡No tenías ningún derecho!

—¡Y tú deberías darme las gracias!

—¡Callaos! —grita Morgan.

Las dos guardamos silencio de golpe. Morgan devuelve la vista hasta Connor y la vocecita dentro de ella que no para de repetir que no puede ser verdad que su marido le haya hecho algo así puede oírse desde aquí.

—¿La besaste? —pregunta.

Connor le mantiene la mirada. Sabe que le debe el ser sincero.

—Sí.

—¿La quieres?

Si antes estábamos en silencio, creo que ahora todos dejamos de respirar. Esa pregunta es complicada porque la respuesta, sea cual sea, lo será aún más. Los ojos azules del niño bueno del pop siguen fijos en su esposa.

—Sí —responde, y suena más triste en muchos más sentidos que con ninguna de las palabras anteriores.

Morgan no dice nada más y le cruza la cara de un sonoro bofetón.

—Hemos terminado —sentencia con la voz y los ojos llenos de lágrimas.

Connor aguanta el tirón. Sus ojos se llenan de un sinfín de emociones, pero no dice nada más.

Morgan gira sobre sus sandalias de marca con una elegancia innata que

ahora resulta aún más patente, como si fuera su último clavo al que poder agarrarse.

—No voy a dedicarte una sola palabra —le espeta a Frankie—. No mereces la pena.

Ella agacha la cabeza y puedo ver cómo nuevas lágrimas se estrellan contra sus Converse.

—Ninguno la merecéis —sentencia mirando a los No Regrets.

No tiene razón, pero los cuatro aguantan el tipo porque entienden que, al final, la que está en la peor situación es ella. Aunque fuera una egoísta malcriada, estaba enamorada de Connor.

—En cuanto a ti —me dice dando un paso más hacia el ascensor—, gracias por todo, Ava. Tú sí que sabes hacerle un favor a una amiga —añade sardónica.

—Frankie y Connor son mis amigos.

—¿Y Oliver?

—¿De qué está hablando? —inquiere el propio Ollie.

Definitivamente parece que la mañana va de confesiones.

—Morgan me pidió que vigilara a Connor por si alguna mujer trataba de acercársele —respondo. ¿Qué sentido tiene mentir?

—¿Le pediste que me vigilara? —gruñe Connor, molesto.

—Sí —repone sin remordimientos—, lo hice porque sabía que Frankie saltaría sobre ti en cuanto me diese la vuelta.

—Morgan —le advierten Connor y Oliver al unísono.

Tan pronto como lo hacen, se miran otra vez. Connor, triste; Oliver, frustrado; los dos, confusos, mientras Morgan cabecea y Frankie... Frankie sencillamente no puede dejar de llorar.

—De todas formas, ¿qué más da? —les rebate Morgan—. Ava decidió mirar hacia otro lado —añade ella.

Quiero contestar, pero, en realidad, tampoco sé qué decir. No tiene razón, pero lo cierto es que, cuando los vi besarse, me preocupé por ellos, por

Oliver, pero Morgan era una víctima colateral muy abajo en mi lista de prioridades.

Abro la boca dispuesta a decir algo, aunque con toda franqueza no tengo la más remota idea del qué, cuando una abatida voz se me adelanta.

—Lo siento —murmura Frankie.

Y no sé si es porque pasa en mitad de todo este huracán, pero ver a Frankie, la mujer más dura que he conocido, hundirse y pedir perdón de esta manera, me deja casi noqueada.

Morgan la mira, pero, si sus palabras provocan alguna reacción, ella lo oculta a la perfección.

—¿Y a mí de qué me valen tus disculpas? —prácticamente le escupe.

Y, sin más, se marcha.

Alzo la mirada buscando la de Tyler, tratando de hallar algún resquicio al que agarrarme de que podemos superar esto, pero él ni siquiera me mira. Tiene las manos en las caderas y la vista clavada en el suelo. Está triste, enfadado. Está decepcionado. Se siente traicionado y ese miedo que sentí en Brighton, sobre que no sabría qué hacer si lo perdía, se acentúa hasta llegar a doler demasiado.

—Siento muchísimo todo lo que ha pasado —dice Hugh buscando sonar como algo a medio camino entre conciliador y sereno, aunque es obvio que está furioso, y mucho—, pero coincidiréis conmigo que el momento de terapia de grupo ha llegado a su fin. Tenemos que decidir cómo reaccionar ante esta portada.

—¿Qué tal con esto? —gruñe Oliver malhumorado, echando a andar hacia el piso superior—. No Regrets se separa.

¿Qué?

—¿Qué? —se oyen varios al unísono.

—¿Qué estás diciendo? —pronuncia William.

—Lo que oís —responde Oliver sin dar opción a réplica, sin ni siquiera detenerse—. Me largo.

—Oliver... —empieza a decir Connor.

—Cállate —lo interrumpe deteniéndose en mitad de la escalera—. Ahora mismo ni siquiera soporto tenerte cerca.

Connor lo mira, pero no es capaz de decir nada y Oliver desaparece en la planta de arriba.

—Me parece una idea perfecta —sentencia Tyler.

—No estás hablando en serio —le dice William.

—¿Además de elegir a quién tengo que tirarme, también piensas decidir en esto por mí, Will? —ruge Tyler.

Sus palabras duelen, sobre todo porque las pronuncia como si yo ni siquiera estuviera aquí, como si hubiese dejado de existir para él.

William le mantiene la mirada, pero no dice nada.

—Lo imaginaba —concluye Tyler.

Se dirige hacia el ascensor y yo quiero salir corriendo, pero, cuando sólo estoy a unos pasos, Tyler, de pie, de espaldas, esperando a que las puertas se abran, ladea la cabeza por encima de su hombro y sus ojos grises por fin se encuentran con los míos. Hay todo lo que sospeché que habría y, lo que es aún peor, ya no queda nada de lo que había antes.

—Pensé que teníamos algo diferente, que eras capaz de verme más allá del alcohol y los errores que he cometido, pero estaba equivocado. —Las puertas se abren—. Estaba jodidamente equivocado —afirma entrando en el elevador.

—Es ahora cuando lo estás —trato de hacerle entender.

Me da igual lo que hubiera hecho antes, que sea una estrella de la música, yo sólo lo quiero a él... pero él ni siquiera parece oírme. Las puertas se cierran. Tyler se marcha. El silencio vuelve y las lágrimas también.

—Recogeré mis cosas —murmuro con la vista todavía en las puertas de acero—. Lo mejor es que me marche.

Ellos no me lo han pedido, lo he dicho yo, pero también es cierto que ninguno me detiene.

***

Intento hacer mi maleta lo más rápido posible. No traje muchas cosas. Ahora me alegro.

—Tengo que hablar contigo—dice Frankie bajo el umbral de mi puerta, al mismo tiempo que regreso del baño cerrando mi neceser.

Al verla me detengo por pura inercia, pero rápidamente recupero la marcha.

—Si vienes a echarme la bronca porque no te contara que Morgan me pidió que vigilara a Connor, puedes ahorrártelo. —Ya he cubierto mi cupo de reproches por hoy—. Además, está clarísimo que no cumplí mi cometido, así que...

—No he venido por eso —contesta entrando y deteniéndose frente a mí, al otro lado de la cama—. Quería que habláramos de lo de Tyler.

Finjo no oírla mientras meto el neceser en mi maleta o por lo menos me doy un par de segundos a mí misma para agarrarme a mi parte zen y no empezar una nueva discusión.

—¿Por qué hiciste algo así, Frankie? —suena tan dolida como me siento —. Creí que éramos amigas.

Todo es demasiado complicado y difícil para tomárselo con calma.

—Y lo somos —responde con una seguridad absoluta—. Lo hice por ti. Por los dos.

Una sonrisa sardónica, triste y fugaz se me escapa.

—Eso no es cierto —le rebato metiendo mis libros y mis sandalias en la valija—. Lo hiciste por él.

Frankie cabecea.

—No —añade—.Vi cómo os mirabais. Sólo necesité hacerlo una vez para reconocerlo, cuando te colaste en el *backstage* del concierto de París.

—No digas tonterías —repongo molesta alzando la cabeza—. Sólo nos vimos un segundo.

—No necesite más —se parafrasea.

La observo. Quiero creerla, de verdad, pero no puedo.

—Sólo te estás justificando —contesto volviendo a centrarme en mi equipaje, una tarea que duele infinitamente menos.

—No es verdad.

Cierro mi maleta y la pongo en el suelo, la cojo del asa y echo a andar hacia la puerta.

—Adiós, Frankie.

—Sé lo que vi —trata de hacerme entender.

—No, no lo sabes.

—¡Sí, sí lo sé! ¡Porque así es cómo miro yo a Connor!

Sus palabras me detienen en seco y me giro despacio. Las lágrimas vuelven a llenarme los ojos.

—Te vi con Tyler, Ava —ella también está a punto de romper a llorar— y te vi con William, y puede que para los demás no fuera obvio, ni siquiera para ti, pero para mí sí lo era.

Frankie suelta un pequeño suspiro, armándose de valor para continuar, como si supiera de antemano que lo que va a decir sólo hará su herida aún mayor.

—Yo sé lo que es querer a una persona, tenerle tanto cariño que sólo con pensar en él sonríes, que sea tu compañero, tu cómplice, tu amigo, y también sé lo que es amar con todo el corazón, con todo lo que eres, entregarte hasta que duele. Nunca fue William. Siempre fue Tyler, Ava.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente. Sólo ha puesto en palabras todo lo que ya siento. Y es cierto; puede que al principio no fuese capaz de verlo, pero ya he aprendido que ningún hombre significará nunca para mí ni una milésima parte de lo que significa Tyler.

—Todo eso lo tengo claro, ¿sabes? —digo con la voz entrecortada—. Es Tyler quien no lo cree.

—Pues convéncelo —me pide.

Niego con la cabeza, conteniendo el aluvión de lágrimas. Ojalá fuera tan fácil.

—Adiós, Frankie.

—Te mentí —suelta de pronto.

Vuelvo a detenerme. Me cruzo de brazos y resoplo antes de mirarla. No quiero alargar más está agonía.

—¿Sobre qué?

—Sobre Hugh.

Frunzo el ceño, confusa. ¿Dónde quiere llegar?

—Te dije que no me caía bien porque había algo en él que me hacía desconfiar, pero no es cierto. Hugh es un mánager increíble y se preocupa por los chicos de verdad.

—¿Entonces? —dejo en el aire.

—Fue Hugh quien le dijo a Connor que lo mejor era dejar las cosas como estaban cuando se casó con Morgan, que lo meditara, que no se divorciara en caliente. Lo alejó de mí, Ava.

—No, Frankie. Connor se alejó de ti solo —contesto, y no quiero hacerle daño; independientemente de todo lo que ha pasado, le sigo teniendo mucho cariño, pero creo que hay cosas sobre las que tiene que actuar: superar o pasar página, pero avanzar, o nunca volverá a ser feliz ni con Connor ni sin él—. Él fue el único que se equivocó y el único que siguió casado con Morgan. Entiendo lo que sientes por él y lo que sientes por Oliver, pero éste es un momento que te está poniendo en bandeja la vida para saber qué sientes por ti misma. No podéis seguir así y los tres lo sabéis. Connor tomó sus decisiones en su momento. Toma tú ahora las tuyas, pero, sean las que sean, pasa página con todo lo que dejas atrás o nunca serás feliz.

Frankie me mantiene la mirada.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? —le pregunto.

—Porque quiero que sepas que confío en ti.

La miro. Me gustaría poder decir «y yo también», pero necesito tiempo.

—Adiós, Frankie —me despido.

No hay nadie en el salón y casi lo prefiero. No sabría cómo despedirme de ellos. Llamo al ascensor y las puertas se abren frente a mí. Miro a mi alrededor, esta casa tan especial, por última vez al tiempo que doy una bocanada de aire. No quiero marcharme, pero no me queda otra opción. El sueño de adolescencia termina aquí.

19

Taylor Swift. *The moment I knew*

—¿Quiere que le pida un taxi, señorita Collins? —se ofrece Brandon junto a la puerta del Estudio.

—Sí —respondo antes de pensarlo con claridad.

Vuelvo a la realidad, pero hacerlo arrastrando mi maleta por tres paradas de metro, siete de autobús y un transbordo me parece demasiado melodramático, incluso dickensiano. Mejor el taxi.

Mientras espero, un ruido familiar me sorprende al tiempo que noto algo junto a mis pies. Al bajar la cabeza, veo a *Gato*, refregándose contra mis piernas. Lo observo y por un momento dudo. No creo que los chicos se queden mucho tiempo en esta casa y está claro que aquí era donde venía a comer. Él ronronea y algo dentro de mí, en contra de mi voluntad, toma una decisión. Resoplo y me agacho a cogerlo.

—Espero que te guste vivir en Islington —le digo acunándolo.

***

—¿Qué ha pasado? —inquiere Emmet bajo el marco de la puerta, observándome de arriba abajo y después mi maleta, el gato y de nuevo mi maleta, por ese riguroso orden, con la boca llena de oreos.

Me encojo de hombros sin saber qué otra cosa hacer. Realidad, aquí me tienes.

—Recapitulando —me pide Emmet desde la cocina un rato después—: Has conseguido que un grupo de música que sobrevivió a los One Direction sin perder su reinado se separe. Frankie te trató como si fueras comida para

peces del amor y no hay posibilidades en el horizonte de que vuelvas a acostarte con Tyler Evans —sentencia dejándose caer a mi lado en el sofá, con un bol de palomitas recién hechas.

—No me estás ayudando —me lamento.

—No era mi intención, la verdad.

Extiendo las manos en el universal gesto de «Señor, ¿por qué el día que repartiste las mejores amigas a mí me tuvo que tocar ésta?».

—Has hecho que mi grupo preferido se separe por escribir un estúpido diario. ¿Te crees Bridget Jones o qué? —me riñe—. Además, por mucho que escribas uno, no vas a encontrar a tu Daniel Cleaver.

—Querrás decir Mark Darcy.

—Sé lo que he dicho —replica.

Aunque es lo último que quiero, no puedo evitar sonreír. Sin embargo, tan pronto como ese gesto cruza mis labios, un sollozo infla mi pecho y las lágrimas bañan mis mejillas.

Emmet me observa con empatía, deja las palomitas en el suelo y me abraza con fuerza.

—Sabes que soy una grandísima amiga —me dice cuando nos separamos tras unos minutos.

Me mira esperando a que le dé la razón de alguna manera.

—Eres mi primera y única mejor amiga —la pincho entre balbuceos—, no tengo con qué compararte.

—Pues ya te digo yo que soy la caña —certifica—. El caso es que, si quieres, podemos quedarnos toda la noche hablando, dándole vueltas a cada palabra que haya dicho. Incluso podemos fingir que voy a dejar que ese gato se quede a vivir en mi casa —asiento. Las dos sabemos que sólo se está haciendo la dura. Adora a *Gato*—, pero es que es mucho más fácil —añade casi exasperada—. Llama a Tyler. Habla con él. Explícale que escribiste aquello en tu diario porque... eres idiota y tienes un diario —pronuncia

poniendo los ojos en blanco—, pero no lo conocías y que aun así está sacado de contexto —ése es el mensaje importante—. Haz que lo lea.

Niego con la cabeza.

—No es tan sencillo —me quejo.

—Tienes razón. Lo es mucho más.

—Emmet... —gimoteo.

—Llámalo —me azuza.

Abro la boca dispuesta a decir algo y acabo cerrándola. ¿Y si me dice que se ha acabado? Una estúpida parte de mí piensa que, si no le doy la oportunidad de pronunciar esas palabras en voz alta, no se harán realidad.

Sí, soy consciente de que eso es demasiado patético incluso para pensarlo.

—Ava —me presiona—, va a funcionar.

No puedo. Tengo demasiado miedo.

—Ava —repite.

¡Dios! Resoplo, cojo el teléfono y me levanto.

—Está bien —gruño.

—Ésa es mi chica.

Me encamino a mi habitación. Si voy a hacerlo, prefiero que no haya testigos.

Me siento en el borde de mi cama y marco su número. Estoy nerviosa, mucho. Tengo la boca seca y el corazón me retumba en los oídos. El primer tono lo engrandece todo y por un momento me imagino cada escenario posible. Me lo coge, hablamos, lo entiende, volvemos. Esa opción me permite volver a respirar, incluso a sonreír. Segundo tono. Me lo coge, hablamos, lo entiende, pero cree que es mejor que lo dejemos aquí. Tercer tono. Me lo coge, hablamos, no lo entiende y no quiere saber nada de mí. Cuarto tono. Me lo coge y ni siquiera quiere hablar. Aguanto el tirón y me concentro en la primera posibilidad, pero entonces, en mitad del quinto tono, corta la llamada. Ni siquiera ha querido responder. Las lágrimas vuelven. Da igual que no lo haya pronunciado en voz alta. Se ha acabado.

Me levanto abatida y regreso al salón sorbiéndome los mocos. Abandono el móvil en la mesita y me dejo caer en el sofá. No digo nada y clavo mi mirada en la televisión mientras lloro en silencio.

—Ha ido mal, ¿eh? —pregunta Emmet.

—Ni siquiera ha querido cogerme el teléfono —murmuro.

Mi amiga me contempla unos segundos más y finalmente se recoloca sobre el sofá, ladeando el cuerpo para tenerme de frente, cruzando las piernas como en una clase de yoga.

—Nuevo plan —me informa—. ¿Dónde vive?

—En Kensington.

Emmet abre los ojos como platos. El nombre de ese barrio es sinónimo de mansiones, dinero y gente con guion en el apellido.

—¿Cuál es su dirección exacta?

—No la sé —respondo encogiéndome de hombros. Ella me mira mal, dando por supuesto que le estoy mintiendo con tal de poder quedarme en este sofá rodeada de comida basura y regodeándome en mi pena—. De verdad, no la sé —sentencio.

Emmet tuerce los labios.

—Es un barrio demasiado bueno como para pasearnos mirando por las ventanas sin que algún primo segundo de la reina llame a la policía. —Lo piensa un momento—. Ya lo tengo —continúa con una sonrisa—. Llama a Connor. Él debe saber la dirección.

—Connor tiene sus propios problemas.

Morgan. Frankie. Oliver.

—El único problema de Connor es que aún no se ha dado cuenta de que está enamorado de mí —se gira para rescatar mi móvil de la mesita—. Llámalo.

—Son las dos de la mañana —le recuerdo.

Ella entorna los ojos.

—Pues nuevo nuevo plan —me rebate resuelta—. Maratón de Richard

Curtis: *Notting Hill, Love actually* y, para rematar, *Cuatro bodas y un funeral*. Lloras todo lo que tengas que llorar. Mañana te levantas, te duchas, te pones guapa. Llamas a Connor, me proporcionas su número de teléfono, consigues la dirección de Tyler y vas a verlo con el diario para que compruebe qué escribiste realmente y, sobre todo, por qué.

Le mantengo la mirada.

—¿Y si no lo hago?

—Te echo de casa —responde sin pestañear.

Medito sus palabras y finalmente asiento un par de veces.

—Trato hecho.

—Un placer —sentencia recuperando las palomitas.

***

A la mañana siguiente me levanto, me ducho y me pongo la ropa que Emmet elige para mí. No me queda otra. Me recuerda su amenaza y añade una nueva: colgar mi nombre, mi foto y dónde trabajo en todas las redes sociales junto al hashtag #NoRegretsYokoOno.

—Llámalo —me pincha al ver que dudo.

La fulmino con la mirada, pero, obviamente, no la hago cambiar de opinión, así que acabo marcando el número de Connor.

Al segundo tono, contesta.

—¿En qué puedo ayudarte? —suena cansado, como si no hubiese sido capaz de dormir en toda la noche.

—Antes que nada, quería darte las gracias por responder a mi llamada.

Se hace un segundo de silencio y lo oigo dar una bocanada de aire.

—No te castigues, Ava. Lo que pasó no fue culpa tuya.

Me muerdo el labio inferior conteniendo las lágrimas.

—Gracias por decirlo.

Vuelve a hacerse el silencio. Supongo que, que no me crea culpable de

todo lo que ha pasado, no me convierte en su persona favorita. Mi diario sigue estando ahí, en mitad de toda la vorágine.

—¿Qué tal estás?

—Imagino que tan bien como tú. Ava, te agradecería que me dijeras qué quieres —acelera la conversación sin perder sus caballerosos modales.

—Connor... —empiezo a decir. Ni siquiera sé cómo continuar—, necesito ver a Tyler. Ayer intenté llamarlo —añado rápidamente antes de que me diga que no puede ayudarme—, pero no me cogió el teléfono. Tengo que explicarle lo que ha pasado. El periódico se inventó muchas cosas y, las pocas que eran verdad, las tergiversó hasta convertirlas en algo horrible. Necesito verlo. Necesito hablar con él.

—Ava...

—Por favor —le suplico sabiendo de sobra que esa frase seguía con un no.

Connor vuelve a quedarse callado unos segundos que se me hacen angustiosos y finalmente vuelve a resoplar.

—El 14 de Holland Villas.

Al oír su dirección, cierro los ojos y una sonrisa de puro alivio recorre mis labios.

—Gracias, Connor.

—Buena suerte.

Sin darme oportunidad a responder, cuelga.

—¿Qué? —inquiere Emmet mirándome expectante.

—Tengo la dirección —anuncio.

—Connor Bay es el mejor.

Tardo cuarenta y cinco minutos en plantarme frente a su casa. En la acera miro a mi alrededor contemplando las enormes casas, casi palaciegas. La suya tiene tres plantas. Es de ladrillo visto, mis preferidas, con las molduras blancas. Dos árboles altos y gruesos esconden la casa de las miradas indiscretas y una bonita cancela la separa del exterior.

No veo a Tittus, el guardaespaldas de Tyler. Ni siquiera hay rastro del SUV negro.

Me obligo a tranquilizarme y a afrontar esta situación como una persona adulta, no como una niña que no es capaz de dejar de llorar. Sigue siendo mi Tyler, seguimos estando conectados, seguimos siendo amigos. Va a escucharme y vamos a solucionar esto.

Abro la verja, aunque me extraña que no esté echada la llave o haya algún tipo de sistema de seguridad, y recorro el camino de piedra hasta la entrada principal. Hoy sopla una brisa de lo más agradable y el olor a lluvia se extiende por el aire, refrescando todos los sentidos.

Llamo con dedos temblorosos y el sonido metálico del timbre me sobresalta. Espero uno, dos minutos. No me abre. Nadie contesta. Ni siquiera se oyen ruidos en el interior. Vuelvo a llamar, esta vez usando la aldaba. Podría ser que, simplemente, no esté. Quizá haya salido. Puede que incluso se haya ido a Dover a estar con su familia. Sin embargo, una parte de mí empieza a pensar que igual que esas hipótesis, también está la posibilidad de que ayer llegara a casa y comenzara a beber, que lo haya hecho toda la noche hasta caer rendido y ahora esté tirado en el suelo de cualquiera de las habitaciones de esta enorme casa... Vuelvo a llamar, mucho más inquieta, más acelerada. Nadie responde. Vuelvo a intentarlo. Ya no se trata de hablar con él. Necesito saber que está bien.

La puerta se abre y suelto todo el aire que sin darme cuenta había contenido.

—¿Estás bien? —pregunto en cuanto lo veo aparecer frente a mí. Mi voz suena exactamente tan preocupada como me siento.

Tyler frunce el ceño, sólo un segundo, y su mirada me recorre entera, llenándose con un poco más de rabia con cada centímetro de mi piel que recorre. Para cuando llega a mis ojos, hay desdén, odio y dolor.

Me fijo en que es obvio que no ha dormido, como yo, que, con toda probabilidad, no ha comido, pero, más que nada, no puedo evitar fijarme en

que sigue estando guapísimo, embadurnándolo todo con esa rebeldía, con la idea de que podría pelearse con el mundo sólo para hacerte feliz.

—¿Estás preocupada?

—Sí.

¿Qué sentido tendría mentir?

—¿Tan claro tenías que estaría bebiendo y rompiendo muebles mientras me tambaleaba?

Agacho la cabeza, avergonzada por no haber confiado en él, pero lo cierto es que estaba tan preocupada que por un momento no he sido capaz de pensar.

—Yo... —Hago una pausa. Tengo que reordenar mis ideas—. Sólo quería hablar contigo. Ayer te llamé, pero no me respondiste.

—Y no entendiste la indirecta, ¿eh? —replica malhumorado.

—Tyler, por favor.

—¿Qué quieres? —me interrumpe hastiado.

Con toda franqueza, pensé que me lo pondría más fácil, pero obviamente estaba equivocada.

—Te he traído el diario —digo apretándolo entre las dos manos.

—¿Qué te hace pensar que tengo la más mínima intención de leerlo?

Podría decir muchas cosas, pero soy incapaz de pronunciar ninguna que me lleve a donde quiero llegar, porque todo en lo que puedo pensar es «porque te quiero, porque sé que tú me quieres a mí y no podemos dejar que todo esto termine así», pero esas palabras ahora mismo parecen complicadas y a la vez un tesoro y no puedo decirlas, no de esta forma. Así que hago lo único que se me ocurre hacer y me encojo de hombros, con los ojos llenos de lágrimas. Nunca me importó ser vulnerable delante él, pero ahora duele, duele muchísimo.

Creo que Tyler se da cuenta porque, por un segundo, toda la rabia que anega sus ojos grises parece transformarse en otra cosa.

—Deberías marcharte, Ava —me pide.

Ya no suena enfadado y sé que es porque le duele verme así.

Asiento.

—Eso está claro, ¿no te parece? —murmuro y una sonrisa triste y débil se escapa de mis labios—, pero antes de hacerlo sólo quiero que sepas que todo lo que te dije es verdad... cuando fuimos a aquel cine del West End, cuando pasamos el día juntos explorando Londres, en Brighton... —Mi voz se evapora con la última palabra, pero suspiro y aguanto el tirón—. Creo, sé —rectifico, obligándome a que mi voz suene fuerte—, que todo lo que tú dijiste también es verdad y pensé que, sólo por eso, querrías leerlo.

Extiendo las manos, tendiéndole el diario. Tyler continúa observándome, pero no dice nada. Por un momento tengo la sensación de que ha entendido lo que he querido explicarle y el alivio me recorre como un bálsamo.

Da un paso hacia mí y mis ojos buscan de inmediato los suyos. Sin embargo, no dice nada, tampoco me deja que lo diga yo. Gira sobre sus talones y, pasándose las manos por el pelo, regresa al interior de la casa, huyendo de mí, de lo que acabo de decir, de cómo nos sentimos los dos.

Pero no me rindo. Sé que todavía podemos arreglarlo.

Entro, cierro tras de mí y lo sigo, intuyendo a dónde ha podido dirigirse. No tardo en encontrarlo en el centro de un enorme salón. Todo está decorado con un gusto exquisito. Es obvio que ha sido la mano de un profesional. Muebles de diseño, una paleta de colores impecable, pero todo es... impersonal. Parece la portada de una revista. No es un hogar.

Tiene las manos en las caderas y la cabeza gacha. Su tensión y su rabia podrían sentirse a mil millas a la redonda.

Despacio, dejo el diario sobre la mesita.

—Tyler...

—Me han pasado tantas cosas en la vida que duele —ruge—, pero nada me ha decepcionado tanto como lo has hecho tú.

Sus palabras caen como un jarro de agua sobre mí, convirtiendo el alivio en algo traidor y kamikaze.

—¿Por qué no puedes entender que el periódico, en el mejor de los casos,

retorció mis palabras?

—Pensabas que te haría daño, que no podías confiar en mí.

—Lo escribí al principio —replico desesperada—. Todos estaban preocupados por ti y tú ibas por ahí acostándote con crías y destrozando habitaciones. ¿Qué querías que pensara?

No es hasta que busco de nuevo su mirada que no me doy cuenta de lo que he dicho. Acabo de darle la razón.

—Tyler... —le pido, suplicando por poder borrar cada frase.

Él se muerde el labio inferior y el dolor se hace tan cortante en su mirada que siento como si mi corazón perdiese un latido.

—Me sentí diferente la primera vez que te vi —susurra con la voz áspera —, por eso te besé, porque quería que pensaras que era un cabrón y te alejaras. Y no lo hice por ti, lo hice por mí, porque era como estar expuesto. Tú me mirabas con esos enormes ojos marrones y tenía la sensación de que podías leer en mí. No que necesitaba beber o que estaba roto, todos podían ver eso, me daba miedo que tú vieras más allá y me encontraras a mí. —Una lágrima cae por mi mejilla y todo lo que siento por él sube un escalón más—. Pero, desde la primera vez que te vi, resultó que también me di cuenta de cuánto me gustaba sentirme exactamente así. Las corazas son una carga muy pesada, ¿sabes?, y nunca se me dio muy bien llevarlas. —Tyler aparta la mirada y resopla, tratando de controlar el huracán que ahora mismo lo arrasa todo en su interior—. Así que, en resumidas cuentas, quería que me vieras a mí y no lo hiciste.

—Te veía a ti —trato de hacerle entender con la voz llena de lágrimas—. Siento lo que he dicho, siento lo que he escrito. Quizá, al principio, dudé, pero siempre te vi a ti, aunque no fuese capaz de entenderlo.

—Sólo te interesaba Tyler Evans.

—Eso no es cierto. Nunca me importó quién eras.

Tyler cabecea, desencantado.

—Ah, ¿no? —replica—. ¿Y todo ese rollo de hacer realidad tu sueño

adolescente?

No necesita seguir. Sé perfectamente a qué parte de mi diario se refiere.

—Es sólo algo que escribí en un estúpido diario —contesto abatida y enfadada y despechada y triste—. ¡No es lo que siento! ¿Por qué no puedes creerme?

—¡Porque al final sólo eras una fan que quería acostarse con su cantante favorito! —pronuncia lleno de rabia, de desilusión, de la misma tristeza que siento yo—. ¿Por qué no vas a revolcarte con William? Así podrás terminar de decidirte entre los dos.

No lo pienso. Cruzo el salón y le doy una bofetada. Él me mira furioso, dolido, herido, a punto de estallar, con la mandíbula tensa y un bufido en la punta de la lengua. En lo que a mí respecta, el corazón me late acelerado en la garganta. Estoy nerviosa, aturdida y demasiado triste.

Algo se ha roto.

Discutir, decirnos cosas sólo para hacernos daño, la bofetada. Es algo que viví en mi relación con William, pero nosotros éramos diferentes... y la palabra *éramos* se queda flotando en mi mente.

Me voy sin decir una sola palabra más.

En cuanto la puerta se cierra a mi espalda, rompo a llorar desconsolada. «Éramos.» Recordáis lo de las palabras pequeñas, ¿verdad? Pues ésta duele más que la más cruenta de las batallas.

Empiezo a caminar de vuelta al metro. Imagino que la brisa sigue ahí, que Londres sigue girando sin mí, pero yo sólo puedo llorar como una idiota, sorbiéndome los mocos con demasiada poca elegancia para el barrio en el que estoy. Espero que ningún primo de la reina se ofenda.

Mi móvil comienza a sonar. Podría pasar de la llamada, pero descuelgo sin ni siquiera molestarme en mirar la pantalla. Con toda probabilidad será Emmet.

—¿Diga?

—Cielo, ¿estás bien?

La voz de mi madre me hace apretar los ojos con fuerza y desear haber mirado quién era antes de contestar.

—Sí, es sólo que creo que algo me ha dado alergia.

—¿Algo tipo un árbol?

Me encojo de hombros. ¿Por qué no?

—Sí, supongo que sí.

—Pues entonces recuerda pasarte por una farmacia de camino a casa y cómprate algún antihistamínico. No te lo tomes hasta llegar aquí. Algunos dan somnolencia y no quiero que te quedes dormida en el metro.

Trato de asimilar sus palabras y de pronto caigo en la cuenta de que es martes y había quedado para comer con ellos. Automáticamente pienso en una manera de escaquearme.

—He hecho lasaña —me anuncia cantarina mamá.

¿Por qué cuando estoy triste sólo puedo pensar en comer?

—Nos vemos en un rato.

—Claro, cariño. Si no te encuentras bien, puedo ir a recogerte.

Niego con la cabeza.

—No es necesario.

—Como quieras. Adiós, cielo.

—Adiós.

Cuelgo y mando el teléfono de vuelta al bolso.

Tampoco tenía ninguna otra cosa que hacer. Intentar recuperar al amor de tu vida: hecho; fracasar: ¡oh, sí!, hecho; atiborrarte de carbohidratos para superarlo: en proceso.

***

—¿Qué tal estás? —demanda mi madre incluso antes de decirme hola.

Trato de poner buena cara. Pienso en la lasaña.

—Mejor —miento—. Me he tomado ya el antihistamínico. El farmacéutico

me ha asegurado que no me daría sueño.

Ella asiente con una sonrisa y me hace un gesto para que la acompañe dentro, a la cocina.

—He estado haciendo limpieza en el desván —me informa cortando la lechuga. Imagino que va a hacer una ensalada como acompañamiento— y he dejado en tu cuarto una caja con cosas que quiero que revises: puedes quedártelas, donarlas o tirarlas. La primera opción está desaconsejada —sentencia apuntándome con una escarola.

—Entendido.

Voy derecha al armario donde guardan los *muffins* blancos. Me como uno directamente del paquete, sin siquiera tostarlo o untarlo con crema de limón... aunque podría ponerle Nutella. Se me abren los ojos como platos ante esa posibilidad y voy hasta el otro armarito en busca del codiciado tarro. En ésas estoy cuando mi padre entra en la cocina.

—Hola, tesoro —me saluda al reparar en mi presencia.

—Hola —respondo con la boca llena.

Me observa un segundo.

—¿Podemos hablar? —me pide.

Me encojo de hombros. De mala gana dejo mi botín sobre la encimera y voy con él hasta el salón.

—Quería saber qué has hecho respecto a lo que hablamos el otro día —me pregunta sentándose en su sillón.

—Ya está todo solucionado —respondo, quedándome de pie, frente a él, pero sólo a unos pasos de la puerta.

Mi padre, al percatarse de que no me he sentado a su lado como siempre, frunce el ceño y tarda un segundo de más en encontrarme.

—¿Solucionado?

No quiero hablar de eso, pero entiendo que esté preocupado. Creo que comprende que actualmente no es mi tema de disertación favorito.

—He vuelto a vivir con Emmet, y Tyler y yo hemos roto.

Al pronunciar esas palabras, el estómago se me encoge de golpe y tengo muchísimas ganas de llorar, pero aguanto el tirón.

—Solucionado —repito, y en el fondo es una súplica para que deje la conversación aquí. Al fin y al cabo, las cosas ya están como él quería.

Mi padre me mira tratando de leer en mí.

—¿Estás bien?

Asiento. Por favor, deja que me vaya.

—Es mejor así —sentencia, y tengo la sensación de que, aunque ahora sea una preocupación diferente, sigue estándolo.

La comida se me hace eterna y la lasaña no me hace olvidar las penas como había supuesto. Creo que la clave son tres palabras: Ben & Jerry's. Pienso asaltar el Sainsbury's de camino a casa.

Subo a mi habitación con la idea de revisar la caja que me indicó mi madre, pero, al verla, la verdad es que se me quitan las ganas y acabo tumbándome en la cama y pensando, pensando y pensando, por supuesto, en cosas que sólo sirven para torturarme más; por si fuera poco, todos mis recuerdos tienen banda sonora. Tengo ganas de que la tierra me trague.

***

Las ocho semanas siguientes se parecen mucho a aquella tarde en casa de mis padres. He vuelto al trabajo. Por fortuna, en las fotos del periódico no se veía mi cara, así que nadie sospecha ni remotamente que sea yo. Sigo en casa de Emmet. Bebemos, comemos chocolate y vemos películas cada vez más malas. La última: una mujer que se hace pasar por su gemela para robarle el marido; lo que no se imagina es que el gemelo del marido lo ha asesinado y ha usurpado su identidad.

Lo más divertido es que nos presentamos en casa de Martin. No pude emprender acciones judiciales contra él porque no tenía manera de demostrar que él me robó el diario en lugar de aceptar su rastrera excusa: que me lo

devolvió en aquella caja porque yo lo había olvidado en la que había sido nuestra casa. Le llenamos toda la fachada con rollos de papel higiénico, como en las pelis norteamericanas, y le rompimos más de una (y más de dos) ventana/s tirando piedras. Estampamos dos docenas de huevos en su coche y le pinchamos las cuatro ruedas. Emmet escribió con espray en la carrocería «Martin Wright la tiene pequeña» y yo añadí «e infinitamente menos juguetona de lo que se piensa». Fue la primera vez que me reí de verdad en diecisiete días.

***

Una tarde cualquiera al volver del trabajo, la llave del apartamento no está echada. Lo pienso una milésima de segundo, pero no me preocupa. Emmet habrá salido antes de su oficina.

—Hola —saludo al aire entrando.

—Hola —me responde mi hermana desde el salón.

—¿Qué haces aquí? Creía que nos veríamos mañana en casa para comer.

—Papá me ha dicho que tienes un gato y quería verlo —responde arrellanándose en el sofá hasta cruzar las piernas al estilo nativo americano—. Emmet me abrió, pero se ha marchado. Tenía que ir a comprar no sé qué a no sé qué sitio. Me dijo que te lo dijera.

—Eres un hacha cogiendo recados —me burlo, pero ella me ignora.

Me dejo caer en el tresillo y las dos nos concentramos en silencio en la tele. Scarlett está cambiando de cadenas sin mucho sentido hasta que llega a la VH1. La sintonía de un programa de actualidad musical empieza. En cualquier otro momento de mi vida me habría dado igual, incluso querría verlo, pero hoy no me apetece lo más mínimo.

—Cambia —protesto.

—No, quiero ver las noticias —replica esquivando mi intento de robarle el mando.

Forcejeamos un poco, pero me vence. Para lo escuchimizada que está, tiene una fuerza sobrehumana.

—Sólo tú podrías considerar esto noticias —refunfuño apoyando de nuevo la espalda contra el sofá.

—Es la VH1 —se justifica como si, que fuera esa cadena y no la MTV, la convirtiera en una filial de la BBC.

El presentador da la bienvenida al programa y comienza a repasar los titulares para, dos minutos después, centrarse en la noticia principal del día: los No Regrets, más concretamente los motivos de su ruptura.

—A pesar de que su mánager, Hugh Redgrave, ha enviado un extenso comunicado —empieza diciendo—, son cada vez más las voces que apuntan a un desencuentro entre los miembros por una chica. Bueno —añade jocoso—, todos vimos la portada de *The Sun*, así que, que, al menos, hay una afortunada que ha probado a Tyler Evans y a William Hamilton, es cierto. Cómo lo han llevado ellos, si era un maravilloso y pervertido trío consentido o si la chica los engañó a los dos, es algo con lo que sólo podemos especular.

El resto del programa es más de lo mismo; en realidad, como llevan siendo los tabloides sensacionalistas, las emisoras de radio y los programas de la tele desde que anunciaron su separación. Hugh envió un comunicado explicando que el grupo se tomaba un descanso, pero que no había habido ningún conflicto que hubiese provocado esa decisión. De acuerdo con que eso no es verdad, pero tampoco son justos todos los comentarios malintencionados y oportunistas que demasiadas personas se están permitiendo hacer.

El presentador da paso un vídeo donde se ve a miles de fans llorar desconsoladas, para, de inmediato, dar paso a supuestos periodistas que no paran de contar anécdotas tergiversadas o directamente inventadas, dejando entrever que los chicos se odian a muerte, que era de lo más común que compartieran mujeres o que, en el fondo, hacía meses que ni siquiera se hablaban. ¡Burdas mentiras! Yo los vi, conviví con ellos. Se quieren. Se cuidan. Son hermanos.

Lo peor de todo es que, al final, ése será el último recuerdo que la gente tenga de los No Regrets: adolescentes llorando y un presentador horrible diciendo que no se soportaban.

Me niego en rotundo.

Me levanto decidida y voy hasta mi habitación. Al principio ni siquiera sé qué hacer, pero entonces lo veo claro. Saco mi móvil del bolso y lo conecto a mi portátil. Busco el vídeo que llevo viendo cada noche hasta quedarme dormida, el de los chicos cantando en la Covent Garden Piazza como si fueran músicos callejeros, y lo subo a YouTube, a una cuenta que abro para la ocasión.

Unos minutos después, el vídeo está cargado. Sólo tengo que elegir cómo titularlo. Lo pienso unos instantes y una tenue pero sincera sonrisa inunda mis labios. Ya lo sé: #myNoRegrets.

20

Susie Suh y Robot Koch. *Here with me*

—Pásame esos platos —me pide mi madre.

Seco el último y se los alcanzo. Mientras ella termina de colocarlos, resoplo y me apoyo en la encimera. Estoy soberanamente aburrida, aunque, quizá, la palabra adecuada sería *desganada*. Sólo quiero llegar a casa, tirarme en el sofá y que Hugh Grant haga de inglés torpón para mí. Es curioso, no hay una sola persona en toda Gran Bretaña que no sepa que ese actor no es así en la vida real, más bien todo lo contrario: resulta antipático, altivo y gruñón, dicho por él mismo, y, sin embargo, cada vez que lo vemos en la tele, sonreímos. Supongo que es uno de nuestros tesoros nacionales (espero por el bien de la Corona que no todos se vayan de putas cada vez que están en Los Ángeles).

—Creo que me voy a casa —anuncio.

—De eso nada —me avisa mi madre—. Tienes que revisar la caja.

Pongo los ojos en blanco. Estoy triste, ¿eso no me vale de excusa para librarme de ese tipo de cosas? Ah, es verdad, que no puedo explicarle a mamá que mi novio estrella de la música me dejó prácticamente el mismo día que *The Sun* publicó una foto mía besándome con uno de sus mejores amigos.

—He quedado con Emmet —miento descaradamente.

Mi madre enarca las cejas, displicente. Está claro que me ha pillado.

—¿Jugamos al Scrabble? —propongo con una falsa sonrisa de oreja a oreja.

«No quiero tener que revisar esa caja», gimoteo mentalmente.

—A tu habitación —me destierra sin piedad.

Hundo los hombros. Claudico. Me rindo. París es tuya.

—Está bien —gruño, y me dirijo a mi cuarto.

—Caja, te odio —le suelto nada más entrar.

La arrastro hasta el centro de la estancia, ¡cómo pesa la condenada!, y me siento sobre la moqueta. Lo primero que veo es la cazadora vaquera que decoré con remaches cuando tenía quince años, una malísima idea; mi póster de *Titanic*, mi viejo radiocasete con reproductor de cedés incorporado y, cómo no, al menos, cinco de mis diarios. Tuerzo el gesto y mentalmente los culpo del desastre que es mi vida sentimental en la actualidad.

—A vosotros creo que también os odio —murmuro sacándolos y apilándolos en el suelo.

Pero, entonces, veo uno que no reconozco. Saco el libro con la tapa marrón oscuro y lo observo, tratando de ubicarlo en algún momento de mi vida. Sin embargo, no lo consigo. No lo había visto jamás.

Lo abro y lo ojeo. Tampoco reconozco la letra. Me voy a la primera página y sólo hay un nombre: Juls.

—¿Mamá? —comento para mí, sorprendida.

En realidad mi madre se llama Jules, pero ése es uno de los diminutivos que le corresponde.

Hago el ademán de levantarme para ir a llevárselo. Yo, mejor que nadie, sé lo íntimo que puede ser un diario, pero, entonces, una vocecita dentro de mí empieza a aportar otra posibilidad: podría leerlo.

Niego con la cabeza, disgustada conmigo misma ante semejante idea, y dejo el diario en el suelo, incluso aparto la vista de él... pero un puñado de segundos después vuelvo a observarlo. Podría echarle sólo un vistazo, uno pequeñito, casi nada, apenas un par de páginas. Tal vez esté contando el día que conoció a mi padre o cuando descubrió que iba a tenerme. Estaría bien leer eso, nos uniría más y... blablablá. Excusas. Soy curiosa, puede que incluso hay quien diría cotilla, y quiero leerlo.

Cierro la puerta para no ser sorprendida con las manos en la masa, vuelvo a sentarme en el suelo y empiezo a leer. La primera fecha es el jueves 19 de

mayo de 1988.

En aquella época mi madre tenía veinte años y estaba en la universidad. Salía con sus amigas, escuchaba música y lo que más le gustaba era que llegara el viernes para ir a un local de Candem, donde tocaban grupos en directo (ya sé a quién he salido).

Todo suena de lo más normal, pero, entonces, llegamos al 25 de junio. Era sábado y habían ido a ese local. Aquella noche tocó un grupo llamado Raven y ella se coló por el cantante, Harry. Lo esperó hasta que terminaron de actuar y recogerlo todo y se acercó a hablar con él. Harry fue muy simpático y ella se sintió en una nube... hasta que apareció Blue, el guitarrista, antipático y malhablado. Se pasó todo el tiempo que ella estuvo con ellos sin dirigirle la palabra, pero luego, cuando mi madre salió a fumarse un cigarrillo, él la siguió y, sin mediar palabra... ¡la besó!

Abro la boca, sorprendidísima.

Pero es que Harry salió tras ellos, ¡y la besó también!

—Joder —murmuro alucinada.

¡Estuvieron juntos los tres!

Cuando la acompañó a casa, Harry le pidió a mi madre que volviera a verlos actuar el sábado siguiente y ella aceptó.

Paso las típicas páginas de «desayuné tal y fui con mi amiga a hacer no sé qué tontería» y me voy a lo importante: la noche del 2 de julio. Mi madre estaba eufórica. Sintió que todas las canciones que Harry cantó aquella noche se las dedicó a ella, pero, cada vez que miraba a Blue, con esa actitud tan arisca, como si todos los que estuvieran allí tuvieran que agradecerle su presencia, le temblaban las rodillas.

Esa noche volvieron a estar los tres juntos. (Creo que nunca podré mirar a mi madre igual. Eso me pasa por meterme donde claramente no me llaman.)

Las siguientes páginas narran una auténtica locura. Mi madre se escapaba a verlos cada noche, actuasen donde actuasen, y después siempre estaban juntos. Harry era increíble, carismático, divertido, y estaba seguro de que se

convertiría en estrella de la música. Blue era más introvertido y su mirada estaba llena de rebeldía y de fuerza. Era como James Dean.

Pero el 16 de agosto las cosas empezaron a torcerse. Después del concierto, mi madre vio a Harry y a Blue discutiendo y, por primera vez, era Harry quien parecía muy enfadado. Cuando repararon en su presencia, Blue le dijo que era mejor que se marchara, pero Harry no la dejó. «Me gusta estar con ella», dijo. «A mí también», replicó Blue en un amenazador susurro. «Pero creo que no nos gusta de la misma manera», respondió Harry antes de echar a andar, alejándose de ellos. Blue resopló y se pasó las manos por el pelo, haciendo más patente toda la tensión de su cuerpo. Cuando sus ojos se encontraron con los de mi madre, ella comprendió algo que no había entendido hasta entonces: lo quisiese o no, estaba dentro de un triángulo amoroso.

—¡A cenar! —grita mi madre desde el piso de abajo, haciéndome dar un respingo.

Al racionalizar sus palabras, frunzo el ceño y miro la hora en el viejo reloj de mi mesita. ¡Son las siete y media! ¡Llevo más de cuatro horas leyendo sin siquiera darme cuenta!

Escondo el libro bajo el colchón. Voy a la cocina y ceno a una velocidad pasmosa con la excusa de que me duele la cabeza. Con esa misma excusa les digo que, si no les importa, me quedaré a dormir y que subiré a hacerlo ya. Me gano un par de preguntas del tipo «¿Estás comiendo suficiente fruta a diario?», pero consigo escabullirme.

Recupero el diario y prosigo la lectura.

Harry cada día estaba más raro. Se apartó de Blue y de mi madre, como si necesitara espacio, pero cada noche los buscaba y estaban juntos con una pasión inusitada. Los tres estaban empezando a enamorarse y cada vez se necesitaban más y más.

Y entonces llegó el 10 de septiembre. Blue subió al escenario borracho, tambaleándose. Terminó el concierto a duras penas y, cuando mi madre fue a buscarlo al pequeño *backstage,* lo encontró discutiendo con Harry. «Decidir

no es una opción —no paraba de repetir—. No es una maldita opción.» A mi madre le dio un vuelco el corazón. Ellos se habían cansado de esa relación a tres e iban a hacerla elegir.

—No, no, no —murmuro entregada, llevándome el índice y el pulgar a los labios sin levantar la vista del diario.

¿Cómo iban a hacerla elegir? ¡Los quería a los dos! Pero entonces Blue, al borde de la inconsciencia, susurró: «No puedo elegir, no puedo perderos a ninguno de los dos». Resultó que sí eran un triángulo amoroso, como creía mi madre, pero ella no era el vértice hacia el que miraban los otros dos, ése era Blue. Harry estaba enamorado de él y, por mucho que mi madre le importará, le gustara, incluso la necesitara, necesitaba aún más que Blue se decantara, porque verlo cada día más y más unido a mi madre lo estaba matando por dentro.

A la mañana siguiente, Blue desapareció, dejándoles una escueta nota: «No puedo».

Harry y mi madre se pasaron semanas llorando por él. Todas las noches llamaban a casa de mi madre, al teléfono que mi abuelo le había instalado en su habitación, pero, cuando descolgaba, nadie hablaba. Mi madre sabía que era Blue.

Una noche, ya era octubre, hacía casi un mes que Blue se había marchado, Harry y mi madre quedaron para tomarse un café, como habían cogido por costumbre, en una pequeña cafetería cerca de Portobello Road. Estallaron en risas por una estupidez que pasó en la mesa de al lado, mi madre apoyó la frente en el hombro de Harry y él, su mano en la pierna de ella. De pronto, se dieron cuenta de lo cerca que estaban, de que era la primera vez que se reían así desde que Blue se había ido y, sobre todo, que durante esos segundos, por primera vez también, no lo echaron de menos, se sintieron completos.

Ninguno dijo nada, pero estaba claro que el sentimiento, aunque efímero, había sido real. Empezaron a pasar más tiempo juntos, a llamarse más. Harry volvió a cantar y una lluviosa noche de diciembre, poco antes de Navidad,

después de un concierto, fueron a tomarse un café a una de esas cafeterías de Candem que abren las veinticuatro horas y simplemente se besaron, pero no para cubrir el vacío que les había dejado Blue, sino porque realmente querían. Lo que no podían imaginar de ninguna de las maneras era que Blue había decidido volver. Nada más poner un pie en Londres, había querido buscarlos y los había visto a través del cristal. Con una sonrisa en los labios, dio un paso para entrar en la cafetería, pero entonces se besaron y no fue capaz. Él también había comprendido que ese beso había sido diferente.

Esa noche, cuando Blue llamó a mi madre, habló y le explicó que los había visto. «Estoy enamorado de ti con todo mi corazón, Juls, pero también quiero a Harry y, si tengo que elegir quién tiene que ser feliz contigo, quiero que sea él.» Esa noche se despidieron y Blue nunca volvió a llamar.

Cierro el diario conmocionada al mismo tiempo que mi móvil empieza a sonar. Miro la pantalla. Es una videollamada de Emmet.

—¿Qué pasa, atontada? —me saluda.

Ignoro sus palabras, dándole vueltas a lo que acabo de leer.

—Te he llamado atontada, lo mínimo que puedes hacer es responder. Es muy aburrido ser las dos partes en una guerra de insultos.

—He leído un diario —digo con la voz aún aturdida.

¡Es que estoy alucinada! ¡¿Quién demonios es Harry?! ¡¿Qué fue de él?! ¿Y dónde estaba mi padre en aquella época?

—¿Un diario? —replica Emmet con un resoplido—. ¿Tienes otro? ¿Quién demonios lo ha leído esta vez?

—No se trata de eso —me quejo—. Es el diario de... mi madre —pronuncio con dificultad—. Estoy flipando.

Al escuchar mis palabras, la expresión de Emmet cambia por completo.

—Me tomas el pelo. ¿Has descubierto algo truculento?

—Mucho —prácticamente la interrumpo—. Era *groupie* de una banda de música que actuaba por los garitos de Londres y se enamoró de dos de sus miembros.

—Mira, tienes a quién salir —se burla.

—Nunca habría imaginado la juventud de mi madre así. Siempre di por hecho que fue... —Trato de buscar la palabra adecuada—. No sé —claudico al fin, frustrada—, de otra manera. Mi madre tenía una vida antes de tenerme a mí —sentencio como si hubiera descubierto el origen del universo.

—Qué mal gusto —protesta Emmet.

Seguimos hablando un poco más y nos despedimos con la idea de dormirnos ya. Sin embargo, soy incapaz de desconectar. No puedo dejar de hacerme preguntas y, al final, me sorprendo a mí misma ideando un plan para hablar mañana con mi madre y preguntarle directamente todas estas dudas. Promete ser una conversación interesante.

***

El despertador suena ridículamente temprano, pero no me importa. Tengo que prepararme para ir a trabajar, tener tiempo suficiente para interrogar a mi madre y llegar sin retraso a la oficina.

Al salir de la habitación, cojo el diario. Quiero devolvérselo como gesto de buena fe antes de empezar el interrogatorio.

—Buenos días —saludo a mi hermana cuando nos cruzamos en el pasillo.

Ella, con los ojos hinchados y absolutamente despeinada, camino del baño, sólo me lanza algo tipo ladrido. Parece que madrugar también afecta a los jóvenes enfrentados a la aculturización sistemática producto de una globalización atroz (o algo así; me lo explicó en la comida de ayer y juro que estuve atenta, pero sigo pensando que se inventa dos de cada cinco palabras).

—Buenos días —digo entrando en la cocina.

—Buenos días, cariño —me devuelve el saludo mi padre, tras darle un sorbo a su taza de té.

Barro toda la estancia con la mirada.

—¿Has visto a mamá?

Mi padre niega con la cabeza.

—Esta mañana tenía que acompañar a la tía Suz al médico. Se ha marchado ya.

Tuerzo el gesto. ¡Maldita sea! ¿Qué se supone que voy a hacer ahora con todas mis preguntas?

—Me marchó al trabajo —le anuncio apagada, girando sobre mis talones.

—Espera, cariño —me frena mi padre.

—¿Sí? —respondo dándome la vuelta.

Tiene los ojos clavados en el diario.

—¿Qué es eso? —inquiere, y su voz suena diferente.

Tardo un segundo de más en reaccionar. Lo miro a él y llevo mi vista hasta el cuaderno.

—¿Te refieres a esto? —planteo moviéndolo suavemente.

Él se pasa la mano por la boca y asiente, sólo una vez.

—Mamá se equivocó y lo dejó en la caja de cosas que quería que revisara. Es suyo. No te preocupes, lo guardaré y se lo daré después. Quiero preguntarle algunas cosas.

—¿Lo has leído?

Por un segundo me siento mal y también un pelín asustada, como cuando eres pequeña y te pillan haciendo una trastada, pero después comprendo que él no sabe qué libro es y, además, si estaba dispuesta a confesarle a mi madre que lo he leído, y es su diario, también puedo sincerarme con mi padre.

—Sí.

Una sonrisa fugaz y nerviosa escondida en un resoplido aún más breve se escapa de sus labios.

—No te preocupes —le repito—. Puedo esperar. Quedaré con ella para almorzar y se lo daré.

—Ava, es mejor que se lo dé yo.

—No puedo. Es algo muy personal. Quizá ella no quiera que lo tengas.

Conociendo a mis padres, seguro que mi madre le contó todo lo de Harry y

Blue hace mucho, pero, si por cualquier remota casualidad ése no ha sido el caso, no quiero ser yo quien se lo dé y verme envuelta en otro *diariogate*.

—Se lo daré yo —se parafrasea levantándose y caminando hasta mí.

Vaya, cuánta insistencia.

Frunzo el ceño.

—Papá, ¿pasa algo?

—Nada —responde veloz—. ¿Me lo das? —me pide tendiendo la mano.

Yo escondo la mía tras mi espalda y con ella el diario antes de que lo alcance. Estudio su reacción, cada vez parece más inquieto.

—No, no te lo doy —contesto suspicaz—. Es de mamá. ¿De verdad no te ocurre nada? —añado.

—No —insiste lacónico.

Lo observo un poco más. Es obvio que sí. Calculo mis opciones: subiré, guardaré el diario, me aseguraré de que mi hermana no se entere de nada y bajaré a hablar con papá.

Con el plan detallado en mi cabeza, me giro para salir de la cocina y ponerlo en marcha, pero su voz me detiene.

—No es de tu madre —sentencia.

—¿Qué? —inquiero confusa.

—Es mío.

Sonrío. O se está equivocado o me está tomando el pelo.

—El diario lo escribió una chica, Juls... Jules —añado recordando el nombre completo de mi madre—, mamá.

—Juls es Juliet Moskowitz y yo... soy Blue.

Pero ¿qué coño...?

21

James Arthur. *Safe inside*

No puede ser verdad. Sonrío nerviosa, incrédula y acelerada. Es absurdo. Con mi madre era difícil de creer, pero con mi padre... ¡es sencillamente imposible! Nunca le han gustado los fenómenos fans, las *groupies*. Por el amor de Dios, ni siquiera me dejaba ir a conciertos cuando era una adolescente.

—No puede ser —digo poniendo en voz alta lo único en lo que puedo pensar—. Todavía recuerdo el día que nos pillaste a Emmet y a mí haciendo cola para comprar las entradas...

Sin embargo, mi voz se evapora porque de pronto lo entiendo todo. No quería que me involucrase en ese tipo de cosas porque él ya las había vivido y salió demasiado mal.

—¿Tú eras Blue? —demando casi en un quejido, e involuntariamente me fijo en sus ojos increíblemente azules, como el zafiro—. Era tu apodo, ¿verdad?

Mi padre asiente.

—¿Por qué no nos sentamos? —me pide señalando la mesa de la cocina —. Deberíamos hablar.

Cuando lo hago, todas las preguntas desaparecen de mi mente y me quedo en silencio como un pasmarote. Me había llevado todo el día de ayer y prácticamente toda la noche mentalizarme de que mi madre había vivido una historia de amor con dos chicos, pero es que no era mi madre, ¡era mi padre! Creo que me falta el aire.

—Cuando tenía veinte años monté un grupo de música —empieza a explicarme, viendo mi incapacidad para decir palabra—. Pierce tocaba la batería, Mark y yo la guitarra y Harry era el cantante.

Al pronunciar su nombre, su mirada, por una milésima de segundo, se llena de un montón de emociones diferentes.

—¿De qué conocías a Harry?

—De la universidad —responde breve—. Cuando estaba en tercero, estudiar empezó a parecerme una pérdida de tiempo. El profesorado era retrógrado y había normas clasistas y estúpidas que cumplir. Sentí que tenía que rebelarme y lo dejé.

Parece que la *neoglobalizada* de mi hermana Scarlett también tiene a quién salir.

—Tu abuelo no lo entendió —continúa— y me fui de casa. Sentía que tenía muchas cosas que decir, que necesitaba una manera de expresarme diferente, nueva, y encontré la música.

Sonrío. No puedo decir que no lo entienda. La música es todo eso y más. Lo vi en Tyler, en William, en los chicos, tocar los hace felices, libres, pero también en Emmet, en mí misma. Da igual si tienes trece años o setenta, una sola canción puede cambiar tu manera de ver el mundo.

—Harry lo era todo para mí y no me refiero a que estuviéramos juntos ni nada parecido. Tenía la sensación de que me entendía. Sabía que siempre estaría a mi lado y yo habría parado una bala por él. Estábamos conectados.

Eso también lo entiendo y lo hago a todos los niveles en los que se puede comprender esa frase. Pararía una bala por mi hermana Scarlett, aunque, con toda probabilidad, después me la sacaría yo misma del pecho y se la tiraría a la cabeza pues, con toda probabilidad también, seguro que se la merecía. Lo haría por Emmet, sin dudar, aunque también existe la posibilidad de que el tirador en cuestión tuviese sus motivos. Y lo haría por Tyler. Incluso ahora, a pesar de que me odia y ni siquiera quiere tenerme cerca, haría cualquier cosa por él.

—Pero la noche que vi a Juliet me enamoré. Fue así de simple y así de brutal. En aquella época tenía la sensación de que estaba perdido y cualquier emoción que me golpeaba lo hacía hasta dejarme sin aliento. Era complicado

—añade con una sonrisa al darse cuenta de cómo han sonado sus propias palabras.

Sonrío con él.

—Y bonito —añado.

Mi padre me mira y puedo ver cómo su cuerpo entra en un profundo alivio. Creo que temía que lo juzgase, pero yo nunca lo haría. Puede que me haya quedado al borde del estado de *shock,* pero ha sido el primer impacto. Lo entiendo y, aunque no lo hiciera, nunca voy a dejar de quererlo.

—Estar los tres juntos puso muchos sentimientos sobre la mesa y todos, poco a poco, fueron entremezclándose. Yo era feliz. La tenía a ella y lo tenía a él, y Dios bien sabe que Juliet era incapaz de elegir entre los dos, pero Harry...

—Él estaba enamorado de ti, ¿verdad? —termino la frase por él.

Mi padre asiente.

—Sí.

Pierde la vista en el ventanal de la cocina y el siguiente minuto se queda en silencio, muy quieto. Es obvio que hay heridas que nunca dejan de doler.

—Me pidió que eligiera. Me dijo que no teníamos que dejar de ver a Juliet, que a él también le gustaba estar con ella, pero que necesitaba saber que mis sentimientos por él eran más fuertes que todo lo demás. Yo no quería mentirle, creo que ni siquiera sabía, y elegí la opción más cobarde.

—Huiste.

—Recogí mis cosas en mitad de la noche y cogí el primer autobús a Manchester. Fueron los peores meses de mi vida —recuerda en un susurro—. Echaba de menos a Harry y creía que iba a volverme loco si no volvía a ver a Juliet. La llamaba cada noche porque necesitaba oír su voz, pero, cuando abría la boca dispuesto a hablar, recordaba a Harry, el daño que le haría, y me quedaba callado como un idiota, refugiado en el consuelo de saber que, por lo menos, ella estaba al otro lado de la línea, a doscientas diecisiete millas. ¿No te parece increíblemente estúpido?

No lo dudo.

—No —digo albergando sus manos con las mías.

Mi padre me mira y una tenue sonrisa se apodera de sus labios.

—Tienes un corazón enorme —me dice.

—Supongo que lo he heredado de ti —replico, y ahora soy yo la que sonríe.

Mi padre vuelve a apartar la mirada al tiempo que aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Recordar todo esto no debe de ser fácil para él y nunca le agradeceré lo suficiente que lo esté compartiendo conmigo.

—Regresé ciento once días después —dice volviendo a mirarme—. No lo soportaba más. Había pensado un discurso muy elaborado. Podíamos vivir los tres juntos. Podíamos hacer que funcionara. Sabía que tendría que convencer a Harry, pero no me importaba. Hice autoestop hasta Londres y, en cuanto puse los pies en la ciudad, fui a buscarlos a Candem Town. Estaban en aquella cafetería. Nadie que los contemplara desde donde los contemplaba yo podría decir que no eran una pareja de novios como otra cualquiera. Yo sonreí. Esa idea me hizo feliz, para mí era la prueba de que nuestra relación podía funcionar, pero, entonces, se besaron y simplemente lo comprendí —sentencia encogiéndose de hombros.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿El qué?

—Que ya funcionaba —contesta—. Para ellos ya funcionaba. Eran felices. No me necesitaban.

—¿Y por qué no hablaste con Juliet? Ella estaba enamorada de ti, te habría elegido a ti.

—Porque habría parado una bala por Harry, ¿recuerdas? —replica con una sonrisa—. Preferí que ellos fueran felices, aunque eso significase renunciar a serlo yo.

—¿Él alguna vez supo lo que hiciste?

—No —responde negando con la cabeza—. No lo sé. Esa noche me

despedí de Juliet por teléfono y no volví a hablar con ellos ni a verlos nunca más. Regresé a Manchester, encontré un trabajo y, poco a poco, las cosas dentro de mí empezaron a calmarse. Hice las paces con el abuelo, volví a Saint Luke's y a la universidad, terminé la carrera y conocí a tu madre.

Su mirada vuelve a llenarse de cosas que identifico al instante: amor, adoración, complicidad. Aun así, hay algo que necesito preguntar.

—¿Te arrepientes?

—No —contesta, y no hay un solo gramo de duda en su voz.

Mi padre se inclina sobre la mesa y aprieta mis manos con fuerza.

—Mamá, Scarlett y tú sois mis chicas —sentencia, y una sonrisa inunda sus labios—. No os cambiaría por nada del mundo.

Su gesto se contagia en mis labios y en los de los dos se hace más grande.

Cojo el diario, a mi lado en la mesa, y lo arrastro hasta dejarlo frente a él.

—Esto te pertenece —le digo, y él sonríe, pero de pronto caigo en la cuenta de algo—, pero ¿por qué lo tienes tú?

—Más o menos un año después, alguien, imagino que Juliet, lo dejó en el buzón de casa del abuelo. Siempre he pensado que lo hizo para decirme que no me preocupara, que Harry y ella estaban bien, y a partir de aquella noche empezaron otra etapa de sus vidas.

—¿Nunca has tenido curiosidad por saber qué ha sido de ellos?

Mi padre niega con la cabeza.

—Aquella noche yo también empecé otra etapa de mi vida.

Vuelvo a sonreír. Creo que no podía haber una respuesta mejor.

—Ahora entiendo por qué no me dejabas ir a conciertos y ser una auténtica fan cuando era una adolescente —comento mitad divertida, mitad impertinente.

—Pensaba que te estaba protegiendo.

—Y puede que no te equivocaras.

Las palabras salen de mis labios antes de que pueda controlarlas y, tan pronto como lo hago, me arrepiento. Huyo de la mirada de mi padre, pero ya

ahora tengo clarísimo que no va a dejarlo pasar, así que mejor afrontar la situación.

—Lo mío con Tyler terminó mal —me sincero—. Yo...

—Tú eres la chica del periódico.

Su respuesta me hace alzar la mirada y buscar la suya. ¿Cómo es posible que lo sepa?

—¿De verdad crees que un padre no reconoce a su hija en una fotografía besándose con dos de los chicos a los que dicho padre lleva más de un mes planeando asesinar?

No puedo evitar que la última parte de su alegato me haga gracia.

—Ellos no tuvieron la culpa. Fue Martin.

—Cabrón —murmura entre dientes.

—Pierde cuidado. Emmet y yo nos hemos vengado.

—Ésa es mi chica —contesta levantando suavemente su taza de té a modo de brindis antes de darle un sorbo.

—Pero eso no quita que yo... —ni siquiera sé cómo continuar. Tyler. Tyler. Tyler. Lo quiero. No puedo pensar en otra cosa y cada segundo que estoy separada de él, me duele.

—Me equivoqué —sentencia mi padre.

Lo miro esperando a que continúe.

—Me equivoqué pidiéndote que te alejaras de los No Regrets y con toda seguridad lo hice también cuando eras una cría, tratando de alejarte de la música. Tyler te quiere.

—Tyler me odia —le rebato—. Además, ¿cómo lo sabes? Ni siquiera lo conoces.

—Pero te conozco a ti, y sólo necesito verte ahora para saber que lo que teníais era de verdad. Esa clase de sentimientos no son unilaterales y no se pueden esconder —añade con una dulce sonrisa—. No lo dejes escapar, Ava. Yo no me arrepentí de mis decisiones. No te arrepientas tú de las tuyas.

Las palabras de mi padre se quedan flotando en mi mente. Lo último que

quiero es perder a Tyler, arrepentirme por no haber luchado lo suficiente por él, pero ¿qué más puedo hacer? Él tampoco me lo está poniendo fácil.

Continúo pensando durante el viaje en metro hasta el trabajo, incluso en todas las horas de la mañana, pero siempre llego a la misma conclusión. ¿Qué se supone que debería hacer? ¿Qué se supone que debería decir?

—Ava, Ava, Ava... —irrumpe Emmet en mi oficina, dirigiéndose flechada hasta mi mesa.

Extrañada, miro el reloj en la esquina inferior de mi pantalla. ¿Habíamos quedado para almorzar y no lo recuerdo?

—¿Qué pasa? —inquiero.

—Qué no pasa —replica veloz, bordeando mi escritorio y empujándome con la cadera para que me haga a un lado y le deje una porción de silla.

—Pon las noticias —me ordena señalando la pantalla con un rápido movimiento de barbilla y los ojos centrados en ella.

—Por si no lo has notado —replico impertinente—, esto es un ordenador, no una tele.

Mi amiga pone los ojos en blanco, se apodera de mi teclado y entra en la web de VH1.

—Neoburguesa —masculla.

Yo finjo no oírla.

—¿Qué pasa? —vuelvo a preguntar.

Emmet me chista y en la pantalla comienza a hablar una chica muy rubia y con una sonrisa muy grande.

—Está siendo toda una revolución —comenta la presentadora entusiasmada y moviendo las manos un número ridículo de veces—. Nadie podría haberse imaginado que algo tan pequeño creara una ola así de grande, pero por eso nos encanta la música, porque nos sorprende.

—¿De qué está hablando? —demando nerviosa.

—Es el vídeo que subiste. ¡Tu hashtag! —contesta Emmet con una sonrisa gigante— #myNoRegrets. Todo el mundo está etiquetando sus canciones

favoritas del grupo con él. Ahora mismo es *trending topic* ¡mundial, Ava!

La miro sin poder creerme lo que está diciendo. ¡Estoy alucinada!

—No puede ser... —murmuro admirada.

Pero sí está siendo. Cada fan, cada persona que alguna vez se ha enamorado de una canción de los No Regrets, está usando el hashtag para enseñárselo al mundo. ¡Es maravilloso!

El resto del día soy incapaz de separarme del ordenador o, en su defecto, del teléfono móvil. A las canciones siguieron trozos de actuaciones en directo, pedazos de entrevistas, fotos, letras, entradas. Una chica ha contado que abrieron el baile de su boda con *You*. Otra, que pasó una temporada en el hospital y *Beautiful smile* siempre la hacía sonreír, dándole fuerzas. Un chico, que se declaró con *Live secret dreams*. Todos tienen una historia que compartir, un bonito recuerdo. Así es cómo No Regrets merece ser recordado.

Estamos tiradas en el sofá, cada una en un sentido, comprobando las redes sociales y contándonos las cosas que vemos.

—Un chico dice que descubrió que era gay viendo a Connor en el video clip de *I want to wake up every morning with you* —comenta Emmet, con la mirada en su móvil—. ¡No sabe cómo lo entiendo!

Sonrío. Ese videoclip despertó muchas pasiones. Supongo que ése fue el objetivo cuando colocaron a Connor Bay en bóxers en una cama, recordando a su chica mientras apagaba y encendía una lámpara con la mirada triste, pidiendo amor.

—Una mujer dice que la canción preferida de su hija pequeña es *Stars* —replico—, que la usa para levantarla por las mañanas y siempre lo hace bailando.

No dejan de llegar recuerdos, anécdotas. Es maravilloso.

Estoy curioseando en Instagram cuando mi móvil comienza a sonar y, tras una milésima de segundo, el nombre de William aparece en la pantalla.

Me incorporo como un resorte con los ojos clavados en el *smartphone*. Es la última persona que pensé que me llamaría.

—¿Quién es? —inquiere Emmet, curiosa.

—Es... es William.

Mi amiga se queda boquiabierta y también se incorpora deprisa.

—¿Qué quiere? —pregunto confusa y también sorprendida.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? ¡Cógelo! —me azuza.

Asiento. Me levanto y, camino a mi habitación, descuelgo.

—Hola —respondo.

Unos segundos de silencio.

—Hola —contesta al otro lado—. ¿Qué tal estás?

Miro a mi alrededor pensando la respuesta. La estancia está prácticamente a oscuras, iluminada sólo por la pantalla del portátil que dejé encendido en la página de Twitter.

—Si me hubieras llamado ayer, te habría dicho que mal, pero hoy creo que estoy un poco mejor.

Una sonrisa tenue pero sincera se apodera de mis labios. No he mentido. Sigo triste y hundida por lo de Tyler, pero saber que la gente los quiere, a él y a los chicos, me hace sentir mejor.

—Gracias, Ava —dice tomándome por sorpresa.

—¿Por qué? —demando confusa.

—Por eso que te ha hecho sentir un poco mejor.

—Yo no... —me apresuro a rebatirle.

—Tú fuiste la única que nos grabó sabiendo que éramos nosotros —me interrumpe.

Me muerdo el labio inferior, mortificada. Adiós a mi coartada.

—Se estaban diciendo un montón de mentiras en la prensa. Yo sólo quería que la gente os recordara por lo que merecéis ser recordados —le explico—. Por nada del mundo me gustaría que pienses que pretendía sacar algún provecho del vídeo.

—Lo sé —responde sin dudar—. Puede que me equivocara en muchas cosas, pero te conozco.

Sonrío aliviada.

—Muchas gracias, William.

—Un placer.

Los dos nos quedamos en un cómodo silencio, seguros de que el otro sigue al otro lado. Con el paso lento, sin ninguna motivación en especial, me acerco al ordenador.

—Es bonito —dice de pronto—, sentir que hemos formado parte de la vida de tanta gente.

—Y seguís haciéndolo. —Trato de contenerme, pero no soy capaz y creo que tampoco quiero—. Soy consciente de que, con toda probabilidad, me esté metiendo donde no me llaman, pero ¿por qué no tratáis de arreglarlo?

—Ava —me reprende, pero sé que no está enfadado.

—No sois como la prensa dice que sois; os queréis, cuidáis los unos de los otros. Sois hermanos. Podéis superar todo lo que ha pasado.

Y en ese momento concreto, como si los astros de alguna manera se alinearan para coincidir justo ahora, justo en este instante, un nuevo tuit aparece en el ordenador. Es una foto de los No Regrets, pero no es una foto cualquiera, ni siquiera es profesional. Están los cuatros en una habitación de hotel con pinta de ser demasiado barata, con veintipocos, riendo. Tiene que ser del principio de su carrera. Están felices, despreocupados, como en esa canción de los Take That, «cuando éramos jóvenes y cada día era como soñamos». Pero lo más importante no es la foto en sí, es quién la ha colgado: Oliver.

—William, ¿lo estás viendo?

—Sí —susurra, y la esperanza toma su voz—. Tengo que hacer una llamada —añade veloz.

—Claro que sí —respondo entusiasmada, y una lágrima cae por mi mejilla de pura emoción, mezclándose con mi sonrisa—. ¿Crees que funcionará?, ¿que volveréis a estar juntos?

—No lo sé —contesta sincero—. Para volver a cantar juntos creo que

necesitaríamos un motivo demasiado bueno, pero esa foto sí significa que puedo recuperar a mis hermanos. Y ahora mismo es lo único que me importa.

Mi sonrisa se ensancha. William Hamilton, eres increíble.

—Pues no los hagas esperar —replico socarrona.

—Gracias, Ava.

—A ti, William.

Llena de esta especie de felicidad, vuelvo a no poder contenerme y, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, marco el número de Tyler. Ni siquiera contemplo la opción de que no conteste. Es la felicidad loca e inconsciente recorriéndome las venas, haciéndose más y más grande por la posibilidad de volver a oír su voz.

Dos tonos después, responde.

—Tyler —lo llamo esperanzada.

Un segundo de silencio, dos, tres. No contesta, pero sé que no ha colgado y la felicidad se transforma en una mínima esperanza que de pronto es como una mecha diminuta con tanta fuerza que puede iluminar una habitación entera.

—Sé que estás asustado porque yo también lo estoy —empiezo a decir en un murmuro, casi en un hilo de voz—. Han pasado muchas cosas muy rápido y de golpe todo lo que teníamos desapareció, pero no te preocupes, porque siempre tendrás a los chicos... y a mí.

Los nervios atenazan mi estómago y tengo un nudo en la garganta que casi me impide respirar. Creo que no voy a ser capaz de seguir, pero entonces, sólo, simplemente, cierro los ojos y me concentro en cómo Tyler me hacía sentir.

—Te quiero —continúo, y mi voz se llena de lágrimas al mismo tiempo que una sonrisa débil y fugaz se apodera de mis labios— y, con toda franqueza, me siento como una verdadera idiota porque debería habértelo dicho antes: en Brighton, en mi habitación, besándonos bajo la lluvia... porque ya te quería entonces. Me equivoqué al escribir esa estupidez en el diario porque ese miedo de pensar que me harías daño era sólo mi corazón,

completamente asustado, por sentirse al fin completo y no supe interpretarlo porque nunca, jamás, lo había sentido y nunca, jamás, volveré a sentirlo. Pero... ¿sabes qué?, no importa que no volvamos a vernos, que no vuelvas a hablar conmigo. Estoy enamorada de ti y sé que sólo con eso me bastará para ser feliz el resto de mi vida.

Uno, dos, tres segundos de silencio.

—Adiós, Tyler.

Cuelgo.

Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. A partir de este momento, toca recuperar mi vida.

22

No Regrets. *All the damn times I had her under me*

El despertador suena cada día a las seis y media. Cada día también, Emmet prepara el té, el beicon y los huevos revueltos mientras me ducho. Yo, el zumo, la fruta y las tostadas mientras se ducha ella. Desayunamos escuchando Radio 1. Después nos cepillamos los dientes, el último retoque al pelo y los zapatos y todos los días chocamos los puños en la estación de metro de Angel. Yo voy hacia el sur en dirección Morden; ella, en sentido contrario, al norte, hacia High Barnet.

La mañana siguiente a que me despidiera de Tyler por teléfono, el despertador suena a las seis y media, pero es un ruido extraño, como el de una grúa o algo grande y metálico, el que me saca de la cama a las seis y treinta y siete.

—¿Qué demonios ha sido eso? —se queja Emmet en mitad del pasillo, con cara de sueño y pocos amigos.

Yo termino de ponerme el jersey encima del pijama, lo primero que he cogido, pues hace un frío que pela para ser finales de septiembre, y me encojo de hombros adormilada. Es demasiado temprano para pensar.

Entonces, otra serie de ruidos más pequeños, pero siempre con un tintineo metálico, empiezan a sonar.

—No me puedo creer que estén haciendo obras otra vez —protesta Emmet, quejumbrosa—. ¡Dejad la maldita calle con sus malditos baches! —añade a voz en grito.

Las dos nos dirigimos a la cocina, pero, de repente, todos los ruidos parecen repetirse casi a la vez, un fastidioso pitido rasga el ambiente y...

Suena.

Su voz.

Las dos salimos flechadas hacia la ventana del comedor. Aún estamos a unos pasos cuando *All the damn times I had her under me* comienza a sonar desde la calle. Es su voz. Es él. Es Tyler.

Empujamos el bastidor de la ventana hacia arriba y nos asomamos. Los No Regrets. ¡Los No Regrets! Tyler, William, Connor, Oliver, ¡todos!, están en la calzada frente a nuestro edificio, ¡cantando!

Mi mirada lo recorre entero, alimentándose de él. El pelo negro mecido por el viento, sus ojos grises y sus facciones entregadas a la canción que está cantando. Ese aire rebelde escondido en su marinero, en sus vaqueros gastados, en sus botas... Sonrío como una idiota y me embebo un poco más de él.

Está aquí. No puedo pensar en otra cosa.

Los vecinos empiezan a asomarse a sus ventanas o directamente a bajar, uniéndose a los viandantes que empiezan a abarrotar la calle. El tráfico está detenido, pero a nadie parece importarle.

Y, entonces, llega el estribillo y Tyler no dice «todas las malditas veces que la tuve debajo de mí», canta «todas las malditas veces que te tuve debajo de mí» y sucede que todas las ocasiones desde que tenía catorce años en las que sentí que estaba cantando esa canción para mí, incluso cuando lo hizo en el concierto de París o en Wembley, se solapan y se unen y se transforman y hacen que este momento sea aún más feliz porque ahora no hay dudas. El hombre que hace que mi corazón lata desbocado está debajo de mi ventana, diciéndome que me quiere de la más bonita de las maneras.

Guitarras. Su voz. La canción más increíble del mundo. Cuando termina, la multitud estalla en aplausos, Emmet y yo incluidas. Tyler, con una mano todavía en el micrófono y la otra agarrando el mástil de su guitarra, alza sus impresionantes ojos y busca mi mirada.

Todos enmudecen y yo siento que, si saltara ahora, podría volar.

—Te quiero —pronuncia sin un solo resquicio de duda—. Es así de

simple, de sincero, de brutal, incluso de cruel. Tú tenías razón. Estoy asustado, pero no me importa, porque no quiero otros ojos, ni otras manos, ni otros besos. No quiero otra historia. Me da igual cómo de complicada haya sido ésta. No quiero otro comienzo y me niego en rotundo a que tengamos un final.

No lo dudo. ¿Cómo demonios iba a hacerlo?

Corro hacia la puerta y bajo la escalera como un ciclón. Abro la del portal y, en cuanto mis pies tocan la calle Theberton, en mitad de Islington, me detengo y lo miro porque quiero recordar este momento el resto de mi vida.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Sonríe. Sonrío. Y me lanzo a sus brazos sabiendo que él me cogerá siempre.

Tyler me besa con fuerza y mi corazón late descontrolado.

—Tú das sentido a todas las canciones que canto —susurra contra mis labios—. Te quiero, Ava.

—Te quiero, Tyler.

La gente estalla en aplausos. Connor y Emmet nos vitorean.

—Parece que el motivo que necesitábamos para volver a cantar juntos era que uno de nosotros recuperara a su chica —comenta William.

—Un gran motivo, sin duda alguna —sentencia Connor.

—El chico del sombrero tiene razón —apostilla Oliver.

—Creo que deberíamos hacer esta clase de cosas más a menudo —comenta Connor—. Podríamos cantar en bodas.

—Ir los cuatro con el mismo esmoquin —añade Oliver, encantado con la idea—, como una orquesta de los años cuarenta.

—Si William consiente en ponerse un vestido plateado de lentejuelas —propone Connor—, yo soy capaz de tocar la trompeta detrás de un atril con una nota musical dibujada.

—William pasa oficialmente de vosotros —sentencia el propio William.

—Vamos —gimotea Oliver, tratando de convencerlo—. Yo tocaría el trombón. No, mejor los platillos —se corrige a sí mismo.

—El xilófono —replica Connor, señalándolo, y los dos asienten,

decidiendo tácitamente que es el instrumento más divertido.

—¿Y si volvemos a separarnos, por favor? —les pide William.

—¿Todo esto es porque quieres tocar tú el xilófono? —le responde Connor.

Los tres se miran y, al cabo de unos segundos, como si ya no pudiesen disimularlo más, estallan en risas.

Tyler y yo, entre besos, también lo hacemos. Se separa lo suficiente como para atrapar mi mirada, y sus ojos acaban recorriendo mi rostro entero para volver a centrarse en ella. Yo me muerdo el labio inferior tratando de contener la sonrisa más grande del universo, una misión completamente imposible, pero hoy me importa menos que nunca.

—Buenos días, Ava —susurra.

—Buenos días, Tyler.

«Buenos días, amor.»

Epílogo

Wet Wet Wet. *Love is all around*

—No, no voy a dejarte que escribas en mi diario —responde entre risas.

La tengo inmovilizada debajo de mí, haciéndole cosquillas sin piedad.

—Tyler —gimotea entre carcajadas—, por favor.

Sonrío y mis ojos se pierden en su precioso rostro, en sus ojos grandes y marrones, en su pelo castaño, en esa naricita que me vuelve loco y en sus labios. Llevaba ocho semanas de infierno echándola de menos y me costaba trabajo incluso respirar.

Mis manos se detienen, pero no se separan de su piel. No quiero separarme de ella nunca más.

—Tyler —pronuncia de nuevo, pero esta vez suena como el susurro más dulce del mundo.

Alza la mano y, despacio, acaricia mi mejilla. ¿Cómo he podido tener tanta suerte? Sólo puedo pensar en hacerla feliz.

Me inclino y la beso y, apenas unos segundos después, mi cuerpo está cubriendo el suyo. El beso se hace más profundo y los dos perdemos el control de la situación. No hay otra opción cuando está cerca. No quiero otra opción que no sea más.

Nos muevo y la dejo encima de mí, con sus rodillas flanqueando mis caderas. Hundo mis manos en su pelo y la atraigo otra vez hacia mí.

No existe nada, sólo ella.

***

Querido diario:

Soy Tyler. He decidido escribir para comprobar por qué mi chica, con veintiséis años,

sigue haciéndolo. ¿Cómo funciona? ¿Tengo que contarte lo que he comido? Oliver hizo una mariconada que colocó sobre unas hojas de lechuga de colores, a las que llamó «cama», y encima no me dejó tomarme una cerveza y tuve que beber vino. Me sentí demasiado en contacto con mi lado femenino, pero me prometió que, si me lo comía, me haría tarta de chocolate mañana. Ahí me sentí como un crío al que sobornan con galletas, pero es que hace una tarta increíble... así que, como un niño bueno, me terminé todo el vino y, cuando Connor empezó a tirarme bolitas de pan, me comporte bien y esperé a que Oliver se fuera a la cocina para abalanzarme sobre él y hacerle una llave de yudo.

—¿Qué más tengo que escribir? —pregunto a voz en grito para que me oiga desde el baño—. ¿La ropa que llevo puesta? —De pronto caigo en la cuenta de algo—. ¿Tú lo pones?

Sonrío pensando en uno de esos pijamitas que me vuelven loco o, mejor aún, en cómo se le pegó el vestido a la piel en Brighton, y recorro las páginas a una velocidad de vértigo esperando encontrar algo del tipo «me di una ducha y toda mi piel se quedó muy húmeda. Fui a vestirme, pero no sabía qué ponerme, así que estuve paseándome por la habitación sólo con la lencería y unas medias al muslo y unos tacones, hasta que no pude más y me tumbe en la cama, deslicé los dedos por mi cuerpo...».

—¿Has terminado ya? —inquiere impertinente, deteniéndose frente a mí.

Levanto la mirada del diario y la recorro de arriba abajo: sus Converse, sus vaqueros, su jersey de punto, la coleta de la que siempre se le escapan unos mechones, y sucede que es todavía mejor que todas y cada una de mis fantasías.

Ava sonríe y otra vez no necesito más. La cojo de la muñeca y tiro de ella hasta traerla de nuevo a mi cama, hasta tenerla debajo de mí.

—Tyler —murmura contra mis labios—, no podemos. Nos están esperando.

Pero acallo sus protestas con más besos y ella se deja hacer porque lo desea tanto como yo.

Otra vez rodamos por la cama. Dios, sabe tan jodidamente bien que es incluso ridículo. Cuando empezamos, tenía que luchar cada segundo de cada hora de cada día para no embestirla contra la primera pared que encontrase.

Es preciosa y dulce y generosa y divertida. No me equivoqué cuando dije que ella daba sentido a todas las canciones que canto, porque, hasta que llegó a mi vida, tenía la sensación de que todas, yo mismo, el mundo, estábamos vacíos.

—¡Tyler! —grita Connor desde el piso de abajo—. ¡Tenemos que irnos!

Maldigo entre dientes contra su boca y Ava rompe a reír contra la mía. El sonido hace vibrar todo mi cuerpo y no tengo más remedio que apartarme para poder ver su sonrisa.

—Eres preciosa —digo incluso antes de poder pensar con claridad que quería decirlo, como si mi cuerpo y mi cerebro se hubiesen puesto de acuerdo y hubieran actuado por su cuenta.

Ella arruga la nariz, avergonzada. Ahora me lo parece todavía más.

—Tú tampoco estás mal —replica.

Vuelvo a besarla, vuelvo a perder el control y Connor vuelve a gritar mi nombre, acompañado de una serie de insultos muy poco elegantes para alguien que siempre dice «permítame que me presente».

Ava aprovecha que refunfuño de nuevo por tantas interrupciones y se levanta entre risas.

—¿A dónde crees que vas? —le pregunto siguiéndola con la mirada.

—No me perdería esto por nada, señor Evans —sentencia con una sonrisa.

Justo antes de salir, me guiña un ojo llena de toda esa dulzura y yo suelto un bufido divertido.

Nota mental: la próxima vez arráncale la ropa con la boca en cuanto nos quedemos solos, así me aseguro de que no irá a ninguna parte.

***

Un par de minutos después estoy bajando la escalera, ajustándome las pulseras de la muñeca. Ava está junto al sofá, hablando con Emmet. Me mira y sonríe y el gesto se contagia automáticamente en mis labios. Me pregunto si algún día podré mirarla sin sentirme así.

—La Piazza nos espera —comenta Oliver, risueño, cogiendo la guitarra.

La última vez que lo hicimos fue cuando Ava nos grabó. Aquel vídeo y el hashtag #myNoRegrets sirvieron para unirnos de nuevo y para comprender muchas cosas, la más importante de todas, que nuestros fans nos quieren incondicionalmente. Me he pasado demasiados años con demasiado miedo, pensando que, si no estaba al nivel, los decepcionaría, pero estaba equivocado. Si fallas, te perdonarán y, si te caes, te ayudarán a levantarte. De pronto, toda la maldita perspectiva ha cambiado porque he entendido que nos quieren de verdad. Otra cosa que tengo que agradecerle a la señorita Ava Collins, porque fue ella quien les dio voz.

Me pongo el marinero y unos guantes de esos que no tienen dedos, Connor me explicó cómo se llaman, pero no hay ninguna posibilidad de que recuerde una palabra tan cursi.

De un paso, me acerco a Ava. Mi proximidad le hace morderse el labio para no sonreír y eso me la pone dura de golpe.

—No quiero que pilles una pulmonía —le digo ajustándole su bufanda de rayas rojas y metiéndosela dentro del abrigo.

Su sonrisa se hace más grande.

—¿Siempre vas a cuidar de mí? —inquiere insolente.

—No lo dudes —respondo, inclinándome sobre ella.

No me separo todo lo que debería y nos quedamos muy cerca. Ava suspira sin poder apartar sus ojos de mí y yo ya sólo puedo pensar en llevármela arriba.

—También puedes cuidar de mí —comenta Emmet.

Frunzo el ceño y llevo mi vista hasta ella, que asiente muy convencida, provocando que me pase la palma de la mano por la boca, conteniéndome para no sonreír.

—Lo tendré en cuenta —digo poniendo sobre la mesa mis perfectos modales—, pero creí que te gustaba Connor.

—Y me gusta —sentencia ella juntando las palmas de las manos y

ladeando la cabeza con una sonrisa enorme—, pero, si te has quedado con ganas de seguir teniendo gestos superrománticos, no me importa que anudes mi bufanda. Lo hago por ti —sentencia asintiendo de nuevo.

Me muerdo el labio inferior al tiempo que achino la mirada, tratando de averiguar qué demonios se supone que tengo que contestar a eso mientras mi novia, frente a mí, no se esfuerza mucho en disimular una sonrisilla.

—Gracias, supongo.

—Un placer —responde ella veloz, dándome una palmada en el hombro y echando a andar con el paso discretamente acelerado para alcanzar a Connor.

Miro a Ava, que ya sonríe sin ambages.

—¿Tu amiga acaba de ofrecerme su bufanda? —pregunto desconcertado.

—Nunca tendrás una fan como ella —replica riéndose claramente de mí.

Se pone de puntillas, apoyada en mi pecho para darme un beso en la mejilla y sale flechada hacia el ascensor. Creo que es la que está más emocionada porque volvamos a cantar en la Covent Garden Piazza.

La plaza está abarrotada de gente. Es increíble. Londres lo es.

Trucamos la farola y nos enganchamos. Me cuelgo la guitarra y la pruebo, sólo una nota, un rugido metálico que toma el amplificador. Oliver, a mi lado, sonríe orgulloso y yo le devuelvo el gesto. No he podido tener un maestro mejor.

Connor se acerca al micrófono, lo sujeta con las dos manos y nos observa. Los cuatro intercambiamos una mirada. Creo que ahí ha radicado siempre nuestra fuerza. Somos cuatro piezas que Dios lanzó a la tierra hace millones de años con la idea de que volvieran a encontrarse. Por eso Oliver y Connor lo solucionaron. Por eso William y yo lo hicimos. Cuando en el *backstage* del concierto de Wembley lo vi besando a Ava, creí que iba a volverme loco. Sólo podía pensar en partirle la cara, por eso tuve que marcharme, pero cuando después Ava me pidió estar juntos, aunque jamás hubiese renunciado a ella, tenía que conseguir que William lo entendiera, que de alguna manera nos diera su bendición. Él ni siquiera quiso escucharme, pero entonces le dije «la

quiero» y William supo ver cómo de sinceras eran esas palabras, como no volvería a decirlas de cualquier otra chica jamás. Se giró y me abrazó y sentí que, después de una jodida eternidad, por fin todo encajaba en su lugar.

Sonreímos. La comunión es perfecta. Connor acerca sus labios al micrófono, cierra los ojos y, con la primera nota, la música estalla. Es lo único que sabemos hacer, lo único que queremos hacer, y nos encanta.

La gente comienza a arremolinarse a nuestro alrededor, a aplaudir, a disfrutar, y eso lo hace todo todavía mejor. Ava nos graba con su teléfono, se hace *selfies* con Emmet, canta. Y creo que por eso la quiero todavía más, porque ella también forma parte de todo esto, lo llena con un poco más de luz.

No sé cuántas horas nos pasamos tocando. Ni siquiera nos importa.

De vuelta al Estudio, llevo a Ava de la mano. Ella va charlando con Emmet, y yo, en realidad, voy haciéndolo con los chicos, pero, sin quererlo, empiezo a pensar en muchas cosas. Pienso en cómo me sentía antes y cómo lo hago ahora, pienso en el valor. Me tatué la palabra *courage* para recordarme a mí mismo que no tenía que estar siempre asustado, pero fue Ava quien me demostró que realmente era así. Por eso me dolió tanto ver aquellas frases en aquel asqueroso periódico. Podía asumir que cualquier persona viese a ese Tyler, pero ella no. Ella me había enseñado a ser mejor. Vuelvo a pensar en la suerte que tengo y vuelvo a pensar en hacerla feliz, y esas frases se alían y me hacen pensar en muchas otras.

Ava se suelta de mi mano y cruza la verja de hierro. Saluda a Tittus y continúa caminando. William llama al ascensor.

Me hacen pensar en cuánto la quiero.

Ava sonríe, casi ríe, por algo que ha dicho Emmet, y su gesto se contagia en mis labios.

En que estoy loco por ella.

—Cásate conmigo —suelto de pronto.

Todos se detienen y se quedan callados. Ava se gira hacia mí con los ojos como platos, boquiabierta.

«Ella te dio valor, ¿no? Pues demuéstralo.»

—Sé —pronuncio dando un paso adelante— que dije muchas veces que debíamos tomárnoslo con calma, disfrutar de lo que teníamos, pero después ocurrió todo aquello y estuve sesenta y siete malditos días sin poder tocarte y me di cuenta de lo estúpido que había sido y me arrepentí de todas las veces que podía haberte visto sonreír en todo ese tiempo, besado o dicho que te quiero. Así que no quiero esperar más. No quiero esperar más para que nos compremos una preciosa casita en Notting Hill y vivamos juntos. No quiero esperar más para tener un perro y averiguar si *Gato* sigue saliéndose con la suya —una sonrisa me inunda, el imaginar todo con ella lo hace—. Quiero jugar al Scrabble en casa de tus padres, pelearme con estos tres idiotas y poder contártelo para que me digas que no tengo razón, Quiero tener hijos contigo, Ava. Quiero ser feliz y...

—Sí —responde.

—¿Qué? —susurro atónito—. ¿Has dicho que sí?

Ella asiente muchas veces.

—Sí —repite corriendo hacia mí y no lo dudo, ¡joder, no lo dudaría por nada del mundo!, y salgo disparado hacia ella, estrechándola entre mis brazos, sintiendo cómo los suyos rodean mi cuello.

—Yo también quiero todo eso contigo —responde contra mi cuello.

Me separo lo justo para atrapar sus preciosos ojos marrones y la beso.

—Te quiero.

—Te quiero.

—Parece que, al final, sí que vamos a cantar en una boda —comenta William.

—¿Piensas ponerte el vestido? —le pregunta Connor.

William le dedica una de esas arrogantes miradas que traducen a la perfección un cristalino «ni siquiera voy a molestarme en responderte».

—Pues te quedas sin xilófono —sentencia el dueño de todos los sombreros de Londres.

***

Querida Frankie:

¿Cómo va todo por Liverpool? Te preguntarás qué es esto tan extraño y complicado que te estoy enviando, pero no te preocupes, te lo explicaré: es una cartaaaa (léase con voz de fantasma) escritaaaa a manoooo (ídem).

Lo he hecho porque va acompañando un paquete, no porque de repente me haya vuelto loca y haya olvidado que existen los emails... aunque mi hermana me dijo el otro día que una postura muy acertada para conseguir la desmitificación del hombre actual frente al yunque existencialista postmodermo pasaría por tomar actitudes postcavernarias. Básicamente: que para ser más felices volviésemos a escribir a máquina.

El paquete es una sorpresa: mi diario. Te fuiste a Liverpool para poder aclararte las ideas y pensar, y a mí, cada vez que he necesitado hacerlo, lo que más me ha ayudado ha sido escribir.

Por aquí todo va bien. Hace un frío que pela y te echamos de menos... ¡Ah!, y voy a casarme.

¡Vuelve pronto!

Te queremos, los No Regrets, Emmet y Ava.

—Tendríamos que buscarnos un nombre artístico —apunta Emmet sentada a mi lado en el salón del Estudio—, como dúo —especifica—. Así podrías firmar las cartas como «Te queremos, los No Regrets y Las Wonderfuls».

Medito su propuesta.

—Las Wonderfuls, ¿no está un poco trillado? —Lo piensa y finalmente asiente—. ¿Qué tal Beautiful Ladies? —anuncio moviendo las manos como si lo estuviera leyendo en un cartel, de neón, por supuesto.

Emmet tuerce los labios.

—Es cierto que soy increíblemente guapa —responde sin ni siquiera dudarlo. Ahora entiendo que fue la autoestima de mi amiga la que se hizo tan grande que acabó asfixiando su sentido común—, pero ese nombre no refleja

el concepto de todo mi potencial, porque también soy inteligente y divertida y tengo innumerables talentos.

—¿Hacer dos bolsas de palomitas en el mismo microondas al mismo tiempo?

—Ése es sólo uno de ellos.

Las dos asentimos grandilocuentes.

—Lo tengo —da una palmada—, ¿qué tal The Extraordinary Experience from Islington Girls?

Me llevo la mano a la barbilla, estudiándolo.

—Me gusta —sentencio.

—Lo sabía.

—Un poco largo, quizá.

—Quien dijo que las grandes esencias venían en tarros pequeños, se equivocaba. Te lo digo yo, que he visto muchos tarros.

—¿Es tu diario? —demanda William a mi espalda.

Rodea el sofá y se sienta en otro de los tresillos. Pone la planta de su Converse en la mesita y se recuesta relajado.

—Sí, voy a enviárselo a Frankie a Liverpool —le explico cogiendo el enorme sobre acolchado y guardando la carta—. Espero que la ayude.

Él sonríe.

—O cause otra catástrofe porque alguien escriba lo que no debe —apunta Emmet a mi lado—, eso nunca se sabe.

Me giro hacia ella, boquiabierta e indignadísima.

—Desde luego —certifica William, socarrón.

Vaya, ¿ahora se ponen de acuerdo para chincharme?

—No tenéis ni idea —me quejo—. Además, al final todo ha salido bien. Lo que ocurrió ha servido para uniros más a vuestros fans, para que os sincerarais los unos con los otros... y yo voy a casarme con Tyler. —Pretendo disimular la sonrisa de tonta mega-enamorada y mega-ultra-feliz, pero es

absolutamente imposible. «Vaaaa a partirmeee la caraaa en doooos...» (La misma voz de fantasma, gracias.)

Al racionalizar mis palabras, Emmet me arranca el diario de las manos. Busca una página libre y empieza a escribir.

Querido diario:

Soy Emmet Wilson. Quiero que Connor Bay se enamore de mí. Quiero casarme en la catedral de Saint Paul's. Si Connor no estuviese disponible, me conformo con el príncipe Harry.

Saludos, Emmet

Lo cierra veloz, lo coge con las dos manos y lo levanta hacia el techo ante la alucinada mirada de William y la mía... un poco menos alucinada, la conozco desde hace más tiempo.

—Yo creo en ti —prácticamente grita—. Yo creo en ti.

La observo unos segundos.

—Es un diario —digo realzando lo evidente—. No la espada de He-Man en *Masters del Universo*.

—Ah, ¿no funciona así? —pregunta realmente sorprendida—. Creí que tú escribiste ahí «estoy enamorada de los No Regrets, querido diario» y el querido diario te lo envió, aunque con doce años de retraso —añade sin acritud— y, además, se equivocó de miembro del grupo.

La fulmino con la mirada, aguantándome la risa, ¿cómo ha podido decir eso?, mientras William mal disimula una sonrisita de lo más impertinente.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? —me quejo en su dirección.

—Yo no tengo la culpa de que el querido diario se equivocara —replica socarrón.

—Debiste señalarlo mal en el póster —sentencia Emmet.

Miro a mi amiga y ella asiente convencidísima, incluso cierra los ojos.

—Dejadme en paz —protesto a punto de echarme a reír otra vez.

En ese momento, Connor sale de la cocina tarareando una de las canciones que han estado cantando en la Piazza, poniéndose el abrigo.

—Ey, Emmet —la llama—. ¿Te apetece que vayamos a buscar unas

pizzas? Oliver está cocinando algo hindú con un montón de especias y tú y yo somos los únicos que sabemos que eso no es comida de verdad.

—Claro —responde ella encantada.

Se levanta y se pone su abrigo, que había abandonado en el brazo del tresillo.

—Por el poder de Grayskull —canturrea pasando junto a mí para dirigirse a la puerta, imitando el grito de guerra He-Man.

Sonrío. No puedo evitarlo. Está chalada, pero pararía una bala por ella.

***

La cara de Connor mientras suenan los primeros acordes de la primera canción, con la mirada perdida en las cientos de miles de personas que abarrotan el estadio más icónico de todo el Reino Unido. Golpea la punta del pie contra el suelo gris señalando el ritmo, adentrándose en la canción, en la melodía que marca la voz de su amigo, de su hermano, esperando para cantar, para sentir el calor del público, para que todo empiece de nuevo. Nacer. Crecer. Amar. Vivir encima de un escenario. Volver a ser todo lo que quieren ser.

Llega el estribillo, todos rompen a cantar. La gente grita y sonríe, disfrutando. William pide las manos arriba y ciento sesenta mil fans obedecen sin dudar. Canta con fuerza, gritando que el mundo puede ser aún mejor, que está a punto de amanecer otro día increíble y que nos pertenece. Los coros. Los gritos. La ilusión. Las guitarras. La piel se eriza porque simplemente es mágico.

Así son los No Regrets.

Agradecimientos

Cuando era pequeña (debía de tener, no sé, doce o trece años), iba andando hasta el centro comercial, que no estaba precisamente cerca. Me encantaba patinar, aprovechando que el suelo era lisísimo. Dentro había una bolera que tenía una gramola de vídeos musicales. Iba hasta allí para gastarme una moneda y poner un videoclip, siempre el mismo: *Back for Good*, de Take That. Me quedaba delante de una de las teles y veía el vídeo absolutamente admirada. No sabía que era el grupo de moda ni que tenía más canciones, pero me encantaba ver aquélla, escucharla, verlos a ellos. No lo supe entonces, pero desde la primera vez que elegí aquella canción había forjado con ellos una especie de alianza inquebrantable. Me convertí en su fan. Siempre me ha gustado esa palabra, porque es pequeñita pero preciosa y encierra algo aún más bonito: el amor incondicional. Ese amor que, cuando éramos adolescentes, nos hacía gastarnos la paga en la *Súper Pop* o pintarnos el nombre de nuestro cantante favorito en el brazo mientras fantaseábamos con él en lugar de hacer los deberes de mates.

Por eso escribir este libro ha sido un viaje increíble para mí; conocer a Ava y a los No Regrets ha sido como robarle a Marty McFly el Delorian y viajar en el tiempo. He escuchado música que hacía años que no escuchaba, he visto los mismos vídeos que veía durante horas en la diminuta tele de mi habitación con quince años (gracias, YouTube)… ¡Por Dios, he recuperado mis *cassettes*! Y, sobre todo, me he reencontrado con esa adolescente cuyo único sueño era cumplir dieciocho y mudarse a Londres. Con toda sinceridad, creo que tengo que pedirle disculpas (ella también a mí, ¡qué pelos!), porque a veces crecemos y dejamos atrás esa época como si hubiera sido la más vergonzosa de nuestra vida. Y es cierto que probablemente lo fuera, pero también fue la más sincera y la más valiente. Aprendimos mucho y sentimos aún más, y todo fue increíblemente auténtico, porque las primeras veces siempre lo son.

La música forma parte de mi vida y lo descubrí entonces. Con este libro he comprendido que fue así. Me recuerdo grabando mis canciones preferidas de la radio, rezando por que el locutor no hablara y viendo el programa de los 40 Principales en la tele los sábados por la mañana. Mi madre siempre me decía: «Pero ¿por qué quieres ir a un concierto, con tanta gente? Lo ves más cómoda

en casa»; y yo siempre respondía: «Es que tengo que estar ahí». ¿Recordáis lo de ser valiente? Pues también os digo que la música es la mejor terapia y, si te hace ser capaz de enfrentarte a tus miedos como cuando ni siquiera sabías que los tenías, también te ayuda a sentirte mejor contigo misma.

Mi yo adolescente, la de la gramola y la de unos años después, ha crecido, ha cambiado unos sueños por otros, ha tenido la suerte de cumplir algunos y se ha dado cuenta de que la vida a veces es complicada, pero que merece la pena luchar por ella. Con cada palabra que he escrito he vuelto a revivir aquellos tiempos, a sentir que las cosquillitas te recorren el estómago con sólo escuchar el inicio de una canción, a recordar y a sonreír, y a hacer eso que creo que todas debemos hacer: sentirnos orgullosas de ser exactamente como somos.

Me ha costado muchísimo despedirme de este libro, de esta historia, de estos personajes. He tenido una resaca de escritora de las grandes y aún sigo pensando en ellos. Ha sido un viaje de recuerdos, pero también de autodescubrimiento.

Así que este libro es para vosotras y también para mí, y para, como escribí en la primera página, todas las Ava Collins del mundo que con trece, catorce, quince o dieciséis años sólo querían soñar.

Soñar, otra palabra preciosa. Prometámonos no dejar de hacerlo nunca.

Os quiero chicas.

Biografía

Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música.

Hasta el momento ha publicado las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio», «Manhattan Love», «Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964», así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja*, *La sexy caza a la chica Hitchcock*, *Una historia de chicos guapos y un montón de zapatos* y *Cada vez que sus besos dibujaban un te quiero*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en: <https://www.facebook.com/groups/1540181252865091/> y Cristina Prada @everysongwhich.

Referencias de las canciones

On a day like today, Copyright: ℗ 1998 UMG Recordings, Inc. © 1998 Badman Ltd., interpretada por Bryan Adams. *(N. de la e.)*

Fans, Copyright: ℗ 2007 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Kings of Leon. *(N. de la e.)*

I knew you were trouble, Copyright: ℗ © 2013 swi, interpretada por Taylor Swift. *(N. de la e.)*

The Garden, Copyright: ℗ © 2009 Polydor Ltd. (UK), interpretada por Take That. *(N. de la e.)*

Let it go, Copyright: ℗ © 2014 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por James Bay. *(N. de la e.)*

Don't dream it's over, Copyright: ℗ This Compilation 2010 Capitol Records, LLC © 2010 Capitol Records, LLC, interpretada por Crowded Houses. *(N. de la e.)*

When you say nothing at all, Copyright: ℗ © 2004 Polydor Ltd. (UK), interpretada por Ronan Keating. *(N. de la e.)*

When I look at you, Copyright: ℗ This Compilation 2010 Hollywood Records, Inc. © 2010 Hollywood Records, Inc., interpretada por Miley Cyrus. *(N. de la e.)*

Pillowtalk, Copyright: ℗ 2016 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Zayn. *(N. de la e.)*

Chasing cars, Copyright: ℗ © 2006 Polydor Ltd. (UK), interpretada por Snow Patrol. *(N. de la e.)*

Miracle drugs, Copyright: ℗ © 2004 Universal-Island Records Ltd., interpretada por U2. *(N. de la e.)*

Take me home, Copyright: ℗ 2015 Atlantic Records UK Ltd, a Warner Music Group Company, except track 9 2013 Atlantic Records UK Ltd and track 13 2015 Disturbing London Records Limited under exclusive licence to Parlophone Records Limited © 2015 Atlantic Records UK Ltd, a

Warner Music Group Company, interpretada por Jess Glynne. *(N. de la e.)*

Found what I've been looking for, Copyright: ℗ 2018 Insanity Records Limited under exclusive licence to Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Tom Grennan. *(N. de la e.)*

Just the way you are, Copyright: ℗ © 2010 Elektra Entertainment Group Inc. for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States. All Rights Reserved, interpretada por Bruno Mars. *(N. de la e.)*

Perfect, Copyright: ℗ 2015 Simco Limited under exclusive licence to Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction. *(N. de la e.)*

Beautiful to me, Copyright: This compilation ℗ 2016 Sony Music Entertainment, interpretada por Olly Murs. *(N. de la e.)*

Wannabe, Copyright: ℗ © 1996 Virgin Records Ltd interpretada por Spice Girls. *(N. de la e.)*

Hold back the river, Copyright: ℗ © 2014 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por James Bay. *(N. de la e.)*

Sky full of stars, Copyright: ℗ © 2014 Parlophone Records Limited, a Warner Music Group Company, interpretada por Coldplay. *(N. de la e.)*

Bitches broken hearts, Copyright: ℗ © 2018 Darkroom/Interscope Records, interpretada por Billie Eilish. *(N. de la e.)*

For you, Copyright: ℗ This Compilation 2018 Universal Studios and Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc. © 2018 Universal Studios and Republic Records, interpretada por Rita Ora y Liam Payne. *(N. de la e.)*

Let in the sun, Copyright: ℗ © 2015 Polydor Ltd. (UK), interpretada por Take That. *(N. de la e.)*

Sleeping in my car, Copyright: ℗ © 2015 Warner Music Spain, S.L., interpretada por Roxette. *(N. de la e.)*

Boom Clap, Copyright: ℗ © 2014 Asylum Records UK, a division of Atlantic Records UK. A Warner Music Group company, interpretada por Charli XCX. *(N. de la e.)*

(Sittin' on) The dock of the bay, Copyright: 2009 Undercover digital, interpretada por Otis Redding. *(N. de la e.)*

Happier, Copyright: ℗ © 2017 Asylum Records UK, a division of Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por Ed Sheeran. *(N. de la e.)*

The moment I knew, Copyright: ℗ © 2012 Big Machine Label Group, LLC, interpretada por Taylor Swift. *(N. de la e.)*

Here with me, Copyright: ℗ 2014 Susie Suh & Robot Koch © 2014 Copyright Control, interpretada por Susie Suh y Robot Koch. *(N. de la e.)*

Safe inside, Copyright: ℗ 2016 Sony Music Entertainment Germany GmbH, interpretada por James Arthur. *(N. de la e.)*

Love is all around, Copyright: © 1998 Simitar, interpretada por Wet Wet Wet. *(N. de la e.)*

Back for Good, ℗ 1995 BMG Records (UK) Ltd., interpretada por Take That. *(N. de la e.)*

Notas

*. En español, *Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí,* como el título de esta novela. *(N. de la autora.)*

Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta, a partir de la idea original de Tiaré Pearl
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19720-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!